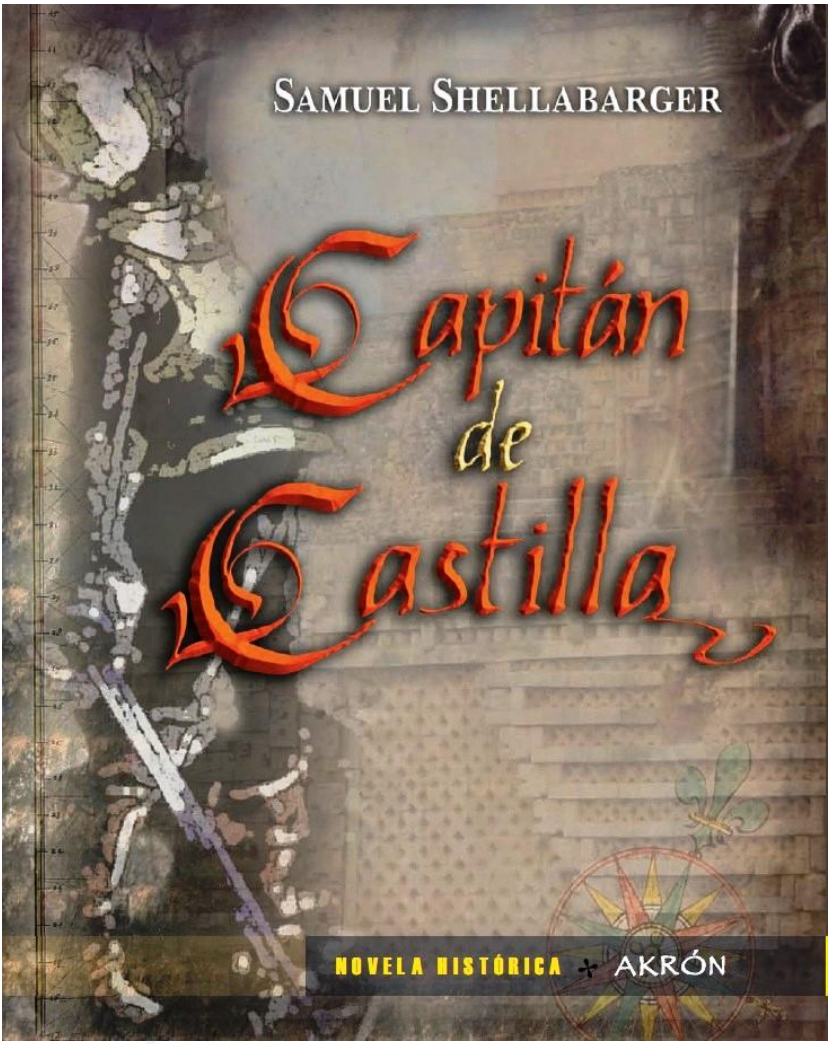

DÍA DEL LIBRO 2022
(Copia gratuita para los lectores de *La Crítica*)

AKRÓN
2008

© *Captain from Castile*, herederos de Samuel Shellabarger, 2008

© Editorial Akrón, S.L.U., 2008
Apartado de Correos Nº 134
24700 Astorga, León
(España)
www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

Primera edición: Junio 2008
ISBN 978-84-936293-9-7
Impreso en España

Diseño de la cubierta:
Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Traducción de *Juan Rodríguez*

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del editor. Todos los derechos reservados.

EA0019

Capitán de Castilla

SAMUEL SHELLABARGER

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

ÍNDICE

Primera parte, *7*
Segunda parte, *169*
Tercera parte, *305*
Cuarta parte, *443*
Conclusión, *501*

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

PRIMERA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

1

Era el atardecer del 28 de junio de 1518, y el joven Pedro de Vargas, de diecinueve años de edad, confesaba los pecados del mes al Padre Juan Méndez, tomándolos más en serio que el sacerdote, que escuchaba confesiones desde hacía varias horas y tenía deseos de retirarse para ir a cenar. Además, el confesor conocía tan bien al joven que podría haber adivinado de antemano lo que iba a decirle.

–Yo, Pedro, confieso al Todopoderoso, a la Virgen María...

A pesar de hallarse separados por la pared del confesionario, el Padre Juan tenía una idea tan clara de su penitente como si estuviesen frente a frente. En su imaginación veía el cabello de Pedro, color bronce, corto y rizado; los ojos de un azul verdoso, bien separados; el rostro, quemado por el sol, la boca pronunciada y las mejillas abultadas, con una marcada depresión en la base. Las manos juntas de Pedro, robustas y morenas, aunque bien formadas, sostenían una lista de pecados, hecha con una caligrafía bastante pobre.

–Me acuso de haber olvidado mis rezos la noche que llegó Campeador.

–¿Quién es Campeador, hijo?

–Mi caballo nuevo, Padre, hijo de...

–No debes olvidar a la Virgen bendita por un caballo, hijo mío.

–No, Padre.

–¿Qué más?

–Me acuso de haberme dormido el día de San Juan durante el sermón del obispo.

–¡Hum!.. –dijo el Padre, dominando su sonrisa.

–De haber desobedecido a mi padre al frecuentar la taberna del Rosario en las montañas.

–Mal lugar. No lo hay peor en toda la provincia de Jaén. Es una guarida de bandidos y rufianes.

–Sí, he pecado. Además besé a una chica de allí. Una bailaora.

–¿Amorosamente?

–Sí –dijo Pedro, tragando saliva.

–¿Y luego?

–Nada, ¡por Dios!

–No jures.

–Me arrepiento... No, no pasó nada, Padre.

–Prosigue.

–Me acuso de haber desenvainado un cuchillo mientras jugaba a los naipes.

–¿No lo usaste?

–No, Padre.

–¿Qué más?

–Me mofé de mi hermana Mercedes porque leía leyendas de los Santos y le dije que no tenían el valor de *El Amadís de Gaula*.

El sacerdote murmuró:

–"Condenados sean aquéllos por cuyo intermedio se infiere una ofensa. Mejor sería para ellos que una piedra le colgase del cuello."

–Sí, Padre. Estoy arrepentido. También estuve impertinente con mi madre.

–¡Oh, hijo mío! ¿Qué más?

Cuando Pedro hubo terminado, el Padre Juan, que hacía grandes esfuerzos para no bostezar, lo absolvió, no sin fijarle una penitencia que consistió en leer cinco leyendas de Santos esa misma noche, por una parte, y en prohibirle *El Amadís* durante un mes.

A la mañana siguiente, 29 de junio y día consagrado a su santo patrón, San Pedro, nuestro joven se hallaba espiritualmente tan limpio como el colmillo de un sabueso y subió las callejas estrechas y empinadas junto con sus familiares para tomar la comunión en la catedral de Jaén, situada debajo del castillo.

El Padre Juan no tenía que oficiar en esa misa y desde un ala de la nave central observó la llegada de la procesión de los Vargas por el centro de la misma. Primero el paje, llevando los almohadones para el rezo; luego don Francisco, que daba el brazo a doña María, y, cerrando la marcha, Pedro con su hermana Mercedes, una jovencita de doce años.

Como padre confesor, los conocía bien a todos ellos. Era una familia honorable, un *crédito* para Jaén. Los siguió con una mirada afectuosa. Don Francisco era alto y erguido, delgado como cuero de fusta, la nariz encorvada, demasiado grande para su rostro, y el

labio inferior proyectado hacia afuera. Aunque sesentón y ya en retiro, conservaba ese porte que le había dado reputación como uno de los caballeros más destacados de España; soldado del marqués de Cádiz en las guerras contra los moros, armado caballero por el rey Fernando en Granada, compañero de armas del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, en Italia, y sobreviviente de más escaramuzas y batallas campales que nadie en la provincia. Era muy conocido de la gente de armas de Europa. Hasta un campeón de la talla del caballero francés Bayard, llamábalo su amigo. La cabeza casi calva a consecuencia del casco, una rodilla dura, aplastada durante la batalla de Ravena, y casi todos sus rasgos, eran trofeos de guerra. Inclusive su esposa, doña María, podía ser considerada como tal. Florentina de nacimiento y perteneciente a la ilustre familia de los Strozzi, había contraído matrimonio con don Francisco veinte años atrás, durante un período de calma entre dos campañas. Desde entonces habíase vuelto corpulenta, maternal y cuarentona; pero su esposo la trataba con escrupulosa galantería. Caminaba a su lado como una paloma buchona muy digna al lado de un halcón.

El Padre Juan meneó la cabeza al contemplar a Mercedes de Vargas, demasiado delgada y frágil y cuya salud era la preocupación de la familia. Gustábanle los modales de Pedro para con ella, sonriente y protector, mientras recorrían el pasillo.

Pero fue el mismo Pedro, con su cabellera rojiza y su traje escarlata que se vislumbraba en la penumbra, lo que atrajo más la atención del cura. Hombre de mundo antes de tomar los hábitos, Juan Méndez no podía dejar de admirar la figura erguida, las caderas estrechas y los hombros anchos. Se percató de repente de que ya no se hallaba delante de él el chico que conociera, sino un joven en el umbral de su carrera de soldado. Las confesiones sencillas de la tarde anterior causaban extraño contraste con la impresión que daba ahora.

Dio comienzo la ceremonia religiosa, y el sacerdote se entregó a su devoción.

Arrodillado entre sus padres, el joven Pedro de Vargas trató de rezar con toda su voluntad. Sus ojos se posaron sobre el enorme crucifijo negro, de imponente aspecto, traído recientemente de Sevilla. Pero su pensamiento derivó hacia las Cruzadas. Aun quedaban infieles... en Tánger, en las Indias. Algunos amigos de su padre se habían embarcado con el Almirante, Cristóbal Colón...

Volvió a sus plegarias, pero muy pronto se halló contemplando las banderas votivas que colgaban en lo alto de la nave. Trató de reconocerlas. Allí estaba la de León, más allá la de Mendoza; ésta era la que dejara la reina Isabel cuando mantuvo su corte en Jaén. Estaba demasiado absorto mirando boquiabierto hacia arriba, cuando recibió un golpe en las costillas, dado con el puño de oro del bastón de su padre, mientras del otro lado doña María fruncía el ceño y le acercaba el libro de misa.

Subió el obispo a su sitial; los celebrantes inclináronse frente al altar, arrodillándose los ayudantes, y las volutas de incienso se elevaron del incensario.

–*Kyrie eleison, kyrie eleison...*

Desde ese momento, Pedro trató lo mejor que pudo de mantener su atención fija en el oficio. Otras veces pudo permitirse cierto distraimiento, pero después de haber confesado iba a recibir el santo sacramento –para su eterna pérdida, si no lo merecía– y que fortalecería su alma si era digno de él. Y ahí estaba, habiendo perdido varios precisos minutos, que deberían haber sido empleados en su preparación.

Atentamente siguió el índice de la madre a lo largo del misal, mientras acompañaba el canto del sacerdote.

En su omoplato se dejó sentir un picotazo sutil. Una pulga, con la astucia de su especie, lo atacaba en el punto más inaccesible, sin que el joven pudiese hacer nada. Un caballero no debe rascarse en público. Su única posibilidad consistía en mover los hombros, lo que parecía provocar al enemigo. Pero fue asaltado por una duda repentina. ¿Sería una pulga vulgar? ¿No se trataría del mismo Belcebú, el amo de las pulgas? ¿No sería que el Enemigo enviaba a uno de sus familiares para atacar el alma de Pedro de Vargas por intermedio de la carne? ¡Vaya, desafiaba al demonio! Y por eso no se perdió ni una palabra de la Epístola, con lo que la tentación desapareció, prueba de que había valuado bien la situación.

Algunos feligreses retrasados llegaron para ocupar su lugar entre la congregación arrodillada. Pero mantuvo sus ojos sobre el libro. Si el diablo trataba de destrozarlo esa mañana, no era cosa de dejarlo entrar. Solamente al llegar al *munda cor meum, ac labia mea*, se decidio Pedro a levantar la vista.

¡Por Dios! Esa moza que acababa de pasar por uno de los pasillos, ¿no sería...? Miró detenidamente. ¡Sí, en realidad! Satanás seguía rondando. Era la misma Catana Pérez, la bailaora del Rosario.

¡La moza más salvaje de las montañas! Era capaz de bailar la zarabanda de manera que hiciera hervir la sangre, de tirar el cuchillo como una morisca y de jurar como un carretero. La iglesia parecía difícilmente lugar adecuado para ella.

Observó el balanceo de sus caderas a lo largo del pasillo, y luego inclinó en seguida la cabeza, observando furtivamente a su hermana Mercedes, arrodillada al otro lado de doña María, para ver si se había percatado de su caída. Y, como de costumbre, lo había visto.

–*Pedro eres, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia* –entonó el sacerdote. Pedro experimentaba dificultad en creer que a él le quedara bien el nombre del inflexible apóstol.

Luego sus ojos, que de nuevo se apartaban de las páginas, se dilataron de repente. Hasta ese momento no había visto a la señorita situada a su izquierda, cerca de la columna. Desde donde se hallaba arrodillado, no le era dado ver sino la perla en forma de pera que colgaba de su oreja y la curva de su mejilla. ¡Virgen Santa! Que Luisa de Carvajal se hiciera presente en misa, el día de su santo y a hora tan temprana, era, sin duda, un acontecimiento.

Un año antes había vuelto del convento de Sevilla, porque su padre, el marqués de Carvajal, sentíase muy solo y quería que regresara a su casa después de la muerte de su esposa. Durante cierto tiempo, Pedro de Vargas la había admirado desde cierta distancia, como reclamaban su rango y su nobleza. Una vez se había encontrado con ella en el palacio del Obispo, con motivo de un acontecimiento ceremonioso, habiendo cambiado algunas palabras. Otra había pasado a su lado en las gradas de la iglesia, y ella había bajado la vista, después de sonreír.

Pero esta mañana parecía más próxima, menos prohibida. Al mirar cómo rezaba le invadió una deliciosa ternura. Parecía lleno de significado que estuviese allí el día de su santo. No podía quitarle los ojos de encima. Si antes la había mirado, ahora sabía que la adoraba.

Y en ese instante se produjo el milagro.

Para su imaginación radiante no podía llamarse de otra manera. Un rayo de sol, descendiendo de uno de los ventanales, fue a posarse sobre su rostro, iluminándolo, para luego desaparecer, interceptado por una nube.

Contuvo el aliento. Era manifiesta la revelación de que allí se hallaba su dama entre las damas, la preferida de su corazón. Por un acto especial del cielo, le había sido revelada en el día de su santo.

–San-ta-Ma-rí-a –siseó su padre entre dientes–. ¿Quieres prestar atención al servicio divino? Parece mentira que te quedes embobado delante de cualquier pollera.

Pedro volvió a su libro, invadido de un sentimiento de injusticia. Jamás se había sentido tan religiosamente transportado. Vibraba con renovado celo. En el espíritu de su héroe, el Amadís de Gaula, se decidió a rezar:

–Bendito San Pedro, mi bienaventurado patrón. Te quedo agradecido, ya que, por tu intercesión, doña Luisa de Carvajal ha sido designada como la dama que me pertenecerá de hoy en adelante y a la que serviré y honraré como caballero cristiano. Sea todo para tu gloria y para el progreso de la caballerosidad. Y en este mismo acto juro llevar a cabo tres proezas para ella, si tienes a bien procurarme la ocasión de hacerlo. Lo juro por la bendita cruz del altar. Amén.

Eran palabras del misal, pero él las recitó sinceramente: *Sanguis domini nostri Jesu Christi custodiat animan meam in vitan aeternam*.

Cuando llegó el momento de aproximarse al altar tembló de emoción, y volvió a su sitio convertido en un nuevo ser. O, por lo menos, así le pareció.

–*Dominus vobiscum.*

–*Et cum spiritu tuo.*

Lo mismo que el atleta que está a punto de intervenir en una carrera, tenía Pedro un pie preparado. Al terminar el *Deo gratias* y no sin sentirse preocupado por su familia, se incorporó de un salto y salió apresuradamente, si bien se detuvo para esperar frente a la pila del agua bendita, situada a la entrada de la iglesia.

Luisa de Carvajal había seguido, con su dueña, por un costado de la nave, y fue de las primeras en salir. Pedro de Vargas quedose embobado de admiración al verla llegar.

No era alta, pero sí bellamente proporcionada. Su pequeña persona demostraba ser una perfección hasta en los menores detalles; en el arreglo de sus cabellos y de su mantilla, en la elegancia de sus vestidos. Su porte era exquisito. La curva de sus cejas, el arco de los labios, la tez con su blancura de perla, eran perfectos. Había estudiado y recibido todos los cuidados necesarios para llegar a ser un buen modelo de corrección, tal como la gente lo espera de la hija de un noble.

Solamente sus ojos dejaban de ser completamente disciplinados, aunque en Andalucía se necesitan más de diecisiete años para

ello. Eran oscuros, límpidos, inocentes y angelicales. A Pedro lo llenaban de confusión, y conservó a duras penas la suficiente presencia de espíritu para mojar los dedos en el agua bendita y presentárselos con una inclinación. Su rostro estaba como una remolacha y se sentía torpe como un chico. El saludo se le quedó en la garganta.

–Gracias, señor.

Tocó los dedos del joven e hizo la señal de la cruz. Una vez más sus ojos causaron estragos en él, que tenía el privilegio de leer en ellos lo que le gustase más. Después se alejó, dejando tras su persona una fragancia de agua de rosas. Mareado por la dicha, Pedro se quedó entusiasmado viéndola desaparecer.

–¿No tiene usted nada para mí? –dijo una voz junto a su codo.

Se había olvidado de Catana Pérez, que ahora lo enfrentaba con el mentón alto, provocativos los ojos. Deseó que se lo tragara la tierra, sobre todo en ese momento en que su familia surgía de la nave principal de la iglesia.

Vaciló un instante. ¿Pretendería no conocerla? ¡Por Dios! No podía hacer semejante desaire a una amiga como Catana, no importa lo que la gente pensara. Necesitábase valentía, aunque él no lo calificaba así, para sonreírle bajo la mirada de la familia, devolverle el saludo y mojar los dedos en la pila de agua bendita, ofreciéndoselos después galantemente.

–Para ti hay tanto como para cualquiera otra, querida.

Le sorprendió el repentino cambio de la joven. El diablo había desaparecido de su mirada; su cara, deliciosa y atrevida, se dulcificó y sus labios se contrajeron. Bajando la vista, hizo rápidamente la señal de la cruz, después de lo cual, y ante el asombro de Pedro, lo abandonó para salir al sol esplendoroso de la plaza.

"¿Qué diablos pasa?", pensó.

–¿Quién es esa aprovechada? –inquirió su madre en voz baja.

–Una campesina –tartamudeó. No era necesario ser demasiado explícito.

–Creo que conoces a todas las mozas de la provincia –dijo doña María, indignada–. ¡No tienes ni pizca de vergüenza! Y sobre todo, después de haber recibido el Santísimo. Por lo menos creí que podrías saludar a doña Luisa; pero no, a la vista de toda la ciudad tienes que enlodar a tu familia con una suripanta.

–No es una suripanta, mamaíta.

–¿Qué otra cosa puede ser?

Con la cabeza bien erguida, doña María se dirigió hacia la acera, seguida de Mercedes.

Don Francisco dejó colgar su labio inferior, lo que era un mal síntoma. Pero al punto de hablar se contuvo. Que lo ahorcaran si reprimía a su hijo delante de todos los charlatanes del lugar. Él también había sido joven, ¡cómo no! Con gran alivio de Pedro contrajo el labio, se enderezó y sonrió.

–¡Hombre, vaya una yegüita llena de vida! ¿Cómo se llama? –dijo tomando a Pedro del brazo y hablando en forma que todos lo oyeran.

–Catana Pérez, señor.

–¿Conque Catana? –El antiguo caballero se arrastró tieso hacia la puerta y se ajustó el sombrero de terciopelo con pluma corta, reservado para asistir a la iglesia.

Una oleada de afecto hacia su padre invadió a Pedro. Le habría gustado apretar el brazo nervioso que se apoyaba en él. ¡Por Dios, que era hermoso ser un Vargas!

2

A pesar de la hora temprana, el sol golpeaba con fuerza las estrechas callejas que descendían de la catedral. Tal como correspondía a su sexo, doña María y Mercedes iban a caballo, mientras Pedro, el paje y el mozo encargado de las caballerías iban dirigiendo los animales. Don Francisco también montaba a consecuencia de su rodilla dura, yendo a la zaga.

El olor de aceite, ajos y otros ingredientes iba en aumento. El desayuno dejábase sentir en el aire. Abríanse los postigos y resonaban las voces de ventana en ventana. De vez en cuando, una cascada de desechos iba de lo alto a estrellarse contra los guijarros, lo que hacía que el mozo de mulas fuera exclamando continuamente: ¡Cuidado! A lo lejos y al fondo divisábase por entre una interrupción del caserío la llanura con sus plantaciones de olivares y, más lejos todavía, la pared oscura de Sierra Morena.

Escogiendo mecánicamente su camino por encima de la basura que se extendía bajo sus pies, Pedro de Vargas caminaba como en sueños. ¡Qué importaba el asunto de Catana Pérez! Ni siquiera pensaba defenderse. Sabía que a su madre le habría gustado mucho que le contara lo sucedido junto a la pila del agua bendita, pero el nombre de Luisa Carvajal y su reciente amor era cosa demasiado

sagrada para ser discutida a gritos en una calle pública. Revivió sus experiencias de la iglesia, el milagro del rayo de sol, su exaltación. Sufría de deseos contenidos y, como es típico de la humanidad, caminaba con los pies en la basura y la cabeza en las nubes.

Al pie de la colina, la ciudad se abría, dejando más espacio para respirar que en el barrio excesivamente poblado alrededor del castillo. Al frente de las casas más modernas veíase un arbolito o dos alineados en los reducidos jardines. Al entrar en uno de esos espacios abiertos, a un tiro de piedra de su hogar, los Vargas llegaron a un lugar donde se notaba gran agitación.

Frente a la casa de Diego de Silva, unos caballos estaban corcoveando y agitándose bajo el peso de sus jinetes, entre los cuales contábanse algunos amigos de Pedro. Los perros de caza, mantenidos en jaque por los criados, tiraban de sus cadenas y ladraban en medio de la expectativa de un numeroso grupo de curiosos. En el centro de la multitud, De Silva, que montaba un hermoso tostado, se hallaba en actitud de ponerse sus guantes de montar.

Era un hombre aún joven, bien afeitado, de ojos negros, grandes, astutos y atrevidos. Sus cejas, muy juntas y pobladas, formaban una especie de marco sobre el puente de la nariz, y una de ellas, en ángulo, hacía que su mirada resultase siniestra, más bien llena de falsedad. Sus grandes orejas, su nariz puntiaguda y los mechones que caían de sus sienes hacíanlo aparecer ante los ojos de Pedro como un murciélago, aunque, por otra parte, era más bien bello. Había estado en la Corte y luchando en Italia, poseyendo la reputación de ser uno de los hombres más ricos de Jaén, más aún que el marqués de Carvajal. Soltero todavía, tenía gran éxito entre las damas, siendo el mejor partido de la ciudad. Pedro lo admiraba, si bien no le gustaba.

Al ver tan hermosos caballos, los ojos de don Francisco se encendieron y puso su cabalgadura al trote.

–¿Qué ocurre? No es época de caza, señor De Silva. ¿Qué va a buscar? –preguntó.

La presa más antigua del mundo –contestó el otro con un aire de superioridad que molestó a Pedro.

–¿Y qué es? –Como todos los andaluces, el jefe de la familia de Vargas hablaba con un ceceo que en su caso acentuábase aún más por la pérdida de los dientes de delante–. Es demasiado temprano para adivinanzas.

–No se trata de ninguna adivinanza –contestó De Silva–. Se trata de la caza de un hombre. –Al advertir la presencia de doña María y de Mercedes cerca del grupo, se inclinó con la mano puesta sobre el corazón.

–¿Qué hombre?

–Mi criado Coatl. Ayer le propiné a ese perro unos azotes, para bien de su alma, y me ha recompensado escapándose. Pero cuando le ponga la mano encima se le acabarán las ganas de correr.

Coatl, el indio, era una de las curiosidades de la ciudad, la que todavía no se había acostumbrado a los nativos de las islas, aunque los salvajes, desnudos o con bárbara vestimenta, eran espectáculo frecuente entre la servidumbre de los descubridores que regresaban de sus correrrías a los puertos principales. Lo había traído un plantador de Cuba –a quien luego hubo de comprárselo De Silva– y era hombre de músculos fuertes, de porte armonioso y de más o menos treinta años de edad. Su cutis era más bien pálido, y los ojos, los labios y la nariz habían sido perforados con ornamentos que ya no poseía. [Aunque técnicamente fuera un sirviente, a causa del edicto contra la esclavitud de los indios, no tenía ningún derecho efectivo y virtualmente no era sino un esclavo.]

La sangre moza de Jaén, con Pedro entre ellos, gustaba de hacerlo hablar. Aunque en general era silencioso y meditabundo, una vez que bebía volvíase hablador, y en tales casos contaba un montón de maravillas en su castellano entrecortado. Al parecer, no venía originariamente de Cuba, aunque era excesivamente cauteloso sobre este particular; pero nada podía resultar más vago que la misma Cuba, por lo que su misterio no era causa de molestia para el auditorio. Refería algo sobre su calidad de cacique, o jefe, de una región fabulosa del oeste, de donde había sido raptado por indios caribes, para ser finalmente arrojado por una tormenta a las costas de Cuba, relato que era aceptado con tanta credulidad como los cuentos del Preste Juan[1]. Era un guía experto, y Pedro lo había pedido prestado una vez para ir a cazar lobos, en cuya oportunidad se hicieron amigos. Deploraba ahora que Coatl hubiese probado ser un cualquier cosa al escaparse.

[1] Personaje cristiano legendario que se suponía vivía en algún lugar de las Indias en una corte maravillosa.

–Venga con nosotros –dijo De Silva mirando a su alrededor. Su impaciencia por emprender la marcha era evidente.

Don Francisco meneó la cabeza.

–Soy demasiado viejo para tales placeres, y con semejante día de calor. ¡Dios mío! Recuerdo una expedición que tuvimos una vez cerca de Gaeta, en busca de un caballero francés que se apellidaba...

–Excúseme –interrumpió De Silva–, pero tenemos que salir ya. Quizá a su hijo le agrade acompañarnos.

–Quizá, señor. Que lo decida él mismo. Como le decía cuando se tomó la libertad de interrumpirme, se trataba de un caballero francés de apellido Lanoy.

Sus párpados se cerraron un poco, y De Silva mantuvo su sonrisa arrogante.

–Bueno, señor; ese Coatl nos lleva una ventaja muy grande, y ha de llegar a Granada si no metemos espuela a nuestros caballos. No tengo tiempo para anécdotas. Señor Pedro, ¿nos acompaña usted?

Irritado por el desaire sufrido por su padre, y a punto de negarse, Pedro se contuvo. Recordó haber hecho una promesa a San Pedro, que sin duda estaba poniéndolo a prueba. Ayudar a un hombre a recobrar su propiedad no podía menos que ser una obra meritoria.

–Ensillaré en diez minutos.

–¡Muy bien! –dijo De Silva, juntando las riendas–. Tenemos que seguir el valle de La Guardia y soltaremos los perros a ambos lados del arroyo. Lo han visto dirigirse hacia ese lado. Trate de alcanzarnos. ¡Eh, muchacho, toca el cuerno!...

Un guardabosque hizo sonar el instrumento; el caballo de De Silva se encabritó; los perros se volvieron frenéticos; los espectadores abrieron paso y el cortejo abandonó la plazoleta.

Uno de los amigos de Pedro, Hernán Gómez, paró un instante para gritarle:

–¡No te pierdas la *muerte*! De Silva ha jurado que le dará doscientos azotes donde lo encuentre y que le cortará los músculos de las piernas. Ven ligero.

El sonido del cuerno y el estruendo de los cascos de los caballos se fue alejando. La plazoleta quedó silenciosa, y don Francisco, haciendo girar a su mula, se reunió con su esposa y con su hija, que habían presenciado la escena desde los alrededores.

–Hablan de los modales modernos –gruñó–. Estamos en una época que degenera. No puedo imaginarme a un cachorro de esa edad interrumpiendo a un anciano de abolengo que le dirija la pala-

bra. ¡Ni pensarlo! Y ese individuo quiere comprar mi viñedo. ¡Aún puedo bailar mucho antes de que lo consiga!

Por preocupado que estuviera, Pedro se sobresaltó. El viñedo y su pabellón eran especialmente caros al corazón de su padre. Hasta ese momento no se había mencionado nunca su venta.

–¿El viñedo, señor? –repitió.

–Sí; quiere redondear sus propiedades y ofrece buen precio. Pero primero lo vería ahorcado antes que aceptarlo.

–Usted no sería capaz de vender el viñedo, ¿verdad?

Don Francisco cambió una mirada con su esposa, que se mostraba molesta por haber hablado su marido en demasía.

–Bueno, quizá sí, algún día; pero no a él. Y a propósito, hijo mío, me extraña que estés dispuesto a acompañarlo.

–No iré con él, señor. –A último momento Pedro había meditado profundamente–. Ellos siguen el valle de La Guardia. No creo que Coatl haya tomado ese camino.

–¡Ah! ¿Por qué no?

–He cazado con él y conozco muy bien su modo de pensar. Añora sus islas y se habrá dirigido al mar, en dirección a Cádiz, y no a Granada.

–¡Hum! –asintió el padre con cierto orgullo–. Muy bien razonado.

–Además, hemos cazado en esa dirección, a través de la Sierra de Jaén, no de la Sierra de Lucena. Conoce el terreno por allá. Apostaría que se ha dejado ver por el valle de La Guardia para después cortar camino hacia el oeste. Es astuto como un zorro. Me gustaría tener el mérito de traerlo solo.

Tal pretexto era lo que más podía ser del agrado de su padre, teniendo en cuenta el rasgo de honor que suponía.

Don Francisco asintió.

–Sí, sería un mérito. ¡Por la Virgen bendita! Te acompañaría si no fuese por esta rodilla endurecida. Trae al individuo por tus propios medios, mientras De Silva recorre la campiña con sus hombres y sus perros. Sería una pluma en tu sombrero y una burla para él. Lo siento por el indio; pero los sirvientes no deben escaparse. Hay que mantener la disciplina. Hará un favor a todos los amos, no sólo a De Silva. Y no olvides llevar algunas sogas fuertes en tu empresa.

–Puede resultar muy peligroso para Pedro –terció doña María– hallarse a solas con un salvaje.

El viejo caballero miró con orgullo los anchos hombros de su retoño.

–¡Bah! El muchacho sabrá cuidarse. Nunca progresará si se le mima. Apresúrate, hijo mío; ensilla a Campeador, ¡y que Dios te acompañe!

3

Quince minutos más tarde, Pedro hacía saltar chispas de los guijarros al salir por la puerta de Barreras, saludando a Ramón, el guardián.

–¡Hey! –exclamó el viejo soldado poniendo las manos en forma de bocina–. Si está siguiendo los pasos del señor De Silva, ha tomado el mal camino... Digo que va por mal camino.

Pero como no tuvo sino la columna de polvo por respuesta y vio que Pedro seguía porfiadamente por la izquierda, Ramón hizo un movimiento con los hombros y regresó a la frescura de la torre.

Afuera, el calor del día había comenzado a dejarse sentir con fuerza. Pedro sentía la quemazón en sus hombros a través de su capa de montar. Para aliviar un poco a Campeador, sofrenó cuando el camino comenzó a ser empinado, prosiguiendo a paso moderado. El mosaico de quintas y jardines, el verdor del llano a su derecha, la campiña de Jaén, que conduce a Córdoba, fueron gradualmente interceptados por la primera hilera de montañas. Costeó una plantación de robles, se hundió en lo verde de un valle y ascendió de nuevo, para surgir por fin entre las áridas montañas.

Entretanto, la cuestión lo absorbía por completo. Con cierta lógica, poníase constantemente en el lugar de Coatl. ¿Qué es lo que el indio haría con mayor probabilidad, dadas las circunstancias? Al parecer, se había escapado antes del amanecer. De ser correcta la teoría de Pedro y de haberse internado entre estas montañas desde el valle de La Guardia, no podría haberse alejado mucho todavía en dirección a Cádiz. Además, no podría suponerse que viajase de día. El calor, la posibilidad de ser visto, su aspecto poco común y el hecho de que muy probablemente se hallase sin dinero, presentábanse contra él. En consecuencia, tendría que esconderse de día y viajar por la noche, valiéndose del robo para seguir viviendo y llegar a la costa. Una vez en Sánlucar, donde la resaca de los puertos marítimos se juntaba, podía permanecer escondido, aunque sus oportu-

nidades fueran pocas del principio hasta el fin. El primer movimiento sería buscarlo por entre esos montes.

Lo meditó, haciendo descansar un poco al caballo en un recodo del camino. La tarea parecía imposible. Cualquier covacha, cualquier hendidura de las rocas podía ser utilizada como escondite. Podía pasar a menos de un metro del hombre, sin verlo. Pero había dos factores que resultaban útiles. Con semejante calor, el indio tenía que acudir en busca de agua que, a esa altura, era escasa. Pedro conocía la situación de todas las fuentes y de todos los arroyitos de la vecindad. Paso a paso, trató de recordar el camino seguido por el indio durante la temporada de caza del invierno anterior.

Luego, principiando por las posibilidades más inmediatas, probó sin éxito varios lugares. A lo largo de las extensiones pedregosas, el aire quemaba como el mordisco ardiente de una hoguera. De cuando en cuando se experimentaba algún alivio a los ojos contemplando la llanura allá abajo, con algún que otro campanil de iglesia, o los tejados de un pueblecito que se destacaba de la verde alfombra; pero la mayor parte del tiempo no se veían más que rocas y el relucir del sol. Campeador, generalmente lleno de brío, volvíase nervioso, dejaba caer la cabeza y abandonaba los pozos de agua con dificultad. Pedro reflexionó que podría pasar el día en esa región sin resultado alguno. A caballo podrían verlo y oírlo con demasiada facilidad, siempre que estuviese verdaderamente en lo cierto y que Coatl anduviese aún por esa parte de las montañas.

Finalmente, se le ocurrió de pronto una idea. Entre todos los lugares, había uno que formaba un sitio ideal para el escondite del indio. Tratábase de un cañón estrecho, a menos de una milla de distancia, abierto por ambos extremos y dotado de una buena fuente de agua. De un lado proporcionaba una amplia vista de la región y era uno de los lugares favoritos de descanso en las cacerías de Pedro. Éste y Coatl habían hecho un alto allí, y recordaba haber visto al indio mirando anhelante a la distancia y añorando su país natal.

Pero llegar a ese barranco con el acompañamiento de las pisadas del caballo y sin que las piedras sueltas que rodaban dieran aviso suponía algo imposible. Yendo al paso, Pedro condujo a Campeador hasta un cuarto de milla del lugar. Luego desmontó para asegurarlo entre dos piedras y se quitó la capa. La cuerda para atar a Coatl pasó de la silla de montar a su bolsillo, y se aseguró de que la daga se hallaba bien colgada y suelta dentro de la vaina. Que pudiera resultar vencido en un encuentro con el indio no le pasó por la cabeza

porque, sin vanidad, conocía su propia fuerza y sabía que cualquier caballero de Castilla era superior a un salvaje. Al mismo tiempo, se encomendó debidamente a la bendita Virgen con tres Avemarías, y a San Pedro le rogó que le ayudara a cumplir su voto en honor de Luisa de Carvajal.

Antes de llegar al barranco, Pedro tenía que cruzar algunas alturas de poca importancia y subir una cuesta; pero desde el principio caminó cuidadosamente para evitar el desplazamiento de piedras sueltas. En vez de proseguir directamente, dio una vuelta, caminando de piedra en piedra y deteniéndose para escuchar en cada pausa. Nunca había estado al acecho de lobo u oso con tanta intención. No se oía ruido alguno; tan sólo el vacío de los cerros y el azul del cielo eran su compañía. A pesar de la sequedad del aire, chorreaba de sudor.

Al llegar al contorno de la cuesta que lo conducía hasta la depresión, se paró de nuevo para escuchar, mirando luego del otro lado después de haber avanzado unas pulgadas.

El lugar se hallaba desierto. Veía el hoyo redondo de la fuente y toda la extensión hasta la otra abertura. Todas sus precauciones y sus maniobras habían sido en vano. Disgustado, penetró luego al lugar para observar desde un punto elegido al otro extremo.

En el mismo instante, dos brazos de acero se cerraron alrededor de su cuerpo, desde atrás. Fue alzado en el aire y arrojado al suelo con rudeza, mientras su cuerpo pesado lo mantenía firmemente apretado contra él. Con la agilidad y la rapidez de un felino arqueó su cuerpo, pero sintió la punta de un cuchillo que llegaba a su piel a través del jubón.

–Perro español –silbó una voz gutural junto a su oído–, yo mato.

El cuchillo se hundió más, para ser retirado luego. Pedro pudo percatarse de que estaba inmóvil. Doblando el cuello convulsivamente vio el rostro granítico de Coatl a unas seis pulgadas de distancia y sus dientes blancos y desnudos. Contuvo el aliento en espera del golpe.

Pero de repente todo pareció aflojarse. Oyó un gruñido de sorpresa y se aligeró el peso de sus hombros.

–¡Señor Pedro!

Medio aturdido aún, observó que el indio se había incorporado. Levantándose sobre sus brazos, devolvió la mirada fija del sirviente.

–Yo no saber –murmuró Coatl–, yo creer algo distinto, saltar sin mirar... –Una ola de pesar transformó de repente al hombre, que arrojó su cuchillo al suelo antes de alzar los brazos hacia el cielo–. Coatl mata señor Pedro, su único amigo. ¡Señor, venga ayudar! Coatl lo mató. ¡Señor, perdona!

El cerebro de Pedro recobró su claridad gradualmente. Era evidente que debía su vida a una concepción errónea. Había sido vencido y sobrepasado en astucia y sentía el golpe en su orgullo más que en su cuerpo.

Incorporándose, se aseó un poco las ropas, encontrando difícil afrontar el dilema en que lo había puesto la magnanimidad de Coatl.

Con un solo paso podía pisar el cuchillo del indio, sacar el suyo propio y cumplir el propósito que lo había conducido hasta allí. Pero no podía dar ese paso. La vergüenza se lo impedía, aunque su conciencia le reprochaba, por otra parte, el incumplimiento de su deber de ciudadano cristiano. Nada que no fuese el desprecio acarrearían esos escrúpulos tan fuera de lugar, tratándose de un esclavo que se había fugado.

–¿Por qué querías matar a alguien, Coatl? –preguntó contemporizando.

–La gente me persigue. Yo mato. Pero no al señor Pedro. Usted y yo comer juntos en la caza. Yo conté de mi país. ¡Señor, tenga piedad de Coatl! –Se aproximó más, y sus manos se posaron afectuosamente sobre los brazos de Pedro, permaneciendo así unos instantes–. Usted ser amigo –agregó.

Ahora era el instante de tomar al individuo de sorpresa. Un golpe en la mandíbula y un salto repentino bastarían. Pero la palabra *amigo* fue un hechizo.

–Pensé que estarías aquí. Viniste del valle de La Guardia, ¿verdad?

El indio asintió.

–¿Por qué te escapaste?

En respuesta, la cara del indio se volvió nuevamente de piedra. Con rápido movimiento, despojose de su destrozada camisa y se volvió para mostrar la espalda. La carne se abría en hondos surcos, separados por la sangre coagulada.

Para Pedro, la vista de una espalda azotada era cosa familiar; pero parpadeó un poco, porque De Silva, indudablemente, se había valido de un látigo para mulas.

Coatl no esclavo –murmuró con voz emocionada–. Coatl cacique, amo en su propio país, gentes, ciudades. De Silva pordiosero a su lado. Él me golpea; mato si puedo. Escapo, sí.

–¿Crees poder volver a las Indias?

–Mis dioses ayudarán.

La conciencia escandalizada de Pedro ardía más que nunca. ¡Sus dioses! No solamente el hombre era un fugitivo, sino un hereje, un apóstata. Había sido bautizado y había recaído. Después que De Silva hubiese saldado su cuenta con él, pertenecerá al inquisidor. Y ahí estaba Pedro de Vargas, buen católico y recién salido de misa y de formular votos por el honor de su dama ante los santos...; ahí estaba vacilando en apoderarse del infiel y entregarlo para su castigo. Un débil, moralmente, porque el perro aquél le había perdonado la vida. Se sentía atónito, embrujado.

Vueltos nuevamente a su lugar la camisa y el cuchillo, Coatl se encaminó luego a través de la garganta, desde donde contempló el sudoeste. Pedro lo siguió con la mirada, debiendo advertir a regañadientes que el indio tenía un cuerpo de estatua y que era de porte muy noble.

–Mira, señor. –El indio indicó algo allende las montañas–. Allá lejos, el Agua Grande llevar Coatl de vuelta a su hogar. Donde se pone el sol. ¿Señor Pedro ayuda?

De pie a su lado, a Pedro le sería fácil dejar caer la empuñadura de su pesada daga sobre la cabeza del hombre. En un momento estaría atado de pies y manos. La mano del joven De Vargas se deslizó hacia la daga.

–¿Ayudar cómo?

–Dinero. Yo llego Sanlúcar.

–El camino es largo hasta ese puerto.

Pedro pensaba agregar a estas palabras el golpe premeditado, pero su brazo no le obedeció. En aquel momento el diablo –pues ningún santo hubiera intervenido en favor de un hereje– lo distrajo con una evocación mental.

Era el cuadro de Coatl capturado y llevado a presencia de De Silva. ¡Doscientos azotes! La carne despedazada, los huesos al desnudo. ¿Y qué era lo que había dicho Hernán Gómez? ¿Cortar los tendones detrás de las rodillas del indio? Después de eso sería un lisiado, sus piernas se atrofiarían y tendría que arrastrarse para entrar y salir de la casa de los De Silva, siendo presa fácil para los chicos de

la calle. Era extraño pensar en el aspecto que tendría su hermoso cuerpo por la noche.

La mano de Pedro dejó el pomo de la daga. Ya había pasado el momento, pues Coatl se había vuelto hacia él con mirada suplicante.

–Si tengo dinero llego Sanlúcar.

Aunque se daba cuenta de su locura, incapaz de resistir, Pedro abrió su bolsa para palpar su contenido. Tenía dos pesos oro dados por su madre para el día de su santo, lo cual constituía un regalo extraordinario. En su vida había tenido antes tanto dinero junto.

Con gran dolor de su corazón sacó una de las valiosas monedas que puso en manos del indio.

–Toma, Coatl.

Pero su locura no se satisfizo. No podía apartar de su mente el cuadro que produjeron las palabras de Gómez. Sus dedos volvieron a la bolsa y sacaron a relucir el otro peso, después de demorar presa de absoluta miseria. La moneda parecía más nueva y más pesada que la primera. Como si ya no retuviera el dominio de sus músculos, la empujó en la palma de Coatl. Y entonces, dado ese paso, prosiguió sin miedo.

–Tienes que apresurarte, Coatl, no debes esperar aquí. Tienes que poner tierra entre tú y ellos. A lo mejor vienen desde el valle de La Guardia. ¡Buena suerte! ¡Ojalá llegues a Sanlúcar!

El indio se quedó en silencio un instante y luego tomó la mano de Pedro, mientras le miraba a los ojos.

–Coatl nunca olvidar –dijo con voz ronca. Luchando para expresarse agregó una palabra que tenía el afecto de un abrazo–. ¡Caballero! –dijo.

Como si cualquiera otra cosa hubiese disminuído este título de honor, dio media vuelta y despareció a través de la entrada de la garganta.

4

La garganta se hallaba completamente vacía y silenciosa. Era tanta la tranquilidad, que Pedro podía oír el imperceptible gorjeo de la fuente. Poco a poco invadió su mente la realización de lo que acababa de hacer.

Que fuera descubierto o no, sentíase en desgracia. Había engañado a un caballero, ayudando a la pérdida de su propiedad, y a un hereje a quien tendría que haber denunciado. Peor aún: al no cum-

plir su promesa cuando se le ofreció la oportunidad, había sido falso para con el mismo cielo. Sin embargo, ahora persistía en la parte íntima de su mente el murmullo de que, de no haber librado a Coatl del suplicio, y quién sabe si de la muerte, el recuerdo le habría perseguido. Era su primera experiencia con problemas morales demasiado complicados y sentíase perdido.

En tan desdichado estado de ánimo descendió lentamente la cuesta en que se hallaba Campeador. ¿Cómo se las compondría para confesar sus pecados al Padre Juan? ¿Cómo podría jamás expiarlos? El caballo relinchó y frotó sobre su hombro la nariz que parecía de terciopelo. Ahí tenía un amigo que no lo despreciaría. Con la elasticidad de la juventud, Pedro decidió no pensar demasiado mal de sí mismo. Quizá habría obrado mal, pero el mismo Padre Juan admitía que la carne es débil.

La idea del desayuno le acometió súbitamente. No había comido nada desde la cena de la víspera y no se había procurado provisiones para el camino. Pero no era posible volver a casa por un rato, pues tendría que dar la impresión de haber buscado largo y tendido al indio. El lugar más cercano para conseguir comida era la mal afamada y prohibida taberna del Rosario, más arriba, en dirección al valle de La Guardia. Se le ocurrió también, a manera de excusa, que podría encontrarse con la banda de De Silva y, por así decirlo, cubrir las apariencias.

Reanimado por la idea de conseguir pan y queso, se puso de nuevo la capa, desató a Campeador y salió al paso más rápido que permitieran el calor y las cuestas. En menos de una hora estaría a las puertas de la venta.

El paisaje de Jaén es una sucesión de montañas áridas y de valles fértiles. Los caminos ascienden en dirección al cielo para luego hundirse en las entrañas de la tierra. Quizá por esa razón los nativos se hallan unas veces entre las estrellas y otras entre el barro, aunque si hemos de ser justos no se precisa para ello haber nacido en Jaén. Cuando Pedro cruzó la primera sierra y alcanzó los árboles y los matorrales del valle siguiente, la ansiedad moral de la última hora había palidecido mucho. La idea de una copa de vino, servida por Catana Pérez, le inspiró una canción y comenzó a tararear trozos de un romance popular.

El camino ascendía en espirales nuevamente, para descender en igual forma, dejando ver porciones del valle próximo, en el que estaba emplazada la venta. Desde el lugar en que se hallaba Pedro, oyó

perros y caballos en la lejanía, deduciendo que la banda de De Silva se había dividido en varios grupos, que no solamente seguían el curso del valle de La Guardia sino que inspeccionaban toda la vecindad. La atmósfera era tan clara en ese punto que, mirando hacia abajo, podía ver un estrecho pedazo de campo de pastoreo, no muy lejos de la venta. Luego, la curva del camino le procuró una vista en dirección opuesta.

Río Verde, Río Verde
Tinto vas en sangre viva...

Campeador alzó las orejas y puso más energía en su trote. Volvieron a seguir la línea de los árboles que iba extendiéndose, cruzaba un arroyo y llegaba finalmente al prado que Pedro había divisado unos minutos antes. Campeador, que pensaba alimentarse en la venta, rompió en un galope que su jinete se guardó muy bien de reprimir mientras tatareaba:

Río Verde, Río Verde

Pero a mitad de camino, el caballo encabritose, y desviándose bruscamente hacia la izquierda, interrumpiendo la canción.

–¡Al diablo contigo! –murmuró Pedro, perdiendo un poco el equilibrio. Al mismo tiempo miraba hacia atrás enderezándose de golpe. Campeador se había asustado de un vestido de villana, de color rojo y negro, que estaba tirado en el pasto crecido. A un par de metros veíase el cuerpo de un perro de caza, muerto, recién degollado de una cuchillada que le había dejado rajada la garganta en toda su extensión.

–¡Cáspita! –murmuró otra vez Pedro.

Un rastro muy tenue de pasto inclinado iba hacia el vecino matorral. Entonces oyó un ruido confuso en esa dirección y, deseoso de saber qué era, condujo a su caballo en ese sentido, por debajo de los pinos. El ruido se hizo más preciso al acercarse. De repente, como si hubiera sido ahogado para luego dejarlo escapar, se oyó el grito de una mujer que decía: "¡Socorro, que me matan!", acompañado de una sucesión de juramentos.

Ante ese llamamiento de auxilio, Pedro espoleó a Campeador y, sin cuidarse de las ramas de los pinos que le golpeaban, se zambulló en el matorral para salir a campo abierto, del otro lado.

–¡Socorro...!

Una joven que no tenía encima nada más que las medias, los zapatos y un pañuelo en la cabeza, hacía frente, cuchillo en mano, a dos individuos corpulentos y mal entrazados que daban vuelta a su alrededor tratando de encerrarla. Llevaban el distintivo de la casa de De Silva. Uno de ellos, que evidenciaba estar herido, se sujetaba el hombro, deshaciéndose en juramentos, en tanto que el otro, sonriente pero silencioso, esperaba su oportunidad de saltar. El cabello de la moza se hallaba en desorden y el pañuelo hecho jirones, pero miraba con la intensidad de un lince acosado por los perros.

Luego, al ver que de repente daba vuelta y se echaba hacia atrás, Pedro se percató de que se trataba de Catana Pérez.

Su visión de la escena no había durado más de un segundo. Pero deseoso de entrar en batalla cargó con avidez. Su látigo cortó la cara de uno de los hombres. Campeador, acostumbrado a la pelea, corcoveó a tiempo que golpeaba con las patas delanteras. El hombre que estaba sonriente cayó exhalando un grito, para levantarse acto seguido y echar a correr en dirección al matorral, en donde se escondió. Su compañero, a quien Pedro le pisaba los talones, huyó en dirección al matorral opuesto, lo cual no le impidió recibir unos cuantos latigazos en la cabeza.

Pedro se volvió justamente a tiempo para divisar a la moza que corría para ponerse a cubierto debajo de los árboles. Apenas había dado un vistazo a sus contornos perturbadores, cuando las ramas de los pinos se cerraron detrás de ella.

–¡Hola, Catana! –gritó, volviendo al trote–. ¿Estás bien?

–¡Váyase, señor! –clamó una voz ahogada y llena de súplica detrás de los matorrales.

–¡Al diablo! ¡Eso sí que se llama gratitud!

–¿Me oye usted? ¡Haga el favor de retirarse!

–No te preocupes y quédate donde estás. Iré a buscar el vestido.

Volvió al prado y después regresó trayendo el vestido de la joven.

–Cuélguelo de esa rama de enfrente y después vuélvase de espalda.

Él obedeció las instrucciones, presuroso. Oyó un movimiento rápido, el ruido de las ropas y al cabo de un minuto apareció Catana.

Había arreglado como pudo su espesa cabellera de color castaño y por lo menos hallábase tapada, aunque sosteniendo con la mano un desgarrón de la falda. Una mancha le oscurecía la mejilla.

En el mejor de los casos, Catana no era hermosa y sin duda no tenía nada de bella en ese instante; pero puesto que su atractivo no dependía nunca de su belleza, no le afectaba el vestido destrozado ni el ojo en principio amoratado. Podía decirse en verdad que sus facciones armonizaban con su tipo de personalidad peculiar.

Su rostro, anguloso y curtido, tenía el color de la vergüenza.

–Llegó usted muy a tiempo, señor. En el preciso instante.

–¡Caramba! ¡Qué suerte, Catana! ¿Qué demonios ocurrió?

Refirió que al volver de la iglesia, Sancho López, el ventero, la había mandado en busca de una cabra extraviada y los dos hombres la habían molestado mientras cruzaba el prado.

–¿Los conoces? –preguntó.

–¡Dios no lo permita! Son forasteros. Me di cuenta de ello por su manera de hablar. Dijeron que estaban a las órdenes del señor de De Silva y que iban persiguiendo a un pobre sirviente. Espero que se les escape.

Sus palabras fueron como bálsamo para la conciencia culpable de Pedro. Pensó que muy posiblemente esos individuos viniesen de Madrid como ayudantes de De Silva.

–Sigue. ¿Qué pasó luego?

–Uno de ellos se sobrepasó conmigo y abofeteé al bastardo.

Había una cálida ronquera en su voz.

–¿Y después?

Meneó la cabeza.

–Créame usted que hay hombres muy malos en este mundo. Esos demonios me azuzaron los perros y se echaron a reír.

–¡Diantre! –gruñó Pedro.

–Pero no se rieron por mucho tiempo, se lo aseguro. Perdí mi vestido, pero corté la garganta de uno de los canes y mandé al otro a pasear muy apresuradamente. Creo que ha de aullar por algún tiempo.

Agregó que los hombres, furiosos por causa de los perros, se le abalanzaron, arrancándole el cuchillo, la amordazaron con un pañuelo y luego la hicieron pasar a través del cerco. Ella fingió desmayarse en espera de su oportunidad, y una vez llegada se apoderó de la daga del cinto de uno de los hombres, lo apuñaló y en la confusión se libró de la mordaza.

–Recé entonces como nunca lo había hecho en la iglesia. Después surgieron usted y Campeador como de la nada. Es terrible pensar lo que decían que iban a obligarme a hacer antes de matarme.

–¡Sangre de Dios! –exclamó De Vargas–. Cómo me hubiese gustado disponer de una espada.

–No; es mejor de esta manera. Le hablaré a Manuel de ellos.

Pedro la miró fijamente antes de preguntarle:

–¿Quién es?

–Mi hermano. ¿No recuerda usted? Trabaja en la cárcel. Tiene unos amigos, caballeros nocturnos, que nos harán el favor.

No se extendió sobre ese punto. Estaba muy por debajo del rango de Pedro buscar venganza contra dos lacayos. Eso era cosa de los asesinos. Pero por un momento, De Vargas lo deploró. Le gustaba Catana. Desde luego no era sino una moza de aldea, pero fascinante. Le habría gustado arreglarle ese asunto.

De repente se llevó la mano a los labios.

–¡Santos del cielo! ¿Y qué pasará con el señor De Silva?

–¿Por qué?

–He matado a uno de sus perros. Hemos herido a dos de sus hombres. ¡Bendita sea Catalina! ¡Qué no nos hará por eso!

Tenía realmente sus buenos motivos para temer. Pero eso ya era de más incumbencia de Pedro, quien exclamó:

–¡Por Dios! Todavía existe una justicia real. Eres súbdito del rey con el mismo título que Diego De Silva. Los hombres y los perros te atacaron. Una sola palabra y llamas al Corregidor.

Pareció divertida.

–¡Ay, virgen María! ¿Qué le parece que una moza como yo puede obtener de la ley, como no sean azotes? La ley protege a las personas que nacen en buena cuna. ¿Puede usted imaginarme acusando a Diego De Silva ante el Corregidor, yo, Catana, moza de la posada del Rosario? ¡Si un perro de caza de buena raza vale tres veces lo que yo! Solamente espero que Sancho López no se atraiga ningún disgusto sobre su cabeza por mi culpa. Ha sido muy bueno para mí, lo mismo que un padre.

Al pensarlo de nuevo, Pedro hubo de admitir, *in mente***,** que la joven tenía razón. Pero no podía resistir la tentación de vanagloriarse un poco.

–Entonces, llámame. Si De Silva desea alguna satisfacción puede tenerla.

–Gracias, caballero –dijo ella, sonriendo.

Los labios de la moza resultaron de pronto irresistibles y la atrajo hacia sí.

–No –dijo, rehuyendo el beso.

–¿Por qué no, Catana? Ya me has besado antes.

–Sí, pero ahora no.

Una nota extraña en su voz le hizo hervir la sangre.

–¿Por qué no?

–Trate de descubrirlo solo, señor. Si se lo puede imaginar, le daré uno si es que lo quiere entonces.

–¿Será porque no me quieres?

–No.

–¿Porque tienes novio?

–No.

–¿Por qué, Dios del cielo? –La curva de sus labios, el contacto de su cuerpo contra el brazo, lo hacía arder–. ¡Al diablo con todo! No puedo imaginármelo.

La besó a pesar de todo, justamente en la boca. Ella no opuso resistencia, pero no devolvió la caricia.

–¡Por favor! –dijo al final.

La dejó ir, sorprendido de las maneras de las mujeres. No se le ocurrió pensar en las de los hombres.

–Tengo que volver a casa y contarle a Sancho López lo que ha sucedido.

–Entonces iremos los dos montados en Campeador.

–¿Usted lo quiere verdaderamente así?

No pudo explicarse la excitación de la voz de la joven.

–Desde luego.

Montó y le dio una mano. Ágil como un gato y apoyando un pie en la punta de la bota, saltó sobre el anca y se mantuvo pasando el brazo alrededor de su cintura. Campeador bailó para indicar que los dos jinetes no suponían nada para él.

–¡Quieto! –ordenó Pedro.–. Lo siento, Catana.

–Si estoy muy bien.

Al mirar hacia abajo mientras seguían la marcha, Pedro se enterneció al ver una de sus manos con dos dedos doblados sobre la hebilla de su cinturón. Era una mano fuerte y capaz, aunque suave y bien formada.

Entonces recordó repentinamente a Luisa de Carvajal. Como desde muy abajo miró entonces hacia ella, hacia lo alto de su experiencia en la iglesia. Vio una vez más el rayo de luz sobre su rostro. En contraste, ¿qué era esto? ¡Montado con una moza de las montañas, de vestido desgarrado, a la que acababa de besar, una moza de taberna, medio salvaje, compañera de bandidos y de montañeses!

En ancas y con su brazo alrededor de la cintura. Y allá, en la cima, se hallaba de pie Luisa de Carvajal, la hija del marqués. ¡Por la Santísima Trinidad! ¡Vaya un día! Primero es cómplice de un pagano escapado; luego se encuentra comprometido en esto. No había duda. San Pedro era amigo de bromas pesadas.

No podía ver la mirada de éxtasis y de adoración en el rostro de Catana ni ocurrírsele de ninguna manera que ése era el instante supremo de la vida de ella, que deseaba apoyar su mejilla sobre los hombros del joven, mientras oprimía suavemente la cintura con su brazo y sus labios se hallaban partidos en un sueño imposible.

Una de las características de la moza era la invención de futuras conversaciones. Sabía que algunos años más tarde referiría a la gente cómo había viajado con Pedro de Vargas a la grupa de Campeador...

–Catana, ¿te refieres a don Pedro, el maestre de campo del rey?...

–Claro que sí, ¿quién otro? Ese día yo me sentía una verdadera dama. Era casi –se oía decir a sí misma– casi como si fuera mi caballero.

Demasiado pronto para su gusto, surgieron a la vista las paredes encaladas del Rosario. Penetraron en el patio lleno de olores a causa del conjunto de mulos y de burros cansados del viaje. Pedro sofrenó su caballo.

–Muchas gracias.

Catana deslizose otra vez a tierra.

5

Era una hora muerta en el Rosario, cuando los viajeros de la noche anterior habían proseguido su camino y aún no habían llegado los de la tarde. Varios arrieros estaban bebiendo en una de las mesas tipo caverna, y un trío de gitanos –un hombre y dos mujeres– hablaban su jerga en un rincón. El lugar se hallaba a oscuras, lleno de humo y de un rancio olor a cocina. Servía de cocina, de comedor y hasta de dormitorio, pues aunque en la parte alta existía un altillo con jergones, los viajeros advertidos preferían tenderse sobre las mesas con el fin de dormir mejor. Al penetrar del fuerte sol del exterior, Pedro tardó un minuto o dos antes de distinguir nada en la oscuridad y de acomodar su nariz y sus pulmones al nuevo ambiente.

–Señor Pedro, a vuestras órdenes –dijo una voz hosca en la penumbra.

Y la misma voz se dirigió a Catana:

–Ya era hora que volvieras, piernas largas. ¿Encontraste a Bepé?

La figura maciza de Sancho López, que se hallaba sirviendo a los arrieros, se hizo visible gradualmente.

–¡Qué vergüenza! ¡Qué inmundicia! –estalló Catana mientras sacudía los puños por encima de su cabeza.

–¿Qué quieres decir? –inquirió López al ver el vestido desgarrado y un ojo que ya había comenzado a hincharse.

–Me refiero a los infames que atacan a las mujeres. A no ser por el señor Pedro no me habría vuelto a ver.

Su voz llenó el lugar. Hizo un relato de lo acontecido, lleno de vida y de pantomimas, acordándose de agarrarse alguna que otra vez el vestido desgarrado que dejaba ver demasiado sus muslos.

Un gruñido de indignación acogió su relato. Ya que nadie podía jactarse de poseer los favores de Catana, la moza resultaba la querida en potencia por todos y un ultraje contra ella lo era contra todos. De haberse encontrado allí los atacantes en ese momento, poca habría sido la posibilidad de escapar con vida, ya que el Rosario gozaba de una pésima reputación en cuanto al derramamiento de sangre. Y, sin embargo, el silencio reinó en el lugar tan pronto como se hizo mención del nombre de De Silva. Era persona rica y de mucho poderío y Sancho López pareció preocupado.

–Antonio –prosiguió Catana, dirigiéndose a uno de los arrieros–, cuando llegues a Jaén verás a Manuel y le contarás lo sucedido.

Antonio, hombre de aspecto tranquilo y de mirada dura, pareció orgulloso de haber sido designado y contestó con jactancia:

–Así lo haré, Catana. Pero si antes llego a encontrar a uno de esos canallas, quizá no sea necesario que Manuel se moleste.

–¡Bah!, déjate de tonterías y díselo a Manuel, hombre. Los gorriones no hacen la guerra a los halcones –interrumpió Sancho López.

El ventero tenía la cabeza redonda y el cabello rapado, aunque no tanto la barba. Era hombre de pocas palabras, aunque de mucho peso. Con los brazos cruzados y medio inclinado sobre una mesa, dominaba la reunión. Después de una pausa:

–Olvídalo. La chica no fue violada, así que ¿para qué hacer bulla? Conocí a De Silva cuando era mucho menos poderoso que ahora y él no ignora lo que yo sé. Dejará en paz a Catana, pero tú y Manuel dejarán también en paz a sus hombres. ¿Me entienden? La cuenta quedará saldada.

Dejó caer los brazos y comenzó a apartarse, parándose después.

–Además, el rayo no cae sobre las coles. ¿Pero no estará usted proyectando algún viaje, señor Pedro?

–No por miedo de él.

–Entonces ándese con cuidado. –López se acarició el mentón medio arrugado, durante un instante, como si quisiese arreglar algo, pero lo pensó mejor y dirigiéndose a Catana, dijo:

–Tienes un ojo negro, piernas largas.

–¿No me queda muy feo? –Calculó la hinchazón con un dedo.

–Se trata de un ojo demasiado negro y no podrás bailar ante los viajeros hasta que desaparezca. No resulta femenino. Conseguiremos a Dolores Quintero –dijo Sancho con franqueza.

–¡No lo hará! –estalló Catana, orgullosa de sus exhibiciones nocturnas, atracción principal del establecimiento y su mayor fuente de ingresos.

–Con su permiso –dijo una voz que provenía de un rincón en la oscuridad–. Para un ojo así no hay nada mejor que la carne cruda. La he usado muchas veces. La mejor es la de ternera, pero también sirve la de cabra o la de cerdo. Átese un buen pedazo sobre el ojo en seguida, señorita, y podrá bailar mañana, con la ayuda de Dios y de un poquito de harina. Pero no pierda tiempo.

La atención se concentró entonces en el que hablaba, que todavía no había sido observado por Pedro. El puente de su nariz era extraordinariamente ancho, aunque de ninguna manera chato. Este rasgo, combinado con la truculencia de su rostro cuadrado y de sus ojos grandes y salientes, le daba un aire toruno. Tenía el cuello ancho y los hombros enormes. Iba recién afeitado y su boca era ancha y voluntariosa. El cabello, amontonado debajo de una gorra de paño le salía en un mechón. Su edad podría ser de unos treinta y cinco años. Y aunque hablaba con acento jiennense, Pedro no recordaba haberlo visto jamás.

–Hay gran verdad en lo que dice el caballero –asintió López–. Es un buen remedio, Catana. Corta una lonja de la cabra que acabamos de degollar y átatela con un trapo. Voy a atender al señor Pedro. ¿Qué se le ofrece, señor?

Pedro pidió pan, queso y vino, y salió para ocuparse personalmente de Campeador. A su regreso, el hombre del rincón lo saludó.

–Señor, hágame usted el honor –dijo con voz retumbante–. Acompáñeme. Juan García, a sus órdenes. –Y después que Pedro se hubo sentado, inquirió: ¿Es hijo de don Francisco de Vargas?

–Sí, señor.

–Gran caballero el don Francisco. Yo lo he visto, es decir, he oído hablar mucho de él. ¿Y quién no lo ha oído? ¡A vuestra salud!

Levantó la copa hasta sus labios, pero Pedro observó con sorpresa que no bebió.

–En las Indias he conocido soldados de las guerras contra los moros y de las campañas de Italia. Les gustaba hablar de él.

–¿Las Indias? –Los ojos de Pedro brillaron. Con excepción de Coatl no había encontrado a nadie que viniese del Nuevo Mundo y el castellano rudimentario del indio no le proporcionaba una idea muy clara. Jaén era una ciudad del interior, apartada de las rutas principales, pero los rumores del oeste, allende los mares, llenaban la imaginación de todos los jóvenes–. ¿Las Indias? ¿Ha estado usted allí, señor.

–Muchos años. Dieciséis, para ser más exacto. Y vuelto hace dos semanas; el día de San Antonio. –García se detuvo para cortar una cebolla con su cuchillo, depositó un trozo en un pedazo de pan y se lo introdujo en la boca, lo que no le impidió proseguir la conversación, aunque sus palabras resultaron apagadas–. Tenía más o menos su edad cuando me hice a la vela, desde Cádiz, con Cristóbal Colón.

–¿El almirante?

–El mismo –asintió García–. Fue su último viaje... y de muy poco provecho. Había promesa de oro en Veragua, pero los malditos indios nos hicieron retroceder. Dos años perdidos. Nos paseamos por allá descubriendo tierras sin valor y volvimos de las islas con menos plata que un espantapájaros. Gracias a Dios, he tenido más suerte luego.

–Reláteme algo acerca de él, del almirante, señor –dijo Pedro inclinándose hacia adelante.

–Don Cristóbal –García desalojó con la uña un pedazo de carne que se le había introducido entre los dientes–; bueno, señor, para ser justo le diré que era un hombre viejo y lleno de achaques cuando lo conocí. Estaba lleno de defectos, por supuesto. Por otra parte, tenía un hermano maniático, don Bartolomé, que se hacía odiar de la gente. El almirante, ¡quién lo creyera!, no sabía manejar a los hombres. No es posible admitir que los caballeros de Castilla recibiesen órdenes de esos extranjeros genoveses. Era un gran marino, eso sí. No tenía igual. Cómo pudo encontrar el camino a través del

océano, casi olfateándolo, es cosa que a nadie se le alcanzaba. Pero admitido eso, no hay gran cosa que agregar.

García hizo una bolita de pan y continuó:

–A decir verdad, don Cristóbal no era mi tipo. Quiero decir que era endemoniadamente extraño. Lo he visto durante horas en la borda sin hacer otra cosa que observar el horizonte. Si uno le hablaba entonces no lo veía. Tenía la mirada del que camina en sueños y entre ellos vivía. ¡A mí deme hombres prácticos!

García terminó de repente, luego permaneció un momento pensativo y meneó la cabeza.

–Sin embargo, es necesario reconocer lo que hizo. Supongo que un hombre práctico no nos hubiese llevado a través del océano. Se precisa un poco de todo para hacer un mundo.

La mente de Pedro seguía el sueño de Colón. El desprecio de García no empequeñecía lo más mínimo la alta e inclinada figura del anciano, con la vista fija en el horizonte. ¿Con qué soñaba? ¿Con la gloria, Catay, el Gran Khan? ¿Eso es lo que habría soñado Pedro de Vargas? ¿O quizá pensara en sus cadenas y en su desgracia, en su tragedia que conmoviera a la misma España? ¿O acaso su sueño fuese algo distinto, algo por encima de todas las cosas, algún horizonte infinito que sólo él podía imaginar? Pedro se entusiasmaba pensando en él. No compartía el entusiasmo de García por los hombres prácticos. Al mismo tiempo, García no daba impresión de ser una persona ordinaria.

–Señor, ¿siempre esperan descubrir Catay del otro lado de las islas?

–Anda usted algo atrasado, señor –dijo García con una sonrisa–. ¿No oyó hablar nunca de Vasco Núñez de Balboa?

–No señor.

–Ya lo suponía. Fue un gran amigo mío y un caballero valiente. ¡Qué lástima que lo ejecutaran! Los viejos compañeros van desapareciendo. –García suspiró pensativo–. Pero esto no viene al caso. Era un hombre muy emprendedor y hace unos cuatro años, cuando estaba a cargo de la Colonia de Santa María de la Antigua, cruzó las montañas de Darién y avistó el gran mar del Sur. Hasta entonces nadie estaba seguro, pero eso era suficiente prueba. Descubriéronse enormes tierras nuevas. El Gran Khan no tenía nada que hacer con ellas. No pertenecen a nadie más que a Su Majestad. Cuál es la distancia hasta la Catay y las islas de las Especias, a través del mar

del Sur, nadie lo sabe sino Dios, pero eso no tiene importancia. Se trata de un nuevo mundo, señor.

Pedro quedose mirando a García, mientras su imaginación saltaba como fuego en una tormenta de viento.

–Escuche –prosiguió el otro–. He estado frente al mar, en la Habana de Cuba, mirando hacia el norte. Podía palpar la inmensa extensión de tierra allá a lo lejos, como una nube; la tierra sin límites descubierta por Ponce de León. Luego he mirado hacia el oeste. Tierra más allá del horizonte, en esa dirección. Hernán de Córdoba la costeó el año pasado. País de ciudades y de oro. Luego, al sur, se encuentran las Honduras, que fueron descubiertas por el almirante, y más al sur de aquello, ¡Dios sabe qué! Balboa ha oído hablar de un país en el mar del Sur, donde el oro es más barato que el hierro, donde esos salvajes de los indios viven en palacios y hacen sus comidas en platos de oro. Y todo aquello está esperando. Hay reinos, imperios, montañas de oro que esperan ser tomados por el primer caballero que tenga el coraje de aventurarse. ¡Hombre! ¡Hay que aspirar el olor de un país nuevo cuando se echa el ancla! ¡Pero los jóvenes como usted se quedan en España! ¡Dios, qué extraño es este mundo! Esclavos, mujeres, perlas, joyas...

–Su pan y queso, señor –interrumpió López, dejando caer el plato–. A su servicio.

Pedro olvidó su apetito por un instante.

–Mi madre dice que Italia es la verdadera escuela del honor. Proyecta enviarme allá el año próximo. Es italiana. No pienso quedarme en España. Mi padre dice que un hombre adquiere más reputación peleando con los *hommes de'armes* franceses y los lanceros de Suiza que en cualquiera otra forma.

García pareció sorprendido por un instante. Luego sus ojos se iluminaron como los del hombre que recuerda algo olvidado.

–¡Por Dios! –dijo sonriente–. Sí, esto me recuerda los viejos tiempos. España no ha cambiado. Vea usted, señor: no soy más que un hombre común, sin blasones ni antepasados. He nacido en la nada y he tenido que luchar. Pero recuerdo que ésa es la manera de hablar de los hidalgos. Bien: quizá eso será lo acertado. Pero con todo el respeto debido a don Francisco, Italia está fuera de moda. Pueden conseguirse más honores, a mi modo de ver, convirtiendo indios idólatras a la fe y ganando provincias para el rey, que luchando contra los franceses. Pero quizá esté equivocado.

Con aspecto de quien ha terminado cuanto tenía que decir, sin desear mezclarse en asuntos ajenos, García terminó su colación dando enormes bocados y se quedó contemplando a Pedro, que se dispuso a recobrar el tiempo perdido frente a él. Cuando sus miradas se cruzaban, ambos sonreían inconscientemente como personas que se entienden sin palabras. La charla se hizo gradualmente más personal, notando Pedro, al mismo tiempo, la extraña reserva de García. Su lugar de nacimiento en Andalucía, la causa de su regreso de las Indias, sus planes y sus asuntos quedaban en las nubes.

–¡Hola, señorita! –gritó García a Catana, que había vuelto a sus ocupaciones con una venda sobre el ojo y el vestido cosido–. Otra copa de vino para el caballero, si me hace el honor de aceptarla.

Mientras tanto, su propio vino quedaba intacto. Ante la sorpresa de Pedro, bebió de su cantimplora.

–¡Por el Nuevo Mundo! –exclamó Pedro, inclinándose en señal de agradecimiento después que hubieran traído el vino a la mesa.

–¡Por el Nuevo Mundo! –contestó García calurosamente, aunque nuevamente no hizo más que tocar el borde de la copa con los labios.

–¿No bebe, señor? –inquirió el muchacho sin poder contener más su curiosidad.

–No –contestó el otro–; no bebo sino como el burro. Es una cruz pesada. Por favor, no se preocupe por eso. Compro vino a la salud de la casa.

–Ya veo –dijo De Vargas–. Es una penitencia.

–Algo así.

García cayó en un silencio no interrumpido sino por el cuchillo con el que se entretenía en cortar la mesa. Pedro se preguntaba qué estaría expiando. La reserva del hombre se hizo impenetrable. De repente golpeó la mesa con el cuchillo, frente a él.

–¡Por Dios que he de decirle de qué se trata! Soy un hombre como los demás cuando me encuentro sobrio; pero si bebo me vuelvo loco. Y basta un solo trago para que se me suba a la cabeza. Cuando estoy ebrio me da por matar. Eso es todo.

Durante un instante su cara redonda pareció horrible; el fulgor brillaba en sus ojos. Luego se ablandó.

–He nacido en esa forma y posiblemente esté poseído del diablo, aunque Dios sabe lo que he hecho por librarme. He gastado una pila de dinero en oraciones y en cirios, pero sin resultado. Por eso lo mejor es que me abstenga de beber.

Pedro experimentó simpatía hacia ese hombre y así se lo demostró, pensando para sus adentros que era duro no poder beber vino para un hombre tan robusto como su compañero.

Siguió otra pausa mientras García parecía observar el efecto de su confidencia. Parecía dudar entre dos cosas, mirando a su alrededor, hasta que finalmente dijo en voz baja:

–Creo que puedo confiar en usted. Tiene la mirada franca.

Pedro no contestó, pero su mirada se volvió interrogante.

–Me han dicho que los hidalgos saben mantener su palabra, aunque yo sé de varios que no lo han hecho. ¿Y usted?

–Hago todo lo posible por mantenerla.

–¡Por Dios, que lo creo! –dijo finalmente.

Llevose la mano a la cintura y sacó a relucir por encima de la mesa la empuñadura en forma de cruz de su puñal.

–Téngalo y jure que sabrá guardar para sí lo que voy a decir.

Sus miradas se cruzaron. El lugar quedó unos instantes en silencio tal que Pedro pudo oír cómo una rata se escurría por el suelo.

–Lo juro.

Volvió a oírse ruido en la mesa de al lado.

–El hecho es que yo soy nacido en Jaén, donde maté a un hombre hace dieciséis años –dijo García luego de haberse aclarado la garganta–. Lo maté estando borracho, y eso es lo maldito del asunto. Mi madre vive aún y he vuelto para verla. Si me agarran –García hizo un ademán con la mano sobre el cuello–, puede que necesite un amigo. ¿Usted vuelve a la ciudad?

–Sí señor, ahora mismo.

–Si me permite lo acompañaré. En el camino hablaremos mejor.

Era evidentemente nada acostumbrado en García el hacer las cosas con tranquilidad. Rugió pidiendo la cuenta, la pagó con gesto jactancioso y también trató de pagar la cuenta de Pedro. Hubo una discusión sobre el particular con Sancho López y Catana, que no querían que se les ofendiese permitiendo que en adelante Pedro de Vargas pagara lo que consumiese en el Rosario. Luego se levantó lentamente para dirigirse hacia la puerta, haciendo sonar sobre el suelo sus gruesas botas de montar y llevando las alforjas sobre el brazo. Cuando le trajeron la mula dio al mozo una moneda de plata, palmeó a Sancho López en la espalda, deseándole prosperidad en el negocio y finalmente arrojó otra moneda en la mano de Catana.

–Cómprate un vestido nuevo, guapa, y ¡al diablo con Dolores Quintero! –rugió.

–¡Pero si es de oro! ¡Un ducado de oro! –exclamó–. No he visto otro sino una vez en mi vida, cuando Sancho López me lo mostró. Compraría diez vestidos con él.

–Entonces cómprate un ajuar. Y si no puedes encontrar marido, lo que resulta imposible de creer, llama a Juan García. Me gusta tu carácter, muchacha, y necesitamos gente así en las Indias.

Lo despidieron en medio de bendiciones. Pedro se preguntaba si el ser García tan manirroto sería su costumbre o una consecuencia de la vida en Ultramar.

Pero una vez a la cruda luz del mediodía la exuberancia de García desapareció, prosiguiendo su camino sombríamente y con la mirada fija en los muros y en las torrecillas distantes de Jaén.

–Es una buena hora para pasar los portones –observó–. Es la hora de la siesta. No estarán pensando en nosotros ni en el muchacho que se escapó hace dieciséis años con la ayuda de San Cristóbal. La ciudad no ha de haber cambiado, a juzgar por el aspecto que tiene desde aquí, pero espero que haya cambiado yo. Quizá pueda salvarme si miro bien a mi alrededor y permanezco escondido. Es un asunto arriesgado.

Una vez más en este día, Pedro se encontraba fuera de lugar en cuanto a su conducta moral. Primero recordó las diatribas de su padre contra el Rosario, admitiendo que de no haber ido hasta allí no se hallaría envuelto en este problema. Desde luego, tenía que mantener la palabra empeñada a García; pero ofrecerle amistad era cosa muy distinta. Igual que Campeador, que miraba orgullosamente a la mula, de reojo, y se quedaba tan lejos de ella como fuera posible, el joven hidalgo tenía sus reservas acerca del hombre de las Indias. Y, sin embargo, había algo de sencillez, de triunfo y de buen corazón en el hombre y Pedro no pudo evitar sentirse atraído hacia él.

–¿Conoce usted a la señora Dorotea Romero? –preguntó de improviso al cabo de una pausa.

–¿Quiere decir la vieja –Pedro cambió la palabra "bruja" por "partera" después de contenerse– que vive en la calle Santo Tomás, cerca del castillo?

–La misma, creo, aunque estaba antes en la calle Rodolfo. No habría dos del mismo nombre y profesión. Sí, debe estar vieja, aunque no puedo pensar en ella como tal. ¡Es mi madre! –agregó con cierto orgullo.

"Virgen bendita", pensó Pedro. Pero después de todo no sabía a ciencia cierta que la madre Dorotea fuese bruja. Siempre corrían

las mismas versiones acerca de las viejas feas que practicaban el oficio de partera.

–¿Es bella y de hermoso porte? –inquirió García.

–Bueno, hace ya tiempo que no la veo.

–Era muy buena moza y también una buena madre, la mejor que pueda tenerse. ¡Por Dios, que llevó una vida bien dura! ¡Pobre madrecita! Y lo que hice fue cruelmente duro para ella. Pero de hoy en adelante irá vestida de terciopelo como la mejor dama. Terminará sus días en la mayor tranquilidad. Eso es lo que hará mi madrecita. La llevaré a otra ciudad donde pueda tener una casa para ella sola, una sirvienta y una mula. Comerá carne todos los días. Hombre, no duermo por la noche pensando en ello. Lo cual me hace recordar... –García calló, pero después de tragarse la última duda prosiguió–: No he tenido mala suerte en los últimos años. Poseí algunos bienes bastante importantes, por cierto, en Santo Domingo, los cuales vendí en una bonita suma: dos mil pesos.

Pedro quedó impresionado.

–Algo de eso tengo aquí –dijo García golpeando las alforjas– en una letra de cambio contra los Médici, de Cádiz, tan buena como el oro, aunque si me apresan en Jaén, antes de conseguir sacar a mi madre, el juego habrá terminado en lo que a mí se refiere. Pero ella conseguirá el dinero. Vea usted, su nombre está en la letra de cambio, lo mismo que el mío. ¿Quiere encargarse de cuidarla? Esto es lo que deseaba pedirle. De otro modo habrían de robarla, siendo mujer e ignorante. Le hablaré de usted.

Vio la vacilación en el rostro de Pedro.

–¡Por Dios! No cuento con ningún amigo aquí. No pido nada para mí y, puede creerme, me he arrepentido de la locura de hace dieciséis años. Se lo pido por ella. Si el hijo de Francisco de Vargas me da su palabra de ayudar...

Calló con un no sé qué en la voz que Pedro no pudo resistir.

–Haré lo que pueda.

–Deme la mano para sellarlo.

Los dos guanteletes se encontraron.

–¡Compañero! ¡Camarada! –dijo García. Era evidente que no pudo encontrar un título más alto en su imaginación.

Una chispa, una suerte de corriente espiritual pasó entre los dos hombres, de esas que contradicen siempre el materialismo de la vida. Pero se sintió más fuerte y lleno de calor por ello; fuerte con la fuer-

za del aventurero audaz y fornido en que de repente se había vuelto su amigo.

–Si me cuelgan puedo morir más tranquilo ahora –agregó García–, si es que tengo que llegar a ese extremo. Permítame que le muestre algo.

Buscando en el interior de una de las alforjas, sacó a relucir un pequeño envoltorio y lo abrió sobre el pomo de la silla de montar. Contenía una barba postiza de color rojizo, que, según la sincera opinión de Pedro, no parecía postiza cuando estuvo colocada alrededor del ancho rostro de García. Un trozo de cera, inserto entre la encía y el labio superior alteraba la forma de la boca. Una mancha, de lo que podía ser polvo del viaje, cambiaba el aspecto de su nariz, en tanto que algunos retoques daban nuevo aspecto a sus ojos. Mientras Pedro quedábase mirándolo con la boca abierta, el aventurero de allende los mares se transformaba poco a poco en comerciante de cierta edad, con los hombros caídos.

–¡Ay, María! –exclamó.

–Lindo, ¿verdad? –farfulló García, poco acostumbrado aún al trozo de cera –. Hay uno de esos pilletes que conozco en Sanlúcar que se especializa en este tipo de disfraz. No solamente indica el que nos conviene, sino la manera de usarlo. Ha sido el maestro de los principales bergantes de España. Le pagué un buen precio, pero cualquier cosa que nos salve el pellejo vale más que el dinero.

A Pedro le pareció que las posibilidades de pasar desapercibido García en Jaén habían aumentado. Aunque los hombres del Corregidor recordasen al hombre, después de los dieciséis años transcurridos, tendrían mucha dificultad en identificarlo con este disfraz de hombre anciano y de negocios, siempre que no se olvidase de su papel.

–No se preocupe por eso –dijo, cuando Pedro le indicó la posibilidad–. Cuando la vida peligra no tenemos un solo momento de distracción mental.

Las fortificaciones moriscas de Jaén se hallaban a la vista, claramente perfiladas con la pendiente de la ciudad detrás de las mismas. Finalmente, los jinetes llegaron a la puerta, que atravesaron sin que nadie les preguntase nada, separándose en el primer cruce de caminos.

–Si me necesita, todo el mundo conoce la casa de los Vargas –dijo Pedro.

–Y usted sabe dónde queda la posada de la Corona –contestó García–. Era una posada nueva en mis tiempos y ahí me he de alojar. Si todo va bien no sabrá usted nada de mí hasta que haya salido de Jaén. Mientras tanto, piense en el oeste, compañero. Podré darle consejos. –García vaciló, agregando después–: Quizá llegue a embarcarme con usted. ¡Adiós!

Hizo volver la cabeza a la mula.

–¡Adiós y buena suerte! ¡Que le vaya bien! –contestó Pedro levantando la mano.

–"¡Bendito San Pedro! –murmuró para sí camino de su casa– ¡Estas son mis tres proezas! Me he portado como amigo de un indio pagano, he salvado la virtud de una villana y dado ayuda a un asesino. Si tal fuera tu voluntad, perdóname, pues no soy más que un idiota, entonces."

Es muy posible que desde su trono en el cielo, el santo impenetrable le haya contestado con una sonrisa. Porque en ese mismo instante un sirviente vestido sencillamente, sin librea ni distintivo, se aproximó a Pedro en la calleja situada al extremo de la casa de los De Vargas y se quitó la gorra mientras el otro sofrenaba el caballo.

–Señor Pedro de Vargas –dijo–. Un mensaje para su señoría.

Era una carta de poco tamaño con un primoroso sello. Pedro la miró incrédulo. Se había producido lo imposible. Sin abrirla, sabía que la nota era de Luisa de Carvajal.

6

Doña Antonia Hernández, dueña y prima de Luisa de Carvajal, era considerada como acompañante demasiado joven por las conservadoras matronas de Jaén. A la edad de treinta años, una mujer no ha olvidado del todo su propia juventud. Corrían bastantes chismes y murmuraciones acerca de ella por los miradores de la ciudad, y quizá con cierta razón, toda vez que estaba llena de vida y de recursos y era amante de los placeres. Aunque fuera una viuda de pocos medios, había gustado de los placeres de la Corte, conociendo bastante la vida mundana. Un asunto amoroso, aunque fuera indirectamente, sobre todo si intervenía su querida Luisa, la conmovía y la estimulaba.

Frente a la pila bautismal, Pedro de Vargas, bello y vigoroso, había producido intensa emoción en doña Antonia. De regreso a la bien ventilada galería o mirador, que se extendía por encima del jar-

dín italiano del marqués de Carvajal, comprendió perfectamente la causa de que Luisa se quedase con los ojos en la lejana campiña, soñando. Finalmente, se aproximó con una sonrisa mientras deslizaba un brazo alrededor del talle de la joven.

–También a mí me gusta, prima.

Luisa se ruborizó y dejó caer la cabeza sobre el hombro de la dueña.

–Es más buen mozo que Juan Romero, ¿no le parece, prima? ¿No observó cómo se le encienden los ojos cuando se ríe? Y me encanta su cabello pelirrojo. Dicen que se va a ir a Italia, que es la mejor espada de Jaén y que su padre lo enseñó.

–¿Quién lo dice? Primita, parece que usted sabe mucho acerca de él. Espero que no haya olvidado su condición al punto de hacer preguntas.

–Desde luego que no, prima. Oí algunas damas que hablaban en casa del obispo, la primera vez que me encontré con él.

–¿Ha oído algo más?

–No.

–Entonces es mi deber decírselo, primita. Es joven y pobre. Su padre no podría admitirlo como pretendiente. Ya sabe cómo es el marqués. Proyecta un casamiento adecuado para usted.

–Ya lo sé.

Las palabras y el tono de la voz indicaban la actitud de Luisa. Sin que le molestase el hecho, sabía que sería dada en casamiento a algún gran señor elegido por su padre. Podría ser joven y atractivo, aunque lo contrario sería más probable. Posiblemente sería bastante más mayor que ella, con una barba bien tupida y dientes en mal estado. Ejercería la autoridad de su padre y los derechos de esposo, siendo dueño de su persona a su gusto y teniendo hijos si tal era la voluntad de Dios. Sería respetada por su nacimiento y pasaría delante de la mayor parte de las mujeres de la Corte. Quizá también, si se casaba con un grande, el rey la llamaría prima. Esta parte del asunto, en opinión de Luisa, era muy deseable. Y luego quizá, según la prima Antonia, podría enamorarse de un joven caballero que arriesgaría su vida por concurrir a una cita con ella. Desde luego sería un pecado muy grande, pero excitante y maravilloso y las mujeres eran débiles, al decir de la prima Antonia. No se podía esperar que resistiesen todas las tentaciones. Pero el romance, de producirse, vendría después del matrimonio, no antes.

–Ya lo sé –repitió.

Los ojos de Pedro de Vargas moraban en su mente como la llama del candil en la retina después de haber sido apagado. Eran más verdes que azules, tenían un extraño atractivo. Había sentido algo como una conmoción cuando los levantó hacia ella. Y mayor excitación aún era imaginárselo en lugar de la prima Antonia, con el brazo alrededor de su cintura. Muy malo era ese pensamiento, sobre todo después de misa. La turbaba y al mismo tiempo hacía vibrar todo su ser, aunque su rostro de santa no dejase traslucir nada.

–Pedro de Vargas no significa nada para mí, desde luego –dijo con voz educada y serena para ocultar el rubor de sus mejillas.

–¿Nada? –sonrió Antonia–. Entonces, todo está perfectamente. Un poco de coqueteo no le haría ningún mal, prima. El tomar los jóvenes las cosas demasiado en serio es lo que hace mal. En el casamiento es de gran ayuda un poco de experiencia previa. Así se aprende mejor a complacer al esposo... y a manejarlo.

Luisa, más turbada de lo que aparentaba, preguntó inocentemente qué era eso de experiencia.

–Sí, encuentros casuales en la iglesia, cartas sin firmar, una palabra o dos a través de la reja de un portón; no hay nada malo en ello, ni en jurarse amor eterno, ni en suspirar un poco. Eso es la sal de la vida.

–Debe ser divertido –asintió Luisa, cuidando de esconder la agitación de su voz. Y luego, traicionándose, inquirió–: ¿Cree usted que le gusto?

–¡Válgame Dios! –dijo Antonia, dándole un abrazo–. Está loco por usted. Hasta un tonto lo vería. Si usted viviese en una casa ordinaria lo vería esta noche parado ante su reja. Pero el pobre muchacho no puede poner sitio al palacio Carvajal. Tendrá usted que darle alguna indicación.

–¿Cómo?

–Ya lo pensaremos.

Los ojos de Antonia bailaron. Cualquier cosa que sucediese era un pasatiempo para una mañana vacía de verano, tan aburrida y calurosa detrás de las cortinas del mirador. En cuanto a Luisa, unas ideas nuevas saltaban en su cabeza como castañas asadas. Tenía verdaderamente permiso de la dueña para pensar en un muchacho, no uno imaginario como aquél en que pensaba antes de dormirse, sino uno de veras, con ojos azul verdoso y cabellos rizados del color del bronce. Quizá hasta le permitiría hablar con él. Acaso no fuese tan pobre. Era lo único que la amargaba, porque, instintivamente, Luisa

no gustaba de la gente pobre. Sin embargo, era hijo de Francisco de Vargas y eso redimía en parte el asunto. El corazón de Luisa latía fuertemente debajo del corsé.

–¡Qué alegría! ¿Puedo llamar a Sancha para que me desabroche? Hace tanto calor...

–Sí. Y también me puede poner más cómodamente a mí. El marqués no nos visitará esta mañana, pues me han dicho que se ha unido a los que han salido en busca de un sirviente de Diego de Silva. Ahí tiene un hombre atrayente, ese Diego de Silva.

–Padre dice que tiene grandes bienes –comentó Luisa distraidamente.

–Es rico como un Creso –insistió Antonia–. Y de las primeras familias. Es pariente del obispo de Burgos.

Con el rasgar del brocado y el ruido de los encajes, las dos damas fueron despojadas de sus vestidos de iglesia y de numerosas enaguas. La delgada silueta de Luisa se expandió apenas un poco, pero la de la dueña lo hizo bastante más. Exasperada, la señora Hernández abofeteó a Sancha por haberla pellizcado mientras la desabrochaba. Luego se colocaron los grandes y amplios vestidos de la época, y sin saberlo se adelantaron a la moda en varios siglos. Sancha, de rodillas, sacó los zapatos estrechos y crueles de los pies doloridos de su ama, reemplazándolos por unas babuchas moriscas. Luego, siguiendo órdenes de Antonia, trajo un plato de frutas confitadas, colocándolo sobre un taburete, al alcance del sofá, y se retiró.

Antonia eligió un higo, con el que estuvo jugando un momento. Una brisa ligera, cargada de perfume de las flores, agitó suavemente las cortinas de las ventanas. Luisa tomó asiento sobre un cojín cercano y levantó la vista, esperando.

–Ahora me siento mejor –suspiró Antonia–. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí, de Vargas. Con el corsé puesto ni siquiera se puede pensar en el amor, ¿verdad? –Mordisqueó la fruta–. Le mandaremos una carta, primita.

–¿Qué clase de carta? Jamás podría escribir una.

–Lo haremos juntas.

–¡Qué divertido!

La señora Hernández miró al cielo. Sus labios se movieron y sonrió.

–Empiece, prima.

–Un momento. Busque el cuerno de la tinta y el papel. Escriba lo que le voy a dictar.

Cuando Luisa estuvo preparada, Antonia dictó, mientras la señorita, no muy segura de su escritura, luchaba con la punta de la lengua entre los dientes.

"Señor caballero:

Se dice que el diablo aborrece el agua bendita, lo que prueba que don Cupido no es diablo, ya que parece zambullirse allí. Si deseare conocer más sobre el asunto, puede usted presentarse en el portón de cierto jardín mañana al caer la noche. ¿Qué jardín? Bien, señor, deje que Cupido se lo indique."

–¿Por qué no esta noche? –dejó escapar Luisa sin poder contenerse.

–Por muchos motivos, mi querida palomita –instruyó Antonia– En primer lugar no hay que dejarlo pensar que se está muy interesada. En segundo, porque al galán hay que dejarlo languidecer. Y por último, porque el marqués de Carvajal está invitado mañana por la noche y estaremos seguras de no ser sorprendidas. Sepa, hija mía, que el arte del amor es extraordinariamente sutil.

–Oh, es usted muy inteligente –dijo Luisa, admirada–. Pero, ¿cómo le mandaremos la carta? ¿En quién podremos confiar?

–Está usted aprendiendo –aprobó la dueña–. Desde luego, el punto más importante del amor estriba en el secreto. No se preocupe, sin embargo. Enviaré a mi sirviente, Esteban. Ha llevado mensajes a algunos caballeros. –Tosió la dueña–. Quiero decir que me conoce bien y sabe de qué lado su pan tiene la manteca.

–Gracias, querida prima. –Y olvidando su decoro, Luisa echó los brazos alrededor del cuello de la otra–. ¿Y me enseñará lo que tengo que decir mañana por la noche?

–Sí. –Antonia se estaba divirtiendo.

–No hay otra señorita que tenga una dueña tan encantadora.

–Probablemente yo sea muy débil, capullito.

Y dio un largo beso a Luisa.

7

La paz sigue a la tarea, el puerto a los mares tormentosos. Ningunas otras palabras podrían describir mejor el retiro de don Francisco de Vargas de la vida activa. Sin embargo, muy especialmente después

de haber recibido una carta de un viejo compañero de armas, discutía la posibilidad de volver al servicio del rey y del honor en los campos de Italia, lanzando solícitas miradas a sus armas, en tanto se hallaba reponiéndose en las comodidades de su hogar y de su jardín.

En tal disposición lo alentaba doña María cariñosamente, haciéndole notar que desde su matrimonio en Florencia, veinte años atrás, había pasado con ella apenas el tiempo necesario para tener los hijos. En verdad, habría que dudar hasta de que hubiesen tenido descendencia si no fuera porque ella había estado durante varios años en la casa de sus padres, hallándose por ello a su disposición entre las varias campañas.

–El honor, señor –decía con su buen sentido italiano– está muy bien hasta que se vuelve pretexto para viajar y andar de banquete en banquete. Tú ya has tenido bastante de eso. Un caballero de tu edad y con una rodilla en mal estado no puede codearse con individuos jóvenes y gritar "¡Santiago!" en medio de una carga.

–¿Llamas banquete a los asaltos a espada y las heridas, mi amor? –protestó, porque doña María había puesto el dedo en la llaga.

–Sí señor, así lo hago –respondió firmemente–. Porque las heridas y las espadas no es lo único. Resulta además muy claro que en el servicio se encuentra uno con amigos y se charla, se bebe, y hay dados y mujerzuelas, como a ti te consta bien.

–Hablas como si yo fuese un falderillo del tipo de Pedro –repuso, medio sonriente, sin embargo–. Creo que he pasado la edad de tales pecados. En cuanto a mi rodilla, tendrás que admitir que, una vez a caballo, puedo defenderme como la mayoría de los caballeros con lanza, espada o maza, como lo demostré el año pasado en el torneo de Córdoba.

–Mientras yo estaba con el corazón en la boca a cada instante –interrumpió doña María.

–Inclusive de a pie –agregó el caballero– puedo luchar contra nuestro Pedro, aunque admito que cuesta demasiado resuello y sudor. El muchacho promete mucho.

Doña María ganaba siempre la discusión sobre este punto.

–Sí, ¿y qué será de esa promesa si tú vuelves a la guerra? No hay duda que solamente uno de ustedes puede permanecer en el Ejército. ¿Y qué hay de los honores para él y de la dote de nuestro hijo, si es que debe casarse algún día? ¿Qué me ocurrirá a mí, que tanto lo amo, querido?

Pero en rigor de verdad no era necesaria tanta insistencia. Resultaba agradable ser uno de los ciudadanos más respetables de Jaén, ser llamado como juez en cuestiones de deporte o en asuntos de honor y ser el ídolo de su esposa y de sus hijos. Gradualmente se volvió tan orgulloso de su viñedo y de su huerta del lado oeste de la pendiente, a la salida de la ciudad, como del favor del Gran Capitán. Y un barril de vino dorado, envidia del distrito, o un canasto de ciruelas doradas de su huerta, estaban tan cerca de su corazón como los primeros tambores y las primeras trompetas de la fama.

Había hecho edificar un pabellón abierto sobre una terraza, más alto que los viñedos y los árboles, y en él solía pasar muchas tardes de primavera y de verano. Si bien la obligación de proveerse de dinero próximamente, a fin de equipar a Pedro para la guerra en una forma digna, aconsejaba la venta de la propiedad, él seguía aplazándola como hombre que se aferra a un último lujo. Que tendría que venderla era evidente, ya que los uniformes y los gastos de viaje sumaban mucho y no podían ser sufragados de su pequeña renta. Pero quizá no la vendería ese año. Había ganado mucho con los rescates y con la ocupación de ciudades durante la campaña de Italia, pero también había gastado mucho, como correspondía a su rango, aparte de su indiferencia hacia el dinero. A lo mejor, sería preferible un préstamo a una venta para capear la situación hasta que Pedro pudiese ganar un rescate o un premio por sí mismo.

En la terraza del pabellón gustaba tomar aire con su familia y cenar, sacando las provisiones de las generosas canastas traídas por Ratón, el burro. A veces, su hija Mercedes, de doce años de edad y con talento para el laúd, cantaba sus baladas favoritas. Doña María se ensimismaba en su labor con la aguja, mientras que a menudo el caballero discutía campañas y capitanes, linajes y heráldica, finos rasgos de educación y códigos del honor, que formaban parte esencial y fascinante del joven Pedro.

Adelante y ligeramente por debajo se extendía la llanura, rica en olivares. Un arroyo vecino se volvía más ruidoso al llegar a su ocaso. El sol de color carmesí se hundía en el horizonte. A menudo quedábanse hasta que la luna salía y el chirriar de las chicharras llenaba el aire.

Así se aproximaba apaciblemente hacia su fin el atardecer de la vida de don Francisco.

No era sino natural que el día del santo de Pedro fuese celebrado tranquilamente en el pabellón. Vestidos con lo mejor de sus galas,

los cuatro miembros de la familia De Vargas tomaron asiento a tres de los lados de una mesa de manera que todos pudiesen contemplar el paisaje. El señor De Vargas resultaba fastidioso en los menores detalles. Gustaba de un buen plato en una mesa cubierta de fino mantel. Debía hallarse cerca un sirviente con el bol del agua y una servilleta para lavarse los dedos, grasientos a consecuencia de la carne. Cada uno de los comensales debía tener su copa de plata.

"Como las buenas alfombras –solía observar–, una vida noble es el resultado de una sucesión de pequeños puntos."

Aquella tarde estaba ataviado con un vestido de rico terciopelo, y de su cuello pendía una gruesa cadena de oro con una medalla de San Francisco. A consecuencia del calor habíase despojado de la gorra, exponiendo su calvicie al aire, aunque un semicírculo de cabello aún resistía los estragos del tiempo. Pedro había vuelto a ponerse su jubón escarlata; doña María, como convenía a su edad, vestía de color púrpura, y Mercedes llevaba un vestido color azafrán. Los rayos del sol poniente hacían resaltar el color de los vestidos y arrancaban destellos a la plata.

Después de haber sido arrojados los últimos huesos a los perros, se sirvió el vino y el anciano caballero levantó la copa en honor de Pedro.

–¡Que Dios te conceda larga vida, hijo mío, y fama! –Luego de beber a su salud, prosiguió–: Que no te desaliente el hecho de no haber traído al sirviente de De Silva. No se tiene éxito en todas las empresas. Tomaste bien todas las disposiciones, pero resulta difícil encontrar a alguien que se ha escondido en las montañas. De hecho no lo lamento, ya que no siento ningún afecto especial por su dueño.

Pedro enrojeció. Su actitud pensativa nada tenía que ver con Coatl, aunque sí alguna relación con cierta carta, cuyos bordes duros sentía en ese instante entre la camisa. Estaba pensando cuán lejana parecía la noche siguiente.

–Muchas gracias, señor.

–Probablemente –prosiguió su padre–, ya no pasaremos juntos muchos días de tu santo. El año que viene, si Dios quiere, beberemos a tu salud en tierra extranjera, y espero que en el campo de batalla. Después de haber vencido al suizo en Marignano, es poco probable que el joven rey de Francia, Francisco, se quede mucho tiempo descansando sobre los laureles.

–Dicen que su Corte, en la ciudad de Fontainebleau, es la más alegre de todas –interrumpió Mercedes.

–Creo que sí –asintió su padre–. Hoy no hay caballeros más llenos de vida ni mejor educados que los franceses. Y al parecer, el joven don Francisco es hombre de mucho mérito. Cuanto más lo pienso –prosiguió lleno de esperanza– más y mejores me parecen sus oportunidades. Pedro, hijo mío, tenemos en Europa tres monarcas jóvenes y valerosos: Enrique de Inglaterra, Francisco de Francia y nuestro propio rey, don Carlos, que Dios guarde. Donde esté la juventud habrá chispa.

Pedro despertó de su sueño. El tema era casi tan apasionante como Luisa de Carvajal.

–Le diré, señor, que al volver hoy encontré un hombre –no resultaba muy conveniente decir dónde–, que ha pasado muchos años en las Indias.

–Y supongo, sin lugar a dudas, que será un notorio pillastre –gruñó el viejo De Vargas.

Era una suposición tan cerca de la verdad que Pedro se sobresaltó.

–¿Por qué lo cree así, señor?

–Porque así ha sido desde un principio. Cuando el almirante hizo su primer viaje, veinticuatro años atrás, se llevó con él la resaca de los presidios de Palos y de Cádiz. Hasta mi buen amigo Alonso de Ojeda, que fue también y era un joven que prometía mucho, se corrompió en las Indias, portándose exactamente como un pirata, según tengo entendido. Marineros, bandidos, desertores, gente que vive al margen de la ley, buscadores de oro, jovenzuelos sin dirección, resaca, eso es lo que va. Hay algunas excepciones, aunque no muchas. ¿Qué sabes de ese individuo?

–Me habló de tierras nuevas, de imperios y de oro.

El anciano De Vargas dejó caer el labio.

–Eso prueba que se trata de un hombre de poca monta. Han encontrado algunas islas con un montón de salvajes desnudos en ellas. Me han contado que también hallaron leguas de terreno pantanoso más adelante, con más salvajes. Cualquier oro o perlas que hayan descubierto no compensa los buenos barcos hundidos o los fondos gastados, sin que se pueda hablar ni siquiera de beneficios. Durante un tiempo circularon muchas habladurías sobre un tesoro encontrado en ese país del mar, pero no se confirmó. ¿Imperio? ¡Lo único que España ha conseguido del Nuevo Mundo es esa enfermedad francesa, de erupción pustulosa, que los ineptos acompañantes del almirante nos trajeron de vuelta!

–Y, sin embargo, señor –arguyó Pedro–, el hombre dice que abandonó España pobre y ahora tiene dos mil pesos.

–Es muy probable que sea mentira. Serán cincuenta. Los que yo he encontrado que han vuelto de allá, son gente siempre muy propensa a charlar.

Pedro luchó desesperadamente para defender su nuevo entusiasmo.

–Creí solamente que sería posible, que pudiese resultar interesante.

–¿Qué? –dijo su padre–. Hay que estudiar el asunto.

–¿Qué asunto?

–Como una alternativa de Italia. Estamos en paz con Francia.

Don Francisco golpeó con la palma tan fuerte sobre la mesa que doña María se sobresaltó.

–¡Exactamente! Ya me había imaginado que algo de eso andaba en el ambiente. No hay mozo en las dos Castillas que no esté loco acerca de las posibilidades de conseguir oro y esclavos en las Indias a cambio de nada, por no hablar de un imperio o dos. Escúchame. Tuve un amigo en Extremadura, Martín Cortés de Monroy, capitán de infantes, tan bueno como el que más en el Ejército. Es un hombre pobre pero honorable. Educó a su hijo, creo que su nombre era Hernán, para que fuera el sostén de su vejez, enviándolo a Italia a las órdenes del mismo don Gonzalo. Bueno, el mozo, que no era sino un haragán incorregible, se empeñó en ir al Nuevo Mundo en demanda de imperios, montañas de oro y qué sé yo cuántas cosas más. Con lo cual se embarcó para las Indias, teniendo más o menos tu edad.

El señor De Vargas aplacó su ira con un trago de vino.

–No debes excitarte, querido –apaciguó doña María–. No debes acusar a nuestro hijo.

–No lo acuso, trato de instruirlo –contestó el esposo–. Eso aconteció trece o catorce años atrás, y ¿qué pasó? Bueno, este Hernán Cortés, después de haber sido metido en la cárcel un par de veces, se enredó con una chica muy vulgar de las islas, con la que ahora tendrá que casarse. Está al frente de una granja allí, según me ha referido el padre, y ha sido encumbrado a la dignidad de alcalde de una ciudad de dos cuartos que se llama Santiago. Ese es todo su imperio y no hay duda que es endemoniadamente reducido. Podría mencionar otra docena de ejemplos. No –terminó el señor De Vargas–. Quede bien entendido de una vez por todas. ¡Nada de irse a

las Indias! Sácatelo de la cabeza al instante. Seguirás la carrera de las armas. Ella representa trabajo, sí, pero es también un adelanto seguro.

Esa explosión fue seguida del silencio. Doña María sonrió, sabiendo que la voz dura de su marido encubría un corazón muy tierno. Mercedes permanecía sentada, con los labios abiertos, al oír la discusión sobre cosas de tanto peso. Pedro hubo de aceptar lo que siempre había anticipado. Italia no sería tan fascinante como el Nuevo Mundo, pero tenía sus ventajas.

La irritación de don Francisco desapareció casi en seguida. Dio vuelta un par de veces a su gruesa cadena de oro y aclaró su garganta. Después, con la mirada del hombre que ha estado escondiendo una sorpresa bajo la manga y entiende llegado el momento de dejarla al descubierto, dijo en tono casual, aunque bastante mal imitado:

–Tenías razón acerca de la paz actual con Francia. He tenido un proyecto que no quería descubrir hasta madurarlo bien. No había por qué despertar falsas esperanzas. Ayer he recibido una carta del señor De Bayard, desde Grenoble.

La conmoción originada por esta noticia estuvo a la par de la expectación de don Francisco. María de Vargas abandonó su labor de aguja y su rostro redondo reflejó gran interés. Pedro se olvidó por un instante de Luisa de Carvajal. Los ojos oscuros de Mercedes, que resultaban demasiado grandes para su estrecho semblante, se agrandaron aún más.

–¿El señor De Bayard? ¿Una carta suya? –repitió Pedro.

El nombre del caballero francés –sin miedo y tacha– era capaz de inspirar respeto en todas las agrupaciones militares de esos tiempos. Ya era legendario, aunque el caballero aún no había pasado los cuarenta y cinco. De los pantanos de Flandes hasta Navarra, desde los Alpes a Nápoles, habría difícilmente un campo de batalla que no conociese su pendón. Había dado muerte al caballero español Sotomayor, en uno de los lances más famosos de su época; había participado de manera preponderante en el sangriento combate de doce horas de Trani; era uno de los héroes de Ravena, Fornuovo, Marignano, y había sido elegido como el único a cuyas manos el joven rey de Francia sería armado caballero. Si Gonzalo de Córdoba era el más distinguido de los generales de la época, Bayard era el más ilustre de los campeones. Alrededor de su cimera resplandecía la gloria de la caballerosidad que iba en decadencia.

Él y don Francisco habían peleado entre sí por espacio de diez años, admirándose mutuamente, y su nombre era familiar en la casa de De Vargas. Uno de los títulos de distinción del anciano caballero era haber perdido los dientes delanteros a consecuencia del golpe de maza que el buen caballero le asestó en Ceriñola, pero había ejecutado su más extraordinaria hazaña al desmontar al adorado enemigo en una escaramuza subsiguiente. Gustaba de describir la carga de la caballería francesa en Ravena.

–Era un bosque de pendones. Yo conocía bien la mayoría de ellos, y al frente, como siempre, vi al señor De Bayard. Parecía un viejo amigo. Le dije a Pedro de Paz: "¡Fíjate allá! Nos espera una dura tarea." Se rió, arrojó su lanza al aire y la volvió a recoger, jurando que ningún día había prometido tanto. Hicimos frente a las lanzas en Lorena, mandadas por el *Chevalier***.** Se nos echaron encima como una ola, al grito de "¡Francia y Bayard!", y nosotros los esperamos al de "¡Santiago!" ¡Virgen bendita, qué encuentro! Pero me mantuve en la silla y me dirigí hacia el pendón del león. Todos querían tener el honor de encontrarse con Pierre de Bayard, y era difícil llegar a su lado. De repente vi un gran caballo negro que se elevaba por encima de mí y oí el grito de guerra de Bayard. Mi caballo, el Moro, hizo frente al suyo con dientes y patas. Apenas pudimos cambiar un par de golpes antes de que nos separasen. Pero me reconoció. Levantó su espada en alto y gritó: "¡Ah, *Monseigneur* De Vargas!" Desde entonces no he vuelto a verlo.

Que una carta de tal persona hubiese llegado era suficiente para que toda la familia de un soldado retirado, del sur de España, se sintiese excitada. Una carta del rey no habría surtido mayor efecto.

–¡Bayard! –exclamó doña María. Y luego, volviendo a su italiano–: *¡Che cosa!*

–Le escribí hace cuatro meses –dijo don Francisco– y me ha contestado en el acto por medio de su secretario. El buen caballero no aprendió a escribir, así lo creo, aunque sepa firmar su nombre. Ahora es gobernador de la ciudad de Grenoble, un lugar muy bueno, desde donde partir para Italia cuando se produzca la próxima guerra. He pensado mucho en tu educación, hijo Pedro, porque una buena escuela vale más que un tesoro y no he podido pensar en otro caballero de más provecho para estudiar junto a él la carrera de las armas.

Los ojos de Pedro relucían. Mercedes contuvo su aliento.

–Le pregunté si tendría la gentileza de admitirte a su servicio mientras dure la paz.

Una vez que hubo llevado a su auditorio al punto álgido de la excitación, el señor De Vargas provocó deliberadamente su suplicio al extraer de su bolsillo una carta ajada por el viaje, con la mayor lentitud. Una gota de cera roja, marcada con un sello característico, aparecía en su exterior.

–Desde luego, está en francés –dijo don Francisco, contento de su dominio del idioma–: *Au moult preux et moult valoureux*...

–¿Qué dice, padre? ¿Dice que sí? –exclamó Pedro, inclinándose sobre la mesa sin poder resistir más.

–Calma, hijo, cada cosa a su tiempo. Este noble caballero ha tenido la deferencia de recordar placenteramente nuestros encuentros en varios campos. No ha querido sino exagerar mis méritos, pero es cualidad suya mostrarse siempre generoso. Observa con razón que nos estamos volviendo viejos y no veremos nunca más días tan agradables –don Francisco dejó correr el dedo hasta el final de la página–, deplora la herida de mi rodilla, pero espera (fíjate en esto, tan gentilmente expresado) que ello no ha de impedir nuestro encuentro en la próxima campaña. Besa las manos a María de Vargas –hizo una pausa deliberada–, y tendrá el mayor placer en admitir al hijo en su compañía de lanceros, dándole todas las oportunidades que pueda... Bueno, hijo Pedro, ¿qué hay ahora del Nuevo Mundo?

No existía por ningún lado. ¡Francia, el patrocinio del gran caballero Bayard, el prestigio de haber sido entrenado por él!... Pedro permaneció en su asiento, apretados los puños y con la cara encendida.

–¡Pedrito, querido! –exclamó doña María–. ¡Qué orgullosa me siento!

Mercedes dio vuelta alrededor de la silla de su padre y se quedó mirando la firma de la carta, atrevida y dura como si fuese de madera.

–¡Mira, Pedro! –dijo.

En ese instante los perros comenzaron a ladrar fuertemente y se precipitaron por el sendero que llevaba del camino al pabellón. El señor De Vargas los llamó. Oyose un paso mesurado que se aproximaba. Luego, a la vuelta de la esquina, apareció una figura ricamente ataviada.

Era Diego de Silva.

8

Pedro experimentó nuevamente la visión de un murciélago grande transformado en hombre, aunque nada lo justificase en la apariencia de De Silva, excepto su mentón reducido y las orejas puntiagudas. Estaba vestido a la última moda, con lunares de oro en su jubón, encaje en la garganta, botas de montar elegantes y una espada de hermosa empuñadura. Mientras acariciaba esta última con mano nerviosa, los rayos del sol poniente arrancaban destellos de un diamante que llevaba en el dedo índice. Sus ojos inquietos y despectivos parecían más grandes que nunca, en contraste con la palidez de su tez. Se movía y hablaba con la elegancia de un cortesano. Pero a pesar de su brillo, algo se desprendía de su persona, algo furtivo, sombrío y deforme.

Se cambiaron saludos. De Silva llevó a sus labios la mano de doña María, que correspondió con una reverencia, tanto como le permitía su cuerpo redondeado; llenó a la pequeña Mercedes de cumplidos y de confusión, saludó respetuosamente a don Francisco y cambió una inclinación con Pedro. Explicó que había estado inspeccionando sus viñedos, que rodeaban la propiedad de los De Vargas, y que no pudo resistir la tentación de presentarse.

–Nos sentimos honrados, señor –dijo el señor De Vargas, inclinándose y olvidando la irritación de la mañana. De haberlo sabido habríamos preparado una recepción digna de usted. En el caso presente no podemos ofrecer sino un pobre refresco. Pedro, llena una copa para nuestro huésped. La fruta, señor, no es mala, si me permite expresarlo.

–Su bondad me confunde –contestó De Silva.

Bebió a la salud de sus anfitriones y pasó a ocupar la silla que se le había situado a la derecha de doña María. Observó el estado del tiempo, excelente para las cosechas, pero demasiado caluroso para andar a caballo, en virtud de lo cual sentíase cansado ligeramente, después de haber regresado de la caza del sirviente indio.

–¿Usted no le siguió el rastro, entonces? –preguntó don Francisco.

De Silva alzó los hombros.

–No, pero ya será hallado. Un salvaje de las Indias no podrá ir muy lejos en estas montañas. He mandado aviso a Cádiz y a Granada. –Sus ojos oscuros lanzaron una mirada hacia Pedro–. Usted no se unió a nosotros.

Mientras el sudor corría por debajo de su jubón, Pedro explicó su idea de buscar en otra dirección.

–¡Ah! –dijo De Silva.

Había una nota helada en su voz. Pedro creyó que sabía la causa de la visita de De Silva y se irguió para escuchar la queja relativa a los dos hombres. Pero el tema fue abandonado en forma sorprendente.

–Excelente vino –proclamó el otro–. Eso me hace recordar algo muy cerca de mi corazón, don Francisco. ¿Consideró usted alguna vez el ofrecimiento que le hice sobre su viñedo?

Así que ése era el asunto. Molestaba al anciano De Vargas que un invitado plantease cuestión semejante en presencia de toda la familia, cuando era cosa que debía discutirse en privado.

–Sí, lo he considerado.

–Vea usted. Con excepción de su parte, soy dueño de todo el cerro. Le he ido adquiriendo en parcelas durante varios años. Me sería conveniente su adquisición, a fin de redondear mi propiedad, y entiendo que el precio ofrecido resulta adecuado.

–Enteramente.

–¿Llegó usted a alguna conclusión?

La familia De Vargas contuvo el aliento.

–No deseo vender por el momento, señor.

–¡Oh, vamos, señor! –urgió De Silva–. El precio no hace al caso. No hemos de reñir. Yo le ofrecí quinientos ducados. Supongamos que son setecientos. Es una suma absurda, pero tengo deseos de conseguir esa parte. Usted no puede rechazar setecientos ducados.

La sangre comenzó a arder en las venas del anciano. El individuo aquel parecía creer que todo lo que necesitaba era hacer sonar el dinero, como si un De Vargas fuese un comerciante. No solamente violaba la intimidad familiar, sino que aun se quedaba discutiendo como un judío. "Atrevida peste", pensó el anciano caballero.

Por su parte, doña María le lanzó una mirada indecisa. Con su realismo italiano vio lo que significaba la suma propuesta. Cubriría enteramente el resto de la educación de Pedro y agregaría peso a la dote de Mercedes. Luego, con la pensión real y el par de beneficios que tenían, la vida sería bastante cómoda. Aunque significase sacrificar...

–No deseo vender por el momento, señor.

–¡Ah! –dijo De Silva, que pareció sorprendido unos instantes. Luego brillaron sus ojos y una faja pálida apareció en su frente–. Bueno, dejaremos el asunto por ahora, aunque me ahorquen si lo entiendo.

Era sincero. Movíase en un mundo donde todos los valores tenían su precio en oro. Cuando el arma acostumbrada fracasaba, sentíase atónito, enojado y despectivo.

–Alguien me dijo –prosiguió– que usted pensaba mandar a su hijo afuera. –Su voz tenía un tonillo de superioridad que hacía vibrar hasta las raíces el cabello de Pedro–. Es un asunto costoso, y entiendo que nadie lo sabe mejor que yo. Y me pareció que esa venta le resolvería la situación.

Don Francisco estaba llevando a cabo esfuerzos sobrehumanos para parecer cortés, pero sentía que los accesos de ira iban a vencerlo y trató de apartarlos de su mente. El hecho de que De Silva careciese de educación no lo relevaba de sus obligaciones como dueño de casa. Y a eso se aferró.

–Da la casualidad que estábamos discutiendo el tema cuando usted llegó –contestó con más ceceo del acostumbrado–. Teniendo en cuenta el estado de paz, intento mandar a mi hijo a Francia. El señor De Bayard ha accedido gustosamente a asignarle un lugar en su compañía.

–¡Ah! –De Silva no pareció impresionarse.

–Quizá tenga usted interés en ver su carta. Estábamos en vías de leerla.

De Vargas entregó el sagrado documento, pero el otro no hizo más que examinarlo superficialmente.

–¡Hum! –dijo–. Sí, claro está. –Y al devolver la carta–: ¿Por qué Bayard? La elección me sorprende. Con todo respeto debido al *Chevalier*, por ser ya un perro viejo y duro de la guerra, ¿no es en realidad más bien una reliquia? Vivimos tiempos modernos. ¿Por qué no envía a su hijo a una de las cortes de moda? Yo diría que la casa de Monsieur De Bayard está tan fuera de moda como una cofia de mi abuela.

La boca de De Vargas tenía la sequedad de la fiebre. Con mano temblorosa alzó la copa y la vació. La cara de Pedro era rígida. Doña María miró a su esposo como suplicándole.

–El señor De Bayard es amigo mío –explicó don Francisco, a quien la cabeza le daba vueltas.

–Desde luego, no es mi deseo ofenderlo –dijo De Silva en forma altanera–. Ese asunto no es de mi incumbencia. Sólo que me sorprendió. Si no es cosa decidida, ¿por qué no elegir las Indias? Un joven puede conseguir experiencia y quizá dinero allí. De hecho tengo resuelto hacer yo mismo el viaje dentro de poco.

Pedro cambió una mirada con su madre. En cualquier otro momento la expresión del rostro de su padre lo habría hecho reír. Indicaba que de todos los lugares del mundo, las Indias era el sitio donde debería estar De Silva.

–Desde luego no he de quedarme allá –prosiguió éste–. Mi amigo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, me ha prometido un negocio en terrenos y en indios. Debe ser una inversión segura. Además, como quizá sea de su conocimiento, tengo influencia en el Santo Oficio y realizaré una inspección por cuenta de la Suprema. El inquisidor de Jaén, nuestro buen Padre Ignacio de Lora, ha sido designado para acompañarme. Tememos que la herejía necesite alguna investigación en las islas.

Al hacer esta referencia a la Inquisición, una sombra, un frío que casi se palpaba, descendió sobre el pabellón. Así pasaba en cualquier rincón donde se pronunciase el temido nombre. Nadie estaba a salvo, nadie era tan inocente que se hallase exento de culpa. En vista de la amenaza, muchos nobles y otros capaces de probar la pureza de su sangre, su limpieza de tinte morisco o judío, se unían a las filas de la Inquisición. Ellos eran los familiares del Santo Oficio. La afiliación tenía valor por muchas razones. Sobre todo daba poder y una seguridad relativa.

Don Francisco aclaró su garganta.

–Sí, recuerdo haber oído que es usted uno de los íntimos del inquisidor.

De repente, los ojos inquietos de De Silva, siempre burlones y provocativos, se inmovilizaron, mientras un nuevo pensamiento se apoderaba de él. Los cerró a medias y asintió.

–Sí, es un gran privilegio. Y hablando de eso, señor, parece curioso que un hombre de vuestra fama y renombre no sea de los nuestros. Todos los buenos cristianos debieran unirse en defensa de la fe.

–No soy teólogo –contestó el otro secamente.

–Ni yo tampoco. Es un honor servir a la causa simplemente como humilde soldado.

De Vargas no dijo nada.

–Desde luego deploro que el Santo Oficio deba emplear a veces la severidad –prosiguió De Silva–. ¿Pero qué otra solución? Si el derramamiento de sangre y las penas son a veces necesarios para la salvación del cuerpo, no se puede criticar la medicina que salva el alma. Es maravilloso, señor, asistir al tratamiento del endemoniado mal de la herejía y ver su paciencia y su destreza para descubrirlo. Es el peor de los males, como usted debe reconocerlo. Se remontan desde el más leve síntoma hasta las raíces, dejando el cáncer al descubierto. ¿Debo creer que usted no ha presenciado nunca un examen?

–No –gruñó De Vargas.

De Silva se inclinó hacia atrás, recordando, con las puntas de los dedos juntas:

–Es un experimento valioso. Recuerdo el examen de un chico de doce años. Rehusó dar testimonio en el caso de sus padres y fue levantado para recibir sus azotes. Luego...

–Un momento –interrumpió De Vargas, ceceando ominosamente–. Ya tenemos suficiente de esa clase de conversación. Es desagradable.

De Silva pareció sorprendido.

–¿Desagradable saber que hay campeones de la fe que se deshacen para extirpar de raíz el pecado detestable de la herejía? ¿No aprueba usted los procedimientos del Santo Oficio?

–Ya dije que no soy teólogo, y jamás fui ayudante de verdugo. No debería ser necesario indicarle que ciertas cosas no se discuten en compañía de damas, tal como esos detalles del procedimiento...

–Es bastante blando para ser un viejo soldado –se mofó De Silva–. No pensé que fuese usted tan pusilánime. Estoy seguro que le gustó a las damas. ¿No es cierto, doña María? En cuanto al Santo Oficio, me parece que no es usted exageradamente respetuoso.

Se rompió el dique. Francisco de Vargas se enderezó en la silla, la nariz a manera de pico, dura la boca y brillando en sus ojos la luz de la batalla. Pero, en contraste, cuando habló, su voz resonó gentilmente.

–Vea, señor, no acostumbro a ser reprimido por jovenzuelos perfumados. ¿Pusilánime? Antes de nacer usted yo estaba peleando con los moros. He dado más sangre a la fe que la que usted tiene en el cuerpo. Pero he peleado con hombres. Repito que nunca he sido ayudante de verdugo. ¡Humilde soldado del Santo Oficio! ¡De

veras! En cuanto a modales, parece olvidarse de dónde se halla y quién soy. No sé si me hago entender bien.

Doña María trató de hablar, aunque sin conseguir pronunciar una palabra. Pedro se inclinó hacia adelante, tenso y preparado a lo que fuere menester. Pero De Silva parecía inmutable, aunque los ojos le bailaban.

Se levantó como de mala gana.

–No bien del todo, don Francisco. Luego quizá podremos aclarar estos asuntos. Por ejemplo, desconozco los motivos de que desee tener un altercado conmigo. Aunque fui insultado por este joven rufián hijo suyo, vine aquí solo y pacíficamente. Fue un error, pues debería haber traído testigos.

–¿Insultado? –exclamó De Vargas–. ¿Insultado?

–Sí. ¿No es insulto atacar a dos de mis sirvientes, destrozarle la cara a uno y romperle el brazo a otro?

–¿Qué quiere usted decir? ¡Por Dios! –exclamó don Francisco, después de haberse quedado mirándolo un rato.

Había llegado la oportunidad de Pedro, que se levantó algo ruborizado, aunque sin apartar su mirada de De Silva.

–Agregue que sus hombres soltaron los perros contra una muchacha y la asaltaron. Ya ve que hay diferencia.

–¡Oh! –terció su padre.

–Sí, lo había olvidado –asintió De Silva–. Los canallas se estaban divirtiendo con la querida de su hijo, esa cualquier cosa de la taberna del Rosario, una vividora llamada Catana Pérez. Llámelo asalto si quiere.

–Es mentira –dijo Pedro, aproximándose con los puños apretados.

–Y después de arrojar a mis hombres al suelo, acarició a esa ramera, la colocó sobre su caballo y se dirigieron a la intimidad del Rosario. ¿Es eso también una mentira? ¿O será que mi confidente vio mal? Por lo menos, la ciudad se divertirá al escuchar el relato.

En el silencio maléfico del pabellón, Pedro se percataba de la fría mirada de su padre, de la tristeza de doña María y del latir de su propio corazón. Recordó la escena de la iglesia y cómo esto lo comprometía.

–¿De modo que usted no lo sabía? –prosiguió De Silva–. Supongo que le habrá referido que anduvo persiguiendo a mi sirviente. ¡Qué linda historieta! Quisiera conocer la verdad exacta del asunto. Y, sin embargo, me llama mentiroso.

Pedro deseaba ahora desesperadamente haber dicho la verdad sobre Catana a sus padres. Lo habría hecho a no ser por la pésima condición del Rosario y por la burla que hiciera su madre en la iglesia. Lo peor del caso era el golpe que suponía para el orgullo de su padre.

Don Francisco se levantó.

–No lo sabía. Mi hijo se olvidó de informarme. Él y yo hemos de liquidar el asunto entre nosotros. Si sus hombres son inocentes, pagaré la indemnización debida. Mañana mismo daré parte al Corregidor, dejando el asunto en sus manos. Basta de eso, que nada tiene que ver con lo que estábamos discutiendo: el tema de sus modales, señor. Si algo de lo que le he dicho no le agrada, será para mí un placer darles la reparación que usted guste.

–Yo también –agregó Pedro.

De Silva se encaminó hacia el umbral del pabellón y su silueta oscura se recortó unos instantes contra el ocaso.

–No peleo con cachorros, por culpa de sus muñecas, ni con lisiados –contestó con una risita.

–Tenga cuidado –dijo don Francisco.

–En cuanto a satisfacción –agregó el otro–, déjelo de mi cuenta.

Antes de que nadie hablase, había desaparecido el ruido de sus pasos.

–Tengo miedo –dijo doña María con voz débil–. ¿Qué hará?

–¿Hacer? –contestó su esposo–. Nada. El hombre es un cobarde. No puede hacerme nada. ¿Perseguiste al esclavo? –preguntó, volviéndose hacia Pedro.

–Sí, señor.

–¿Es cierto ese asunto amoroso con Catana Pérez?

–No, señor.

–¿Se ha repetido la visita al Rosario, desobedeciendo mis órdenes?

–Sí, señor.

–Muy bien, hijo. Por ello recibirás unos azotes tan pronto como lleguemos a casa.

9

Desnudo hasta la cintura y arrodillado en el reclinatorio de su padre, Pedro de Vargas se endureció para recibir el castigo, frente al severo crucifijo de la pared. De llegar a viejo, nunca olvidaría ese

crucifijo, en el que había clavado su mirada en ocasiones similares. Los demás detalles del aposento grave y frío que su padre utilizaba como gabinete y despacho quedarían vivos en su imaginación; las sillas estrechas y de alto respaldo; la mesa con los altos candelabros donde Pedro había hecho sus deberes a fuerza de sudores; la media docena de libros encuadernados en cuero que constituían la biblioteca familiar; el caballete de las armas y las estanterías de las armaduras, que eran más interesantes que cualquier otra cosa. Pero el crucifijo hallábase grabado en su mente más íntima e inolvidablemente.

No estaba resentido porque le diesen azotes, ni tampoco don Francisco lo castigaba con fuerza. Era como recibir y administrar una dosis de medicina amarga. Pedro sabía que había desobedecido las órdenes de no volver al Rosario, y que, al ser descubierto, había de atenerse a las consecuencias. Su padre sabía que la disciplina debe ser enseñada. Eso pertenecía al aprendizaje militar de Pedro, y era parte integrante de la entereza y el desprecio hacia la fatiga que endurecía al soldado español.

Con el látigo de montar en la mano, el anciano De Vargas miró con orgullo las anchas espaldas de su hijo, los abultados músculos a lo largo de la espina dorsal, los hombros fornidos y los bíceps, así como la cintura estrecha.

–Debo tratar de hacerte recordar que las órdenes son órdenes. ¿Tienes alguna escusa?

–Solamente, señor, que la posada del Rosario se hallaba cerca y que me sentía más que hambriento después de haber perseguido al indio. No había tomado desayuno.

–Ésas son tonterías –dijo don Francisco–. Mi querido hijo debe recordar que en su carrera tendrá que soportar a menudo el hambre y la sed durante días seguidos. Suponiendo que el capitán os mande efectuar un reconocimiento, habrá que seguir sus instrucciones, con o sin comida. Pero en este caso ni siquiera has aguantado unas horas sin comer. Supongo que comprenderás la poca hombría demostrada.

–Sí, señor.

–Además, has cometido una desobediencia deliberada. Muchas veces he repetido que no se puede pretender mandar si no se aprende a obedecer, ¿verdad?

–Sí, señor.

Pedro se movió molesto sobre la parte del reclinatorio destinada a las rodillas, que se hallaba tapizada de manera que el acto de

rezar fuese a la vez acto de contrición. Se estremeció. Deseaba que su padre terminara el asunto de una vez.

–Ahora –prosiguió don Francisco– quiero explicarte, una vez más, el motivo de no permitirte frecuentar el Rosario. Cuando seas oficial, recuerda que no es justo castigar a un hombre, a menos que se sepa la razón de su castigo. Te prohibo ir al Rosario porque es el lugar de reunión de gentes villanas, arrieros, vagabundos y bandidos. Es indigno de tu estirpe ser visto allá, donde no se adquieren sino malos modales y peores costumbres. Y una mala costumbre en la juventud es cosa seria. ¿Comprendido?

–Sí, señor.

–Finalmente, deseo preguntar si esa moza, Catana Pérez, es tal como la describió Diego de Silva. No soy hipócrita; he tenido queridas en mis tiempos; pero en su mayoría eran chicas complacientes y no profesionales.

–Doy mi palabra, señor, que De Silva mintió –dijo Pedro volviéndose para mirar a su padre–. Catana es un joven extraña y salvaje. Es lo único que sé de ella. Pero no es una mujer de la vida.

–Me alegra oír eso. Y acepto tu palabra. De Silva tiene todas las características del mentiroso. Y ahora, hijo, los veinte azotes.

Pedro apretó los dientes, y los golpes cayeron con la regularidad del reloj, haciendo afluir lágrimas a sus ojos, pero ni un murmullo de sus labios. Haberse quejado sería una vergüenza. Apretó los brazos alrededor del reclinatorio sin apartar la vista del crucifijo.

Mientras tanto, doña María sitiaba la puerta, que había sido cerrada con llave. Si Pedro guardaba silencio, no así su madre. El castigo prosiguió en medio de un acompañamiento de ruegos, golpes, demandas de que se le permitiera entrar y amenazas. Don Francisco podría hallarse muy tranquilo en ese instante, pero sería bueno que se preparase para una media hora no tan agradable después. Cuando los lamentos hubieron cambiado del español al italiano y fue comparado con Nerón y con el huno Atila, supo que la situación era peligrosa.

–Paciencia, querida –exclamó, acelerando el castigo–. Casi hemos terminado. (Y para su capote: "¡Dios me ayude! Hay que ver lo molestas que son las mujeres en materia de educación!").

–Bueno –dijo por fin–. Ya están los veinte. Me duele azotarte, hijo, pero al mismo tiempo debo felicitarte por lo bien que has aguantado el castigo.

Dicho lo cual, y de muy mala gana, don Francisco abrió la puerta a un raudal de simpatía materna.

Mercedes de Vargas lloraba siempre que su hermano era castigado. Conteniendo el aliento, permanecía en el cuarto del joven, situado en el primer piso, sosteniendo el recipiente de grasa de ganso que doña María aplicaba suavemente sobre los verdugones de la espalda de Pedro. A la luz del candelabro, su rostro infantil parecía hinchado y miserable.

–Y justo en el día de tu santo –repetía.

–¡Ánimo, hermanita! –sonrió Pedro–. He pasado un día maravilloso.

Los labios de la madre se movían al mismo tiempo que iba untando la grasa.

–Tu padre parece olvidar que ya no está en el Ejército –dijo con voz aguda.

–No fue nada –se jactó Pedro–. Podría haber aguantado diez veces más.

–Es cierto que existe esa suripanta –musitó la madre, como si algo hubiera de ser admitido–, pero no hablaremos más de ella. Ya sé que no deseas destrozarme el corazón. Ahora hay que irse a la cama y descansar, querido.

–No quiero irme a la cama.

–¡Por favor, hijo mío!

–No, ¡caramba! No podría dormir a esta hora.

Los mimos de la madre eran peor que los golpes de su padre. No eran más que las nueve. La noche clara de Andalucía acababa de comenzar, y a través de la ventana llegaba el ruido de voces en la calle, el trozo de una copla, la agitación de la ciudad que se reanimaba después del día de sol. Pedro tenía sus proyectos esa noche. Quería examinar las tapias del jardín del marqués de Carvajal. No es que no las conociera ya perfectamente, pero tenía que encontrarse cerca de ellas, pararse a la luz de la luna, cerca del portón, y soñar con la noche siguiente. Quizá se obrase otro milagro y tuviese la suerte de echar un vistazo a Luisa. Quizá lo viera ésta. O por lo menos podría mirar a través del portón e imaginarse cuál de las ventanas del palacio era la suya. De todos modos, el lugar era sagrado y lo atraía como la luz atrae a la mariposa nocturna.

–No haría sino matar mosquitos y sudar –prosiguió–, y no puedo quedarme acostado de espaldas.

–Muy bien –consintió doña María–. Entonces tienes que usar uno de mis camisones. Tu camisa es demasiado áspera para tocar la piel.

–No lo es tanto. Los hombres no deben llevar camisones de mujer.

–Mercedes, ve a buscar mi camisón, el viejo.

–¡Ay, Jesús, María! –protestó–. ¡No quiero ponérmelo, madre! –Y dando un salto, antes de que pudieran traerle la vergonzosa prenda, se puso la camisa y el jubón, aunque lo lastimaban horriblemente–. Ya ve que todo ha salido lo mejor posible.

–Terco –le dijo su madre.

–Muchas gracias, de todos modos –contestó, besándola antes de escaparse.

El pequeño patio, rodeado de diminutas arcadas, se hallaba a oscuras, salvo un rayo de luna que caía perpendicularmente y la luz atenuada que salía del gabinete de su padre. Cruzó sigilosamente hacia el corredor que conducía a la reja de entrada a la casa. Pero en ese instante uno de los perros ladró, y don Francisco se hizo presente en el umbral de su aposento.

–¿Quién va? –preguntó.

–Soy yo, señor padre.

Pedro maldijo su suerte, al oír que su padre quería saber en qué andaba.

–Pensaba dar una vuelta para tomar un poco de aire fresco, con el permiso de usted.

–O sin él –contestó el padre con cierta sorna, ya completamente reconciliado con su hijo–. Bueno, de noche supongo que los gatos tienen que salir a pasear. Pero acércate un momento. –Y una vez que Pedro hubo obedecido, prosiguió–: Anda con cuidado. Veo que tienes una daga. Llevarás una espada y caminarás por el medio de la calzada. No quise alarmar a tu madre, pero Diego de Silva no dejará las cosas así. Lo he adivinado. Es un poltrón y no lanzará ningún reto. Cuenta con muchos servidores. Un tiro en la oscuridad lo arreglaría todo, ¿comprendes? Esa es la satisfacción que andará buscando. Entra y elige una espada.

Rojo de orgullo, Pedro entró en el aposento y eligió una de las tizonas, y cuando se la hubo ajustado al cinto, su padre continuó:

–Creo que otro te haría quedar en casa, dadas las circunstancias; pero, ¡al diablo!, nunca aprenderás a cuidarte solo si te quedas aquí meditando. Ahora te advertiré una cosa más. He mirado un par de

veces por la ventana y he visto a un hombre que pasea de un lado a otro de la calle. Puede ser un pordiosero o puede no serlo.

–Muchas gracias, señor.

Después de descolgar su sombrero y su amplia capa de la percha, Pedro abrió la puerta, encaminándose directamente al palacio de los Carvajal. Un grupo de jóvenes conocidos saludáronlo al pasar, y cuando hubieron desaparecido no se oyó sobre el empedrado otro ruido que las pisadas del joven. Luego, como un eco, oyó pasos detrás de él. Anduvo más aprisa, dio media vuelta hacia la izquierda en la próxima bocacalle; pero los pasos continuaron siguiéndolo cada vez más cerca.

Una vez en medio de la calle, se volvió rápidamente, puesta la mano izquierda en el puño de la daga y la derecha en el pomo de la espada. Un bulto se inmovilizó en la sombra.

–Está bien, compañero –dijo una voz velada, pero fácilmente identificable: la de Juan García–. ¡Por todos los santos! Me alegro de que haya salido, pues Dios sabe que lo necesito.

10

Aunque la calle no tenía más que tres yardas de ancho, había la suficiente luz de la luna para ver que García llevaba todavía la barba y el disfraz que había comprado en Sanlúcar. Pero, a juzgar por la urgente desesperación que traicionaban sus modales, parecía que la Santa Hermandad le anduviera a la zaga.

–¿Qué ha sucedido? –dijo Pedro, titubeando–. ¿Lo persiguen?

–No, no se trata de eso; es algo peor. Pero no podemos hablar aquí. Tengo un cuarto en La Corona. Acompáñeme.

Las meditaciones a la luz de la luna y ante el portón de los Carvajal tendrían que ser abandonadas. Pedro sentíase apasionado por las palabras de García.

–Estuve esperando por espacio de una hora –susurró–, pensando que usted saldría. Si no lo hubiera hecho, no habría sabido cómo proceder. No era posible enviarle un mensaje ni llamarlo personalmente, porque alguien habría sentido curiosidad, y no era prudente correr ese riesgo.

Ascendieron la colina, recorriendo el laberinto de calles como pasajes y pasando junto a algunos grupos de paseantes, hasta que un farol dejó ver el letrero de La Corona sobre la ancha arcada. Penetraron en la posada. Una escalera exterior los condujo a las habi-

taciones del primer piso, que se abría sobre una galería que abarcaba dos de los lados del patio. Pisando los talones a García, Pedro penetró en el cuarto, una especie de establo con vigas en el techo, con la cama en un extremo y la menor cantidad imaginable de muebles. Su amigo utilizó agitadamente yesca y pedernal, y encendió una vela antes de atrancar la puerta.

–Tenemos que hablar bajo –dijo con ojos extraviados.

–¡Por Dios! ¿Qué sucede de malo?

–Voy a decírselo. Después de apalabrar este cuarto, esperé hasta la noche, antes de ponerme en busca de mi querida madre. No era necesario exponerse a la luz del día. Entonces me dirigí a la calle Santo Tomás, preguntando a un mendigo dónde vivía. Esa gente conoce a todo el mundo. Me miró en forma extraña e hizo cuernos con los dedos, como si yo tuviese el mal de ojo. "Será el disfraz", pensé yo. Pero tomó la moneda que le di y me indicó una casa, agregando que vivía en el tercer piso. Subí las escaleras, pensando que debía ser sumamente pobre. Un asqueroso nido de ratas, eso es lo que era. Chiquillos y suciedad por todas partes. Pensaba en lo feliz que iba a ser... –Se detuvo unos momentos, contemplando la vela–. Golpeé la puerta y me abrió una mujer, que pareció tan asustada como el mendigo cuando pregunté por la señora Romero. "No está aquí. Ya no vive aquí", fue la respuesta. –Querrá decir que se ha mudado –indiqué. "Sí, eso es. Se ha mudado." –¿Puede darme su nueva dirección? "La cárcel es su nuevo domicilio" –dijo la mujer, helada de espanto. Entonces le arranqué la verdad. Se llevaron a mi madre hace un mes. El Santo Oficio la detuvo por bruja. La gente la acusó...

Su voz se apagó. Como si hubiese llegado de repente al extremo de sus fuerzas, dio un paso o dos en dirección a la silla y se sentó, dejando caer los hombros y poniendo las anchas manos inertes sobre las rodillas.

Aunque sobresaltado, Pedro no se sorprendió del todo. Había oído decir que la vieja Dorotea Romero era una bruja. Quizá eso explicaría la causa de que el demonio se apoderase de García cuando estaba ebrio. Pero a pesar de la superstición, su corazón sangraba al contemplar el dolor en los ojos torunos del hombre, y si hubiera podido hacerlo, le habría ayudado. Pero en esta oportunidad era imposible. Habría sido lo mismo que García le anunciase la muerte de su madre. La Inquisición prendía y guardaba al acusado.

–¡Bruja! –replicó el hombre–. No tiene más de hechicera que mi pie. Educado por ella, ¿no cree usted que lo sabría? Iba regularmente a misa; rezaba día y noche; me enseñó el Padrenuestro y el Avemaría. Acostumbraba a tenerme en brazos cuando estaba enfermo; se moría de hambre para que a mí no me faltase qué comer. A menudo he soñado con ella durante estos años tan duros. Y ahora, porque es vieja, porque alguna mujer atendida por ella se murió...

El horror de la cámara de tortura brilló en sus ojos y se apretó la cabeza entre las manos como si fuese a estallarle.

–Quizá la suelten –sugirió Pedro, por decir algo.

–No me engaño. Cuando lo oí tuve la esperanza de que estuviese muerta. –Explicó después, en forma entrecortada, que a fuerza de ducados averiguó que aún se hallaba con vida–. Quemarán lo que quede de ella –agregó con desesperación–. Pero hay una posibilidad. –Extendió los brazos–. ¡Compañero, tiene usted que ayudarme! Si se tratara de su madre, yo haría otro tanto por usted. Es el único que puede ayudarme.

La desesperación de García disculpaba su referencia a doña María, aunque Pedro frunció el ceño al oírla nombrar. ¡Como si su madre pudiese estar jamás al mismo nivel que Dorotea Romero!

–¿Cómo? –inquirió.

El hombre se inclinó hacia adelante, dejando que su voz se hiciera un murmullo.

–Escuche. El dinero se hace oír en todas partes. El Santo Padre de Roma, en su último Concilio, habló de la relajación religiosa. Y mejor aquí, en Jaén, donde, según creo, el poder espiritual está en manos de algunos canallas. Créame. Puede confiar en lo que le digo: he conocido más de un pobre diablo que ha comprado su libertad. Bueno, yo tengo dinero. ¿Comprende usted?

Por bajo que García hablase, Pedro miró nerviosamente a su alrededor. El solo hecho de pensar en cosa semejante constituía una impiedad. Y no tenía precisamente sabor a respeto por el sagrado tribunal.

–Pero yo me encuentro atado de pies y manos –prosiguió García–. Me dejaría ahorcar por salvar a mi madre, pero mi ajusticiamiento no le sería de ningún provecho. Las probabilidades son de que ni siquiera me permitirían verla en la cárcel si a ella me llevaran. Yo no puedo ir hasta el inquisidor. Usted podría hacerlo.

Los escalofríos recorrían la espina dorsal de Pedro. Estaba dispuesto a cualquier cosa razonable, pero la idea de aproximarse al

Padre Ignacio de Lora, inquisidor de Jaén, con la proposición que adivinaba de García, era cosa que paralizaba su sangre.

–Ahora escuche –suplicó el otro–. Usted podría. Apuesto a que lo conoce, ¿verdad?

–Me he encontrado con él.

–¿Ve usted? Entonces es tanto más fácil. Y él lo conoce a usted como hijo de don Francisco de Vargas. No hay mejor sangre en toda España. Se halla a cubierto de toda sospecha.

Al leer el rechazo en los ojos de Pedro, García cruzó las manos.

–Tened piedad, hijo, ¡por amor de Dios! Cuando os vi por primera vez en la posada, pensé: "He aquí un muchacho de buen fondo, por la manera de estar parado junto a la moza, su mirada y demás. Es un muchacho con el cual se podrá contar en los malos tiempos, tanto en tierra como en el mar, lo mismo en el descanso que en la pelea." Mi corazón se animó al verlo, y sentí que habíamos nacido amigos. ¡Es usted el único que puede ayudarme a salvar a mi madre! ¡No me abandone!

Vio que iba adelantando algo; y se apresuró a explicar su proyecto. Pedro habría de presentarse al inquisidor como agente del hermano de la señora Romero, mercader de Valencia (lo cual era cierto, salvo que había fallecido.) Juan García ofrecía ochocientos ducados como indemnización por los crímenes de su hermana, si el reverendo inquisidor quisiera, en su magnanimidad, considerar suficiente la suma. En vista de que la mujer había confesado su brujería bajo el efecto de la tortura, su castigo quizá podría ser considerado suficiente. Pedro debería explicar que había encontrado casualmente a García en La Corona, y que el comerciante, hombre humilde, había solicitado sus buenos oficios, confiándole la mencionada suma. Hasta ahí sus responsabilidades. Actuaba simplemente en calidad de mensajero. Y no debía admitir que conocía más profundamente al comerciante.

–Él sabrá muy bien por qué no he venido yo mismo. Los parientes de los condenados por herejes, se ocultan. Y sabrá la razón de que haya elegido un joven de familia como la suya para actuar en mi favor.

–¿Y suponiendo que desee verlo?

–Yo no he nacido ayer. Dele la dirección de La Corona, pero no me ha de encontrar aquí cuando lleguen sus hombres. Puede apostar que no le sorprenderá lo más mínimo el no encontrarme.

–¿No me podría obligar a entregarle el dinero de todos modos?

–Sí, pero no sin el riesgo de un escándalo.

–Supongamos que no acepte...

–Hombre –exclamó García–. ¡Supongamos! Uno puede suponer cualquier cosa. Yo busco sencillamente la posibilidad de que acepte los ochocientos ducados en dinero contante y sonante, dinero fácil, allí donde no se espera ningún beneficio. Es bastante arriesgado, pero es lo único que está a mi alcance.

Pedro meneó la cabeza.

–No tendremos éxito. El Padre Ignacio parece ser un hombre de Dios. La gente lo llama santo, aunque tenga que ser duro. No aceptará corrupción alguna.

–Llamadle multa –interrumpió García–. Es la mitad de lo que he ganado en dieciséis años.

–El dinero no tiene influencia.

Una dulce sonrisa se dibujó en las facciones de García.

–Muchacho, tiene usted mucho que aprender sobre los hombres y sobre el dinero. ¿Lo hará por mí, verdad? Con su apellido no corre ningún riesgo. No se lo pediría si lo hubiese.

Aunque joven, Pedro no era ningún tonto. La Inquisición era fuego con el que no se podía jugar. Si Dorotea Romero había sido declarada bruja, tendría que ser quemada muy justamente en expiación de un crimen tan odioso. ¿Qué sabía él de la mujer ni del hombre tan curtido de las Indias? Bueno, una cosa sabía por lo menos: que un canalla no arriesgaría todo, inclusive su vida, por salvar la de otra persona, aunque ésta fuera la madre. Desde luego, el diablo podía tener que ver en el asunto, pero no era Pedro quién para juzgarlo.

En cuanto a brujería, él se preguntaba qué no diría en el potro, acordándose de las anécdotas de De Silva.

Pero, por encima de todo, era joven y le halagaba que García dependiese de él. Todavía no había aprendido a dominar la piedad en nombre del sentido común.

–Está bien –dijo.

García guardó silencio un instante. Luego se levantó y le puso las manos en los hombros.

–Quizá Dios me permita que alguna vez le retribuya este favor.

–¿Cuándo quiere que vea al inquisidor?

Las manos de García se apartaron un poco de los hombros de Pedro, y aquél se pasó una de ellas por los ojos.

–La noche es más propicia para estos asuntos. De manera que esta noche. No tenemos mucho tiempo. He recibido noticias de que mi madre apenas alienta, después del trato que ha recibido.

Sacó una bolsita pequeña, pero pesada, de debajo de la capa, entregándosela a Pedro.

–Ahí tiene el dinero. Lo acompañaré, esperándolo afuera.

11

La casa del inquisidor de Jaén se hallaba situada en la plaza de Santa María, frente a la catedral y, por tanto, no muy lejos de la cárcel del castillo, emplazado más arriba. Debido al respeto general hacia los personajes, la gente pasaba de largo ante ella en las noches de verano, tanto más cuanto que un soldado del Santo Oficio, armado, montaba guardia afuera. En verdad, con el palacio del obispo no muy lejos, y sobre la misma plaza, el lugar entero gozaba de una severa tranquilidad. Su atmósfera helaba y sosegaba. Y dado que las líneas góticas de la iglesia interceptaban la mayor parte de la luz de la luna, el ambiente quedaba sumido en una especie de penumbra.

Después de haber llevado a García hasta la esquina de la calle más próxima, Pedro se encaminó, cada vez más tembloroso, hacia la puerta guardada del inquisidor. Aunque eran ya pasadas las diez, probablemente el Padre Ignacio no se habría retirado aún; no era hora adecuada para solicitar una entrevista. Pedro luchaba entre la esperanza de que se le negase la admisión y el deseo de llevar a buen fin este asunto. Más que nunca, maldijo su malhadada visita al Rosario, que lo había metido en el embrollo. Aunque deseaba ayudar a García, en ese instante hubiese preferido no haberlo encontrado nunca.

El centinela de la puerta resultó ser persona muy conocida. Era Sebastián Reyes, dueño del famoso gallo de pelea con el que Pedro había ganado diez reales la semana anterior, en el reñidero detrás de La Corona.

–¿Ver a su reverencia, señor? –contestó el hombre, mirándole fijamente–. Bueno, ya que se trata de su persona, preguntaré, aunque es una hora tardía, como su señoría sabe.

–Se trata de asuntos de negocios –dijo Pedro, forzando la voz.

–¡Ah! exclamó el centinela, en tanto se volvía para ponerlo en conocimiento de otro soldado, a través del postigo.

Pasaron algunos minutos, y entretanto Reyes discutió las riñas de gallos que habrían de celebrarse al día siguiente, mientras Pedro sudaba nerviosamente. Finalmente, se abrió la puerta.

–Su reverencia recibirá a Pedro de Vargas.

Como todas las casas importantes de Jaén, la del inquisidor había sido edificada alrededor de un patio interior, que en la mayoría de los casos contenía un surtidor o al menos algunas plantas. Pero aquí el patio parecía tan desnudo como un cuerpo de guardia, y de hecho servía ese propósito, ya que algunos hombres de armas se hallaban en servicio. Aunque todo cristiano bien intencionado apreciaba el valor de los servicios del Padre Ignacio, no se podía estar seguro nunca de cuándo un hereje, aún suelto, podría buscar venganza por la tortura o la muerte de algún pariente. En consecuencia, la prudencia aconsejaba no correr riesgos innecesarios. Por otra parte, el Santo Oficio, para evitar el escándalo, ejercía muchas de sus actividades de noche, y los hombres se hallaban a mano para el caso de alguna llamada repentina.

Al final del corredor que rodeaba el patio, De Vargas fue introducido en un aposento alto y desnudo, con algunas sillas de alto respaldo, iluminado por un par de lámparas y un candelabro sobre la mesa en que Ignacio se hallaba escribiendo. El rasgar de la pluma duró un buen rato después de la entrada de Pedro. Luego se levantó el Padre, ofreciendo la mano displicentemente a su visitante, quien la besó con reverencia, después de arrodillarse.

El inquisidor llevaba el hábito blanco y el crucifijo de plata de los Dominicos. Era hombre alto y algo encorvado, de edad mediana, aunque su barba, corta y cuadrada, no mostraba una sola señal de gris. Por otra parte, una calvicie parcial lo había dominado, dejando la frente ancha y en forma de cúpula, debajo de la cual se destacaba el arco reducido de sus cejas. Tenía una nariz dominante, la boca severa y los ojos astutos, pero poco sinceros. Daba la impresión de fría eficiencia y vigilante sospecha.

Ante esa presencia imponente, Pedro sintiose más molesto que nunca. Y lo peor del caso es que, por alguna razón, el Padre Ignacio parecía divertirse en su interior. Su boca dura se torcía en una sonrisa oculta y helada.

–Bueno, joven. ¿A qué debo el honor de esta visita?

–Si en algo resulta inconveniente para su reverencia, puedo posponerla –murmuró Pedro. Era difícil no advertir que sus dientes castañeteaban.

–No. Tengo unos momentos de descanso. –De Lora echó un poco de arenilla sobre la carilla que había estado escribiendo y la dobló–. ¿En qué puedo servirle?

–Yo no quiero decir, su reverencia, que he venido por asuntos personales. De hecho no sé gran cosa de este asunto. Alguien que encontré en La Corona. Su su..., su hermana es una bruja llamada Dorotea Romero. Deseaba que le pidiera a su reverencia... Quiero decir, su nombre es Juan García, según él, de Málaga... es decir, no, de Valencia. Quería que solicitara de su reverencia... es un comerciante, ¿sabe usted?... y deseaba que yo preguntase.

–Un momento. –De Lora levantó su mano. Sin duda estaba acostumbrado a gente que tartamudease–. Tranquilícese, hijo mío. ¿Qué estaba tratando de decirme? Entiendo que se encontró con un comerciante de Málaga o de Valencia...

–De Valencia, su reverencia.

–Que es pariente de Dorotea Romero, detenida por el Santo Oficio en razón de ciertos cargos. ¿No es así?

–Sí, Padre.

–Muy bien. Prosiga.

Pedro trató de explicar el asunto, y esta vez pudo terminar, más o menos fácilmente. Recordó mencionar los ochocientos ducados a título de multa, porque el Santo Oficio, quienquiera que arrestase, no se equivocaba nunca. Y, dicho sea en su favor, insistió en que no actuaba sino a título de simple intermediario de un forastero en Jaén, cuya pena lo había conmovido.

Cuando hubo terminado, el inquisidor contuvo otra sonrisa, aunque sus ojos parecían tan agudos e impenetrables como antes.

–¿Sabe su respetable padre que a venido a visitarme?

–No, su reverencia. He venido directamente de La Corona.

–¡Hum! ¿Por qué no vino personalmente ese Juan García?

–Es hombre de condición humilde, que no tiene el honor de ser conocido de su reverencia. Temía no poder conseguir audiencia.

–¡Hum! ¿Dónde se halla ahora?

–Está parando en La Corona –dijo Pedro, cuyo corazón le dio un vuelco.

–¿Y por supuesto piensa verlo cuando se retire de aquí?

–Sí, Padre; para darle la contestación de su reverencia.

Esa contingencia había sido calculada por García. Al dejar la casa del inquisidor, Pedro habría de retornar a La Corona, donde no encontraría al comerciante valenciano. En efecto, éste no reportaría

más por allí. Y luego de esperar un tiempo prudencial dejaría una nota para García con la contestación del Padre Ignacio. La misma nota no era sino una pantalla para el caso de que Pedro fuera seguido, sirviendo como prueba de que había cumplido su misión y se lavaba las manos del asunto. Después regresaría a su casa por la parte más oscura de la ciudad. En algún lugar del camino García le saldría al encuentro.

Los ojos fríos del dominico lo estudiaron un instante.

–Me parece que usted intima con extraños en muy poco tiempo. Hijo mío, ¿cuánto hace que conoció a ese hombre?

–Lo encontré hoy, mientras regresaba a Jaén, después de haber tomado parte en la persecución del sirviente del señor De Silva. Estaba en La Corona esta noche.

–Supongo que él tiene esos ochocientos ducados.

–No, Padre. Los tengo aquí. Él me los ha confiado.

Esta vez, De Lora casi se rio. Pedro vio relucir unos dientes blancos detrás de la barba.

–Es un tributo a su aspecto de persona honrada y a la reputación de su padre que un extraño le confíe semejante suma.

–Está muy preocupado por la suerte de su madre, su reverencia.

Pedro tenía poca confianza en el éxito de su misión. Pero la finalidad de su visita ya no era de su interés. Más que otra cosa, le venía el deseo de escapar de este hombre y de su burla llena de desdén. Se sentía como un ratoncillo entre las garras de un enorme gato. Aunque esencialmente verídico, su relato parecía una mentira pueril, como indicaba la conducta del inquisidor.

–Así que usted debía ofrecerme ochocientos ducados. ¿Para qué?

–Para que se reverencia tenga la bondad de poner en libertad a esa mujer –farfulleó Pedro–, a menos que sean demasiado grandes sus crímenes. Desde luego, no sé. Hablo solamente en nombre del señor García.

Ante su sorpresa, De Lora dijo que le mostrase el dinero.

Algo sorprendido, Pedro sacó el pesado bolso del interior de la capa y se lo entregó al inquisidor, que dejó escapar un torrente de monedas de oro ante él, encima de la mesa. Era una fuerte suma, pensó Pedro; más que la ofrecida por De Silva a su padre por el viñedo y la huerta. Nunca había visto tanto dinero junto en su vida. Probablemente sería el reflejo de la luz sobre el oro lo que daba ese fulgor a los ojos de De Lora. Luego el inquisidor se reclinó pensa-

tivo, mientras su mano, quizá distraídamente, se apoderaba de las monedas, dejándolas caer por entre los dedos.

Finalmente, se enderezó de nuevo; pero en vez de poner otra vez el dinero en el bolso, rechazándolo, comenzó a apilarlo con la velocidad y la pericia de un hombre de negocios.

–Es cierto que Dorotea Romero ha sido culpable de horrendos crímenes. –Una, dos, diez, veinte, treinta; examinó una moneda hallándola buena–. Ha confesado su brujería y sus pactos con Satanás. –Se persignó; cincuenta, sesenta, setenta...–. También es cierto que se arrepintió de sus pecados horribles –ochenta, noventa, cien. El Padre Ignacio puso las diez pilas en un montón–. Y el Santo Oficio no desea la muerte del pecador, sino su arrepentimiento. –Treinta, cuarenta, cincuenta...–. Y que viva. El perdón siempre va de la mano de la justicia.

Un cambio curioso se había operado en el joven De Vargas. No era solamente que comenzase a vislumbrar un soplo de esperanza en cuanto a su misión, sino que por debajo de eso, y casi en sentido opuesto, experimentaba una confusión extraña. ¿Sería posible que el Padre Ignacio aceptase el dinero, que la espada de Dios se hallase en venta y que ochocientos ducados tuviesen la virtud de librar de la hoguera a una mujer que de otro modo habría sido quemada? Sin saberlo, Pedro estaba volviéndose a cada segundo, mientras De Lora ponía el dinero en pilas, más viejo, menos cándido y más consciente del poder del dinero.

–Doscientos... –otro movimiento a guisa de barrida con la mano–. Nada más justo que el Santo Oficio, después de luchar por salvar de la muerte al pecador, se regocije con ello y lo devuelva a la vida... –cincuenta, sesenta...–. Nada más justo que aproveche los bienes terrenales de los pecadores, utilizándolos así en sus piadosas tareas... –ochenta, noventa...– transfiriéndolos del servicio de Mammon al servicio de Dios. De tal manera se demuestra más claramente el arrepentimiento.

El Padre Ignacio se volvió silencioso, no dejando oír sino el tintineo de las monedas. Al terminar el octavo montón sobraban cinco de ellas; pero las colocó sobre el último, como al descuido. Luego restituyó el total al bolso, abrió un cajón de la mesa y lo dejó caer, oyéndose el ruido propio del oro.

–¿Qué puedo decir al señor García, su reverencia?

–¡Ah! Sí. Dígale que le doy mi palabra de que su hermana será puesta en libertad pasado mañana, por la mañana –contestó después

de pensarlo–. Hay algunas formalidades que llenar. Debería ser ahora un hombre feliz al saber que Dorotea Romero se halla en estado de gracia.

–Muchas gracias, Padre.

El dominico le tendió la mano. Pedro se arrodilló, besándola, y se dispuso a retirarse.

–Un momento, hijo mío. Convendría guardar el secreto acerca de esta transacción. Incurriría en mi enojo si hablase de esto con alguien que no fuese el señor García. El Santo Oficio podría ser mal interpretado. Espero que me comprenda.

–Sí, su reverencia.

–Usted y yo discutiremos este asunto alguna vez que yo disponga de más tiempo. No siempre es bueno que la juventud sea demasiado comedida tratándose de extraños. Mientras tanto, vaya en paz.

Una vez más, Pedro leyó en los ojos del fraile un frío regocijo. Al cerrarse la puerta, le pareció oír una risa bastante fuerte; pero, por lo menos, la prueba había terminado. Tenía buenas noticias para Juan García. Y si bien había perdido algo de su cándida juventud en la casa del inquisidor, por el momento no se dio cuenta.

Fiel al programa convenido, regresó a La Corona, permaneciendo el tiempo necesario para esperar al comerciante de Valencia. Al no llegar éste, dejó la nota al posadero. Era un asunto espinoso. Si el Santo Oficio deseaba echar mano al rico pariente de Dorotea Romero, Pedro podía ser seguido. Pero, según él creyó, eso no aconteció.

Después de abandonar la posada se hundió en un laberinto de callejuelas sinuosas, encaminándose a su casa bien alerta. En una esquina oscura surgió repentinamente un pordiosero, pidiéndole una moneda en nombre de Dios, y llamándolo compañero. Se detuvo.

–¿Juan García?

–¿Qué ocurrió? –murmuró éste, acercándose.

–Toda va bien. Recibió el dinero y prometió poner en libertad a su madre pasado mañana, por la mañana. –Pedro describió rápidamente la entrevista.

–Dios lo bendiga, amigo.

–¿Qué hará usted cuando la suelten? ¿Cómo la sacará de Jaén, escondiéndose al mismo tiempo?

–En alguna forma me arreglaré. Pase lo que pase, olvídeme. Ya ha cumplido usted su parte en el asunto. –Su voz temblaba con pro-

funda emoción–. Siempre lo recordaré. Daría la sangre y la vida por usted, si fuese necesario. Ahora, siga su camino con paso ligero.

Hubo un cálido apretón de manos en la sombra. García desapareció, y Pedro volvió a su casa con el corazón alegre.

12

Aunque a Luisa de Carvajal le pareció que el día siguiente no avanzaba, escondió con disimulo su impaciencia. Inclusive una observadora tan experimentada como doña Antonia Hernández podría haber supuesto que no se hallaba especialmente afectada por lo que iba a acontecer esta noche. La realidad, sin embargo, es que temblaba de expectación, y que varias veces se las compuso para deslizarse durante el día en el jardín para llegarse, por un estrecho sendero entre dos filas de cipreses, hasta un lugar desde el cual pudiese contemplar, pensativa, la reja de la puerta. Las plantas de laureles que formaban una media luna, casi la ocultaban del resto del jardín.

Al cabo de un buen rato comenzaron a alargarse las sombras de los cipreses, que parecían haber estado pegadas al suelo. El reloj de sol, con su absurda inscripción acerca del paso del tiempo, demostraba que, por lo menos, éste se movía. Y las dos damas que estuvieron contemplando desde la terraza entraron a vestirse para la cena.

Al pie de la escalera interior principal hallaron al marqués de Carvajal, acompañado del paje que le llevaba la capa y la espada. Estaba a punto de salir para una reunión nocturna en el palacio episcopal, e iba ataviado con su habitual traje, sobriamente rico, en el que se destacaba la cruz de los caballeros de Santiago.

Era de edad mediana, con barba gris y cuadrada que tenía la inclinación propia de la distinción. Hacía mucho, quizá, había tenido personalidad. Pero a medida que pasaba el tiempo habíase convertido simplemente en el marqués de Carvajal, título que había absorbido a su dueño. Si era dado al dinero y a la exhibición, como la gente murmuraba, no eran rasgos característicos suyos, sino propios de su posición.

Las dos damas hicieron una reverencia, la cual fue correspondida, recibiendo Luisa, además, un beso.

–Buenas noches, hija mía. Siempre me duele dejar de veros durante la velada; pero hay compromisos sociales. Mañana por la noche os pediré que me entretengáis con vuestro laúd. Entretanto, ensayad un par de canciones italianas y no me echaréis de menos.

–No puedo evitar extrañarlo, señor –contestó con perfecta modulación.

–Nada más natural. No se olvide de rezar por mí. ¿Reza sus oraciones regularmente, doña Antonia?

–Es extremadamente devota, mi señor.

–Muy bien. ¡Buenas noches!

Se despidió haciendo un gesto lleno de elegancia con la mano, prosiguiendo su camino. Luisa continuó subiendo la escalera, apenas consciente, a causa de la costumbre, de la soledad en que su padre la dejaba. Pero el ocaso no tardaría más de una hora, y este pensamiento la consoló.

Su tocado llevaría mucho tiempo esa noche. No importa que fuese oscuro cuando ella y Pedro de Vargas se encontrasen, y que estuviesen separados por una reja. Eligió un vestido, cambiándolo luego por otro, al decidir que el brocado lucía más durante la noche. Luego arrancó un cabello rebelde del arco perfecto de sus cejas. Aplicó un poco de agua de rosas en las mejillas, en la garganta y en las manos. Consultó de nuevo el espejo. La mantilla parecía quedarle muy bien, como si se hubiese deslizado por casualidad, dejando al descubierto la hilera de piedras preciosas que lucía en sus cabellos. La proximidad de la noche hacía resaltar la dulce palidez de su rostro, dando con ello realce a sus ojos negros y rasgados.

Cuando hubo terminado, oíase en el jardín el canto de los pájaros que saludaban con sus trinos al sol poniente. Permaneció atenta un rato en la ventana, escuchando a medias mientras contemplaba a lo lejos el cielo más oscuro. Luego fue a reunirse con doña Antonia.

El marqués de Carvajal, como muchos nobles españoles de su tiempo, había sufrido una profunda influencia en su contacto con Nápoles y había hecho construir su jardín teniendo en la mente los modelos de Italia y de Sicilia, un poco de Capri y algo de Palermo, elementos de todo lo cual se introducían en el aspecto general y en el trazado. Tenía el mismo estilo de terrazas, lo cual se avenía con el carácter montañoso de Jaén; la misma ondulación de sombras del follaje, laurel, rododendro, helechos y hiedra que formaban una especie de biombo que lo aislaba. Cerca del centro, un estanque reflejaba los cipreses guardianes y diversos senderos oblicuos llevaban hasta los laureles. Sobre todo el conjunto presidía Pan o algún sátiro cubierto de musgo. La reducida cúpula de un pabellón, entre los árboles, apenas visible desde el palacio, las rosas, las paredes de las

terrazas cubiertas de parras, todo ello hacía que la construcción de ladrillo, atenuada por la vegetación, produjese una impresión de lujuria dentro de la época.

Una hora después del ocaso, el jardín despedía su fragancia en el aire más fresco. Era la fragancia embriagadora de los azahares mezclada con la de otras flores, como saludando el descenso de la noche. El color se borraba del cielo, algunas estrellas imperceptibles volvíanse repentinamente visibles y la luna había salido, asegurando su presencia. El melancólico croar de las ranas en los estanques más alejados hacíase cada vez más fuerte.

La señora Hernández y Luisa permanecieron un rato en la terraza, inclinadas sobre la balaustrada de mármol, antes de internarse gradualmente por entre los cipreses, luego de descender los escalones. Era la costumbre después de la cena, y ningún criado del palacio, por curioso que fuese, les prestaría atención.

–¿A qué hora es realmente el anochecer? –inquirió Luisa, tratando de dominar la emoción de su voz.

–Cuando todo se ha vuelto oscuro, como ahora... –contestó Antonia–. ¿Por qué?

–Le hemos escrito que venga al anochecer.

–Sí. Estoy segura de que ya se encuentra aquí.

Se aproximaban al extremo del jardín y Luisa se detuvo.

–¿Ya? ¿No sería mejor entonces que...?

–Por supuesto que no. ¿No querría usted que él se imaginara que estuvo contando los minutos, verdad? Debe empezar a inquietarse, a desesperar.

Antonia misma sentíase algo más que ligeramente agitada. La galantería era un excitante, el único de la vida. Como experta, le agradaba toda la astucia, toda la estrategia del amor.

–Dentro de una hora será el mejor momento.

–¿Tengo que esperar toda una hora?

–Ni un minuto menos. –Antonia rodeó con el brazo la cintura de la doncellita–. Yo sé lo que siente, primita. Pero tenga fe en mí. Nada nos ayuda más que tener un hombre en la duda, que nunca se sienta completamente seguro. Además, tendremos que esperar que salga la luna si quiere que él la admire. Iremos al pabellón para ensayar sus canciones italianas, y de esa manera ello nos ayudará a pasar el tiempo.

–No podría ensayar.

–Debe hacerlo por dos razones. La oirán desde el palacio –prosiguió la señora Hernández– y así sabrán qué hacía si por casualidad llegase a preguntar el señor marqués. Él recordará lo de las canciones. Además, alguien más la oirá, mi pimpollito. Usted canta bastante bien.

La calleja del otro lado del jardín pasaba entre altas paredes cubiertas de musgo y coronadas de parras, siendo muy poco frecuentada a esa hora, y no oyéndose sino el ruido de alguno que otro lagarto. Las sombras caían allí antes que en otra parte, pero aún no era completamente de noche cuando Pedro de Vargas se apostó frente al portón.

Él tampoco estaba seguro de cuándo era el anochecer. Quizá atardecer, ocaso o la noche misma, y no deseaba correr ningún riesgo. Después de un día lento e interminable constituía un alivio tomar el camino cuanto antes. Ahora, envuelto en su amplia capa y como una prolongación de la sombra de la pared que se hallaba detrás de él, permanecía consumido por un lento ardor de esperanza y de impaciencia.

Aunque no lo advirtiese, su estado de ánimo era en parte convencional. Era costumbre de los enamorados esperar y sufrir, pasar la noche discretamente cubiertos con sus capas. La tradición lo exigía. Pero en su vigilia había algo más. El idealismo nebuloso de la juventud, coloreado por el deseo, hubo de llegar por primera vez a un punto que quemaba. Podía conducirse como uno de los miles de caballeros rendidos de amor. Pero la experiencia de la mañana anterior en la iglesia, el rayo de luz, el entusiasmo de su corazón ante la belleza y la gracia de Luisa de Carvajal eran cosas personales y no copiadas.

El crepúsculo se hizo noche. Tan densa era la oscuridad, que ni la misma capa se distinguía. Entre las paredes del estrecho recinto, la atmósfera se hacía densa y pesada con el aroma de las flores, y durante toda su vida el perfume de los azahares le recordará al instante este momento. En una o dos ocasiones algunos transeúntes provistos de faroles se internaron por el lugar y se dirigió hacia ellos de manera que no advirtiesen que se hallaba apostado frente al portón de los Carvajal. Además no había olvidado por completo los consejos de su padre ni los acontecimientos de la noche anterior. Pero la mayor parte del tiempo permaneció inmóvil como en sueños.

No tuvo dudas hasta que desapareció la oscuridad y la luna asomó su rostro plateado por entre las ramas del otro lado del portón. Seguramente ya era la caída de la noche y llevaba esperando bastante tiempo.

El brillo de la luna aumentó en intensidad hasta que le fue posible ver, a través de las rejas del portón, el sendero y el espacio cubierto de césped. Todo tenía el misterio y el suspense de una escena vacía. Quizá hubiese sido enviada la carta por broma. Posiblemente Luisa no tuviese intención de hacerse presente. A lo mejor estaba riéndose en aquel preciso instante de él y de su tonta espera. Después de todo, habría sido culpable de ridícula extravagancia al esperar que la hija de un grande condescendiese a ponerse al nivel de algo de tan poco valor como él.

Los minutos transcurrieron lentamente, cada vez con mayor impaciencia. La luna se gastaba en vano. Luisa no vendría, y él no era sino un triste idiota.

De repente un laúd sonó en la lejanía, derramando cascadas de sonidos, y una voz se alzó en algún lugar detrás de los árboles. En contraste con la calma que lo precediera, era bruscamente dulce, como los trinos del ruiseñor. Pedro reconoció la melodía como un aire italiano que su hermana cantaba a menudo. Tan bien lo conocía, que pudo distinguir las palabras. Eran de un compatriota de su madre. Lorenzo de Médicis:

Quant' è bella giovinezza
Che si fugge tuttavia!
Chi vuol esser lieto, sia...

La soledad había desaparecido. ¡Su voz! Debía ser ella.

La juventud es alegre, como fuente que surge
¡Aunque se deslice!
Que el que quiera esté alegre.

Del mañana nada se sabe.
Baco. Ariadna, jugando.
Juntos los labios, pegados los corazones
Aprovechan el tiempo gozando de mayo
Nunca se separan.

Las ninfas y las otras criaturas del bosque
Se aman jugando
Que el que quiera esté alegre.
Del mañana nada se sabe.

Se hizo de nuevo el silencio, pero esta vez era vibrante. El ritmo de la canción se aceleró sin sonidos, una vez que se hubo acallado la música. Él esperó, conteniendo el aliento, el refrán que repercutiera en su mente: "Del mañana nada se sabe".

Quizá fuera esto solamente lo que podía esperar; sin duda no habría podido hallar otra forma de cumplir su compromiso con él; su voz en la noche, una canción, un saludo... O quizá fuese algo más que eso. ¿Una media promesa, acaso? "Del mañana nada se sabe". Si tal fuese el sentido, volvería allá al día siguiente y muchos otros. Permaneció con la mano sobre el mentón, contemplando el círculo alumbrado por la luna al fondo.

Tan extasiado estaba, que no advirtió que Luisa de Carvajal había recorrido la mitad del trayecto entre los laureles y el portón. Mejor dicho, primero le pareció una evocación, vaga y bañada por la luz de la luna, de la cual pareció surgir y desprenderse, a lo que le ayudaba el brocado plateado del vestido y la palidez del rostro que resaltaba sobre el fondo negro de la mantilla. Después recobró sus sentidos, para volver a perderlos por completo al cabo de un instante.

Allí estaba la joven. No era una visión.

Había preparado y ensayado un hermoso discurso, que le pareció pulido y poético, pero no pudo recordar una palabra del mismo. Un pánico mental habíase adueñado de él. No podía hacer otra cosa que mirar, hipnotizado, a través de las rejas del portón.

Luisa se sentía igualmente confusa. Como doncella, podría haber actuado bastante bien si hubiese hablado. En esta ocasión se detuvo sin saber qué hacer a unos cuantos pasos. La figura de Antonia Hernández, que se dejaba entrever al fondo de la escena, no ayudaba en nada.

–Buenas noches, señorita –suspiró finalmente.

–Buenas noches, señor.

Silencio después. La joven esperaba elocuencia, romance, y él lo sabía. ¿Qué había acontecido? No era la primera vez que se encontraba con una joven, y siempre se había mostrado tan desenvuelto como cualquiera.

En su turbación, enderezó el brazo hacia la reja del portón, sorprendiéndose al ver que éste cedía. Evidentemente hubo de quedar sin cerrojo. Más asustado que nunca, volvió a cerrarlo, murmurando una excusa.

–Ignoraba que estuviese abierto.

–Yo también.

A la sombra de los laureles, la señora de Hernández sonrió. Si esos jóvenes eran tan tontos que no aprovechaban el asunto del portón, peor para ellos. Ella había hecho lo que había podido. Dándoles una mayor oportunidad todavía, se apartó de los laureles ruidosamente, aunque permaneciendo bastante cerca detrás de los mismos.

–La oí cantar –tartamudeó Pedro–. ¡Qué hermosa canción!

Ella contestó algo, y el joven se devanó los sesos en demanda de otra frase. Por terrible que le hubiese parecido la otra noche junto al inquisidor, ésta era mucho peor.

–Muy linda.

–¿Usted lo cree verdaderamente así?

–Sí, señorita.

En el discurso que había preparado había referencias al agua bendita y a Cupido; a la carta de Luisa, que le inspiró cumplidos madrigales y apasionadas declaraciones. Todo eso quedaba en la nada. No era capaz de rehacerlo, ni siquiera en parte, de manera que no pareciese aún más tonto que su torpeza actual.

–Conozco muy bien esa canción, porque usted sabrá que mi madre es florentina.

–¿De veras?

–Sí. Mi hermana Mercedes la canta.

¿Por qué, en nombre de Dios, hablaba ahora de su madre y de su hermana?

–Pero no como usted –prosiguió–. ¡Ni parecido! *Quant' è bella giovinezza!* –concluyó, a punto de sumirse otra vez en el silencio.

–¿Sabe usted cantar?

–No. Es decir, bastante mal. A veces entono una balada.

A esa altura se percató de que la dueña se había retirado. En cierto modo la situación variaba. Se aflojó la tensión, la sangre volvio a hervirle y el pensamiento comenzó a volar. Pero no quiso recitar el discurso que tantas veces hubo de repetir aquel día. Parecía fuera de lugar.

–Fue usted muy gentil al enviarme esa carta –dijo con una nueva tonalidad en su voz–. Nunca lo habría soñado... Fue como un milagro, después de haberla visto en la iglesia. Había estado rezando a San Pedro y a la Virgen bendita. Pero nunca lo habría soñado. Desde entonces no he dejado de pensar en usted ni un solo instante. –Su mano se deslizó hasta el jubón–. La llevo aquí –prosiguió

apretando el papel contra su corazón–, y recuerdo cada una de sus palabras como el Padrenuestro.

Se aproximó un paso. Eso era lo que ella se había imaginado que sería, aunque no exactamente, pues su prima Antonia le había dicho que hablaría en forma poética y sus palabras eran sencillas en extremo. Pero nunca había visto nada semejante.

–¿A San Pedro y la Virgen bendita, señor?

–Sí.

Olvidándose de todo, atento únicamente a que ella se percatase de todo cuanto había significado para él, le habló acerca del rayo de luz. Ella lo escuchaba con los labios anhelantes.

–Y luego supe. Comprendí que, quiera usted o no dispensarme su simpatía, siempre seré su caballero. Esa era la voluntad del cielo. Y es una gloria para mí. Siempre la serviré, la reverenciaré y buscaré el honor en nombre suyo. Y quizá alguna vez yo sea digno... No, eso no. Pero quizá pueda usted sentir algún afecto hacia mí en alguna oportunidad.

Sí. Ahora era todo como ella lo había imaginado. Y más, mucho más.

–¿Por qué se preocupa por mí? –suspiró.

¿Por qué? ¡Santos del cielo! Al mirarla no era posible contestar a su pregunta. Ella era la encarnación de la luna, el deseo, la devoción y la belleza. Etérea y, sin embargo, cálida y llena de vida.

–Porque la adoro –fue lo único que pudo contestar.

El portón magnánimo volvió a abrirse bajo la intensidad de la emoción, pero esta vez no fue él quien la cerró. Antonia Hernández no tenía motivos para preocuparse, pues Luisa y el joven aprendían rápidamente sin necesidad de recurrir a ningún mentor.

Era sorprendente que la niña olvidase su decoro en ese instante. En vez de mostrar alarma o desagrado al ver que el portón se mantenía abierto, cuando las costumbres exigían que los barrotes se interpusiesen entre los enamorados, se aproximó algo más a fin de encontrarse cara a cara.

–Pero usted no me conoce. ¿Cómo puede estar seguro?

En el camino resonaron unos pasos que se acercaban y murmullo de voces.

–¡Ay, Virgen María! Entre en seguida. Podrían verlo.

Cerró el portón suavemente detrás de él y permanecieron muy juntos, pegados a la pared, en tanto los pasos se alejaban. La proximidad de la joven, la fragancia de su vestido, el silencio mientras

esperaban, hizo que el pulso le latiese con violencia. La mantilla se le había deslizado un poco, dejando al descubierto la luminosidad de su cabellera ondulada, que, juntamente con sus joyas, relucía a la luz de la luna.

Una vez que hubieron desaparecido los viandantes, se arrodilló repentinamente, llevándose a los labios las manos de la joven.

Sobre un banco de piedra, bajo y oculto entre los laureles, enclavado en el césped y a un costado del portón, la joven escuchó mientras el galán dejaba correr el flujo de sus palabras con el estilo fogoso y elevado de los amantes de Andalucía. Ella escuchaba, aunque percibiendo a la vez una extraña agitación en su propio espíritu, como si hubiese comenzado un nuevo orden de vida y de pensamientos. Se le ocurrió que nunca había tenido nada propio, que había sido una muñeca en manos de los otros. Pero ahora, la muñeca de vestido de brocado de plata y de cabello cuajado de joyas volvía a la vida, estaba tomando posesión de sí misma.

Él le habló de Francia y de la invitación de Bayard. No quería que ella lo considerase como un pobre provinciano. Quería llegar a ser digno de figurar como su caballero.

–¿Cuándo se irá usted? –inquirió, tratando de ocultar el desaliento en sus palabras.

–En otoño, *madonna***.** –Y agregó, galantemente–: Con vuestra licencia.

Contó rápidamente. Aun quedaban dos meses, sesenta noches como ésa.

–Mi padre dice que el monseigneur de Bayard gusta de los torneos –prosiguió él–. Si triunfo, le pertenecerán mi honor y mi gloria.

–Dicen que las damas de Francia son muy hermosas –agregó ella en tono casual, aunque aborreciera de repente el solo pensamiento de ellas.

–Quizá. –Se había vuelto un perito en los últimos diez minutos– ¿Cómo podría saberlo? Usted me ha deslumbrado de tal modo, que no puedo pensar en ellas. –Medio sentado en el banco, se deslizó sobre una rodilla–. ¿Querrá darme algún recuerdo, *madonna***,** algún favor para llevármelo? Sería la reliquia de mi devoción y me traería fortuna. Sé que es demasiado pedir, y le ruego me disculpe.

Ni siquiera Antonia habría encontrado nada que desear en sus modales.

La hora lo había hecho cambiar tanto como a Luisa. No era el mismo joven que cuando entró por la calleja.

Luisa sintiose asida y envuelta en una corriente demasiado ligera para dilaciones y coqueterías. En cierto modo, su seriedad no lo permitía. Sin vacilar, le dio su pañuelo, un trozo de batista bordado con encaje de Venecia. Estaba perfumado con agua de rosas y tenía la suavidad de ésta al apretarlo contra los labios.

–Desearía tener algo mejor que darle, Pedro de Vargas.

¿Mejor? Ni el Toisón de Oro recibido de manos del rey hubiera significado siquiera la mitad. Su cerebro se embriagaba de felicidad y de orgullo. Luisa lo había aceptado como caballero, y ya no habría dificultad en este mundo que él no venciese. La sangre le hervía en las venas, golpeándole en los oídos. Su imaginación se elevaba como halcón liberado. Era imposible expresarse, y cuando habló, su voz pareció algo extraña a sus oídos.

–Daría mi alma y mi vida por usted.

Una tos discreta se oyó detrás de los laureles, y el mancebo se incorporó al reaparecer la señora Hernández.

–Mañana por la noche, todas las noches –murmuró– estaré en la calleja.

–Sí, acudiré cuando pueda –dijo ella con voz apenas perceptible.

Se inclinó ante Antonia.

–¡Vaya! –dijo ésta–. ¿Es costumbre de caballeros entrar por los portones, olvidando guardar la distancia debida?

–Fue un hechizo, señora. –Pareció sorprendido–. No había advertido que pasé el portón.

–No está mal –aprobó–. Veo que es usted un embustero encantador. –Y dirigiéndose a Luisa–: Tenemos que retirarnos, primita. Hay una luz que se mueve en el palacio. Su padre debe hallarse de vuelta.

Todavía deslumbrado, no creyendo en su felicidad, Pedro regresó lentamente a la ciudad, sin preocuparse de los guijarros ni de los recodos del camino. Los años se le representaban envueltos en una nube de oro, formando un horizonte ilimitado. Inspirado por el amor, era capaz de hacer cualquier cosa, por arriesgada que fuese.

No lejos de su hogar, una figura se desprendió de un portón y el joven se puso inmediatamente en guardia.

–¿Pedro de Vargas? –murmuró una voz.

–El mismo.

–Soy Manuel Pérez, el de la cárcel. El hermano de Catana.

–¿Sí? –exclamó al cabo de unos momentos de esfuerzo para pensar.

–Usted salvó a mi hermana de las garras de los hombres de De Silva. No soy de los que olvidan. Hace una hora que lo estoy esperando para desviarlo de su camino.

–¿Desviarme de mi camino?

–Usted no debe ir a su casa. Le han tendido una trampa. Lo están acechando.

–¿Quién me está acechando?

–Los del Santo Oficio. Se han llevado a sus padres y a su hermana al castillo. Los he visto entrar allá con mis propios ojos. Oí hablar de usted y me escapé, aunque ello pueda costarme la cabeza.

–¿El castillo? ¿El Santo Oficio?

–Sí. Váyase al Rosario. Tiene que internarse en las montañas, y Catana lo ayudará. Es su única posibilidad.

13

En medio de las cálidas tinieblas, Pedro se quedó mirando el rostro casi invisible de su interlocutor. Su mente, repentinamente atónita, rehusaba funcionar.

–Lo siento mucho –farfulló después de un largo silencio–, pero no comprendo. ¿Qué dijo del Santo Oficio?

Manuel Pérez volvió a referir las increíbles noticias. Aun después de haberlo escuchado dos veces, se filtraba muy lentamente en la conciencia de Pedro. ¡Don Francisco de Vargas arrestado! ¡Uno de los ciudadanos más prominentes de la ciudad, un notable, conducido a la cárcel! La madre y la hermana, presas también, y el solar de la familia ocupado por extraños que se habían apoderado del mismo, acechando el momento de echar mano a Pedro. Con una sola ráfaga, el sólido mundo de su experiencia pareció haberse venido al suelo, hecho pedazos.

–Su señoría no tiene tiempo que perder –dijo Pérez, poniéndole la mano sobre el hombro–. Puede alejarse por la muralla del este. Acompáñeme. Dese prisa. Debo regresar al castillo.

Dócilmente, como en un éxtasis, Pedro dejó que lo llevase un corto trecho, hasta que al fin comprendió plenamente todo lo acontecido y se libró del apretón del otro.

–¡Por Dios, no!

–¿Qué sucede?

Pedro apretó los puños. Lo absurdo de la cuestión, su monstruosidad, impedía que las palabras acudiesen a sus labios.

–¿Por qué –inquirió–. ¿Qué razones alegaron? Debe haber una razón. ¿Qué dijeron, en nombre de Dios?

–¿Qué dijeron? –repitió Pérez–. El Santo Oficio no explica sus actos. ¡No, señor! No tiene por costumbre contestar preguntas: las hace. –Y con cierto toque humorístico, agregó–: ¿Me permitirá su señoría que le aconseje no demorar la cuestión? Vamos.

De Vargas se detuvo. La idea de su familia detrás de las rejas de una cárcel borraba toda otra consideración.

–Iré a ver al alcalde, al obispo. Son amigos de mi padre. No saben nada de eso. Se trata de un error, y reaccionarán de inmediato.

–No sea necio –interrumpió Pérez, olvidándose del rango–. ¿Qué error? El señor alcalde se hallaba en el castillo cuando trajeron a las damas junto con don Francisco. ¿Cree que el obispo podría levantar un dedo contra la voluntad de la Santa Causa? Señorito, vuelvo a repetirle que no tiene tiempo que perder.

Por la mente de Pedro cruzó la visita que la víspera hiciera a Pedro de Lora. ¿Podría esto tener alguna relación con el malhadado asunto de García, haciendo sospechosa a su familia, a la vez que a su persona?

–Iré a ver al mismo Padre Ignacio.

–¡Oh! –exclamó Pérez–. En ese caso no tendría por qué haberme tomado tanto trabajo.

La nota seca que traslucía la voz del hombre era de mucho significado. Pedro permanecía indeciso y bañado en sudor, apoyándose ya en un pie, ya en el otro. ¿A quién recurrir? Entre los amigos de su padre, ¿quién podría ponerse de su parte, si eran excluídas las altas autoridades de Jaén? ¿No sería mejor seguir el consejo de Pérez y refugiarse en las montañas hasta que pudiese ser utilizada la influencia y hasta que el sentimiento público obligase a dejar a los presos en libertad? Quizá fuese un arresto verdaderamente equivocado.

Aunque las paredes del castillo eran macizas, más insuperable aún resultaba el temor al inquisidor. Hombres mucho más importantes que don Francisco de Vargas habían desaparecido de este mundo agradable para ser sepultados en las tinieblas del Santo Oficio, y nadie se había aventurado a preguntar demasiado. Quizá el rey o algún grande...

¡El marqués de Carvajal!

En medio de la angustia de Pedro, este nombre surgió como una salvación. Ése era el único hombre de Jaén capaz de ayudarle.

No ocupaba ningún cargo oficial, pero su palabra tenía un peso inmenso. Se hallaba en lo más elevado de la escala social de la provincia, y su poder tendría que causar impresión inclusive al inquisidor. Mejor que todo, había servido al país con Francisco de Vargas, en Italia, y lo llamaba por su nombre de pila. En ese instante no se le ocurrió a Pedro que fuese el padre de Luisa. Era pura y simplemente el refugio natural en un caso semejante.

–¡El marqués de Carvajal! –exclamó Pedro en voz alta–. Iré a verlo.

–Sí. El marqués es un caballero muy importante –dijo Pérez, vacilando, después de haber pensado unos instantes–. Si su señoría tiene influencia con él, quizá le ayude. Eso está fuera de mi alcance. Es posible que la nobleza enfrente a la Santa Causa en favor de sus amigos. Su señoría lo sabrá mejor que yo. Tengo que retirarme muy aprisa, o de lo contrario me retorcerán el pescuezo. Señor caballero, quede con Dios.

–No olvidaré su bondad –dijo Pedro, asiéndolo de un brazo cuando el otro se hallaba a punto de retirarse.

–La recuerde o no –repuso–, lo hice por Catana.

–¿Le contará a mi padre cómo andan las cosas?

–Así lo haré. ¡Adiós!

Un gran vacío descendió sobre Pedro cuando el otro se hubo retirado. El individuo representaba, por lo menos, un poco de ayuda humana y de buena voluntad. De Vargas hallábase ahora en una soledad insoportable, como el nadador abandonado a sus propios medios en el mar.

Con el corazón oprimido, aunque dolorosamente alerta, rehizo sus pasos a través de las callejas intrincadas en dirección al palacio de Carvajal. La ciudad familiar habíase vuelto repentinamente enemiga y hostil. Los peatones que se abrían camino en la oscuridad hacia él y los mendigos estacionados al abrigo de un edificio eran posibles enemigos. El ruido de las ratas que huían por las alcantarillas, el correr de los perros vagabundos a lo largo de las callejuelas, los maullidos de los gatos al acecho, todo era suficiente para acelerar el pulso.

Al aproximarse al castillo, su primitiva confianza en el marqués se desvaneció. ¿Qué hacer, en caso de no conseguir audiencia a semejante hora? ¿Qué hacer si el noble se había retirado a descansar? Pedro no lo conocía sino formalmente, y no era ni lo suficientemen-

te importante o de edad para insistir en ser recibido. Y de resultarle imposible, ¿dónde ocultarse para pasar la noche?

El jardín del palacio le sugirió una posibilidad, en caso de que el portón se hallase aún abierto. A nadie se le ocurriría buscarlo allí. Y así le vino a su imaginación su felicidad reciente. Media hora antes lo tenía todo. Ahora no le quedaba nada.

Llegó finalmente a la plaza situada frente al palacio, donde todo respiraba calma. Los plátanos formaban una pantalla oscura contra la luz de la luna. Los dejó a un lado, contemplando el frente de piedra, grave e imponente, en el que se abrían numerosas ventanas con gruesos barrotes como los de la cárcel. No tenía nada en común con el jardín de atrás de los muros. Parecía destacarse de un lugar de encanto, como el mismo castillo. No se veía ninguna luz, y el edificio hallábase envuelto en un silencio grave y austero.

Presa de desesperación, Pedro reunió las fuerzas necesarias para aproximarse a la puerta principal y levantar el pesado anillo que servía de llamador. Su estruendo rasgó el silencio de la noche como el estampido de una escopeta. Le pareció que habría despertado al vecindario, escuchando el eco que retumbó en el interior del palacio. Sin embargo, no hubo el menor indicio de movimiento. Después de haber esperado largo rato, se armó de valor, utilizando el llamador por segunda vez.

Siguió el silencio y luego se abrió un postigo, sin que hubiese precedido la menor señal. A través de las rejas pudo observar parte de un rostro, a la vez que los ojos del que había acudido.

–¡Caramba! –siseó una voz–. ¿Quién es usted y qué desea? ¡Vaya una hora de venir. ¿No ha visto que las luces se encuentran apagadas?

–Es asunto de vida o muerte –contestó Pedro nerviosamente– Tengo que entrevistarme con su excelencia.

–¿De vida o muerte para quién?

–Para un amigo del marqués. Mi padre, Francisco de Vargas.

–¡Cáspita! –soltó el portero después de un gruñido de duda–. Su excelencia se ha retirado ya.

–De todos modos, infórmele. Si deja de hacerlo, no se lo agradecerá seguramente.

Lentamente, como en duda, el portero cerró el postigo y Pedro quedó en silencio a la luz de la luna. No sabía si el hombre pensaba transmitir el mensaje o no. Una lechuza lanzó un chillido. Un sereno cantó la hora en una calle cercana. Pedro sintió latirle violenta-

mente el corazón. El sereno llegaría pronto allí y desearía saber qué andaba buscando a tal hora frente a la puerta del marqués. No había duda que ya estaban impartidas las órdenes para su arresto y era perfectamente visible su persona, parada allí a la luz de la luna.

El canto monótono del sereno se aproximaba.

Luego fueron descorridos unos cerrojos inesperadamente y se abrió una sección de la puerta.

–Muy bien –gruñó la voz–. Entre usted. Pero le prevengo que a su excelencia no le agrada que se le moleste por cosas insignificantes.

La linterna sorda, colocada a la altura del hombro, mostraba los rasgos barbudos del sirviente a la vez que una larga extensión de los muros de piedra. Pedro siguió al hombre que le mostraba el camino a través de un vestíbulo cavernoso, y más tarde por una escalera de caracol que llegaba hasta el primer piso, donde se veía una serie interminable de pasillos.

–¿Es usted Pedro de Vargas, no? –dijo el portero siguiendo uno de ellos–. Don Francisco de Vargas tiene un solo hijo.

–Sí, Pedro de Vargas.

Tuvo la impresión de que una puerta de la izquierda se cerraba de golpe, como si hubiese estado ligeramente entreabierta. También le pareció advertir una exclamación sorda, pero se hallaba demasiado absorto en la proximidad de la entrevista para pensar dos veces en ello.

Su guía detúvose finalmente al extremo del pasillo, lo hizo atravesar una antecámara, no sin haber separado antes unas cortinas para permitir el paso, anunciando su nombre a la luz tenue de las velas de un amplio aposento. Luego se retiró.

Pasó un momento antes de que Pedro pudiese distinguir la cama con sus cuatro columnas. Era un lecho enorme y se hallaba frente a él y al otro extremo de la alcoba. Algunos muebles, ricamente tallados, un retrato indefinido, un gran armario de roble arrimado contra la pared, eran detalles apenas dignos de ser observados al compararlos con el busto del hombre recostado contra los almohadones dispuestos entre las cortinas del lecho, visibles a la luz de dos grandes hachones.

El marqués se había puesto una capa de brocado sobre los hombros, pero aún no había tenido tiempo de ajustarse el gorro de dormir, que le quedaba inclinado. Sus ojos, aún encandilados; la barba cuadrada y la nariz aguilina le prestaban un aire solemne, parecido

a la lechuza. Sin embargo, no permitió que lo inesperado endureciese la perfección de sus modales.

–Venga, venga, mi joven señor. –Y cuando Pedro permaneció inclinado fuera de la alcoba, pronunciando una larga sucesión de excusas, dijo–: No, haga el favor de acercarse. El hijo de Francisco de Vargas siempre tendrá el privilegio de acercarse al lecho. Aquí junto a mí. Ahora está mejor.

Pedro se introdujo en la alcoba, haciendo una profunda reverencia, y repitió nuevamente sus excusas. El marqués hizo un leve movimiento con la mano:

–No tiene por qué excusarse. No estaba dormido aún. Y aunque así hubiese sido, estoy al servicio de su padre en todo momento. No hay nadie a quien admire con más cariño. ¿Qué es lo que pasa? De lo que me ha dicho el sirviente, vine a deducir que no todo anda bien. Es un honor que usted se haya dirigido a mí, y lo será tres veces si tengo el privilegio de ayudarle. Hable con absoluta franqueza y créase en su casa.

Al oír estas palabras, los ojos de Pedro brillaron de alivio. Por primera vez durante el transcurso de los últimos sesenta minutos la vida le pareció normal. Volvía a ser hijo de un eminente caballero y no se sentía más falto de ayuda ni de amigos.

Como la cortesía lo demandaba, se inclinó arrodillándose, a pesar de las protestas del marqués.

–Vuesamerced es demasiado buena y generosa. ¡Dios recompense a vuestra excelencia! Cuando mi padre oiga de vuestra bondad, expresará su agradecimiento con palabras más adecuadas de lo que yo pueda hacerlo. He aquí lo que sucede.

Confidencialmente hizo un relato de lo acontecido, expresando su asombro. Por supuesto, como el marqués conocía a su padre, se percataría en seguida de que la detención no era sino una cosa estúpida y atrevida. Nadie era tan adicto a la Iglesia como Francisco de Vargas, hecho de todos conocido. Que lo acusasen de herejía no tenía el menor fundamento. Pero en ese instante no era su padre lo que más preocupaba a Pedro, sino doña María y su hermana. La conmoción podría resultar peligrosa para ellas, y en especial para Mercedes, siempre delicada de salud. No sabiendo qué hacer, imploraba el consejo del marqués.

La luz de los cirios transformaba en llama roja un costado de los cabellos de Pedro, y Carvajal, aficionado a la pintura, reflexionó que un maestro hubiese gustado de ese efecto para dibujar su retra-

to. Tiziano, por ejemplo, el maestro cuyas obras tuviera ocasión de admirar en Italia. Estéticamente interesado, parecía más lechuza que nunca, aunque también más benévolo. Cuando Pedro hubo dado fin a su ruego, esperaba que el noble y bien dispuesto corazón llamase a sus sirvientes para que lo vistiesen y se fuese en el acto a obtener la libertad de los presos o, al menos, hacer sentir su influencia.

Hubo una larga pausa, durante la cual Carvajal se acarició la barba.

–Mi querido joven –dijo finalmente–. Toda mi simpatía se vuelca hacia usted. Estoy más que conmovido por su desesperación. Me duele también que don Francisco y doña María se hallen temporalmente detenidos, junto con su encantadora hermana. Mañana tengo algunos negocios urgentes, pero pasado mañana será un verdadero placer realizar algunas averiguaciones. Entretanto, como bien lo ha expresado usted, probablemente se trate de un error que sin duda no tardará en ser rectificado.

Saboreó sus palabras como si fuesen miel.

–Si fuese un caso ante los Tribunales civiles –prosiguió el marqués–, podría serle más útil. Quizá me sería más fácil intervenir; pero el Santo Oficio es algo distinto. ¿Qué derecho tiene el lego a inmiscuirse en asuntos espirituales? Como buenos católicos, debemos tener completa confianza en nuestra madre la Iglesia y rendirle plena obediencia a cualquier sacrificio personal. El Santo Oficio se encarga de defender la pureza de la fe –continuó levantando un índice admonitorio–. Tiene que proteger al rebaño de la contaminación. Quizá hay algo en la vida de sus padres...

–Su excelencia los conoce. ¿Cree que puede haber algo?

–Hijo mío –intervino Carvajal, meneando la cabeza–, quizá le ciegue el natural afecto. Aseguro que puede haber algo en la vida de sus padres, en la suya y aun en la mía, de lo cual no estemos advertidos, pero que no escapa a los ojos perspicaces de Nuestra Santa Madre. En tal caso debemos ofrecer la espalda a la disciplina y rogar humildemente que se nos aplique el castigo para la salvación de nuestras almas. Sí, hijo mío, el castigo en sí significa la destrucción de nuestro cuerpo, carne vil.

Era evidente que el marqués de Carvajal disfrutaba con su propio sermón. Hablaba en tono solemne, entornando los ojos hacia el severo y valioso crucifijo colgado frente a él, al extremo de la cama.

–Así, podemos confiar plenamente este asunto al santo inquisidor de Jaén. El Padre Ignacio de Lora es hombre que santifica la ciudad con su presencia.

Un eco burlón resonó en la mente de Pedro: "Veinte, treinta, cuarenta, cincuenta", seguido del tintineo del oro, y sintió que la espina dorsal se le endurecía.

–Si no hay culpa –agregó el marqués–, sus padres serán puestos en libertad. Si hubo algún pecado, deberá usted regocijarse de la expiación. Es mejor, mucho mejor, el castigo temporal que el castigo eterno.

–¿Cuántos culpables se liberan? –inquirió Pedro–. ¿Sabe su excelencia de alguna persona, culpable o no...?

–Esa pregunta, hijo mío –interrumpió Carvajal con la mayor gentileza–, tiene más de rebelde que de impía: atañe a la integridad de la Iglesia. Si se examina estrechamente, no hay duda que todo el mundo es culpable de algún pecado y merece castigo. Los reverendos Padres son demasiado conscientes de su misión para no hacer todo lo posible en favor de las almas que llegan a llamar su atención. Pero a mi entender se ha visto cómo fue absuelto de toda culpa más de un acusado. Espero que así sea en el caso de sus padres.

La esperanza de Pedro se había vuelto pesada como plomo, pero lo sostenía un fermento de enojo. Se incorporó:

–¿Entonces su excelencia aconseja...?

–Tener fe en Dios, mi querido joven, y en la justicia del Santo Oficio. Haré todo lo que esté a mi alcance. Cuente con ello.

De Vargas se dominó, aunque su voz se hizo más dura.

–¿Qué sugiere vuecencia para esta noche? Nuestra casa está ocupada. Si me dirijo a una posada, me detendrán. No tengo dónde ir.

En vista de sus hermosas promesas, podría esperar que el marqués le ofreciese un refugio para la noche, y de ahí que tuviese que dominar sus arrebatos.

–¿No tiene dónde ir? –repitió Carvajal–. Hijo mío, hay un solo lugar donde pueda caminarse: el castillo. Vaya, entréguese en seguida y podrá probar su inocencia. Será un acto de piedad filial y de lealtad hacia su padre. Y con ello reconfortará a sus progenitores en esta hora de prueba.

Sin duda había algo de peso en el consejo. Entregarse, acaso fuera en realidad la mejor solución. Pero la alarma comenzó a cundir en la imaginación de Pedro. ¿Entregarse? ¿Privar a la familia de

la única voz que pudiera ponerse de su parte fuera de la prisión? Lo pensaría bien.

–Es una hora avanzada –dijo–. ¿No querría permitirme su excelencia que pasara la noche aquí? Por la mañana decidiría. –Al ver la cara de asombro del marqués, sus esperanzas se desvanecieron.

–Joven, lo que pide es imposible, pues con ello me expondría a los más graves cargos. Debe saber que todo el que dé asilo a una persona perseguida por la Inquisición es considerada igualmente culpable. Permítame que le haga notar que es poco delicado formular un pedido que, desde luego, me veo en el caso de rechazar.

¡Poco delicado! Una ola de calor invadió a De Vargas. Pensó en el pobre Manuel Pérez, que había arriesgado su pellejo por salvarlo, en tanto esta efigie embalsamada de grande, que se decía y juraba ser amigo de su padre, declinaba la menor ayuda. Pero se dominó.

–Entonces, excelencia, me retiraré. Vuecencia ha sido excesivamente generoso al escucharme.

Su ironía no pareció abrir brecha en la satisfacción que el marqués sentía de sí mismo.

–Sea usted bienvenido. Para mí ha sido un verdadero placer aconsejar al hijo de un viejo amigo. Si puedo serle útil en algo, tenga la bondad de avisarme. Y presente mis saludos cariñosos a don Francisco y a doña María. No hay duda que pronto se hallarán en libertad. Supongo que ahora irá usted al castillo. Es lo mejor.

Pedro guardó silencio, experimentando la seguridad de que un minuto más en presencia de esa voz melosa lo llevaría hasta el crimen. Con una leve inclinación y un ¡buenas noches! Dado con voz seca se retiró de la alcoba.

–Buenas noches, mi querido joven –contestó el marqués, levantando las cejas ante tal brusquedad–. Si quiere tener la bondad de esperar en la antecámara, un sirviente lo acompañará. Que usted lo pase bien.

Tiró lánguidamente de la borda del cordón que se hallaba a la cabecera de la cama y, sintiéndose con sueño, apagó las velas y se reclinó blandamente sobre la almohada, consciente de haber cumplido de manera gentil los deberes de su posición.

Pero Pedro no se detuvo en la antecámara. ¡Por Dios!, que hallaría solo el camino de la puerta. Y así, a grandes zancadas y excitado por el enojo, recorrió los oscuros corredores hasta el vestíbulo de entrada. Si hubiese estado menos absorto, habría oído el rumor de un paso ligero que corría delante, como si alguien hubiese estado

escuchando y abandonase la antecámara en el mismo instante que él entraba en ella. Casi al llegar al descanso del vestíbulo experimentó un sobresalto al sentir que una mano le tocaba en la manga.

–Señor de Vargas –murmuró una voz–; un momento, señor.

Aun en la oscuridad, reconoció a Luisa de Carvajal y el perfume de su vestido.

14

A través de una puerta lo condujo hacia un lugar poco iluminado. Era un aposento reducido, en el que no se veía sino una vela. Tratábase de una especie de antecámara, destinada sin duda a huéspedes y que por el momento no era utilizada.

–Cuando usted entró estaba dando las buenas noches a mi padre –murmuró–. Escuché cuando se dio a conocer al criado.

Aún lucía el vestido de brocado de plata y las joyas en su cabeza, Pero a Pedro le pareció que hacía mucho que la había visto en el jardín. Su resentimiento hacia el marqués se esfumó repentinamente.

–Yo deseaba saber qué lo había traído aquí. Escuché en la antecámara –prosiguió–. ¡Dios mío! ¡Es espantoso! ¿Qué hará usted ahora?

–Lo ignoro –contestó hoscamente.

Se oyeron pasos en el corredor. Luisa abrió la puerta y se quedó mirando con la mano puesta en la garganta, mientras el criado acudía al llamado de su amo. Un minuto después, el individuo regresó protestando a la galería, al ver que las luces del aposento del marqués se hallaban apagadas.

Luisa respiró profundamente después que todo eso hubo pasado. ¿Qué habría ocurrido si el criado llegase a ver el fulgor de la vela que tenía en la mano? El nuevo ser que había despertado en el jardín, ese nuevo pulso de independencia que latía, estaba en pugna con las costumbres de su educación de muñeca. ¿Qué ocurriría si alguien supiese que la joven se encontraba en ese aposento con Pedro de Vargas? El solo pensamiento la hacía horrorizarse.

–¿Se entregará usted? –interrogó.

–Es probable –contestó, encogiéndose de hombros.

Hubiera querido regresar al aposento del marqués, postrarse de rodillas a sus pies e implorar por Pedro. Su padre podía ayudarle, bien lo sabía. Pero que hubiese de saber que algo pasaba entre ellos

era una idea demasiado horrible para que la contemplase. Por otra parte, la prudencia le advertía que su empresa no iba a dar fruto, exponiéndola a la cólera del marqués y empeorando las cosas hasta para el mismo Pedro.

–Es probable –repitió–. Pero esperaré hasta mañana.

Por la imaginación de la muchacha pasó la idea de que podría esconderlo allí. Había varios aposentos en el palacio a donde nunca iba nadie. Pero al pensar en el riesgo se quedó muda. Mejor que no lo intentase.

–Rezaré por usted –dijo, retorciéndose las manos.

Pedro sentíase profundamente conmovido, no ocurriéndosele que ella pudiese ayudarlo de otra manera. El pensamiento de que figuraría en las oraciones de Luisa de Carvajal era suficiente. Más que suficiente: un honor inmenso, que le devolvía la confianza en sí mismo.

–Si usted lo hace, no necesito nada más.

Luisa creyó oír nuevamente las pisadas. Quizá el portero, que esperaba abajo, se hubiese vuelto sospechoso y subiera para investigar.

–Siempre lo tendré presente en mis oraciones. Ahora será necesario que se retire.

–Sí, desde luego.

Sus ojos verdes quemaban, y Luisa casi podía sentir el calor de su mirada puesta en ella... Seguramente eran pasos.

–Es necesario que se retire. ¡Apresúrese!

–Escuchad, amada mía. Estas dificultades pasarán. Lucharé hasta conseguirlo, y entonces volveré. Lo haré con la frente alta. Se lo prometo. Rece por mí.

–Siempre lo recordaré –susurró–. ¡Apresúrese! ¡Tengo miedo!

Abrió la puerta, desapareciendo en la oscuridad del corredor. Luisa oyó el ruido de sus tacones sobre la escalera y el sonido apagado de su espada. Cayó de rodillas ante la Virgen, rezando con los ojos ardientes llenos de lágrimas y una angustia en la garganta que la oprimía durante largo rato. En cierto modo no se sosegó; no tenía la convicción de que su plegaria hubiese ido más allá de las vigas de roble del techo. Era fácil orar.

"Después de todo –pensó–, no soy sino una niña. No correspondía hacer más. Y no estuvo bien lo que hice. ¡Virgen María! ¡Si alguien llegase a saber que estuve aquí hablando con él! ¡Salve, Regina, Reina del Cielo! ¡Protege a Pedro de Vargas!"

Nuevamente la plegaria cayó como un pedazo de plomo.

Luego que el portero le hubo abierto con maneras poco cordiales, Pedro encaminose hacia la sombra de los plátanos, quedando pensativo. La vista de Luisa fue como un tónico para él, calentándole la sangre y levantándole el espíritu. Pero no había producido ningún cambio en su espinosa posición. Aún le restaba hallar un refugio para la noche y decidir lo que haría luego. ¿Se entregaría, o seguiría el consejo de Manuel Pérez escapándose a la sierra? Lo que más deseaba en ese momento era tiempo para pensar.

Meditaba a la sombra de los plátanos, comparando los valores relativos de una u otra solución, como ocurre muchas veces en casos semejantes, cuando las circunstancias decidieron por él. Sin ningún aviso, un grupo de hombres portadores de faroles irrumpió en la plazoleta encaminándose directamente hacia los árboles. El relumbrar de sus corseletes y de sus cascos, el ruido de sus discusiones, denotaba una guardia o, por lo menos, un grupo de soldados armados. Pedro no tuvo tiempo sino de dar un paso atrás y quedarse aplastado cuanto le fue posible contra un árbol.

–Apuesto a que ese endemoniado individuo estuvo mintiendo –gruñó uno de la partida–. ¿A qué estaría De Vargas golpeando a la puerta de su excelencia a semejante hora? Es una pista falsa.

Pedro contuvo el aliento. La fuerza lo andaba buscando, sin duda. Algún transeúnte, sin que él lo hubiese advertido, lo habría reconocido mientras se hallaba parado frente a la puerta del palacio, denunciándolo.

–Es la única pista que tenemos –contestó otro–. Es posible que se haya enterado de algo, pensando que el marqués es la persona más adecuada para su salvación. Esperaremos un segundo antes de dirigirnos a aporrear la puerta nosotros mismos.

Se habían inmovilizado casi a un metro de Pedro, que permanecía pegado al tronco del árbol. Una voz hizo notar que sería mejor pensarlo dos veces antes de interrumpir el sueño del marqués. Pero otra, al parecer de un oficial, interrumpió secamente.

–¡Por Cristo! Se me ha encomendado traer al joven De Vargas desde dondequiera que se encuentre. El Santo Oficio no se preocupa de duques ni de marqueses. No causará ningún daño despertar al portero, ¿verdad? Me gustaría más discutir con él que con su reverencia.

Entonces no era la guardia, sino los hombres de De Lora. Los rayos de las linternas alumbraban ya en una dirección, ya en otra.

Pedro se preguntó si no sería mejor escapar ya. El instinto de la fuga borró todo pensamiento de rendición.

–¡Por Dios! ¿Quién va?

Lo mismo que un relámpago, Pedro se apartó del árbol, huyendo en dirección a la primera bocacalle.

–¡Al ladrón! ¡Detengan al ladrón! –rugieron algunas voces roncas, en tanto se lanzaban en su persecución.

Con la capa al brazo y la espada sujeta bien en alto, para dar más libertad a sus movimientos, Pedro se precipitó hacia adelante, sin otra preocupación por el momento que escapar a la persecución. Con cierta ventaja inicial y no vistiendo armadura, conservaba la delantera. Pero los perseguidores también corrían con bastante velocidad, y sus gritos resonaban más adelante.

–¡Al ladrón! ¡Detengan al ladrón!

Un grupo que salía de una posada le interceptó el camino, forzándolo a tomar por un pasaje y colocándolo casi al alcance de sus perseguidores. Sintió que los dedos de uno de ellos le rozaban el hombro, pero de un salto recobró la ventaja. Si Dios quisiera que ese callejón no careciese de salida... Pero no, se abría a la derecha.

–¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Golpeó a modo de catapulta contra dos pesadas figuras en la oscuridad, oyendo sus alaridos mezclados con el creciente griterío a su espalda. Después de haber doblado a la derecha y luego a la izquierda, hallóse en el camino que seguía a lo largo de la parte interior de las murallas de la ciudad. ¿Pero exactamente a dónde? ¡Ah, sí, no era muy lejos de la puerta del norte! Si doblaba en esa dirección, hacia el distrito más poblado de la ciudad, hallábase perdido, su única salvación era dirigirse hacia el este, después de una pendiente por demás empinada. Una parte de la pared de ese lado era más baja y él sabía cómo franquearla desde cuando, con otros muchachos de su edad, habíase dedicado a hurtar fruta en las huertas vecinas.

–¡Al ladrón!

Sus perseguidores lo habían divisado a la luz de la luna. Agitado, se volvió hacia la curva ascendente del camino.

Era una ruta difícil. Los bloques de piedra, caídos del murallón abandonado, interceptaban el camino, haciéndolo difícil y poniendo obstáculos en su carrera. La pendiente se hacía cada vez más pronunciada, siendo especialmente poco propicia para los que hubiesen cenado o bebido tarde o tuviesen más ánimo que agilidad. Sin volver la cabeza, Pedro pudo advertir que la persecución aflojaba.

Los gritos eran cada vez más distantes y más apagados los pasos. Pero, a pesar de todo, el ruido de un par de botas iba siempre al mismo paso que él, unas veces más cerca, otras más lejos, y el sonido metálico que lo acompañaba era señal de que el perseguidor llevaba puesta su coraza.

–¡Que Dios lo maldiga! –exclamó Pedro, cada vez con menos aliento.

El ruido de las pisadas perduraba, sosteniéndose paso a paso. ¡Si al menos no apareciese ninguno que lo molestara en dirección opuesta!

Por fin, y cuando sus pulmones estaban a punto de reventar, Pedro divisó los escalones ya en desuso que antaño sirvieran para defender las murallas. Las piernas le parecieron de manteca y su boca estaba seca como cuero. Era necesario ascender esos escalones. Una vez en lo alto del murallón...

Después de tropezar contra una piedra, fue a dar al suelo. En el acto se incorporó, revolviéndose, para hallarse con que su perseguidor lo empujaba con el hombro, tratando de ganar los escalones. Las espadas relucieron y chocaron al unísono. Preocupado por las escaleras situadas a pocos pies detrás, Pedro fue retrocediendo palmo a palmo, seguido del hombre. Al recobrar su lucidez mental reconoció en los rasgos del hombre a Sebastián Reyes, con quien estuviera de charla en la puerta del inquisidor.

–¡Eh, Reyes! ¡Por Dios, detente! Creí que éramos amigos.

–¡Al diablo con la amistad! –escupió el otro, tirándole una estocada–. Yo soy servidor del Santo Oficio. ¡Entréguese!

Pedro advirtió que acaso le quedase un minuto para distraer al individuo y ganar la pared antes de que llegase el resto de la jauría. Se retiró palmo a palmo, luchando por recobrar el aliento, tanteando el terreno detrás de él con los tacones, dando una estocada de vez en cuando a su adversario para mantenerlo a prudente distancia. La coraza y el casco del otro no dejaban al descubierto otra cosa que el rostro y los brazos. Se oyeron pasos que se aproximaban, acompañados de gritos.

Ambos adversarios se hallaban más o menos en el mismo estado de agotamiento, llevando Pedro de Vargas la ventaja en cuanto al arte de la esgrima. No por nada Francisco de Vargas lo había adiestrado en todas las formas de combate. Solo contra Sebastián Reyes, no habría tenido ningún problema, siendo asunto de caballero contra infante. Sin embargo, el problema residía en el tiempo.

–¡Socorro! –gritó el hombre, contestando un grito cercano.

¿Dónde se hallaban los peldaños? Pedro los buscaba desesperadamente con los talones. ¡Por fin!

Pero el tiempo había pasado. A la vuelta del camino aparecieron dos recias figuras, a las que siguieron otras tres. Pedro se alzó un paso, sin que cejase Reyes, que le tiró una cuchillada a las piernas. Uno de los recién llegados le tiró una puntada desde el lado abierto de los escalones, mientras Pedro sentíase vagamente consciente de que otro trataba de encaramarse a un nivel superior con el fin de cortarle la retirada.

Reuniendo todas sus energías en un último esfuerzo, De Vargas se tiró a fondo contra el casco de acero de Reyes, inmovilizándolo un instante y completando su obra con un violento puntapié que fue a dar precisamente en medio del pecho de su contrincante. Reyes cayó sentado. En el mismo instante, Pedro se volvió, escapando cuesta arriba y no deteniéndose sino para tirar a la cabeza del soldado que había conseguido un lugar para arrodillarse en los peldaños y que rodó por el suelo. Un segundo más tarde, Pedro alcanzaba lo alto del murallón, franqueándolo después de sujetarse la espada y dejándose colgar del otro lado cuanto le permitieron los brazos.

De esa parte existían algunos estribos donde apoyar los pies, y nuestro joven los conocía bien, pero no tenía tiempo de tantear en su busca. Soltándose, fue a caer desde una altura de doce pies, rodando algunas yardas después de haber perdido el equilibrio y siendo detenido por un matorral.

Los juramentos y las imprecaciones llovían desde lo alto de la red, y él hizo una pequeña pausa para gritarles: "¡Buenas noches!" antes de precipitarse cuesta abajo.

15

Tendida sobre la poca paja que constituía el modesto jergón de su pieza en el altillo, Catana Pérez encontraba difícil conciliar el sueño, cosa que en general no le llevaba más de un minuto. Quizá se lo impedía el intenso calor de la jornada, que se había concentrado debajo de los techos de la posada, lo mismo que la luz de la luna, que entraba a raudales por los postigos abiertos de la ventana. Pero cualquiera fuese la causa, cruzaba pesadamente por su imaginación la rutina de la noche: un recuerdo vago de rostros, juramentos, vinos, chistes, bromas pesadas y música de guitarras.

Tampoco era normal que experimentase cansancio. Había bailado bien, juntando casi medio peso en monedas. Su imagen mezclábase con otras, viéndose en conflicto con Hernán Soler, el que había bailado frente a ella, mostrando su rostro de halcón congestionado por el deseo, sin apartar de Catana sus ojos estrechos.

El conflicto entre ambos duraba ya algunos meses. Él la deseaba y la requería de amores. Era bastante buen mozo, vestía bien y su vida era holgada. Que él y sus hombres fuesen los amos de las montañas entre Jaén y Granada, interceptasen el paso a los viajeros en los bosques y en los desfiladeros y algún día fuesen a parar a la horca, no era cosa que le preocupase. Catana admiraba el coraje y el atrevimiento, pero aborrecía a Soler, no haciéndose ilusiones con respecto a su persona. Sabía que sus perfumes y sus terciopelos ocultaban al bruto.

Pero si todos los hombres eran unos brutos, reflexionó. Solamente que los había de varios tipos, algunos bajos y miserables, otros simplemente salvajes. Estos últimos le gustaban más. Todos los hombres eran unos brutos. Todos los que conocía... menos uno.

Pedro de Vargas, al que jamás podría conseguir. Y al que nunca sería capaz de olvidar.

Apretó los puños, atacada de un repentino paroxismo, apoyando luego su rostro en el brazo desnudo para contener sus ardientes lágrimas. Después de todo, había una sola cosa que deseaba en la vida, una sola cosa que le haría la vida digna de ser vivida. Y estaba tan lejos de ella como la luna fría. ¿Qué le importaba, entonces, todo lo demás... Soler u otro? ¡Dios del cielo! ¡Cómo le dolía el pecho, con ese calor y ese ansia de amor!

Abajo, en el patio de la posada, Lobo, el perro guardián, prorrumpió en furiosos ladridos, que cesaron de repente. Pero ella no los oyó. Siguió el hilo de sus pensamientos. Unos rostros con barbas, vino, mal aliento, ojos que brillaban de lubricidad, caricias groseras, y ella, en medio de todo eso, haciendo piruetas y adoptando posturas, mostrando su cuerpo a compás de la guitarra. Y lo mismo mañana, y al día siguiente, repitiéndolo incesantemente hasta que Dios quisiera. Después se juntaría con Soler, haciendo la misma cosa en otro lugar, hasta volverse vieja e indeseable. Empero, durante ese tiempo, parte de ella, la esencia de su persona, la parte visible e insospechada, escaparíase detrás de Pedro Vargas, a la grupa de Campeador.

Entonces trató de recordar las varias veces que lo había visto. Contemplando el cielo raso se calmó gradualmente, hasta que sus ojos se cerraron.

Más tarde, cuando un ruido de pasos se dejó oír detrás de su puerta, se halló bien despierta, alerta y sobre aviso. El ruido de pisada significaba una cosa en general. Pero la puerta se hallaba atrancada con una fuerte barra, y ella contaba con su cuchillo y no tenía miedo a ningún hombre.

Un golpe sordo resonó en la puerta, moviéndose el picaporte, haciendo que la muchacha se levantase y se pusiese la enagua.

–¿Quién va?

–Sancho López. Déjame entrar.

–¿Para qué? –inquirió, desconfiando de las maneras de los hombres.

–¡Demonios! –repuso el tabernero–. Abre, que tengo que decirte algo.

Tranquilizada, pero siempre alerta, Catana sacó la barra, dejando entrar a López. Una sola ojeada a su rostro sombrío y preocupado calmó sus temores. Permaneció un instante de pie, acariciándose la barbilla. Las púas que le cubrían el rostro produjeron un ruido singular al rascar los dedos contra ellas.

–Se trata del joven Pedro de Vargas –dijo. Luego repitió el nombre sigilosamente, agregando–: Está aquí. Le ha pasado algo con el Santo Oficio. Su familia está presa en el castillo y casi lo prendieron a él. Tuvo que luchar para abrirse paso y quiere irse a la sierra. Lo he dejado en el granero hasta mañana. Parece lleno de contusiones.

Catana se quedó mirando a López, sin separar de la garganta la mano cerrada en la cual tenía el pañuelo. A sus ojos negros asomó la emoción.

–Dale algo de vino y de comida –prosiguió el posadero–. No quiero verme envuelto en estas cosas. Hernán Soler es su mejor posibilidad. Que se vaya mañana por la mañana. Aquí no puede permanecer.

–¿Tiene miedo, Sancho López? –estalló ella repentinamente–. No creí que fuese un cobarde.

–¡Anda! –interrumpió en voz baja–. ¿Crees que soy tonto? Haría cuanto pudiera por el joven De Vargas, pero no quiero ir a la ruina o ser quemado por su culpa. No quiero nada con el Santo Oficio. Llévate algunos trapos, pues está perdiendo sangre.

–¿Está herido?

–Un rasguño en la pierna solamente. Nada grave. Y ahora, yo me lavo las manos por completo. Si quieres arriesgarte es cosa tuya.

–¿Arriesgarme? –exclamó, tomando la falda y poniéndosela por encima de la cabeza.

–Sí. Si te sorprenden ayudándolo, significará la garrucha para ti y quién sabe si la hoguera. Recuerda que yo no sé nada. Lo que hagas con tu galán no me interesa.

¡Galán! La palabra le hizo hervir la sangre; Pedro de Vargas ¡su galán! Se puso la blusa, abrochándosela apresuradamente, y se acomodó en lo alto de la cabeza su espesa cabellera negra.

–No te preocupes, Sancho López.

Con los pies desnudos, para no hacer ruido, salió sigilosamente, yendo a lo largo de los dormitorios que ocupaban los huéspedes en el primer piso de la posada y de los cuales salían fuertes ronquidos. La escalera rústica la condujo hasta el aposento principal, no llevándole más de un minuto recoger una canasta con algunas provisiones y salir al patio por una puerta trasera.

–¡Chitón, Lobito! –previno al perro, que la siguió hasta el establo.

Dentro del lugar, oscuro, maloliente y de atmósfera pesada a consecuencia de las bestias y de muchos mozos de mulas que en él dormían, prosiguió caminando cuidadosamente en dirección al granero secundario. Era un recinto separado del granero general por medio de un tabique y el único punto del establo capaz de ofrecerse como lugar de escondite. Escalando, golpeó suavemente la puerta a guisa de trampa que quedaba encima de su cabeza.

–Soy Catana –susurró.

Los tenues rayos de una linterna parecieron casi brillantes mientras ella se introducía después de haber sido levantada la trampa.

–¡Chist! –exclamó, poniéndose un dedo en los labios y esperando hasta que Pedro hubiese bajado la puerta.

Su corazón se estremeció al observar el cambio operado en él. Su cabello, por lo general ondulado, estaba ahora lleno de polvo y sudor, cayéndole en mechones sobre la frente; su semblante era de una blancura apagada y las mejillas hundidas; sus ojos eran de un tamaño mayor. Se había sacado una de las botas, dejando al descubierto un desgarrón en la pantorrilla, ocasionado por la cuchillada que hubo de alcanzarle en tanto trepaba los escalones. No era una herida grave, pero le había bañado en sangre el pie y el tobillo.

–¡Mi pobre señor! –exclamó en tono suave–. ¿Qué diablos le han hecho?

–No ha sido gran cosa. –Sus labios se aflojaron–. Al menos por el momento. ¡Por Dios! Eres un ángel, Catana. ¿Hay algo de vino en ese canasto?

Se arrellanó sobre un fardo de pasto mientras ella vertía vino en la copa y lo depositaba en la mesa, frente a él. Después, mientras Pedro refería lo acontecido, entre bocado y bocado, le lavó la herida con vino, envolviendo luego la pierna diestramente con una banda de lienzo limpio. Algunas exclamaciones de piedad puntuaban su relato. Cuando hubo terminado el vendaje, la muchacha se sentó, reteniéndole el pie en la falda, los brazos ceñidos al cuerpo, el rostro anguloso y atento y los labios apretados.

Creía tan natural atenderlo, sentarse allí compartiendo su mala fortuna, que a ninguno de los dos se le ocurrió pensar en lo singularmente poco natural que la cosa era.

–Y su jubón nuevo, ¡tan hermoso como era! –lamentó ella cuando le refirió la caída desde la pared–. ¡Qué calzas tan espléndidas! ¿Había estado en alguna fiesta?

Se había puesto su mejor traje para acudir a la cita con Luisa, y ahora observaba el estado lamentable en que había quedado.

–No, no precisamente en una fiesta –contestó evasivamente.

No se extendió sobre el tema, pero ella comprendió y los celos le revolvieron las entrañas, aunque sin que su semblante revelase nada, limitándose a clavar la mirada en el pasto del fondo.

–Eres un ángel –repitió–. Hallábame tan endemoniadamente solo en ese camino de Jaén... Has hecho otro hombre de mí, Catana. Te daré las gracias con un beso.

–Sea razonable, señor –dijo, encogiéndose de hombros–. No es momento oportuno para besos. ¿Quién cree que lo acusó ante el Santo Oficio? ¿De Silva?

La sugestión lo sorprendió. Ahora recordaba la querella en el pabellón, las amenazas veladas del hombre, el hecho de que fuese muy adicto a la Inquisición. Era posible, aunque poco probable. Ningún caballero se rebajaría a semejante acción. Hasta el cuchillo de un asesino profesional era más limpio. Permaneció en silencio, dando vueltas en su imaginación a la posibilidad de que así hubiese acontecido.

–¿Es hermosa ella? –inquirió Catana de repente.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir la chica por la cual se ha vestido esta noche.

Frunció el ceño, luego de haberla contemplado unos instantes, indignado de que alguien de la condición de Catana pudiera referirse a Luisa de Carvajal, la honorable dama de sus pensamientos, tildándola de chica.

–¡Cristo nuestro Señor! –exclamó Catana, que lo había comprendido. Luego se detuvo y bajó la vista, farfullando–: Lo siento mucho.

–Existe, en efecto, cierta dama encantadora y de ilustre linaje –repuso él, algo avergonzado pero firmemente– a la que tengo el privilegio de servir, Catana. Que esto te baste.

Se sintió justamente reprimida. En verdad, si él hubiese hablado de otra manera, habríase rebajado ante sus ojos. Desde el punto de vista de la época, hablaba y amaba como debía hacerlo un hidalgo. Si se tratase de un rival, moza como ella, habría pensado en el asesinato; pero el linaje de la dama hacía cambiar las cosas. Sabía que él estaba obligado a adorar alguna dama de alta alcurnia, de ese mundo por ella desconocido, y que se consideraría honrada con los restos de amor que quisiera acordarle. Y porque su humildad era sincera, ambos lo admitían como cosa natural.

–Tenemos que forjar planes –dijo la moza–, pues es necesario que usted huya antes del amanecer. ¿Conoce a Hernán Soler?

–¿El ladrón?

–Sí.

–Lo he visto por aquí.

–Tiene un escondite que yo conozco, a unas dos leguas de aquí, en dirección a Granada. Usted podría permanecer allí hasta que decidiese lo que piensa hacer. En el peor de los casos, podría conducirlo hasta la costa. Málaga o Valencia.

–¿Y por qué ha de hacerlo? No me conoce en absoluto.

–Pero a mí sí –sonrió forzadamente–. Es una de las personas que me tienen amistad.

–No tengo dinero. ¿Es hombre que preste algún servicio por nada?

–Eso es cosa mía. Déjelo de mi cuenta. Es un amigo íntimo.

En ese momento llegó a una decisión. No iba a contarle a Pedro, porque éste se negaría. Todo lo que importaba ahora era que escapara. Ella tenía derecho a disponer de sí misma, y Hernán Soler quedaría muy satisfecho del trato.

Pero los celos, aunque no los llamase así, se apoderaron a su vez de Pedro.

–¡Lindo amigo! –dijo secamente–. Muchas gracias. Yo puedo cuidarme solo. Conozco bien las sierras.

–Usted no podrá vivir en las montañas –dijo ella, meneando la cabeza– teniendo todas las puertas cerradas por el Santo Oficio. Hernán es su única posibilidad de salvación. Es buen cristiano, pero odia a la Inquisición porque su hermano murió en un auto de fe en Sevilla. –Se detuvo, mirando fijamente al tabique que se hallaba detrás de ellos–. ¿Ha oído algo?

–No.

No les fue posible vislumbrar el ojo que había estado pegado al agujero del tabique y que desapareció al instante. Tratábase de José, el chico de mulas de uno de los arrieros que paraba en la posada. Habiéndose despertado al paso de Catana, la curiosidad de sus pocos años le hizo subir al granero principal para recrear la vista en los misterios prohibidos. Pero la vista de Catana, sentada frente a Pedro de Vargas y con una linterna junto a cada uno no representaba ningún interés, y se retiró desilusionado.

En el establo no se oía otra cosa que los ruidos comunes ocasionados por el roce de los animales.

–Supongo que no fue nada –concluyó ella–. No, señor, yo lo guiaré hasta Hernán en la madrugada.

–¿Pero y el riesgo que corres? –preguntó él, vacilando.

–No tiene importancia.

Comparar a Catana con Luisa de Carvajal, en cualquier forma, habría sido un sacrilegio. Que una estuviese dispuesta a arriesgarlo todo por él y la otra nada, no se le pasó por la imaginación. De Luisa no era dado esperar osadía. Su valor era ético y trascendental. Vivía únicamente para ser adorada. Entre eso y el coraje práctico de Catana no existía relación. Pero por un momento Pedro de Vargas sintió que se apoderaba de él un calor algo más que la misma adoración, sorprendiéndose.

–¡Válgame Dios! Te amo –murmuró.

–Yo también lo amo –repuso Catana simplemente.

Se inclinó hacia la moza. El consentimiento reflejado en sus ojos, levantados hacia él, la suavidad de sus labios lo impulsó más hacia ella.

–Te quiero, Catana –repitió.

De repente, el patio se llenó del resonar de cascos, del golpear y retumbar de los aceros, de los aldabonazos en la puerta de la posada, acompañados de las órdenes de que franqueasen la entrada.

Y en el acto Catana estuvo en pie, alerta, vigilante. En un instante se apagó la linterna, la canasta fue escondida en el heno y ella permaneció pegada al suelo para escuchar a través de la trampa.

Abajo comenzó un estruendo infernal, oyéndose el relinchar de los animales que se despertaron, pisadas, gritos y juramentos. La puerta del establo fue empujada violentamente, permitiendo la salida a los mozos de mulas, que se amontonaron, boquiabiertos, para contemplar la invasión.

–Ocúltese en el heno –dijo–. Debo hacer acto de presencia. Nadie lo ha visto, y trataremos de darles una pista falsa.

Levantó la trampa, volviendo a cerrarla luego de haberse deslizado a través de ella. Un momento después se confundió con la multitud frente a la posada.

16

Había como una docena de hombres a caballo. Molesto, pero respetuoso, Sancho López compareció ante el capitán de la tropa, que lo contempló inquisitivo desde lo alto del caballo. Con el fin de prestarle apoyo, Catana se hizo presente, como si llegase de la posada, colocándose a su lado.

–No, señor capitán, no está aquí; no ha venido esta noche... Sí, conozco a Pedro Vargas. ¿Quién no lo conoce? Se ha detenido en el Rosario para tomar un refrigerio... No, no he visto que nadie haya pasado por el camino, señor capitán.

–Pues yo sí –interrumpió Catana–. Debe haber sido hace cosa de una hora, más o menos. Me despertó el perro, y al mirar por la ventana, observé un hombre en el camino. Estaba tan claro como si fuese de día. Iba cuesta arriba con paso bastante ligero, y pensé que no era la hora más apropiada para un viajero honesto.

La noticia hizo resonar los aceros de la tropa.

–¡Por Dios! –demandó Sebastián Reyes–. ¿Qué estamos esperando ya? Él es. Fue hace una hora, más o menos.

–Si era él –repuso el capitán–, ya estará en la sierra y allí permanecerá seguro hasta por la mañana.

–A menos que se haya detenido en la casa de Juan el leñador –indicó Catana como al descuido–, allá arriba, en La Guardia. Ha cazado en los montes y conoce a Juan.

El capitán se enderezó en la silla. No iba a dejar sin revisar un lugar porque se le indicase otro como probable. Por otra parte, sabía mucho acerca del Rosario.

A punto de ordenar que registrasen el lugar, vino a observar la mirada escéptica de José, el mozo de mulas, en cuyo semblante se dibujaba una sonrisita. ¡Cómo! Ningún otro sonreía.

–¡Eh, tú! –gritó–. ¡Ven aquí!

La seguridad del mocito despareció, mientras avanzaba en medio del silencio. El capitán sacó una moneda del bolso, lanzándola al aire y recogiéndola en el guantelete. Era una pieza de oro.

–Pareces un muchacho despierto –dijo–. ¿Qué sabes?

–Nada, señor capitán. No sé nada.

–Retuérzanle el brazo y refrésquenle la memoria –intimó el jefe–. Ese perro no estará riendo por nada.

Dos hombres desmontaron, dirigiéndose hacia José. Uno lo tomó del cuello y otro le asió la muñeca.

–¡Por el amor de Dios! –gritó el muchacho.

Lentamente se alzó su brazo por detrás de la espalda. ¿Qué importaba el brazo de un mozalbete salvo para él mismo? Si no hubiese sabido algo, no se habría sonreído fuera de tiempo.

El capitán se mantuvo erguido en la silla.

–¡Por el amor de Dios!... Suéltenme... Hablaré.

Se hallaba en una situación delicada. De no hablar, romperíanle el brazo. Si hablaba...

Catana lo taladraba con la mirada por detrás del hombro de uno de los soldados, mientras masticaba una paja.

–¿Hablarás? –interrogó el capitán.

El temor de un tormento inminente fue más grande que otro temor más remoto. Delatar a Pedro de Vargas era una cosa; podía salvarse. Pero traicionar a Catana significaría por lo menos el cuchillo de uno de sus muchos admiradores metido entre sus costillas antes de la salida del sol.

La muchacha no desvió su mirada mientras él se refería, tartamudeando, al caballero del granero secundario, que, después de haberse introducido en el establo, hubo de trepar la escalera. Ignoraba si sería De Vargas o no. Catana arqueó las cejas, cambiando el lugar de la paja entre los dientes.

–Diga, diga. Muy bien –observó.

Los soldados atravesaban el patio en tropel y José se aferró a la bota del capitán.

–¿El dinero, señor?

El otro le contestó con un latigazo que le hizo llevarse las manos a la cara. Al bajarlas, Catana se hallaba junto a él. Cualquier espectador hubiese creído que la moza bromeaba.

–¿El dinero, señor? –remedó. Luego, sacándose la paja de la boca, la pasó ligeramente a través de la garganta de José–: Será mejor que te busques un cura, Joseíto. Eso es lo que necesita más que el dinero, señor: un cura.

Pedro de Vargas fue conducido a la posada, siendo tratado con la cortesía correspondiente a un caballero, con la única excepción de tener ligaduras en las manos. El capitán bebió a su salud y Sebastián Reyes hizo el elogio de la manera cómo manejaba la espada. Al quejarse de lo apretadas que estaban las ligaduras, fueron aflojadas de modo que le permitiesen beber. Tratáronlo de la mejor manera posible, aunque sin apartarse del cumplimiento del deber. No hicieron la menor referencia sobre lo que le aguardaba en el castillo de Jaén, cosa que los buenos modales prohibían.

Pero Sancho López y el Rosario lo pasaron peor. Ahora que los hombres habían conseguido apoderarse de su prisionero, los soldados del Santo Oficio hicieron de las suyas, abusando del vino de López, devorando sus vituallas y arrasando la posada. También podrían habérselo llevado, acusándolo de dar albergue a un perseguido por hereje. Pero cuando Pedro declaró que se había introducido en el establo sin la ayuda del posadero, el asunto no fue llevado adelante. López podía considerarse feliz al haber escapado con tan poca cosa como un manteo en el patio de la posada, que tuvo lugar cuando los soldados empinaron el codo un poco más de la cuenta, sometiendo al mismo tratamiento a algunos de los huéspedes del lugar.

El interés principal de Pedro radicaba en Catana, y pronto advirtió que no tenía motivo para preocuparse. Ella estaba en su elemento, como el demonio en el fuego o el pez en el agua. Azuzó a unos contra otros, dejándolos en plena disputa; deslizóse de las rodillas de uno para ir a parar a los brazos de otro, pasando a enfurecerse con el siguiente, al extremo de hacerle contener el aliento. Rió, fanfarroneó y se hizo dueña de la voluntad de los presentes. Finalmente, fue hallada una guitarra, a cuyo son danzó, dejando entusias-

mado al auditorio. Que el Rosario, aunque destrozado, sobreviviese a la velada debióse en gran parte a la moza.

Sentado contra la pared, entre el capitán y Reyes, frente a una robusta mesa, Pedro medio dormitaba, aunque la realidad no dejaba de hacérsele presente poco a poco, como en sueños. Vio el hermoso jardín bañado por la luz de la luna; el rostro de lechuza del marqués de Carvajal; la pálida belleza de Luisa, alumbrada por las velas; el entrevero en los escalones; el camino entre olivares desde que salió de Jaén; Catana, sentada frente a él en el granero. Y ahora, mezclado con todo eso, el tumulto frente a él. Un sueño, o más bien una pesadilla, debido a las ligaduras que sujetaban sus muñecas y al temor al mañana.

Catana bailaba cerca de ellos, pero bien podría tratarse de un extraño para ella, a juzgar por el poco reconocimiento que los ojos de la joven denotaban. Sonreía únicamente como profesional. Él comprendió: la moza habría de simular que no lo conocía, con el fin de salvar el pellejo. Pero experimentaba una terrible soledad.

Las ventanas se volvieron repentinamente grises. Había llegado el nuevo día.

Un griterío ensordecedor saludó el final de la danza:

–*Bis, bis*. ¡Viva la Catana!

–¡Viva! –mugió Reyes–. ¡Salud, De Vargas!

–¡Salud! –musitó Pedro, que cayó sobre la mesa tan pronto como hubo tocado la copa.

–¡Por Dios! Se ha quedado dormido –exclamó una voz distante.

No supo nada más hasta varias horas más tarde, cuando despertó con los brazos entumedecidos y la cabeza a punto de estallar.

17

Era bien avanzada la mañana cuando los soldados abandonaron el lugar de la jarana de la noche anterior para prepararse y emprender la marcha hacia Jaén. Sucio y desgreñado, sentado a la grupa del caballo, con las piernas colgando, los brazos bien ceñidos al cuerpo y éste, a su vez, sujeto por una soga al del soldado que lo conducía, Pedro parecíase a sí mismo una especie de espantapájaros de una prisión. El sol caía ardiente desde un cielo despiadado, añadiendo el calor y la transpiración a las demás molestias.

–¡Oiga, moza! –gritó el jinete que conducía a Pedro, y que se hallaba frente a Catana–. Deme una copa de agua. Ese maldito vino de López me ha dejado la boca que apesta como una pocilga.

–Quizá ha encontrado su camino, señor –repuso la otra lentamente. Sin embargo, fue en busca de un cántaro y le sirvió lo que pedía.

Parecía más pálida que de costumbre a consecuencia de la noche pasada, y sus ojos negros aparentaban ser más grandes debido a lo pronunciado de los surcos que debajo de ellos se veían. Al posarlos en Pedro se redujeron un poco, perdiendo su aspecto impersonal y reflejando una apasionada fiereza. El caballero supo que trataban de llevarle algún mensaje.

–¿Puede darme de beber, Catana?

–A sus órdenes. –Llenó la copa y la sostuvo en alto de manera que pudiese beber, inclinándose un poco–. Valor y esperanza, señor –agregó en voz baja.

¡Valor y esperanza! Sus ojos se habían entornado algo, y a él le pareció que recalcaban la última palabra.

Dada la orden de marcha por el capitán, luego que hubo montado a caballo, la pequeña tropa se alejó del patio con el sonar de los cascos y de los aceros. Al mirar hacia atrás, Pedro observó a Catana, que los contemplaba con los brazos en jarras y que se introdujo en la posada, de repente, no sin antes haberle enviado un saludo con la mano.

El camino hasta Jaén era de una legua, cuesta abajo, y a consecuencia del fuerte calor, el capitán marchaba despacio. Por otra parte, más gente que de costumbre iba en dirección a la ciudad; era tanta, que a veces obstruía el camino. Los campesinos, con sus trajes domingueros, en burro o a pie, se atropellaban en su avance como si fuesen a asistir a alguna función de gala. Pero a la vez denotaban un ánimo singular, un humor febril que se traducía en forzada hilaridad y en frecuentes tragos de la botella, mostrando también de cuando en cuando, aunque fugazmente, cierta severidad en el semblante. Hacían paso dócilmente a los jinetes, mirando de soslayo al pendón del Santo Oficio, que marchaba a la cabeza del grupo.

Absorto en sus propios pensamientos, Pedro meditó vagamente al principio sobre la festividad del día. Pero una pulla de labios de un rústico montado en un borrico vino a traer la realidad a su memoria.

–Apresúrate, hereje, o llegarás tarde para decir ¡hasta la vista! a tus amigos.

Sí, había olvidado que era un gran día. Un par de docenas de hombres y mujeres iban a hacer confesión de sus pecados en la plaza y a recibir su penitencia. Para unos habría azotes y galera, azotes y prisión para otros, y la estaca para unos cuantos. Decíase que serían quemadas seis personas. El juicio de Dios y la purificación de la carne por medio del fuego serían los procedimientos empleados.

Se sintió desfallecer por un momento, nublándosele la vista, aunque se repuso irguiendo la cabeza. Había presenciado varios autos de fe con la indiferencia nacida de la familiaridad. Ahora había cambiado su punto de vista, no siendo necesaria gran astucia para comprender la razón.

El orgullo del hidalgo le ayudó a sostenerse, atravesando por entre las burlas de la multitud impasible como una estatua, desdeñando el presente y no pensando en el futuro.

Finalmente la sombra de las puertas de la ciudad ocultó el sol. La tropa recorría lentamente el trayecto por las empinadas calles, atestadas de público que iba en la misma dirección. Al acercarse a la plaza de Santa María, frente a la catedral, fue únicamente a consecuencia del peso de los caballos como los jinetes pudieron abrirse camino.

–¿Por qué no nos detenemos para ver el espectáculo? –preguntó uno de los soldados al capitán, una vez que se vieron rodeados por la multitud que los aplastaba en la plaza.

–No, hasta después que hayamos ido al castillo para dar parte –fue la respuesta–. Evitemos la muchedumbre.

Pero no era tan fácil. En la plaza no cabía un alfiler, salvo en el centro, donde los soldados mantuvieron un espacio suficientemente claro. Obligado a hacer alto, muy a pesar suyo, el capitán buscó un hueco por donde poder escurrirse, sin hallarlo.

Pedro contemplaba con nuevos ojos los efectos colocados en el centro de la plaza. Veía la plataforma, baja y familiar, erigida durante la noche y sobresaliendo un poco sobre los guijarros. A un costado sostenía dos bancos para asiento de los reos. Frente a ellos, asientos más elevados para el inquisidor y los magistrados de la ciudad. Y no muy lejos, ocultos por haces de leña, hallábanse los postes, gruesos y romos, con sus ennegrecidas cadenas.

–¡Demonio! –exclamó enojado el capitán, poniéndose de pie sobre los estribos. Pero en ese instante se oyó un ruido que puso fin a toda idea de avance.

Era un canto lejano que se aproximaba constantemente. Los piqueros del otro lado de la plaza hicieron lugar a fuerza de empujones, abriendo paso al extremo de la calle que descendía del castillo. A medida que el diapasón del canto se hizo más cercano, el silencio descendió sobre la multitud.

"Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam: et secundum multitudinem miserationum tuarum dele iniquitatem meam."

La procesión avanzaba hacia el centro de la plaza en medio del sofocante calor. Para un filósofo, de los muchos que Alemania producía por entonces, ello habría significado varias cosas: una fe, otrora redentora, pero ya fosilizada y retorcida por la corrupción humana hasta llegar a convertirse exactamente en lo contrario de cuanto su Fundador hubo de preconizar; una demostración del pasado, todavía poderoso y alerta para mantener entre riendas a la Nueva Era. Pero De Vargas no era filósofo. Había sido preparado para aceptar humilde y temerosamente la severidad de Dios, tal como la administraba la Iglesia. Él no tenía por qué dudar o protestar; el mismo instinto de protesta era en sí una prueba de pecado original. Para la gente de la plaza, contándose él entre ella, ésta debía ser en verdad una ocasión de regocijo, pues manifestaba el triunfo de Dios sobre las fuerzas del mal.

Y así, humilde y temeroso, contempló el pendón del Santo Oficio, izado al frente de la columna de miembros de las Órdenes monásticas, con sus hábitos, negros, grises y blancos. Detrás de éstos iba la abigarrada procesión y, cerrando la marcha, los penitentes. Éstos iban en una sola fila, flanqueada por los soldados de Cristo, como los familiares del Santo Oficio se llamaban a sí mismos. Cada penitente iba vestido con un sambenito, una túnica amarilla parecida a un camisón de dormir, que llevaba en la espalda y en el pecho cierto número de cruces rojas. También llevaba cada uno una soga al cuello y un cirio verde y sin encender.

La mayor parte de los penitentes eran de sangre judía o morisca y convictos de herejía. Algunos confesaron simplemente ser hechiceros y otros blasfemos.

Rengueando y tropezando se encaramaron sobre la plataforma, ocupando cada uno un lugar previamente designado y en el orden

en que hubieran de ser juzgados. La anciana, que seguía con sus lastimeros ayes, fue conducida a su lugar y enderezada entre dos judíos. Ahora que se habían acercado, Pedro reconoció algunos de los semblantes, asombrándose del cambio operado en ellos. No eran sino apenas sombra de lo que habían sido antes. Afortunadamente, también sus cerebros parecían adormecidos, y permanecían en sus asientos contemplando los acontecimientos con la mirada puesta en el vacío.

Otra columna de monjes, que entonaba sus monótonos cánticos, y un destacamento de soldados cerraba la marcha. Después salieron de la catedral los dignatarios de la Iglesia y las autoridades de la ciudad: el obispo, vestido de púrpura; los canónigos y el clero menor, con sus mejores roquetes, adornados con los más finos encajes, y sus birretes; el alcalde y el alguacil mayor, con sus insignias; los principales nobles de Jaén y los oficiales de la *Miliz Christi*. Sedas y terciopelos, oro y joyas. La multitud contemplaba boquiabierta. Los campesinos tenían tema de conversación para el resto del verano. Allí se hallaba el marqués de Carvajal, con la barbilla levantada, brillando la cruz de Santiago en su pecho y poseído de su importancia. También Diego de Silva (los labios de Pedro se contrajeron), con su traje de oro y negro, luciendo una pluma roja y rizada en el broche enjoyado del sombrero. Pedro conocía a todos los circunstantes, quienes apenas lo reconocerían, oculto tras los hombros de uno de los jinetes y con el rostro cubierto de tierra y de sudor. Por una fracción de segundo esperó ver a su padre entre ellos.

Sin embargo, no formaban nada más que una especie de fondo para la escena. En verdad parecíale que todo ese conjunto de la plaza, tanto los actores como los espectadores, no eran sino el escenario para la figura ataviada de blanco de Ignacio de Lora. Todas las miradas se hallaban fijas en el inquisidor mientras iba al frente de la brillante procesión hasta la plataforma, una vez en la cual ocupó su elevado sitial frente a los acusados. Con excepción de sus ojos negros y relucientes, parecía más que nunca una estatua de granito.

Sin necesidad, los pregoneros reclamaron silencio, pues todo el mundo se hallaba bien atento. Sobre un altar improvisado en la plataforma fue oficiada una misa, tras de lo cual De Lora se levantó para predicar el sermón de circunstancias.

Entretanto, Pedro experimentaba cada vez más pesadez en las piernas, que colgaban, y los brazos se le entumecían gradualmente.

El sudor le chorreaba por la frente. Trató de huír de aquella voz insistente, observando el frente gótico de la catedral y los tejados de las casas que circundaban la plaza.

Pero en cierto momento su mirada fue a posarse casualmente sobre un hombre que se hallaba junto a uno de los soldados de a pie, llamando su atención algo familiar. Lo reconoció de repente. Era García. Aunque ahora se hallaba disfrazado con el casco de acero y la coraza de un soldado, la nariz amplia, el cuello de toro y lo macizo del individuo era inconfundible.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿No era esa mañana que...? Pedro se irguió. ¿No iba a ser puesta en libertad esa mañana la madre de García? ¿Entonces cómo...?

Desde su puesto de observación, Pedro no veía sino el perfil de García, que no miraba a De Lora, teniendo la vista fija en el banco de los penitentes. Siguiéndola, Pedro divisó la anciana que había sido llevada hasta la plataforma y se sostenía de pie gracias al brazo de uno de los judíos. Una ojeada más intensa le hizo reconocer a Dorotea Romero, a pesar de sus facciones esqueléticas y de su escaso cabello blanco.

Más parecía una momia de color arcilla que una mujer. Su semblante habíase convertido en máscara, pero conservaba una sombría semejanza aún. Volviendo sus ojos a García, Pedro observó que éste no apartaba los ojos de la anciana, no efectuando otro movimiento que el necesario para humedecerse los labios de cuando en cuando con la punta de la lengua.

Bueno, sería la manera de proceder de De Lora. Después de todo, quizá no fuese dado esperar que la pusiese secretamente en libertad. Quizá cuando llegase el momento de juzgarla la declarase inocente.

Entretanto, olvidado de su propia situación, Pedro compartía el suspenso de García, preguntándose qué haría cuando libertasen a su madre. Su disfraz de soldado era un golpe maestro. Probablemente presentaríase como soldado franco de servicio, pagado por el hermano de la mujer para hacerse cargo de ella. Quedaba por ver si podría cumplir sus deseos.

Terminado el sermón, la multitud se movió con agitación contenida, incluso los náufragos humanos que ocupaban el banquillo de los acusados. Había llegado el momento supremo de la jornada.

Con voz estentórea, un eclesiástico del Tribunal de la Inquisición fue llamando a los penitentes, uno a uno, para informarlos de la penitencia impuesta. Fueron desfilando, y al fin se oyó:

"Dorotea Romero". Dos guardias hicieron avanzar a la anciana, obligándola a ponerse de rodillas. Fueron detallados sus crímenes. Era culpable de la muerte de varias personas a causa de sus hechicerías. Estaba arrepentida de sus incalificables pecados.

"En consecuencia, sería entregada al brazo secular y su cuerpo quemado inmediatamente."

Por un instante, Pedro miró incrédulo hacia la figura de granito del inquisidor. Pero las facciones de De Lora permanecían tan pétreas como antes. Entonces, como en medio de un relámpago devastador, Pedro comprendió. ¿No iba Dorotea Romero a ser sacada de la prisión el día convenido? Un casuísta como Pedro de Lora podría sostener que la promesa había sido cumplida. Y en ese mismo instante algo murió en Pedro de Vargas, algo que había dado a la vida una de las bellas ilusiones.

Pero no tuvo tiempo de advertir que ahora, Dorotea, agotada como estaba, estalló en una sarta de lamentaciones y de súplicas. ¡La hoguera no! Ella no deseaba que se le perdonase la vida, pero si el Tribunal quisiera concederle una muerte más rápida...

De Lora meneó la cabeza, y entonces Pedro vio que García daba un paso hacia adelante.

–Con permiso, camarada –dijo, empujando al pasar a uno de los soldados armados de picas.

Su uniforme y sus maneras descuidadas le abrieron paso. El soldado permaneció boquiabierto sin atreverse a contenerlo. García avanzó hasta la plataforma, con la mano puesta en su espada.

–¡Una gracia! –gritó al inquisidor–. ¡Una gracia!

–¿Cuál, hijo mío? –preguntó De Lora, alzando las cejas.

–Me llamo Juan Gómez, al servicio del capitán De Leyva, en Sevilla, y he obtenido licencia para venir a Jaén en esta oportunidad.

–¿Y bien?

–Esta mujer, Dorotea Romero, causó la muerte de mi esposa, Inés, por medio del veneno. Alguien que la odiaba le pagó para ello. Ruego se me conceda la gracia de conducirla yo mismo a la hoguera. Concédamela vuestra merced, para así poder cumplir el voto que he formulado.

El rumor, cada vez más intenso, de su voz llenaba la plaza. En medio del silencio, los asistentes alargaban el cuello para echarle un vistazo. El corazón de Pedro apenas latía.

Quizá De Lora sintió gran placer ante el inesperado testimonio de la justicia de su sentencia; acaso también, conocedor de la psicología de las masas, advirtiese que la muchedumbre se ponía de parte de este rudo soldado y marido desconsolado. Asintió.

–Así sea, Juan Gómez. Pero te aconsejo que desconfíes del odio. Limpia tu corazón de todo rencor. La mujer se ha arrepentido de sus pecados.

Apenas hubo terminado, cuando García se halló sobre la plataforma, tomando en sus brazos a la mujer que se desvanecía. Llevándola como si fuese una criatura, se llegó al nivel de la plaza, partiendo en dirección hacia una de las estacas medio oculta por los haces de leña. Un ayudante de verdugo se le aproximó.

–Hermano, te ruego quedes atrás. Eso es parte de mi voto.

Pedro no pudo ver lo que acontecía después, por hallarse García de espaldas. Pero los gritos de la mujer cesaron de repente. El soldado caminaba con más lentitud, los brazos de la víctima le rodeaban el cuello. Empero, los que se hallaban de frente, del otro lado de la plaza, vieron algo más.

–Fíjense –aulló una voz, medio en serio, medio en broma–. La bruja lo está hechizando. ¡Tened cuidado!

De Lora, alerta en seguida, dio una orden. Pero todo el mundo se hallaba tan absorto, que ni un hombre se movió.

García estaba ya junto a los haces de leña y se detuvo unos momentos. Luego, inclinándose un poco como para cambiar de lugar su carga, hizo algo con las manos. Cuando se enderezó, una forma inmóvil yacía sobre una carrada de leña que rodeaba el poste. Permaneció de pie, con la vista baja y con sus enormes dedos curvados que tomaron la forma de la garganta de la mujer.

De pronto alzó los puños, en dirección a la plataforma, rugiendo al mismo tiempo:

–¡Bastardos! Ahora ya está segura. Podéis apoderaros de ella.

Y aprovechando en lo posible el asombro de la multitud, García arremetió, como si fuese un toro furioso, contra la muralla humana, abriendo una brecha en la misma. Pedro observó un pequeño remolino, acompañado de voces y del arrastrar de pies; pero García se las había ingeniado para desaparecer.

18

Por aquel tiempo, la Inquisición no disponía, como lo hizo posteriormente, de sus propias cárceles, por lo que el castillo de Jaén era utilizado para albergar a los presos de todas clases. El mismo alojamiento era proporcionado a los herejes y a los criminales.

Fatigado por los acontecimientos de la noche anterior, y conmovido por las últimas escenas de horror de la plaza pública, le sirvio de alivio hallarse a solas en su celda, situada debajo de una de las torres de los ángulos. Sentado al borde de un camastro cubierto de paja humedecida, trató de apartar de su memoria el recuerdo de García y la ejecución de los infelices criminales con que se cerraba el auto de fe. Todo ello se le representaba ahora como cosa personal, tanto que le producía náuseas. Hasta que hubieron transcurrido varias horas no se desvaneció el recuerdo de los recientes hechos para dar paso, cada vez con más claridad, a la realidad de su presente y su futuro.

Una abertura en forma de embudo, inclinada y terminada en una rendija después de atravesar una pared de quince pies, daba paso a un rayo de luz intenso, que disminuía gradualmente a medida que el sol movíase hacia el oeste. La celda exhalaba ese olor húmedo de una cripta impregnada del hedor de los excrementos, hallándose llena de gusanos. Mientras Pedro emergía de su enfermiza apatía, la vista de una robusta rata que se alzaba inmóvil sobre sus patas traseras a la luz del sol hizo más que ninguna otra cosa para recordarle su situación. Pronto sería de noche y los animalitos saldrían de sus escondrijos para poblar las tinieblas. Y aun peor, quizá, sería el completo silencio del lugar, la ausencia de ruido alguno. A pesar de todo, constábale que la suya era una de las mejores celdas. Cuando menos, tenía parte de la luz del día, en tanto otras quedaban permanentemente a oscuras.

Pronto dieron comienzo a su tarea la incertidumbre y la imaginación. Se levantó, comenzando a recorrer en uno y otro sentido los doce pies de largo que medía el recinto. ¿Dónde estarían sus padres y su hermana? ¿Cuándo sería conducido ante el Tribunal y de qué se le acusaría? ¿Cómo arrostraría el interrogatorio? El temor a la tortura aumentó momentáneamente como una pesadilla de la que le era imposible desprenderse. Por otra parte, alguna vez había oído de personas encerradas que murieron de hambre o de sed. Quizá eso le sucedería...

Recorrió el calabozo innumerables veces.

El rayo de luz ya había cruzado el suelo y ahora daba contra la pared, iluminando una serie de garabatos por encima de la cama, que rezaban: *Miserere mei Domine*. Luego, como si tal fuese la despedida, desapareció, dejando el lugar en tinieblas.

Siguió recorriendo el calabozo, buscando cansarse para poder dormir. Había perdido la noción del tiempo y de las horas que llevaba allí. De cuando en cuando cruzaban por su imaginación escenas de los últimos días, tales como la persecución del criado de De Silva. ¡Qué poco había soñado entonces que pronto se hallaría en igual situación! Preguntábase si Coatl habría conseguido escapar, y estremeciose al recordar los escrúpulos que sintiera acerca de prestarle ayuda. ¡Esa era la mejor acción de su vida!... Su resentimiento ante la impertinencia de García al sugerir siquiera la posibilidad de que doña María pudiera llegar a encontrarse en situación similar a Dorotea Romero. Ahora no había de qué resentirse... Sus castillos en el aire al abandonar la noche anterior el palacio de Carvajal. Ese era su castillo, este agujero de vergüenza y de desesperación. ¿Sabría Luisa lo acontecido? ¿Rogaría aún por él? Todos los pensamientos se le ocurrían irónicos, amargos como la hiel. ¿Qué había acerca de ese verso italiano, del Dante, que su madre mencionaba... acerca de recordar la felicidad perdida?

De pronto, como si se tratase de un trueno, se estremeció al oír el ruido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió con estrépito y el hueco de la misma viose bloqueado por varios hombres, uno de ellos provisto de una linterna.

–¡Eh, tú! –dijo un individuo bajo, con los brazos desnudos y justillo de cuero–. ¿Estás listo para el primer interrogatorio? –Llevaba en las manos un aparato formado de cadenas, que sujetó con la mayor destreza a las muñecas de Pedro a la vez que a sus tobillos. Eran pesadas y se entrecruzaban de manera que trabasen todo movimiento–. ¿Te sientes comunicativo? ¿Quieres desembuchar tus pecados? ¡Adelante!

Tomando de un brazo a Pedro, medio lo condujo, medio lo empujó delante de los otros en el corredor. Todos los hombres eran bajos y rechonchos; y con sus brazos peludos y al descubierto, su cara aplastada y el cabello cortado al rape, perecían carniceros o lo que en realidad eran: ayudantes de verdugo.

Flanqueado por dos de ellos, Pedro avanzó a duras penas por el corredor, que multiplicaba el ruido de los pasos y de las cadenas.

Descendieron al otro piso, bajando aproximadamente unos veinte escalones para continuar por otro corredor, alumbrados por la luz del farol que iluminaba puertas y paredes, que chorreaban humedad. Más que como un corredor era como un túnel, estrecho, largo, bajo y sofocante. Al extremo del mismo llegaron hasta una puerta que se abría a la derecha.

–El preso, Pedro de Vargas –anunció un soldado que allí estaba de guardia, apartándose a un lado.

–Háganlo entrar –ordenó una voz desde el interior– y que me dejen a solas con él.

Pedro se halló en un aposento grande y abovedado, sombríamente alumbrado por hachones. Probablemente se trataba de algún antiguo cuerpo de guardia, pues a un extremo se veía una chimenea y armeros vacíos a lo largo de las paredes. En el otro extremo, frente a la chimenea, veíase un dosel, tal como el usado por los jueces, y tres sillas vacías. Y frente a éstas una mesita escritorio. Pero estos detalles apenas causaban impresión. Al cerrarse la puerta después de haberse retirado el centinela, lo que atrajo la atención de Pedro fue la figura de Pedro de Lora, imponente y con su hábito blanco, que se hallaba en el centro del recinto.

La frente ancha del clérigo se ofreció a la luz, que también bañaba su crucifijo de plata. La cabeza veíase algo inclinada hacia adelante, ocultándose los ojos bajo las espesas cejas. Después de dar media vuelta, se dirigió para tomar asiento sobre una silla de alto respaldo apoyada contra la pared.

–Acércate, hijo mío. Quiero decirte unas palabras –ordenó.

Pero cuando Pedro, que seguía encadenado, se detuvo frente a él, De Lora permaneció en silencio unos instantes, midiéndolo de pies a cabeza, en tanto que se acariciaba la barba con los dedos.

–Pareces muy cambiado desde la otra noche –dijo, finalmente–. En aquella oportunidad se me ocurrió que pronto nos volveríamos a encontrar. En tu caso no se han hecho esperar mucho las consecuencias del pecado.

Hasta ese momento había predominado el temor en la mente de Pedro, que en adelante sintiose invadido de un creciente odio, resultándole fácil sostener la mirada penetrante de De Lora.

–¿Pecado? –repitió, advirtiendo el inquisidor que la voz del joven era más gruesa que la última vez–. Espero que su reverencia no querrá decir que he recibido una coima o quebrantado una promesa. Ello sería injusto.

–Ten cuidado, hijo mío. –Los ojos del fraile no se inmutaron–. La imprudencia obliga a algunos actos físicos que pueden no ser de tu agrado. No he aceptado ninguna coima ni he quebrantado ninguna promesa, como tu descaro implica. La Iglesia aceptó una multa y puso en libertad a un preso: Dorotea Romero. Lo que tu diabólica imaginación conciba no tiene importancia.

Pedro iba a responder, pero un gesto imperioso de la mano lo detuvo.

–Señorito mío, no estamos aquí para discutir tus opiniones, sino algo de más valor a mi modo de entender: tu alma. Esa alma que se halla ennegrecida por el pecado y destinada al infierno. Seré sincero: lo único que puede salvarla, lo mismo que a tu cuerpo, es el arrepentimiento humilde y de corazón.

–¿Arrepentimiento de qué?

–¡La obstinación del pecado! –exclamó De Lora, moviendo la cabeza–. Bueno, pronto sabrás, cuando comparezcas ante el Santo Tribunal, de qué pecados se te acusa. Si esperas que haya perdón, tanto para ti como para tu familia, lo mismo para el alma que para el cuerpo, aún queda un medio de obtenerlo. Válete de él; pruébame que tu arrepentimiento es sincero, y haré cuanto pueda en tu favor. De lo contrario... –El inquisidor se encogió ligeramente de hombros y abrió las manos.

–¿Un medio? –inquirió Pedro.

–Sí. Dime el paradero del llamado Juan Romero, el asesino y matricida que se hace pasar por García.

–No tengo idea de su paradero.

–¡Escucha! –aconsejó De Lora, asiéndose de los brazos del sillón–. Eres culpable de dos crímenes capitales: primero, no diste parte a la justicia de un criminal escapado; segundo, te pusiste de acuerdo con él para perjudicar a la Santa Inquisición. Por última vez te pregunto dónde podemos hallarlo.

El aire húmedo del recinto parecía volverse cada vez más pesado. Los labios del monje semejaban una línea recta en medio de la barba, y sus ojos taladraban los de Pedro. Al cabo de un instante se puso de pie, dirigiéndose hacia la pequeña mesa escritorio.

–El señor Pedro de Vargas no desea hablar –murmuró con suavidad no desprovista de cólera–. Hace burla del Santo Oficio. De tal padre, tal hijo.

–Mi padre no sabe nada de ello.

–Haremos lo posible por averiguarlo –dijo De Lora, ordenando al soldado que acudió al llamado de la campanilla de plata colocada sobre la mesita–. Informa a los reverendos Padres que es la hora del Tribunal. Que traigan a los otros De Vargas que se encuentran presos. –Y a Pedro–: No es costumbre carear a los acusados, pero en este caso entiendo que averiguaremos mucho más por medio de una confesión común.

Se reconcentró a sí mismo. Bastante duro e inhumano anteriormente, pareció perder ahora su personalidad, convirtiéndose en un símbolo del poder encarnado. Una vez que llegaron los otros dos monjes, ascendió con ellos al estrado, yendo a ocupar su lugar en el centro. Un inferior de la misma Orden se hallaba ante la mesita escritorio, arreglando diversos papeles. Un centinela condujo a Pedro al lugar adecuado frente al dosel.

Finalmente oyose ruido desde el exterior, abriéndose la puerta luego de haberse detenido los pasos y sentirse el ruido de las cadenas.

–Detenidos ante el Santo Tribunal: Francisco, María y Mercedes de Vargas –anunció el centinela.

19

Aunque se mantuvo erguido como de costumbre, a pesar de las cadenas, Francisco de Vargas no podía ocultar los efectos de las veinticuatro horas transcurridas en la prisión. Su semblante era gris y el cabello, ralo y sin rizar, le caía lacio sobre el cuello. Doña María también se hallaba visiblemente afectada, y su persona, generalmente arreglada, lucía ahora singularmente encogida y marchita. Al ver a Pedro, sus ojos se humedecieron, aunque trató de sonreír. En cuanto a Mercedes, poco más que una niña, era de esperar que el terror del lugar le agotase los nervios. Se mantuvo apretada junto a su madre, retorciéndose las manos. Felizmente, ni ella ni doña María habían sido encadenadas.

Don Francisco saludó a su hijo en un tono que demostraba poco respeto por el Tribunal. Y Pedro, tomando ánimos a la vista de ello, correspondió en forma adecuada.

–¡Silencio! –rugió el centinela.

–¡Perro! ¡Tú eres quien debe callar! –contestó el caballero–. ¡No recibiré órdenes de ningún maldito carcelero!

El individuo retrocedió al ver el ímpetu del señor De Vargas.

–Éste no es lugar para disputas, Francisco de Vargas –terció De Lora–. Una mordaza puede enseñarle lo que no ha aprendido con la edad.

–Más le valdría –repuso don Francisco, que recibió la fría mirada del inquisidor con el labio inferior caído–, Ignacio de Lora, explicar el ultraje cometido contra mi familia y mi persona, en vez de desperdiciar sus amenazas con un hombre que no las teme. Exijo que se me diga con qué derecho ha puesto su mano sobre mí y sobre los míos.

–¿Usted exige? –Fue lo único que se le ocurrió a De Lora, no acostumbrado a semejante atrevimiento.

Pero el cambio de palabras dio la seguridad a Pedro de que su familia no había sido interrogada aún; ésta era su primera comparecencia ante el Tribunal. Probablemente De Lora habría esperado hasta la captura de Pedro.

Sin ninguna demora fue leída la acusación por el clérigo que se hallaba ante la mesita escritorio, con lo que desapareció la necesidad de imponer silencio. Con estupefacción cada vez mayor, Francisco de Vargas escuchaba al lector, mientras la indignación coloreaba sus mejillas.

La acusación, elaborada y en términos enérgicos, tardó en ser leída. En resumen, culpaba a la bisabuela de Francisco de Vargas de tener sangre morisca, a pesar de pertenecer a la familia de los duques de Medina Sidonia. Su pretensión a la "limpieza", a su ascendencia cristiana pura era, en consecuencia, inválida. Esa tacha se manifestaba en él por medio de su actitud irreligiosa, demostrada especialmente en observaciones burlonas sobre la Santa Inquisición y sus miembros. Inclusive había amenazado a uno de ellos con recurrir a la violencia física por defender de sus ataques a la Santa Causa. Había inculcado esos blasfemos principios en su familia, al extremo que su esposa y su hija se horrorizaban ante la sola mención del Santo Oficio; en tanto que su hijo, influenciado por tales preceptos, había sido culpable de grandes crímenes.

Poe ejemplo: el día 29 de junio, festividad de San Pedro, había cargado contra dos familiares del Santo Oficio en las montañas, rompiéndole el brazo a uno y azotando cruelmente con su látigo al otro, sin dejar de proferir al mismo tiempo obscenidades increíbles contra la Inquisición. El mismo día, en presencia de su padre, había hecho alarde de una actitud insolente y amenazadora contra otro familiar, altamente respetado, del citado y reverendo organismo. Esa

noche había conspirado con un criminal escapado, uno que se hacía llamar Juan Romero, o Juan García, para contravenir los fines de la justicia eclesiástica. Se había hecho presente, con la mayor sutileza, en la casa del muy reverendo Padre Ignacio de Lora, inquisidor de Jaén, siendo frustrado su propósito de momento por la vigilancia de dicho reverendo Padre, aunque posteriormente produjo resultados desastrosos. A la noche siguiente, al buscársele para responder a tales enormidades, había hecho frente a la autoridad, infligiendo daños corporales a varios soldados del Santo Oficio.

"Bravo, Pedrito", pensó su padre a esta altura.

Finalmente, la acusación manifestaba que la familia De Vargas, lejos de mostrar paciencia y la humildad del arrepentimiento, había sustanciado las acusaciones contra sus miembros con palabras y conducta que no reflejaban otra cosa que altivez.

De todos cuyos cargos daban fe testigos dignos de crédito.

Una vez terminada la lectura, el relator se sentó, disponiéndose a tomar debida nota.

Durante unos instantes el silencio resultó pesado bajo la bóveda del recinto, pareciendo tanto asombro como precursor de sentencia. La fuerza de la acusación radicaba en algunos indicios verdaderos e inocentes. Y con ellos, desfigurados y exagerados, había sido tejida toda una red. Pero sus mallas eran tan estrechas que resultaba imposible todo escape.

–Francisco, Pedro, María y Mercedes de Vargas –habló finalmente Ignacio de Lora–. Ya habéis escuchado la acusación. No queda sino arrepentirse de sus pecados y buscar la reconciliación con la Iglesia. El Tribunal espera las confesiones.

Se hizo nuevamente silencio.

–¿Confesáis vuestros pecados? –inquirió De Lora–. Que hable primero Francisco de Vargas, raíz y origen de ellos.

–Sí, confieso –dijo el caballero, adelantándose un paso, ante el asombro de Pedro.

Pero la sorpresa no se limitó al hijo, pues hasta las facciones estudiadas del inquisidor se aguzaron.

–¿Bien? –inquirió después de una pausa.

–Me confieso de un crimen no mencionado en la acusación. Ignoro el motivo de que no haya sido incluído; quizá sea por la sencilla razón de que es cierto y, en consecuencia, no encajaría bien entre los otros. Me confieso del sucio pecado de haberme negado a vender mi propiedad fuera de las murallas a Diego de Silva.

Estas palabras surtieron un marcado efecto en el Tribunal. Unos gruñidos ahogados escaparon de los dos colegas de De Lora, y los ojos del inquisidor se entornaron. La pluma del escribiente rasgaba bien aprisa, y cuando se detuvo habló De Lora.

–¿Anotó eso, Padre Ambrosio?

–Sí, su reverencia.

–No es preciso hacer notar que las manifestaciones del acusado se avienen con los cargos formulados contra él. En nuestra opinión, acusa al Santo Oficio de corrupción y de venalidad.

–Todavía no –repuso don Francisco–. Eso está por ver. Por el momento, acuso a vuestro altamente respetable amigo, Diego de Silva, de falso testimonio y de perjuro debido a razones de cobardía y de codicia. Que conteste si puede.

–Contestará. –De Lora miró por sobre las cabezas de los prisioneros a alguien que estaba detrás–. Ya lo ha oído, Diego de Silva. ¿Quiere dignarse repetir sus manifestaciones?

Con el rabillo del ojo, Pedro advirtió una figura que avanzaba con paso tan suave que apenas se oía. Después de detenerse a un costado del estrado, e inclinarse con una reverencia ante el mismo, De Silva observó fijamente a los detenidos. Como siempre, iba vestido a la última moda, con calzas negras y jubón, con adornos de plata en el cuerpo y en las mangas. Descubierto, como prueba de respeto hacia el Tribunal, llevaba en la mano el sombrero de terciopelo con su roja pluma. Aunque exteriormente grave y sereno, sus ojos parecían inquietos.

–¡Por Dios! –exclamó don Francisco con voz clara–. Ya me parecía que este lugar apestaba.

Pero el recién llegado no prestó más atención que el leve alzamiento de una ceja. Habló a De Lora.

–Su reverencia posee mi testimonio jurado. Ya figura en la acusación. ¿Qué necesidad hay entonces de repetirlo? En cuanto a mis razones, confío que su reverencia me creerá si digo que mi devoción a la fe me indujo a presentar la acusación. Está muy por debajo de la dignidad de un cristiano, miembro de la *Miliz Christi*, defenderse de la calumnia de un anciano desesperado.

–Es cierto –asintió el inquisidor.

–Observa, Pedro, hijo mío –dijo don Francisco luego de una corta risita– qué conveniente es la dignidad de un cristiano. ¡Por Dios! Pero no necesita preocuparse. Un caballero no ensucia su espada... os ruego me perdonéis, doña María... con un montón de estiércol.

Posiblemente el semblante de De Silva se volviese algo más pálido. Por lo demás, no pareció conmoverse. Fue De Lora quien actuó, dando órdenes a los robustos hombres que condujeron a Pedro desde la celda y que aguardaban con sus compañeros a un lado del recinto.

Con la habilidad nacida de la costumbre se hicieron los preparativos. De una polea colgada en lo alto del techo abovedado se bajó una soga; dos bancos de madera fueron sacados de entre las sombras del lugar, ajustándosele un rodillo accionado por dos palancas. Los ayudantes ataron después un extremo de la soga al rodillo, dándole algunas vueltas para asegurarse de su funcionamiento. Pesos variados, con argollas en los extremos se colocaron a mano. Era la famosa garrucha y todos los presentes estaban familiarizados con su empleo. Un banco, a modo de escalera horizontal, cuerdas anudadas de varios tamaños, tiras de lienzo, un aguamanil y diversos instrumentos de hierro se veían a un costado.

Ello era parte del *territio*, o prefacio de la tortura, consistente en un despliegue ante la víctima de los implementos que se utilizarían contra ella, a falta de confesión. Necesitábanse robustos nervios para contemplarlos, y doña María desvió su mirada posándola fijamente sobre el crucifijo enclavado por encima del Tribunal, mientras sus labios se movían en silencio. Mercedes permanecía colgada del brazo de su madre, y Pedro recordaba los espantapájaros de la procesión de aquella mañana y sus rostros inexpresivos. Eran producto de esos utensilios. Se esforzó para que no decayese su ánimo, tratando de no pensar. La humedad del lugar se adhería como si fuera sudor y todo parecía mortalmente quieto a pesar de los movimientos de los hombres que preparaban sus aparatos.

–¡Qué material más anticuado, Pedrito! –rió nuevamente don Francisco–. Los infieles son más ingeniosos. Cuando estuve prisionero del sultán de Turquía, en Trípoli, vi una serie de tormentos al lado de los cuales estos mamarrachos resultan un pasatiempo. El Santo Oficio debería viajar en busca de ideas.

De Lora clavó su mirada en el caballero burlón; pero en ese instante De Silva avanzó frente al Tribunal, hablando algo en voz baja. El inquisidor habíase inclinado hacia adelante para escuchar.

–Tiene mucha razón –asintió De Lora–. Francisco de Vargas. Por última vez le pregunto si es su voluntad confesar los pecados de que se le acusa.

–¡Bah! –repuso el viejo soldado–. ¿Confesar que soy moro? Mi sangre es tan buena como la del rey y tres veces mejor que la vuestra..., cosa archisabida de todo caballero en ambas Castillas. ¿Confesar que he renegado de mi fe? Es una mentira que apesta. ¿Confesar que he enseñado irreverencia a mi familia? Tonterías. Mi hijo hablará por sí mismo; pero en cuanto a aquello de lo que lo acusáis, no lo creo. ¡Hágase un alto! Exijo que se ponga en libertad a mi familia y a mi persona.

–Comenzar por la muchacha –fue la respuesta de De Lora, indicando a Mercedes de Vargas–. Podremos saber antes la verdad de los labios de los jóvenes. Traedla más cerca de nosotros.

Vencida por el terror, Mercedes se dejó caer abrazada a las rodillas de su madre. Mientras uno de los ayudantes sujetaba el brazo de doña María, el otro condujo a la muchacha, medio arrastrándola, hasta un lugar justamente frente al inquisidor, donde la sostuvo de pie, sujetándola de la cintura con un brazo.

Entretanto, la madre no dejaba de gritar:

–¡No, tened piedad! Ella es muy joven e inocente, ¿no lo ve? ¡Llevadme a mí!

–Cálmate, esposa mía –dijo don Francisco. Pero su rostro era igual que el de la imagen del crucifijo.

Pedro hizo un esfuerzo para avanzar, sacudiéndose los grillos. Pero uno de los soldados lo contuvo. Diego de Silva sonrió.

Después se hizo el silencio.

Pedro observó el suelo, levantando los ojos del mismo a consecuencia de los murmullos de los asistentes.

–Se ha desmayado.

–Ya sabéis vuestra obligación. Hay que hacerla revivir.

El frágil cuerpo fue bajado y los hombres de brazos desnudos se arremolinaron a su alrededor, haciendo que alguien exclamase:

–¡Malditos perros, háganle aire! ¡Traigan el agua...!

Finalmente, el jefe del grupo se enfrentó con De Lora, con la ansiedad pintada en su rostro desencajado.

–Su reverencia... Su reverencia, está muerta. Ha muerto de terror.

–¿Muerta? –inquirió De Lora extrañado.

–Es la primera vez que eso sucede –musitó el hombre.

–Ahora Dios ha demostrado su piedad –dijo don Francisco con una voz que al principio costó trabajo reconocer a Pedro–, y Su maldición ha caído sobre vuestras cabezas.

–Retiren el cadáver –estalló el inquisidor– y continuaremos con los otros. Pero los jueces que se hallaban a ambos lados se inclinaron para decirle algo en voz baja. Finalmente dijo–: Probablemente no conseguiríamos nada en este momento. Que os vuelvan a las celdas. Mañana por la noche os tocará el turno, María de Vargas, y luego a vuestro hijo. Pensadlo bien hasta mañana por la noche. –Luego miró a don Francisco–. Usted será el último.

–No. Será usted –contestó el otro, con voz que parecía remota.

–¡Por Dios! –dijo De Silva, arrastrando lentamente las palabras–. Sin ser moros, me parece que nos hemos metido en el pellejo del noble caballero.

20

"Pensadlo bien". No quedaba otra cosa que hacer en la oscuridad debajo de la torre de la esquina. Era una manera de pensar agitada en la que se mezclaban los recuerdos con la anticipación. Y en ese horno que constituía el pensar consumíase la juventud de Pedro de Vargas. De entre sus cenizas no salió sino el metal del odio y una especie de fortaleza salvaje, cualidad esencial del tigre encadenado.

Le dolían los ojos, que hubiesen experimentado gran alivio en caso de haber podido llorar; pero la muerte de Mercedes y el tormento a que fueran sometidos él y sus padres estaba más allá de las lágrimas. En ocasiones vislumbraba algo de los viejos tiempos, que ahora le parecían relámpagos del cielo: Mercedes, delante de la mesa, frente a él y con el laúd en la mano; la familia, reunida la última noche en el pabellón; la cordialidad de su padre y la sonrisa de la madre; nuevamente Mercedes...

Unas veces se le representaban con nitidez una serie de detalles de los últimos acontecimientos. Otras el temor de lo que estaba por venir borraba todo lo demás. Y no faltaban los momentos en que se reprochaba vivamente su intromisión en los asuntos de García. ¿Habría sido de otro modo si se hubiese mantenido apartado de él? Se dijo que no. Su padre estaba acertado: su visita al inquisidor no había hecho sino favorecer los proyectos de De Silva.

¡De Silva!

El aborrecimiento tomó forma de oración. Si se le permitiera aunque no fuese más que ceñir sus manos alrededor de su blanca garganta... No deseaba otra cosa; después de eso, nada le importaría, ni siquiera el mismo infierno.

La fuerza de la costumbre hizo que invocase a su santo patrón, deteniéndose de pronto. No había santos. En cuanto al infierno, ya estaba en él. ¿Y Dios? Las tinieblas que lo rodeaban eran como las de la tumba. ¿Dios? ¿Qué Dios?

A causa del gran agotamiento, su imaginación se sumía alguna vez que otra en la inconsciencia. Por supuesto, ello no era sino hundirse en una mezcla de visiones de las que lo despertaba el ruido de las cadenas.

Después de uno de esos intervalos, sin haber salido por completo aún de la pesadilla, le pareció que ya no se hallaba solo. Una mancha de luz salía de una linterna, interceptada por la figura de un hombre que acababa de cerrar la puerta. Al principio le pareció simplemente otra fase de su sueño; pero el cerebro de Pedro luchó por recobrar su claridad, reconociendo gradualmente los brazos desnudos, el cuello de toro y el justillo de cuero del carcelero. Habiendo perdido la noción del tiempo, se le ocurrió que habían transcurrido las veinticuatro horas y que estaba a punto de ser conducido nuevamente ante el Tribunal. Quedose contemplando las anchas espaldas del hombre, pugnando por dominar el ataque de locura que cada vez era más pronunciado.

El individuo permaneció quieto unos instantes, al cabo de los cuales dejó en el suelo la linterna y algunas cosas más antes de volverse.

Era un monstruo de hombre. Pedro advirtió los brazos enormes y la espesa cabellera que salía por encima del cuello del justillo. El visitante se encaminó lentamente hacia el camastro, mientras su sombra deforme se reflejaba en la bóveda del recinto.

–¿Está despierto?

Ciertamente era un sueño o una jugarreta de la imaginación de Pedro. En tanto que el recién llegado se inclinaba para sentarse al borde del camastro, su rostro le pareció vagamente familiar.

–Sí.

–¿Me conoce, compañero?

–¡Juan García! –dijo apenas Pedro.

–¿Quién otro puede ser? –rugió la voz–. ¿Cree que lo habría dejado en este infierno mientras pueda mover un dedo? Usted es lo mejor que he visto desde que llegué de las Indias.

–¡Juan García! –repitió el joven–. ¿Cómo pudo...?

–El dinero –repuso el otro, meneando la cabeza–. El dinero abre todas las puertas. Por supuesto, ha mediado también Manuel

Pérez, que no se atrevería a presentarse delante de su hermana si no hubiese hecho lo que estuviese a su alcance. Le aseguro que ella ha estado revolviendo todo lo posible. Pero ante todo... –García hinchó el pecho–, tiene que perdonarme. Mi corazón se arrepiente de algo. –Y como Pedro se le quedase con la vista fija, exclamó–: Cuando las cosas sucedieron de aquella manera con mi madrecita... ¿o acaso no lo sabe?

–Sí –dijo Pedro, haciendo a la vez un gesto de cabeza.

–Al principio creí que usted se habría quedado con el dinero, haciéndome una charranada. Ya se habrá dado cuenta que no fue sino uno de tantos pensamientos. La cabeza me daba vueltas. Pero cuando supe lo que le había ocurrido, vi que era todo lo contrario. Lo siento mucho. –García apoyó su manaza sobre el hombro de Pedro.

–No es nada –murmuró el otro, que en seguida explicó cómo había llegado a presenciar el espectáculo de la plaza de la catedral. Luego concluyó–: Su reverencia es quien nos ha hecho pasar a los dos por tontos.

–Puede ser que algún día... –García permaneció sentado, abriendo y cerrando las manos–. ¿Sabe por qué la maté? ¿lo comprende, verdad?

–Sí –aseguró Pedro.

–Ella me dio su bendición antes que... –dijo García. Después se pasó la mano por los ojos como para apartar alguna visión. Más tarde rebuscó en los bolsillos del justillo, sacando una llave con la que quedaron abiertas las esposas de Pedro, mientras le aconsejaba–: Déjeselas puestas; a lo mejor puede venir alguien.

Se dirigió hacia la puerta, volviendo con lo que parecía un envoltorio de harpillera.

–Una espada y un puñal –dijo, en tanto los desenvolvía–. Intentaremos la fuga poco antes de comparecer ante el Tribunal. Manuel Pérez nos facilitará la salida por la poterna. Es una oportunidad muy arriesgada, pero la probaremos juntos.

El corazón de Pedro, que había comenzado a latir con fuerza, recobró su ritmo de repente.

–¿Y mis padres?

–También nos acompañarán. Ése es el inconveniente. Me constaba que usted no querría abandonarlos, y ya he visto a don Francisco. Nos dirigiremos a la sierra, luego a Almería, y por último a Italia. Dice que si podemos llegar a ese país nos consideraremos libres gracias al favor de los parientes de su madre. Hernán Soler jura que

él puede llevar a buen término la empresa. Pero –García escupió–, yo no me llamo a engaño. Me consta que las probabilidades son pocas.

–¿Hernán Soler?

–Sí, es cosa de Catana. El mocito es su galán. Bueno –dijo García después de haber escuchado, y reflejado cierta nervosidad–, seguiré adelante. El carcelero es amigo de Manuel y ya ha recibido su parte; pero no hubo dinero para todos. A lo mejor sospecharían del nuevo servidor.

–¿Cómo podrá arreglárselas?

–A lo mejor me será imposible. Pero hay una cosa favorable. Los mozos no andan buscando a Juan García en el castillo. Y, además, me guío por Manuel y no hago sino lo que él me aconseja.

–¿Pero si lo llegan a señalar?

–En ese caso, ¡adiós! –dijo García levantándose y tomando la linterna–. Pero no me agarrarán vivo. Cuento con un cuchillo.

–Muchas gracias –dijo Pedro–. No tengo palabras para...

–No las necesita. No he olvidado lo que hizo por mí, no señor. Ni tampoco lo que le ha costado. No nos separaremos más, estemos donde estemos. ¡Hasta la noche!

–¡Hasta la noche! –contestó Pedro.

Hasta que el otro hubo desaparecido no se le ocurrió a Pedro contemplar el rayo de luz que iba de este a oeste, a través de la boca del embudo, observando que aún restaban largas horas de espera.

Pero ya todo había cambiado por completo. En lugar de la desesperación, sentíase lleno de esperanza, junto con una duda que igualmente lo atormentaba. ¿Qué pasaría si García era reconocido? ¿Y si alguien entraba para revisarle las cadenas, encontrándolas sueltas? ¿No adelantarían la hora de la audiencia ante el Tribunal? Cualquier insignificancia podría cortar el hilo, tan delgado, de que pendía su suerte.

Hizo un esfuerzo para no pensar sino en la fuga del castillo, cerrando su imaginación a las muchas leguas de camino por entre las sierras hasta alcanzar Almería, las dificultades de un viaje acelerado para las personas de edad, el constante peligro de ser alcanzados, el riesgo de confiar en un asesino como Soler y la posibilidad de hallar un barco en la costa. Ya sería bastante, pensaba, respirar nuevamente el aire libre y morir en libertad.

De cualquier modo, ya existía una enorme diferencia entre este momento y los anteriores a la visita de García: el puñal. No importa

lo que sucediese, nadie iba a conducirlo otra vez ante el Tribunal. Su liberación radicaba en lo que había escondido entre la paja, a un costado.

Y había algo más también: en la inmensa y fría soledad de su ánimo vacilaba una reducida llama, un poco de calor tal como en su despreocupada juventud no hubiera brillado jamás. El significado de la amistad se le hizo presente entonces, la devoción del hombre hacia el hombre, profunda como el cariño de mujer, aunque diferente. Nacida en la oscuridad de la prisión, alumbraba una nueva fe que con el tiempo acaso reemplazase parcialmente a la que acababa de perder: "¡Un amigo!", exclamó alborozado.

Las horas transcurrieron lentamente. Un carcelero entró una vez para traerle agua y comida, mientras Pedro, rígido y cuchillo en mano, simulaba dormir.

–Despiértate –dijo el hombre–, si quieres comer algo antes que las ratas lo hagan–. Pero no revisó las cadenas.

Una vez se hubo retirado, De Vargas hizo un gran esfuerzo por comer, con el solo objeto de no perder más fuerzas. Luego anduvo recorriendo la celda de un lado para otro con el fin de dar elasticidad a sus músculos.

El rayo de sol siguió una vez más su acostumbrada trayectoria, volviendo a posarse sobre la inscripción efectuada por el descocido prisionero: *Miserere*... Pedro la observó y hasta la repitió, quizá supersticiosamente o acaso porque una nueva esperanza alentaba en él, en tanto oscurecía.

Luego, por primera vez, se desprendió de sus cadenas, colgándose el tahalí del cual pendía la espada; puso el puñal en el cinto y tendiose finalmente sobre el camastro, con las cadenas por encima, como si aún estuviesen puestas en su lugar.

–Aunque faltaban varias horas, su suspenso crecía agudamente con el transcurrir de los minutos. ¿Le habría sucedido algo a su amigo? Seguramente ya era la hora, y parecíale que había permanecido tumbado allí por toda una eternidad.

Por fin, cuando ya estaba al borde del pánico, una llave resonó en la cerradura y la puerta fue abierta, después de haberse oído el rechinar de la aldaba del lado de afuera.

–¡Gracias a Dios! –comenzó a murmurar. Pero sus palabras murieron en el acto.

No era la figura voluminosa de García en el umbral: la luz de la linterna situada en el corredor detrás de aquélla dejaba ver una silue-

ta alta y delgada. Y a medida que entraba en la celda, seguida del portador de la linterna, Pedro reconoció la figura, quedando frente al rostro de Diego de Silva.

–Muchacho, deja la luz en el suelo, ciérrame la puerta y espérame afuera. Después de haber visto al viejo gallo, quiero cambiar unas palabras con el gallipollo.

El carcelero, que era el mismo que trajera el agua y la comida anteriormente, arrugó la frente.

–Está bien, su señoría. Falta media hora para que sus reverencias se reúnan. Esperaré afuera, su señoría.

De manera que la esperanza se desvaneció. García había fracasado. La desesperación surgió nuevamente, pero no sola, sino eclipsada por un fuerte sentimiento de odio. Mientras Pedro sostenía fijamente la mirada del recién llegado, comenzó a sentir la sed del aborrecimiento y su pulso comenzó a entonar un cántico de agradecimiento. Al menos sabía que De Silva no abandonaría el lugar con vida. Por Dios... sí, había un Dios, y Él había sido quien condujera a la víctima hasta la trampa.

Entretanto, De Silva se acariciaba la barbilla, mientras bajaba la mirada. Estudió el semblante del otro, advirtiendo su gesto debajo del mechón de cabellos color bronce y los ojos grandes e imperturbables que reflejaban bien a las claras su sentir.

–¿Me aborrece, verdad? –dijo, después de reírse–. Bueno, joven Pedro, eso no durará. Se lo prometo. En el momento que hayamos terminado, habré convertido esa mirada suya en algo más. ¿Ha visto alguna vez cómo gruñe un perro de aguas a quien han dado una buena paliza?

Era extraño que Pedro no experimentase apresuramiento. Como un epicúreo que aspirase un buen vino, disfrutaba con la idea de posponer el momento demasiado breve de la muerte. Era casi un placer contemplar detenidamente las orejas puntiagudas de De Silva, el mechón de cabello colocado con afectación a lo largo de la mejilla, los ojos burlones y la elegancia de su golilla de encaje.

–Quizá le haya dado que pensar mi persecución de la familia de los Vargas –prosiguió; no tiene importancia y apenas merece que se fijen en ella. Pero es mi costumbre apartar cuanto se halla en mi camino, a todo el que me ofenda, aunque sea alguien sin importancia. Nunca hice una excepción. Si un joven patán, Pedro de Vargas, por ejemplo, golpea a uno de mis sirvientes, tiene que sufrir las consecuencias. Si un viejo pretencioso, como Francisco de Vargas, me

impide que redondee mi hacienda, a pesar de mis generosas ofertas, tiene que ser eliminado. Ya ve cómo, al fin y a la postre, viene a resultar que Diego de Silva no permite que nadie se interponga en su camino. Y pronto personas que son de importancia comienzan a abrirle camino. Después de eso, el camino de su vida se vuelve fácil y placentero. Esa es la razón de mi interés por usted, joven Pedro.

En otra oportunidad, Pedro habría sentido la intención que el visitante ponía en sus palabras; pero su aborrecimiento era demasiado completo para que pudiese experimentar un poco más de cólera. En la calma que le proporcionaba su actual seguridad, las palabras de De Silva inclusive le divertían. Y sonrió, ante la sorpresa del otro.

–Cuando elimine a la gente, señor, tenga cuidado de no arriesgar su propio pellejo.... lo cual es prudente, sin duda. Dígame algo más acerca de su política.

Indudablemente no era ése el efecto buscado por De Silva. La tranquilidad y la sonrisa bien visible de Pedro le molestó. Pero prosiguió diciendo lentamente:

–Si quiere decir con ello que no doy a los fanfarrones la satisfacción de un duelo, tiene usted razón. ¿Por qué darles la menor satisfacción? Mi finalidad no es otra que eliminarlos sencillamente como una admonición a los otros. Al final es posible que incluso vuestra torpeza llegue a comprender que mi método es perfecto.

–Sí, caballero –asintió Pedro, deseoso de alargar el momento todo lo posible–. Admito que vuestro método es perfecto. No soy tan tonto como todo eso. Es tan completo como vuestro deshonor, si es posible. ¡Si es posible! –recalcó después de haber vuelto a sonreír.

Pero había llegado demasiado lejos. El temperamento de De Silva estalló. El bruto oculto detrás de su ironía hizo su aparición, aunque se las compuso para emitir una risita.

–Bueno, hijo; los mozalbetes malhablados es necesario que aprendan urbanidad de un modo o de otro. Levántese cuando habla un caballero. Cacarea aún más fuerte que esa vieja carroña de su padre.

Alargó el brazo para tirar de las cadenas con el evidente propósito de hacerlo incorporar, retrocediendo con los hierros en la mano. En ese mismo instante Pedro de Vargas saltó, oprimiendo con las manos el cuello del otro con toda la fuerza de que era capaz en ese momento.

Retrocedieron, forcejeando, hasta la pared, haciendo De Silva lo posible para aflojar la presión de los dedos del otro, que ya se le introducían en el cuello. Más vigoroso de lo que parecía, luchaba por su vida y mantuvo a Pedro acorralado unos instantes con los brazos y las rodillas, pudiendo así desprenderse con un violento vuelco. De Vargas se hallaba entre él y la puerta. De Silva se arrojó contra ella, pero fue rechazado, y en el mismo instante sacó la espada y el puñal.

–¡Socorro! –gritó–. ¡A mí, centinela!

Pedro tenía bastante miedo con respecto a ese lado, pero nadie contestó. Posiblemente el hombre se habría apartado del lugar. Quizá habría tiempo.

–¡Socorro!

Las dos espadas chocaron, rozando empuñadura contra empuñadura, y De Silva retrocedió ante el puñal que Pedro tenía en la mano izquierda.

–¿Qué dices de satisfacción ahora, hijo de perra? –se mofó De Vargas–. ¿Dónde están tu política y tus métodos?

Se movía lentamente hacia adelante, paso a paso, seguro del resultado, sabiendo que sería capaz de matar a su contrincante a consecuencia de su furia, si tan sólo le diesen tiempo. Ése era el inconveniente. El centinela regresaría dentro de uno o dos minutos, y por eso era necesario que atacara inmediatamente.

Su espada saltó hasta el rostro de De Silva, evitando el rechazo en *quarte*, y luego mudándola a *sixte*, para desgarrar los tendones de la muñeca derecha. La espada se deslizó al suelo, poniéndole Pedro el pie encima deliberadamente, y De Silva retrocedió hasta ponerse fuera de su alcance, contra la pared del fondo del local. Echando con el pie a un lado la espada que estaba en el suelo, De Vargas reanudó su lento avance. A punto de lograr el éxito, no quiso arriesgar ninguna oportunidad, ni siquiera con un enemigo cuya única arma era un puñal.

Su enemigo vio donde brillaba la luz nada más que unas mejillas hundidas debajo de un montón de cabello, rojo en las puntas. Y un par de ojos verdes e inmóviles, como los de un gato. Sintiose invadido de un terror como no habría experimentado en una lucha a campo abierto y en pleno día, terror ante el ardiente empuje que en un momento daría fin de él. De repente quedó boquiabierto, sin poder apartar los ojos de la punta de la espada.

–¡Por amor de Dios...!

Desde poca distancia, Pedro volvió a repetir su primer ataque; una finta y un corte, esta vez a la izquierda de De Silva, que dejó caer el puñal.

–Uno a uno –dijo.

De Silva levantó sus manos sangrantes a la altura del pecho, moviendo apresuradamente los labios y sin apartar la mirada de la puerta. Pedro le arrancó el gorro de terciopelo con la hebilla enjoyada de un puntazo.

–Descubierto antes de morir, señor.

–¡No! –clamó De Silva, cuyas palabras salieron en tropel–. No puede matar a un hombre desarmado, De Vargas; no sería capaz de asesinarme. No hablaba sino en broma. E Tribunal lo absolverá.

–No le queda sino un instante. Dedíquelo a pensar en mi hermana– respondió Pedro.

–¡Piedad! –suplicó el otro, hincándose de rodillas. Con gran alivio observó cómo la punta penetraba un poco, como si vacilase. Quedóse contemplándola, como hipnotizado.

–Bien –indicó la voz que se hallaba sobre su cabeza– si se rebaja.

–He pecado –contestó De Silva, que temblaba, incapaz de experimentar ya ningún sonrojo.

–¿Sería capaz de reparar sus faltas? ¿Aseguraría nuestra libertad, pagando una multa adecuada y pidiendo perdón en público?

–Sí –repuso apenas el hombre, que no pudo observar la locura que reflejaban los ojos de De Vargas, en cuya imaginación brillaba vivamente el rostro de Mercedes–. Sí, todo lo que quiera.

–¿Puedo confiar en usted?

–Lo juro ante Dios.

–No, no ante Dios –pronunció la voz–. Quizá le creería si renegase de Dios. Reniegue, De Silva. Es familiar de la Santa Inquisición, oficial de la *Miliz Christi.* ¡Soldado de Cristo! ¡Reniegue de Dios!

La punta saltó, aproximándose un poco más.

–Yo... reniego de Dios.

En ese instante Pedro impulsó la hoja con fuerza, atravesando el cuerpo del hombre hasta que la punta tocó el suelo.

–Y ahora, ¡arde en los infiernos por los siglos de los siglos, soldado de Cristo! –murmuró.

Arrancó la espada, contemplando después el rostro inmóvil y el cuerpo que yacía a sus pies.

Se abrió la puerta. Llegarían los otros, pero ya se hallaba preparado y con la mano apretada sobre el mago del puñal. Pero era Juan García.

–¡Aprisa! No nos queda más que un minuto. Tuve que detenerme.

–¿El centinela?

–No nos molestará más. Ni tampoco ningún otro. –los ojos de García no se apartaban del cuerpo caído en tierra–. Lindo trabajo –añadió.

21

Manuel Pérez, cuyo rostro ansioso se hallaba sin afeitar, hizo salir apresuradamente a los tres De Vargas por la reducida poterna que daba a una de las escarpadas pendientes de la colina en que se hallaba el castillo. Con la luna aún muy baja, la pendiente parecía larga y difícil. A consecuencia de la demora producida por la visita de De Silva, los prisioneros no tenían prácticamente tiempo de escapar. En cualquier momento iban a ser citados por el Tribunal, siendo descubierta entonces la fuga. Acaso tuviesen a su favor diez minutos antes de que se organizase la persecución, después de los cuales nada serviría sino la velocidad, ya que los perseguidores conocían el camino a seguir. Únicamente las montañas brindaban refugio, y la única ruta factible era precisamente la que llevaba a las montañas.

Una vez que hubo cerrado la puerta desde el exterior, Manuel arrojó al aire la llave, retirándose con ello prudentemente del servicio de la justicia. Entre él y García llevaron a doña María medio cuesta abajo, en tanto Pedro daba el brazo a su padre, cuya rodilla endurecida era un obstáculo para que se apresurase la marcha.

Al pie de la pendiente esperaban nerviosamente dos individuos y una recua de animales. Uno de ellos exclamó:

–¡Por Dios, que han llegado a tiempo, pues medio minuto más y ya estaríamos espoleando a los caballos! Fíjense en el castillo.

Por las ventanas y los huecos del macizo edificio de piedras asomaban las luces como si fuesen luciérnagas enloquecidas, indicando con ello la agitación y el apresuramiento que tenía lugar dentro de las paredes de la prisión. Otro minuto de demora, y hubiese sido demasiado tarde. Mientras nuestra gente montaba, sonó una trompeta del otro lado del castillo, clara e imperiosamente en la tranquilidad de la noche. Era el toque de llamada.

–Tendremos que correr, y bien aprisa –dijo el hombre–, si es que queremos mantenernos bien adelante de esos hijos de perra de soldados. Y en nada nos favorecerá que nos acompañe una mujer.

–Lo que perdamos en velocidad, lo ganaremos en honra –le espetó don Francisco, tan animoso e intrépido como siempre–, la honra de ir en compañía de doña María de Vargas.

Como era inevitable, tomó el mando del grupo. Y, como era igualmente inevitable, todo el mundo obedeció.

–Pedro, tú y el señor García irán a la retaguardia. Es el puesto de peligro, y me gustaría ocuparlo si no fuese por tu madre. Traten de guardar una buena distancia entre nosotros, de manera que tengamos tiempo de ser informados de cualquier ataque. Esos hombres –incluyó a los dos forasteros y a Pérez– irán a cincuenta yardas delante de vosotros. Yo abriré la marcha con doña María. No pierdan de vista las distancias necesarias; dejen espacio para las espadas y carguen. De nada ayudará amontonarse como ovejas en un redil. De manera que adelante, ¡y que Dios sea con nosotros!

–¡Vaya! –exclamó García mientras se encaminaba con Pedro para ocupar su puesto–. Bien se ve que es un hidalgo verdadero. Su padre habla como si estuviese dirigiendo una incursión. ¡Por Dios!, que es todo un capitán. Mire cómo le obedecen esos bandidos.

A la vanguardia, con el caballo entre las piernas, el peso familiar de la espada colgada del costado y las estrellas en el firmamento, Francisco de Vargas sintió revivir su espíritu de la desolación de los últimos días. A no ser por lo acontecido a Mercedes, habríase alegrado del cambio que lo impulsara de su pacífico amarradero, llevándolo a una corriente de actividad. Estaba en su elemento natural, después de haber pasado tanto tiempo cerca del peligro. Aspiró profundamente el aire tibio de la noche.

–¡Y luego hablan de milagros! –observó a doña María–. Querida, ¿quién habría imaginado hace algunas horas que ambos estaríamos de nuevo fuera de aquel rincón del infierno para volver a probar nuestra fortuna en este mundo? Es un don de Dios y de los santos... que prueba que ni el mismo demonio impedirá que vayamos a Italia.

Su esposa, cuya falta de costumbre de andar a caballo le producía una puntada en un costado, contestó casi sin respirar.

–Ese señor García –prosiguió su marido– será lo que sea; pero nos ha servido, lo mismo que a nuestro hijo Pedro, como un verdadero amigo, y por mi parte le estaré eternamente agradecido. Queri-

da, afloja un poco los músculos y muévete naturalmente a la par que el caballo. Pronto te acostumbrarás al vaivén. Me ha hablado de Hernán Soler, el ladrón, gracias al cual disponemos de estos caballos, y no dudo que ambos serán de la misma calaña. Pero después de los Judas y bergantes que hemos visto la noche pasada, no me entretengo a cavilar sobre un honesto rufián. ¡Por la Virgen que no! Y aquí voy a decirte algo que te reconfortará y que Pedro me ha referido al salir del castillo.

–¡Dios mío! –exclamó doña María–. ¿No podríamos aflojar un poco el paso? Estoy casi deshecha.

–No es posible –contestó el esposo simplemente–. Tenemos que hallarnos en las sierras al amanecer. Haz como te he dicho y respira profundamente. Pero escucha. Ese maldito perro, De Silva, está muerto. Pedrito lo atravesó con su espada cuando fue a la prisión a burlarse de nuestro hijo. ¡Por la santa Cruz, que me siento ahora diez años más joven!

Doña María era una bondadosa señora, pero la alegría de la nueva le hizo olvidarse del dolor del costado.

–*¡Maraviglioso!* –exclamó–. ¡Muy bien hecho!

–Muy bien hecho, en verdad –dijo don Francisco, echando la cabeza atrás–. Esposa mía, Pedro ya no es ningún chiquillo. De aquí en adelante es un hombre que utilizará mi grito de combate y mi pendón.

A pesar de ir cuesta arriba, marcharon aprisa, demasiado aprisa, hasta aproximadamente media milla al norte del Rosario, y la cabalgadura de doña María comenzó a cojear a consecuencia de la pérdida de una herradura. Sin aflojar la marcha, don Francisco llamó a Manuel Pérez.

–¿No habrá otro animal? –preguntó–. ¿O acaso tendremos que sacar el provecho posible de éste? Creo que dará en tierra con mi señora.

–Tendremos suficientes caballos, señor –contestó Pérez, explicando en seguida que iban a encontrarse con Hernán Soler y otros de su banda en el Rosario. El jefe en persona los escoltará a través de la sierra.

–Entonces no tiene importancia inmediata –comentó don Francisco–. Pero no dejes de tirarle del bocado, María, no sea que tropiece y se caiga. ¡Adelante! –Y después de haberse reído–: ¡Poco pensé la otra noche, cuando azoté a Pedrito por causa de esta maldita ta-

berna, que pronto arriesgaría yo mismo el pellejo por llegar a ella lo antes posible!

Hasta ese instante no había llegado hasta ellos ningún ruido que indicase la persecución; pero hasta el mismo don Francisco sintiose aliviado al adivinar un grupo de jinetes, sombras en la luz de la luna, esperando frente a la posada.

El jefe se adelantó. Era un mozo de miembros sueltos, alto, delgado y provisto de armadura, que manejaba con gracia su vigoroso corcel. Un tahalí demasiado adornado y bastante charro le cruzaba la coraza, reluciendo a la luz de la luna. Tenía el semblante largo y mostraba los dientes al sonreír. De qué calaña era lo indicaba lo untuoso de sus maneras.

–Cortés caballero, bondadosa dama –dijo, inclinándose–. Hernán Soler, a vuestro servicio. Nunca pensé que tuviese el honor algún día de servir a tan ilustre capitán ni a tan noble dama.

Estaba claramente tratando de desplegar gran cortesía, quizá en beneficio de la muchacha espigada que se hallaba en la sombra de la arcada. Don Francisco devolvió los cumplimientos en debida forma, si no efusivamente; pero cuando Soler comenzó otra sarta de ellos, lo interrumpió sin contemplaciones:

–Le agradezco sinceramente, caballero, pero preveo que muy pronto nos veremos en apuros. Doña María tiene necesidad de otra cabalgadura. Si usted tiene alguna armadura para mi hijo y para mí, puede ser que nos sirva de utilidad antes del amanecer.

–A vuestras órdenes –dijo Soler, agitando la mano.

El cambio de las jamugas de doña María a otro caballo y el ajuste de las armaduras, que fueron gustosamente cedidas por varios de la escolta para proteger en cierto modo a don Francisco, a Pedro y a García, demoró unos minutos. Durante el trasiego que todo ello ocasionó, y en tanto que Pedro se esforzaba por asir la correa para abrocharla, luego de haberse puesto la coraza, una voz bronca y familiar manifestó a su espalda:

–Yo la abrocharé, señor. –En su apresuramiento, no había reparado en Catana; pero cuando trató de volverse, la muchacha agregó–: No, quédese quieto, pues va a aflojar la correa.

Al volver la cabeza sintió contra su mejilla los cabellos de la moza.

–Querida –murmuró–. ¿Cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por nosotros?

–¡Ya está! –dijo cuando abrochó la hebilla. Luego, por lo bajo–: Estése quieto. Que no se percaten de que hablamos. Prométame una cosa.

–Sí. ¿Pero que me importa que adviertan lo que hablamos? Le diré a todo el mundo cuánto te debo. ¿A qué viene ese disimulo?

–Porque ahora soy la novia de Soler. Podría ponerse celoso, y quiero que los guíe a través de las montañas.

–¡Catana! –Pedro se enderezó en la silla–. ¿No habrás conseguido la ayuda de Soler a cambio de...?

–Por supuesto que no. Quédese tranquilo. ¿No le dije algo la otra noche de Hernán y de mí? –Volvió a sujetar una de las correas–. Vaya, lo amo. ¿Me promete una cosa?

–Todo lo que quieras. ¿De qué se trata?

–Que se acordará de mí dondequiera que se encuentre.

–No es necesario que lo pidas.

–No, quiero decir... –Se detuvo un momento, acariciando la hebilla–. Es posible que no volvamos a vernos. Usted será un capitán famoso, Pedro de Vargas, yo lo sé, cuando a mí me cuelguen por barragana de un salteador de caminos en Jaén. Pero quiero que piense en mí un momento todos los días, al toque de Angelus, por ejemplo. ¿Lo hará?

–Al toque de Angelus. Lo juro.

–Yo también pensaré en usted.

Soler se aproximó.

–Está un poco ajustada para un pecho tan ancho –dijo ella, palmeando la coraza– y es difícil sujetarla. Bueno, hombres, ya pueden marcharse.

Soler la besó en la boca plenamente, con el beso de la posesión.

–Bueno, querida mía, reúnete conmigo donde ya sabes, dentro de uno o dos días. ¡Adiós!

–Que Dios te acompañe, Catana –dijo Pedro, inclinándose como ante una gran dama.

–Que Él no lo abandone nunca –contestó.

La pequeña tropa, aumentada ya a unos catorce jinetes, salió al trote. La joven permaneció sola en medio del camino vacío, observando, contemplando sin cesar la figura de la retaguardia que iba al lado de García. Su casco de acero relucía a la luz de la luna. ¿La habría olvidado ya? ¿Se volvería otra vez para mirarla? Juntó las manos.

"Maria gratia plena..."

Él se volvió y saludó con el brazo.

"Adiós, amado mío, amado mío", musitó Catana.

Y siguió mirando hacia el camino bastante rato después que los jinetes hubieron doblado la curva.

De repente la hizo estremecerse un ruido procedente del lado de Jaén, aunque todavía sonaba a lo lejos. Era el ruido de los cascos de los caballos que venían al galope.

22

Si hubiesen podido emprender la huída en el momento fijado en los planes concebidos, habrían alcanzado la Sierra de Lucena, internándose en las fragosidades de los montes de Granada antes de que sus perseguidores hubieran adelantado mucho camino. Tal como sucedio, no podrían esperar alcanzar los desfiladeros sin alguna lucha. Aunque ésta fuese favorable al principio, sería difícil desprenderse de la persecución. Porque no era suficiente ganar las montañas; tendrían que desaparecer por bastante tiempo para hallar la ruta a escondidas hasta la costa –Almería o Cartagena– y que la fortuna los acompañase para conseguir pasajes para Italia. Quedar acorralados en las montañas resultaríales fatal, pues con ello la Inquisición iba a disponer de tiempo para cortarles la retirada por mar. Después de eso, poniendo precio a sus cabezas y con toda la provincia levantada contra sus personas, la captura sería inevitable.

Puesto en guardia por un grito de Pedro, cuyo fino oído había advertido el lejano galope de los caballos, don Francisco retrocedió para conferenciar. Como capitán veterano, pronto forjó sus planes para el momento y los puso en conocimiento de Pedro, de García y de Soler.

–Fíjense. Observo un sendero a la derecha, a un kilómetro más o menos. Nos hemos valido del mismo en las guerras contra los moros. Es impracticable para una mujer, pero bastante bueno para los hombres. ¿No es cierto, señor?

–Sí –convino Soler–, pero es mejor para las cabras. Conduce hacia el oeste, hasta Priego, y va a dar al camino a Puente Genil.

–El mismo –asintió don Francisco–. Pedro, tu madre no puede tomar ese sendero; tiene que seguir este camino y yo debo escoltarla. La mitad de los hombres nos acompañará. Activaremos la marcha en todo lo posible. Tú y los demás podríais esperar aquí la llegada de esos perros. Entretenedlos el mayor tiempo que se pueda, pero más bien haciéndolos retroceder. Luego tienen que tomar el cami-

no del oeste. Mi opinión es que ellos también los seguirán, en la creencia de que todos hemos partido por allí. Me da pena proponer esto, porque significa peligro y me complacería compartirlo con vosotros; pero doña María no puede permanecer sola.

Era bien a las claras el único proyecto factible. Puesto de pie sobre los estribos, Soler escogió un puñado de sus mejores hombres para formar la retaguardia a las órdenes de Pedro. Es justo reconocer que no vaciló en ocupar ese puesto, pero su valor como escolta personal para los otros dos De Vargas hasta que llegasen al mar hizo necesario su sacrificio. García, naturalmente, declaró que pensaba permanecer junto a su amigo.

Entretanto, la pequeña columna había hecho alto.

–Quiero que hablemos dos palabras –dijo don Francisco, haciendo una indicación de cabeza a Pedro–. De nada servirá afligir a tu madre con despedidas. Le diré que te reunirás con nosotros una vez franqueado el desfiladero. En cuanto a mí, me consta que volver a encontrarnos es cosa de la voluntad de Dios. Si llegamos hasta el mar, no podremos esperar. Tendrás que arreglártelas para dirigirte a Italia. Nos suceda lo que quiera, nuestro pariente, el cardenal Strozzi, te protegerá. Y ahora, que tengas suerte. Daría mi vida por encontrarme esa escaramuza a vuestro lado, pero no es posible. Ahí se acercan. Grita: "¡Santiago y Vargas!" Te doy mi bendición.

Sus manos se encontraron en un fuerte apretón, que sería recordado durante largo tiempo. Luego don Francisco hizo volver a su caballo, partiendo al galope por el camino. El reducido grupo de hombres, Pedro, García y otros cinco, aguardó. De más abajo llegaba *in crescendo* el resonar de los cascos. La luna, que brillaba inclinada a través del desfiladero, lo iluminaba a medias.

Para resistir una primera embestida, el lugar había sido bien elegido. Un acantilado sobresaliente, a cuyo alrededor zigzagueaba el camino, arrojaba su sombra sobre los defensores, en tanto que cualquiera que viniese desde abajo quedaba en plena luz. El ruido de los caballos del grupo de don Francisco allá al frente pondría a los perseguidores en guardia contra una emboscada de ese lado del despeñadero. Pedro tenía de su parte la ventaja de que ni él ni los pícaros de hosco semblante que lo acompañaban perderían nada en la pelea. Sus vidas estaban sentenciadas de todos modos y la mayor parte de ellos recordaban el presidio y la horca, la picota, el látigo del verdugo o su cuchilla, y la muerte de amigos y parientes que vengar. Por

el contrario, los jinetes del castillo no tenían motivos tan poderosos para arriesgar el pellejo.

El ruido de los perseguidores se aproximaba; oyose un grito o dos; luego aparecieron en el recodo tres jinetes que marchaban uno junto a otro.

Desde lo alto del camino, don Francisco advirtió el encuentro, y su corazón latió con más violencia. En ese instante su sentido común y su amor por doña María sufrieron la más ruda prueba. "¡Santiago y Vargas!" El grito sobresalía por encima del chocar de las espadas y el pisoteo de los caballos. Dejó caer el labio inferior y medio sostuvo al caballo con las riendas; pero luego, cerrando los oídos, espoleó al corcel, prosiguiendo su camino tenazmente, en tanto doña María no cesaba en sus oraciones a todos los santos... "¡Santiago y Vargas!"... Era como si toda su vida pasada lo llamase para que volviera a las andadas. Gruñó, a la vez que desahogaba su furia golpeando el pomo de la silla, pero continuó su galope.

Aunque se había entrenado en el picadero para tomar parte en las justas, era la primera experiencia de Pedro en una lucha auténtica y ardía de excitación. Habría dado en ese instante cualquier cosa por cinco minutos a caballo sobre Campeador, cuyo peso y espíritu habríanle permitido capear el temporal de un modo mucho más efectivo que el pobre jamelgo que montaba. Pero así y todo le fue bastante bien. Dos de los tres jinetes frente a él rodaron por el suelo antes de haberse percatado de la inesperada carga. El resto se amontonó, interponiéndose entre el desfiladero y la orilla opuesta, lleno de confusión y trabados sus movimientos por lo reducido del desfiladero. Pedro tiraba a fondo y daba cuchilladas, sin saber apenas lo que hacía. Quizá su grito de guerra era más efectivo que su ataque. Era un grito famoso, conocido de todos los asaltantes, quienes dieron por sentado que el caballero los enfrentaba. Un caballo perdió su punto de apoyo, yendo a rodar y echándose otro encima. El camino quedó momentáneamente bloqueado y disminuyó el ímpetu de la embestida.

–¡Atrás! –gritó García–. ¡Atrás, antes de que se rehagan!

Tomó las riendas de Pedro, haciendo que el caballo se volviese, y partieron al galope cuesta arriba, excitando a sus cabalgaduras todo lo posible con las espuelas. En ese instante Soler y sus hombres se les reunieron y unas doscientas yardas fueron cubiertas antes de que la persecución continuase.

–¡Oigan! –exclamó uno de los hombres de Soler trescientas yardas más adelante–. ¡Por la derecha! –Y tomando la delantera se introdujo por entre un montón de pinos. Todos le siguieron confusamente al principio por el sendero entre los árboles, disminuyendo gradualmente la marcha hasta detenerse.

Era el momento crítico. ¿Se desviarían los jinetes del camino principal para proseguir detrás de ellos? ¿O sospecharían la estrategia y dividirían su fuerza? Veinticinco hombres serían suficientes para perseguir a don Francisco.

Pero la persecución continuó activamente, sin que nadie se detuviese en el camino. Los gritos y el ruido de numerosos cascos contra el suelo sembrado de ramas de pinos demostraban que el enemigo había mordido el cebo. Pedro lanzó un grito para estimularlos.

–Déjense ver apenas –ordenó.

Pero hicieron algo más que dejarse ver. En ese momento, un hombre, jinete sobre un corpulento animal y que iba bien adelante de sus camaradas, salió como una bala de entre los árboles, chocando con el caballo de Pedro, rodando ambos corceles en medio de un incesante cocear. Aplastado por un instante y medio atontado, Pedro se enderezó lentamente. Luego su cerebro comenzó a nublarse, experimentando sensaciones, relámpagos, puntos negros. Se hallaba en medio de un torbellino, llevado de un lado para otro. Sintiose arrojado contra un caballo sin jinete, no recordando haber trepado a la silla. Al darle algo en la cabeza, observóse el hombro, sin ver nada ni sentir ningún dolor. Alguien gritó: "Ahí tiene una espada", y se la arrojó en la mano. Avanzó sin saber en qué dirección, dando cuchilladas y gritando, mientras el caballo daba saltos y brincos y las ramas le azotaban el semblante. Hallose fuera del bosque, del sendero, bajando vertiginosamente una pendiente, saltando peñascos, quebradas y troncos de árboles caídos, tirando vanamente del bocado. Adelante, siempre adelante. Una llanura rocosa extendíase ante él, blanca como fantasma a la luz de la luna. Los picos se veían a lo lejos. El terreno desfilaba vertiginosamente. De repente, su caballo fue a dar contra el suelo, saltando Pedro por encima de la cabeza, rodando una o dos yardas sobre el terreno y haciendo resonar la coraza, entretanto, contra las piedras.

Al cabo de un rato recobró el conocimiento.

Al sentarse observó que podía mover sus miembros, aunque el brazo izquierdo le dolía a consecuencia de una herida en el hombro.

El caballo estaba muerto, algunos pasos más allá. Una cuchillada en un costado mostraba la causa de que se hubiese enloquecido.

Pedro se puso de pie vacilante, introdujo en la vaina la espada, que había conservado por instinto, y observó a su alrededor. Por el momento había perdido todo sentido de la dirección, ignorando dónde se encontraba. Pero un sonido a la distancia le hizo pensar en cosas más urgentes. Procedía del lado en que había estado cabalgando y era producido por los cascos de los caballos contra las piedras sueltas. Evidentemente continuaba la persecución.

A pesar de observar el lugar cuidadosamente, no vislumbró ninguno en donde refugiarse, pues el terreno pedregoso y ondulante iba en todas direcciones sin mostrar la más mínima interrupción. Aunque hubiera podido ocultarse, el cuerpo del caballo tendido como una mole a la luz de la luna era una señal que lo delataría a cualquiera que anduviese persiguiéndolo.

Prosiguió observando en la dirección del sonido, contemplando una figura sombría que se encaminaba trotando hacia él a través de la reluciente extensión de la mesa. El jinete viraba hacia la izquierda, aparentemente sin haberlo visto. Lo que primero llamó la atención de Pedro fue lo voluminoso del individuo en relación con el caballo, que parecía como un potrillo que cargase una montaña.

–¡Viva! ¡Por Dios que no es verdad!

–¡García!

El corpulento jinete desmontó de su cabalgadura, como si pudiese ir más aprisa a pie, para dirigirse vacilando hacia Pedro, tirando de la brida de su jaca. Sus enormes brazos se cerraron sobre el otro en un fuerte abrazo y le estampó un beso en cada mejilla.

–¡No esperaba volver a verlo nunca! –exclamó con voz de trueno–. No, por este lado del infierno. Ha sido de lo más perverso, dejar abandonado así a un amigo y marcharse al infierno por su propia cuenta. ¿Qué le ha sucedido?

Pedro explicó lo sucedido al caballo.

–Nunca lo creería. Esos bastardos del castillo hablarán sobre el galope de Vargas cuesta abajo hasta el día de su muerte. ¡Y me dice que no era sino un caballo desbocado! ¡Así es como se consigue una reputación! –Se detuvo para preguntar si estaba herido.

–Solamente una cuchillada –dijo Pedro, palpándose el hombro, dolorido a consecuencia del abrazo de García–. ¿Qué ha sido de los otros? Ha tenido que cabalgar bastante para llegar hasta mí y sin compañía.

–No –repuso García–. Vine siguiéndolo con prudencia y cordura. Aun así si no fuera porque no he nacido para que me cuelguen, hoy habría sido el fin de mi existencia. No puedo referir lo acontecido. Cada uno se ocupó de su persona y todos se diseminaron. Los bergantes a las órdenes de Soler montan bien y conocen la sierra mejor, de manera que ¡Dios los ampare! Me aparté de los hombres cuando usted lo hizo, y lo seguí para recoger sus pedazos.

–¿Pero cómo se desprendió de los soldados?

–En semejante baraúnda, todo puede suceder –dijo García, después de haber meditado y escupido–. Es posible que me tomasen por uno de ellos, que no quisiesen romperse el bautismo, que estuviesen demasiado atareados con los de la banda de Soler o que pensasen que su padre no andaba muy lejos y se diesen a perseguirlo. De cualquier manera, aquí estamos.

García pareció tan fatigado como su caballo, que se hallaba detrás de él con la cabeza baja y las rodillas dobladas. Moviéndose un poquito, respiró con cierta dificultad.

–¿Está herido? –preguntó Pedro.

–Diga más bien lastimado. Dios me hizo para el mar, no para la silla de montar. Tengo en las posaderas verdugones tan grandes como ducados. Ojalá fuesen ducados en mis bolsillos –agregó.

–¡Cáspita! –prorrumpió Pedro, sintiendo escrúpulos de conciencia–. ¡Se ha quedado en la indigencia por culpa nuestra! Primero el carcelero, más tarde Soler!; dinero a mi padre para el viaje a Italia...

–No se hable más sobre ello. Llámelo préstamo. Pero préstamo o no, si he podido vengarme de algo, pagando algo a cuenta al diablo, De Lora, bien gastado sea. –permaneció unos instantes transfigurado por el odio–. Usted es feliz al abandonar Jaén con una parte de su deuda saldada. La mía está por pagar aún, y ¡por Dios! que lo haré. –Después se calmó un poco, diciendo–: Pero nos hallamos en una situación nada halagüeña, y tenemos que seguir nuestro camino. Fijemos la ruta. ¿Conoce estos contornos?

Orientado por la luna y por las cimas de las montañas hacia el sur, Pedro determinó que se hallaban camino de Puente Genil. Las cumbres lejanas indicaban las sierras situadas detrás de Málaga, y ése era el puerto más próximo a que podrían arribar.

–Al que jamás llegaremos –declaró García–. Desde esta noche, todo camino que se dirija hacia el sur será vigilado por causa nuestra. Ellos creerán, a mi juicio, que vuestros padres se habrán dirigi-

do hacia Málaga. Por otra parte, si llegamos allá, ¿qué podremos intentar con respecto al barco si no contamos con dinero?

Eran, sin duda, consideraciones inobjetables, y Pedro contempló con ojos inexpresivos el semblante del otro.

–No –prosiguió García–. Será mejor que nos dirijamos hacia el oeste. Tenemos el río Genil, y más tarde el Guadalquivir, y así seguiremos hasta Cádiz. Aún tengo en mi poder aquella letra de cambio de que le hablé, ochocientos ducados oro, que cobraré en dicha plaza. ¡Cualquier día se los voy a dejar a esos judíos! Podemos embarcar con destino a Italia tanto en Málaga como en Sanlúcar. Y en cuanto a lugar para esconderse, ¡no lo hay mejor, hombre! De manera que apriétese el cinturón, joven. Aprovecharemos la noche todo lo posible. Dormir durante el día, viajar por la noche, robar cuando sea necesario... El tirón es largo, pero Sanlúcar es la respuesta.

Y de este modo, abandonando el caballo cansado de García, partieron con los miembros doloridos, los hombros delgados de Pedro junto a los más fornidos de su amigo; eran dos hombres perseguidos que emprendían el largo y azaroso camino hacia el oeste.

23

Como era de esperar, el marqués Luis de Carvajal expresó de una manera correcta su punto de vista sobre los acontecimientos anteriores. Otros menos firmes en sus principios morales podrían haber acompañado en sus buenos deseos a los Vargas o admirado en secreto el coraje puesto en evidencia en la huída; pero el marqués fue guiado por más puras consideraciones. Dejando a un lado su linaje, debía el éxito de su vida, así como sus honores, a la simple regla de estar siempre del lado de la autoridad y de la fuerza. En él no suponía pusilanimidad, siendo cosa instintiva. Pertenecía por naturaleza a esa clase de gente que nace y permanece invariablemente correcta. Chocábale que un hombre de la posición de Francisco de Vargas hubiese sido pasible de censura a manos del Santo Oficio; y mucho más que semejante personalidad se rebelase violentamente contra la autoridad, en vez de atacar su juicio como buen ciudadano y caballero cristiano.

Durante la colación del mediodía, y mientras servían un plato de pollo frío con ensalada, informó de lo ocurrido a su hija y a doña Antonia, prescribiéndole la manera cómo habrían de pensar sobre ello. Como un paso en la educación de su hija, se esforzó por hacer-

le comprender lo espantoso de la ofensa, agradándole que sus palabras surtiesen notable efecto. En el oscuro aposento de paredes tapizadas de cuero, con sus sillas de alto y estrecho respaldo y rígidos sirvientes, se podría haber oído hasta la caída de un alfiler.

–Hay un detalle favorable del asunto –dijo, sosteniendo entre sus dedos un hueso–. Diego de Silva es posible que salga con vida de la traición del joven belitre. Una costilla desvió la espada, no afectando por ello el corazón. Por supuesto, está grave; pero, a menos que se complique la herida con la gangrena, los doctores confían salvarlo.

Un poco anonadada, Luisa bebió un sorbo de vino.

–¡Traición! ¿Qué clase de traición? –inquirió.

–La peor. La más negra. –Carvajal chupó el hueso de pollo–. Me han dicho que De Silva, que es un hombre piadoso y celoso defensor del Santo Oficio, penetró en la celda de De Vargas con el fin de evitarle los rigores del Tribunal, esperando arrancarle alguna confesión que ayudase al joven. Un acto de caridad cristiana. El joven saltó de improviso sobre él, sacando una espada que de alguna manera fue introducida a escondidas en la celda y atravesándole con ella el cuerpo. Pero tanto él como su padre serán traídos nuevamente encadenados.

–¡Qué terrible! –murmuró apenas Luisa, moviendo intranquila los ojos. Por primera vez se le ocurrió un terrible pensamiento: "¡Si hubiesen registrado a Pedro de Vargas y hubiera aparecido su pañuelo bordado! ¡Que la Virgen bendita la protegiera! Estuvo a punto de desmayarse.

–Hago mal –lamentó el marqués– en discutir estos asuntos en tu presencia, mi querida palomita..., o en la de usted, señora. –Desvio su mirada del semblante dulce y sensible de su hija al de Antonia, que también parecía intranquila–. Discúlpenme.

Ambas damas sacaron de sus bolsos el frasquito de sales de olor (indispensable en esa época para las damas a consecuencia de sus apretados corsés), aspirando suavemente. Para Antonia era tan necesario como para su pupila. Ella también hubo de pensar en el pañuelo y en lo que se habría averiguado en la prisión o podría averiguarse en caso de que Pedro fuese llevado nuevamente.

–¿Entonces no lo registraron todavía? –inquirió con una habilidad sólo comprendida por la dueña.

–No, que yo sepa –contestó el marqués, exprimiendo una naranja sobre el pollo–. Pero no es posible ocultar una espada debajo

del calzón. Les aseguro que fue introducida de contrabando por alguien, posiblemente por ese desesperado de García.

–¿Y cree que hay alguna posibilidad de que los prendan, mi señor?

–Una excelente. Al parecer se han dirigido hacia Málaga, pero jamás alcanzarán ese puerto. El brazo de la Inquisición es muy largo. Yo os lo aseguro.

Terminó de comer el pollo, mientras las dos damas hallábanse sumidas en sombríos pensamientos. El romance glorioso a la luz de la luna apenas contenía elementos para resistir tan espantosa tempestad. No en vano Luisa era hija de tal padre. En cuanto a doña Antonia, recordaba su condición de pariente pobre.

El marqués comenzó a revolver alguna fruta, después de haberse lavado los dedos en un bol y secado en la servilleta presentada por el sirviente.

–Hablemos de cosas más agradables –observó–. Creo que Diego de Silva se repondrá. Esa posibilidad alegra mucho mi corazón, y por ello he preguntado con interés al doctor, Miguel Sagrado, esta mañana. –Luego prosiguió astutamente–: eso es cosa que también le interesa, mi hijita; de manera que no deje de mencionarlo muy especialmente en sus oraciones.

–¿Que me interesa, mi señor? –inquirió Luisa distraídamente.

Su padre la contempló con gran cariño. ¡Qué exquisita belleza! ¡Qué rostro tan puro y tan espiritual! Pero también una naturaleza profunda, como la suya, y un buen cerebro.

–¿Le contaré un secreto? –preguntó de un modo tan socarrón como permitía su rostro solemne y su arrogante barba. Se solazó con el prolongado suspenso, aumentándolo a sabiendas, so pretexto de ingerir una uva–. Todo quedó convenido antes de este trágico acontecimiento. Y ahora, Dios mediante y si De Silva se repone, ciertamente se llevará a buen fin. En resumen, hija mía, a ruego de Diego de Silva, he accedido a que te cases con él. ¿No es una elección acertada? ¿No he hecho un bien para ti?

–Sí, mi señor –tartamudeó, mientras dirigía una mirada de desesperación hacia Antonia.

Pero ésta, igualmente estupefacta, apenas pudo devolver la mirada. La casualidad, irónica, que precisamente Diego de Silva, entre todos los hombres, la víctima de la violencia de Pedro, hubiese sido elegido para marido de Luisa, era cosa que dejó asombrada a las dos mujeres.

–No pareces tan contenta como yo esperaba –dijo el marqués, enarcando las cejas.

–Sí, ¿cómo no? –dijo–. Claro que sí. Sólo que lo inesperado...

–No hay mejor partido en toda la provincia –proclamó el marqués–; no lo hay. Confieso que cuando se trate de la dote, no es de las más modestas. Me tocará dar una buena suma. Pero no tengo sino a ti, y ello me agrada. El señor De Silva es hombre de recursos; goza de gran predicamento en el Santo Oficio y es bien recibido en la corte. Puesto que no tengo hijo, es hora de que tenga un nieto. Todo ello bien vale una dote. Si no fuese por su aventura de allende el mar... –Pensando en voz alta, el marqués frunció el ceño ante la copa de vino.

–¿Allende el mar, excelencia? –interrogó Antonia, previendo una posible demora.

–Una especulación –añadió Carvajal–. Esas malditas Indias son un pozo para tragar dinero. Iba a acompañar al Padre Ignacio a las Islas, al servicio de la Santa Causa, pero las tierras baratas y los esclavos eran también incentivo para la empresa. Puede costarle bastante dinero. –El marqués volvió a fruncir el ceño–. Pero eso ha terminado –prosiguió, animándose–, por supuesto. El inquisidor tendrá que irse sin él. Es un mal viento que a nadie favorece. Esa herida puede ser su salvación. Cuando se encuentre a salvo y casado, se le habrá ido la idea del viaje. No, después de todo, es el hombre adecuado para ti, hija mía. Luego recalcó, pomposamente–: Señora de Silva.

Luisa no protestó. Su imaginación convencional aceptaba lo que tuviese que ser, sacando el mejor provecho de ello. Después de todo, De Silva era un hombre elegante, más bien de buen ver y no demasiado viejo. Su padre podría haberle elegido fácilmente otro menos atractivo. ¡Si al menos el lamentable episodio con Pedro no llegara a descubrirse jamás!

Al volver al mirador con Antonia, estalló en lágrimas.

–Si no hubiese sido por usted –reprochó.

–Lo confieso –repuso la dueña–. *Fue* un error, querida. Pero creí que le produciría un placer. No veo mal en ello. ¿Quién habría soñado con...?

Es duro ser un pariente pobre. ¡Suponiendo que Luisa insinuase algo a su padre, una inocente palabra al parecer, acerca de su favorecimiento del romance! Pero no, estaba bastante segura. El secreto era demasiado explosivo, aun para una sola palabra.

En medio de sus lágrimas, la joven parecía un mártir encantador.

–¿Cree que habrán hallado el pañuelo?

–No es probable, querida... No se preocupe.

–¿Le parece que lo capturarán?

–Ojalá que no –dijo la dueña sinceramente.

–Lo mismo deseo –dijo Luisa–. ¡Con toda mi alma! Sería terrible que alguien se enterase de lo del pañuelo. Tenemos que rogar por él, prima. Le prometo diez velas a San Cristóbal si se escapa.

Alzó los ojos al cielo. Y así, por una u otra razón, las oraciones de su dama acompañaron a Pedro de Vargas.

En una abertura de la tierra árida, antes de que la sierra comenzara a descender sobre el verde valle del Genil, Pedro despertó, estirando sus miembros endurecidos. Luego, considerando el sueño de García, se irguió agarrándose las rodillas y observando hacia el poniente. Al cabo de un arto sacó del bolsillo un objeto pequeño y arrugado, desplegándolo reverentemente. Estaba bordado con una pequeña corona y la letra "L", desprendiendo un suave perfume de rosas.

En su imaginación, observaba por detrás del pañuelo un rostro noble y sensible, con los ojos vueltos hacia él. Luego, como si la reliquia fuese demasiado sagrada para exponerla largo tiempo, levantó la prenda hasta sus labios, volviendo a plegarla cuidadosamente antes de introducirla en el bolsillo interior del jubón.

24

En todo el mundo y en cualquier época, los cuervos son de igual color. Un bandolero de la España del siglo XVI podría montar un hermoso caballo y lucir un llamativo tahalí, sin por ello dejar de ser un pistolero con todos sus vicios y actitudes. Si Hernán Soler no hubiese perdido un hermano en la hoguera de la Inquisición y si, considerado el asunto en conjunto, no lo hubiese estimado provechoso (conducir a los Vargas hasta Almería y conseguirles un barco), habría sido perfectamente capaz de venderlos con mayor beneficio al Santo Oficio.

Pero, en verdad, cumplió su cometido honestamente y obtuvo un testimonio firmado por don Francisco, antes de la partida de la falúa que tuvo la suerte de encontrar y que de inmediato abandonó el puerto. Ello era parte de su trato con Catana, que no descuidó

ningún detalle y por lo cual le hizo entrega de cincuenta ducados de García, a cuenta, prometiéndole otro tanto, juntamente con su persona, cuando estuviese de regreso. Los cien ducados solamente no lo habrían tentado; pero el dinero, más Catana, era muy distinto. Por otra parte, había hecho una apuesta con Paco Ribera, su lugarteniente, sobre la posesión de la moza, la que no vendría mal, aparte del dinero.

Después de haber observado cómo la falúa se perdía en el horizonte, se fue con sus hombres a una taberna para celebrar el éxito de la expedición. Hubo dados y mujeres; las chicas almerienses resultaron atractivas, el vino embriagador y el posadero muy hospitalario. Todo ello contribuyó a demorar el regreso varios días, al cabo de los cuales hizo su entrada por los montes de Jaén, taciturno y de un humor de mil diablos. Desde su sombrío punto de vista en aquellos instantes, los restantes cincuenta ducados y la moza no lo consolaban de sus dolores de cabeza ni de la pérdida de tres buenos hombres de la partida en la lucha contra los soldados.

Llegó a sus cuarteles de la sierra de Lucena a eso del anochecer. Después de haber lanzado una imprecación contra el centinela que le echó el alto en el camino, los jinetes desmontaron en el campamento cuando comenzaban a encender el fuego.

Una saliente rocosa que formaba una galería larga y profunda al pie de un acantilado y que había sido cubierta en parte de tablas para que sirviera de refugio constituía el principal escondrijo de Soler en el distrito. Hallábase situado al extremo de un angosto valle y contaba con otra salida de emergencia por un lado del desfiladero. Enfrente de esta semicueva, una reducida cavidad natural, alimentada por un arroyuelo, proveía de agua en abundancia. En la parte descubierta de la galería se preparaba el alimento de las cuarenta personas que componían el abigarrado séquito de Soler. Custodiado por centinelas de avanzada y oculto en un pliegue de la montaña, hallábase bastante seguro contra los no muy decididos servidores de la autoridad que se enviasen contra él.

Desde el día de su partida, Catana hubo de esperar en el lugar con impaciencia, no a Soler, sino las noticias que pudiese traerle. Por supuesto, supo por su hermano, que tomara parte en la lucha, de la desaparición de Pedro y de García en el camino. Que no hubiese rumores sobre su captura era, sin duda, buena señal, pero posiblemente Soler supiese algo más. Entretanto, la moza se había hecho respetar, si no querer, de la banda.

Su posición como futura mujer del jefe le habría dado prestigio en todo caso, de haberlo necesitado; pero ya se distinguía personalmente como bailaora y mujer hábil, capaz de cuidarse sola. Su labia y su cuchillo eran admirados por igual. Cuando Paco Ribera, valido de su rango, se propasó la primera noche, salió con una lesión que le hizo difícil sentarse con comodidad, lección que le hizo aprender algo sobre la nueva capitana. Además, en caso necesario, contaba con su hermano, Manuel Pérez, robusto y parco en palabras, que durante su oficio de carcelero hubo de estar en contacto con todos los ladrones y era una adquisición bien del agrado de la banda. Manuel aprobó la unión de su hermana con el capitán, considerándola conveniente y honorable –Soler era un hombre muy rico–, pero no estaba dispuesto a consentir que se atentase contra la virtud de Catana.

Y ahora que el trato se había cumplido, la moza hallábase dispuesta a representar su parte. Habíase enfrentado con los hechos elementales, aceptándolos como inevitables. La mujer, por muy independiente que sea, termina por pertenecer a algún hombre, trabajar para él, darle hijos, perder sus encantos y envejecer: así era la vida. No importaba mucho que fuese Soler u otro, y había sido afortunada al sacar algún provecho de lo inevitable. Al salvar a Pedro de Vargas, contaba con algo que recordar en lo futuro, algo de qué enorgullecerse.

Durante los días de espera en el campamento, se mantuvo apartada de los otros, dejando entrever que amaba a Soler. Especialmente al oscurecer, cuando el sonar de la campana en la lejanía señalaba el Angelus, gustábale permanecer sobre la saliente del desfiladero, embebida en su sueño.

Así se hallaba cuando llegó Soler y la agitación que subía hasta lo alto la arrancó de su ensimismamiento. Descendió rápidamente para recibirlo a la entrada del socavón, mientras él se aproximaba llevando las alforjas.

–¿Bien, amigo mío?

Para el ojo bilioso de Soler, Catana parecía menos atrayente que en la atmósfera bulliciosa del Rosario. No llevaba ningún adorno en los cabellos, azotados por el viento en su marcha a lo largo del despeñadero. Con su vestido ajado parecía demasiado dura, demasiado delgada y bastante rústica. Aumentó su malhumor.

–¿Bien, amiga mía? –remendó él.

Esperaba que la besara, pero pasó de largo, mirándola, saludando con un movimiento de cabeza a los que estaban alrededor del fuego y cambiando alguna que otra palabra. A medida que los hombres que regresaron con él fueron uniéndose al grupo, engrosándolo después sus mujeres, aumentó el ruido de la conversación.

–Tráeme un poco de vino –dijo Soler a Catana, después de haber escupido–. Tengo la garganta más seca que un infierno.

Le trajo un cántaro y un vaso. Soler medio bebió, medio hizo gárgaras, limpiándose después los labios con el dorso de la mano. Evidentemente, el hombre creía que ya era innecesario adoptar las maneras del enamorado.

–Bueno –preguntó ella con interés–. ¿Qué noticias hay?

–El asunto está terminado –gruñó–. Ayúdame a sacarme esta maldita coraza.

"¡Diablo", pensó malhumorado, que esta mocita no era tan bien favorecida como la morisca que disfrutara en Almería, con los ojazos rasgados y aquella amplitud de caderas; pero en su actual estado de ánimo le repugnaba pensar en cualquier mujer.

Catana aflojó las correas, volviéndose su semblante un poco más sombrío. Amontonó las piezas de acero sobre las alforjas.

–Lleva todo eso a nuestro cuarto y guárdalo –ordenó, siguiendo después, a manera de rezongo–: Arréglate un poco, muchacha. Un hombre gusta que su moza se acicale un poquito para esperarlo a su regreso.

Se halló frente a un par de ojos negros y fogosos.

–¿Qué moza, hombre? –Y como él no supiese qué responder, prosiguió–: He formulado una pregunta, y hasta que sea contestada a mi gusto no soy moza de nadie. ¿Entendido?

Se puso lívido de rabia, pero no pudo dominar la mirada de la muchacha. La conversación de los que se hallaban próximos se calmó hasta cierto punto, y Manuel Pérez dejó de sonreír.

–¿Qué pregunta? –contestó Soler, cuyos nervios estaban a punto de estallar, pero que supo dominarse, entornando los ojos–. Si te refieres a ese viejo cojo De Vargas y a su esposa, han partido ya rumbo a Italia. Si se trata de Pedrito, ¿qué podré decirte? No es culpa mía lo sucedido. Dicen que se despeñó por la montaña, junto con el gordo. Pero escúchame. No estoy de humor para aguantar tus humos. Ha sido un mal negocio para mí, pues he perdido tres hombres, a más de tener que cabalgar duramente, sin más provecho que

esos cincuenta ducados. Su señoría será quien reciba órdenes. Aquí no aguantaremos a ninguna arpía. ¿Está claro?

–¡Bueno! –exclamó Catana, extendiendo la mano derecha, palma arriba, y golpeando con un dedo de la otra–. No recibiré órdenes sino cuando sea tu mujer. Dices que don Francisco y su esposa han partido para Italia. El trato también comprendía a Pedrito; pero posiblemente también se encontrará a salvo y admitiré que parte de ello no fue culpa tuya. ¿Dónde está la prueba de la marcha de sus padres?

–¿Dudas de mi palabra?

Catana se golpeó nuevamente la mano.

–¡Cómetelo y ojalá te ahogues! –dijo Soler, furioso, después de haber sacado el papel firmado, colocándoselo bruscamente en la mano.

Catana lo desplegó. No sabía leer, pero pretendió hacerlo y, por lo menos, deletreó la firma, atrevida y algo tosca. Satisfecha de que Soler hubiese cumplido su palabra, se guardó el documento en el pecho. Luego, levantándose la falda, desprendió un portamonedas de la liga, alargándoselo.

–Ahora recibiré órdenes.

Y se dedicó a poner en su sitio la armadura y las alforjas.

25

Desde la parte alta de la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, donde el camino trepa hacia el castillo, se disfruta de una hermosa vista del puerto y de la playa. Enfrente, hacia el lado oeste y a través de la desembocadura del Guadalquivir, se extiende la larga costa de Arenas Gordas, que bordea la orilla septentrional de la bahía de Cádiz; a la derecha se ven las encantadoras orillas del río, divisándose Bonanza a lo lejos; la blancura deslumbrante de sus casas, que se levantan fila sobre fila, es aliviada por las aguas, tranquilas y azuladas. Divísanse áloes gigantes y esbeltas palmeras; los huertos y las plantaciones de naranjos circundan la ciudad blanca, que nos recuerda más el Africa moruna que la hermosa tierra española. El sol castiga fuertemente a Sanlúcar, madurando las uvas de sus viñedos, aumentando el perfume de sus azahares, curtiendo la piel de sus habitantes y produciendo por todas partes un tumulto de color.

Esa tarde de un día de mediados de septiembre era cálida y llena de color. Dos monjes franciscanos contemplaban el puerto des-

de un parapeto cercano al santuario de Nuestra Señora del Oeste. En el espacio de veinte años, transcurridos desde que el Almirante saliera de Sanlúcar en su tercer viaje hacia el Nuevo Mundo, el puerto se había convertido cada vez más en un punto de partida para las flotas que hacían rumbo a la Gran Canaria, en su ruta hacia las Indias. Era un día de gran actividad, con numerosas embarcaciones que recibían la carga y alistaban su aparejo para la larga travesía, la última para Santo Domingo antes del invierno. Carabelas –de dos o tres palos con velas latinas en la mesana–, varias carracas de mayor tonelaje, algunos bergantines de porte más reducido, se encontraban en el puerto amontonados, comunicándose con la costa por medio de numerosos botes a remo, cargados o vacíos. Pero la flota ultramarina no constituía sino parte del conjunto. Galeazas francesas, barcas inglesas, filbotes, abultados cargueros holandeses, galeras y faluchos italianos, veíanse anclados en la rada, formando un conjunto cosmopolita. Con sus elevadas proas y sus puentes realmente parecía una manada de patos a los que se hubiese recortado los extremos hacia atrás.

Las tripulaciones hallábanse atareadas con la carga y el aparejo; los cascos estaban siendo alquitranados y un par de embarcaciones habían sido embicadas hacia la costa para engrasarlas debajo de la línea de flotación. El sol jugaba con las coloridas velas y los dorados espolones, produciendo destellos en la parte de metal e iluminando los rojos, los azules y los amarillos de los trajes y haciendo resaltar el vistoso San Cristóbal en la vela mayor de un barco que entraba en el puerto y los llamativos gallardetes del tope de los mástiles.

La aglomeración de casillas de madera, un cuarto de milla más abajo, que se extendía entre el espacio situado desde la ribera a la ciudad propiamente dicha, y que daba albergue a la comunidad de pillos internacionales, notoria incluso para esa época, bullía igual que una feria. Marineros, mercaderes, hidalgos, saltimbanquis, vendedores ambulantes, sacamuelas, prostitutas y ladrones se amontonaban entre las débiles construcciones. Un estruendo formado de todos los ruidos posibles para el pulmón humano ascendía hasta los franciscanos que se hallaban inclinados uno junto al otro sobre el parapeto.

Tal como los veían dos pordioseros que haraganeaban sobre las gradas de la iglesia, los dos monjes ofrecían un cómico contraste. Uno de ellos era voluminoso, y su túnica, demasiado corta, dejaba al descubierto sus piernas grandes y desnudas; en tanto que el otro,

alto y delgado, llevaba un hábito demasiado largo, que no cesaba de caérsele, pareciendo lleno de tierra por los bordes, a pesar de llevarlo sujeto a la cintura con una cuerda.

–¿Ve aquella carabela? –inquirió el más grueso, señalando con el dedo–. Es la *Bonifacio*. Su capitán, Jorge Santerra, es un buen amigo mío. Baila que da gusto con mal tiempo, pero, sin embargo, es muy marinera. ¡Dios me valga! Con sólo verla me dan ganas de estar de vuelta en el Nuevo Mundo. Le apuesto diez pesos a que saldrá antes que ninguna otra embarcación. ¡Diez amarillos a que sí! –Continuó observando, no sin antes rascarse la cadera.

–¿Cuál es nuestro barco? ¿El *Iulia*? No lo veo por ningún lado –exclamó el otro.

–Detrás de aquella galeaza francesa –respondió su compañero–. Aquél es su mastelero. –Luego prosiguió de pronto, como si fuera algo difícil de decir–: Bueno, pero en realidad es su barco, no el mío. El mío es el *Bonifacio*. A decir verdad, pagué en efectivo mi pasaje hasta Santo Domingo esta mañana.

–¿Qué quiere decir?

–Después de todo, no iré a Italia. Esa es la verdad.

–Pero yo creí... –dijo el más delgado, luego de una breve pausa.

–Sí –interrumpió el otro–. Ya sé, ¡por Dios! Que el diablo me lleve por informal. Pero no puedo remediarlo. Acaso sea el viento del oeste, la vista de los barcos o la charla de la costa. Italia es un camino ya viejo y yo necesito lo nuevo. –Y cuando se hizo otra vez el silencio, agregó–: ¿No le parece lo mismo?

–Seguro –asintió el más joven–. ¿A quién no le sucedería igual en este maremágnum? –Señaló con la barbilla en dirección al puerto–: A todo el mundo le ataca la fiebre.

–Muy bien, pues. ¿Qué opina de venirse conmigo?

–Juan García, ya conoce la respuesta. Si mi padre se halla con vida todavía, me espera en Italia. No puedo decepcionarlo. Por otra parte –prosiguió Pedro como si argumentase consigo mismo–, ¿qué es la comezón que se apodera de aquella gente de allá abajo? El oro. ¿Por qué se dirigen hacia las islas? A causa del oro. ¿En qué piensan a cada minuto, de qué hablan sin cesar? De oro. Bueno, quizá haya algo más en la vida.

Su voz se apagó vacilante, sin que su mirada se apartase del oeste.

–Sí, Pedro –dijo el otro, golpeando el parapeto con su robusto puño–. Habría mucho que decir sobre el oro. Él nos sacó de Jaén y

es el único que lo puede hacer volver allá; quiero decir a caballo, con la cabeza en alto, vengado y reincorporado, como usted ansía. Pero está equivocado en su opinión sobre esa gente que se dirige hacia las islas. Hablemos del oro, pero existe algo más. El oro es el pretexto.

–¿Para qué?

–No lo sé. Llámelo impulso, curiosidad. Lo ignoro.

Sin advertirlo, García había tocado el verdadero significado del puerto que rezumaba actividad por los cuatro costados. Más allá de la orilla occidental hallábase el pasado de la raza blanca; sus guerras y sus emigraciones, su incesante nostalgia del más allá, su inveterado descontento con todo lo que fue, tuvo o conoció. Alcanzado el límite del continente, érale imposible continuar allí. Avara, cruel, ciega y brutal, pero siempre atrevida y emprendedora, sentíase impulsada a lanzarse en frágiles cascarones hacia continentes desconocidos, diferenciándose de otras razas solamente en esto: que fue el supremo instrumento del propósito oscuro y creativo que se manifestaba en la vida.

Pedro de Vargas respondió a la vibración. Desde su llegada a Sanlúcar hubo de sentir la atracción de la corriente que lo arrastraba hacia el oeste. Si se aferraba al proyecto de dirigirse hacia Italia, sería un esfuerzo de la voluntad.

–Vaya, Juan García. La despedida será bastante difícil.

Más que difícil... imposible de pensar en ella. Su larga correría por los caminos de España, ocultándose, pidiendo limosna, robando y engañando; el miedo y la alegría; la fuerte camaradería hizo que los dos hombres estuviesen más unidos que hermanos. Y ahora, durante estos últimos días de permanencia en Sanlúcar, ya más seguros en la impía hermandad de la ribera, monjes de día, todo lo contrario por la noche, ricos con el producto de la letra cobrada por García, hubieron de saborear juntos la alegría del triunfo, al haber alcanzado la costa, burlando la persecución. Pedro pensaba en la galera italiana sin García, en los rostros extraños. Italia significaba el pasado, lo convencional. Se imaginaba, con pena, a su amigo rumbo al oeste, a aquella flota, con las velas al viento y sus puentes llenos de tantas esperanzas. ¡Basta de tierra! ¡El Nuevo Mundo, lo desconocido!

–Yo me iría también, muchacho. Pero es inútil –dijo García después de habérsele hecho un nudo en la garganta–: ¿Qué puede ofrecer Italia a un hombre vulgar como yo? Echarme una pica al hom-

bro o rascarme las pulgas en el cuerpo de guardia de algún gran señor. No cuento con parientes cardenales que me apalanquen un poco como a usted. ¡Por supuesto! Ya sé que no me abandonaría. Pero yo sería como una mosca detrás de la oreja. En cambio, es diferente en el Nuevo Mundo. Nadie tiene parientes y el mañana tiene más valor que el ayer. Pero no hablemos de despedida. Al menos por ahora.

–La galera saldrá dentro de un par de días.

–Es un plazo bastante largo –dijo García, que era fatalista, encogiéndose de hombros.

El punto más importante sobre la vida en la costa de Sanlúcar era la antipatía unánime que prevalecía contra la Ley y sus agentes. La ribera tenía su propia Ley... la supervivencia. El débil era víctima propiciatoria. Cada uno tenía la mirada puesta en el vecino, sin descuidar su propia vigilancia y su bolsillo. Pero como la mayor parte de esos individuos que frecuentaban las construcciones de la costa habían burlado al verdugo, de una manera o de otra, hallábanse unidos por un prejuicio común. Ningún alguacil sensato asomaba sus narices por las estrechas callejas situadas entre las construcciones; ningún alcahuete del Santo Oficio gozaría de buena salud en esa atmósfera tan poco apropiada; allí no había embaucadores o eran casi desconocidos. La Cofradía de la Ribera proveía las tripulaciones, cargaban y descargaban las naos, entraban y salían las embarcaciones, sin tener choques con la autoridad ni con sus esbirros. Entre ellos y las autoridades de Sanlúcar había un acuerdo tácito de manos afuera. Si un criminal en grave situación alcanzaba a sumergirse entre la escoria de aquel santuario, ya podía considerarse más seguro que en el altar mayor de cualquiera iglesia de España.

No era un honor para los fugitivos de nuestro relato que tal comunidad los aceptase sin reparos desde que llegaron, llenos de polvo, cansados y con aspecto lamentable. Los expertos de la ribera los reconocieron en el acto como desesperados igual que ellos, hombres cuyo pasado les hacía merecedores de la libertad de la ribera. No constituía ninguna diferencia que en el joven De Vargas sobresaliesen las cualidades del hidalgo; lo principal era ser un rufián, no existiendo prejuicio contra los rufianes nobles. Lo que contaba era la fría vigilancia de su mirada (de ningún modo la mitad de lo inocente que fuera el día de la huída, dos meses antes), lo grande de sus muñecas, la caída de las comisuras de sus labios y su rapidez de movimiento. Jugaba a las cartas y a los dados con gran distinción. Siem-

pre lo rodeaba una aureola de peligro. Lo llamaban "Pelirrojo", pero con bastante respeto.

La ribera se preocupaba exclusivamente de sus negocios, no importándole lo que ligase al "Toro", como llamaban a García por su corpulencia, con el joven, ni los motivos que privasen a ambos de volver a España. Que De Vargas hiciese averiguaciones sobre un sirviente indio llamado Coatl, que se las compuso para firmar como grumete en una nave que salió para las islas un mes antes, excitó un poco de curiosidad, pero sin que les preocupase mayormente. Que él y García abandonasen a veces su vivienda vestidos con el hábito de franciscano –del que despojaron a dos monjes auténticos, asaltados por ellos camino de Sanlúcar– no llamó la atención, por estar el lugar acostumbrado a los disfraces. Por supuesto, nuestros fugitivos tuvieron buen cuidado de que nadie se enterase de su escapada a la casa de banca de Medina, en Cádiz, ni de que llevaban encima los valiosos ochocientos castellanos, puesto que el conocimiento de tal cosa no acarrearía nada menos que el asesinato.

En la velada del día en que habían salido para estirar sus piernas, llegándose hasta el santuario de Nuestra Señora del Oeste, el Pelirrojo y el Toro, una vez más con sus ropas de seglar, fueron a solazarse a la Venta de los Caballeros.

La taberna componíase de una serie de cobertizos unidos, que daban al lado del puerto. A cien yardas del mismo se hallaban las aguas y el abigarrado conjunto de embarcaciones. A medida que el crepúsculo lo avanzaba, era difícil señalar dónde comenzaba la arena, pues ésta y el agua se confundían en una amplia llanura a la que el cielo servíale de bóveda. Comenzaron a brillar las luces en los barcos anclados. Los ruidos del día se convirtieron en silencio, roto por alguna que otra voz aislada, risas, sones de instrumentos y trozos de canciones. Un viento de tierra, cargado de perfume de los naranjos, suavizaba el olor del alquitrán y de pescado de la ribera. La noche andaluza, misteriosa y con su cielo cubierto de rutilantes estrellas, iba cerrándose.

Una abigarrada muchedumbre ocupaba las mesas. Franceses, ingleses, portugueses, holandeses, italianos y hasta griegos del Levante hablaban su propio idioma o se unían, si era necesario, en la lengua franca de los puertos, mezcla de todos los idiomas. La vestimenta andaba a la par de la diversidad de lenguas. Por el momento, un interés común en alimentos y bebidas puso una especie de sordina al conjunto de voces; pero el murmullo fue *in crescendo* más tarde,

una vez llenos los estómagos, cuando dieron comienzo las discusiones y las partidas con los dados.

Próximo a Pedro se hallaba sentado Luis Casca, apodado el Ruiseñor, a consecuencia de su voz, capaz de proferir las más espantosas abominaciones como si estuviese haciendo el amor. Privado de una oreja, ocultaba su falta dejando caer un mechón de cabello sobre el lugar. Del lóbulo de la otra colgaba un aro de perlas. Su hermoso semblante siciliano resultaba afeado por una cicatriz desde la frente hasta la barbilla. En todo lo demás aparentaba ser un joven sentimental, excepto cuando se valía de su cuchillo.

El Moro, hombre de pocas palabras y con una barba en forma de guadaña, hallábase sentado junto a García, del otro lado de la mesa. Había pasado cinco años como esclavo en las galeras morunas, de donde le vino el sobrenombre. Le faltaban varios dientes y era su costumbre emitir un singular ruido al chuparse los labios. Los ojos eran reducidos y duros. Decíase que las marcas dejadas por el látigo en su espalda eran tantas que resultaba imposible contarlas. Tanto el Moro como Casca saldrían con la flota de las Indias, sintiéndose atraídos hacia García a consecuencia de su experiencia en ellas.

Escuchaban un discurso sobre la manera como dos jóvenes emprendedores y decididos podrían establecerse del mejor modo con tierras y esclavos; y cómo una tarde afortunada a los naipes o una aventura en Tierra Firme podría significar un buen pasar para el resto de la vida, cuando el Toro, levantándose de un salto, casi hubo de derribar la mesa.

–¡Hola, Jorge Santerra! ¿Qué tal, camarada? –Y deteniendo al capitán del *Bonifacio*, que pasaba junto a ellos, lo arrastró hacia la mesa–. Muchachos –prosiguió–, éste es el caballero que puede darles noticias. Acaba de llegar de Cuba. Allí podéis invertir vuestro dinero mejor que en Santo Domingo. Hay más tierra y mejor. Yo mismo pienso dirigirme allí. Jorge, diles lo que me referiste esta mañana. Beberás una copa de vino con nosotros.

–No del que tú bebes, ¡por Dios! –replicó el marino, pues la excentricidad de García con respecto al agua era de todos conocida–. Si me favoreces con una pinta de manzanilla, me quedaré un minuto con ustedes; porque me esperan para cenar en la ciudad.

Lo bueno del caso era que los capitanes de barcos, como gente de importancia, no se mezclaban con el pueblo. Ello aumentó el

prestigio de García. Que semejante personaje condescendiese a sentarse con él, hizo que la gente observase con atención.

Jorge Santerra era bajo y más bien fornido. Llevaba un pañuelo rojo arrollado a la cabeza. Su rostro y sus manos tenían aspecto de cuero pálido y viejo surcado por numerosas arrugas. Los ojos, impersonales y remotos, daban la impresión de estar mirando siempre a la distancia.

–Estos señores –dijo García luego que el capitán hubo tomado asiento– viajan hacia las islas. Es decir, dos de ellos. Mi joven amigo se dirige hacia Italia.

–¡Ah! –gruñó Santerra. No mostraba ningún desdén, pero su exclamación decía bien a las claras de su falta de interés en Italia. Su mirada excluyó a Pedro, abarcando al Moro y al Ruiseñor, como gente que enfilaba en la debida dirección.

–Embarcarán en el Fernando –explicó García–. Les estaba hablando de las grandes posibilidades existentes de ese lado. Santo Domingo ya es cosa antigua. ¿Cuáles eran los rumores que me contabas de Cuba?

La conversación se apagó en las mesas vecinas y los circunstantes diéronse a escuchar con atención la repuesta del marino, aunque Santerra hizo como si no lo advirtiese.

–Bueno. Ya sabes que Hernández de Córdoba –dijo, después de haber bebido– descubrió el año pasado unas tierras a unos veinte días al oeste del Cabo San Antonio, en Cuba. Se les puso por nombre Yucatán. Pensó que acaso fuese una isla, pero grande, pues nunca llegó a circundarla. Dijo que existía una ciudad a la que denominaron Gran Cairo, a causa de su extensión. Tiene edificios de piedra con ídolos adentro, indios vestidos, campos cultivados y, lo que es más importante, ¡oro! En resumen. Que Cuba no tiene nada que hacer junto a esto. Pero parece que es una tierra cuyos habitantes están sedientos de sangre. Córdoba volvió con doce heridas en el cuerpo, falleciendo a las dos semanas.

–Sí –dijo García–, yo lo conocí.

–De manera que en mayo de este año, Diego Velásquez –el gobernador de Cuba, caballero– envió a su sobrino, Juan de Grijalva, con cuatro barcos para que realizase otra inspección. Grijalva no había regresado cuando me hice a la vela, aunque sí una de las carabelas, al mando de Pedro de Alvarado, con informes acerca del viaje.

Santerra se detuvo unos instantes para ver el efecto producido.

–¡Señor! Trajo oro por valor de quince mil pesos. ¡Quince mil pesos! Conseguidos en nada de tiempo, a cambio de unos cuantos abalorios. ¡Hijos! El país debe estar podrido de oro. Y no es una isla, sino un continente. Oyeron hablar de maravillas más allá de las montañas.

Se hizo silencio. Los hombres de las otras mesas se apretujaron para formar un círculo que permaneció hechizado. El Moro succionó el aire por la abertura que dejaba la falta de sus dientes. Los labios del Ruiseñor estaban húmedos. Los ojos de Pedro de Vargas, más voraces que de costumbre, no se apartaban del orador.

–Sí, amigo –prosiguió Santerra, dirigiéndose a García–, tienes razón. No hay como el oeste en todo momento. Cuando partí de Cuba no se hablaba más que de la gran armada que Velásquez está alistando para apoderarse del nuevo territorio antes que alguien le tome la delantera. No iba a esperar que Grijalva regresase. Todo el que pudiera disponer de efectivo o de mercaderías estaba comprometiendo un lugar en la aventura. Unos hipotecaban, otros pedían prestado... ¡Dios! Se puede conseguir una hacienda con esclavos casi por nada ahora en Cuba, si se cuenta con dinero contante y sonante. En cuanto a la política... ¡los grandes plantadores conspiran para el mando! Están alrededor del gobernador como la jauría detrás de la carne. Pero los rumores indicaban que Hernán Cortés sería el favorecido. Es hombre rico y tiene influencia con el gobernador.

Por alguna razón, el nombre de Cortés le sonó familiar a Pedro, aunque al principio le fue imposible recordar dónde lo había oído. Luego, no sin cierto sobresalto, vino a su memoria la última reunión familiar en el pabellón y las diatribas de su padre contra las Indias. El hijo inútil de Martín Cortés de Monroy había ascendido sin duda en el mundo. ¡Y hablaban de carrera! ¿Qué podría ofrecer Italia más que esto, capitán general de una armada que partía en busca y conquista de tierras infieles? ¡Cuánto provecho y honor! Comparado con tomar parte en semejante expedición, hasta una plaza en la compañía de lanceros del caballero Bayard parecía cosa de poca monta.

Alguien indagaba acerca de Cortés.

–No lo conozco personalmente –replicó el capitán del barco–. Lo he visto una vez en una posada de Santiago, con otros hidalgos y le he llevado un cargamento de cueros. Ha hecho su fortuna con el ganado. Es un caballero de buen ver, dicen que muy alegre y po-

pular... sobre todo con las damas. –Santerra se llevó la lengua hasta tocarse la mejilla, haciendo un guiño al mismo tiempo.

–¿Pero sirve para la pelea? –interrogó un rufián con aspecto de fachendoso, de calzas desteñidas y barba negra–. Por lo que usted refiere de Yucatán, hará falta más que un petimetre y un donjuan para conquistarlo. ¡Por Dios! Que el hombre no parece sino un insignificante ricacho.

–Parece todo un capitán –contestó Santerra, luego de haber vaciado nuevamente su vaso y mirar al individuo–. Gracias por la bebida, hermano –dijo a García–. Tengo que retirarme. A propósito. La flota saldrá dividida en dos escuadrones. Encuéntrense a bordo mañana, pues saldremos con la marea.

–Señor capitán –interrogó Pedro de repente–. ¿Cree que la armada habrá partido ya de Cuba para el Yucatán?

Advirtió la interrogación de los ojos de García y sintió que su vida dependía de la respuesta de Santerra. En caso de ser afirmativa, Italia sería sin duda su objetivo final; en caso negativo, de haber alguna posibilidad de llegar a Cuba a tiempo, incorporaríase a la flota para dirigirse al oeste a la mañana siguiente. García queríalo a su lado y estaba dispuesto a salir fiador del pasaje. En vista de tales perspectivas hasta su propio padre iba a aprobar su viaje. Una carta sería escrita en la misma fecha y a la ventura, enviándola con el capitán del *Iulia*. Su imaginación saltaba ya hacia un puerto desconocido y más allá hacia las tierras del oro, viéndose también de regreso en España, rico, famoso y absuelto y abiertas las puertas del palacio de los Carvajal, donde Luisa lo aguardaría.

El capitán se había puesto de pie, pero se detuvo un momento.

–Lleva tiempo equipar los buques, cargar las provisiones, obtener fondos y formar una compañía. Y Cuba no es España. No. –El corazón de Pedro latió con violencia–. No creo que puedan salir antes de fin de año.

–¿Y cuándo llegará usted a Santo Domingo?

–Dios mediante para el día de Todos los Santos.

–¿Tiene sitio para mí en el *Bonifacio*?

–Yo creo...

–¡Tiene sitio para usted! –interrumpió García–. ¡Viva! Permítame que lo abrace. Sí, hijo, tiene lugar para usted en el *Bonifacio*.

–Bien, ya está todo listo –dijo Santerra, haciendo una mueca–. ¡Hasta mañana, caballeros!

SEGUNDA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

26

Una mañana de fines de noviembre del año mil quinientos dieciocho, una pinaza bien cargada entraba en el puerto enclavado a tres millas de Trinidad de Cuba, descargando a un grupo de pasajeros procedentes de Santiago.

En el cuartel general de Cortés se recibió el informe de que varios voluntarios de Santo Domingo habían llegado a Santiago, encontrándose con que la flota había partido y de que habían fletado la pinaza para que los llevase hasta Trinidad. El jefe era de los veteranos, uno de los acompañantes de Colón, Juan García, otrora beneficiario de tierras y de indios cerca de Isabela. En el parte hacíase constar con agrado la llegada con el grupo de un alazán. Era un animal grande y respondía al nombre de *Soldán*.

Los recién llegados solicitaron licencia para presentar sus respetos al general y, en consecuencia, Cortés despachó a Gonzalo de Sandoval para que les diese la bienvenida.

Sandoval llegó junto a los viajeros cuando éstos iban ascendiendo, no sin cierto trabajo, el valle sombreado de palmeras y se volvio sobre la silla, sombrero en mano. Todos habían acomodado el paso al del caballo, endurecido aún a consecuencia de la inactividad del viaje. Sandoval echó un vistazo al caballo antes que a los hombres, pues un equino era algo valioso en las expediciones. Empero, no olvidó la cortesía.

–¡Salud, caballeros! Bienvenidos a Trinidad –dijo, pasando después a presentarse con más ceremonia.

Era un joven compacto y muscular, con las piernas ligeramente arqueadas, cabello oscuro y rizado y una barba incipiente. Sus ojos eran claros y atrevidos y miraban con franqueza. Su voz sonaba áspera y era algo tartamudo cuando se turbaba.

–El general envía sus cumplimientos y tendrá mucho gusto en recibirlos.

García, que había avanzado un paso, actuó como portavoz, presentando a los recién llegados, quienes saludaron inclinándose a la usanza de la época.

"Un grupo bastante heterogéneo", pensó Sandoval para sus adentros. García, el caballero marinero de las Indias, apenas tenía nada de común con los demás. El señor Moro y el Ruiseñor Casca, se veía que eran más adecuados para las galeras, que sin duda los estaban esperando. En Pedro de Vargas reconoció al aristócrata, al hidalgo como él y le estrechó la mano cordialmente en tanto que se le iluminaban los ojos. De Vargas y él eran casi de la misma edad.

–Hermoso caballo –exclamó, imposibilitado de contenerse por más tiempo en el examen de la nueva monta.

–No tiene nada que envidiar al vuestro –dijo García.

–Bueno, puede ser que no –dijo Sandoval, sonriendo–. Es difícil superar a Motilla. Pero es un buen equino. –Lo palmeó detenidamente y el alazán mostró los dientes, tratando también de dar vuelta mientras reculaba–. ¿Conque quieres morder y patear, verdad? ¡Buen caballo! ¡Tiene mucho espíritu –prosiguió mientras le palmeaba las ancas–. ¿Es suyo, señor?

–Sí –contestó García–. Es decir, lo tengo a medias con mi amigo –aclaró, echando una ojeada a Pedro para prevenirle que no lo desmintiese–; pero él es quien lo monta. No quiero caballo ni más posaderas doloridas mientras me queden las dos piernas, ¡por Dios!

Era bastante común en el ejército compartir un caballo. Sandoval rió.

–Bueno, caballeros. Sigan mi consejo y apártense de los dados. Aquí hay más de uno que tratará de ganaros de una manera o de otra.

Siempre cuesta arriba, llegaron a la vista de Trinidad, que ya se llamaba ciudad, con el fuerte rodeado de una empalizada y sus casas toscamente edificadas a la usanza española, rodeando la plaza. Entre ellas veíase una taberna, una iglesia y la residencia del alcalde.

La plaza era un hervidero de gente, mezclándose los habitantes del lugar con los soldados y los marineros de la expedición. Algunos caminaban tomados del brazo, otros paseaban en grupos más nutridos o entraban y salían por la puerta de la taberna; había veteranos de otras expediciones, curtidos por el viento y el sol; mujeres que seguían a los campamentos, igualmente curtidas; recién llegados de

España; muchachas indias engalanadas con flores, rollizas y descalzas, junto a maridos o amantes blancos; alguno que otro hábito de monje; hidalgos de las haciendas del interior con alguna que otra esposa castellana y nativos que llevaban bultos sobre sus cabezas. Era una confusión de trajes y de desnudeces, una algarabía de lenguas y de acentos.

–Aquélla es la bandera del general –observó Sandoval, señalando una de terciopelo negro con franja de oro, que flotaba al viento en la fachada de uno de los mejores edificios.

A primera vista parecía algo fúnebre, aunque, observando algo más detenidamente, veíase que despedía chispas de color. Mecida por la brisa, dejaba ver las armas reales de España junto con una cruz carmesí rodeada de llamas blancas y azules, con una leyenda en letras de oro en la parte inferior.

–¿Qué dice? –inquirió De Vargas.

–Dice así –Sandoval se hinchó un poco–: "Hermanos y camaradas: sigamos a la Cruz con verdadera fe, y con esta bandera triunfaremos." Es linda, ¿verdad? El mismo general la diseñó. ¡Hola! Llegamos a tiempo para oír el pregón, que tiene lugar tres veces por día. Escuchen.

Precedido de un largo redoble sobre un gran tambor (el tamborilero manejaba los palillos como loco), un pregonero de voz estentórea y situado junto al largo mástil de la bandera pronunció su *oíd*, siguiendo después:

"Escuchen. ¡En nombre del rey! Dénse todos por enterados que la flota ahora anclada en el puerto de Trinidad se hará a la vela por disposición de su excelencia el gobernador, rumbo al oeste, con el fin de comerciar, descubrir y colonizar, a las órdenes de Hernando Cortés, alcalde de Santiago Baracoa. ¡Enrólense bajo esta bandera para servir a Dios y al rey! ¡Lleven la luz de nuestra bendita fe a los que están sumidos en las tinieblas del paganismo! ¡Conquisten tierras y tesoros para nuestro generoso rey y para vosotros mismos! ¡Únanse a los caballeros de Santiago, que invitan a los habitantes del lugar, a los de Sancti Spiritus y a los de todo este distrito para que sean sus compañeros de armas! ¡Partirán once grandes naos! ¡Grandes rendimientos para todos los dineros invertidos! ¡No demorarse! ¡A alistarse bajo la bandera de Hernán Cortés, capitán general!"

–Vamos a formar un ejército –dijo Sandoval una vez terminado el pregón–. De Santiago no salimos sino trescientos; pero ya somos cien más, sin contar los marineros ni los sirvientes indios. Pe-

dro de Alvarado y sus hermanos se alistaron aquí. Ya saben que él tomó parte en la expedición de Grijalva. Cristóbal de Olid es también de Trinidad, lo mismo que Alonso de Ávila, Juan de Escalante, Ortiz el músico y muchos otros más. Yo he llegado ayer de Sancti Spiritus con Alonso Hernández, de Puertocarrero; Rodrigo Rangel y Juan Velázquez, de León. Esperamos la llegada de muchos más. Tenemos pensado detenernos para recoger a otros en San Cristóbal de la Habana.

–¿Qué piensas del general? –preguntó García, poniendo el dedo en la llaga sin titubear: porque una expedición entonces era una especie de empresa militar por acciones, disfrutando cada uno de sus componentes de los beneficios en la medida de sus inversiones; y el jefe era una especie de gerente general, dependiendo todo de su habilidad–. He conocido muchos capitanes en mi tiempo... Hojeda, Ponce de León, Nicuesa, Córdoba y, por supuesto, Grijalva. Eran buenas personas, pero no todo lo suficiente. Siempre les faltaba algún detalle, ¿me comprende? ¿Y Cortés?

–Ya verá cuando lo conozca. –En su entusiasmo Sandoval, que llevaba de la brida a su caballo, por deferencia hacia sus compañeros, se detuvo y apretó enfáticamente el dedo índice contra la armadura de García–: Señor, es un hombre en quien todos podemos confiar nuestro dinero. No deja que la hierba crezca debajo de su pie, se lo aseguro. Duerme con los ojos abiertos. Sabe cuándo hay que aprovechar una oportunidad, si comprende lo que quiero decir, pero también contempla el futuro y piensa en todos los detalles. –Sandoval hizo una mueca y se golpeó la pierna con la mano–. ¿Oyó algo sobre la partida de Santiago?

–¡Cómo no! –contestó García–. No se hablaba de otra cosa cuando arribamos. El gobernador Velázquez trató de quitar el mando a Cortés a último momento, ¿verdad?

–Así fue. ¡Y que Dios lo confunda! ¡Y que digan que es justicia, después que el general ha expuesto en la empresa casi todo su dinero; más que nadie, por supuesto! Hay quien dice que hasta su último peso. Y eso no es lo peor. Velázquez envió aquí un mensajero ordenando al alcalde, Francisco Verdugo, que lo detuviese, mandándolo otra vez a Santiago. Pero el alcalde es más inteligente. Sabe que saquearíamos la ciudad. Hemos empeñado nuestra palabra y nuestra vida por Cortés, y no por nadie más. Es decir, la mayor parte de nosotros –agregó Sandoval–, porque siempre se encontrará alguno que no esté de acuerdo. ¡Hombre! ¡Debe haber sido una gran noche

para Santiago, con Cortés apresurando el embarco de sus hombres y dejando vacío el mercado con sus adquisiciones para la expedición! Y a la mañana siguiente, Velázquez en el muelle y Cortés en la capitana. ¡Ja, ja! ¡Adiós, excelencia! Yo digo que hay que ser muy vivo pra madrugar al general.

García señaló los buharros, esos guardianes de Cuba, que daban vueltas sobre los arrabales de la ciudad.

–Están matando animales, ¿verdad? –interrogó.

–Sí, cerdos –aseguró Sandoval–. Estamos preparando carne de cerdo salada y pan de casabe suficiente para tres meses. En cuanto al equipo, escuchen cómo trabajan las fraguas. Día y noche se dedican a la labor.

Comenzaron a dirigirse hacia el palacio del gobernador.

–¡Hola, Isabel! –Sandoval sonrió a una rolliza muchacha, bastante emprendedora, que miraba fijamente a los recién llegados–. ¿Estás buscando trigo para tu molino, verdad? Señores, ésta es Isabel Rodrigo, una de nuestras damas.

La susodicha rió afectadamente, haciendo una reverencia. Pedro interrogó con la mirada.

–Sí, nuestras damas –repitió Sandoval–. Tenemos unas cuantas en el ejército; unas casadas y otras con la esperanza de hacerlo, ¿verdad, Isabel? ¡Por Dios! Creo que de un modo o de otro sacarán más oro de Yucatán que ninguno de nosotros.

La muchacha le sacó la lengua, en tanto su mirada iba de un lado a otro observando a Pedro y al Ruiseñor Casca. Se decidió por éste, arrojándole una mirada incendiaria, que fue correspondida del mismo modo por el siciliano.

–¡Vamos, vamos! –exclamó Sandoval–. ¿Márchate, muchacha! El general nos espera, y primero la obligación que la devoción. –Dio a la chica una palmadita alegre en el trasero, esquivó un puñete y dijo al Ruiseñor, mientras proseguían la marcha–: Mucho cuidado, muchacho.

El otro comprendió la idea y asintió pensativo.

Al cruzar la plaza, Pedro observó con asombro la gran cantidad de jóvenes, más o menos de su misma edad, que integraban la muchedumbre. No se detuvo a razonar sobre ello; pero cualquiera con más experiencia le habría dicho que la juventud era la principal característica de ésa y de todas las expediciones del Nuevo Mundo, la juventud con sus cualidades buenas y malas, su ímpetu y su atrevimiento, sus volubilidades y sus pasiones, sus motivos algo confusos

sobre el oro, la fama y la religión, contra el fondo formado por la caballerosidad, todavía reciente; la juventud, crédula en cuanto a toda clase de rumores. Desde Santo Domingo hasta Cuba, Pedro no había oído hablar sino de un mundo desconocido y maravilloso en el oeste, misterioso como el planeta Marte; cuentos de gente con orejas como elefantes y de otros con cara de perro; países habitados por amazonas. Cualquier cosa era posible encontrar más allá de las aguas occidentales.

Un murmullo confuso salió de la casa del general, acompañado de risas, entre el ruido de pies que se arrastraban. Abandonando a *Soldán* y a *Motilla* en manos de un criado indio, estaban a punto de penetrar en el edificio cuando fueron empujados por dos individuos que llevaban aros de oro en las orejas y que se alejaron cantando y tomados del brazo, sin el menor asomo de disculpa. El corredor, más adentro, estaba lleno de hombres que charlaban disputaban. El lugar olía a cuero y a sudor. Sandoval se abrió paso suavemente entre los presentes, cambiando pullas y saludos a medida que avanzaba.

Con que así, pensaba Pedro, era el momento que se imaginara dos meses atrás en la costa de Sanlúcar. Entre ambos instantes mediaba las incomodidades y las alarmas del viaje, las mil impresiones nuevas, el desembarco en Santo Domingo, el apresuramiento nervioso para asegurarse pasaje hasta Cuba, la desilusión en Santiago y el suspenso en que hubo de estar finalmente durante el viaje a lo largo de la costa ante el temor de que en definitiva no pudiesen alcanzar la flota. Ahora se preguntaba si todo esto valía el esfuerzo realizado. Trinidad y los colonizadores de aspecto rudo y de modales ruidosos que evidentemente habrían de ser sus compañeros no eran de su agrado. Inclusive Sandoval tenía voz de vaquero y llevaba un jubón de confección casera. Y, no por primera vez, lamentó no hallarse en Italia.

–¡Que reviente, si no es el Toro García! –exclamó una voz.

Un hombre voluminoso, con un hombro más alto que el otro, se abrió camino a empujones, tendiéndole su manaza peluda.

–¡Hola, jorobado Novara! –correspondió García, estrechándole la mano–. Vaya, vaya, con el jorobado. ¿Ha pasado mucho tiempo desde Veragua, no? Ojalá tengamos más suerte esta vez. Ya te veré cuando haya hablado con el general.

Siguieron a Sandoval, penetrando en un amplio aposento a la izquierda, igualmente lleno de gente, aunque de condición distinta

a los del otro lado. Sin duda eran los oficiales de la expedición. A pesar de que sus trajes eran provincianos, en cuanto al corte se refería, veíase aún cierto despliegue de terciopelos y colores, de oro y de aceros. Un grupo estudiaba un mapa sobre la mesa y otros se entretenían jugando a los naipes.

Pedro se preguntaba cuál sería el capitán general, pues ninguno parecía reflejar una autoridad especial. Siguiendo con el rabillo del ojo la mirada de Sandoval, observó inquisitivamente un individuo alto y rubio, vestido de rico terciopelo, con una gruesa cadena de oro alrededor del cuello y un gran diamante en el anillo. Era la persona más conspicua entre los circunstantes. Sandoval asintió con un movimiento de cabeza.

–Pedro de Alvarado –murmuró–. Es un gran caballero. Usted le tomará afecto, como todo el mundo. Aquél es Cristóbal de Olid –agregó, mirando hacia un hombre moreno y musculoso que contemplaba la partida de naipes–; un buen espadachín. Y aquél, Juan Velázquez de León –señaló a un militar de cuerpo musculoso, más bien rechoncho, de semblante osado y barba rojiza–. Esos caballeros son Diego de Ordás y Francisco de Morla, gente de confianza del gobernador–. Después mencionó otros nombres.

Uno de los del grupo alrededor del mapa levantó la cabeza.

–¡Hola, Sandoval!

El que hablaba era alto, esbelto, moreno, pero singularmente pálido; sus hombros anchos y sus brazos largos, denotaban, empero, bastante vigor físico. Aunque seguramente aún hacía poco que había pasado los treinta, aparentaba ser de más edad. Su barba, rala, dejaba ver una cicatriz que le bajaba del labio inferior. Al colocarse frente a él, Pedro sostuvo su mirada franca en tanto se incorporaba ante el mapa. Los ojos eran graves, pero con reflejos amistosos que denotaban a la vez interés y comprensión. De Vargas supo instintivamente que se trataba del general.

–De manera que me ha traído a los caballeros. –Dando vuelta alrededor de la mesa, Cortés les tendió ambas manos–. ¿Señor García, no? He oído hablar mucho sobre usted, señor, y para bien. Hemos sido vecinos, por así decirlo, allá en Santo Domingo. Pero, ¡por mi ánima!, ¿no nos hemos visto antes? ¿No pasó usted por Azúa en el año mil quinientos ocho? Yo era entonces un muchacho, no mayor que Sandoval.

–Sí –afirmó García, con el semblante henchido de satisfacción–. Yo me hallaba entonces en Azúa, después de la revuelta de los in-

dios. No tenía más de veintisiete años. ¡Qué memoria tiene vuecencia!

–Uno no se olvida fácilmente de un hombre de su porte y de su apariencia, señor. Supongo que se unirá a nosotros en la empresa, ¿verdad? Muy bien. Nunca he hecho una inversión más productiva, señor García. Cada maravedí le producirá un millar de ellos. Por lo menos, sí señor. ¡Oiga, Torrazas! –exclamó, señalando con la cabeza al hombre que estaba a un lado de la mesa, con el tintero al frente–, inscriba a mi amigo, Juan García, en la lista de los que forman parte de la empresa. Tome buena nota de su aporte. ¿Y estos otros caballeros?

Sandoval presentó al Ruiseñor y al Moro, cada uno de los cuales recibió una acogida personal. La mirada del general los atrajo en seguida. Su voz, serena y afectuosa, les hizo arder la sangre como si fuese vino. Aquí no se trataba de uno de esos hidalgos altivos que miraba a la gente del pueblo por encima del hombro, sino una persona a la cual podía hablarse como de igual a igual, a pesar de su linaje. El Moro y el Ruiseñor hicieron una mueca de satisfacción.

–Pedro de Vargas, de Jaén –presentó Sandoval.

Las maneras de Cortés cambiaron ligeramente, volviéndose más finas. La forma de inclinarse de Pedro, al saludar, mostraba una educación muy distinta de la de los otros.

–¿De Jaén? ¿Es usted, por ventura, pariente de aquel famoso capitán llamado Francisco de Vargas?

–Hijo suyo, señor –contestó Pedro. Como la primavera después del invierno, la referencia a su padre, un eco dorado del pasado, le alegró el corazón.

–¡Que me place, por Dios! –dijo el otro, apretando a Pedro en un cálido abrazo–. Nuestros padres fueron amigos, aunque el mío nunca rayó a la altura del vuestro. Alvarado, Velázquez, Ordás, señores: he aquí un pronóstico de buena suerte. El hijo de Francisco de Vargas se une a nosotros. Y a juzgar por su aspecto tiene el espíritu de su padre.

Se cambiaron saludos, y hasta el grupo que jugaba a los naipes suspendió la partida.

–¿Su ilustre padre se encuentra bien? –inquirió Alvarado.

–Sí, cuando lo vi la última vez –eludió Pedro.

–Espero que sea de vuestro agrado actuar como caballerizo mío –observó Cortés–. No dudo que vuestros méritos os elevarán pronto al mando.

Pedro pensaba que nunca había encontrado ninguna persona tan agradable. Cortés fascinábale con ese encanto que hacía que los hombres lo sirviesen gustosamente a la vez que se sentían importantes.

–Nada me agradaría tanto, señor –contestó–. Pero estoy con Juan García y he venido exclusivamente por su cuenta a las islas...

–¡Niñerías, su excelencia! –interrumpió García–. El joven es independiente en cuanto a mí se refiere. Si lo toma a vuestro servicio, tendrá un caballerizo que sabe hacer uso de las armas.

–Entonces lo tomo en calidad de préstamo –sonrió Cortés–. Entretanto, ambos me harán el honor de acompañarme hoy a la mesa. Mañana podrá hacerse cargo de sus deberes. Necesito su opinión sobre las vituallas. Ahora tengan la bondad de mostrarme el caballo que han traído. Tenemos lugar para un corcel más en la capitana.

Pedro olvidó sus aprensiones de los últimos minutos. Una chispa había pasado entre el general y él. Una vez más contempló el futuro con animación.

En cuanto a Cortés, al mismo tiempo que alistaba otros cuatro hombres para su ejército, había agregado cuatro decididos partidarios de su persona.

27

Durante los primeros días siguientes, Pedro trabajó como nunca lo hiciera en su vida, preguntándose a veces si no era en mengua de la dignidad de un caballero vigilar la salazón de los cerdos y la estiba de los barriles en las naos o regatear el precio de las aves y el pan de casabe a los aprovechados proveedores de la vecindad, o sudar bajo un sol tropical mientras ejecutaba numerosas tareas plebeyas. Pero con un capitán general amigo de no perder de vista ninguno de los detalles y que era excesivamente minucioso en cuanto a las menores insignificancias, no le quedaba otro remedio. Si Pedro trabajaba, justo le era admitir que su general lo hacía dos veces más, cuando menos; y si estaba muy atareado y transpiraba, no lo era en mayor grado que Cortés. Eso era un antídoto para su sueño romántico de aventura. Comenzó a comprender que la gloria dependía de la carne salada de cerdo y del equipo, de los planes minuciosos y de la aritmética.

–Quien adelante no mira, atrás se queda –como hubo de expresar García–. Y nuestro general no piensa hacer eso, ¡por Dios! –agregó Pedro entusiasmado.

Pedro advirtió con presteza que la admiración que sentía por Cortés, más bien que el cariño, era la base de su poder: admiración por la capacidad, la fuerza y la visión del hombre. Era posible que detrás de ese encanto existiese una inescrupulosidad egoísta, pero aún así, uno lo servía con gusto, a sabiendas de que era utilizado como una herramienta.

Una de las principales obligaciones de Pedro era vigilar el arca del tesoro militar de la expedición.

–De Vargas, con ello le demuestro mi confianza –dijo una vez el general–. Antes le pediría a un lobo que cuidase de un cordero que dejar esto en manos de la mayor parte de nuestros buenos compañeros. Manténgase con los ojos bien abiertos, pues está custodiando el resorte principal del ejército. –Y golpeando el arca, que producía un ruido hueco, agregó con tono humorístico–: ¡Por mi honor, que pronto tendrá mucho más que custodiar! ¡Palabra de honor! ¡Toneladas de oro! Claro es que también recibirá su parte. Se lo prometo. Tendrá las manos enterradas en el oro, que quizá le llegará hasta los codos.

Aunque bastante atareados, fueron muy agradables los días pasados en Trinidad, jornadas de camaradería y de responsabilidad. Después de haber evadido su arresto en España, Pedro se regocijaba de su alistamiento en una empresa legítima. Ahora se hallaba al servicio del rey, aunque fuese con dolo.

El hecho de hallarse allí dolosamente era la única sombra que empañaba su vida en el campamento. Si Cortés se enterase de que la Inquisición andaba siguiendo los pasos de García y de Pedro no comprometería la expedición alistándolos. En su calidad de obediente servidor de la Iglesia sentiríase obligado a detenerlos para entregarlos. Pedro no podría sentirse seguro del todo hasta que la escuadra hubiese partido definitivamente para Yucatán.

Siempre que hablaba del asunto a García éste terminaba por reírse.

–Pero muchacho –exclamaba–, hemos puesto el gran océano entre nosotros y Jaén. El Santo Oficio no ha echado alas todavía. No, ni mucho menos. Hay que olvidarse. Estamos en el Nuevo Mundo.

Pero, quizá como una consecuencia nerviosa de sus experiencias en Jaén, el pensamiento no se apartaba de su mente. Pedro trató de olvidar su temor, pero la premonición de algo inevitable lo acechaba siempre. En la víspera de la partida aumentó su presenti-

miento. Para ocultar su nerviosidad se alejó a solas, trepando la ladera de la colina del Vigía, situada a mayor altura que la colonia.

Al principio, el sendero serpenteaba entre árboles cubiertos de musgo y por entre espesos macizos de flores. Oíase el rumor del agua y los trinos de los pájaros. Finalmente llegó a la explanada de la cima, teniendo encima la inmensa bóveda del cielo y a sus pies el anchuroso mar. Un poco aliviado por el esfuerzo de la caminata y por la infinita calma, se sentó al pie de una palmera solitaria, permaneciendo con la vista fija hacia el este, al otro lado del Caribe.

A su memoria vino el recuerdo de su persona, sentada de manera similar y contemplando hacia el poniente, en los primeros días de su fuga con García. Hizo la comparación entre ambos instantes, separados en el tiempo y el espacio por semejante piedra millar.

En aquella época sentíase inflamado por el éxito de su huída y por su venganza contra De Silva, habiéndose alterado notablemente sus sentimientos. No que lamentara la muerte del hombre –lo habría matado una y mil veces sin vacilación–, sino el haberlo impulsado a renegar de Dios, valiéndose de su cobardía, lo que ahora era para él un remordimiento de conciencia. Su código del sentir no justificaba tan grande blasfemia. Pensaba en lo extraño de que una cosa que hubiera debido producirle gran satisfacción, la mayor de todas, estuviese golpeando continuamente a las puertas de su conciencia. "¡Reniega, De Silva, reniega de Dios!" El eco de su propia voz manteníalo alejado de la misa y despierto durante la noche. ¿Pero era algún castigo demasiado para el individuo? ¿Resultaba el infierno demasiado caliente para él? ¿No había utilizado Dios la espada de Pedro como instrumento vengador? ¿Por qué, entonces, ese remordimiento?

Los débiles sonidos del *Angelus* llegaron hasta él desde la lejana iglesia, dando lugar a otra serie de pensamientos. Rezó su Avemaría, tratando de recordar algo que tuviese relación con el *Angelus*, algo que estaba al borde de su imaginación.

Sí... Catana. Habíale prometido pensar en ella todos los días a esa hora, manteniendo su palabra al principio. Una ola de cariño hacia la moza hubo de invadirlo. Aunque se olvidó de pensar en la joven a la hora convenida, lo hizo en muchas oportunidades, sin embargo, y siempre con un calor que, aunque en parte era físico, no era simplemente tal. Resultábale una mujer extraña, según su perecer, y muy distinta a las demás. Le debía la vida. ¿Qué habría sido de ella, en manos de ese asesino de Soler?

Vasto e infinito como el firmamento, el océano lo apartó de toda respuesta. El Nuevo Mundo era un nombre adecuado. Los ecos del Viejo Mundo podrían llegar allí al cabo de meses, cuando las noticias resultarían sin duda viejas. O jamás podrían llegar. Italia y España semejaban más remotas que la luna, ya que al menos ésta era factible de contemplar. ¿Qué cosas buenas o malas hubieron de acontecer? Hallaríanse a salvo su padre y doña María? ¿Lo recordaría Luisa de Carvajal?

Extendió sobre su rodilla el pañuelo que extrajo del bolsillo interior del jubón. Inevitablemente, su imaginación giraba a manera de compás sobre un punto fijo: aquella divina hora del jardín iluminado, lo mismo que el rostro de Luisa, por la luna. Era su único propósito, el que daba significado a la vida. Si ganaba a la hija del marqués, daríase por satisfecho; de otro modo era como si no tuviese nada. Para ella el oro que pudiese ganar en el oeste, lo mismo que la fama.

Una larga sombra, la de un hábito y una capucha, proyectada desde el oeste, vino a posarse junto a él. Al volverse estremecido, hallóse frente a las facciones del padre Bartolomé de Olmedo, capellán del ejército.

Tomado de sorpresa, reflejó cierta confusión, puso el pañuelo nuevamente en el bolsillo y comenzó a enderezarse; pero Olmedo lo detuvo, poniéndole la mano sobre el hombro:

–Quédese tranquilo, hijo mío. Si me lo permite, me quedaré a su lado para descansar un rato. Ha elegido un lugar magnífico.

Dicho lo cual, el padre Olmedo tomó asiento junto a Pedro, recostándose sobre el tronco de la palmera y exhalando un suspiro de satisfacción. Era un hombre de porte arrogante, con barba rala, ojos de mirar sincero y sonrisa atrayente. Vestía el hábito de la orden de la Merced. García dijo con frecuencia que si el padre Olmedo era incapaz de convertir aquellos perros paganos del Yucatán, sería porque estaban más allá de toda oración. Confiados a él, los intereses espirituales de la expedición hallábanse en buenas manos.

El padre Olmedo despojóse de las sandalias, alegando que la correa le molestaba y movió los dedos de los pies a manera de alivio.

–¿De manera, señor De Vargas, que sigue pensando en España? –inquirió–. ¿Parece lejos, verdad? Y más lejana aún cierta damisela.

Sorprendido por lo acertado de la observación, Pedro se ruborizó.

¿Era, acaso, el fraile un nigromántico? Lo observó nerviosamente.

–¡Válgame Dios! –Olmedo rió–. Cuando un joven recién llegado a Cuba se sienta con la mirada fija en el este, hallándose sentado a solas y con un pañuelo sobre su rodilla, está pensando sin duda en su casa y en su dama. Yo también he sido joven y no siempre he llevado el hábito. ¡Animo! Algún día regresará cargado de oro y de honores. La dama sin par será suya. El sueño se habrá convertido en realidad. –Luego añadió con un suspiro–: ¿Y después, señor De Vargas?

–No comprendo.

–¿Por qué no? –replicó vivamente el otro–. No he querido decir sino que ese sueño puede lograrse y que qué sucedería más tarde. ¿Otra dama? ¿Más riqueza y mayor fama? Porque la sal de la vida, hijo mío, es el esfuerzo, no la consecución de lo que nos proponemos.

–Créame –dijo Pedro, sonriendo y abandonando su reserva– que si consigo lo que deseo, me daré por satisfecho.

–¡Ah! –exclamó el padre Olmedo, que levantó las rodillas y permaneció abarcándoselas con las manos y mirando fijamente al mar–. Bien, la diferencia entre nosotros dos es que jamás conseguiré lo que deseo.

"Llegar a obispo, o quizá a papa", pensó Pedro. Sí, parecía mucha aspiración para un pobre capellán.

–¿De qué se trata, Padre, si no es demasiado preguntar?

–Conocer a Dios en su perfección –dijo Olmedo tranquilamente. Y al cabo de un instante–: Es imposible conseguirlo. Por lo tanto, seré continuamente feliz en mi sueño. Ya ve –prosiguió el fraile en tono completamente distinto–, los sueños son como zanahorias y nosotros como mulas. En tanto las zanahorias cuelguen delante de nuestras narices, seguiremos adelante, cubriendo el terreno. Si las alcanzamos, entonces nos detendremos.

No acostumbrado a la metáfora, Pedro tuvo que digerir su significado lentamente.

–¿Cómo vino a dar a las Indias, Padre?

–Como testigo de Dios.

–¿Para los indios?

–Sí, con esa idea vine –dijo el Padre, que pareció divertido–. Pero pronto aprendí que más falta haría a los españoles.

–¿Qué quiere decir?

–Vamos. ¿Quién es más culpable? –contestó Olmedo–. El indio, que sirve a sus demonios a través de su ignorancia, o el español que profesa el amor a Cristo y sirve al demonio con el rapto y el asesinato, la extorsión y la crueldad– –El semblante del monje se ensombreció, antes de proseguir–: Los indios nos recibieron como criaturas. Los hemos destruído con la espada, con el látigo, en los campos y en las minas. Murieron como moscas y pronto serán exterminados. Hemos sido una plaga para estas islas. ¡Que Dios se apiade de nosotros!

Hizo un esfuerzo para dominarse.

–Y así he llegado a esta expedición como capellán del ejército. Es mi rebaño... de lobos –agregó–. Hernán Cortés habla de convertir a los indios. No va tanto mi interés hacia ellos como hacia nosotros. Con la ayuda de Dios, no volverá a repetirse lo sucedido.

Las palabras, por duras que pareciesen al orgulloso español, hallaron eco en el corazón de Pedro. Sí, no era tanto las palabras como la entonación de ellas, la emanación del espíritu de Olmedo. Parecía, en verdad, un hombre bueno, no bueno en el sentido usual, sino en otro más elevado: un hombre con quien se podría conversar... quizá hasta confesarse. Acaso pudiera confiarse en un sacerdote como éste.

De Vargas quiso sondear algo más.

–Padre, entiendo que hombres como usted pueden hacer mucho en España. ¡Hablar de crueldad y de extorsión! ¡Santo Cielo! También en la iglesia hay lo suyo. Yo he visto un auto de fe en Jaén, hace mucho tiempo. ¿Qué piensa de la Inquisición?

Ahí estaba la prueba. Si fray Bartolomé dejaba de lado la cuestión, lo mismo haría Pedro; pero Olmedo devolvió la mirada sin pestañear, acariciándose la barba con los dedos. Cuando habló, era como si estuviese pensando en alta voz.

–Hijo mío. ¿Cree en la Santa Iglesia Católica?

–Vaya si creo.

–¿No existe otra iglesia, verdad?

–No.

–Una sola iglesia en España, Francia, Inglaterra, el imperio, en Italia... en todo el mundo. Todos los cristianos piensan igual. ¿No es cierto?

Pedro pudo contestar que sí. Era antes de la reforma.

–No le gustaría ver la iglesia, el manto de Cristo, roto en pedazos y hecho jirones, ¿verdad? En lugar de un redil, varios de ellos. ¿Tendríamos así paz y tranquilidad?

–No. ¿Pero el Santo Oficio...?

–Un momento. Porque hay con frecuencia pastores crueles y voraces, ¿cree que debe abandonarse el oficio de pastor y dejar que se descarríen las ovejas?

–No. ¿Pero qué tiene eso que ver con la Inquisición?

–Todo. Fue establecida para proteger la fe. He dicho con ese propósito. Es posible que no esté consiguiendo su finalidad, que los medios empleados sean erróneos, que se encuentre en manos de pastores crueles e ineptos. Pero permítaseme decir esto: no todos los pastores son crueles ni todos los condenados inocentes.

–Padre, ¿qué piensa de la Santa Causa, tal como está ahora? –insistió Pedro.

Hijo mío, no contestaría a esa pregunta, sino al inquisidor mismo –replicó Olmedo–. Si llegase ese momento... –se detuvo de repente–. Pedro, hijo, permítame decirle algo. Cuando lleguemos al Yucatán predicaré el Evangelio; haré cuanto esté a mi alcance para impedir que los seres humanos coman la carne de sus semejantes y la realización de sacrificios humanos. Derribaré, siempre que sea posible, esos ídolos infernales de que nos habla el capitán Grijalva, pues no resulta adecuado que los hombres se inclinen delante de ellos. Emplearé el amor, la piedad y la mansedumbre, en lugar del potro y del azote. Juzgue mis creencias por mis actos. Lo que vale es cómo vivimos y cómo procedemos... Y ahora permítame formularle una pregunta: ¿Por qué no ha ido a misa?

Los ojos de Olmedo trasuntaban tal honestidad, que Pedro no pudo resistir. Experimentaba un creciente alivio, ocurriéndosele pensar que semejante conversación no habría sido posible en España. Quizá el Nuevo Mundo significase algo más que nuevas tierras.

–Se lo diré, Padre, si me contesta una cosa. ¿Qué le parece del sacerdote, que se vale de una confesión en perjuicio de la persona que la ha llevado a tal efecto?

–Eso está claro –contestó Olmedo–. No importa la culpa del individuo; el sacerdote está maldito. ¿Qué lleva sobre su conciencia?

–Bueno; entonces –dijo De Vargas–. Yo, Pedro, me confieso ante el Todopoderoso...

Refirió toda la historia, en tanto que Olmedo escuchaba, asintiendo de cuando a manera de incentivo. Lo que más había temido

revelar fue lo más fácil, haciéndolo sencillamente, como de hombre a hombre. Y una vez que hubo terminado su relato se sintió como liberado de una prisión.

–Ya ve –dijo– que García y yo estamos en vuestras manos desde ahora.

–No, hijo mío –fue la asombrosa respuesta de Olmedo–. Estáis a merced mía desde esta mañana, como voy a demostraros. –Desdobló un papel que había sacado de la faltriquera–. A no ser lo referente a De Silva, hay poco que no conozca; pero quería oírlo de sus propios labios. ¿Sabe leer latín?

–No muy bien. –El corazón de Pedro estaba helado.

–Esta es una orden del obispo de Santiago, dirigida a Hernán Cortés, en la que recaba la detención de ustedes dos, a pedido de Ignacio de Lora, que ahora se encuentra en Santo Domingo por asuntos relacionados con el Santo Oficio... Lo que me ha confesado usted figura aquí, naturalmente, no desde el mismo punto de vista.

De manera que los presentimientos de los últimos días estaban justificados. ¡De Lora en las islas! Pedro recordó entonces lo dicho por De Silva acerca del viaje del inquisidor. García y él estaban perdidos. De acuerdo con esa orden, Cortés y Olmedo veríanse imposibilitados de favorecerlos, por muy inclinados que estuviesen a la piedad.

–El general me la entregó –agregó Olmedo–, diciendo que era cosa de mi incumbencia, pues él se hallaba muy atareado para entenderse con obispos y latines.

–¿No la ha leído todavía?

–No.

Pedro se puso de pie, contemplando el océano con los ojos bien abiertos. En su imaginación veía la salida de la flota sin él y sin García, y se mordió los labios.

–Estoy a su disposición, Padre. ¿Qué esperamos?

Volvió su rostro hacia Olmedo, asombrándose ante lo que observó. El fraile estaba haciendo mil pedazos la carta del obispo, y cuando hubo dado fin a su tarea, los arrojó al viento.

–Ya está arreglado el asunto –aclaró–. El caballerizo que trajo esta orden desea alistarse con nosotros. Una carta puede perderse. Y estaremos fuera de Cuba durante mucho tiempo.

–¿Estaremos? –inquirió Pedro.

–Sí. Estaremos.

–¿Quiere decir entonces...?

–Quiero decir muchas cosas, Pedro de Vargas –aseguró el fraile, poniéndose las sandalias–. No habría destruído la carta si no hubiese confesado. La honestidad nos resarce de un gran número de pecados, y fray Bartolomé de Olmedo aborrece la injusticia.

–¿Pero el general?

–Le referiré parte de la misiva: que el obispo le envía su bendición...

–Padre, ¿cómo podré mostrarle...? –pronunció Pedro.

–Cumpliendo tu penitencia, hijo mío.

–Muy bien. ¿Cuál es?

–Sufrir la carga que supone el perdón de Dios y rogar por el alma de Diego de Silva.

Por un momento Pedro no respondió, diciendo finalmente que lo juraba.

El monje puso la mano sobre la cabeza de Pedro, echándola hacia atrás, a fin de contemplar su semblante.

–Muchacho, es una penitencia más grande de lo que parece. Recuérdalo mañana cuando nos hagamos a la mar y en los días venideros.

28

Si Ortiz, el músico, hubiese vivido cuatro siglos antes, habría sido considerado trovador. En verdad, tenía todas las cualidades y el temperamento de los de esa clase. Caballero y buen espadachín, dueño de la mitad de uno de los dieciséis caballos que figuraban en la expedición y propietario de una cómoda hacienda cerca de Trinidad de Cuba, combinaba con todo ese activo su talento para la música y el canto y el dominio del laúd y del violín. Contaba con un amplio repertorio de viejos romances y de aires populares que le inspiraban hermosas baladas sobre cualquier tópico, causando con ellas la admiración y la alegría del ejército. Un hermoso tipo de varón, de nariz corta y recta y ojos de un azul claro y brillante, había venido a este mundo, tanto para alegría de las damas, como para ocasionarles pesares.

Pedro de Vargas, que sentía una cariñosa inclinación hacia la música y la poesía, aunque sin la menor disposición para ninguna de esas artes, iba hacia Ortiz por aquello de los polos opuestos, buscándolo con la reverencia del lego hacia el artista.

El Jueves Santo, cuando la flota llevaba dos meses navegando después de su partida de Cuba, ambos jóvenes hallábanse sentados en el castillo de proa de la capitana, apoyados sobre el mástil y a la sombra de las velas, que atajaban el fuerte sol de abril. La inclinación de la proa mantenía a los otros alejados, asegurándoles un retiro imposible en el combés, lugar mucho más poblado y más seguro.

Tatareando para sí, Ortiz pulsaba distraídamente las cuerdas de su laúd, absorbido en el efecto de la composición.

–¿Qué va a tocar? –inquirió Pedro.

–No lo sé –contestó el otro–. Una de las tantas serenatas. Me vino la idea esta mañana, cuando el sol salió sobre aquellas montañas de enfrente.

Indicó con la cabeza la cercana costa de la tierra firme, a lo largo de la cual los once barcos de la armada enfilaban hacia el norte, diseminados irregularmente. La tierra hallábase cerca, como para que todos los ojos pudiesen contemplar las extensiones arenosas con el fondo de la jungla, las escarpadas colinas situadas detrás de ésta, y finalmente, a modo de nubes, los nevados picos del interior.

Allá en el oeste (tatareaba Ortiz)
Las blancas sierras brillan
Como si fueren oro y fuego
Para recibir al nuevo día...

–Algo por el estilo. Y después puede aplicarse a nuestra dama. Pero no he podido componer nada más. ¡Por las llagas del Señor! ¿Cómo es posible pensar en versos con toda esta baraúnda y el hedor de este maldito barco encima? ¡Demonio! –Pulsó con rabia su instrumento una vez más, colocándoselo después entre las piernas, mientras decía–: Es imposible.

Seis pies más abajo del combés, una multitud de hombres charlaba, produciendo un ruido como si se tratase de un grupo de ranas. Una doble fila a lo largo de la amurada observaba fijamente la costa, cambiando comentarios en voz alta. Sobre los barriles del agua tenía lugar una partida de dados. Marineros de gorro colorado y descalzos se afanaban, como de costumbre, con el aparejo de la nao. Los tres corceles embarcados en la capitana coceaban en sus establos sobre cubierta. Sandoval, García y algunos más limpiaban su equipo en medio de bastante bulla y sin dejar de gastarse bromas. Algunas de las mujeres de Yucatán, adquiridas en Tabasco, subidas en montones de leña para el rancho se dejaban hacer el amor, en

tanto que Isabel Rodrigo y María de Vera, obligadas por la competencia, habían establecido su trono en la barandilla de estribor. El viento de proa impulsaba hacia adelante los olores del barco –ajos, pescado salado, estiércol de los caballos, aceite rancio y el perenne hedor de las bodegas. Y siempre se veía los infaltables ocupantes de los asientos sobresalientes de la borda, a modo de letrina.

Pero la animación y el amontonamiento no terminaba en el combés. Más allá levantábase el alcázar, ocupado por los caballeros del retén detrás, y en el lugar más alto de toda la nao, con excepción de mástiles, el alcázar de popa destinado al general, el cual podía verse estudiando el terreno en compañía del piloto Alaminos, doña Marina –la flor del grupo de damas de Tabasco–, Puertocarrero y un grupo de hombres de la expedición de Grijalva.

–¡Animo, amigo! –dijo De Vargas–. Tenga confianza. Ya le vendrán las palabras. No hay más bulla de la acostumbrada. Hasta que llegue ese momento recite algunas estrofas de aquella balada sobre Bernardo del Carpio; ya sabe, esa que dice:

> En corte del Casto Alfonso
> Bernardo a placer vivía...

Me gusta mucho –concluyó.

–No, no estoy en vena –contestó Ortiz, meneando la cabeza–. Por otra parte, es cosa muy antigua. Respeto lo viejo; no crea lo contrario, y algunas veces el cantar de gesta es lo que más se aviene con mi estado de ánimo. Pero soy mucho más partidario de lo nuevo, y me gusta lo contemporáneo. ¿A qué atenerse al Cid y a Bernardo del Carpio, cuando estamos en una aventura que sobrepasará, en mucho, a las de ellos?

–Apenas lo creería –contestó Pedro.

–Bien; le diré yo entonces. ¿Cuándo partieron el Cid o Bernardo a la conquista de un continente desconocido? ¿Pelearon alguna vez contra cuarenta mil salvajes que no cesaban de aullar, como hizo un puñado de nosotros, hace menos de un mes, en Ciutla? ¿Cuándo convirtieron tantos infieles, como hemos hecho nosotros desde que desembarcamos en la isla Cozumel?

–Sin embargo, apenas puede llamarnos paladines, hombre. No estamos en esa categoría.

–¿Por qué no? No tenemos que ser terriblemente humildes porque estamos vivos y ellos hayan muerto. ¿Cómo sabe que con el tiempo no nos cantarán baladas? Por ejemplo:

Don Pedro pone su lanza en ristre;
¡Ataca al grito de combate!
Clava las espuelas a su gran caballo Soldán:
Y a un millar de paganos abate.

Hagamos nuestro propio romancero, Pedrito.

–¿Es eso un ejemplo? –gesticuló De Vargas.

–No; pensémoslo muy en serio –urgió Ortiz–. Siempre que suceda algo, una balada en seguida. ¿Qué cree usted que debe cantarse hasta ahora?

Dejándose llevar por el juego, Pedro aventuró:

–¿Qué le parece el saqueo de la isla Cozumel por Alvarado antes de la llegada de Cortés, el furor que atacó al general y la manera como hizo que la gente de Alvarado devolviese todos sus efectos a los indios?

–No, no es lo bastante épico. No se puede hacer una balada sobre el robo de un gallinero, que es, más o menos, lo que vino a resultar. Y la gente de Alvarado se condujo como los chicos que se bajan los calzones para recibir una azotaina. No tiene nada de heroico.

–Bueno. Entonces, Olmedo predicando el Evangelio, mientras nosotros echamos a rodar los ídolos por las escalinatas del templo.

–Es cierto. Eso tiene colorido y movimiento. Comenzaremos por ahí, agregando que los indios consideraban a sus ídolos demasiado débiles, ya que ni siquiera fueron capaces de protegerse de las embestidas del Pelirrojo de Vargas ni del Toro García. Se volvieron cristianos en diez minutos. Esa será la balada número uno. ¿Y después?

–Ya sabe que me parece que Jerónimo Aguilar merece un romance. Los dos hombres observaron a un individuo atezado, agachado a la manera india en el combés, no lejos de Sandoval. Después de haberse ordenado había naufragado en las costas de Yucatán ocho años atrás, convirtiéndose en esclavo de un cacique maya hasta que fue rescatado por Cortés. Era valiosísimo como intérprete, aunque su castellano se había vuelto bastante deficiente y hablaba con el acento gutural propio de los indios. Sus relatos sobre la barbarie de los nativos fascinaban al ejército, refiriendo cómo los supervivientes del naufragio habían sido comidos después de sacrificarlos y cómo él mismo había podido librarse de sus ligaduras cuando estaba a punto de ser sacrificado, huyendo. Pero lo que más le agradaba describir era el temperamento erótico de las jóvenes indias,

a cuyos encantos lo había expuesto su amo, el cacique, al no creer en su castidad. Fiel a sus votos, había vencido al demonio.

–¡Hum! –exclamó Ortiz–. Bien podríamos hacer un San Antonio de ese Aguilar. Nada presta más aroma a la poesía que el sexo... Bueno; ¿y luego? Desde la isla de Cozumel cruzamos hasta tierra firme, llegando a Tabasco. Tenemos la batalla de Santa María de la Victoria, merecedora de media docena de baladas.

El poeta adoptó una actitud adecuada, dando una entonación medio heroica a sus palabras.

–El aire estaba oscurecido por una nube de piedras, arrojadas con hondas, flechas y jabalinas. Setenta caímos heridos a la primera andanada. Paso a paso les hicimos frente con sus lanzas y espadones. Bien sabe, Pedro, que esos malditos filos de obsidiana cortan como navajas de afeitar. No les hace gracia nuestros aceros. Mesa lanza contra ellos la artillería. Los indios infernales gritan: "¡Alala!", echando tierra al aire para que la polvareda oculte sus pérdidas. Retroceden para dejar espacio a sus arqueros; atacan de nuevo. ¿Dónde está esa maldita caballería? ¿Por qué no carga Cortés?

–Bien sabe el motivo que lo impidió –terció Pedro–. Nos hallábamos en un pantano.

–No interrumpa. Estoy hablando desde el punto de vista del verso... Estamos medio muertos de calor, de cansancio y de las heridas. Cedemos terreno. Entonces..., ¡bravo!, vislumbramos los caballos. "¡Santiago y a ellos!"..." Bueno; ahora le toca proseguir, pues fue cuando entró en acción.

–Bien –Pedro se rascó la cabeza antes de seguir–; después que salimos del pantano no hay mucho que contar.

–¡Qué vergüenza! –exclamó Ortiz–. Tiene una imaginación prosaica, cosa que me choca... Pero doña Marina –agregó en tono diferente–. He aquí algo más.

Miró en dirección al castillo de popa, donde la graciosa figura de la joven india recortábase contra el cielo. Había sido regalada a Cortés, a más de otras diecinueve, como señal de paz, después de la batalla. Y él la había cedido a Puertocarrero, aunque se decía que no la veía con malos ojos. Era bien educada, de bellas facciones y de color pálido. Resultó venida del interior, perteneciendo a otra tribu conocida como aztecas y regida por un emperador llamado Moctezuma. De noble nacimiento, había sido vendida por su madre, poco escrupulosa, a un mercader de esclavos vagabundo. Aguilar podía hablar con ella por conocer el maya. Y Cortés, muy ducho en cuan-

to a las futuras posibilidades de la empresa, previó la utilidad de la joven como intérprete ante su propio pueblo. Ella y las otras diecinueve, ya bautizadas, hallábanse así en condiciones de ser abrazadas por los cristianos. Pero fue la única a quien se acordó el tratamiento de doña.

–Bien; démosle entrada en la balada, y muy merecidamente –declaró Ortiz–. También al oro de los caciques. Pedro, ¿recuerda cómo Aguilar les hizo confesar el lugar de procedencia? Culúa, México, más allá de las montañas. Después de eso supe que no permaneceríamos en Yucatán. Recuerde cómo brillaron los ojos del general. "Culúa, ¿eh? ¿Más allá de las montañas? ¿Escucharon, caballeros, oro detrás de las montañas?"

–No hay que olvidar nuestra procesión del Domingo de Ramos, Ortiz. Eso debe figurar –observó Pedro–. Los indígenas no podían pasar por encima de los blancos "teules" que llevaban palmas y se arrodillaban delante de la Virgen y del Niño. Debemos haber convertido a muchísimos.

–Sí –dijo Ortiz bostezando–; y eso nos lleva otra vez a la realidad: nuevamente a bordo de los condenados barcos. Tendremos mucho tiempo para escribir baladas antes de que arribemos a Culúa, pueden creerme. –Sus ojos vagaron hacia el puente principal, situado por debajo de ellos, posándose sobre un hombre que hablaba a los jugadores de dados alrededor de los barriles del agua–. Nos hemos olvidado del villano, Pedrito. Siempre tiene que haber uno en el cantar de gesta. Ahí está.

Era un individuo de hombros fornidos y larga barba negra y rizada. Usaba un casco de acero dorado y un jubón de color de fuego con amplias mangas. De pie, con los brazos en jarras y con las piernas separadas, adaptábase fácilmente a los movimientos del barco. Era un oficial de poca categoría. Juan Escudero, paje del gobernador Velázquez, y se rumoreaba sobre cierta animosidad entre él y Cortés.

Escudero resultó algo más peligroso que lo ejércitos indios, algo que había estado en progreso desde la batalla de Ciutla, y que, a manera de sanguijuela, iba minando la fuerza de la expedición. Todo el mundo se percataba de la existencia del espíritu de la indisciplina y del amotinamiento, como si fuese un fuego ahogado. Mostrábase en forma de gruñidos, en disensiones, de prudentes presentimientos y de rimbombantes frases de fidelidad al gobernador de Cuba. Su origen era el temor... no sólo al imperio existente detrás

de las montañas, del que se filtraron vagos rumores, sino al mismo Hernán Cortés. Porque la grandeza no puede enmascararse por completo; y la grandeza en un líder no sólo inspira al tímido, sino que le produce inquietud. Y de ese temor y de esa incertidumbre sacó el mayor partido la facción del ejército de Velázquez.

Después de dejar pensativos a los jugadores de dados, Escudero se alejó, deteniéndose casualmente junto a Sandoval.

–¿Están cuidando sus equipos, caballeros? ¡Por Dios, que es cosa bien sensata! Creo que volveremos a necesitarlos. –Hablaba con voz fiera y hasta cierto punto temblorosa.

Pedro se inclinó sobre el borde del alcázar para oír lo que decía. Ortiz volvió a su laúd, bostezando otra vez.

–Mucho mejor –contestó Sandoval.

–Hay quien no opina lo mismo.

–¿De veras?

–Sí. Hemos venido a comerciar, ¿verdad? Pues fíjese en el país. Nos acompañaron hombres suficientes para protegernos y sostener una avanzada, no para pelear batallas encarnizadas ni conquistar imperios. Eso debería estar bien claro para quien no fuese un necio. Hemos perdido algunos hombres en Tabasco, ¿recuerda?

–Sí. Son las vicisitudes de la guerra.

–Sí, joven. Pero no hemos venido a hacer la guerra, sino a comerciar.

–Con su licencia, señor –interrumpió García, haciendo oír la voz sobre el problema que dividía al ejército–: ¡Hemos venido a poblar, a colonizar!

–Y con su licencia, señor, no hemos hecho nada de eso. No había ni una palabra sobre colonización en las instrucciones del gobernador a Cortés.

–Tampoco la había sobre nada más en el pregón público. El gobernador escuchó la proclama. ¿La corrigió? No. ¿Cree, por ventura que salieron quinientos hombres con sus once barcos para repetir lo hecho por Grijalva simplemente? Yo diría que no.

–Muy bien, señor –replicó acremente Escudero–. Cualquiera que fuese la idea, existe eso que se llama obediencia a la ley. Hemos salido a las órdenes del gobernador Velázquez; y por lo que a mí se refiere, pienso cumplirlas, no cometiendo la locura de hacer lo contrario.

Se hizo un silencio molesto. Legalmente estaba en lo justo; pero las leyes sufren a consecuencia de la distancia y del agua salada.

–Ya está. Al fin di con lo justo –exclamó una voz detrás de Pedro.

Era Ortiz, quien, de espaldas al mástil y con el laúd debidamente inclinado, anunció a los expedicionarios situados más abajo:

–Señoras y caballeros: Escucharán una "Serenata a una dama española". –Luego cantó con voz de barítono:

Allá en el lejano oeste,
Las blancas sierras brillan
Como si fuesen oro y fuego
Para recibir el nuevo día:
Y lo mismo hará mi corazón,
¡Oh, reina de mis deseos
Al acercarte a mí
Lleno de ardiente anhelo!

Allá en el lejano oeste
Las poderosas aguas
Llevan nuestras velas intrépidas
De ventura hasta la costa en pos.
Así impulsado por corrientes más impetuosas
Mi amor ataca
Tu amor aventurándose,
Señora, eternamente.

Allá en el lejano oeste
Los ecos de nuestro destino
Las acciones y el arrojo
Testigos de Dios y España son.
Así permite que mi canto
Un testigo más dulce
A través del océano cruce
Para volver a decirte amor.

Una salva estruendosa de aplausos saludó el final del canto.

–¡Por Dios, Ortiz! –exclamó Juan Pilar, que se hallaba próximo y conocía algo de letras–. Eres otro Orfeo. ¿Acaso no estuvo en la proa del *Argos*, impulsando con su música la velocidad de la nave hacia el vellocino de oro? Debieras reclamar un premio al general.

–Lo haré, Juan –contestó Ortiz, complacido, mientras colgaba el instrumento de su hombro–. ¿Cuánto crees que me dará? ¿Un maravedí?

–Una cosa es el amor y otra el matrimonio –dijo García, prosiguiendo con la limpieza de su armadura después de dar un suspiro.

Pedro, ensimismado aún en el canto, contempló fijamente a lo lejos. Solamente Sandoval, que no tenía oído para la música, y sí un carácter privilegiado, mostró su desaprobación cómica:

–¡Bah! –exclamó–. Si no fueses tan buen espadachín, Ortiz, te tildaría de pusilánime. ¡Mira que dedicarse a cantar a una dama! Nunca me ha dado por ese lado. ¿Qué quiere decir "reina de mis deseos", etcétera? ¡Vete enhoramala!

–Pregunte a Pedro lo que quiere decir –rió García–. Desde que la señorita Luisa de Carvajal le sorbió el seso, o, por lo menos, la mitad, a cambio de un pañuelo bordado, se ha vuelto casi como Ortiz. Amigo Sandoval, comparto su manera de sentir. ¡Al diablo con las damas! No son para esta parte del mundo. Utilice su influencia sobre Pedro.

De Vargas prosiguió con las piernas colgando del castillo de proa.

–¡Mírelo! –prosiguió García con su gran vozarrón–. Catana Pérez, esa mozuela de Jaén, nos salvó la vida; es una perla de mujer, útil para el lecho, para la mesa y para la marcha. Habría dado su alma por él. ¡Pero al diablo! No es una dama, y no puede cantarle versos.

–¿Qué dice usted a esto, Pedro? –gesticuló Sandoval.

En respuesta, Pedro llevóse el dedo a la nariz.

En la toldilla de popa, Cortés se hallaba con ojos alegres, pero ansiosos, fijos en la costa. De cuando en cuando echaba un vistazo por la nave, observando a Ortiz y a Vargas en el castillo de proa; a Sandoval y a García, ocupados en la limpieza de su equipo; a Escudero, haciendo su ronda a las diez naves diseminadas en seguimiento de la capitana... Era una mirada casual que no denotaba sino alegría y anticipación.

Llevaba un gorro tosco de lana, hundido, para protegerse los ojos del sol, y una capa de marinero para resguardarse de las salpicaduras que de vez en cuando ascendían desde el mar. Ni siquiera el intenso resplandor del sol de los trópicos fue capaz de curtir sino levemente sus pálidas mejillas.

Un joven, vistosamente ataviado y que había navegado con Grijalva, Bernal Díaz del Castillo, iba señalando los puntos principales, secundándole otros dos con sus informaciones.

–Mi capitán, aquellas alturas del fondo las llamamos Sierra de San Martín. Había un compañero en la compañía, buen soldado...

–¿Y aquel río? ¿O es una bahía, allá adelante?

–No, es un río –dijo Alaminos, que no sólo había servido en la expedición de Grijalva, sino también como piloto en el cuarto viaje de Colón.

–El río en Las Banderas –continuó Díaz, para que no le dejasen fuera de la conversación. Los indios nos hicieron señales con banderas blancas.

–¿De manera que allí fue donde desembarcaron, verdad?

–Exactamente, señor –terció ansiosamente otro de los hombres de Grijalva–. Allí es donde recogimos quince mil pesos de oro a cambio de unas cuantas de cristal verde que no valdrían más de un peso. Dijeron que procedía del rey que gobierna detrás de aquellas montañas.

–¡Hola! –dijo Cortés–. ¡Vaya un príncipe rico! ¿Y si fueron quince mil pesos, por qué no cien mil o un millón, señores? Podríamos hacerle una visita, a menos que...

Después de observar todos los rostros, en los que se pintaba la sed del oro, dejó sin terminar la frase, volviendo la mirada nuevamente hacia la costa.

–¿A menos qué? –interrogó Portocarrero, que se hallaba de pie, rodeando lánguidamente la cintura de doña Marina con su brazo, la cual, aunque recostada sobre él, no apartaba los ojos de Cortés.

–A menos que regresemos a Cuba, como algunos de nuestros amigos exigen. Lejos de mi ánimo desobedecer las órdenes de su excelencia. No podría hacerse sino por compulsión, señores, ya comprenden..., contra mi voluntad.

Sus ojos, repentinamente inescrutables, fueron de rostro en rostro; pero esa inescrutabilidad era intencional, y los oyentes se sonrieron. No pertenecían a la facción de Velázquez. Frente a ellos, más allá de las montañas, el país del oro; detrás de la flota, al otro lado del mar, un gobernador real. La elección no resultaba dudosa para hombres decididos, con o sin órdenes. Pero de las diez naos que seguían a la capitana, cuatro eran mandadas por amigos del gobernador, y la nostalgia del hogar se extendía entre los expedicionarios.

–¿Aquella isla? –dijo Cortés, señalando, dejando sin decir lo innecesario.

–La isla de Los Sacrificios, señor –contestó Díaz–, donde hallamos aquellos malditos perros que sacrificaban niños a sus ídolos.

–¿No sería un pecado irremediable dejar este país en las tinieblas? –inquirió gravemente Cortés–. ¿Y más allá de esa isla queda el puerto en cuya demanda vamos?

–Sí. San Juan de Ulúa.

–¿Usted sabe –dijo Portocarrero, retorciéndose el bigote hacia arriba– que eso me recuerda la vieja balada que Ortiz estaba cantando ayer?:

Esto es Francia, Montesinos,
Y París, la hermosa ciudad,
Y éste el río Duero
Que en busca del mar va.

¿Recuerda?

Cortés asintió.

–¿Qué les parece un nuevo verso? –prosiguió Puertocarrero.

Contempla tan ricas tierras, Capitán,
Hasta donde tu vista da,
Y no dejes de aprovechar
La ocasión que aguardándote está.

Se cruzaron miradas que indicaban comprensión entre los oyentes. Cortés sonrió, preguntando después:

–Compadre, soy tan buen poeta como tú. ¿A ver qué te parece esto?:

La fortuna del paladín Roldán
Dios en su misericordia nos conceda;
Cumplid vuestro deber, valientes caballeros,
Y el resto por mi cuenta queda.

Sus ojos se oscurecieron un instante y los dientes brillaron por encima de la cicatriz del labio inferior. Rieron los otros. ¿Deslealtad para con el gobernador Velázquez? De ninguna manera. Poesía y nada más.

–¿Comprende, doña Marina? –preguntó a la joven india.

–Sí, señor –respondió ella ansiosamente, valiéndose de esas dos palabras que pronto hubo de aprender.

–¡Por mi conciencia! –exclamó Cortés–. Haré que hable español dentro de un mes... Ya sabe que ésta es idea vuestra, amigos: "Contempla tan ricas tierras, capitán." Iremos a tierra mañana, el día de la Vera Cruz. Si por las órdenes del gobernador fuéranos permitido colonizar, y seguramente tal habrá sido su intención; pero yo digo si fuera, podríamos denominar a nuestra ciudad Villa Rica de Vera Cruz, lo que convendría tanto a nuestra religión como a nuestro futuro. Los nombres tienen su importancia.

Luego llenó sus pulmones de la brisa de la costa, exhalando el aire lentamente.

–¡Ah, señores! ¡El olor de las nuevas tierras! No hay fragancia que lo iguale en este lado del cielo.

29

El recuerdo del último día pasado a bordo acudió a la memoria de Pedro dos meses más tarde, mientras montaba guardia sobre el tesoro militar en el teocalli o recinto del templo en Cempoala. Quizá lo que le hacía pensar en ello era el contraste entre el aire vigorizador del mar, vibrante y cargado de sol, y la humedad impregnada de mosquitos de esa noche tropical, encerrado entre las paredes del teocalli, que olían a paganismo.

Desde aquella fecha, el ejército hubo de "obligar" a Cortés a renunciar a su fidelidad hacia el gobernador de Cuba, estableciéndose, por su cuenta y riesgo, como colonia independiente de Villa Rica de Vera Cruz. Después de abandonar su prolongado acantonamiento en San Juan de Ulúa, se dirigió hacia el norte; en la nueva ciudad de Villa Rica se erigieron algunos remedos de murallas; Cortés había establecido alianzas en su favor, tanto en Cempoala como entre otras tribus tutonacs a lo largo de la costa, colocándolas en estado de revuelta contra el poder azteca en México. Con eso y con Villa Rica como base en que apoyarse, la marcha tierra adentro aproximábase cada vez más.

Pedro recordó las palabras de los versos con que Cortés contestó a la vieja balada y que tanto éxito tuvieran en el ejército:

> La fortuna del paladín Roldán
> Dios en su misericordia nos conceda...

echando un vistazo a los fuertes cofres del centro del lugar, uno de los muchos que rodeaban las instalaciones del templo. Aunque medio cortada por la inclinación aguda de la sagrada pirámide del exterior, la luz de la luna penetraba por la puerta, iluminando los cofres y dándoles un contorno más pronunciado.

¡Por Dios! ¡Miren que hablar de Roldán! Si un hombre tuviese la mitad del oro que había en esos cofres, podría establecerse en España como un príncipe y casarse con quien eligiese. Pero, desgraciadamente, el proyecto consistía en enviar todo ese oro al rey, con objeto de obtener una efectiva independencia de la nueva colonia con

respecto a Cuba. Montejo y Portocarrero fueron elegidos como representantes, y un barco iba a ser puesto a disposición de ellos. Era, probablemente, un buen proyecto, y de ese modo no tendrían siempre a Velázquez encima. Pero el precio era muy elevado, y pesaba como si fuese un pecado. Tratábase de todo lo adquirido hasta ese instante en tierra firme, con lo que cada uno de los expedicionarios pudo conseguir en su trueque con los indios, más los presentes efectuados por Moctezuma, el del imperio desconocido de tierra adentro. Esos regalos constituían, con mucho, la mayor parte del tesoro.

Mientras recorría los cofres con la mirada, iba recordándolos lentamente, viniendo a su memoria la mayor parte del inventario:

"Una gran cabeza de aligator, de oro; un ave de verde plumaje, con patas, pico y ojos de oro; seis escudos, cada uno forrado con una plancha de oro; dos collares, hechos de oro y piedras preciosas; cien onzas de oro; animales de oro, parecidos a culebras; cinco aventadores, con barra de oro; dieciséis escudos, de piedras preciosas; una placa de oro con un peso de setenta onzas; una rueda de plata, con un peso de cuarenta marcos..."

Aún recordaba los pomposos embajadores de Moctezuma con sus extraños atavíos de plumas en la cabeza y sus trajes de colorines parecidos a un arlequín, llenos de adornos de oro que tintineaban al caminar y con colgantes de jade en los lóbulos de las orejas y en el labio inferior. Perros alteneros que se pavoneaban demasiado. Uno de ellos le trajo el recuerdo de Coatl, haciéndole cavilar sobre la patria del antiguo sirviente de De Silva. Podría ser que el indio, con sus charlas acerca de las maravillas del oeste, perteneciese a esta misma raza.

Pedro veía aún en su imaginación a los esclavos de los embajadores mientras tendían sus alfombras y amontonaban los tesoros, en tanto el círculo de barbudos españoles se estrechaba, empujándose con los codos para observar mejor.

El intérprete, Aguilar, y doña Marina hubieron de informar a Cortés que Moctezuma enviaba esos presentes junto con sus saludos, rogando que los teules blancos se mantuviesen apartados de sus dominios. La cosa tenía gracia, y mucho se había hablado de ello alrededor de las hogueras del campamento: enviar pepitas de oro a los que andaban en busca del ansiado metal, invitándoles respetuosamente a que no visitasen las minas... Esos presentes hacían posible el soborno a España e inevitable la marcha a través de las montañas.

–Amigos –había urgido Cortés para justificar el sacrificio del tesoro: ¿Creéis que este príncipe se ha despojado de esos tesoros en nuestro beneficio, que no tiene mil veces más en el lugar de donde los ha extraído? Por mis barbas, caballeros, esto no es sino muestras y desechos. Y fíjense, nos tiene miedo, pues en otro caso no nos lo habría enviado. Indudablemente, tenemos que hacerle una visita. ¿Nos conformaremos con menudencias, que en España parecerán gran cosa, cuando podemos apoderarnos del tesoro de ese perro? Autorizados por Su Majestad, y con manos libres aquí, no nos dejaremos cortar la cabeza por menos de cien mil pesos.

Arriesgarlo todo para ganarlo todo, eso era muy de Cortés. Pedro recordaba la suma insignificante, la bolsa de pordiosero que hubo de custodiar en Trinidad y las promesas del general, convertidas parcialmente en realidad. Debajo de sus narices tenía Pedro más oro del que jamás hubiera soñado. Pero en cierto modo aún no tenía participación en él. Su oro, como siempre, hallábase en algún otro lugar remoto, más allá de las montañas.

Lo grave era que los otros del ejército preferían la realidad, por aquello de que más vale pájaro en mano que ciento volando, de acuerdo al conocido refrán español. La facción de Velázquez seguía mostrándose activa, requiriendo con ello una fuerte guardia. Pedro llevaba consigo un mastín, uno de esos perros de guerra utilizados contra los indios; del lado de afuera se hallaban dos robustos soldados, armados hasta los dientes.

"Una gran rueda de oro (seguía el inventario), con figuras de extraños animales y racimos de hojas, que pesaba tres mil ochocientas onzas."

Pedro contempló el cofre en que se hallaba guardada la pieza mayor de la colección: un disco macizo y sólido, de cuarenta pulgadas de diámetro. Más que el peso de un hombre grueso. Doña Marina, ya más ducha en el castellano, informó que representaba al sol, entusiasmada ante la belleza y lo delicado de la mano de obra. Pero para Pedro no representaba sino veinte mil pesos. ¡Veinte mil pesos en ese solo presente!

El mismo cofre contenía "cinco grandes esmeraldas de hermosa agua y de fino tallado." Eran de un valor inmenso y especialmente designadas para atraer la atención de Su Majestad, y estaban contenidas en una bolsa de piel de gamo, bordada con plumas y oro. De Vargas enorgullecíase ante la idea de estar custodiando las joyas de la corona. Si la obligación de custodiar los fondos del ejército era

digna de ser tenida en cuenta, ésta era de gran importancia y honor. Demostraba bien a las claras el concepto y la estima en que lo tenía el general.

Dirigióse hasta la puerta para observar el otro lado del patio. Era un amplio rectángulo, de varios centenares de yardas de largo; y la línea ininterrumpida de edificios de un solo piso que lo rodeaba, y de donde fueron expulsados los sirvientes del templo, fácilmente contenía todo el ejército.

En el centro, dominando todo lo demás, elevábase la masa truncada de una pirámide, el verdadero teocalli, con su escarpada serie de escalones, interrumpidos por terrazas, y la amplia plataforma con los altares de los dioses y el ara del sacrificio en lo alto. Oscuras a la luz de la luna, como un estrecho pasadizo desde la plataforma hasta la base y a lo largo de las escaleras, lucía una faja de manchas de sangre dejadas por los cuerpos de las innumerables víctimas, que después del sacrificio fueron arrojadas desde lo alto para ser comidas.

Un olor enfermizo de sangre vieja se esparcía por el lugar, siendo, sin duda, lo que ocasionaba la intranquilidad de los mastines españoles, siempre dispuestos al ataque. Esa noche era aminorado por el olor de la fogata en la base de la pirámide, si bien aquélla habíase casi reducido a unas cuantas brasas. Constituía el resto de los ídolos de madera arrojados por los españoles desde sus altares en aquella jornada de conversión. Al día siguiente el aire sería más puro con una capa de yeso antes del blanqueo, con la cruz y con la imagen de la Virgen bendita. Pedro compartía con todos los demás la satisfacción que comportaba la salvación de las almas y la extensión del reino de los cielos, a la vez que la persecución de la fortuna. ¿Acaso no había declarado el mismo San Pablo que si sembráramos en nosotros cosas espirituales no habría de extrañarnos si cosechábamos cosas carnales?

A cierta distancia, a su derecha, Pedro veía el resplandor de la mecha en manos del artillero. Un centinela paseaba de un lado para otro. Cempoala era una ciudad amiga; un aliado de verdad; pero con los indios no se confió nunca Cortés en demasía. Por otra parte, hubo cierto alboroto durante la quemazón de los ídolos de aquel día. Los habitantes del lugar iban inclinándose hacia la fe, en vista de la debilidad de sus ídolos. Empero, nunca se sabe lo cierto; y pobre del centinela que esa noche descuidase su puesto. Sin un permiso especial ningún español atravesaría la puerta, bajo pena de muerte.

Por otra parte, el patio ardía de actividad. Ocho doncellas indias, hijas de otros tantos jefes, fueron presentadas a los capitanes en señal de alianza, y se estaban celebrando fiestas casi matrimoniales. Las jóvenes habían sido bautizadas, siendo en adelante consideradas como doñas. Cada una representaba una donación en tierras y pueblos; y como barraganas de los capitanes, su posición era altamente respetable. En realidad, la sangre de más de una mezclaríase finalmente con la más noble de España. En adelante, los lazos matrimoniales reforzarían la posición del ejército, ligándolo a las tribus de la costa y asegurando su retaguardia cuando emprendiese el avance hacia el interior.

Desde un rincón del recinto se oyó un laúd, acompañándolo la risita de las mujeres y las carcajadas de los hombres. Del otro lado, uno de los pífanos hizo escuchar una canción popular. Las copas resonaron al chocar con motivo de un brindis. Una buena cantidad de pulque estaba consumiéndose esa noche. Aunque no supiese tan bien como el vino, sus resultados eran los mismos. Dentro del recinto, los hombres iban de grupo en grupo, hallándose presentes algunos nativos, parientes de las jóvenes.

De Vargas observaba las idas y venidas con un poco de tristeza. Naturalmente, aún no era capitán; pero Cortés le había prometido una cacica con una fuerte dote en la primera oportunidad, habiéndose desentendido convenientemente del ofrecimiento. Escuchando los festejos, lamentaba lo tocante a la dote, si no la muchacha. Al estar de facción érale prohibido, inclusive, la alegría del acontecimiento. Maldijo su suerte, de la que apenas lo compensaba el honor de custodiar el tesoro.

A la sombra de la pirámide dio comienzo un oscuro forcejeo que se fue aproximando gradualmente, hasta que pudo reconocer al jorobado Norava y a un individuo apellidado Gallego, poseídos de un espíritu animoso y llevando entre ellos una especie de espantapájaros, al que arrastraban con bastante trabajo. Veíase bien a las claras que se trataba de un nativo, quedando por ver de qué sexo. Detuviéronse momentáneamente debajo de la plataforma de piedra en que se hallaba situado el recinto del tesoro.

Contento ante un poco de distracción, Pedro comenzó a gritarles:

–¡Hola! ¿No conocen las órdenes? ¿Quieren que los azotes?

Como escolares a quienes sorprenden de jarana, los dos soldados se le quedaron mirando, sin soltar al nativo. Era una figura como

de pesadilla, vestida con una túnica negra, el cabello largo y aplastado; evidentemente, uno de los sacerdotes del templo. Pedro observaba cómo le giraba lo blanco de los ojos y relucían sus blancos dientes. Hablaba sin cesar y sus sonidos denotaban un fuerte lenguaje.

–Vamos, vamos, su señoría –dijo Novara, tratando de calmarlo, pero sin dejar de mostrar su respeto por el caballerizo de Cortés–. Las órdenes no se refieren a esta cucaracha. ¿Qué anda haciendo en la oscuridad? ¿Arrojando hechizos? ¡Por Dios! Lloriqueando como un chiquillo porque le han quemado sus ídolos. ¡Cuando sus compañeros se han convertido al cristianismo! De todos modos, es un criminal. Y apesta como el demonio. Desde ahí lo puede advertir.

–Además –terció Gallego–, no estamos poniéndole la mano encima, su señoría. No en la forma que quiere decir. Estamos razonando con él. ¿Verdad, hijo? –Dio una palmadita en la espalda al indio–. Estamos trabajándolo para salvar su alma, a pesar de su hedor. ¡Dios y los santos nos lo premien! Su señoría no podrá decir que no a eso.

–¿Por qué no lo llevan a fray Bartolomé?

–Su reverencia se halla reunido con el general, y esta chinche no merece que lo molestemos. Espero que no creerá que no somos lo suficiente cristianos si lo tratamos así, ¿verdad?

Habían bebido más pulque de la cuenta. Su elevado espíritu era capaz de cambiar hasta el asesinato con sólo mover un ojo. Por otra parte, Pedro no sentía precisamente afecto por los sacerdotes, que arrancaban el corazón a sus víctimas y salpicaban de sangre las paredes del templo.

–¿Qué piensan hacer con él?

–En primer lugar, llevarlo al barbero, Lencero, para que le corte la melena, dura como tabla a consecuencia de la sangre. Más tarde le pasaremos una almohaza, y por medio de un buen fregado haremos que su alma quede libre de pecado. Después de todo eso querrá ser bautizado.

–Bueno; no hagan mucho barullo con ese nativo. Se lo aconsejo. No me haría mucha gracia ver cómo lo azotan. Quien lava la cabeza al asno, el jabón y el tiempo pierde. Por lo menos manténganse tranquilos.

–Muchas gracias, su señoría. ¡Buenas noches! –Y al otro–: Vamos, buena pieza.

Pedro cambió algunos comentarios con los dos centinelas que compartían la tarea. Luego se hizo un breve silencio, interrumpido por las risas que llegaban desde donde se encontraban los hombres.

Pero era una risa que nada malo presagiaba. El perro indio podría estar "experimentando" una ruda conversión; pero todo resultaría bien.

Otros jaraneros pasaron dando gritos de alegría y saludando. Aparecieron Sandoval y Cristóbal de Olid, que estaban bien alegres.

–¡Hola, Pelirrojo! ¿Qué tal, Niño,... ¡Navarro! –(Bebido o no, Sandoval jamás desdeñaba a un simple soldado)–. Cristóbal y yo hemos estado dando una vueltecita. Venimos de la reunión del general. ¡Por Dios, que es un espectáculo! Algo que te hace conmover hasta las entrañas... esa doña Catalina. ¡Menuda novia! Es lo más bravo que Cortés haya enfrentado. ¿La ha visto?

–No de cerca.

–Ya es bastante. –Sandoval agregó–: Es fea como el pecado y del color del barro. Y allí tiene al general sentado y con aspecto de persona que no tiene más remedio que hacer honores, con su sonrisa imperturbable. Ya sabe lo que parece. ¡Por vida de Dios! –Luego se puso las manos en las caderas, prosiguiendo–: *Señor*, le dije, *¿hay algo que no desee hacer en beneficio del soberano y de los presentes?* "¿Qué piensa usted?, contestó. Tengo mis buenas razones para esto. Lo mismo que para marchar a través de las montañas lo más presto posible. De todos modos, dejamos un sólido apoyo a retaguardia". *Tiene razón, que es sólido*, respondí. "Cuando entre a la carga esta noche, grite: ¡Santiago!. Y recuerde aquello de: La fortuna del paladín Roldán, Dios en su misericordia nos conceda".

Y así levantó la mirada, como San Lorenzo en la parrilla, diciéndome que si no me avergonzaba de burlarme en público de un hombre valeroso... y qué sé yo cuántas cosas más. Ahora vamos en busca de Portocarrero. ¡Ojalá nos acompañe!

–Allá estaré dentro de una hora –contestó Pedro–. Guárdenme un poco de pulque.

–A propósito –dijo el acompañante–. Creí que el Toro García no bebía.

–Y no bebe.

–¡Al diablo! Entré para ver a Juan Velázquez de León y vi que García chocaba su vaso con el de Escudero, engullendo luego como un fraile.

–¿Agua, querrá decir?

–Nada de agua. Ha estado ocultándonos algo.

–¡Hey! –exclamó Pedro, pues los otros se habían alejado; pero Sandoval había comenzado a vociferar, en la creencia de que cantaba, y su compañero lo imitó.

Pedro se quedó contemplando mientras desaparecían. ¿García, bebiendo? Imposible creerlo. Durante todo el año que pasaran juntos, tanto en tierra como a bordo, el hombre no había cedido jamás a la tentación peligrosa. ¿Por qué bebería ahora? Y, sobre todo, ¿cómo hacerlo en compañía de Juan Escudero, a quien odiaba tanto como jefe de la fracción de Velázquez? El informe dejó a Pedro intranquilo y pensativo. Cortés no toleraba las pendencias, administrando una justicia rápida y severa; y no hablaremos del peligro de García a manos de sus compañeros de armas si llegaba a enloquecerse con el alcohol. Pedro habría dado cualquier cosa para poder irse hasta el aposento de Velázquez de León a echar un vistazo por su cuenta; pero en tanto no fuese relevado, hallábase encadenado a su puesto por la más severa de todas las ordenanzas del Ejército.

La noche parecía más tranquila y más opresiva. Escuchó ansiosamente, sin oír nada desusado. Al cabo de un rato oyóse el paso acompasado del oficial de ronda que inspeccionaba los centinelas. Era Cristóbal de Olid. Pedro oyó el ¡quién vive! De los hombres apostados en la puerta y de los que vigilaban las armas y los bagajes, así como el golpear de las picas sobre el suelo a manera de saludo y la respuesta de Olid. Le llegó el turno a Pedro, y Olid prosiguió su camino. Se alegró de que Cortés estuviese entretenido con su cacica, pues así podría recorrer el campo en persona.

Entonces se oyó un ruido: era producido por los pasos de alguien que corría. Instantáneamente en guardia, estaba al borde de la plataforma cuando apareció un hombre, jadeante. Observando con más cuidado vino a divisar el semblante asustado de Lazarillo Varela, uno de los soldados de a pie.

–¡Por Dios, señor De Vargas!... Si puede hacer algo, García se ha vuelto loco... Ha querido matar al capitán Velázquez de León. Está como bestia salvaje acorralada... Nadie se le puede acercar... Velázquez ha mandado a buscar un arquero, jurando que lo hará matar. ¡Dios Todopoderoso! ¡Apúrese! Si puede hacer algo...

Pedro se volvió hacia la puerta del tesoro, cerrándola, asegurando el candado con que había sido equipada últimamente y guardándose la llave en el bolso. El mastín quedaba adentro; Niño y Navarro, dos hombres de absoluta confianza, hallábanse de guardia. ¡Al

diablo con las ordenanzas militares en ese instante! No le era posible pensar sino en García.

–¡No se descuiden! –gritó a los soldados–. No pasará nada. Estaré de regreso en cuanto pueda.

–¡Apresúrese! –urgió Varela.

30

En tanto se apresuraban hacia el rincón del patio, del otro lado de la pirámide, Varela fue refiriendo algo de lo acontecido.

–Escudero se mofaba de él por beber agua, pero García se mantuvo sin perder los estribos. Diego Cermeño, el piloto, se unió, apoyando a García, como si a éste le hiciese falta que nadie le ayudase. Lo cual parece singular, puesto que Cermeño y Escudero están siempre tan unidos. Y García terminó por enojarse, bebiendo para dar en la cara al otro. Y luego le tomó el gusto. Pero los otros se alejaron antes de que suscitase ninguna pendencia. García, enloquecido entretanto, volcó la mesa y se dirigió a Velázquez...

La explanada sobre la cual se hallaban los aposentos de éste veíase ocupada por una multitud que no dejaba de murmurar, empujándose con los codos y alargando el cuello para ver algo a través de una puerta pobremente iluminada. La simpatía era evidente; todo el mundo apreciaba a García y palpitaba la tragedia en lo que estaba aconteciendo. Al ver a Pedro, abriéronle paso, como si se tratase del pariente de un hombre que se halla a punto de morir.

Pasado el umbral, veíase un grupo de hombres, tensos y de mirada ansiosa, sobresaliendo entre ellos el robusto Velázquez, de barba roja, que con una servilleta limpiaba la cuchillada que había recibido en la frente, en tanto contaba lentamente, con voz chillona. A su lado, un arquero se hallaba listo para disparar, puesto el dardo en su lugar y apoyado contra el hombro. El recinto parecía campo de batalla, con los caballetes que sostenían las tablas derribados, los taburetes y las alfombras indias dispersos por el suelo y un jarro de pulque hecho pedazos.

Contra la pared opuesta hallábase acorralado García, de color de remolacha el semblante, los ojos vidriosos y un hilo de espuma asomando a sus labios. Los hombros fornidos del hombre mostrábanse inclinados hacia adelante, en posición de ataque. No tenía jubón. De alguna manera habíase proporcionado un espadón, que tenía extendido ante él, con la punta apoyada en el suelo.

–Primero atacaría a Belzebú –murmuraba uno de los asistentes–. El capitán ha tenido bastante suerte.

–Cinco..., seis... –contaba Velázquez.

Pedro se animó. Evidentemente, Velázquez había concedido un cierto plazo para que el otro se rindiese, pero estaba contando delante de un sordo.

–Siete... ¡Al diablo, García! No dejaré que nuestros camaradas sean asesinados por un loco. No me obligue a tener que dar la orden. No es posible resistir un dardo de acero. No quiero su muerte, idiota. ¡Tire esa espada!

Velázquez de León podría ser buen soldado, pero nada tenía de psicólogo.

–¡Al diablo contigo y con tus malditos dardos! –tronó García, con una voz desconocida para Pedro–. No doy un puñado de estiércol por ellos. Rajaré vuestras gargantas en nombre de Dios, ¡perros indios! ¡Asquerosos caníbales! ¡Por la Virgen, que arrojaré vuestros corazones a los lobos! –Luego comenzó a avanzar lenta y amenazadoramente. Su locura era manifiesta, pero Velázquez no tenía tiempo para nada.

–Ocho..., nueve... ¿Listo, Sánchez?

–Sí, señor.

–¡Diez!

Golpeando de repente, descargó el dardo contra el techo.

–¡Demonio! –exclamó Velázquez–. ¿Qué diablos... –rugió luego.

Sin preocuparse un ápice de él, Pedro dirigióse hacia García.

–¡Cuidado! –silbó una voz detrás suyo–. ¡Cuidado!

Pedro no prestó atención.

–¿No me conoces, Juan? ¡Vamos! ¿Te has olvidado de Pedrito?

–¡Ocúpate de tu persona, indio!

La espada fue echada hacia atrás, vacilando en lo alto del arco y deteniéndose. García permaneció como un leñador que demorase su golpe. Los ojos vidriosos iluminároнse un instante.

–Compañero –dijo Pedro, que permaneció inmóvil.

La hoja cayó lentamente, y García se pasó una mano por la cara.

–No eres un indio –gruñó–. Es claro, tú eres... –Después de tirar el arma, abrazó a Pedro–. ¡Por Dios, muchacho! Ya sabría que podría contar contigo. Esta maldita jungla..., he perdido el camino... Estaba casi agotado. ¡Malditos salvajes! No nos arrastrarán al sacrificio. ¡Adelante! Marcharemos juntos.

Se separó, encarándose con el grupo que estaba delante de ellos.

–Son amigos, Juan –aclaró Pedro.

–¿Dónde está mi espada? –García miraba desesperadamente a su alrededor...– ¡Dame el brazo! –dijo, roncamente, mientras se ponía pálido–. Estoy deshecho.

Pedro lo tomó de la cintura, pero García cayó al suelo desvanecido.

–¡Cielo santo! –dijo Velázquez, enjuagándose la frente–. Se ha escapado por un pelo. Tiene buenos nervios, Pelirrojo, y le quedo agradecido. Habría sido una vergüenza tenerlo que matar. ¡Pero qué diablo! El hombre hallábase dispuesto al asesinato.

Los circunstantes penetraron, acercándose para observar, y aumentando el tumulto en contraste con el silencio anterior. Trajeron un cubo con agua.

–No –dijo Pedro–. Será mejor que lo dejen dormir. Así se le pasará.

Velázquez, deseoso de congraciarse, ayudó a transportar a García hacia un rincón, colocándole una alfombra debajo de la cabeza.

–Puede quedarse ahí esta noche –dijo–; pero dejen el agua al lado. Cuando se despierte tendrá la boca como el fuego.

Pedro le sacó las botas a su amigo y vio que las manos le temblaban. Pasado el peligro, sentíase casi débil, a consecuencia de la tensión, recordando entonces que no había desaparecido del todo el peligro.

–Una palabra, señores –dijo, encarándose con los otros–. Han conocido a García como hombre sobrio y buen camarada. No hay que escandalizarse porque ese par de chiflados hayan descubierto su debilidad, aprovechándose de ella. ¿Querrán hacerme el favor de guardar silencio sobre lo acontecido? Si el general llegase a enterarse, tendría que tomar sus providencias. ¿Me comprenden?

Los demás asintieron prestamente.

–¡Demonio! –exclamó uno de ellos–. Hoy por ti y mañana por mí. Desgracia sería si no pudiéramos hacer algo por el Toro. Él no nos delataría tampoco. Ojalá que mi conciencia no me acusara sino de una buena borrachera.

–Otro favor, señores. Ni una palabra sobre mi intervención en el asunto. Creen que estoy de guardia.

–¿Por quién nos toma, Pelirrojo? –estalló el turbulento Velázquez–. Vuélvase a su puesto. Haré cortar las orejas a cualquier charlatán.

Tranquilizado por el espíritu de unión de los compañeros, que no estimulaban la delación, Pedro volvió a atravesar el patio, que estaba cada vez más en silencio; respiró con más tranquilidad al divisar al Niño y a Navarro montando guardia frente al local del tesoro. Saludáronlo con un "¡Sin novedad!", y después que le empeñaron la palabra de guardar silencio, refirióles el caso de García en pocas palabras. Una vez abierta la puerta, echó en seguida una mirada al interior.

Tigre, el mastín, lo acarició con el hocico tan pronto como hubo entrado. Todo estaba en orden, felicitándose entonces Pedro del feliz desenlace de lo que pudo haber sido algo fatal. No quedaba sino consolar al arrepentido García por la mañana y asegurarse de que en lo sucesivo se atendría nada más que al agua. Como si reflejase la tranquilidad general, Tigre se echó en el suelo, quedándose dormido.

Faltaba una media hora para el cambio de la guardia, y su compañero, Cristóbal de Gamboa, sería el encargado de relevarlo. A punto de tomar asiento sobre uno de los cofres, Pedro permaneció de pie, impresionado por cierta diferencia en la disposición de los mismos. Creía recordar que uno más grande había quedado más a la izquierda, debajo de otro más reducido. Probablemente, fuese una jugarreta de la memoria o alguna broma de la luna. Los seis cofres estaban allí. Solamente que habría jurado...

Vacilaba, cuando un débil zigzag luminoso sobre la pared del fondo del recinto atrajo su atención. ¿Qué demonios era eso? No lo había visto antes. Pero cuando se acercó para verlo más de cerca, su corazón desfalleció.

El arabesco luminoso no era sino la luna, que se filtraba por el hueco irregular del borde y la jamba de una puerta oculta en la pared y que no había sido cerrada del todo. A no ser por ello nadie hubiese sospechado la existencia de tal puerta, que calzaba perfectamente en las piedras que la circundaban.

Pedro hizo girar la reducida entrada, valiéndose de las puntas de los dedos, quedando al descubierto una calle, estrecha y vacía, detrás del teocalli. Desalentado, volvió a cerrarla, regresando junto a los cofres. Cualquier cosa que allí hubiese sucedido, estaba claro que alguien había penetrado en el recinto después de haberlo abandonado él.

En tanto examinaba las puertas y candados, varias fueron las posibilidades que vinieron a su imaginación. A lo mejor tratábase de algún sacerdote del templo que regresara al mismo con alguna fina-

lidad particular. Pero en ese caso, el mastín, adiestrado para atacar a los indios... Vio al animal que dormía completamente estirado. ¿Habría comido en abundancia? Pero Tigre era incapaz de aceptar carne de manos de un indio, por lo menos sin haber ladrado primero, al ser abierta la puerta. ¿O no ladraría? Los perros grandes de presa eran a menudo silenciosos.

No. Gracias a Dios, todo parecía en condiciones. Las tapas estaban firmes y los candados en su lugar. Llegó hasta el último de los cofres, donde estaba guardado el disco de oro y las esmeraldas; palpó los candados, y en ese instante, cuando los probaba, uno de ellos cayó al suelo.

Se agachó mirando fijamente, como si se hubiese vuelto de piedra y experimentando un sentimiento de desgracia que le oprimía como un torno. Probó débilmente el otro candado, viendo que igualmente estaba roto.

Con dedos tan temblorosos que apenas pudo valerse de la yesca y de la mecha que extrajo de su bolso, encendió la luz antes de levantar la tapa del cofre. El brillo del metal en su interior lo tranquilizó de nuevo. Era mucho peso para que un ladrón se lo llevase. Acordándose de las esmeraldas buscó la bolsita de piel de gamo que estaba colocada en un ángulo, entre el borde del disco y el cofre. Sí, ¡viva!: allí se hallaba.

La sacó, quedándose sin aliento. ¡Estaba vacía!

En su ensimismamiento no pudo oír los pasos que resonaban a su espalda.

–¡Hum! –dijo una voz fría–. ¿Desde cuándo se ha tomado la libertad de abrir estos cofres?

Pedro se volvió, hallándose frente al semblante de Hernán Cortés.

31

Ningún criminal había sido cogido con las manos en la masa de una manera tan evidente como Pedro de Vargas en ese instante. Aún tenía la bolsa en una mano y la vela en la otra, mientras los candados rotos se hallaban en el suelo.

–Con su permiso –dijo Cortés, tomándole la bolsa. Y cuando la halló vacía exigió–: Tenga la bondad de entregarme esas piedras.

Su calma era como el filo de una navaja de afeitar para la pasión contenida que ocultaba.

–No las tengo, señor.

–¿No? ¿Está seguro? ¿No creyó que ésta era la noche ideal para hacerse una fortuna mientras yo estaba ocupado en otra parte? Bien, mi amigo; tiene que ser una noche bien tormentosa para que yo deje de vigilar en beneficio de la compañía.

–Pero, su excelencia: acabo de descubrir que los candados se hallan rotos.

–No me mienta. –La vibración de la voz de Cortés tenía la cualidad de un arco bien tenso–. Yo mismo he visto los candados intactos no hace aún tres horas. ¿Tiene el descaro de decirme que alguien ha entrado aquí mientras se hallaba de guardia, abriendo los cofres y retirándose, y que después lo ha descubierto usted? ¿Acaso me toma por tonto?

Era necesario decir la verdad. Por mucha que fuese la condena no sería tan terrible como ser acusado de ladrón.

–Con vuestra licencia, señor. El caso es que mientras estaba de guardia he abandonado mi puesto durante un rato.

–¿De veras? ¿Por qué?

–Juan García estaba enfermo –dijo Pedro, ambiguamente–. Velázquez de León me mandó llamar.

–¿Cuándo?

–Hará una media hora. Acabo de regresar.

–Muy bien –dijo Cortés después de haber meditado en silencio–. Un oficial a cargo de un puesto importante lo abandona a placer para tender su mano a un amigo necesitado. Muy caritativo. Bueno, ya nos ocuparemos de eso a su debido tiempo. ¿Qué hacían sus hombres, Niño y Navarro, a más del perro? –Observó al mastín que bostezaba a su lado, después de haberse desperezado–. ¿También fueron a dar un paseo? ¿O acaso sugiere que ellos saquearon el cofre?

–No, señor. Yo mismo cerré la puerta cuando me retiré. El perro quedó adentro. A mi regreso hallé la puerta cerrada y el candado sin tocar.

–Bueno, entonces, ¡Dios me dé paciencia!... ¿Quiere hacerme creer que alguien atravesó el muro de piedra espeso para apoderarse de las joyas a la vista del perro, que permaneció tranquilo? ¿Sería capaz de hacerme creer en fantasmas, cuando lo he pescado con el cofre abierto y la bolsita en la mano? Invente otro cuento mejor. –El frío sarcasmo desapareció de repente–. Entretanto deme las piedras, y más tarde forje su leyenda.

Los ojos de Cortés despedían llamas. Dando un paso hacia adelante asió firmemente el jubón de Pedro junto a la garganta.

–¿Quiere que llame a la guardia y lo haga desnudar?

Hasta entonces el asombro de Pedro había paralizado su lengua; pero las palabras y la acción del general lo volvieron en sí. Se rebeló su orgullo. Un De Vargas no era un ladrón. Cortés sería hidalgo, pero él también lo era, y su honor estaba en entredicho. Su mano oprimió la muñeca del general.

–Señor, tenga la bondad de soltarme y escúcheme –dijo.

–Ya escucho –dijo Cortés sin aflojar–. Sea breve.

–Quienquiera que haya sido –dijo Pedro, jugando su carta de triunfo–, ha penetrado por la puerta abierta en aquel muro. Estaba entreabierta cuando volví, y por eso comprendí que...

–¿Cuál puerta? –interrogó Cortés–. No veo ninguna.

Tampoco Pedro, que entonces recordó haberla cerrado. Esa pared parecía entonces tan sólida como el resto.

–Un momento, señor. Con vuestra licencia.

Cortés dejó caer la mano, y Pedro se apresuró a dirigirse a la pared, buscando en vano indicaciones sobre la puerta. Sus dedos recorrieron las piedras en todas direcciones, en tanto observaba ansiosamente a la espera de alguna señal. Pero la pared no se alteraba en lo más mínimo.

–Por mi fe, que es un pobre embustero, De Vargas. Hubiera sido más verosímil que el ladrón penetrara por el techo. Al menos ése no es de piedra.

–Por mi honor, señor, existe una puerta –exclamó Pedro, empujando con los dedos y destrozándose las uñas entre las grietas de la pared.

–No me hable de honor –rezongó Cortés–. Ya hemos perdido bastante tiempo. –Pero de pronto se interrumpió, asombrado–. ¡Por mi ánima...!

Si Pedro hubo de hallar por fin el contorno de la puerta, o si, por accidente, apretó el oculto resorte, la cuestión es que de todos modos se observaba una grieta, y fue posible que el joven hiciese retroceder la losa irregular.

–¡Por mi ánima! –repitió Cortés–. Estaba en lo cierto, muchacho.

Después de haber contemplado la calle, pensativo, examinó la puerta antes de cerrarla, no sin haber hecho algunas señales con la vela de Pedro, marcando su posición.

–¿Y el mastín? –inquirió.

–Creo que el ladrón le habrá dado de comer, a juzgar por su aspecto –aventuró Pedro.

–De manera que, probablemente, no sería un indio. –Cortés recogió uno de los candados rotos–. Limado –aseguró–. Los indios no tienen acero.

Una vez cerrado nuevamente el cofre, el general dirigiose hacia la puerta, y Pedro oyó cómo interrogaba a Niño y a Navarro para saber si el mastín había ladrado durante la ausencia del oficial. Los centinelas contestaron que no, salvo uno o dos gruñidos, a los cuales no prestaron mayor importancia.

Cuando el centinela hubo regresado a su puesto, Cortés volvió a entrar, tomando asiento y meditando sobre uno de los cofres. Considerando la cosa en conjunto, Pedro maravillábase del dominio del general sobre sí mismo. Otros capitanes, Olid, Alvarado, por ejemplo, habrían motivado una conmoción a esa altura; en cambio, ni siquiera los centinelas de la puerta del tesoro sabían que uno de los cofres había sido violado. Cortés continuaba sentado, acariciándose la barba y sin que su semblante reflejase la más mínima emoción, salvo alguno que otro relámpago de sus ojos. Anonadado por el peso de su propia falta, Pedro permaneció de pie, cargando el cuerpo ya sobre un pie, ya sobre otro.

–Me será doloroso colgarlo, De Vargas. –Pedro se estremeció al empezar a hablar el general, no encontrando después palabras para contestar, por lo que el otro prosiguió–. Pero ésa será la decisión de los capitanes, a menos que las joyas aparezcan. Son propiedad de Su Majestad. Como bien sabe, son la parte principal del tesoro que pensamos habrá de inclinar al soberano en favor de nuestra petición. Sea quienquiera el ladrón, de usted es la responsabilidad. Ha abandonado su puesto sin mi licencia. Y a causa de ese abandono ha sido posible el robo.

Pedro pudo seguir paso a paso la perfecta lógica de la acusación, siéndole imposible refutar ni uno de sus artículos y observando que cualquier tribunal militar lo declararía culpable. Sintióse invadido de una impresión helada, que le paralizaba todo movimiento.

–A menos que las joyas aparezcan... –repitió Cortés–. Estaban bajo vuestra custodia. Quizá le sea posible recuperarlas. Tiene plazo hasta mañana por la noche. Entretanto no diré una sola palabra de ello. Pero mañana por la noche... ¿Comprende?

–Su excelencia, ¿cómo?...

–Utilice su ingenio. En ello le va la vida.

Un relámpago atravesó la imaginación de Pedro. ¿No sería, después de todo, intencionadamente que Escudero había azuzado a García, que nunca hizo de su debilidad un secreto? Lo más probable era que surgiese alguna dificultad después de haber bebido su amigo y que se recurriese a su persona para allanarla. Hasta es posible que Varela, el mensajero, hubiese sido despachado en su busca. Escudero era partidario del gobernador de Cuba y enemigo jurado de Cortés. Había sido de los contrarios a la separación del ejército de la jurisdicción de Cuba, lo mismo que a la marcha a través de las montañas.

Y, por supuesto, al envío del tesoro a España. Él y Cermeño capitaneaban un grupo de la misma tendencia. Desde luego, Pedro podría hallarse sobre una pista falsa; pero en su actual situación le pareció la más verosímil de todas.

–Haré lo posible. Agradezco a su excelencia la demora. Suceda lo que suceda, nadie me juzgará con más dureza que yo mismo. Merezco todas las consecuencias.

–Buena suerte –dijo Cortés, asintiendo.

–¿Puedo solicitarle un favor?

–Diga no más.

–Si no me fuese posible encontrar las joyas, si no puedo rehabilitarme, os ruego que no se diga una palabra del asunto a mi padre.

–De eso nos ocuparemos –contestó Cortés.

32

Los pasos acompasados de la guardia que acudía al relevo resonaron en el recinto, que ahora permanecía en el silencio. Automáticamente, Pedro se dirigió hacia la plataforma, poniéndose en posición de firme, en tanto se aproximaba el piquete designado para relevarlo. Ocurrióseles que acaso fuese la última vez que actuaba en tal capacidad.

–¿Quién vive?

–Cristóbal de Gamboa, comandante de la guardia del tesoro.

–¿Santo y seña?

–Santa Trinidad.

–Adelante, Cristóbal de Gamboa.

Ambas espadas se levantaron, a modo de saludo; los soldados maniobraron con sus picas, y Gamboa ascendió a la plataforma, saludando a Cortés, que se hallaba en el umbral.

–Señor –dispuso el general–, tenga la bondad de llamar más hombres y hacer que transporten los cofres a mis aposentos. Tengo motivos para considerar que este lugar no ofrece seguridad.

–A sus órdenes, excelencia.

–Puede retirarse, señor De Vargas –dijo Cortés, mirando a Pedro–. Sus hombres ayudarán a llevar los cofres.

¡Que se retirase! Gamboa no pensaría nada, pero Pedro advirtió la sequedad del tono de Cortés. Mientras se alejaba observó el traslado de los cofres desde el recinto que él había dejado sin defender. Aunque recuperase las joyas experimentó que transcurriría mucho tiempo antes de que pudiera rehabilitarse.

Se apoderó de él un odio profundo contra los ladrones que lo habían utilizado como ganzúa para apoderarse de las piedras preciosas. Con tal de llenarse los bolsillos inmundos nada habríales importado la muerte de García, ni la suya, ni mucho menos su desgracia. Escudero y Cermeño... En Pedro crecía a cada instante la seguridad de la culpa de esos dos hombres, jurando que se las pagarían si durante las dieciocho horas siguientes fuese incapaz de conseguir nada.

¿Pero cómo?, considerando el asunto desde el punto de vista práctico a medida que estudiaba el problema, parecíale más difícil desde cada ángulo. Las cinco esmeraldas eran fáciles de ocultar, y no hay duda de que ya estarían cuidadosamente escondidas, no llevándolas encima los ladrones, seguros de que la alarma sonaría tan pronto fuese descubierta la sustracción. ¿Cuánta gente habría intervenido en el hecho? Aunque estuviese en lo cierto respecto de Escudero y Cermeño, seguramente habían contado con asociados a quienes entregaran el botín. O podía ser que aquéllos no fuesen sino simples señuelos, estando el hurto a cargo de otra persona.

Pero era inútil permanecer considerando las dificultades. Debía seguir el proyecto evidente y confiarse a la aventura. A falta de mejor idea pareciole que él mismo iba a verse obligado a hacer de ladrón, ganar en cierto modo acceso esa misma noche a los lugares sospechados y registrar los efectos. Los peligros eran demasiado evidentes para detenerse a considerarlos; pero un hombre condenado no tiene por qué temer al peligro.

Le constaba que Escudero ocupaba uno de los aposentos del templo, pero como no sabía cuál de ellos era, comenzó a reconocer el terreno en seguida. Eran las diez de la noche, hora de retirarse a descansar, pues los soldados tenían costumbre de madrugar y se acostaban temprano, inclusive las noches de fiesta.

Las reuniones matrimoniales en los aposentos de los capitanes habían tocado a su fin, no oyéndose sino algunos sonidos apagados y el producido por los rezagados, que se arrastraban hacia sus alfombras para dormir. Los ángulos de la pirámide del recinto que ocupaba el templo acentuaban el vacío y la tranquilidad.

Pedro halló al lazarillo Varela bostezando en el escalón de uno de los lugares destinados a habitación.

–Hace mucho calor, señor De Vargas. ¿Va a echar una ojeada a Juan García? Duerme como un leño.

–No. Busco a Juan Escudero. ¿Dónde vive?

–¡Ah, vamos, señor! –exclamó Varela–. Nada le ha sucedido a García. Fue solamente una broma, y no vale la pena hacerse mala sangre por ello.

–No importa. Necesito decirle una palabra. ¿Dónde se aloja?

–Ahí dentro. En total somos diez en el mismo alojamiento –dijo Varela, echando la cabeza hacia detrás para indicar el lugar–. Pero no lo encontrará; ni tampoco a Cermeño, pues los dos se han ido.

–¿Qué quiere decir? ¿A dónde se han ido?

–Bueno. Puede ser que hayan pensado que usted querría hablarles y se han ido a dar una vuelta. A lo mejor palparon que habría alguna dificultad.

–¿Una vuelta? ¿A dónde?

Estaba terminantemente prohibido abandonar el acantonamiento, no consintiendo Cortés la salida de los españoles, tanto por su propia seguridad como por la de los indios.

–A Villa Rica –contestó Varela–. Se ausentaron antes de que García se excitase.

–¡Hombre! –exclamó Pedro, irritado–, no me vengas con bromas.

–No estoy bromeando, señor. Obtuvieron permiso del general. Se trata de algo relacionado con los bagajes... lo consiguieron esta tarde, pero se quedaron para disfrutar un poco de la fiesta.

–¿Quieres decir que han partido para caminar de noche las doce millas que nos separan de Villa Rica?

–Sí, señor. Dijeron que de noche haría más fresco. –Varela se volvió hacia un soldado que acababa de llegar–. Pregunte a Panchito, si no me cree. Él ha estado de centinela en la puerta.

–Sí, les hemos franqueado la salida –asintió el nombrado.

–¿Cuándo?

–Quizá hará una hora, más o menos.

Pedro calculó que el tiempo coincidía exactamente con su ausencia del recinto del tesoro. Habrían tenido media hora para dar vuelta por el exterior del teocalli y cometer el robo, sin que nadie los relacionase con el mismo, presumiendo, como sin duda habrían hecho ellos, que la puerta secreta no había sido descubierta. Quizá su retorno tuvo lugar antes de lo calculado por los otros, explicándose con ello que no quedase bien cerrada, el único indicio afortunado de todo el asunto.

La sospecha sobre los dos hombres convirtióse en seguridad; pero al mismo tiempo, Pedro se halló en peor situación que antes. En tanto Escudero y su compañero hubiesen permanecido en Cempoala, podría haber efectuado cuando menos algún intento para recobrar las joyas. Villa Rica era otro cantar.

Y ahí estaba, encerrado, mientras los otros disponían de todas las oportunidades para desprenderse de las esmeraldas en la forma que más le conviniese.

Por un instante pensó en regresar junto a Cortés y solicitarle permiso para seguirlos, pero ello sería inútil. Estaba bajo una sospecha demasiado grande como para que le diese la menor oportunidad de escapar. Por supuesto, podría acusar a Escudero y a Cermeño, e inclusive convencer al general de que los arrestase a la mañana siguiente, encargándose la tortura del resto. Pero no se trataba de hombres sin importancia, sino de jefes de la facción que Cortés estaba tratando de propiciar. Y gente de esa clase no se detiene e interroga fácilmente; y menos por la palabra de quien, como Pedro, estaba en la necesidad de salvar su propio pellejo.

No, la solución estaba en que tenía que seguirlos a Villa Rica sin permiso. Condenado por una falta, lo mismo podría serlo por dos. De todos modos, su salvación radicaba en la recuperación de las joyas.

Esos pensamientos obsesionaban su imaginación mientras se hallaba mirando, sin ver, a Panchito y a Varela.

–Mala suerte, señor –gesticuló el segundo–. Pero créame que es mejor así. Recuerde ese refrán que dice: "Hablar sin pensar, es tirar sin encarar." De nada sirve pelear por una broma que ningún mal ha producido. Por la mañana se sentirá más tranquilo.

–Quizá tengas razón –asintió Pedro.

Después de haberles dado las buenas noches, dirigióse aparentemente hacia su alojamiento; pero volvió hacia el otro lado de la plaza, protegido por la sombra de la pirámide, tan cerca como fue-

se posible del recinto del tesoro. Debido a los centinelas de la puerta principal, consideró que lo mejor sería la puerta secreta recién descubierta, y quizá la única salida, con tal de que aún no le hubiese sido aplicada un candado del lado del patio.

Afortunadamente, acababa de ser retirado el último de los cofres, viéndose aún a los soldados que lo llevaban entre ellos hacia el alojamiento de Cortés, en tanto la puerta permanecía sin cerrar. ¿Habría alguien adentro? Tendría que afrontar esa posibilidad, así como también la de ser visto mientras cruzaba desde la sombra de la pirámide. A nadie dejaría de extrañarle el hecho de que De Vargas retornase al lugar vacío del tesoro, después de haber terminado sus obligaciones como encargado de la custodia del mismo.

Con el corazón en la boca y con un sincero ¡Dios lo quiera! En los labios, se lanzó al recinto... Estaba vacío.

Dirigióse apresuradamente hacia la pared, tratando de abrir una vez más la puerta secreta. Esta vez resultó más fácil, pero así y todo oyéronse pasos en el mismo instante de abrir el tablero. Una vez que lo hubo cerrado, apretó el paso por el lado de la calle vacía, que estaba cubierto de sombra.

33

No soplaba la menor brisa en la atmósfera saturada de aquella noche de julio entre las blancas fachadas de los edificios de Cempoala. En el momento de abandonar la ciudad india, Pedro estaba chorreando sudor, por lo que hubo de despojarse del jubón antes de continuar atravesando las tierras cultivadas que circundaban el lugar. Como la espada también constituía un obstáculo para su marcha, acortó el tahalí, con objeto de desembarazar sus piernas.

Pero a pesar del calor no diminuía el paso, considerando que Cermeño y Escudero llevábanle tres cuartos de hora de ventaja y su deseo de acortar la distancia todo lo posible antes de llegar a Villa Rica. Se le ocurrió la necesidad de determinar la conducta a seguir una vez en dicha ciudad, aunque resultaría inútil forjar planes en el momento. Era mejor seguir los acontecimientos e improvisar de acuerdo con las circunstancias.

En el camino pasó por su lado uno que otro nativo, que se apartó para dejarle paso. Fuera de la ciudad nada se movía, sino los animales nocturnos. El aire estaba lleno del perfume de las rosas de invernáculos, procedentes de los terrenos cultivados que proveían a

los habitantes de Cempoala. De repente se halló respirando el aire más pesado de la jungla. El sendero serpenteaba entre paredes impenetrables, reforzadas por las ramas entrelazadas de las viñas silvestres y los convólvulos. Los helechos los rozaban a su paso, y la luz, juguetona, salpicaba el terreno de vez en cuando a través de las ramas, que formaban una especie de encaje. El rápido deslizar de los animales por entre el ramaje, el ruido ocasional producido por algunos ejemplares más grandes que se internaban en la espesura y el revolotear de las aves que se despertaban, era la única respuesta al eco de sus pisadas.

Sentíase agradecido hacia la luna, sin la cual habríale sido imposible caminar, rogando que durase por lo menos hasta que alcanzara la región más abierta, detrás de los bosques. Pero no las tenía todas consigo; en la estación de las lluvias, era fácil que de pronto quedase oculta por un fuerte aguacero.

La suerte le fue propicia, sin embargo. Había traspuesto la jungla, llegando a la vista de una aldea india, de color perla pálido sobre la lejana ladera, cuando la luna desapareció, oscureciéndose el cielo y descargando un imponente chubasco, acompañado de rayos y truenos, que ocultó el paisaje. Afortunadamente, refugióse en un pequeño templo situado a un lado del camino, maldiciendo, empero, la demora.

Mientras se hallaba dentro del pórtico del altar, los relámpagos iluminaron fuertemente las espantosas facciones del dios de madera que dominaba el lugar. Agachado, con las fauces abiertas y los ojos relucientes, tenía todas las características de Satanás, ávido sobre el recipiente lleno de la sangre del sacrificio, dejada por los adoradores. Las idas y venidas de la luz en la oscuridad imprimían a la imagen un efecto como si se moviese. Pedro sintiose aliviado cuando la lluvia cesó con la rapidez con que hubo comenzado, y la luna volvió a brillar.

Vuelto de nuevo al sendero, avanzó por entre el fango, dejando atrás la aldea india, la región ondulosa siguiente, a través de alguno que otro bosque espeso; en general, la tierra descendía hacia la costa. Haciendo todo lo posible, no andaría más de tres millas por hora, según sus cálculos, a lo largo del sendero fangoso y desigual, lo cual significaba que la llegada a Villa Rica no podría producirse antes de las dos de la mañana.

Transcurrieron las horas. Se mantuvo con la esperanza de vislumbrar algo de los dos hombres que le precedieron, sin que obser-

vase nada. Finalmente, y después de caminar de una manera mecánica, fatigado en medio de la densa atmósfera, observó, reanimado por una brisa salada, las dunas de la derecha. Igualmente escuchó el ruido del mar.

Al coronar otra pendiente pudo observar la ciudad india de Quiauitztlan sobre la colina del mismo nombre y la llanura, y no lejos del puerto, las murallas, sin terminar, del fuerte español. A los rayos de la luna, pronta a ocultarse, divisó también los cascos de las once naves ancladas y a las que servían de fondo las aguas plateadas del océano.

Luego de haber llegado al final de su viaje, imponíase la necesidad de decidir el siguiente paso. El centinela apostado en la puerta del fuerte aún sin techo podría decirle si había llegado Escudero con su camarada. En caso afirmativo, tendría que inventar una excusa sobre su presencia en el lugar para intentar buscarlos luego antes de que amaneciese. Era probable que se encontrasen durmiendo luego de tan larga caminata. Habría que tratar de pasar delante del centinela sin que los otros se enterasen.

Pero desde lo alto de la duna siguiente observó algo que hizo cambiar sus planes por completo. En la orilla del puerto había un montón de hombres dedicados a la tarea de echar un bote al agua.

Ocultándose detrás de una duna de poca altura, corrió cuanto pudo; sus pasos resultaban ahogados por la arena blanda. Casi sin aliento llegó a un punto distante unas cincuenta yardas, justamente cuando el bote estaba siendo sujetado para que no se volcase al embate de las olas.

–Muy bien –dijo una voz, que reconoció como la de Cermeño–. Suelten ya.

El que hablaba hallábase sentado en la popa junto a otro hombre, sin duda Escudero. Cuatro marineros, con el agua a la rodilla, que habían estado sosteniendo la embarcación, dieron un último empujón, saltando después a bordo. Un momento después comenzaron a remar.

Pedro los siguió con la mirada, furioso. Naturalmente, Cermeño, como piloto, dormía a bordo de su buque, la *Gallega*, y no en el fuerte. Sí, en la *Gallega*. Luego vio cómo dejaban atrás el buque de Alvarado, el *Sebastián* y la capitana de Cortés, mientras se dirigían a la pequeña nave de la extrema derecha. Manejada por Peñates, el de Gibraltar, azotado por Cortés en la isla Cozumel a causa de haber robado carne de cerdo salada, y que, en consecuencia, lo odiaba, el

barco era conocido como punto focal de amotinamiento. Varios hombres de la facción de Velázquez habían navegado en él.

Las esperanzas de Pedro disminuyeron a medida que la embarcación se alejaba a la luz de la luna. Estaba imposibilitado de seguirla. Habitante de tierra adentro, era bastante mal nadador, aparte de que el agua se hallaba infestada de tiburones. Era el final de su búsqueda de las joyas. A menos que pudiese inducir a Cortés para que apresase a los individuos para interrogarlos, sin otras pruebas que su convicción personal, tan seguras se hallaban las esmeraldas en la *Gallega* como los gusanos en su casco.

Permaneció tumbado en la arena, estirado el cuerpo, cansado, cubierto de sudor pegajoso y pensando en el día siguiente. Ahora no sólo le sería imposible restituir las esmeraldas, sino que, además, había transgredido una de las órdenes más severas del general al abandonar el campamento sin su permiso. Y aunque hubiese querido coronar su desgracia con la huída, ¿dónde refugiarse en ese país salvaje? No le restaba otra cosa que hacer frente a lo inevitable, presentándose en el fuerte.

Consumido y derrotado, se enderezó para seguir caminando por donde la arena era más firme. Todo su deseo era hallar un sitio donde dormir después de su penosa marcha desde Cempoala. En tal estado de ánimo estuvo a punto de caer sobre un objeto duro, después de haberse desollado la espinilla, habiéndose descuidado, al extremo de no divisarlo. Era un bulto oscuro tirado sobre la arena: una piragua de pescador indio puesta allí fuera del alcance de las olas. Con un débil juramento estaba por saltar sobre ella, cuando su imaginación le hizo detenerse. Alerta de repente, examinó la pequeña embarcación, que había sido ahuecada a fuerza de fuego. El remo en forma de hoja se hallaba en el fondo. Después de todo, era ése un modo de llegar hasta la *Gallega*.

En su excitación, Pedro no se paró a contemplar las dificultades; que nunca había manejado una canoa, ni tenía idea sobre la manera de hacerlo; si volcaba, sería el final de su existencia; de llegar a destino, encontraríase seguramente solo contra una docena de hombres, incapaces de sentir el menor escrúpulo y saltarle a la garganta; en caso de verse en situación apurada y obligado a descender a la canoa, ésta, sin duda, volcaría. Cuando se le ocurría cualquiera de estas ideas, en tanto arrastraba hacia el agua ese tronco hueco, una sola respuesta se le presentaba: nada tenía que perder, sucediese lo

que sucediese, mientras que una oportunidad de rehabilitarse y conservar la vida valía más que todo lo demás.

Le costó varias mojaduras antes de conseguir ubicarse en la canoa y emprender una lenta marcha hacia la nave. Había observado a los indios frecuentemente, y ahora trataba de imitarlos, agachándose y guardando el equilibrio todo lo posible. Pero la canoa, diseñada para dos o tres personas, levantábase mucho y se inclinaba demasiado en el oleaje de la tranquila bahía. Un pie tras otro, avanzando a la manera del hombre que sortea un profundo abismo por encima de una tabla, cada vez más consciente de la distancia que lo separaba de la costa y de su propia e irremediable insignificancia en semejante extensión de agua.

La nave fue quedando cada vez más cerca, brillando más la popa, mientras la luna se hundía detrás de las sierras. Aunque no era sino una reducida carabela, a Pedro se le antojó enorme cuando, finalmente, se deslizó a la sombra de ella, siguiendo su camino alrededor hasta dar con la cadena del ancla.

Era un lugar peligroso con el oleaje que se arremolinaba alrededor de la popa y la canoa, que se balanceaba más desesperadamente que nunca. Pedro terminó con un golpe contra la embarcación que se hallaba amarrada a popa, perdió el equilibrio y fue a dar al agua, de donde salió escupiendo. La canoa estaba volcada y fuera el entrepuente. Pedro pudo mantenerse dentro del bote.

–¿Quién anda ahí? –gruñó una voz desde el puente de la *Gallega*.

De Vargas agachóse todo lo posible y se mantuvo a la espera, no sabiendo qué temer más: si al hombre de arriba o a los tiburones de abajo. Al cabo de un momento oyó cómo el marinero se alejaba por el entrepuente. Pedro pudo mantenerse dentro del bote.

Allí dejó que el agua le escurriese. Después de haberse vaciado el calzado y de apretarse la espada contra el cuerpo, subió la cadena del ancla, asiéndose del puente y encaramándose hasta la barandilla con la ayuda de los dedos, las rodillas y las uñas. Una mirada hacia lo alto le hizo ver la soledad en que se hallaba. Y un momento más tarde se encontraba a bordo.

No muy lejos oíase un murmullo de voces; algunos reían. El ruido llegaba desde el camarote del capitán, a través de la escalera de la cámara, y, bajando palmo a palmo, Pedro vislumbró el extremo del camarote y un hombre sentado de espaldas delante de una mesa.

Evidentemente, el reducido lugar se encontraba lleno, pues le era posible contemplar muchos brazos, manos y piernas.

–De manera que, en definitiva –decía una voz áspera y entrecortada–, saldremos al amanecer.

34

Aunque Pedro no podía ver al orador, no experimentó dificultad en reconocer la voz de Escudero.

–¡Hombre! –prosiguió–: ¿No seremos bien recibidos en Cuba? ¿No seremos los mimados del gobernador? Cuando toda la armada ha desertado de su lado por un aventurero oportunista como Cortés, le demostraremos que estamos sinceramente de su parte. Aparte de que lo colocamos en condiciones de apoderarse de todo. Apuesto diez contra uno a que Montejo recalará con el buque que transporta el tesoro a España en *El Marién* para despedirse de su esposa. En ese caso, el gobernador lo tendrá como a un ratón en la trampa. En caso contrario, será fácil apresarlo en el canal de Bahama. No somos tan imbéciles que no vayamos en busca de una encomienda mediante esa acción, aparte de una buena cantidad de piezas de oro por botín. Dejen que esos quinientos idiotas de Cortés conquisten su imperio del oro. ¡Si pueden! ¡Total, no tienen que vencer sino a un millón de indios armados...! –Escudero rió–: Cuba me parece un lugar más tranquilo.

Después de un murmullo de asentimiento, una voz que Pedro no pudo identificar terció en el asunto.

–Todo eso está muy bien; ¿pero a qué viene tanta prisa? Cortés se encuentra en Cempoala. Podemos cargar más agua y provisiones, y no estaría mal recibirlas mañana. ¿Por qué no partir al otro día? Hay un buen trecho hasta el cabo Antón.

–Señores. –Pedro oyó la voz de Escudero, precedida de un fuerte puñetazo sobre la mesa–. Créanme: una cabra renga no duerme la siesta. Si hay algo que hacer, hagámoslo. Esta noche estamos seguros, nadie sospecha. Mañana, ¿quién sabe? ¿Y creen que mañana podrán cargar provisiones sin que nadie sospeche? ¿En las propias barbas de la flota? No me parece, señores. El pan de casabe podrá no ser muy bueno; pero hemos comido gorgojos antes, y podremos volver a comerlos. Tenemos aceite y pescado. Zarparemos rumbo al norte, para llenar los barriles en el Panuco. Yo les advierto que tendrán que lamentarlo si no salen con el viento de la mañana.

En la imaginación de Pedro, el robo de las esmeraldas quedaba eclipsado ahora por esta amenaza mucho más importante. Sabía el gran temor de Cortés de que la noticia de la independencia del ejército respecto de Cuba llegase a oídos del gobernador Velázquez antes de que su posición hubiese sido legalizada por el rey de España. Era necesario, además, realizar algunas hazañas más para poder presentar algo más que unas cuantas posesiones a lo largo de la costa. Si Velázquez llegase a saber que la partida enviada por él habíase rebelado contra su jurisdicción, ello significaría intervención armada desde Cuba, posiblemente derramamiento de sangre y el derrumbamiento de todo lo conseguido. Por otra parte, la partida de la *Gallega* no implicaba la pérdida de unas cuantas alhajas, sino el barco mismo del tesoro con todo el producto obtenido hasta entonces con la empresa. Y ello, a su vez, acarrearía la pérdida del reconocimiento por el rey, a quien era enviado el oro para captarse su buena voluntad.

Al escuchar atentamente, sin embargo, parecióle que algo sonaba a hueco en el discurso de Escudero, habiendo sido explicados todos los motivos del apresuramiento, salvo el robo de las joyas, la única razón que hacía imperativa la rapidez de la partida. ¿Habrían tomado Escudero y Cermeño las piedras preciosas sin conocimiento de los otros? La casualidad hizo que las primeras palabras casi descubriesen el enigma.

Se admitió que los cascos podrían ser rellenos más adelante y que la prudencia aconsejaba zarpar. Y una voz preguntó, pareciéndole a Pedro que era la de Umbría, marinero que desde el principio fuera uno de los más decididos partidarios del amotinamiento:

–¿Cómo es que no pudieron traer consigo unas muestra del tesoro? Creo que nos dijeron que uno de los papas del templo les había mostrado cierta puerta... ¿No funcionó, o qué hubo?

–¡Por Dios! –contestó el otro–. Nosotros hicimos lo posible, ¿verdad, Cermeño?

–Ya lo creo –aseguró el interpelado–; pero el joven Pedro de Vargas se hallaba de guardia, y no conseguimos que se apartase de su puesto, a pesar de todos nuestros esfuerzos.

–Y no habría merecido la pena arriesgar el proyecto por unos miserables pesos. ¿De todos modos, qué importa, si al final caerá en nuestras manos todo el cargamento?

–Vaya si importa –gruñó alguien–; que no irá a nuestras manos, sino a las del gobernador. Si hubiéseis traído algo, al menos recibiríamos nuestra parte.

–No te preocupes, Bernardino –alegó Escudero, tomándolo con calma–. Ya recibirás lo tuyo y no tendrás de qué lamenterte una vez que nos hallemos en Cuba.

Pedro hizo una mueca. Aquel par de pillos estaba tratando de engañar a los demás. No importa lo que aconteciese en Cuba, ellos ya se habían forrado bien los bolsillos.

–Bueno –dijo Cermeño, cambiando de tema–. Si hemos de partir dentro de tres horas, no nos queda mucho que dormir. Me voy a la cama.

Pedro comenzó a retroceder en seguida por la escalera de la cámara.

De alguna manera tendría que volver a la orilla para prevenir al comandante del fuerte, Juan de Escalante, hábil oficial y decidido partidario de Cortés. Escalante podría tomar sus disposiciones con tal que le diesen tiempo para ello, y siempre contando con que Pedro se pusiese a salvo, sin que nadie lo advirtiera. Su propósito era volver otra vez sobre cubierta, agazaparse en la toldilla y esperar que el grupo se disolviese, en cuyo momento trataría de introducirse nuevamente en el pequeño bote.

–¡Hola! –exclamó una voz sorprendida, detrás de él–. ¿Quién va?

Evidentemente algún marinero que también escuchaba, hubo de confundir a Pedro en la oscuridad con alguno de sus compañeros.

De Vargas se volvió, intentando dirigirse hacia arriba, sintiendo que lo sujetaban vigorosamente. Lo estrecho de la escalera hacía imposible la lucha. Ambos hombres perdieron pie al instante, yendo a caer con estrépito al camarote, ante la estupefacción de los reunidos.

Dieron contra la mesa, antes de rodar hacia un costado. Incorporándose, libróse de su adversario de un empujón, y se puso de pie. Un círculo de puñales lo rodeaba.

–¡El Pelirrojo Vargas! –clamó una voz–. ¡Dios Todopoderoso!

Fue tomado por la espalda. La espada desapareció de su vaina, lo mismo que el puñal, en un santiamén.

–El falderillo de Cortés, ¿verdad? –gruñó Escudero–. Dejad que yo me entienda con él. Tenemos alguna cuenta que ajustar.– Comenzó su avance desde el otro extremo del camarote, con el puñal en alto e inclinado.

–No tan deprisa –interrumpió Bernardino de Coria, hombre nervioso, desaprensivo, pero diabólicamente simpático–. No tan de prisa. Todo llegará. ¡Quédese ahí atrás!, ¿me entiende? Veamos. Doy mi palabra de que lo dejaremos que hable. ¿Qué os parece?

–¡Cermeño! –gritó Escudero, tratando en vano de pasar sobre Coria. Pero cuando el primero quiso hundir su daga, el marinero Umbría lo asió de la muñeca.

–¡Vamos, vamos! –dijo Umbría–. ¿A qué viene tanta prisa? ¿Vamos a matar a un hombre sin escucharlo? Si más tarde hace falta...

Hizo retroceder a Cermeño a empujones. Y Juan Díaz, sacerdote descontento que secundaba a Olmedo en la capellanía del ejército, añadió su protesta:

–Calma, tranquilícense, hijos míos.

Pedro pensaba rápidamente, conociendo bien la causa de que Cermeño y Escudero tuviesen tanto apuro, y percatado de la ventaja que ese conocimiento le proporcionaba.

–Muchas gracias, señores –dijo–. Antes de que permitan que esos caballeros me maten, será mejor que les pregunten qué han hecho con las esmeraldas del tesoro de que se apoderaron esta noche.

Un silencio preñado de suspenso invadió el camarote. Las miradas que habían permanecido clavadas en Pedro desviáronse ahora hacia los dos cabecillas. Un marinero que había estado sujetando a De Vargas, lo soltó. En ese momento habría sido fácil al hombre lanzarse en demanda de la escalera de la cámara, pero tuvo la suficiente entereza para permanecer quieto.

Cermeño se humedeció los labios con la punta de la lengua.

–¿Confían en las mentiras de un espía de Cortés? –rió Escudero–. Al que encuentre las esmeraldas encima de cualquiera de los dos le pagaré por su trabajo.

Su semblante, tosco y grueso, parecía tan tranquilo que hasta el mismo Pedro hubo de vacilar. Su voz sonaba a sincera. Acaso habrían escondido las joyas. ¿Pero dónde? Ciertamente, no en la costa, puesto que se hallaban a punto de zarpar. Posiblemente, en el barco, para lo cual apenas tuvieron tiempo.

Pedro recordó en ese instante una estratagema de los ladrones, de la cual hubo de enterarse en Sanlúcar, y se aventuró en seguida:

–Puede ser que las esmeraldas no se encuentren encima de esos caballeros, sino ellos encima de las esmeraldas. Podrían echarle una ojeada a sus zapatos. Pero sobre ellos o no, por mi fe que saben dónde se encuentran.

–¿Cómo sabe que saben? –interrogó Umbría sombríamente. Era un hombre provisto de una barba oscura y rizosa, que echó hacia adelante como para recalcar la pregunta.

–Porque se las ingeniaron para hacerme abandonar mi puesto; porque las esmeraldas desaparecieron y porque la puerta secreta del muro se encontraba abierta.

–¡Jesús María! –exclamó Coria, enseñando un colmillo–. ¡Y todavía tienen el tupé de hablar de embusteros! Ahora comprenderán por qué querían quitar de en medio tan pronto a De Vargas. ¡Por Dios, camaradas, les arrancaremos hasta la última tira del pellejo, dándoles una purga además!

Escudero se contrajo; pero no por ello dejó de reír, echando la cabeza hacia atrás. Si hubiese sido posible, habría fulminado a Pedro con la mirada que le lanzó.

–¡Cuidado que eres atolondrado, Bernardino! ¿No oíste hablar nunca en broma? Cermeño y yo queríamos darle una sorpresa una vez que llegásemos a Santiago. Creímos que así resultaría mejor. Lo que todos esperan es poco más de unas migajas, ¿verdad? ¡Hombre!, pues hemos conseguido magníficas piezas que Maese Cortés intentaba dar nada menos que al mismísimo rey. ¡Diez mil pesos, si es que valen un cuarto! Un millar de pesos para cada uno de nosotros.

La cosa estaba bien ideada, pero se halló con un lúgubre silencio.

–¡Lárgalas! –tronó Coria.

Juan Díaz, el sacerdote, observó el techo. Umbría y cuatro hombres más echaban llamas por los ojos. No era necesario ser adivino para leerles el pensamiento.

Con tanta gracia como el acto permitía, Escudero y Cermeño se quedaron descalzos. El tiro de Pedro parecía haber dado en el blanco; pero trataron de tomarlo a broma, comentando qué clase de ladrón habría sido De Vargas para estar tan enterado.

–Si quieres tomar un ladrón, manda otro en su persecución –sentenció Coria.

Valiéronse de sus cuchillos para remover las tapas de los tacones, quedando las piedras al descubierto.

El brillo de las joyas, al pasar de mano en mano y ser apreciadas a la luz débil de la linterna, disminuyó la tensión e hizo que dejasen de ser observados ambos culpables. Acaso cada uno admitiese para su capote que habría procedido de igual manera, en caso de haberse encontrado en el mismo lugar. La vigilante atención con

que las piedras iban siendo pasadas de mano en mano, hablaba bastante elocuentemente de la confianza que cada uno de los del grupo ponía en su prójimo. Terminado el examen, resultó un problema el lugar en donde guardarlas de manera segura.

–Guárdenlas en el cofre –sugirió Escudero sin amilanarse– y den la llave al padre Juan. Su carácter sagrado de sacerdote, señores, lo colocará por encima de toda sospecha.

–No, muchas gracias –repuso el aludido, pasándose una mano por la garganta–. Preferiría que no me las dieran.

–Muy bien, entonces –terció Coria–. Pónganse en el cofre y arrójese la llave por la borda. El carácter del mar, caballeros, lo colocará por encima de toda sospecha.

–Pongan las esmeraldas adentro, ahí... –ordenó, después de haber levantado la tapa del cofre, pesado y forrado de hierro, que dejaba ver una complicada cerradura–. Bueno... Todos son testigos de que en su presencia se han introducido las piedras en el cofre. Miren otra vez, caballeros. ¡Muy bien! Ahora cierro el cofre, como ven ustedes –Coria unía la acción a la palabra; abrió un ojo de buey y arrojó la llave al mar. –Oyóse el ruido de la llave contra el agua. Coria añadió–. Abriremos el cofre en presencia de todos antes de llegar a Santiago. Ya tendrá que ser vivo el hombre capaz de abrirlo sin hacer tanto ruido que no lo advirtamos.

Pedro tosió. Olvidado por el momento, se hizo nuevamente el foco de la atención de aquellos hombres perplejos y algo intranquilos.

–Supongo que ahora no habrá inconveniente en que nos ocupemos de ese espía de Cortés, ¿verdad? –rezongó Escudero.

Pedro se hallaba contra la pared del camarote, cruzados los brazos.

Estaba dedicado a un juego peligroso y era necesario no dar ningún paso en falso; sin embargo, gozaba con la excitación de aquel momento.

–¿Ocuparse de mí? Señores, tendrán que admitir que, a no ser por mi presencia, no tendrían los diez mil pesos en el cofre.

Un sombrío murmullo demostró que tenía razón. Y también que nadie le guardaba rencor personal, salvo Escudero y Cermeño; pero eso no iba a salvarle la vida; a menos que procediese con suma cautela.

–Ya ve cómo es la cosa –dijo Coria, meneando la cabeza–, De Vargas. Nuestro pescuezo no valdría un comino si Cortés o Esca-

lante supiesen en lo que andamos. No podemos dejarlo en la costa...

–Si así lo hiciesen, darían trabajo al verdugo –interrumpió Pedro–. No recuperando las esmeraldas, soy hombre muerto en lo que de Cortés dependa. Fueron sustraídas cuando yo estaba de guardia. Ya conocen cómo las gasta el general.

Era tan evidente esa verdad, que no pudo menos de hacer impresión entre los oyentes, y Pedro se aprovechó de ella.

–De manera que estoy con el gobernador Velázquez. Francamente, si las hubiese recuperado, habría vuelto. Pero ahora Cuba me parece más tranquilo. Supongo que me entenderán.

–Por supuesto –contestó Umbría–. ¿Qué les parece, compañeros?

–¿Estás loco? –increpó Escudero–. Ese hombre se deslizaría por la borda como una anguila, en la primera oportunidad. ¿No adviertes sus propósitos? Obtendría su perdón delatándonos. Es uno de los aduladores de Cortés, lo mismo que Sandoval.

El corazón de Pedro desfalleció, pues el otro había leído perfectamente sus intenciones; pero en el acto hubo de aparentar serenidad.

–Señor –dijo–, nada es más fácil... o más vil que insultar a un prisionero. Sabe perfectamente que si dispusiese de mis armas, y con la venia de estos caballeros, le cortaría las orejas. En cuanto a escaparme, un par de grillos serán suficientes para curarme de esa locura hasta que hayamos abandonado el puerto.

–Es suficiente –dijo Coria–. Y una vez que hayamos salido del puerto, hermano Pedro, recibirá sus armas y mi licencia. Apostaré por usted mi parte de las esmeraldas. ¿Hay quien acepte la apuesta?

Todos callaron, inclusive Escudero. Era de todos bien sabido que en los torneos de esgrima, De Vargas era oponente adecuado hasta para Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval.

Por aprobación de la mayoría, el presunto alistamiento de Pedro con los amotinados fue aceptado y, para hacerlo más efectivo, se le aplicó un par de esposas. Al cerrar éstas, Pedro trató en vano de observar la mirada de Coria, experimentando que debía esperar más de ese bribón que de ninguno de los otros. En la disputa que siguió sobre el mejor lugar para encerrarlo, Escudero insistió sobre la bodega y Coria sobre el camarote. Pero la autoridad del primero había decaído durante los últimos minutos. Coria triunfó en el debate con el argumento de que un hombre encadenado era el mejor

guardián de las joyas y, por su parte, lo consideraba más seguro que si en el camarote dormía alguien sin estar encadenado.

–Entretanto –dijo Pedro, esforzándose por atraer la atención de Coria–, espero que pondrá algún centinela en la escalera de la cámara. Sería lamentable para mí que cierta gentuza no esperase hasta que esté de nuevo en posesión de mis armas.

Escudero le lanzó una mirada ponzoñosa; pero Coria gesticuló.

–Ya comprendo lo que dice, Pelirrojo. Estará bastante seguro. Me iré a dormir, si así pueden llamarse dos horas de sueño...

La reunión se deshizo, dirigiéndose unos hacia el entrepuente y los demás por la escalerilla de la recámara hacia el alcázar de popa. Los cerrojos fueron corridos y Pedro quedó en la oscuridad.

Inmediatamente comenzó a probar sus trabas, sin el menor resultado. Aunque se hubiese arrancado la carne, los huesos eran demasiado grandes para haberse deslizado a través de las esposas. Y con cada minuto que pasaba iba reduciéndose el precioso margen de que disponía.

¡Si al menos pudiese hablar una palabra a solas con Coria! Tal era su última esperanza. ¡Quién sabe si convencería al hombre!

En la pesada oscuridad del camarote se debatía sudoroso en vanos esfuerzos. Ocurriósele que aunque consiguiese escapar en ese instante ya sería demasiado tarde. Porque aunque llegase a alcanzar la costa, llevaría bastante tiempo despertar a Escalante y dar la alarma. Minuto a minuto estaba desmoronándose el valiente sueño del ejército, de los hombres a los que apreciaba, cuando tan poca cosa bastaría para salvarlo y cuando había estado tan a punto de llamarse libre.

Transcurrió una hora. Afuera oyó cómo un grumete cantaba su cuarto, aunque no se realizaba el relevo del personal. Luego volvió a reinar silencio.

No. Un leve ruido, como si la compuerta más arriba de la escalera fuese levantada cuidadosamente. Luego un paso, lento, furtivo y en descenso. ¿Escudero? Se reanimó. Alguien había penetrado en el camarote. La pantalla de una linterna sorda fue descorrida, y vio... a Coria.

–Creo –murmuró suavemente el recién llegado–que tiene algo que decirme. No pude venir antes. No tenemos mucho tiempo. ¿Qué quiere decirme?

35

Era en verdad el momento propicio. Ahora o nunca. Coria hubo de advertir alguna cosa en beneficio propio, y hallábase dispuesto a cualquier sugestión. Todo dependería del minuto siguiente.

–Quería preguntarle el motivo de que haya formado parte de esta expedición –dijo Pedro.

–Porque soy más pobre que las ratas –contestó Coria–, y las perspectivas parecían buenas.

–¿Entonces, por qué quiere desertar?

–Porque estoy cansado de canciones y de promesas. Puse las manos sobre un pedazo de oro en San Juan de Ulúa, pero ¡hasta la vista! Tuve que entregarlo para que se lo manden al rey. Ya estoy harto.

–¿Y cree que se hará rico en Cuba?

–Eso queda por ver –gesticuló Coria.

Yo no confiaría mucho en ello. Juan Escudero es el hombre que se enriquecerá. Tiene toda la confianza del gobernador, y eso no le favorecerá mucho a usted. De hoy en adelante cuéntelo como enemigo. Y como amigo, ya ha demostrado cuánto puede confiar en él.

El gesto se esfumó, pero Coria no dijo nada.

–No hay en Cuba mercado para las esmeraldas –prosiguió Pedro–. Y supongamos que Escudero le indica al gobernador que las confisque.

–¿Cuál es su idea? –interrogó Coria seriamente.

–Que no sea tonto. Nada hay en Cuba para usted. ¿A qué estar obligado a este atajo de traidores a bordo de este buque, cuando le muestro el camino para gozar del favor de Cortés, más quinientos pesos?

–¿A cambio de qué? –preguntó Coria, rascándose la barba.

–A cambio de que me ayude a detener la *Gallega*.

–Ya comprendo. Cortés recupera las esmeraldas y usted vuelve a ser el mismo de antes a sus ojos. Yo obtengo la recompensa. ¿Quién me la paga?

–El general. –Pedro arriesgaba mucho, a sabiendas.

Coria levantó una ceja, escéptico.

–¡Hombre! –prosiguió Pedro vivamente–. ¿No advierte lo mucho que supone para el general que las noticias no lleguen hasta Cuba? En cuanto al dinero, es mucho más de lo que podrá conseguir de Velázquez, ante quien influirá Escudero. Eso salta a la vista.

Coria aún se acariciaba la barba. En la oscuridad, sus ojos relucían como los de un gato que se hallase al acecho. Era cosa de enloquecerse, al pensar en lo mucho que dependía de la respuesta del bribón: la marcha a través de las montañas, un imperio acaso. Permaneció sentado, pensando el pro y el contra de la sugestión; pero Pedro advirtió cierta vacilación en el individuo. Era imposible escapar a la lógica. Escudero, hombre de confianza del gobernador, jamás le perdonaría lo acontecido esa noche. Mientras que Cortés...

–¿Cómo sabe que pagará?

–Le doy mi palabra.

–¡Hum!

A despecho de la oscuridad, Pedro palpitaba la proximidad de la aurora y redobló por ello sus esfuerzos.

–Si él no le paga, le cedo mi parte en el caballo Soldán. Eso vale más de quinientos pesos.

–Oiga, De Vargas –meditó Coria–. ¡Por mi salud, que no estoy muy decidido! A veces conviene olvidar las promesas. ¿Qué seguridad tengo...?

–¡Dios del cielo! –gritó Pedro, malhumorado–. No tenemos aquí ningún notario. ¿Qué puedo darle sino mi palabra? Usted ha oído nombrar a mi padre. Pues yo lo juro por su honor.

–¡Trato hecho! –exclamó Coria, después de haberlo pensado un instante. Luego sacó una llave del bolsillo, abriendo las esposas y alcanzándole las armas a Pedro. La espada y la daga habían sido colocadas en un rincón, bien a la mano–. ¿Cuál es su plan?

–Nos las entenderemos con el velamen. Destroce todo lo posible. Rompa el compás. Si somos capaces de demorar la partida, aunque sea una hora, serán nuestros. Una vez que se vengan sobre nosotros, diríjase hacia el bote de la nave. ¿Está listo?

–Sería mejor que nos llevásemos las esmeraldas –alegó Coria, demorando.

–No tenemos tiempo de abrir el cofre, por no decir nada del ruido.

Ante el asombro de Pedro, sacó del bolsillo la llave que se había esfumado, abriendo el cofre.

–Pero yo creí...

–La verdad es –murmuró Coria, sonriente– que no tiré la llave verdadera.

–Vaya, vaya –gesticuló De Vargas–. Fue un error afortunado.

–¿No es cierto que lo es? Por supuesto, mi honor de caballero me habría impedido aprovecharme de ello. Soy de Castilla la Vieja, señor.

Fue contemplando las piedras con tristeza, entregándoselas después una por una.

–Bien, ahí las tiene. Es usted quien debe custodiarlas. Son muy hermosas, pero inútiles para el pobre; al menos de este lado del océano. Esa fue una buena observación suya. No hay mercado.

Pedro depositó las piedras en el bolsillo de su cinturón, cerciorándose luego del estado de la hebilla. Parecióle algo irreal que hubiesen vuelto a sus manos. Restaba ponerlas nuevamente en las de Cortés, antes de lo cual, a su entender, habría bastante que hacer.

Descalzos y en silencio, ambos hombres se dirigieron por la escalera de cámara hacia el castillo de popa. Las estrellas habían palidecido, ante la aproximación del crepúsculo. Era la hora de calma que precedía al viento de la orilla del amanecer. El agua estaba tranquila e incorpórea como el cielo. Posiblemente, a causa de lo tarde de la conferencia celebrada en la cámara, nadie parecía despierto en la nave, salvo la sombría figura de un marinero que permanecía apoyado contra la barandilla del puente principal. Pedro lo indicó con un movimiento de cabeza, en tanto asía la empuñadura de su daga. Al cabo de diez minutos, tan pronto comenzase a soplar la brisa, volvería el barco a la vida, y no había tiempo que perder.

Igual que sombras, se arrastraron nuestros hombres hacia el puente principal, teniendo cuidado de no chocar contra algunos durmientes. Una vez llegados detrás del hombre, Pedro lo golpeó violentamente con la empuñadura de su pesada daga, haciendo caer silenciosamente al individuo, que fue arrastrado fácilmente hasta cubierta. Uno de los que dormían lanzó un gruñido, a tiempo que se movía, cayendo en silencio otra vez.

Pedro oyó el ruido del cuchillo de Coria al rasgar las drizas del palo mayor y luego los tirones al cortar otras cuerdas más delgadas. Apresurándose todo lo posible hacia el palo del trinquete, De Vargas destrozó todo el aparejo que estuvo a su alcance, volviéndose luego para costear a lo largo de la cubierta, en dirección a la bitácora de popa.

Pero ya se observaban figuras que se sentaban o iban poniéndose de pie trabajosamente. Resonó un grito áspero, abriéndose las puertas del alcázar y un hombre apareció delante de Pedro, lanzando un ¡quién vive!, mientras éste se dirigía velozmente hacia el puen-

te principal y por toda respuesta le daba un fuerte empujón. Entretanto, Coria pudo armarse de un hacha, con la que descargaba golpe tras golpe sobre el compás, cuando Vargas llegó junto a él.

–Ya es suficiente –gritó este último–. Váyase hacia el bote, mientras cubro la retirada. Gríteme cuando se halle a bordo.

Coria se lanzó violentamente contra los escalones que conducían al castillo de popa, en tanto De Vargas hacía frente a los marineros.

–¡Atrás! –exclamó cuando se le vino encima la primera embestida–. Que conste que no quiero matar a nadie... Bueno, ya que lo habéis querido... ¡Santiago y Cortés!

El grito sonó a través de las aguas. La espada saltó y uno de los hombres cayó para atrás, maldiciendo, mientras se agarraba el hombro.

En medio de la sorpresa, de la confusión y la poca luz que había, la tripulación tardó como un minuto en organizar el ataque; pero las órdenes de Escudero fueron impartidas prestamente y con exactitud.

–¡Suban al puente que está por encima de él! –gritó–. ¡Córtenle la retirada! ¡Chepito! ¡Tobal! ¡Vayan en busca de los arcos! ¡Vamos, muévanse!

Él mismo dirigió el ataque de frente, armado de una pica. Pero De Vargas desvió el empuje del arma, respondiendo con un golpe que hizo ladear el casco, malamente ajustado, sobre una oreja. Volviéndose, subió las escaleras que conducían al castillo de popa, precisamente cuando dos hombres, que treparon por un costado, alcanzaban la misma altura. La curva de la barandilla más arriba de la popa ofrecía alguna protección. Encerrado en ella, Pedro se mantuvo en guardia en tanto que el círculo de hombres se estrechaba a su alrededor. De abajo le llegaba el ruido producido por Coria al acomodarse en el interior del bote. La traición del individuo no había sido descubierta aún, pero alguien lo nombró.

–Ese perro es lo único que sabe hacer. Siempre deja que peleemos nosotros solos –gritó Escudero–. ¿Dónde está?

–¡Aquí! –vino la respuesta desde abajo–. ¡Adiós, Juanito! Dale recuerdos de mi parte al demonio cuando lo veas. ¡Santiago! ¡Cortés!... ¡Listo, De Vargas!

La confusión y la sorpresa proporcionaron su oportunidad a Pedro. Se lanzó al agua, saltando hacia atrás, hundiéndose y salien-

do a la superficie, alcanzando el bote con unas cuantas brazadas. Coria le ayudó a subir, y en seguida se inclinó sobre los remos.

Era una yola pesada, y no avanzaba sino muy lentamente. Con bastante torpeza, Pedro se apoderó de un par de remos.

–Reme –jadeó Coria–, reme hasta sacarse los brazos.

El pandemonio de maldiciones a bordo de la *Gallega* cesó de repente. A la débil claridad, Pedro pudo divisar un par de figuras apoyadas en la barandilla y la silueta de los arcos. Armas mortales a poca distancia, tenían ahora un blanco perfecto a muy pocas yardas.

–¡No yerres el tiro, Tobal! –exclamó una voz.

Algo se enterró en el banco, a un costado de Pedro, clavando sus calzones a la madera y quemándole la pierna como hierro candente. Un instante después hallóse en el fondo del bote, retorciéndose a causa de un intenso dolor de cabeza. Oyó apenas el grito que se alzó de la *Gallega* y el feroz juramento de Coria. Todo se hizo oscuro, aunque no perdió el conocimiento, percatándose aún de la angustia que sentía en la cabeza y de los fuertes tirones de Coria manejando los remos. Inclusive se percató de que en un momento dado, su acompañante hubo de agacharse también. Oyó el impacto de otro dardo. Luego se le pasó el desmayo, aunque el dolor golpeaba fuertemente, de manera que hubo de apretar con fuerza los dientes para no gritar.

Pero otro ruido llegaba desde la *Gallega*: el rechinar de las garruchas y del aparejo. Evidentemente, estaba siendo bajado algún bote más liviano de repuesto. Pedro se esforzó.

–¡Por Dios! –exclamó Coria casi sin aliento–. Creí que lo habían matado. ¿Cómo se encuentra?

En tanto musitaba una respuesta, De Vargas se abalanzó sobre los remos. No veía debido a la sangre que le chorreaba por la frente, pero pudo sacar partido de una manera peculiar de remar.

–Es inútil –rezongó Coria–. De esa manera no se avanza sino una yarda por cada tres de la otra.

El golpe acompasado de los remeros profesionales que eran sus perseguidores escuchábase cada vez más cerca. Pedro se pasó la manga por los ojos, y a la claridad que ya lucía observó el bote a menos de cien yardas de distancia.

–¿Sabe nadar, Coria?

–Sí, pero de nada sirve. Mejor será que peleemos.

Pedro se despojó del jubón, después de haber embarcado los remos, y se puso a manera de venda sobre la frente una tira arrancada del faldón de la camisa.

–Para pelear tengo que ver –musitó.

Coria se mantuvo remando porfiadamente, y los dos hombres comprendieron claramente que no tenían nada que hacer contra los otros ocho armados. No hicieron sino seguir el instinto y el entrenamiento. El viento de la orilla agitaba ya las olas, demorando su progreso, aunque obstaculizando apenas a sus perseguidores. En la proa veíase el casco de Escudero y su rostro, duro y atento. Si no hacía nada más... un fuerte mareo lo invadió obligándolo a asirse del banquillo.

–Coria, hay que hacer vibrar el bote de manera que no se nos echen encima.

El bote de la *Gallega* saltó hacia adelante. De repente, ante el asombro de Pedro, los remos se paralizaron, enredándose y comenzando a moverse en sentido contrario. Escudero ya no se hallaba frente a él, sino a la derecha, dando órdenes. El bote comenzaba a virar cuando en ese mismo instante apareció otra embarcación grande y cargada de hombres que se dirigía hacia ellos desde el lado izquierdo.

–¡Gracias a Dios! –exclamó devotamente Coria, dejando caer los remos.

En la popa de la embarcación que avanzaba, Pedro reconoció a Antón de Alaminos, el principal piloto de Cortés.

–¿Qué sucede? –rugió a tiempo que los botes se juntaban.

–Impida que zarpe la *Gallega* –contestó Pedro, asido del banquillo y contemplando a Alaminos a través de una niebla cada vez mayor–: ¡Dé la señal a los buques!...

Parecía como si el fondo del bote se levantara hacia él y Pedro se cayese hacia adelante para recibirlo.

36

Mientras la *Gallega* estaba siendo desmantelada y puesta su tripulación presa; en tanto Coria, montando en el caballo del mismo Escalante, galopaba al despuntar el día para llevar las nuevas a Cortés y ganarse la recompensa; mientras el general reunía después a los capitanes en Cempoala para celebrar consejo, discutiendo la eventualidad de que tuviesen lugar nuevas deserciones de los adeptos de

Cuba, y la manera de impedirlas, Pedro de Vargas se hallaba medio moribundo en el fuerte de Villa Rica. Por suerte o por desgracia –pues las opiniones diferían–, Antonio Escobar, bachiller en Artes, médico, cirujano y boticario del ejército, recién recuperado de un ataque de influenza, no había acompañado a las tropas en su marcha diplomática sobre Cempoala y otras localidades vecinas totonacs. En consecuencia, sus servicios profesionales hallábanse a la disposición del caballerizo del general.

En aquellos tiempos no era la costumbre de los médicos considerar de manera optimista el estado de sus pacientes. Si la dolencia era leve, era grande el mérito de haberla sanado; si el enfermo fallecía, habíase cumplido la voluntad del Señor. Escobar hubo de fruncir el ceño, conteniendo a la vez la respiración, a su primera ojeada sobre Pedro tendido sobre una estera india en un rincón del fuerte que fuera techado con ramas de palmera. Las mujeres que seguían a las tropas en marcha, Isabel Rodrigo y María de Vera, espantaban la nube de moscas posada sobre la cabeza del herido o enjuagaban la sangre que manaba, valiéndose de algunos trapos sucios. El bachiller volvió a fruncir el ceño y a contener el aliento después que hubo tanteado la herida con sus largas uñas.

–Muy grave. ¡Gravísimo! –declaró con entonación lúgrube–. ¡Qué tajo! Lo menos tiene seis pulgadas. Fíjense, mujeres, me cabe el dedo. Y llega hasta el cerebro. –Exploró con un dedo–. Sí, quizá llegue hasta los sesos. No hay esperanzas, mujeres... Al menos, muy poca.

Pedro, aunque sólo estaba medio consciente, gemía y se retorcía ante las manipulaciones del médico.

–Tiene color de muerto, sudor frío –dijo Escobar–. Mala señal. Ojalá estuviese aquí el padre Olmedo. Juan Díaz se halla en el cepo. Sin embargo, es sacerdote, y siempre puede dar la absolución por más pillo que sea. Me temo que este buen muchacho se encuentre ya desahuciado por la ciencia.

–Pero, señor, al menos, detenga esa sangría –interrumpió Isabel–, y que Dios se lo premie. Es una lástima verlo cómo se desangra igual que un jabalí lanceado. ¡Y con lo hermoso que es! –dijo, señalando las correas del bolso de Pedro, que habían sido cortadas.

–El propio capitán Escalante. ¡Vergüenza debiera darle; y eso que es un caballero! –exclamó María de Vera, acremente–. Le quitó la bolsa después de haber hablado con Coria. Yo misma lo vi. Yo

pensaba que nos habría dejado llevarnos algo por nuestras molestias.

–Muchachas: ¿el dinero y la carne es lo único que os preocupa, verdad? –increpó Escobar, pinchándole con un dedo manchado de sangre debajo de la barbilla–. Bueno, tendré que hacer todo lo posible en beneficio del muchacho, aunque existe poca probabilidad de salvarlo. ¡Que Dios se apiade de él!

–¡Bah! –interrumpió una voz áspera desde atrás–. ¡Dios se apiade de usted, maestro cirujano, si no hace lo posible y algo le sucede! –Juan de Escalante, comandante de Villa Rica, dio un paso adelante con los brazos en jarras y los ojos relucientes fijos en Escobar–. Si el soldado cumpliese su faena como usted la suya, con esa cara de cordero degollado y un ¡Dios le proteja!, ¿cómo le iría en la campaña? Sujétese los calzones, hombre, y cumpla con su cometido. El tiro desviado de un arco no es lo peor. Corte esa sangría. Ya tenía que haberlo hecho sin demora.

–Sírvase excusarme si el paciente muere de un shock, señoría. Se encuentra débil a consecuencia de los acontecimientos de la noche...

–¡No habrá excusa que valga! –retrucó el capitán–. Le diré que el general estima en mucho a este caballero..., por no decir de los demás. Y usted tendrá que vérselas con el Toro García si él muere. En cuanto a vosotras, mocitas, me llevé la bolsa para que no le pusieran la mano encima. Conque ¡vivo!; muévanse los tres si no quieren que el látigo sea con vuestras espaldas.

Y así estimulado, el personal médico de Villa Rica se dispuso a operar. Desde el umbral, Escalante llamó a su asistente, Chávez, hombre alto y grueso, capaz de sujetar a cualquier paciente contra la mesa. Había estado limpiando el pesebre y vino secándose las manos en los calzones. Entretanto, las dos mujeres fueron en busca de un brasero y un fuelle, a más de un par de hierros y un tarro de brea. Una tosca mesa hecha con tablones completaba el equipo. Chávez levantó al paciente en brazos, dejándolo caer sobre la mesa. Habiéndose corrido la voz, varios componentes de la guarnición y uno o dos indios visitantes se aproximaron para curiosear. El sol era bastante fuerte ya y el reducido espacio, que más parecía una celda, estaba lleno del zumbido de las moscas y del rumor de las conversaciones.

–Muchachas, sáquenle el jubón y la camisa –ordenó el cirujano–. Así estará más fresco.

–De todos modos, probablemente no volverá a necesitarlos –añadió lanzando una mirada colérica a Escalante.

–Me jugaré la camisa a los dados –dijo María a Isabel–. Es de hilo. De lo mejor. ¡Lástima que la haya rasgado!

Pero un puñete del capitán le impuso silencio.

–¡Chitón, perra! –tronó–. ¿No tenéis vergüenza? Seríais capaces de utilizar la barriga de un moribundo como tablero para jugaros a los dados su sudario. Lo que es yo, preferiría que me cuidasen los buharros.

En esas circunstancias, Pedro se volvió, delirante y semiconsciente, observando vivamente a su alrededor. El calor, su estado de semidesnudez, las maldiciones del capitán, el círculo de rostros, Chávez inclinado sobre él, el brillo del hierro candente, tenido en alto en ese instante por Escobar, que escupía para probarlo; todo daba una confusa impresión de cámara de tormentos, de sacrificio indio y de infierno. Trató de incorporarse débilmente, viéndose obligado a desistir de ello ante un empujón de Chávez, que lo volvió a su lugar.

–No tan pronto, señor. Aún no hemos terminado con usted. No vamos sino a chamuscarle la cabeza.

–¡Misericordia! –suplicó Pedro débilmente.

Escalante intercedió en el asunto, aunque sin conseguir mejorarlo.

–¡Hola, De Vargas! Animo, hijo. Si no hacemos eso, te irás en sangre. ¿Comprendes? Eres un muchacho valeroso, ¡qué diablos! –Ensayó una broma–. Tendremos que curarte, aunque sea necesario que pierdas la cabeza a causa de esa quemadura.

Sus palabras encuadraban bien con el resto del sueño.

–Señor capitán –exclamó Pedro mientras su ánimo desfallecía–, si se encontrase en mi caso, yo ocuparía vuestro lugar. ¡Piedad! ¿Qué he hecho para que me quemen?

–Ya desvaría –dijo Escobar–, y eso es mala señal. ¿Está la brea hirviendo? Bien. ¡Vamos! –concluyó después de haber examinado el hierro con ojo crítico.

Escalante asió una de las muñecas de Pedro, llevándola hacia atrás, imitándolo uno de los presentes con la otra; Chávez se ocupó entonces de las piernas, extendiéndose aparatosamente. Como esa era la posición indicada para el sacrificio indio, uno de los totonac visitantes profirió un "¡alala!" en honor de sus dioses.

–Que alguien sujete a De Vargas de la garganta –dijo Escobar–, para que no se mueva. De lo contrario, dará un tirón.

En la más completa oscuridad en cuanto al significado de su ejecución, Pedro encomendó su alma a Dios.

–Tenga cuidado, *Serruchahuesos* –dijo uno de los soldados, cumpliendo con la orden–. Si llega a herrarle y me quema, le arrancaré el corazón.

El cirujano levantó entonces el hierro candente, aplicándolo a la herida abierta en la frente de Pedro; pero al moverlo convulsivamente, se desvió apenas una media pulgada, originando un grito y el olor de cabellos chamuscados. No tuvo mejor suerte en su segundo intento.

–¡Oh, Santa María de los Dolores! –clamó furioso Escalante, cuyo rostro se hallaba chorreando–. ¡A no ser por la muñeca de este hombre, cirujano idiota, le rompería ese hierro en la cabeza!

Escobar probó otra vez, haciendo un gesto con los labios y poniendo ahora el hierro candente en debida forma entre los labios abiertos de la herida.

Oyóse un grito entrecortado y el silbido de la sangre. Pedro quedó inerte.

–¡Por Dios, que está listo! –exclamó Chávez, en tanto aflojaba su presión para pasarse la manga por la frente–. Fíjense.

El rostro del paciente era blanco como la leche. Varios soldados se santiguaron y los indios se miraron unos a otros en forma que denotaba su apreciación de la capacidad del hombre blanco para inventar maneras de dar la muerte en forma extraña y cruel.

–Lo que me había imaginado –observó Escobar sabiamente–. No hubiera debido prevenirle, señor capitán. Ni siquiera mi ciencia puede contrarrestar la voluntad de Dios. Sin embargo, hemos cortado la sangría. Tendrá que convenir en que está bien chamuscada la herida.

Los ojos de Escalante denotaron bastante temor, y colocó la palma de la mano sobre el corazón de Pedro, permaneciendo algunos instantes en suspenso. Luego, su semblante se animó.

–¡No, por los santos! Está más vivo que usted.

–¿Por qué no? –Escobar estuvo a la altura del momento–. Dios ayuda al hombre cuya ciencia es verdadera. Señor capitán: usted podrá pensar que cualquiera puede aplicar el hierro candente a una herida. Nada más lejos de la verdad. Es necesario no descuidarse ni en medio segundo. De haber retirado el hierro demasiado pronto, la herida no se habría chamuscado, y un momento más tarde el paciente habría muerto infaliblemente. Sepa, señor capitán, que el li-

cor volátil que hay en el cerebro hierve fácilmente, y que una vez que encuentra el punto de ebullición...

–¡Oh, ya está bien! –interrumpió el capitán–. Chávez, tráeme algo que beber. Ese aguardiente nativo que quema las entrañas resucitaría un muerto. Lo reviviremos, señor cirujano, y luego podrá usted echarle encima la brea.

–La herida está bien cerrada –protestó Escobar–. Su señoría. La brea no es necesaria.

–Sin embargo, quiero que se le eche –declaró Escalante–. No será demasiado, ¿verdad?

–No, señor.

–Entonces no ahorraremos ningún esfuerzo. Hay que hacer un trabajo perfecto con este caballero. Revívalo, pues.

Alguien trajo un poco de vino en un vaso de lata, pero Escobar disintió.

–Señor, podremos obrar mientras se halle desvanecido. De esa manera no será necesario molestar a esos caballeros para que lo sujeten.

Prevaleció esa opinión, pese a que Escalante dijo que nada sería molesto con tal que fuese en beneficio de tan valiente caballero. En consecuencia, la herida de Pedro fue cubierta con brea hirviendo, teniendo la virtud de hacerlo revivir y sacándolo de su desmayo en medio de gritos de dolor para enfrentarse con el implacable Chávez.

–¡Qué alegría, señor! –rugió Escalante–. ¡Animo, ya ha pasado todo! En cuanto al bachiller Escobar, diré que ni el mismo Galeno habría cumplido mejor su misión en este caso. Ya no hay pérdida ninguna. Está calafateado tan bien como un barco carenado... Vaya, beba un trago.

Hizo sonar la copa contra los dientes de Pedro, vaciando su contenido en la garganta. Luego, con fuego por dentro y por fuera, el paciente fue bajado otra vez a su estera, con el rostro completamente amoratado; una venda limpia, procedente del faldón de una camisa de Escalante, fue arrollada a la cabeza. El personal médico de Villa Rica sintiose orgulloso de su eficiencia.

–A menos –concluyó el cirujano, con la consabida reserva profesional– que muera a consecuencia de la debilidad y del shock, cosa que está en manos de Dios.

37

La debilidad, un poco de fiebre y el licor bastante fuerte proporcionado por Escalante, sumió a Pedro en un estado soñoliento, no alterado sino por las moscas y la charla de Isabel. Al cabo de un tiempo, el dolor de cabeza fue más llevadero, hallándose lo bastante reanimado a mediodía para participar en un estofado de carne de cerdo y de pan de casabe, acompañado de una dracma de vino del utilizado para el santo sacrificio de la misa. Sintiose animado, al punto de charlar brevemente con Escalante sobre los acontecimientos de la noche pasada y de tranquilizarse sobre la seguridad de las esmeraldas. El capitán le refirió que los amotinados se hallaban bajo prisión, esperándoles la horca, sin duda, al regreso de Cortés. Pedro volvió a dormirse otra vez.

Avanzada la tarde, fue despertado por una brisa bastante diferente de la levantada por Isabel cuando lo abanicaba. Al levantar la vista contempló un puño enorme y agitado echándole aire en abundancia con un abanico hecho de hojas de palmera. Detrás del abanico, igualmente amplio, asomaba el rostro curtido de Juna García. Era asombroso ver sus ojos llenos de lágrimas, en tanto los labios abundantes reprimían una emoción bien visible.

–¡Hola, Juan! ¿Qué demonios...?

–¡Silencio! –ordenó el otro, poniéndose un dedo en los labios, mientras activaba el movimiento del abanico–. ¡Cállate! No hables. Economiza tu energía, y todo andará bien, con la ayuda de Dios. Acabo de ver a maese Escobar, quien dice que tu vida depende de la tranquilidad.

–¡Puf! No depende sino de que no venga a verme más. Estoy perfectamente. Pero, ¿qué te duele? ¿La cabeza? ¿A qué viniste por aquí?

El rostro de García expresaba tal ansiedad que Pedro hubo de callarse.

–¡Por favor, ni una palabra! Si es necesario hablar, déjame a mí –suplicó García.

De Vargas sonrió.

–Ya sabes lo que quiero decir –prosiguió el Toro con voz ronca, llevándose un dedo a la nariz–. ¿Qué me duele? El corazón. Cuando me desperté esta mañana... ¡vaya una sed, compañero! ¡Qué dolor de cabeza! El diablo en el infierno no podría tenerlo peor. Como digo, cuando me desperté y supe lo que había hecho..., insultar a mis

compañeros, llamándoles perros indios, atacar al capitán Velázquez de León, covertirme en un verdadero asno nada menos, y cómo habías abandonado tu puesto para ayudarme..., poco faltó para que me arrancara la maldita vida. Luego supe que te habías ido y hallé el campamento alborotado y el general furioso. Entonces arribó Bernardino de Coria muy apurado por poner ciertas nocticias en conocimiento de Cortés, quien reunió a los capitanes en consejo. Pero los puntos capitales llegan a filtrarse y supe que estabas a punto de irte al otro mundo. ¡Por mi culpa! ¡Nada más que por mi culpa! La pena me consumía, y no pude menos de sentarme en el escalón inferior de la pirámide, golpeándome la cabeza con los puños. No hice otra cosa que llenarme de maldiciones ante el asombro del ejército, reunido a mi alrededor, aunque sin poder consolarme.

García agachó la cabeza como recordando, respirando agitadamente. Después prosiguió, agitando fieramente el abanico.

–¿Y quién vino sino el general en persona? "García –dijo–, nada es capaz de curarnos el dolor como la actividad. Tome ese caballo, Soldán, y lléguese hasta Villa Rica. Puede que encuentre a Pedro de Vargas con vida. Y de paso podrá llevarme una carta para Juan de Escalante. El ejército regresará mañana a Villa Rica." Y aquí estoy, ¡gracias a Dios! No merezco..., no, realmente no merezco hallarte aún...

Apretó los labios a tiempo que volvía el semblante y dejaba caer el abanico. Prosiguió después de una pausa:

–¿Crees que podrás perdonarme? Parece que mi destino es meterte siempre en algún lío. No quiero que hables, pero sí saber si me perdonas. En caso afirmativo, di que sí con la cabeza; de lo contrario, menéala. Esto último es lo que merezco.

Esta vez fue Pedro quien rió.

–¿Perdonarte? ¡Ni por un peso! ¿Qué digo? ¡Ni por cien mil! ¡Jamás! ¡Que me aspen si lo hago!

–Pareces casi natural –dijo García, vacilando, después de haberlo vuelto a mirar.

–Casi. Lo que necesito saber es cuánto pulque bebiste. Es una bebida floja. Te perdonaría si hubieses bebido un galón.

–Por mi honor, te aseguro que fueron dos –repuso García, vastamente aliviado con respecto a sus dudas sobre el estado de su amigo.

–Embustero.

–Es posible que hayan sido tres, a juzgar por lo que me pesaba la cabeza. ¿Estoy perdonado entonces?

–Date por perdonado.

–Ese papanatas de Escobar –dijo García gruñendo, después de haber dejado el abanico– me ha dado el susto de mi vida, haciéndome creer que estabas en los últimos instantes. Me dijo que no me garantizaba nada. Le daré un buen puntapié en las posaderas. ¡Por Dios! ¡En cuanto a pulque, cerveza, vino y licor!... ¡Señor, los aborrezco y renuncio a ellos! Y Dios guarde al hijo de madre que intente siquiera hacer que los huela.

–¡Amén! –concluyó De Vargas.

–Además –prosiguió García, libre ya de dedicarse a sus propios males–, renuncio a ese caballazo de Soldán, maldiciendo al bergante que me lo vendió. Una bestia con paso más tardo y que más vejigas produzca, caminando en cuatro patas, no la he visto en toda mi vida. Es un milagro que me encuentre sentado aquí conversando contigo.

Afuera resonaron pasos enérgicos en el patio. Poco después penetró Escalante, que llevaba un par de papeles en la mano.

–Coria debe haber dado un triste informe de usted, señor De Vargas. –Pedro sintiose impresionado por lo ceremonioso de sus modales–. El general temió que estuviese muriéndose. Pero Escobar y yo nos hemos ocupado de ello. ¿No es cierto? Traigo noticias –prosiguió, golpeando los papeles con un dedo–. Un barco procedente de Cuba y a las órdenes de Francisco Salcedo, acaba de recalar en San Juan de Ulúa; pero al ver que no habíamos ido, viene ahora en demanda de Villa Rica. Un mensajero trajo aviso a Cortés. Es posible que arribe mañana. A su bordo viaja Luis Marín, ilustre capitán, con otros diez soldados y dos caballos. Hasta aquí las buenas noticias; el resto son malas. Parece que el gobernador de Cuba ha sido nombrado adelantado por España. No tenía bastante con ser gobernador. Ahora es gobernador en jefe, con derecho a colonizar estas tierras.

Pedro contuvo el aliento, en tanto García musitaba un juramento. Las noticias significaban que si al gobernador Velázquez se le había conferido ese derecho, ellos, los conquistadores del país, no tendrían ninguno, salvo con su consentimiento; que la colonia de Villa Rica no existía legalmente, y, por sobre todas las cosas, que Velázquez iba a recibir en todo caso la parte del león en los beneficios.

–El general no se conformará así no más –exclamó Pedro.

–No; las cosas no van a marchar tan bien en adelante –convino Escalante–. El barco con el tesoro tiene que partir en seguida para España, sin permitir que zarpe ninguna otra nave hasta que nos hayamos apoderado de todo el país para el rey..., para su majestad, no para un miserable gobernador. Como el general dice, es un dominio de la corona.

"Como el general dice" era la frase sacramental del ejército para resolver las disputas.

–Anoche ha tenido bastante suerte –agregó Escalante–; pero no hemos de confiar siempre en la fortuna. El próximo barco tiene que salir.

–Usted sabe... –Pedro reflexionó–, como el general dice..., supongamos que no hubiese barcos.

–Sí –repitió el otro–. ¿Supongamos que no los hay?

–¿Que no haya barcos? –estalló finalmente García, cuya imaginación se movía con bastante lentitud–. ¡Qué idea más tonta! ¿Que no tengamos medios de retirada ni de comunicación? –Pero se contuvo, mientras sus ojos se iluminaban–. ¡Hum! ¿Sin naves? Sí, como el general dice: "quien no pueda retirarse tendrá que seguir adelante." Y hay muchos entre nosotros a quienes agradaría regresar. Los de la *Gallega* no son los únicos. –Se golpeó la rodilla–. ¡Por Dios, sí! ¡Nada de barcos! ¡Echémoslos a pique! ¡Hay que terminar con esas vacilaciones! ¡Es una magnífica idea: la única!

–Haga correr la voz –dijo Escalante, cambiando una mirada con Pedro–. Entérese de lo que dice la tropa al respecto.

A causa de su gran popularidad, García era una suerte de oráculo entre los soldados.

–¿Qué dice la tropa? –contestó con voz de trueno–. Les parecerá bien, como buenos españoles que son. Iremos a ver al general.

A esa altura, García había olvidado, posiblemente como Escalante y De Vargas, el origen de la idea. Ya era cosa del Toro, y sería impuesta a Cortés.

–Ocúpese de ella con los capitanes, y yo me las entenderé con la tropa –concluyó García.

–Así se hará –asintió el otro–. Eso me recuerda... –entregó un sobre a Pedro, diciéndole que era del general–. Ese sobre tendría que haber sido devuelto al general en caso de que usted hubiese fallecido... ¡Por Dios!, jamás olvidaré cómo estaba sobre aquella mesa, De Vargas... En base a lo que me ha escrito, adivino lo que dice ese pliego.

Aun débil a consecuencia de los acontecimientos, Pedro rompió el sello con mano temblorosa. ¿Qué tendría que decirle el enigmático general? ¿Sería perdón o censura?

"Hijo Pedro (no era un mal comienzo):

Bernardino de Coria me ha hecho lo que considero un relato razonablemente cierto de vuestro proceder durante los acontecimientos de la noche última. Lo que ha referido de sí mismo no lo creo del todo; pero no tiene motivos para mentir con respecto a su persona. Me dice que le ha prometido quinientos pesos de mi parte si le ayudaba a impedir la huída de la nave. Alega que, siempre por lealtad hacia mi persona, le habría ayudado de cualquier modo, habiendo aceptado su afirmación con gracias... a más de comprenderlo por completo. Igualmente asegura que usted ha empeñado su parte en el caballo Soldán para responder del pago de la referida suma.

Hijo Pedro: En todo eso ha procedido bien, demostrando gran prudencia y excelente juicio. No tema por Soldán, puesto que acepto la deuda con gran placer. En verdad, inclusive le he aumentado hasta mil pesos. El señor de Coria tendrá que esperar, entretanto; pero, ¡cáspita!, ¿acaso no tendremos que esperar todos hasta el final de nuestra empresa?

De Vargas rió entre dientes. Si Cortés cumplía alguna vez sus promesas, volvería a comenzar el Siglo de Oro.

"Ahora, veamos sobre las esmeraldas de su majestad. Se me informa que las ha recobrado y que se hallan en poder de Juan de Escalante. De tal modo, esa cuenta queda saldada.

De vuestra deserción del campamento la noche última, diré lo que sigue: Desobedezca cualquier disposición en beneficio del ejército, pero que esa desobediencia sea justificada por el éxito. Si hubiese fracasado anoche, lo habría hecho colgar. Pero, puesto que triunfó de una manera altamente beneficiosa para esta compañía, lo promuevo...

El calor afluyó a las mejillas de Pedro, ante cuyos ojos bailaba el escrito.

"...lo promuevo, por la energía e iniciativa demostrada, al rango de capitán, comandante de exploradores, cuando avancemos hacia el interior. Y ojalá que vuestra herida sane pronto, señor capitán, pues pronto iniciaremos la marcha. Y que Dios le permita emular por mucho tiempo las hazañas de vuestro padre, que Aquél guarde."

Pedro observó la mirada de Juan García, que lo contemplaba fijamente.

–¡Virgen santa! –exclamó.

–Vamos, muchacho, ¿qué sucede? Habla pronto. Espero que no sea nada grave.

–Lo felicito –dijo Escalante, inclinándose.

–¡Yo, capitán...! –exclamó a su vez De Vargas, boquiabierto–. ¡Capitán!

38

A la mañana siguiente, Pedro despertó al ruido del trueno. ¿Pero era en verdad un trueno? Bum, bum, tronaba desde el puerto. Bum, bum, oíase desde más cerca.

Era el tronar del cañón. Algún asalto de los indios.

Se pudo de pie, vacilante a consecuencia del mareo producido por la debilidad. Pero nada de apresuramiento en el fuerte, ni gritos dando órdenes; nada en verdad, sino un silencio extraño entre las salvas de la artillería. Luego, completamente despierto, comprendió que era el barco de Cuba.

La reciente pérdida de sangre hubo de dejarlo más débil de lo que él había creído. Dirigiose trabajosamente hacia la ventana del aposento, que daba al exterior, mirando hacia el puerto.

Sí, allí estaba entrando, con las velas multicolores hinchadas, cortando graciosamente las aguas, reluciendo sus bronces al sol de la mañana y con el pendón de Castilla al tope. Otras banderolas, sin duda las de Salcedo y de Marín, ondeaban en los palos de proa y de mesana. De sus costados salieron nubes de humo y pronto se escuchó el apagado estampido de sus salvas con las cuales correspondía al saludo.

A Pedro se le nublaron los ojos. Allá entraba la nave, parte del mundo situado más allá de la inmensidad de las aguas, el mundo siempre presente en sus recuerdos, en contraste con este país remoto. Cuba podría no ser España; pero se hallaba más cerca, más poblada y segura y más española.

¡Bum...!

Ante la nueva responsabilidad inherente a su rango, meditó sobre el derroche de pólvora. ¿Pero quién podía censurar a quién? Cinco meses de silencio, de pensar en esto o lo otro, como si la corriente del océano fuese el mismo Leteo. Y ahora una vela; quizá noticias de amigos y parientes, posiblemente alguna carta; noticias de Europa, por muy viejas que resultasen. Por supuesto, los residentes de

las islas eran los que más tenían que esperar; pero... ¿quién podría decir?... hasta podrían recibirse algunos rumores de Jaén.

Observó cómo toda la guarnición, hombres y mujeres, dirigíanse apresurada y bulliciosamente hacia la playa; García junto a Escalante; los artilleros, después de haber contestado al saludo, corrían para reunirse con los demás. Un pequeño bote estaba siendo bajado y varias canoas indias velozmente hacia la nao, cuya proa avanzaba lo más posible, sin duda para facilitar el desembarco de los caballos. Finalmente oyose el ruido de sus anclas.

Pedro habría dado cualquier cosa por hallarse en la playa en ese instante. Pero la cabeza se le iba en consecuencia del esfuerzo por mantenerse de pie; y apenas pudo alcanzar nuevamente su estera, antes de que sus rodillas, que se habían vuelto como de algodón, cediesen a la manera de las navajas sevillanas cuyo resorte no funciona.

Al cabo de un rato, incapaz de resistir, volvió a ponerse de pie, regresando a la abertura, desde donde pudo divisar los caballos desembarcados en la costa y desperezándose, dando algunos pasos con cuidado, después del largo confinamiento. La guarnición y los recién llegados formaban un grupo apretado sobre la arena, contrastando notablemente el brillante atavío de los extranjeros con el deslucido de los del lugar. Inclusive a la distancia, llegaba a Pedro el rumor de las conversaciones animadas. Divisó a Escalante, que formaba grupo aparte con dos individuos, uno de ellos destacando su figura de amarillo y carmesí contra el fondo como de color cuero de la playa. Debía ser Salcedo, apodado "el petimetre" a causa de su elegancia. García, que tenía amigos en todas partes, hubo de encontrar, sin duda, algunos conocidos, pues estaba abrazando y palmeando en la espalda a más de uno.

De Vargas regresó a su estera. Eso no era una alegría para él. Érale imposible hacer otra cosa que languidecer y matar moscas mientras García lo recordase y viniese otra vez a su lado para referirle algunos de los rumores proporcionados por los viajeros. De cualquier manera no se hallaba presentable, con el vendaje en la cabeza, la camisa desgarrada, mal lavada y mostrando aún algunos puntos de sangre; los calzones desgarrados por el dardo, con su agujero poco decoroso; sus botas, perdidas en la *Gallega* y no reemplazadas todavía, en tanto los dedos de los pies le asomaban por las puntas de las medias, que bien necesitaban un zurcido.

–"¡Un mendigo! –reflexionó–. ¡Nada más que un mendigo! ¡Sucio como un cerdo! ¡Olvidado, mientras los demás disfrutaban!

¡Por las llagas del Señor! ¡Hay que ver cómo parezco un capitán!, ¿verdad?"

El ruido de las voces y de los pasos que se aproximaban indicó que la muchedumbre venía hacia el fuerte. Pero en semejante estado de ánimo, los otros no le interesaban verdaderamente. Entonces, ante su agradable sorpresa, no exenta de turbación, Escalante entró, acompañado de los dos oficiales que llegaron en el buque.

En seguida los identificó: eran Francisco Salcedo, alto, moreno, magnífico y vanidoso, el prototipo del aventurero llamativo en el vestir y de modales exagerados, y Luis Marín, bajo, con las piernas algo arqueadas, debido a su larga permanencia sobre la silla de montar; barbirrojo (como gran parte de los españoles de su época), picado de viruela y de modales singularmente suaves, pero que ocultaban un coraje de león.

–El capitán Pedro de Vargas, caballeros –presentó Escalante, estremeciéndose Pedro ante ese nuevo tratamiento–. Como podrán ver, el caballero se encuentra temporalmente indispuesto. Una herida reciente... –Escalante vaciló; acaso no fuese prudente mencionar nada aún relativo al amotinamiento...–, ha ocasionado al capitán bastante pérdida de sangre. No, caballeros, no ha sido un duelo, sino cosa de unos obcecados con quienes el señor De Vargas hubo de habérselas casi solo.

Erguido sobre la estera, Pedro hizo todo lo posible por retribuir los cumplidos, dando las gracias por las condolencias y tratando de hacer resaltar los méritos de Villa Rica de Vera Cruz. Observó con sorpresa en el semblante de Salcedo al contemplar las ropas destrozadas del capitán De Vargas y el lamentable aposento. Pero se cambiaron los cumplidos y saludos con la misma gracia y cortesanía como si el recinto techado de palmas hubiese sido un fastuoso palacio. Por supuesto, cuando se supo que era hijo de Francisco de Vargas, poco importó el ambiente.

–Una vez tuve el placer, señor, de ver a vuestro padre en una justa, en Sevilla –dijo Luis Marín–. Nunca he visto más cumplido caballero. Y no me extraña, pues, que un hijo suyo haya sido promovido al mando a tan temprana edad.

Hablaba con el ceceo andaluz que a Pedro le recordaba su hogar.

–Es un ejército de jóvenes, señor. Los capitanes Gonzalo de Sandoval y Andrés de Tapia, a quienes acaso conocerá, son poco mayo-

res que yo... Pero, señor, puesto que viene de Sevilla quizá traiga algunas noticias. Jaén no está tan lejos de vuestra ciudad.

–No –dijo Marín, meneando la cabeza–, pero hace mucho que resido en las islas.

Terminada la visita, Pedro quedó una vez más sumido en el tedio y en la impaciencia. No había noticias. Al menos sintiose aliviado de que los extraños no hubiesen sabido de la desgracia de su familia, lo que no habría mejorado las cosas. Aquí, no por cierto con razón, había esperado alguna noticia de Jaén, algo que uniese el espacio entre ambos puntos tan distantes del orbe.

En su estado impaciente y nervioso, irritábale que García no hubiese regresado. Tendría que haber advertido que a un semejante no le agradaba permanecer aislado de todo y que serían bien recibidos cualesquiera clase de rumores. Pero el grandote continuaba charlando en el patio, llegando hasta Pedro el sonido de su vozarrón por encima de todas las otras idas y venidas. Finalmente, incapaz de resistir por más tiempo, llegóse trabajosamente hasta la puerta.

García se hallaba en el extremo opuesto de lo que pudiera llamarse la plaza, en alegre conversación con dos de los recién llegados: uno era un hombre robusto y con barba; el otro un joven vestido de negro y tocado con una gorra provista de pluma blanca.

–¡Vaya un galancete! –rezongó Pedro, consciente de su aspecto desastrado–. Apoyaré al ejército para que se desprenda de su atildamiento... ¡Eh, García! –gritó luego.

La conversación fue interrumpida, volviéndose los tres para mirar.

–Ya voy –contestó el otro.

Compenetrado de que debía parecer como un espantapájaros y que no era correcto que uno de los oficiales de Cortés estuviese aferrado a una puerta y llamando a gritos a otra persona, a la vista de todo el fuerte, retornó trabajosamente a su lugar, con toda la dignidad posible.

Pero aún así no oyó que los pesados pasos de García cruzasen el patio. Sin duda habría enviado al paje para saber qué necesitaba, pues eran pasos más livianos.

–¡A fe mía, que me gusta! –pensó De Vargas.

–¿Qué desea, capitán? –inquirió el joven desde el umbral.

–Nada –contestó de mal talante, experimentando cada vez más disgusto por la figura de negro con el cerquillo cortado en forma cuadrada–. Por favor, diga al señor García que no se apresure. Pero

que me agradaría verlo cuando haya terminado, si puede dedicarme unos minutos de atención.

Detúvose de repente, observando el semblante del paje, temiendo que se hubiese vuelto loco. A lo mejor esa herida...

El joven avanzó un paso hacia él, sonriéndole de una manera inequívoca y generosa.

–¡Dios del cielo! ¿Estoy soñando? ¡Catana, Catana Pérez!

–¿No me conoció, en verdad, señor?

Se arrodilló junto a él, que continuaba mirándole fijamente, boquiabierto.

–¡Dios del cielo! –repetía–. ¡Catana, querida mía!

–Está cambiado –dijo la joven, mientras atraía suavemente hasta su rostro una de sus manos–, muy delgado y curtido. Y, además, herido. Tendré que cuidarlo.

–¿Pero es verdad que eres Catana? –Volvió a tomarla en sus brazos. Las fuerzas lo abandonaban, y para disimularlo, para ocultar esa debilidad que iba apoderándose de él, sonrió–. ¡Mira que hablar de que estoy cambiado! ¿Qué me dices de ti?

Las mejillas curtidas de la joven se oscurecieron más aún, en tanto se llevaba las manos instintivamente a los cabellos, cortados en forma cuadrada, como los de un muchacho. Sentóse de manera que las piernas quedasen escondidas.

–Sí, me había olvidado. Uno se acostumbra tanto... Ya ve, viajando en esos buques...

–¿Pero cómo ha sido eso? ¿Cuándo saliste? ¿Por dónde anda Hernán Soler?

–Murió. Me trataba mal y le hundí el cuchillo en el pecho –dijo, después de haber vacilado unos instantes.

Conociendo a Catana, Pedro no se sorprendió demasiado. En verdad, ni siquiera le chocó. En el mundo de ella y en el de Soler, las puñaladas no era cosa que excitase muchos comentarios.

–¡Ah! –comentó–. ¿Y entonces?

–Me escapé con Manuel. Fuimos a Sanlúcar, donde nos enteramos que usted había partido para las islas, junto con el señor García.

Continuó refiriendo su travesía con la flota de primavera, dirigiéndose luego a Cuba, desde Santo Domingo, donde por casualidad encontraron a Salcedo alistando la carabela para reunirse con Cortés. Lo que no relató fueron las ansiosas investigaciones realizadas de puerto en puerto y sus hábiles maquinaciones, con las que indujo a su hermano a zarpar de Sanlúcar, seguir hasta Cuba y alistarse con

Salcedo. Posiblemente, ella no se diera mucha cuenta de ello tampoco. No hizo sino seguir una corriente que, inevitablemente, la condujo hasta Villa Rica.

–Bien –dijo él–, has venido al lugar apropiado, Catana. Detrás de las montañas hay un mundo de oro.

Le habló de los rumores sobre el tesoro de Moctezuma, escuchando Catana con tanta atención como la habría prestado un hombre.

–Será muy duro tener que volver a abandonarte –dijo lentamente– ahora que estás a mi lado. Pronto iniciaremos la marcha. Pero no te preocupes; veré que obtengas tu parte. Yo mismo te la traeré a mi regreso.

–¿De qué está hablando, señor? –interrogó, con su ceceo familiar–. No creerá que he venido hasta aquí para quedarme en un fuerte, comida por las pulgas, ¿verdad?

–Será un camino largo de recorrer, Catana. Y mucho lo que tendremos que luchar. Una mujer...

Al observar su sonrisa, advirtió que su protesta era inútil. Por supuesto, con ellos irían otras mujeres: doña Marina, la india, a quien sin duda Cortés haría su amante una vez que Portocarrero zarpase; Catarina Márquez, que no apartaba la vista de su hombre, Hernán Martín; Beatriz Ordás, enamorada del herrero Alonso Hernando, y un par de ellas más. Podrían lavar, guisar y pelear. Unicamente las grávidas y las delicadas permanecerían en Villa Rica. De Vargas había estado pensando de una manera convencional.

–Bueno, entonces haremos juntos la campaña. –Le tomó una mano, latiéndole violentamente el pulso al pensar en los vivacs por la noche, en algún lugar aparte, con la cabeza de ella sobre su brazo y cubiertos con su capa–. ¿Sabes lo que eso significa, querida mía?

Fueron los ojos de Catana los que respondieron.

–¡Dios se apiade del que olvide que eres mía!

–¿Suya? –De repente se agrandaron sus ojos y tomó una mano de Pedro, llevándola a su mejilla–. ¡Cuando pienso en los días, las semanas y los meses! ¿Suya? Nunca creí que fuese posible... –De pronto le soltó la mano, poniéndose de pie–. A propósito. Traigo buenas noticias. Antes de salir de Sanlúcar arribó un falucho italiano, dando la casualidad de que fuese el mismo que condujo a don Francisco y a doña María a Italia. El patrón dijo que llegaron bien a Génova y que antes de su partida supo que habían sido muy bien

atendidos por los parientes de vuestra señora madre en una ciudad a la que llamaron Florencia.

–¡Viva! –Pedro levantó el puño, prosiguiendo, exaltado–: ¡Maravilloso! –Durante todo un año había estado bajo la obsesión del temor, ocasionado por el pensamiento de que sus padres no hubiesen llegado sanos y salvos a Italia. Luego dijo–: Ahora veremos si se mantiene aquella acusación infamante. Nuestro primo, el cardenal Strozzi, se ocupará de ello, Catana. Apuesto a que mi padre incluso se halla de regreso a Jaén, rehabilitado, o que se prepara para ello..., ¡en triunfo!, una vez que esta empresa haya tocado a su fin...

Su pensamiento ya no se fijaba más en el Nuevo Mundo: vagaba por las estrechas calles de Jaén; había vuelto rico, con el tesoro de Moctezuma; aceptaba la admiración de la gente y se detenía ante la puerta de determinado palacio. El fuerte, miserable y a medio concluir, sus andrajos y su debilidad, hasta la misma Catana, todo eso despareció por el momento. Cuando volvió a recordarlos, en el fondo de su imaginación asomaba todavía el recuerdo de Jaén.

–¿Queda alguna noticia más? –inquirió, con una especie de estudiado descuido–. Me refiero a Jaén.

Catana lo comprendió, a pesar de que él se consideraba impenetrable.

–Según. Si se refiere a aquella hermosa dama de quien está usted enamorado...; pero nunca me dijo cómo se llamaba. ¿Quién es ella, señor?

Sorprendido, Pedro vacilaba. ¿Por qué no habría de saberlo Catana? Seguramente iba a enterarse a la larga. No existía conexión posible entre la mujer curtida que siguiera al campamento y la hija de un grande, pertenecientes a dos planos completamente distintos.

–La señorita Luisa de Carvajal –indicó, reverentemente.

Sí, ya lo había adivinado; recordó el episodio de la iglesia. Se le oprimió la garganta, resultándole difícil hablar con naturalidad.

–No, no he oído nada. Abandonamos las montañas no mucho después que ustedes. Pero supe algo del señor De Silva. A lo mejor usted lo sabe.

–¿Qué?

–Que no murió de la estocada recibida a manos suyas; estaba reponiéndose.

–¡Esplendor de Dios! –Pedro se incorporó–. ¡Ese demonio con vida!

Pero su primer asombro fue inmediatamente seguido de un sentimiento de alivio. Después de todo, Dios no le había permitido cometer el pecado imperdonable. Era un acto de misericordia divina. Ahora podría tener el placer de encontrarse con De Silva y matarlo de una manera correcta, es decir, si don Francisco lo dejaba vivo. ¡La Santísima Trinidad! ¡Cómo se retorcería De Silva cuando los Vargas retornasen a Jaén! El padre Olmedo se alegraría de saber la noticia.

–Vaya, vaya –exclamó descuidadamente–, la próxima vez me aseguraré mejor.

Después volvió a pensar en un asunto más embriagador. Descubierto el nombre de su dama, resultaría agradable hablar de ella.

–Catana, ¿has visto a la señorita Luisa?

–Sí.

–Es hermosa como una estrella. Me aceptó como su caballero, entregándome un recuerdo suyo. Hasta cierto punto, estamos comprometidos. Cuando pienso en la Virgen bendita me acuerdo de ella, Catana.

Pero no obtuvo respuesta. El sentimiento de unidad habíase desvanecido. Las mujeres son extrañas... ¡Cómo si Catana pudiese sentir celos de una estrella del cielo!

–¡Cáspita, señor! –exclamó, después de haber dejado que el silencio enterrase el tema–. Apenas sé por dónde comenzar con usted. Creo que lo primero debieran ser sus calzones. Sáqueselos y veré qué se puede hacer con ellos.

El resplandor de sus sueños se desvaneció, volviendo nuevamente a la desnudez del aposento del fuerte de Villa Rica.

–Como verá –dijo, abriendo la faltriquera y recobrando su semblante alegre–, he traído conmigo dos lindas agujas desde Sanlúcar, así como buena lana para zurcir. En este país no me desprendería de ello ni a cambio de cincuenta pesos. Bien, veamos sus calzones.

Pero esa operación íntima viose demorada por una repentina fanfarria que dejaba oír sus sones a la distancia y por el ruido creciente de cascos de caballo. El fuerte se animó, y fuera se oyó el sonar de pasos precipitados.

–El general –dijo Pedro–. Ahí llegan nuestros hombres de Cempoala.

Se puso en pie, arrimándose a la puerta en unión de Catana para observar la entrada del fuerte.

Las trompetas sonaban más cerca, lo mismo que los tambores, que redoblaban una marcha; del otro lado de la entrada apareció el alférez Antonio de Villarroel en un caballo rucio moteado y grande, portando el estandarte negro de la expedición y seguido del general en persona, con Alvarado y Olid a la cabeza de un grupo de lanceros. Detrás marchaban en larga fila los infantes: piqueros, arqueros, arcabuceros y los armados de espada y escudo; el cañón, arrastrado por los nativos; los bagajes y la retaguardia. Los gallardetes flameaban de cuando en cuando y el sol arrancaba destellos de los cascos y de las corazas. Al penetrar en el fuerte, los caballeros hacían lucir el vigor de sus cabalgaduras, haciéndoles ponerse en dos patas y dar cabriolas. Por un instante la escena tuvo más de España gótica que de América india.

Cortés desmontó de su hermoso corcel, Molinero, abrazando a los dos capitanes, Marín y Salcedo y saludando a Escalante. Al recorrer con su mirada en todas direcciones divisó a Pedro de Vargas, dirigiéndose hacia él, con mucho resonar de espuelas.

–¡Por Dios, hijo Pedro! No ha sido chico el susto que nos ha dado; pero me alegro de verlo en vías de restablecimiento. ¿Ha recibido mi carta? ¡Muy bien! No tiene que darme las gracias; agradézcaselo a su santo patrón. –Después observó a Catana y guiñó rápidamente un ojo–. ¿Y quién es este... caballero?

Pedro observó el brillo de los ojos de su jefe, cuya facilidad para enamorarse le era conocida, resolviendo salirle al paso.

–Mi buena amiga Catana Pérez, de Jaén, su excelencia. Acaba de arribar de España con su hermano en el buque capitán de Salcedo. Mi amiga carísima.

–Damisela –Cortés, comprensivo, pellizcó a Catana en una oreja–, hemos conocido al capitán Pedro de Vargas como Pedro el Pelirrojo. Ahora debiéramos llamarlo Pedro el Afortunado.

39

Cada compañía tenía un bufón, profesional o aficionado, un individuo fachendoso y parlanchín, que actuaba como payaso con el fin de atraer la atención, y prefería que le dieran un puntapié mejor que ser olvidado. En el ejército de Cortés, semejante puesto era ocupado por Cervantes el loco, anteriormente bufón del gobernador Velázquez. Y como es sabido que los tontos dicen lo que se les viene a la imaginación, Cervantes expresaba en ocasiones cosas que los

hombres cuerdos mantenían en secreto. El fue quien previno al gobernador contra el nombramiento de Cortés como jefe de la expedición, diciéndole, francamente:

–Amigo Diego, antes de verte llorar por este negocio que has hecho, prefiero irme con Cortés hacia esas nuevas tierras.

Y así, teniendo siete partes de payaso y una de soldado, se hizo bufón del ejército. Charlatán y bromista perpetuo, unas veces cosechaba carcajadas y puñetes otras, como recompensa a sus esfuerzos.

Cervantes, pues, abrió la marcha el día 16 de agosto, esa tan esperada marcha hacia el interior, a través de las cálidas tierras de la jungla de Cempoala y en dirección hacia el baluarte montañoso de Cofre de Perote, allá en el lejano México. Iba haciendo gestos, dando piruetas y tocando una flauta imaginaria, pavoneándose y pisando fuertemente, bastante adelante incluso de Pedro de Vargas y sus exploradores, mientras muy atrás se extendía la larga y sinuosa fila formada por el ejército.

–¿Qué te sucede, hombre? –inquirió Pedro, mientras se apresuraba con un puñado de jinetes para cubrir la región varias millas más adelante–. ¿Por qué bailas? Vale más que escatimes tus energías para subir las montañas.

–Es un desfile, valiente capitán –declaró el gracioso, que había estado provocando la pregunta–, un desfile de necios, a cuya cabeza va el loco Cervantes. Porque cuando todos los hombres cuerdos del ejército se vuelven locos, es justo que un orate los dirija.

Puesto que se hallaba a la espera de De Laris, uno de los exploradores, atareado en apretar la cinchada de su cabalgadura unas cuantas yardas más atrás, Pedro prosiguió llevando su tropa al paso y estimuló al gracioso para que hablase, haciendo pasar el rato.

–Vamos, señoritingo –dijo, mirando hacia atrás, para ver si llegaba De Laris–, desembucha de una vez y di de qué se trata.

–Felizmente, de algo que no ha tenido la suerte de comprender, amigo Pelirrojo.

–¿Cómo *felizmente*?

–Porque Escudero y Cermeño fueron ahorcados por haberlo comprendido. Porque a Umbría le cortaron los dedos de los pies, chamuscándole los muñones con el hierro de maese Escobar, por la misma razón. Porque doscientos azotes por cabeza convirtieron en picadillo las espaldas de los marineros de la *Gallega* por la misma causa. Ahora, señor, que el cielo lo prevenga de tener sentido, que es el peor crimen que puede cometerse en este ejército.

–So bergante –dijo Pedro, que iba al frente con sus exploradores–, bien te consta que ese atajo de traidores fue tratado con bastante benevolencia. Hay muchos generales que los habrían colgado con menos motivos. Te diré de paso, que si hablas de traición tus mismas espaldas te arderán, y no poco.

Cervantes hizo una pirueta fuera del alcance de la lanza de Pedro.

–Exactamente. Y por eso no hablo sensatamente, caballero. No, no hablaría nunca de traición ante el mundo. ¡Ja, ja! ¡Un desfile de necios a cuya cabeza va el loco Cervantes! –concluyó, riendo.

–¿A qué le llamas sentido? –demandó Pedro.

–Vea, señor –dijo el otro, caminando a espaldas de manera que quedase mirando al ejército–, mi abuela me dijo que el que tira la casa por la ventana, está propenso a quedarse sin nada. Eso es un ejemplo de sentido, señor –o de traición, como quiera llamarlo–; pero la vieja está en el otro mundo y no se le puede azotar por ello.

Esta alusión al barco que llevaba el tesoro a España, ya en viaje, no pasó desapercibida para los jinetes, que se miraron entre sí.

–También solía decir –prosiguió Cervantes– que el que trepa a lo alto de la pared no debe patear la escalera, pues alguna vez tendrá que nadar al regreso. Un poco de traición, señor, lo que en otras partes del mundo se conoce como sentido.

–¡Por la Cruz! –tronó Sandoval, uno de los más ardientes partidarios de la destrucción de las naves–, si usas tu inmunda lengua para hablar de cosas que están más allá de tu inteligencia, haré que te la arranquen. ¡En nombre de Dios! ¿Cómo íbamos a marchar hacia adelante, si los cobardes como tú se pasaban la vida mirando hacia las naves, di?

–No, estoy de acuerdo con el señor loco –dijo Ortiz el músico, que marchaba junto a Sandoval, y meneó la cabeza–. Fue una gran locura, magnífica locura, señores, lo que redundará en honor nuestro.

Pero la magnificencia y el honor no tienen sentido... ¿Verdad, loco? Como tampoco el canto ni la música.

–No para los muertos –dijo el bufón, gesticulando–. Señor músico, no significan nada para los muertos.

Siguió un momento de silencio, interrumpido solamente por las pisadas de los caballos sobre el sendero húmedo. Sandoval frunció el ceño, sin encontrar qué responder; dando saltos hacia atrás, entre

las paredes que formaban la jungla a ambos lados, sacó el mayor partido de sus palabras.

–Cuando se nos sirva en platos indios de comida, debidamente aderezada, la magnificencia y el honor tienen que cambiar de tono. ¡Las magníficas chuletas de Ortiz el músico! ¡Los honorables jamones de Pedro de Vargas! ¡Dios los proteja, caballeros! ¡Cuántas ansias y trabajos más allá de las montañas, camino de la tumba! ¡Cuánto jadear hacia la muerte! En todas partes la gente se afana por comer; aquí porque se la coman. ¡Viva el desbarajuste! Bailo nada más que de pensar en los banquetes de México. ¡Aquí llega la procesión de locos encabezados por Cervantes!

A lo largo de la columna resonaban los cascos de un caballo al galope. De Laris llegó salpicando barro por todas partes.

–¡Vaya! ¡Al fin! –exclamó Pedro–. ¡Adelante, caballeros! –Y a Cervantes–: Dile tus chistes a Cortés y verás cuánto te da.

Soldán sintió el espolazo, dando un salto hacia adelante, seguido de Sandoval y de Loris, que iban delante del resto. Cervantes hubo de saltar, haciéndose a un costado; pero, perdiendo pie, cayó, y fue a dar sobre un arbusto espinoso, ante el jolgorio de los piqueros que avanzaban.

En tanto se arreglaba un poco, gesticulando y haciendo payasadas, los soldados fueron pasando lentamente ante él. Como necio, había expresado lo que otros guardaban para sí o decían a manera de bravatas. En aquella mañana más de un estómago de los expedicionarios sentía una extraña sensación, y de cuando en cuando volvían la cabeza para mirar hacia atrás, mientras el sendero serpenteaba cuesta arriba. ¿Y qué miraban? Nada. Más allá de los bosques y de las llanuras existía un pálido vacío, que indicaba el mar. Pero éste ya no les aseguraba la retirada, negándosela. Era un golfo impasible y un horizonte muerto. Las naos familiares, un pedazo de España para ellos, ya no estaban ancladas en el puerto de Villa Rica, habiendo desaparecido. Habían sido destruídas, pues eran una tentación a la debilidad y una distracción de la conquista. Destruídas por los mismos hombres, apenas divertidos de la gran locura que habían cometido. Frente a ellos, a varios miles de pies de altura, las montañas; detrás de éstas, ¿qué? El ejército no había elegido otra cosa que averiguarlo. Y ese día no era necesario ser un Cervantes para sentirse como necio.

Al volver de su reconocimiento algunas horas más tarde, Pedro detuvo a su gente en una saliente de las colinas, desde la cual divisa-

ba todo lo largo de la columna, salvo cuando alguna parte de ella ocultábase en la alfombra de la jungla. El ejército estaba integrado por cuatrocientos españoles y marchaba en una larga y sinuosa línea, acompañado de una multitud de guerreros totonacs con sus atavíos y plumas, más un millar de nativos encargados de arrastrar el cañón y de transportar los bagajes.

Pedro sonreía al pensar en la impresión que ello habría causado a su padre, acostumbrado al orden y al equipo de los ejércitos continentales. Muchos de los soldados llevaban corazas de algodón, de una sola pieza, confeccionadas en el país y que daban la impresión de trajes de Arlequín. El uso y los estragos del sol tropical echaban por tierra las convenciones. Mejor sobrevivir bajo un traje relleno, suficiente para detener la mayoría de las armas indias, que asfixiarse y ser molido bajo el acero. Los capitanes y algunos petimetres seguían aferrados a la armadura cristiana, pagando ese prestigio en sudores; pero los soldados ateníanse a lo conveniente.

–Bueno –pensaba Pedro sobre los *dandys* del continente–, que sigan con sus galas. Ya veremos cuando llegue la hora de combatir...

Apoyó el puño sobre el pomo de la silla. Ése era su ejército, manteniéndose ambos mutuamente. Desde noviembre último ambos habían madurado juntos, a bordo, en la batalla, durante la marcha y en el campamento, amasados todos sus elementos en uno debido a una acertada dirección. No cambiaría su posición en él ni lo que arriesgaba en la aventura por un puesto de capitán de los guardias del rey. Estaba orgulloso inclusive de su poco brillo, que luego de esa acción de loco heroísmo, capaz de quitar el aliento al más pintado, que suponía la destrucción e incendio de las naves, y con ello su único medio de retirada, nada parecía de heroico. Sentíase orgulloso incluso de sus temores.

–Ya sabes –dijo a Sandoval– que hay muchos que opinan como Cervantes, pero están escalando las montañas.

–Nada más cierto –contestó el otro, con voz dura y tartamudeando–. No hay duda que las escalarán, lo mismo que aquellas otras que dicen que hay más allá, delante de México. Ni el mismo demonio lo impedirá. ¿Cobardes? ¡Por Dios! Yo no daría un piojo por un hombre que no experimenta miedo. El miedo es precisamente la especia que hace interesante proseguir la marcha.

–¡Qué filósofo! –zumbó Pedro, golpeando con los nudillos contra el corselete de Sandoval–. Demos el parte a nuestro general, aunque no hay nada interesante que comunicarle.

Llegaron a la altura de la columna, prosiguiendo luego hasta la retaguardia, que Cortés inspeccionaba en ese instante. Mientras desfilaban a lo largo del reducido sendero, fueron continuamente saludados por una sucesión de ¡holas!, pues todos se conocían entre sí.

Pedro arrojó un beso acompañado de un gesto a Catana al pasar junto a ella, que daba la mano a Ochoa, uno de los pajes de Cortés, muchacho de diez años cuyas piernas comenzaban a sentir ya el esfuerzo de la marcha. Habían desaparecido las galas relativamente finas que trajera a su llegada. En lugar de su gorra con pluma llevaba un casco de acero, bastante ajado, adquirido de uno de los más viejos y menos activos infantes que permanecieran en Villa Rica. Un tabardo sucio, hecho de una coraza de algodón indio, le llegaba hasta las rodillas, sujeto a la cintura por un cinturón, del que a un lado colgaba un puñal y una bolsa, y una espada, corta y pesada, del otro. Portaba igualmente el acostumbrado escudo de infante y la capa a la espalda. Dado que era la estación de las lluvias, sus zapatos, de punta ancha, como los del resto de la expedición, hallábanse cubiertos de barro. Bajo los bordes retorcidos de su atavío de cabeza, resaltaban agudamente sus facciones, delgadas y curtidas; pero se suavizaron, iluminándose ante el saludo de Pedro. Volvió la cabeza para contemplarlo un instante.

Detrás de la artillería y de los bagajes, Cortés iba a caballo, al frente de los piqueros y arcabuceros que formaban la retaguardia, conversando con Olid, su lugarteniente, y con el padre Olmedo. Al pie del estribo marchaba doña Marina, ahora su concubina y siempre dispuesta intérprete, que no apartaba del general sus hermosos ojos. Un grupo de dignatarios totonacs, medio aliados, medio rehenes, ataviados con vistosas plumas y prendas de algodón de diversos colores, venían en grupo, remotos como la edad de piedra. A no ser por el sistema de señales, su único medio de comunicación con los blancos misteriosos era doña Marina.

Cortés iba discutiendo sobre el terreno, que comenzaba a extenderse, en tanto que el sendero ascendía. La fragancia tropical de las tierras bajas se elevaba como un inmenso jardín.

–No le falta sino caña de azúcar y naranjas –decía–. Las haremos venir de Canarias y de Andalucía. Lo mismo que animales de tiro. –Como de costumbre, su pensamiento de estadista adelantábase a la época presente, creando y disponiendo–. Y con el maíz, el maguey, el cacao y las demás plantas con que Nuestro Señor ha bendecido estas tierras, ¡qué riqueza, señores! Por mi honor, pienso a ve-

ces que el valor del suelo sobrepasará al del oro de Moctezuma. –Hizo un ademán con el brazo–. Fíjense, ¿no se parece a Andalucía, pero más rica aún? Esas montañas del frente me recuerdan a Sierra Morena y a la sierra de Granada, pero más altas. Y me han dicho que detrás hay mesetas y barrancas como las de Castilla, sólo que más anchas y profundas. Debemos llamarla Nueva España, señores, que es el nombre más hermoso para el más bello de los países.

–Sí –asintió Olmedo–. Nueva España. Y ojalá que posea todo lo bueno de la vieja y nada de lo malo.

–¡Amén, Padre! Y así será, con la ayuda de Nuestra Señora y de Santiago. –Calló, a tiempo que Sandoval y De Vargas deteníanse junto a él.

–Sin novedad, señor. Hemos llegado hasta una distancia de cuatro leguas, observando un buen lugar donde acampar, bien drenado y con bastante agua, a unas tres leguas y media de aquí.

–¿Qué facilidades tiene de defensa? –interrogó Cortés. Era característico en él que marchase con la barba al hombro (según rezaba la frase tan corriente), incluso en terreno aliado.

–Excelencia, se halla protegido contra el ataque por tres lados.

–Doña Marina –sonrió Cortés a su intérprete–, pregunta a esos caciques cuántas veces hay tres leguas y media hasta la ciudad que ellos llaman Jalapa.

–Aproximadamente, la mitad que a Cempoala –contestó, con su castellano incierto, después de haber consultado con aquéllos.

–Muy bien, Cristóbal –dijo el general a Olid–, acamparemos en el lugar sugerido por De Vargas. Imparta las órdenes necesarias. En cuanto a usted, hijo Pedro, manténgase bien adelante del ejército. Es bastante posible que los indios de este lado de las sierras se inclinen por la paz. Pero no seremos nosotros quienes nos arriesguemos por posibilidades.

–Tía, ¿es el capitán De Vargas tu amante? –preguntó con burlona inocencia y lo bastante alto para que los hombres lo oyesen, Ochoa a Catana, una vez que Pedro hubo desaparecido.

Era un chiquillo precoz, un muchacho huérfano, cuyos ojos brillantes y cuerpo rechoncho valiéronle un lugar en el séquito de Cortés. Llevaba la copa del general, encargábase de su libro de misa y realizaba otras tareas de poca monta en la ceremonia con que Cortés, conocedor del valor de la misma, solía rodearse. Tenido en jaque por la media docena de pajes, de más edad que él, y mimado

por los soldados, iba camino de su perdición cuando lo tomó a su cuidado Catana, muy aficionada a los chicos. Lo vengaba furiosamente de sus perseguidores; le fruncía el ceño, reticente, a los hombres cuando las palabras resultaban demasiado gruesas para sus tiernos oídos; lo ocultaba para que no presenciara escenas tan fuertes como las habidas durante el ajusticiamiento y los azotes originados por el amotinamiento de Escudero; le hacía rezar sus oraciones y cuidábale también o propinábale algunos azotes, según el caso. Por ese lado Ochoa la adoraba, pero al mismo tiempo, siendo un muchachito, no podía evitar el hacerla rabiar.

–¿Es tu amante, verdad, tía?

El rumor asomó a sus mejillas, y varios hombres rieron afectadamente, mientras ella pretendía no haber oído.

–¡Ta, ya, muchacho! –gesticuló uno de ellos–. ¿Qué sabes tú de esas cosas? ¿Por qué piensas en eso?

–Lo he visto besarla –anunció Ochoa, encantado de ser el centro de la atracción–. La he visto sentada sobre sus rodillas.

–¿Nada más que eso? ¿No has visto nada más? Vamos, cuenta, niño.

El hombre, Alvaro Maldonado, apodado El Fiero, se hallaba en la fila de atrás, y Catana lo miró.

–Ocúpate de tus asuntos, bocón –dijo, lentamente.

Había una cualidad en el tono de las palabras de Catana que no dejó de ser advertida por El Fiero ni por los otros. Desaparecieron los gestos y se desviaron las miradas. Desde el día de su llegada todos los expedicionarios comprendieron que Catana era mujer capaz de cuidarse por sí sola. La habilidad desplegada en la manera de lanzar el cuchillo contra un blanco, afirmó tal convicción. Por otra parte, el respeto que la rodeaba no disminuyó al conocerse el relato de la muerte de Hernán Soler, hazaña de la que Manuel Pérez estaba muy orgulloso para que guardase el secreto.

–Muy bien, chico –respondió ella–. Yo soy camarada de todos los que integran la compañía; pero mis asuntos personales no le interesan a nadie. ¿Está claro?... En cuanto a ti –dijo a Ochoa, comiéndoselo con los ojos–. Lárgate ahora mismo. Ya no eres más mi muchacho. ¡Vete enhoramala!

Despedido de esa manera ignominiosa, el chiquillo retrocedió algunos pasos, poniendo una cara cada vez más larga. Finalmente, se vino hasta ella tirándole de la manga.

–¡Tía, tía querida! –prorrumpió.

Pero ella no le prestó atención, rechazándole la mano. El muchacho se acercó otra vez, dejando que el semblante se le abatiese de repente, estallando en débil llanto, avanzando a tropezones mientras se tapaba los ojos con los puños. Catana apretó las mandíbulas, mirando a los hombros de Diego Ponce, que se hallaba en primera fila.

El Fiero, que profesaba bastante afecto a Ochoa, le dio un golpecito, acompañado de un guiño reconfortante, pero el muchacho hubo de apartarse, desapareciendo finalmente.

Durante el primer alto, Catana se alejó en busca de agua hacia un arroyo vecino, quedando sorprendida al levantarse y ver a Ochoa junto a ella. En la mano llevaba una fuerte vara, de la cual acababa de cortar las ramitas con su cuchillo.

–Tía querida –dijo, ansiosamente–, si me pegas con esa vara, ¿seré tu muchachito otra vez? Es la más gruesa que he podido hallar; dolerá. Tómala...

Catana permaneció unos instantes no sabiendo si llorar o reírse.

–Tómala –repitió el chiquillo, ansiosamente, poniéndosela en la mano y desabrochándose el cinturón–. Me quedaré todo lo quieto que pueda. Después no estarás enojada conmigo, ¿verdad, tía?

Lo tomó en los brazos, besándole una y mil veces, mientras el chico prorrumpía en gritos.

–Muchachito tunantuelo –sonrió Catana.

–Merezco que me azoten, tía querida. Nunca volveré a decir nada de ti y del capitán De Vargas.

El corneta tocó marcha, y ambos regresaron al sendero, tomados de la mano.

40

Botello, el astrólogo, de quien decíase que sabía leer el futuro, hallábase sentado y meditando profundamente esa tarde en la ladera, alrededor de la hoguera de su compañía. Quizá su ánima no iba más allá de la comida que Catana y otras mujeres estaban preparando, o acaso pensaba en lo sombríos que se presentaban los futuros acontecimientos. De cualquier modo, intimidados los hombres por su bienaventurada expresión, lo dejaron tranquilo.

Era una persona grave y de aspecto digno, muy respetado en la compañía no solamente por sus artes, sino por sus conocimientos del latín y por el hecho de haber estado en Roma. Leía bastante bien

el horóscopo. Inclusive Cortés, en quien había cierta vena de superstición mezclada con sus otras cualidades, lo consultaba de cuando en cuando. Aunque astrólogo, técnicamente, Botello inclinábase en cierto modo hacia la nigromancia. Era cierto, al menos, que poseía un talismán poderoso, un misterioso objeto de cuero, aproximadamente de medio palmo de longitud y de la forma de las partes pudendas del hombre. Estaba lleno de vedijas de lana, sin que nadie supiese cuál era su mágico poder.

A medida que el vapor de la comida ascendía, cambiaba la expresión de Botello, animándose sus ojos. Era un aroma excelente, mejor que el de costumbre. Dos calderos que colgaban de un travesaño sostenido entre palos, en forma de aspa, hervían sobre el fuego, siendo removidos por Isabel Rodrigo, en tanto que Catana hallábase encargada de dar vuelta a los asadores, ocupados por ciertas aves conocidas desde entonces como pavos y un pernil de venado.

Los españoles, en su desdén por las comidas paganas, aferráronse porfiadamente al principio a su cerdo salado, al pan de casabe, al aceite y al pescado. Pero ahora, educados por el hambre, desviáronse hacia el menú indio, no sin dejar de suspirar por la carne de vaca, de cerdo y de cordero, las cebollas y las coles. El país proveía la caza, siendo comestibles inclusive el perro y el lagarto; y los productos tales como el maíz, la calabaza, los tomates y pepinos, juntamente con una serie de frutas extrañas, bastaban, aunque hubiese de darse al olvido el ajo, el queso, el aceite y otros productos de la metrópoli.

Con la boca hecha agua, el hechicero acercóse a Catana.

–¿No están todavía esas aves, señora? Parece que con una sola vuelta ya se asan.

–Así es, Maese –sonrió la mujer; y si me alarga pronto su plato, antes que lleguen los otros, lo favoreceré en lo que pueda. Pero después no me negará cierto favorcillo, ¿eh? –le sonrió de una manera más atractiva–. Carne blanca y salsa.

–¿Qué favor?

–¡Oh, no gran cosa! Más tarde se lo diré. –Catana hizo chasquear los labios, probando luego una de las aves con la punta de su puñal–. Fíjese, un alón bien gordo y algo de pechuga. Y, a más, un trozo de venado bien tostadito.

–Haré lo que pueda en tu favor, doncella –exclamó Botello, derretido, mientras sacaba un trinchador del morral que iba colgado a

un costado–. Muéstrate generosa con el ave, amiga mía, y que no falte carne tampoco. Me muero de hambre.

–¿Es trato hecho entonces? –inquirió Catana guiñando un ojo. Y en justicia a los otros, ordenó a Isabel–: Está bien; llama a los demás.

Ante lo cual Isabel golpeó fuertemente a un costado de la caldera con el cucharón de hierro, dando lugar a que se les viniese encima un enjambre de hombres provistos de trinchadores. Para entonces el alón y la pechuga prometidos habían ido a parar al plato de Botello, junto con un trozo de venado chorreando. Entre exclamaciones de protesta y gritos de ¡oiga! Y ¡diga!, el astrólogo, igual que un perro afortunado con un hueso, alejóse con su presa hasta un lugar tranquilo donde pudiera dedicarse a yantar en paz.

Gradualmente fueron disminuyendo el clamor y la confusión ante la experta distribución y el trinchado de Isabel y de Catana, respectivamente. Las palabras se esfumaron, dejando ahora su turno a dientes y cuchillos. A medida que avanzaba la oscuridad, el fuego se hacía más brillante. Media hora más tarde Catana sentábase junto a Botello para dar término a su colación, arrojando a lo lejos los huesos y limpiándose las manos en la hierba.

–Bueno, maestro, ¿estaba buena la carne?

Él se hallaba de buen talante, y eructó de satisfacción.

–Excelente, Catana. Nunca he comido mejores manjares en este país..., aunque, por supuesto, el ave tendría que haberse cocinado con aceite y ajos.

–Es claro –asintió ella.

–Y encima de todo un vasito de vino blanco, frío. ¿Eh, muchacha? Me pregunto si alguna vez volveré a beber Málaga.

–Señor, ¿usted mismo no lo sabe? –interrogó Catana sorprendida.

–Sí –contestó el otro, sintiéndose profesional–, claro que lo sé. Cuando digo "me pregunto", es una costumbre de hablar. Y ahora, señora, taz a taz; una buena acción merece ser retribuída. ¿Qué quieres de mí? ¿Que te lea el porvenir en las estrellas?

–No; eso no serviría de nada –contestó meneando la cabeza–. Si se tratase de mi buena suerte, quiero que me sorprenda, y si es mala, prefiero no saberlo.

–Es discreto –aprobó–. Puedo asegurarte que el mismo Hernán Cortés comparte esa opinión. Ha prohibido que se lea el horóscopo hasta tanto nos hayamos establecido en México, lo cual es una

sabia determinación –aseguró gravemente Botello–, puesto que las estrellas andan revueltas y no dan sino respuestas en dos filos. Me habría extralimitado por darte el gusto, Catana, pero me alegro de obedecer las órdenes del general... Bueno, ¿de qué se trata, si no es del horóscopo?

–Estoy enamorada –dijo finalmente. Había estado silenciosa un instante, arrancando nerviosamente las hierbas que se hallaban junto a ella.

–¿Es posible? –exclamó Botello, ahogando una sonrisa, pues las relaciones de Pedro y Catana era cosa sabida de todo el ejército.

–¡Ah, Maese, muy enamorada! –dijo, llevándose la mano al pecho–. Necesito el amor de cierto caballero más que ninguna otra cosa del mundo. Si él me ama, poco me importa la buena o la mala fortuna.

El astrólogo luchó con la risa que lo dominaba; pero no en balde su profesión habíale enseñado a mantener el semblante grave.

–Háblame con franqueza –dijo con voz hueca, como convenía a su dignidad–. ¿No te ama Pedro de Vargas?

–Lo ignoro –contestó Catana, vacilante–. Le gusto, sí. A veces le agrado; pero no me ama, Maese. ¿me querrá alguna vez siquiera la décima parte de lo que yo lo quiero? Piensa en la lucha, en el oro, en la fama..., por supuesto, como todo caballero. No lo querría si fuese diferente. Pero sueña con cierta ilustre dama en España. Está bien que sueñe. No pido...

Su voz se detuvo, y Botello posó sentimentalmente su mano en la de ella.

–¿Qué deseas? Es la vida, querida. El capitán De Vargas es de ilustre linaje. No puedes esperar demasiado.

–No espero nada –estalló–. No deseo sino su cariño. Eso no está prohibido, ¿verdad?

–Eres su querida, ¿no?

–Así lo cree el ejército. Y así me llama él; pero todavía no..., ni una vez... –Detúvose, confusa, mirando al suelo.

–Hum –meditó el otro, mientras contemplaba su graciosa figura y el rostro inteligente a la media luz del fuego–. Es extraño. ¿Pero por qué vienes a mí?

–Porque soy ignorante –respondió, mirándolo ansiosamente–, y usted sabe, es inteligente y posee ocultos poderes. Si pudiese darme algún hechizo, Maese, algo que lo hiciese rendirse, que yo le importase algo...

Con vistas a ejercer la sensación apropiada, Botello se irguió.

–¡Canastos! ¿Y te llegas a Maese Limpias Botello, alumno nada menos que del gran Novara, como si yo fuese una vieja alcahueta que vende filtros amorosos? ¡Qué imprudencia! ¿No sabes respetar? –Pero viéndola debidamente abatida, se suavizó un poco, agregando–: Pero, vaya, yo también he sido joven. Eres una buena moza, sin mala intención. Además, confieso que la carne era abundante y bien preparada. Es cierto que conozco encantos tan poderosos, que hasta el mismo Preste Juan acudiría a tu lecho. Pero eso son bagatelas comparados con la obra de la verdadera magia. No los tengo en cuenta.

–Deme, aunque sea solamente uno, maestro mío –dijo Catana, que no quería alejarse sin haber conseguido nada–. Un pequeño hechizo.

–Bien; te lo diré al oído, pues son cosas secretas –dijo, después de haber simulado vacilación.

Catana se aproximó.

–... cuando cambie la luna –murmuró–, pon un poco en la carne o en la bebida. Es infalible.

En aquella época no era cosa común la creencia en el "cúralotodo" y Catana, criada frente a la realidad de los hechos, escuchó, como si se tratase de una prescripción médica. Pero, a pesar de todo, estaba roja como una amapola.

–Sí, he oído eso –asintió–. Una muchacha, en Jaén, me habló de ello luego de haberse casado con su amante. Pero, señor, yo no haría eso por nada del mundo. Es un caballero bien nacido, y ello arrojaría una mancha sobre su persona, avergonzándolo. Jamás me lo perdonaría.

–El no lo sabrá jamás, muchacha.

–Señor –dijo, enderezándose–. Nunca haré nada que me haga avergonzarme si él llegase a saberlo. ¿No hay otro remedio?

El mágico, como si se hallase sumido en profundos pensamientos, se atusó la barba. Medio honesto, medio bribón, creía en su arte, pero sabía que en este caso no se necesita ninguno. En consecuencia, ¿por qué no sacar el mayor provecho de una cosa segura?

–Bueno –dijo–, a decir verdad, tengo un hechizo que no hay igual en el mundo. Mujer, es bastante poderoso para ganar al hombre que desees. –Botello retuvo el aliento–. Es un anillo relicario que me entregó en Roma el mismo señor Incubo. Pero vale una fortuna, y no podría desprenderme de él.

La pobre Catana permanecía sentada, codiciando desesperadamente esa maravilla y con los ojos que se le salían de las órbitas.

–Lo he guardado durante muchos años para vendérselo a una reina –prosiguió–. Es algo raro en su clase. Diez mil hechizos, cada uno de una clase y capaz por sí solo de obligar a la obediencia a diez demonios, contribuyeron a su hechura. Espero que la consorte del gran Moctezuma me lo compre por una tonelada de oro. No vale menos.

–¿No podría prestármelo, maestro –suplicó Catana–, aunque no fuese más que por un día?

–No, no puedo desprenderme de él. Pero debido a la buena comida y a tus bondades... –Botello vaciló–. Sí, por Dios, te lo mostraré, aunque siempre lo tengo guardado.

Rebuscó en su bolso, sacando una bolsita reducida, llena de alhajas de poco valor, utilizadas para comerciar con los indios; revolviendo el interior de ésta, extrajo un anillo.

Era un anillo grande y dorado, con un reluciente cristal de color rubí en lo alto e ideado de manera que el engaste se abría como un dije. Pero la manera reverente cómo Botello lo manejaba entre el pulgar y el índice, la inclinación que le daba, a fin de hacerlo brillar a la luz del fuego, privó a Catana de todo juicio, haciendo que contemplase el tesoro con la mayor avidez.

–Mira –observó el diabólico Botello tocando el rubí–:esto se conoce con el nombre de "rosa de deleite". Te lo deslizo en el dedo. Espera... Dentro de un minuto sentirás su calor: tal es el poder que tiene.

Y tal es el poder de la sugestión, que Catana experimentó realmente cómo el dedo se le calentaba. Lo movió de un lado para otro, incapaz de apartar los ojos del mismo.

–¡Qué maravilla! –exclamó.

–¿Verdad que sí? Un milagro. ¡Eso es lo que yo llamo magia! –dijo Botello–. Para completar el efecto y convertirlo en energía sobre la persona que se desea, el dije debe contener algún elemento de su cuerpo, tal como cabellos o trozos de uñas; pero el interesado no debe saberlo.

Catana sacó una bolsita bordada de hilo de su jubón. Iba colgada del cuello con un cordón.

–Cuando le corté un poco de cabello al señor De Vargas –explicó–, no supo que guardaría una parte del mismo para llevarla jun-

to al pecho. Al mismo tiempo recé tres veces el Padrenuestro y otras tres el Avemaría; pero no surtió efecto.

Catana sacó de la bolsita varias hebras de cabello, envolviéndolos hasta que cupieron dentro del relicario. Después aclaró con cierta astucia:

–Nada más que probar. ¿Sabe? Mi dedo está más caliente que nunca.

–Por supuesto –contestó Botello, igualmente astuto–. ¿Qué esperas?... Bueno, moza, saca el cabello y devuélveme el dije. Otra vez te lo mostraré.

–No. –Se retiró, cerrando la mano. Señor, déjeme tenerlo esta noche. Hágame ese favor, caro maestro. Si accede, le lavaré y le zurciré la ropa, a más de darle las mejores tajadas. Usted sabe que no tengo oro; pero hágame ese favor, y se lo agradeceré toda mi vida.

Botello era buen actor, y aparentó hallarse asombrado, después conmovido y, finalmente, vacilante.

–Por Dios, señora, es como si me robases. El anillo tiene un valor incalculable. ¿Lavar y zurcir, dices? ¡Sobras del puchero, a cambio del préstamo de un tesoro! Bueno; tengo que conformarme; ¡qué le voy a hacer! ¡Maldito idiota soy! Mi mayor desgracia es ser tierno de corazón. Conserva el anillo por esta noche, pero guárdalo con el mayor cuidado. Si lo pierdes, que las siete maldiciones de Incubo te hagan encogerte como una cebolla. ¡Vete, so descarada!

–¡Gracias, noble maestro! –dijo, llevándose la mano a los labios–. ¡Muchas gracias con toda mi alma! El anillo no se apartará de mí ni un solo instante.

Absorta en su contemplación, se puso de pie, permaneciendo con la mano extendida, y luego se retiró sin dejar de admirar el hermoso talismán.

Botello se tranquilizó, riendo entre dientes. Por el préstamo de un anillo de poco valor viajaría hasta México con más comodidad. Lo mejor del caso es que, por esa vez, no tuvo recelo en cuanto al éxito de su brujería.

41

El primer día de marcha no había sido duro, y, por suerte, la lluvia no hizo su aparición, debido a lo cual los hombres pudieron quedarse un rato alrededor de las fogatas del campamento antes de retirarse a dormir. La buena cena, el aire más liviano de la montaña, el co-

mienzo de la fragancia de los pinos, en vez del empalagoso perfume de la jungla, habían colocado a la compañía en un estado más contento y tranquilo. Era una de esas noches que los soldados recuerdan cuando las penalidades y las duras faenas de la guerra han tocado a su fin.

Quizá luciesen entre los árboles una docena de fogatas, interceptando su luz alguna que otra figura dispersa. De cuando en cuando echábase un trozo de canción por encima de las voces. En el pelotón de Catana, uno de los hombres había llevado un violín en su equipo, y ahora estaba sentado en el suelo, tocando una melodía. Cuando aquélla reapareció, después de su conversación con Botello, se oyeron gritos que reclamaban una danza.

–¡Eh, Catana, báilanos una zarabanda! ¡Eres una moza valiente! ¡Una verdadera danza de Castilla en honor de Jaén! ¡Mueve esas caderas!

–¡Idos al infierno! –exclamó ella, absorta todavía en la contemplación del anillo–. Después de haber andado todo el día por el fango, y, además, de cocinar para ustedes, vagos cantoneros, ¿todavía esperan que rompa los talones para divertiros? ¡Por Dios, piensen en otra cosa, vagabundos!

–Vamos, hermanita –terció Manuel Pérez, orgulloso de la habilidad de su hermana, y que ardía en deseos de que la demostrase–. No eres tan perversa. Haz que los muchachos se diviertan un poco. En El Rosario acostumbrabas trabajar todo el día, bailando luego por la noche. ¿Es que te estás poniendo vieja? Ahí está el portugués, Magallanes, que dice que no tenemos en España bailarinas como las de Lisboa. Supongo que no te tragarás esa píldora.

–De seguro que no –convino una voz–. ¡Viva la Catana!

–Vamos, tía mía –gritó el pequeño Ochoa, ansioso de la gloria de su patrona.

–Ya deberías estar durmiendo, travieso –contestó–. ¡Espera que te agarre! –Pero ante la demanda general, se encogió de hombros–. Muy bien, pues, si es que tienen que salirse con la suya. ¡Que la peste los agarre! No podréis esperar mucho de una danza con medias y calzones.

Despojose de la prenda de algodón, rellena, que utilizaba sobre el traje que tenía puesto al desembarcar, ya ajado y lleno de remiendos. Su referencia a los calzones produjo cierto cinismo, aunque no de carácter intenso, al que respondió en términos convenientes.

–¿Pero quién bailará conmigo? –preguntó–. Ya saben que se necesitan dos personas para bailar la zarabanda. ¿Tendré que elegir yo misma mi compañero? ¡Me gusta!

–A su servicio, hermosa señorita –dijo el loco Cervantes, avanzando hasta ella y haciendo una exagerada reverencia, a la vez que le besaba los dedos.

Una mano lo asió, echándolo hacia un lado.

–Bailarás conmigo, Catana. ¡Qué diablos! ¿Cómo te preocupas por compañeros, teniéndome a mí a mano?

Pedro de Vargas habíase acercado a la media luz del fuego sin que la muchacha lo advirtiese. Por un instante no pudo sino mirarlo fijamente, boquiabierta. ¡El anillo! Olvidada del talismán, lo recordó de pronto. La prueba de su magia hallábase frente a ella, sonriente, como si Pedro hubiese descendido de las nubes. Otra velada no habría pensado en ello, pues con frecuencia reuníanse después de la cena; pero hoy...

–¿Qué sucede? –inquirió–. No soy ningún fantasma.

–Me asustó, señor. No lo había visto –contestó ella, sonriendo con esfuerzo–. ¿Bailaremos? Hombres, ahora veréis cómo bailamos la zarabanda en la sierra de Jaén... ¿Recuerda los pasos, señor?

–Creo que sí. Tres adelante y tres atrás, ¿no? Un salto y una vuelta para empezar. Todo saldrá bien.

–Juanito, tócanos algo –ordenó Catana al violinista.

Los circunstantes hicieron sitio, quedando unos de pie, otros sentados. La luz de la hoguera iluminaba los rostros barbados, los cascos relucientes y las ropas destrozadas. Catana observó que Botello habíase unido al grupo, sonriendo triunfalmente, como si le dijere: "¿Qué te dije yo?" Y ella asintió gravemente. Juanito ejecutó un aire, bien acompasado, aunque de melodía monótona.

La zarabanda de la época tenía poco o nada en común con la lenta y majestuosa danza del mismo nombre del tiempo posterior. Era una danza popular, salvaje, violenta y no muy correcta. Los espectadores llevaban el compás con las manos, palmeando, o prorrumpían en un candencioso "¡aha!" al acelerarse aquél. Por supuesto, el tema de la danza era la persecución masculina y la huída de la mujer, no teniendo la damisela nada de tímida y saliendo siempre derrotada.

Mientras Pedro avanzaba, ancho de hombros, ligero de pies, con los ojos muy abiertos y fijos en ella, la mujer retirábase coqueta, saltando nuevamente hacia adelante a medida que él retrocedía. Ade-

lante y atrás; luego giraban en el centro, de frente, uno alrededor del otro. Ella hacía piruetas para escapar de sus brazos. Y así una y otra vez. ¡Aha! La hizo girar velozmente, a punto de levantarla del suelo, y la mujer volvió a pisar el terreno, ágil como un gato y a su justo tiempo. ¡Aha, aha! La danza se volvió como fuego.

Por la imaginación de Catana pasaron como chispas de pensamiento, recordando su época de bailadora en El Rosario y el círculo de rostros pálidos y excitados. Una noche de trabajo. ¡Dios del cielo! Comparado con aquello, ¡qué maravilloso resultaba ahora! Aquí en este país extraño y salvaje, formando parte del ejército, bailando con Pedro de Vargas delante de sus camaradas... ¡La vida en todo su apogeo!

Una danza puede ser lenta o movida; pero la vibración, no el movimiento, es su alma: vibración, una tensión eléctrica. Ahora, al fin, Catana podía observar cómo él la deseaba, no casual o parcialmente, sino de un modo concentrado y absorbente. Palpitábalo hasta en la suavidad de sus brazos mientras la levantaba en los giros de la danza, en el ardor de sus manos sobre las caderas y en el llamamiento que denotaban sus ojos. A Catana le constaba que nunca había bailado tan bien, con tanto abandono. Y el rítmico palmear de los circunstantes y los gritos de entusiasmo o de acompañamiento, unido al violento movimiento del arco sobre las cuerdas del violín, constituían un marco embriagador.

–¡Bravo, Catana! ¡Así se baila, De Vargas! –gritaban los espectadores, en tanto aumentaba la vibración de la danza.

Y luego, de repente, a tiempo que el crescendo llegaba al punto máximo, un pensamiento adormecedor la invadió. Mantuvo el compás de una manera mecánica, helándosele la sangre en las venas. Su orgullo se convirtió en cenizas.

¡El anillo! No era quién lo había atraído, ni tampoco su amor. El mismo efecto habría surtido si se tratase de Isabel Rodrigo. Pedro de Vargas no se hallaba en libertad de elegir, habiéndolo convertido ella en un monigote de los diez mil demonios del anillo, quienes habíanlo atraído allí, impulsado de ciego deseo y privado de su voluntad. ¡Y eso había sido obra suya: rebajarlo, privándolo de su hombría! En seguida le pareció una blasfemia su manera de proceder.

La danza tocó a su fin después de los últimos giros, efectuados de un manera violenta; la mujer se echó hacia atrás, abandonándose sobre el brazo extendido de su compañero. Mientras él la besaba,

Catana no dejó de murmurar: "¡Perdóname, Virgen bendita!", permaneciendo sus labios como entumecidos.

–¿Estás cansada, querida mía?

–No.

Un grupo numeroso dedicose a felicitarlos, dándoles golpecitos en la espalda. De repente sintió Botello que algo era depositado en su mano, nada suavemente, por cierto.

–¿Qué es eso, muchacha?

–El anillo –musitó ella–. Tómelo.

–Pero puedes quedarte con él hasta mañana.

–No quiero volver a verlo. Lo aborrezco... Pero no se preocupe. Cumpliré el trato convenido.

Catana se volvió, dejándolo confuso ante el enigma, más fuerte que su ciencia, de la imaginación femenina.

En seguida supo que el encanto se había roto. La reciente corriente apasionada entre Pedro y ella quedó interrumpida, no causándole sorpresa que casi inmediatamente Luis Avila, uno de los pajes de Cortés, lo citase para una conferencia de capitanes, luego de lo cual él la abandonó con su cálida sonrisa, como siempre, y nada más. Fue la magia, no ella, lo que lo inflamó. Él realmente no la quería...

–Es hora de que vayas a la cama, niño –dijo, tomando tristemente la mano de Ochoa.

–No tengo ganas de dormir.

–Sí, tienes que hacerlo. Iremos a dormir, y te contaré un cuento.

–¿De brujas? –preguntó el chico, después de dudar.

–No, nada de brujas. Te referiré algo del Niño Jesús.

–Tía, más me agradaría algo sobre la bruja de Jaén.

–Cállate, o no te contaré nada... Buenas noches a todos.

Ocultó su desilusión por el fiasco de la noche, aceptando los repetidos cumplimientos del pelotón, que estaba disgregándose para retirarse a descansar, y dirigiéndose con el niño hacia el cobertizo improvisado de ramas que serviríales de abrigo. Arrastrándose debajo de ellas, se quitaron los zapatos, como prueba de que se desnudaban, preparándose para tenderse encima de las capas.

–Muchacho, reza tus oraciones –le recordó–. Las diremos juntos. Tu tía tiene gran necesidad de rogarle a Nuestra Señora para que le dé fuerzas para olvidar. Chico, te confieso que soy una mujer perversa.

–¡Vive Dios! –protestó vivamente Ochoa, empleando el lenguaje del campamento–. Le clavaría el puñal a cualquier bastardo que dijera eso.

–¡Chitón! No debes hablar de esa manera.

–Y si no soy bastante grande, hay otros que lo son: Manuel, el capitán De Vargas, todo el pelotón. No eres mala –prosiguió, echándole los brazos al cuello–; eres buena. ¿Por qué estás triste, tía mía, cuando has bailado de un modo tan elegante?

–Quédate tranquilo. Tenemos que rezar. –Arrodillados, rezaron frente a frente, con la cabeza agachada, teniendo ella las manos del chiquillo entre las suyas.

No eran los únicos que oraban en ese instante. Pocos eran los del campamento tan abandonados que no confiasen su alma a Dios antes de dormirse, como hombres que no se hallasen bajo la sombra de la Parca. El endurecido Manuel Pérez, en su choza inmediata; Maldonado el Fiero, Cervantes, el bufón, y el Toro García, volvíanse chicos otra vez, juntando sus manos en tanto elevaban al cielo sus plegarias.

–Padrenuestro, que estás en los cielos –murmuraba Catana y el chico–: Santificado sea tu nombre... –Y cuando hubieron terminado, prosiguieron con el Avemaría.

Después de haberse persignado, permanecieron unos instantes con la cabeza inclinada. Catana confesaría con el padre Olmedo lo antes posible. Azotaríase con las cuerdas llenas de nudos para purgar la maldad de aquel hechizo de amor. Entretanto sintió un paso apagado.

Volvieron a persignarse y besó a Ochoa.

–Quiero que me cuentes un cuento –insistió–. ¡Por favor, un cuento de hadas!

–Muy bien. Entonces te contaré el de la ramita de romero.

–Es muy bonito –asintió, mientras se le cerraban los ojos.

–En otro tiempo –comenzó la mujer, haciendo su voz todo lo monótona posible. Al llegar a lo del "hermoso caballero", el muchacho se hallaba profundamente dormido.

Sonriente, lo abrigó en su capa, pues el aire de la montaña era frío, tendiéndose después junto a él. El campamento hallábase en calma, a no ser por los ronquidos estrepitosos que salían de algunas chozas y el paso lejano de un centinela.

Contempló la vaga claridad que marcaba la entrada de la choza. Sí, había hecho bien en devolver el anillo a Botello. Pero, ¿por qué

no le interesaba a Pedro? ¿Qué habría sucedido cuando el primer día él le había dicho que sería suya..., sí, frente al mismo general? ¿Era menos atractiva que un año atrás? ¿O estaría él obligado por algún voto?

Los escrúpulos morales de un siglo más tarde no cruzaron su imaginación por entonces. Si se amaban, si no podían casarse, la unión parecía natural, tanto a la conciencia como a la sociedad. Pero quizá él estuviese cumpliendo un voto o una penitencia. Acaso lo averiguaría.

¡No! ¡Dios! En seguida advirtió dónde se hallaba el inconveniente. ¡Sus ropas masculinas! El hecho de haberse unido al ejército. ¿Quién amaría a un marimacho? Cuando la conoció en Jaén iba adecuadamente vestida y era femenina. Esa debía ser la razón.

Sí, una moza retozona, muy capaz de cuidarse de sí misma, de jurar y de disputar hasta con el mismo Maldonado. Repulsiva para un fino caballero como Pedro de Vargas. ¿Cómo podría dejar de compararla con doña Luisa de Carvajal, la elegante y exquisita? Catana se desalentó, llevándose las manos a la cintura para apreciar su grosor. No habría corsé capaz de reducirla a la medida de la esbelta perfección de Luisa. Si fuese así...

Cerró los ojos, imaginándose vestida de damasco amarillo, del brazo de Pedro, por entre dos filas de gente elegante. El hecho de que de cuando en cuando se detuviesen para dar unos pasos de zarabanda parecíale completamente natural. Llevaba la cabeza erguida, sintiendo el peso de su cabellera, que había crecido nuevamente. Estaba magnífica y era admirada, flotando, más bien que caminando. En los ojos de Pedro leía su admiración. De repente, su sueño se hizo pedazos..., tornándose en dedos que la señalaban y en rostros burlones. Al mirar hacia el suelo advirtió que la falda de brocado había desaparecido, llevando en su lugar las calzas negras y deshilachadas y los zapatos llenos de barro. "¡Catana! ¡Marimacho!", gritaba la concurrencia.

–Catana.

Se encontraba despierta, cuchillo en mano. Alguien la había tocado, y una forma vaga y sombría oscurecía la entrada del cobertizo.

–Catana.

Habría reconocido sus suspiros entre otros mil, y su corazón comenzó a latir con tal violencia, que casi parecía miedo.

–Sí, señor.

–Ven. Tráete la capa.

Salió moviéndose despacio para no despertar a Ochoa. Para su ánimo, aun confuso, parecía parte de un sueño; pero los brazos que la estrechaban eran cosa real, lo mismo que los ardientes besos.

–Estabas bien dormida –musitó él–. Perdóname.

Ella permaneció de pie, temblorosa. O quizá sería el brazo de Pedro lo que temblaba.

–Vamos, tengo una choza a un costado del campamento, donde estaremos solos. Tengo que partir antes de la aurora; pero nos quedan algunas horas. Ven, te mostraré dónde queda. ¡Muchacha mía! –agregó más suavemente.

Caminaron, llevándola de la cintura bien cerquita de él. Catana iba con la cabeza recostada sobre el hombro.

"Y no he usado ninguna magia", pensaba. "Ha venido hasta mí; le intereso. ¡Dios mío! ¡Me ama!"

–Ha sido muy dura la espera –decía él–. He pasado las noches pensando febrilmente en ti. Pero allí... sabía que comprenderías... No allá abajo, en aquel fuerte tan lleno de gente; no entre tanto calor y traspiración. He estado pensando en las montañas, tú y yo solos, en la noche más fresca. ¡Por Dios! Bien ha merecido la pena esperar, ¡querida mía!

Se detuvo para besarla, echándole la cabeza para atrás. Luego desabrochó el jubón para besarla en la garganta.

–Para ser nuestra primera vez habría de tener lugar en las montañas. ¿No es embriagador el perfume de los pinos, Catana? ¿No te recuerda nuestra sierra? Merecía bien la pena esperar. Pero en adelante, siempre, siempre...

Y ella se había estado imaginando estupideces. Y en cambio, en obsequio a Catana y su primera noche, se comportó como si la muchacha hubiese sido de ilustre cuna, retirándose igualmente con la finura y la reverencia de un caballero por su hidalga. Ruborizábase al pensar en el mágico talismán.

–Señor, yo pensaba si esta ropa –dijo– no le agradaría. Si desea que me haga un vestido...

–¿Por qué me llamas señor? –protestó–. ¿No soy, acaso, tu hombre? ¿No somos camaradas de aventura? ¿Por qué no me llamas por mi nombre? ¡Señor!

–Siempre me lo he imaginado de ese modo –dijo vacilante–. Desde que solía llegar al Rosario. Fue un día bravísimo para mí, se lo aseguro, aquél en que llegó con Campeador. No puedo dejar de

pensar en usted como un señor. Pero si lo desea, trataré de llamarle... –vaciló– Pedro, señor.

–Querida. Cualquier cosa que me llames sonará bien –dijo, deteniéndose para besarla otra vez.

–Le pregunté algo sobre mi vestido.

–¿Tu vestido? –interrogó, acariciando el cerquillo cuadrado que le caía sobre la frente–. ¿Qué vestido?

–Si no le agradará más que me ponga otras ropas en lugar del jubón y las calzas.

–¿Por qué?

–¡Oh, estoy tan desaliñada!... ¿No me oye?

–Sí. –Deslizó el brazo alrededor de su cintura y comenzaron a caminar otra vez–. ¿Qué decías?

–Que quisiera otras ropas más atrayentes para agradarle. Un vestido limpio y no estos calzones ajustados y cortos. No quisiera que se avergonzase mucho por causa mía delante de los demás capitanes.

–¿Avergonzarme? –Su brazo la oprimió con más fuerza–. Muéstrame un caballero en el ejército que no me envidie. Cuando la moza más bravía y más alegre de ambas Castillas me toma como amante, cuando mi sangre hierve de orgullo por ti, encanto, ¿hablas de avergonzarme? ¿Ante quién? ¡Por Dios, mereces que te azoten! ¿Faldas y camisones durante las marchas? ¡Que no te pesque yo en ellas! ¿Por qué no, además, crema para la cara y perfumes? No eres una muñeca, ni yo de esos que se dedican a aspirar la fragancia de los vestidos de las damas. Estás vestida a gusto del soldado, y te quiero como estás. Recalcó su vehemencia estrechándola con más fuerza–. Lo que no significa que no me gustes envuelta en sedas, cuando llegue el momento oportuno, muchacha mía.

De manera que había vuelto a estar equivocada. Su atuendo varonil, deshilachado y lleno de remiendos, las tareas y la suciedad obligada del campamento hacíanla más deseable, al parecer. La amaba por ella misma. Caminaba junto a él embriagada de felicidad, orgullosa de que fuese su dueño.

Por fin, había llegado lo que tanto tiempo había ansiado, y que más de una vez diera por perdido. Vino de pronto, como un relámpago, cuando menos lo esperaba. Su corazón oprimíase de alegría y de una deliciosa aprensión.

Siguieron al pie de la colina hasta alguna distancia del campamento, llegando a un lugar donde el terreno caía de repente en una

suerte de precipicio en miniatura. Debajo de ellos extendíanse ampliamente y en todas direcciones las tierras tropicales bañadas por una luna medio borrosa, exhalando a la débil brisa la especia de sus interminables frutos y flores. Hacia el sur, levantábase la masa cubierta de nieve de Orizaba, a manera de gigantesco fantasma, y hacia el norte las alturas del Cofre de Perote.

–Aquí –dijo Pedro, mostrando una cabaña de ramas de pino que habían sido cortadas de un árbol que sobrecolgaba el precipicio, estando sujetas por una parhilera. La entrada dominaba la pálida lejanía–. ¿Te gusta, amada mía?

–¿Que si me gusta? Es un lugar hermoso, señor. Es como un cuento de hadas. –Catana echó la cabeza hacia atrás, llenando sus pulmones con el aire fresco–. ¡Qué país! Me gusta más que España.

–No me parece –sonrió él.

–Sí, realmente. Parece como si nos perteneciese más a ambos. No sé explicarme...

–He hecho una cama bien alta –dijo, llevándola a través de la entrada del lugar. Señaló un colchón de ramas de pino–. Su fragancia es más suave que la de la lavanda. Echaremos nuestras capas atravesadas.

La estrechó contra sí de tal modo que ella, sin ver, advirtió el fuego que brillaba en sus ojos.

–Por favor, váyase un momento. Yo lo llamaré.

En la oscuridad de la cabaña, a penas iluminada por el resplandor de la luna, su rostro, transformado por el momento, parecía el de una muchacha más joven. La dureza protectora proporcionada por sus dieciocho años parecía desvanecida. Sus labios se hallan entreabiertos, y las sombras que circundaban sus ojos eran profundas y suaves.

–Eres hermosa, Catana. No sabía que fueses tanto.

Permaneció un momento absorto, después de haberse llevado la mano de la muchacha a los labios; luego, abandonando la cabaña, quedose en lugar donde ella apenas lo veía, recortado contra el cielo, al borde del barranco.

Después de haberse despojado de las ropas, se tendió en el lecho, cubriéndose parcialmente con la capa.

–Adelante –dijo ella. Y su corazón latió al escuchar los pasos que se aproximaban.

Cuando finalmente Pedro se durmió, con la cabeza de ella todavía en el hueco de su brazo, hallábase envuelta en una alegría tan

serena que temió importunarlo con el más mínimo movimiento. Catana no iba a desperdiciar por culpa de su sueño ninguna de las maravillas de esa noche, la inefable felicidad de reposar en sus brazos y la sensación de sus vidas fundidas en una sola. Era una satisfacción demasiado profunda para que fuese interrumpida ni siquiera por el deseo. En el punto máximo de la juventud y la pasión, habíanse poseído por completo, hasta que el deseo mismo hubo de convertirse en una suave languidez. Si él despertaba poseyéndola otra vez, la muchacha estaría contenta; en caso contrario, también era felicidad permanecer tranquilamente, sintiendo el latir de su brazo junto a su mejilla.

Afuera, más pálido que la luna, veía la cima del gran volcán, que remontaba más allá de la entrada de la cabaña. De cuando en cuando un soplo de la brisa nocturna penetraba como si fuese una suave caricia.

"Si esa noche durase mucho, sino fuese necesario que amaneciera", pensaba. La sensación del tiempo que pasaba, que es lo que da a la felicidad su mayor amargura, es lo único que la obsesionaba; el tiempo que se llevaba todos los dones. Estaba lo bastante versada en la vida para conocer que nada es permanente y que nada se repite. Llegaría la mañana, luego otra más, alejándola cada vez más de esas felices horas y de la cabaña de rama de pino.

La luna dejó pasar a las tinieblas. Aparecieron las estrellas, si bien eran esas estrellas tardías que nos indican la proximidad de la aurora, parecíale que el tiempo avanzaba como el agua por la rápida pendiente. Tendría que despertarlo con los primeros albores, pues él marcharía delante del ejército, por lo que observó temerosamente hacia el este; pero el firmamento, alumbrado por las estrellas, hallábase aún sin el menor vestigio del nuevo día.

De repente se oyeron en el bosque los trinos de dos pájaros, a los cuales siguieron otros al cabo de poco tiempo. Ella cerró los oídos, pero se volvieron más fuertes e insistentes. Una faja gris apareció en el horizonte. Finalmente, oyóse el relincho de un caballo.

Ante el temor de que le llamasen la atención por culpa de ella, levantó finalmente la cabeza para besarlo, despertándolo poco a poco; y él, al sentirla en sus brazos, la estrechó contra sí.

–Ya es hora, señor –murmuró.

–De seguro que no.

–Sí.

–Bien, entonces robaré una media hora –respondió él–. Tengo hambre de ti, Catana. Nunca me saciaré lo suficiente. Me tienes loco.

–Yo también. Pero, señor, tiene que irse...

–¡Bella adorada mía!

Ella cedió, sintiendo una vez más cómo los invadía esa ola que suprime el tiempo y hace que nos olvidemos de todo.

Más tarde, todavía lánguida a consecuencia del abrazo, vio cómo en la oscuridad de la cabaña se vestía, sujetándose también la espada.

–¡Hasta la noche! –dijo Pedro–. No pensaré sino en ti; sentiré tus besos en mis labios todo el día. ¡Hasta la noche!

Desapareció en la débil luz de la aurora. Minutos más tarde resonaban los cascos de los caballos.

Luego, las cornetas que tocaban diana pusieron punto final a sus sueños.

42

Dos Francisco de Vargas nunca hubo de sentirse apabullado ni, en realidad, demasiado impresionado por la magnificencia de los parientes italianos de su mujer. Ni siquiera a su llegada a Florencia, como fugitivo y desterrado de España, donde fue recibido con doña María calurosamente en el fastuoso palacio Strozzi, de la Vía Tornagrato. Los mismos Strozzi hubieron de pasar por el destierro, años atrás, conociendo por ello los altibajos de la fortuna. Constábales igualmente que un ilustre soldado, amigo del Gran Capitán y pariente del duque de Medina-Sidonia, no era inferior a nadie. En verdad, era cuestión, no sólo de caridad, sino de orgullo, dar albergue a tan ilustre refugiado.

Luego de haber besado a Clarice de Médicis, esposa de Filippo Strozzi, y de haber abrazado a éste, los recién llegados recibieron las condolencias del matrimonio con la mayor dignidad.

–En verdad, primos –dijo el viejo caballero–, fue una infame afrenta sobre vuestro nombre y sobre el mío. Tenéis que ayudarme a vengarla. La muerte de nuestra hija... –Pero no era decoroso exponer este supremo dolor ante los pajes y lacayos de librea que sostenían las antorchas en el patio–. Basta por esta noche –agregó en su deficiente italiano. Y tirando suavemente de las orejas a un chiquilín que se aferraba a las faldas de madonna Strozzi–: ¿Y quién es ese valiente potrillo? ¿Piero, eh? Se llama igual que nuestro hijo. Déjame

que te vea, "figliuolo". ¡Dios me valga! ¡Qué lindo mozo! ¡Buen cuerpo y vivo de ojos! He aquí un muchacho que les hará honor, primos. –Esta predicción viose confirmada por la fama de Piero Strozzi posteriormente.

Don Francisco arrojó un puñado de monedas –las últimas que le quedaban en la bolsa– a los sirvientes del patio, subiendo trabajosamente las escalinatas del palacio, después de haber ofrecido el brazo a la dueña de la casa.

Allí pasaron casi todo el año siguiente a la huída de España, aposentados en un piso cuyas habitaciones, pintadas al fresco, eran de techos altos. A través de las profundas ventanas veíase el Duomo, que dominaba Florencia más que en la actualidad; del otro lado se observaba una parte de la iglesia de Santa Trinitá, donde se hallaban enterrados los antepasados de doña María Strozzi. Cuando el tiempo era propicio, iban paseando entre palacios hasta el Arno, o daban un paseo a caballo, por variar, hasta la hermosa villa de los Strozzi "Le Selve", cerca de Signa. A la mesa principesca de Filippo sentábanse bellezas e ingenios, financistas, profesores y gentes de letras, así como soldados de Toscana. Después de la vida tranquila de una ciudad de provincia española como Jaén, los primeros tiempos de Florencia resultaron un poco fatigosos, hasta que según el dicho de don Francisco, uno se amoldaba al nuevo ritmo.

Pero dominando la hospitalidad de los Strozzi, la magnificencia de la ciudad e inclusive el pleito para su rehabilitación que se estaba tramitando, tanto en Roma como en España, la ansiedad sobre Pedro invadía continuamente al más viejo de los Vargas.

Durante el mes de agosto aguardaron confiadamente su llegada, y más de una velada diéronse a forjar planes para su carrera. ¿Debería proseguir viaje a Francia para ocupar el lugar que le esperaba en la casa de Bayard? ¿Debería ser adiestrado en la brillante Corte que rodeaba a Lorenzo de Médicis y a su joven esposa francesa? Don Francisco se inclinaba a lo primero, llevando la contraria doña María, más partidaria de lo segundo, puesto el ojo en una hija de los Valori, joven hermosa y con buena dote, que era el partido adecuado para Pedro, en caso de que fuera empleado el tacto y la finura convenientes. Y con la vista fija en esa boda, alegaba astutamente que si Pedro habría de seguir la carrera de las armas, nada mejor que unirse al grupo de las Bandas Negras, de Giovanni de Médicis, un joven que ya brillaba como el más ilustre capitán de Italia.

Pero transcurrió agosto, lo mismo que septiembre. El ansiado viajero no llegaba. Los planes sobre el futuro languidecieron o parecieron forzados. En octubre fue imposible mantener en silencio por más tiempo las preguntas que jamás habían sido formuladas. ¿Habría caído Pedro en los montes de Jaén? ¿Habría perecido de alguna otra manera? ¿Y si hubiese sido capturado nuevamente por la Inquisición?

–Debes tener valor, esposa mía –dijo una noche don Francisco a su mujer en el lecho amplio y cuadrado, cubierto con un dosel–. Vamos, vamos, anda, nada se adelanta con llorar. –Pero con frecuencia rodaba también una lágrima por sus delgadas mejillas.

–¿Por qué tendríamos que preocuparnos de saber quién fue el culpable de que hayamos perdido a nuestros hijos? –estalló ella una vez, mientras él trataba de distraerla, hablándole de su solicitud al Papa–. ¿Qué significa para nosotros la rehabilitación? Preferiría morir y reunirme con ellos.

Por ese tiempo observóse que don Francisco solía inclinarse, apoyándose fuertemente en su bastón cuando se hallaba solo, estando siempre presto a enderezarse, dejando el labio inferior colgando y la barbilla desafiante, si advertía que lo estaban observando.

Cuatro meses habían transcurrido desde la fuga de Jaén. Llegó el fin del otoño, y con él la desesperación a las habitaciones sombrías y mal calentadas del palacio. Disculpándose de los asistentes a las tertulias de la parte baja del palacio y advertidos de la conmiseración que confirmaba sus propios temores, los señores De Vargas retirábanse temprano a su aposento, permaneciendo sentados algún tiempo, uno a cada lado del débil fuego de olivo, para rememorar el pasado.

Una de esas veladas dio la casualidad (como suele acontecer) que un sirviente entrase, después de haber llamado a la puerta haciendo una reverencia.

–Una carta para vuecencia. Su señoría ha pagado al mensajero.

Acostumbrado a recibir cartas de Roma relativas a su pleito, aceptó sin mayor interés ésta, dejándola sobre una mesa cuando el sirviente se hubo retirado, decidiendo leerla al día siguiente, ya que la luz de la vela le causaba molestias en la vista. Empero, al observar el aspecto ajado del papel y la escritura medio borrada, la acercó un poco a la llama.

–¿De qué se trata, señor? –interrogó doña María, impresionada por la repentina atención que denotaba su semblante.

Sin detenerse a romper el lacre que sujetaba los bordes del papel, don Francisco lo rasgó, extendiendo la carta con manos temblorosas.

–¿Qué es? ¿No puedes contestarme? ¿Es que te has quedado mudo? ¿Sucede algo malo?

–De Pedro –dijo a media voz–. Carta de nuestro hijo.

Se puso en movimiento, hallándose casi al instante junto al sillón de su marido, como si su cuerpo regordete hubiese criado alas, y le arrancó la carta.

–Vamos, mujer, vamos... La leeremos juntos.

Juntas las cabezas, ambos leyeron a la par la escritura difícil del muchacho que aún está en edad escolar, formando las palabras con los labios.

"Honorable señor, padre mío... Honorable señora, madre mía...

Era la carta escrita por Pedro antes de abandonar Sanlúcar, y confiada al patrón del barco genovés. Demorada por las tormentas, olvidada en las posadas, vendida por un mensajero a otro, en la seguridad de la recompensa garantizada por la dirección de los Strozzi, finalmente hubo de llegar a su destino, recorriendo la distancia entre Andalucía y Toscana.

Terminada su lectura, doña María cayó de rodillas, juntando las manos y elevándolas hacia el cielo.

–Gracias, Dios mío. Gracias de todo corazón, Dios bendito. Virgen bendita, te lo agradezco con toda el alma.

Don Francisco releyó la carta, profiriendo un sonoro ¡Hump! Con el fin de ocultar su emoción, pero sin poder disfrazar el sonido de su voz.

–¡Conque las malditas islas, por fin! ¡Y con ese inútil hijo de Martín Cortés, además! Una empresa provechosa van a tener, no hay duda. ¡Si pudiese echarle mano a ese bribón, buenas le iba a poner las espaldas!

–¡Cállate! –exclamó doña María, interrumpiendo sus expresiones de agradecimiento hacia la corte celestial. Luego increpó a su marido: –¡Vergüenza debería darte ser un padre desnaturalizado! ¡Cuando lo creíamos muerto! ¡Ahora que se encuentra vivo y dedicado a una empresa honorable... es decir, si aún se halla con vida! Nerón, señor esposo, fue un cordero, comparado a ti, Atila...

–Sí, sí –interrumpió el otro, tan enojado que no pudo menos de decir: –Ya sabía yo que en eso vendríamos a parar. Si no me hubieses rezongado tanto, comparándome con Nerón, cuando me esfor-

zaba por educar a Pedrito el muchacho habría aprendido a obedecer. Y ahora se hallaría con nosotros, en lugar de andar pindongueando con bergantes del otro lado del océano. ¿Qué me dices ahora de Blanca Valori, por no mentar ninguno de los demás proyectos?

–No importa. –Doña María reanudó sus pías jaculatorias–, San Cristóbal, patrón de los navegantes...

–Me hallo tan desalentado –prosiguió el viejo caballero, mordiéndose los labios–, que me siento inclinado a ceder nuestro pleito a Su Santidad.

–¿Estás loco, señor? Ahora más que nunca es necesario proseguir activándolo de forma que nuestro hijo pueda regresar con honor. Eres un pillo, mi señor –concluyó en tono de reproche, al ver la sonrisa que don Francisco no podía contener por más tiempo.

–Sí, esposa mía –dijo riendo–. A estar a la verdad, la noticia que acaba de llegar me ha rejuvenecido. Loado sea Dios, a quien agradezco humildemente de todo corazón.

Y al día siguiente su porte más marcial dijo de buenas nuevas, aun antes de que se jactase de que su hijo Pedro habíase reunido a un renombrado capitán, un tal Hernán Cortés, para una empresa de conquista allende el mar, de la cual esperaban retornar cargados de honores y provecho.

El pleito de rehabilitación de los cargos hechos por el tribunal de la Inquisición en Jaén resultó más largo que difícil; largo únicamente a causa de la gran distancia a que se hallaban los diversos puntos de España e Italia que debían ventilarlo. El tío de Clarice Strozzi era nada menos que el mismo Papa, León; otro pariente era el cardenal Giulio de Médicis, el hombre que manejaba los hilos detrás del trono; el cardenal Strozzi y María de Vargas eran primos. En cuanto a don Francisco, tenía un parentesco lejano con el duque de Medina-Sidonia, y las acusaciones contra aquél menoscababan la ascendencia del grande de España. Resultaba manifiestamente absurdo que los parientes de semejantes príncipes cristianos y potentados fuesen acusados nada menos que de herejes. Aparte de los lazos de sangre, que entonces eran más fuertes que ahora, dichas acusaciones constituían una afrenta para el Papa, el duque y el cardenal; de manera que los tres experimentaron un interés egoísta en invalidarlas lo antes posible.

Por otra parte, un acontecimiento político de primera magnitud vino a favorecer incidentalmente a don Francisco. Durante el primer semestre del año 1519, la rivalidad existente entre Carlos de España

y Francisco de Francia con relación al puesto vacante de elector del Sacro Imperio Romano preocupó a los estadistas de la Europa occidental. En esa elección, el Papa ejercía notable influencia y una carta de Su Santidad en la que se lamentase de las injusticias hechas a su muy amado hijo Francisco de Vargas, súbdito y pensionado de su majestad católica recibiría atención más inmediata de la Corte española que en otro caso.

De tal manera, la Suprema de la Inquisición en Madrid, a pesar de ser poderosa, hallóse bajo una presión mucho mayor de la que el trivial asunto requería si los Vargas, aislados de toda ayuda, hubiesen perecido en la prisión de Jaén o en el auto de fe, no habría ocurrido ninguna molestia. Pero, puesto que pudieron escapar y valerse de una artillería de tanto calibre como el mismo jefe de la Iglesia Católica y el rey de España, por no mencionar los cardenales y la grandeza, la Suprema, inflexible en su apoyo a las autoridades de sus organismos provinciales, preparose por esta vez a admitir un error. El santo Ignacio de Lora no había sido culpable de injusticia, sino que, al parecer, había sido engañado. Aunque los De Vargas fueron culpables al haber resistido a mano armada a los representantes de la Inquisición, que a su debido tiempo hubiese establecido la inocencia de los acusados, la Suprema consentía generosamente en pasar por alto esa falta, anulando los cargos y restituyendo las propiedades confiscadas. Y aun hizo más: contenta de encontrar un testaferro, expresó de una manera oficial su desaprobación acerca del "nocivo y desmedido celo" de De Silva. Y la censura del Santo oficio era una sombra que los amigos del hombre se esforzaban por evitar.

Pero no era suficiente la exoneración; el caso requería venganza y retribución por daños y perjuicios. Y de ello encargose don Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, cuyo orgullo en cuanto a lo ilustre de su linaje hubo de ser afectado. Puesto que, desgraciadamente, De Silva había partido para las islas a fin de reunirse con De Lora, la satisfacción personal tendría que ser demorada; pero fue entablado un pleito contra él, de resultas del cual se le confiscó el resto de sus propiedades (no todo había sido invertido en su empresa allende los mares). Fue bueno para la tranquilidad de ánimo de De Silva que no supiese ni una palabra de la desgracia sobrevenida en la metrópoli, en tanto él andaba por el Nuevo Mundo.

Todas esas actividades insumieron más de un año. De manera que Pedro y el temerario ejército de Cortés habían escalado las mon-

tañas, hallándose comprometidos en las desesperadas batallas de Tlascala antes de que don Francisco, rehabilitado en honor y fortuna, apresurase su retorno a Jaén. Se comportó ante el éxito como hiciera ante la adversidad, demasiado altivo para exteriorizar su emoción. Ante su simplicidad, la sentencia en el pleito no era sino un acto de justicia, exactamente como la elección de Carlos V como emperador ilustraba el triunfo del derecho sobre la injusticia. Naturalmente, el Papa lamentaría los crímenes cometidos en nombre de la Santa Madre Iglesia. Naturalmente, don Juan Alonso saldría en defensa de un pariente. Es claro que su majestad cesárea, el sello de cuya carta besó reverentemente antes de abrirla, recordaba sus servicios a España y sentíase graciosamente satisfecho al brindarle su protección. Los motivos egoístas –orgullo de familia y recursos políticos– no se le ocurrieron. Representábase el mundo con los blancos y negros de su mente honesta.

El año agradable de exilio transcurrió. Don Francisco dio a su señoría en Florencia el beneficio de sus consejos militares y ocupó un lugar honorable entre los notables de la ciudad. Lamentó el fallecimiento del jefe del Estado, Lorenzo de Médicis, tomando parte en el cortejo fúnebre. Y se alegró de la elección del emperador. Pero como la paz continuaba y no existía guerra que lo distrajese, su corazón estaba en España, debido a lo cual hizo sus preparativos para zarpar de Livorno en septiembre, cuando un acontecimiento definitivo dio fin a su estada en Italia.

La familia Strozzi, junto con doña María, hallábase pasando los calurosos días del fin del verano en "Le Selve", cerca de las colinas del Monte Albano; pero don Francisco se había quedado en la ciudad. Tenía numerosas cartas de agradecimiento a que dar fin, relacionadas con el pleito, amén de disfrutar más con la compañía de los mayores que permanecían en la ciudad que con las idas y venidas de la gente joven en la villa.

Una mañana se hallaba dictando a un amanuense en el gabinete de Filippo Strozzi cuando entró un paje, en respuesta al impaciente "¡Adelante!" pronunciado al oír un golpe en la puerta. El muchacho parecía excitado.

–Hay un caballero que desea ver a vuecencia –dijo vacilante.

–¿Cómo es su nombre?

–Me ha prohibido que os lo comunique, excelencia.

–¿Eso dijo? –Los ojos de don Francisco despidieron fuego; el labio inferior quedó colgando–. Bien. Dile que estoy muy ocupado y que no puedo recibir a caballeros que no dan su nombre.

–Es un alto y poderoso señor –dijo el sirviente, turbado.

–Razón de más para que no se avergüence de su nombre y muestre buenos modales. ¿Acaso cree él que yo estoy aquí a la disposición de cualquier señor de la tierra? Que dé su nombre o se retire.

–Juraría que no lo hace por falta de respeto, señor –dijo el paje, vacilando–. No es sino un capricho. Me ordenó decirle, en caso de que vuecencia no quisiera recibirlo, que ha sido antiguo y mortal enemigo suyo, y que le consta que don Francisco siempre recibe a sus adversarios, ya sea de pie o a caballo.

–¡Vamos, por Dios! –exclamó el otro, olvidándose de su rodilla endurecida y poniéndose de pie de un salto–. Eso es distinto. En tales condiciones será un placer para mí recibirlo. ¿Viene armado?

–Sí, excelencia.

–¡Bravo! –El antiguo caballero se estremeció de delicia–. Alárgame esa espada y ese cinto. El señor Fulano debe ser un individuo bastante osado y valiente para venir a desafiarme bajo el techo del mismísimo pariente. ¿Se halla solo?

–Sí, señor.

–Entonces, oye bien, muchacho. Si me da que hacer, no necesito ayuda. Que todo el mundo se quede tranquilo. Gracias a Dios, he tenido muchos nobles enemigos en mis tiempos; pero si uno de ellos viene solo, no quisiera colocarlo en desventaja, sobrepasándolo en número. No me importa desconocer su nombre, puesto que tal es su deseo... pero dices que es caballero y de buena sangre.

–Ciertamente, señor. Puedo garantizarlo.

Don Francisco se colocó el cinturón, aflojando la tizona en la vaina; dirigiéndose después ante un espejo para alisarse sus escasos cabellos, antes de enderezar la cadena de oro de manera que quedase bien puesta sobre sus hombros, luciendo todo lo posible el medallón que colgaba de la misma; finalmente, le llegó el turno a los pliegues de su jubón.

–¡Quién hubiera esperado semejante cosa! –exclamó exaltado–. ¡Aquí, y en una mañana tan aburrida! Es como antaño. ¡Sí, un valiente caballero mortal enemigo mío!, ¿eh? Vaya, vaya.

Más allá del gabinete había una sala de recibo, llena de tapices y con abundancia de dioses pintados en el techo al fresco. Una vez llegado al centro justo del aposento, don Francisco se detuvo.

–Di al caballero que estoy a sus órdenes.

En el vestíbulo de entrada, al extremo más alejado del aposento, le fue dado observar un amontonamiento de sirvientes. El grupo se dividió un poco más tarde, oyéndose entonces el arrastrar de una espada. El visitante entró.

Era un hombre alto, esbelto, de anchos hombros y brazos largos. Su cabello, ligeramente grisáceo, estaba completamente cortado sobre la frente y la nuca. Estaba pulcramente afeitado, la nariz era grande y los ojos grandes y sobresalientes, con profundas arrugas en sus extremos. Una barbilla saliente, una boca amplia en la que continuamente brillaba un amago de sonrisa y surcada por arrugas que le bajaban desde la nariz, daban a su semblante una expresión enérgica, pero agradable. Salvo una pesada cadena de oro de la orden de San Miguel, su atuendo era sencillo y soberbio. Caminaba con el paso largo y descuidado de un jinete, llevando una mano sobre la empuñadura de su espada y el sombrero de terciopelo en la otra.

A la primera ojeada al visitante, don Francisco se estremeció, observando después con más detenimiento. Luego hubo de proferir un enérgico "¡Vive Dios!", no sin antes haber dejado caer el maxilar inferior, abandonando su lugar del centro de la habitación para llegarse hasta el visitante con las manos extendidas, brillantes las cetrinas mejillas y luciendo una alegre incredulidad en todas sus facciones.

–¡Monseigneur De Bayard!

–¡Ah, monseigneur De Vargas!

Debido a lo cual, ambos enemigos se abrazaron, mientras el sirviente que lo había anunciado permanecía asombrado, gesticulando sin cesar.

–Tendría que haber conocido quién era –exclamó don Francisco, una vez recobrado el aliento–. Nadie más en el mundo se habría presentado de semejante manera. Siempre ha sido amigo de bromas.

–Nada de bromas –rió el francés–. ¿Acaso no somos enemigos y mortales adversarios, mi amigo? ¿No quiso mi buena estrella que le echase bajo los dientes en Gaeta? ¿No me levantó de mi silla en Bisceglie de un lanzazo? ¿Acaso pude sentarme cómodamente después de ello en un par de semanas? ¿Y no hemos querido bebernos la sangre mutuamente en una docena de escaramuzas, sitios y encarnizadas batallas? Si usted no llama mortal a eso, monseigneur, mi corazón se alegra al veros –agregó más solemnemente–. ¡Ah, qué

hermosos tiempos aquellos! Amigos y enemigos... pocos vamos quedando ya.

–Mi señor –contestó De Vargas–, ahora diría con mucho gusto el *Nune Dimittis*, por el placer que esto me produce. Que el caballero *sans peur et sans reproche* visitase mi pobre humanidad, es cosa que sobrepasa todo lo imaginado. Durante años he seguido vuestra fama, aunque jamás pensaba volver a verlo en carne y hueso. Creí que os hallábais en Grenoble. Nunca soñé...

–Pura casualidad –interrumpió Bayard, contento de escapar a los cumplimientos–. Los asuntos del rey lleváronme a Génova y más tarde a Florencia. Cuando supe que os hallábais aquí, no perdí tiempo.

–¡Vino y refrescos para el señor De Bayard! –ordenó, saliendo de su éxtasis por un momento–. ¡En seguida!... Por aquí, señor, con vuestra licencia. Podremos hablar con mayor tranquilidad en el gabinete de allí atrás.

Hizo un gran esfuerzo por marchar a la par del otro, pero comenzó a cojear, en vista de lo cual el caballero francés detúvose para admirar los tapices, aliviando de ese modo la turbación de su anfitrión. Y cuando se hallaron sentados en el aposento más reducido, en compañía del vino, las frutas y las pastas, ¡cómo conversaron!

Por supuesto, hablaron en francés, pues los franceses apenas se hallan cómodos si no hablan en su lengua; pero se mezcló abundantemente con el español y el italiano. La voz de Bayard, sonora y metálica, alternaba con el ceceo de De Vargas.

–¿Y vuestro ilustre hijo, señor? –inquirió Bayard al cabo de unos minutos–. Lo hemos estado esperando durante seis meses. ¿Se encuentra aquí? Supongo que me acompañará en mi viaje de regreso. –Pero, impresionado por la expresión del otro, se detuvo–. Discúlpeme. ¿Es que...? Seguramente ha venido con usted desde España.

–No –De Vargas aclaró su garganta, debatiéndose entre la lealtad hacia Pedro y una suerte de decoro profesional–. No.

–¿Quiere decir...? Espero que no se trate de ninguna desgracia...

–No... sí. Monseigneur, en vista de vuestro generoso ofrecimiento para con mi hijo, apenas sé qué decir. La verdad es –dijo don Francisco, tragando el nudo que se había formado en su garganta– que ha sido culpable de flagrante desobediencia. Hubimos de separarnos durante una breve escaramuza que siguió a nuestra huída. Dirigió la retaguardia y, justo es confesarlo, desempeñose acertadamente. Mis órdenes eran que se reuniese aquí conmigo. Pero, señor,

cuando podría haber comenzado la carrera de las armas bajo vuestros auspicios, cuando tenía tan magnífica oportunidad, no ha hecho sino cruzar el mar y alistarse con una multitud de soldados irregulares en una expedición contra los indios. Monseigneur, tal es la triste verdad, de que me avergüenzo. –Pero la lealtad recobró su dominio a expensas de la honestidad, añadiendo–: Creo que su jefe, Hernán Cortés de nombre, es un capitán de lo más ilustre. El muchacho también promete mucho en su dominio del caballo y de las armas. Pero, ¡caramba!...

Ese caramba no requería explicación, cubriendo todo lo que Pedro no pudiese realizar; las tácticas y la caballerosidad de la guerra tradicional; la disposición y el ordenamiento de la vanguardia, la fuerza de choque y la retaguardia; la ciencia cada vez más perfeccionada de la artillería y de la mosquetería; las operaciones del sitio contra las plazas fortificadas; el empleo del caballo y del infante; la etiqueta y la disciplina de un ejército regular. Bayard comprendió. Él y De Vargas eran profesionales que discutían sobre una juventud que había vuelto la espalda al viejo código.

Por un momento, el francés no dijo nada, bebiendo un sorbito de vino y mirando distraídamente una cornisa situada encima de la cabeza de don Francisco, quien, algo en suspenso, aguardaba su comentario.

–*Mort de ma vie!* –exclamó el gran caballero finalmente–. Salvo la desobediencia para con usted, creo que el joven *gaillard* hizo bien. ¡Por mi fe que sí! Cuanto más lo pienso, mejor me parece... aunque hubiera sido gran placer para mí contarlo entre mis lanceros.

–¿Qué quiere decir bien, mi señor? –interrogó don Francisco, cuyos ojos se iluminaron.

–Como que parece un muchacho emprendedor y valeroso. En verdad, lo envidio... ¿Dijo contra los indios? ¿Qué clase de hombres son? ¿Como los moros?

–Es posible –respondió el otro, dudando–. He oído que algunos de ellos, especialmente los caribes, son valientes y osados.

–Bien; entonces, ¿qué más quiere? *Nom de dieu!* ¿No estamos en paz? ¿No es mejor para el caballero la lucha que la tranquilidad? ¿No es mejor pelear contra algo que contra nada?

–Eso es verdad –asintió De Vargas.

–¿No es el primer deber del caballero –prosiguió el francés– adquirir honores? ¿Y no obtendrá vuestro hijo más honores luchando contra los infieles que lanzándose contra el *quintais*[2], en mi patio de ejercicios, o dedicándose a perseguir miserables transgresores en los montes del Delfinado? Por supuesto que sí. Inclusive podrá aprender algunas estratagemas bélicas de los indios para aplicarlas aquí a su retorno, contando con suficiente tiempo para perfeccionarse. Estará muy por encima de todos esos mequetrefes que conocen todas las reglas, pero que jamás las han practicado, porque el juego de las armas no se aprende sino en la pelea. Señor, debe perdonarlo, aunque no sea más que en mi obsequio.

De Vargas sonrió. La aventura de Pedro cobraba un nuevo aspecto con semejante aprobación.

–Es usted muy amable.

–Nada de eso; envidioso, sí. Estoy aburrido, amigo mío. Soy un gobernador que se aburre en un triste palacio... poco más que un burgués comerciante. Asisto a bodas y bautizos. Tengo mi corte. ¡Paf! ¿Indios, eh? –Suspiró–. Me placería mucho lucir mi pendón del otro lado del océano.

Después de dedicar otro rato al presente, que carecía de atractivos, diéronse a especular sobre la próxima guerra. La creciente fricción entre Carlos de España y Francisco de Francia era promisora. Pero ni siquiera este tópico pudo apartar a ambos soldados mucho tiempo del pasado. Recordando un sinfín de nombres: Louis d'Ars, Pedro de Peralta, Pierre de Bellabre, Alonso de Sotomayor, Berault d'Aubigny, Pedro de Paz y una veintena de otros...; nombres de gran actualidad en sus tiempos, pero ya marchitados con el pasar de los años; nombres en su mayoría de personajes ya fallecidos. Bayard y De Vargas sonreían amistosamente al recordarlos con cariño; repetían sus hazañas, discutían las batallas, las incursiones y las retiradas, riendo a menudo, pero en tono solemne y apagado, como los que hablan de tiempos y costumbres pasados. Muerto en Ravena, en Navarra, en los Abruzos, en Marignano... los amigos de su juventud, la edad misma en que nacieran; todo había desparecido.

---

[2] *Quintain*: especie de juego consistente en tocar con la lanza el extremo de una traviesa fija a un poste, pasando rápidamente por debajo para no recibir sobre la espalda un saco colocado en la otra extremidad.

En el recargado estudio de Filippo Strozzi, con sus libros, sus pinturas y sus ángeles tallados, se hallaban sentados como recuerdos discordantes estos dos caballeros medievales, de rostro perfectamente rasurado y alargado. Eran anticuados y muy orgullosos de ello, contemplando despectivamente a los más modernos y a sus costumbres y maneras; esa alharaca acerca de las artes y las letras, de la poesía y del saber inútil; esas sutilidades mentales que ponían en duda hasta la religión misma; esa manera nada militar de las nuevas construcciones, incapaces de resistir una embestida, el uso de la barba, molesta y nada práctica bajo la armadura. Pertenecían a una época más simple e ingenua, y a causa de ello queríanse como hermanos.

Entretanto, Francisco de Vargas fue madurando una proposición. Observó, con aprobación, el cuello musculoso de Bayard, que se elevaba como un pilar de la redonda abertura de su jubón, pareciendo casi demasiado grande para la cabeza que sostenía. Admiró las manos musculosas y alargadas y las delgadas piernas del caballero que se extendían cómodamente desde su asiento. Un hombre de combate, ¡vive Dios!

–Monseigneur –aventuró finalmente–, en otros tiempos nunca hemos contado con el espacio suficiente para dar fin a ninguno de nuestros pasajes de armas. Desgraciadamente, siempre nos hallábamos separados o impedidos por el ardor de la batalla. Nunca he tenido la fortuna, pues, de disfrutar por completo de vuestras proezas. Os halláis aquí por unos días. Sin duda no volveré a gozar de semejante oportunidad. ¿Sería mucho atrevimiento si le suplicase el honor de un encuentro a caballo con lanza y espada? Podremos hallar armas y caballos adecuados. Toda mi vida le quedaría agradecido por la oportunidad de contemplar vuestra habilidad.

–¿Tres encuentros, verdad? –A Bayard le bailaban los ojos–. ¿Algunos golpes a espada si se quiebran las lanzas?

–Si fuéseis tan gentil. Sería un gran honor para mí, aunque yo no sea sino un pobre contrincante...

–¡Niñerías! –interrumpió el otro–. Mi querido amigo, es precisamente lo contrario. Soy demasiado zorro viejo para que la modestia me confunda. Bien sabe que es demasiado adversario para mí. ¡Por mi fe, que me siento tentado! Parecen haber transcurrido siglos desde mi último encuentro.

Pero de repente se detuvo. De Vargas ignoraría para siempre que por la imaginación de Bayard cruzó la diferencia de doce años

que existía entre ambos, a más del efecto de la rodilla del amigo español. El semblante del francés se ensombreció.

–No, *ma foi*. Ahora recuerdo que es imposible. Maese Champier, mi médico, me ha prohibido todo ejercicio violento debido a la fiebre cuartana que hube de sufrir en junio. Le di mi palabra de seguir sus consejos. –Luego agregó galantemente–: Y, aquí entre nosotros, bien sabe Dios que me alegra haberlo prometido. No sería capaz de resistir otra sacudida en la espalda como aquélla que me propinásteis en Bisceglie.

Y así transcurrió demasiado ligera la mañana. Puesto que lo esperaban para comer en el palacio de los Médicis, Bayard se despidió; pero don Francisco lo acompañó parte del camino.

Fueron del brazo, seguidos por los sirvientes y un caballerizo que llevaba el caballo alquilado por el francés. La gente abría paso a los dos caballeros de rostro endurecido por las campañas, de porte marcial y ojos atrevidos. Hasta los elegantes de la Corte, perfumados y con cabellos rizados, sentíanse impresionados, mirándolos fijamente. Porque ambos eran hombres distinguidos, sobresaliendo en que, a pesar de ir envejeciendo, permanecían jóvenes, galantes e invencibles.

43

Desde la noche en que Pedro de Vargas le había hablado a Luisa de Carvajal sobre el rayo milagroso que en la iglesia la señalara como dueña de su destino, la joven había conseguido renovar el milagro de otros tiempos. Estaba perfectamente enterada de su belleza espiritual, que parecía como de cera, y de las miradas de los hombres que reflejaba admiración; y el rayo, que penetraba inclinado por la estrecha abertura, prestábale una aureola que realzaba notablemente su rostro y su tocado. Ni siquiera el matrimonio se interponía en ese casual pasatiempo. Alonso Ponce, su galán luego de la partida de De Silva, se quedó profundamente impresionado por ese halo, llamándola "la dama del rayo de sol", título que consideró muy distinguido y encantador.

Un domingo de octubre, casi un año después de haber contraído enlace y diez meses después de la partida de De Silva para el Nuevo Mundo, dirigióse, como de costumbre, a la iglesia, en el carruaje de los Carvajal, acompañada de su padre y de la señora Hernández. Al disponerse para rezar, rosario en mano, preguntábase si

el rayo de sol descendería esa mañana sobre ella y, en tal caso, si Alonso Ponce hallaríase allí para observarla. Entre las avemarías dio algún que otro toque a su mantilla, de manera que dejase ver mejor su expresión exaltada y venturosa, en tanto dirigía sus miradas hacia el altar.

Exteriormente, el año transcurrido no hubo de alterarla sino en la medida que un capullo de rosa cambia hacia su madura perfección; pero le había enseñado mucho. Conoció el amor físico a manos de un amo y señor apasionado, aunque demasiado delicada; supo del cinismo como cataplasma para las ilusiones rotas. Y le había enseñado las veleidades de la fortuna y que el futuro de la señora De Silva, desaparecida su fortuna y su dote, era mucho menos promisor que el de Luisa de Carvajal. Ciertos rasgos heredados, que compartía con el marqués, maduraron inconscientemente, y los valores convencionales parenciéronle de más utilidad. Al regresar del hogar de su esposo al mismo mirador del mismo palacio y en compañía de la misma dueña, érale posible olvidar durante la noche, a veces, que algo hubiese acontecido; pero la medida cabal de los acontecimientos radicaba en el hecho de que no tenía mucho que aprender de su dueña. En cuanto a experiencia, ella y Antonia Hernández eran ya casi contemporáneas.

Ya había dado comienzo el servicio divino, cuando una agitación indefinible, un movimiento en la parte de atrás de la iglesia, medio susurro, medio excitación, le hizo volver la cabeza para mirar hacia atrás. Luego sus ojos retornaron decorosamente al altar; pero ya no fueron capaces de contemplar el baldaquín, ni los candelabros, así como tampoco el cuadro alto y estrecho que representaba la Santísima Virgen con el Niño. De su vista no se apartaba la elevada figura de don Francisco de Vargas, avanzando por un costado de la nave y conduciendo del brazo a doña María.

Por supuesto, como todo el mundo en Jaén, también ella supo de su llegada la víspera y de la gran ovación que les fuera tributada; pero tal acontecimiento hubo de desaparecer momentáneamente de su imaginación. Sabía que don Francisco había recibido una pensión mayor de la Corona y los rumores indicaban que el Cabildo de la ciudad no elegiría alcalde en la primera oportunidad. Su padre, que no perdía tiempo en colocarse del lado del sol que más calentaba, había hablado con vehemencia de ese gran caballero, de quien siempre fuera decidido amigo.

–Pero mi señor –protestó Luisa, cuya memoria no estaba aún entrenada para tener el tacto suficiente–, no hace un año que opinaba de manera distinta. Recuerdo que lo tildó de... –Dominada por la mirada del marqués, vaciló–. ¿No es cierto?

–Es posible, hija mía. Y en ese caso espero que comprendas los motivos. Un hombre, aunque sea de mi experiencia, puede ser engañado por un pillo. Es verdad que vuestro marido, falto de principios, que engañó inclusive al Santo Oficio respecto a los De Vargas, también me engañó a mí. Estoy en cierto modo bajo una nube y también con los cincuenta mil ducados de menos que importó la dote. Pero si alguna vez dejé de expresar algo que no fuese admiración por el noble don Francisco, espero que lo pasen a cuenta que corresponda, y no a la mía.

Instintivamente estuvo de acuerdo con él. Sus imaginaciones corrían por los mismos caminos, con la diferencia propia de la edad. Acordábase de De Silva como bruto, pero ese no era su crimen imperdonable. Si hubiese continuado rico e influyente, aun lo habría respetado, ya que no amado. Lo que resultaba criminal era la pobreza de que veríase reducido, tanto por el pleito entablado por el duque de Medina-Sidonia como por su temeraria aventura allende los mares, juntamente con la censura de parte del Santo Oficio. Y hallarse casada con criminal semejante era algo que la hacía rebelarse. Entretanto, los Vargas, absueltos de todo cargo y ya no más en desgracia, paseaban con la frente alta, rodeados del mayor respeto.

–Comprendo, mi señor –respondió Luisa.

Miró de reojo, viendo cómo don Francisco y doña María se arrodillaban sobre los almohadones para rezar sus oraciones. Durante un momento pareciole que había sido ayer no más cuando los viera acompañados de Pedro y de Mercedes; pero la presencia de los dos solos recordó el tiempo transcurrido. Existía también notable diferencia entre las ropas de ambas épocas, ya que las que llevaban ese día habían sido confeccionadas para celebrar su triunfo. Doña María llevaba una toca de la más fina seda y un vestido de color púrpura, bordado con aljófares. Don Francisco, aunque de negro, como era usual en él, lucía un traje florentino de última moda, con adornos de oro en sus enormes y elegantes mangas abullonadas. Debajo del brazo llevaba un amplio sombrero de terciopelo con un círculo de plumas alrededor de la copa.

Luisa estaba tan absorta, que se olvidó del rayo de luz y aun del mismo Alonso Ponce, llevando su pensamiento hacia Pedro. En

aquellos países lejanos del otro lado del mar ni siquiera habría oído sobre su matrimonio. ¿Consideraríala aún como su reina de honor? ¿Conservaría el pañuelo que ella le había entregado? Lo más significativo de ese cambio era que ella esperaba que lo hubiese guardado y que los demás lo supiesen y ligaran su nombre al de Pedro. A no ser por De Silva y por el error de su padre, la vida podría haber sido muy diferente.

En contraste con la dura y desagradable experiencia de su matrimonio, su encuentro con Pedro aquella noche en el jardín, a su modo de pensar, había sido dulce y poético. Recordaba –en verdad casi volvía a experimentarlo– la deliciosa vibración de la noche; casi aspiró por unos momentos el perfume de los azahares, sintiendo el encanto misterioso de la velada. Y una vez más, como entonces, su manera de ser, mucho de muñeca convencional, se estremeció al vislumbrar una posibilidad poco familiar. Los meses transcurridos se desvanecieron como la niebla, volviendo a experimentar el entusiasmo y la pasión del primer amor.

En lo tocante a su manera de pensar consciente en ese instante, el cambio en la fortuna de los Vargas no ejerció ninguna influencia sobre ella, ni aun con lo mucho que el clamor de los recién llegados hubo de alterarlo todo. No era hábil en el autoanálisis, pareciéndole, por el contrario, que siempre se había mantenido sincera hacia Pedro y que los dos habían sido víctimas de la mala fortuna. Sí, siempre lo había querido; a nadie más que a él. Pero ¿de qué servía la memoria y el deseo? Nunca sería suyo ahora.

Pasaba las cuentas del rosario sin apartar la vista del crucifijo. Al rayo del sol, que finalmente vino a posarse sobre ella, parecía sublimemente trágica, en tanto que Alonso Ponce, que oraba a cierta distancia detrás de una de las columnas del costado, sentíase arrobado. Dado a las letras, la comparó con Dido y Thisbe, dando comienzo a la composición de un soneto.

Pero por una vez sintiose completamente inconsciente de sí misma, examinando el futuro en el cual comenzó a vislumbrar algunos rayos de esperanza. ¿Qué pasaría si Pedro y su marido se encontraban en las islas? A De Silva le gustaba forjar planes para cuando se encontrase con el otro; pero ella estaba segura de que Pedro sabría cuidarse. O quizá le aconteciese algo a De Silva. Su padre, a quien nunca hizo feliz la impopularidad, había hablado a cerca de la anulación del matrimonio, existiendo algunas posibilidades de volver a conseguir su libertad. El semblante de Luisa no se volvió

atrayentemente triste, pero su corazón latió con mayor violencia. Sin pedir nada especial a la Virgen, sus oraciones volviéronse repentinamente devotas.

Ese día fue el arzobispo en persona quien ocupó el púlpito, para predicar un sermón en honor de Francisco de Vargas, eligiendo su tema del primer salmo: *Et erit tamquan lignum*... Será como un árbol plantado junto a las aguas del río. Fue un sermón extenso y florido, y Luisa observó cómo su padre asentía enfáticamente ante cada cumplido piadoso en atención a De Vargas. Pero su imaginación no se hallaba reconcentrada, de manera que pudo vagar a gran distancia.

Terminada la misa, un grupo de notables, juntamente con sus esposas, reuniose en el amplio atrio de la catedral. El marqués de Carvajal se detuvo.

–Hija, sube a nuestro carruaje –instruyó–. Dentro de unos instantes me reuniré contigo. Quizá sería bueno demorar la presentación de tus respetos a nuestros nobles amigos por un poco de tiempo.

Al considerar el nombre que llevaba, Luisa pensó que era lo más acertado también, alarmándole que el marqués, en vista de su parentesco con De Silva, se abriese camino por entre el grupo de los notables congregados alrededor del antiguo y enérgico soldado. Algo agitada, ella y doña Antonia bajaron la escalinata, penetrando en el carruaje y acomodándose en el fondo del mismo; empero, quedaron lo bastante cerca para ver y oír.

Oyeron, por así decirlo, el silencio que acogió la llegada de Carvajal.

–¡Virgen Santísima! –murmuró Luisa.

–¡Chito! –previno la dueña, escuchando atentamente.

Más arriba de donde ellas se encontraban, el marqués hizo una reverencia, no mayor de la que a un grande correspondía. La barbilla inclinóse en debida forma, en tanto hablaba con voz afectada, haciendo rodar las palabras como si estuviese pronunciando un discurso ante el público. El marquesado de Carvajal, título principal de la provincia, hablaba por su intermedio.

–Noble señor y señora –dijo–, permítanme unir mis felicitaciones a las muchas que han saludado vuestro regreso sanos y salvos. He lamentado vuestra ausencia, tanto como los motivos de ella. Es para mí un gran placer que la nobleza de Jaén haya recuperado a sus

más ilustres miembros. Vuestros amigos y yo nos consideramos orgullosos de la distinción...

Pero no pudo proseguir. Francisco de Vargas se irguió, luciendo un gesto de desdén en sus labios. Su mano, bastante separada del cuerpo, apoyóse en el puño de su bastón.

–¡Con permiso de vuestra merced! –interrumpió, utilizando su más ominoso ceceo–. Don Luis, no hagamos discursos. No soy tan florido como usted, y voy a ir al grano. Usted implica que figura entre mis amigos. ¡Quia! –Levantó un poco la voz–. Quede bien entendido que ningún amigo o pariente de Diego de Silva es más amigo mío. Y si alguien elige darse por ofendido, tendré mucho placer en darle una explicación. En tanto que usted lamentaba mi ausencia y las causas de la misma, hubo de concertar una alianza con el mismo culpable, el asesino de mi hija. Créame, no descansaré mientras Diego de Silva respire. Y no habrá disimulo entre usted y yo.

El silencio recalcó el final del discurso, mostrándose turbados los circunstantes, al punto de no saber hacia qué lado mirar.

–¡Santos del cielo! –exclamó Luisa–. Ya sabía que eso iba a suceder. No me gustan las discusiones.

Pero no supo estimar el buen sentido de su padre. ¿Disputar con el hombre que disfrutaba del favor del Papa y del emperador? ¿Pedir al girasol que dejase de mirar al astro?

Carvajal no pestañeó, no pareciendo turbado y mucho menos desairado. Su semblante no denotaba sino un solemne reproche.

–Señor, lejos de mí volcar mi amistad sobre cualquiera. Durante mi vida he procedido más bien en contrario. Cuando vuestro valiente hijo, por quien siento el más profundo afecto, me visitó por la noche, haciéndome despertar, solicitando mi ayuda al saber de vuestra afrentosa detención en el castillo, yo tenía el honor de contarme entre vuestros amigos.

–¿Mi hijo? –pestañeó De Vargas–. No sabía nada de eso.

–Cuando lo recibí como un padre –prosiguió el marqués, meneando la cabeza–, cuando le di consejos y consuelo, con la seguridad de mi posterior ayuda, entonces me tomé la libertad de considerarme vuestro amigo.

Luisa y Antonia cambiaron una mirada dentro del carruaje.

Don Francisco sintiose turbado, deslizándosele el bastón hacia un lado. Pero cuando aclaró su garganta para contestar, Carvajal señaló hacia él con un dedo para reprimirlo.

–Un momento, señor. Repito que no deseo imponer ninguna amistad y que no volveré a molestarle. Pero ha hablado de una alianza que he contraído. Señor, es mi deseo que todo el mundo sepa que tal alianza no existe sino de nombre, haciendo mucho tiempo que he renunciado a todas las obligaciones derivadas de la misma, y espero con impaciencia el momento en que cese de derecho, como ya lo ha sido de hecho. He sido víctima del engaño, y mis quejas ante Diego de Silva figuran inmediatamente detrás de las vuestras. En consecuencia, se me hace una verdadera injusticia al considerarme relacionado con él en cualquier sentido. Señor, que usted lo pase bien.

Nada podría haber resultado más impresionante. El alcalde, don José Herrera, terció con un *Caballeros*, pero Francisco de Vargas ya había asido el brazo del marqués.

–¡Por Dios! –dijo ansiosamente–. Si es así, os pido perdón, su señoría; no puedo hacer otra cosa. He hablado como un rústico patán, sin conocimiento de los hechos. Sírvase disculpar las palabras pronunciadas equivocadamente en mi apresuramiento.

–De todo corazón –exclamó el marqués–; de todo corazón.

Ambos caballeros se abrazaron, con gran alivio de los presentes.

–Presentaré mis respetos muy pronto –dijo don Francisco.

–De ninguna manera, señor. El honor de hacerles una visita me corresponde.

Se hicieron reverencias, a la vez que elegantes movimientos con los brazos, a usanza de la época, teniendo el sombrero en la mano. El marqués descendió la escalinata para penetrar en su carruaje, no sin hacer una nueva inclinación al pie de aquélla.

–¡Hum! –suspiró al acomodarse en el almohadón, junto a Luisa–. Es un caballero verdaderamente galante, aunque sincero. No –se apresuró a añadir–, eso no le hará favor en esta época en que hay que simular. Es una reliquia del pasado.

–Os habéis conducido con verdadero acierto, mi señor –dijo Luisa, admirada del tacto de su padre–; ¿pero era necesario hablar de mi esposo en público?

–¿Eh? –dijo el otro distraído, prosiguió luego, con más atención–: ¡Cáspita!, sí, era necesario. De lo contrario, ¿cómo iba a elegir ese momento? Escucha, hija mía; cuando un hombre se está ahogando, es necesario golpearlo en la cabeza para que no nos arrastre. El Judas de tu marido se halla en ese caso, porque ha puesto en una situación embarazosa a la Santa Causa, incurriendo a la vez en el

odio de la casa de Guzmán. Que se ahogue. No he hecho sino golpearlo en la cabeza. ¿Está claro?

–Sí, mi señor.

–¡Cincuenta mil ducados de dote! –La voz del marqués reflejaba su aflicción–. ¡Cincuenta mil ducados!

El carruaje deslizábase cuesta abajo dando barquinazos al son de la letanía de Carvajal, a la cual asentían de cuando en cuando Luisa y doña Antonia sumisamente. Pero antes de llegar al palacio, el apesadumbrado caballero se sumió en el silencio. Cuando habló de nuevo, las damas fueron lo suficientemente hábiles como para cubrir el suspenso.

–Hija mía, dentro de poco habrás de visitar a doña María. Yo te aleccionaré.

–Cumpliré con vuestra voluntad, mi señor –dijo, ocultando la ansiedad de su mirada.

44

En virtud de las circunstancias, la señora Hernández sintiose justificada en la revelación de un secreto al marqués, que, en verdad, no la había turbado, aunque anteriormente hubo de ser vital que lo callase. Al seguirlo una tarde al jardín, lo halló sentado de un modo algo sombrío frente a un sátiro de piedra que asomaba lascivamente detrás de un macizo de adelfas. Aunque no por primera vez, doña Antonia observó cuánto había envejecido durante los últimos meses, teniendo en cuenta una expresión como extraviada; la expresión del hombre cuyo modo de vida se había vuelto en contra suya, sin dejar nada en su lugar.

–¿Bien? –dijo de repente, una vez que ella hizo su reverencia.

–Vuecencia, tengo algo sobre mi conciencia que debo poner en vuestro conocimiento –comentó doña Antonia–. Se refiere a doña Luisa.

–¡Diablo! –exclamó intranquilo Carvajal–. Se trata sin duda de algo desagradable. No oigo otra cosa estos días. La gente me persigue incluso en mi retiro.

–No, excelencia, quizá esto no sea tan desagradable... No sabría decirlo..., aunque deberá perdonarme.

–Hable, pues.

Antonia estaba arriesgándose en cierto modo al contestar su benignidad como dama de compañía, aunque adivinaba justamente

que la esencia de su confesión sería suficiente para asegurarle el perdón.

Mientras relataba el encuentro de Luisa y Pedro en la puerta del jardín, sus facciones se ablandaron con benévola indulgencia, en tanto profería exclamaciones: "¡Ah, la picaruela!", refiriéndose a Luisa, "¡Vaya con el pilluelo!", con relación a Pedro. "¡Perversa señora!", sonrió a la dueña.

–Estoy enojado con usted, Antonia –dijo cuando ésta hubo dado término al relato. El empleo del nombre de pila era signo de amistad–. ¿Quiere hacerme el favor de sentarse? –Y cuando estuvo junto a él, repitió–: Sí, muy enojado. Es usted una señora bastante incorrecta. –Le acarició la mano–; pero recibirá su merecido. Aunque tengo que admitir que la noticia me alegra. Conque el tunante la ama, ¿eh? ¡Qué lástima que no lo haya sabido a tiempo! ¡Cuánto se hubiese evitado, Antonia! Hizo mal, muy mal, en ocultármelo.

Más discreta de memoria que Luisa, la señora Hernández no le recordó cuánta agua había pasado por los puentes desde entonces ni lo que de seguro habría ocurrido en caso de habérselo referido por aquella época.

–Los De Vargas no son ricos –comenzó a pensar en voz alta–. Su pedido de dote habría de ser modesto; posiblemente no pedirían casi nada. No, no eran ricos, pero sí influyentes, eso es lo que vale... ¿Está segura de que Pedro siente amor hacia ella?

–Segurísima.

–¿Y ella hacia él?

–De eso le respondo –dijo Antonia, recordando la confidencia de Luisa en la iglesia.

–Todo puede arreglarse, entonces. El matrimonio puede ser anulado, pues cuento con dinero e influencia suficiente para ello. Y podremos contemplar con esperanza un matrimonio más promisor. Que los padres del joven De Vargas conozcan cómo anda la situación entre los muchachos, que se les insinúe algo sobre la unión y que el terreno esté preparado para cuando regrese. ¡Sutileza, Antonia, sutileza! Necesitaré vuestra ayuda.

–Estoy a las órdenes de vuesamerced.

Al día siguiente el marqués visitó la casa de los Vargas, comenzando a sondear el terreno. Para un hombre de su experiencia y cortesanía no resultó tarea difícil hacer una impresión favorable, aparte de la ayuda que le suponía su título y su prestigio de grande de España. Sin rebajarse hasta la adulación fue capaz de lisonjear con una

inflexión de voz, un gesto de asentimiento y un interés respetuoso en las observaciones de don Francisco.

Alegróse de que un experto como el señor De Vargas estuviese de regreso para presidir la próxima fiesta de toros en la plaza del mercado cuando doce famosos caballeros de Jaén, de punta en blanco y montados en briosos corceles, tomarían parte en esa diversión, por entonces exclusivamente aristocrática y celebrada en honor de las damas por los rejoneadores.

–Lamento que su valiente hijo se encuentre ausente –dijo el marqués, agregando con una sonrisa: Y estoy seguro de que mi hija también lo sentirá.

–¿De veras? –inquirió De Vargas, vagamente.

–Sí. Desde este punto de vista es quien ganaría el premio. Y se me ha dado a entender que disfruta del favor de Luisa.

–¿Es cierto? –Don Francisco lo contempló fijamente–. Su señoría está más enterado del asunto que yo.

–Los jóvenes nos cuentan muy poco, amigo mío –rió el marqués–. Parece que nuestros hijos sentíanse bastante atraídos. La luna y las consabidas promesas. Es cosa que no he sabido hace muy poco tiempo, lo cual es más de lamentar. –Meneó la cabeza, concluyendo–: ¡Qué pareja habrían hecho!

Una vez dejada caer la semilla, Carvajal abandonó el tema, contando con que don Francisco llevaría la noticia a doña María y que ambos la discutirían. Por el contrario, aprovechó la oportunidad para expresarse francamente acerca de De Silva y comentar el matrimonio a satisfacción de don Francisco.

Y así, cuando Luisa y doña Antonia visitaron a doña María una semana más tarde, el camino se hallaba abierto. Fría y ceremoniosa al principio en presencia de la señora de De Silva, hubo de irse derritiendo la nieve en favor de la preferida de Pedro. Al observar la triste y atrayente belleza de Luisa, ¿cómo podría remediarlo? "¡Pobrecita, tan joven y tan inocente!", pensó. Igualmente vino a su memoria el deseo experimentado anteriormente de que su hijo cortejase a una joven tan bien nacida –aunque pareciese muy por encima de sus merecimientos– y cómo lo hubo de reprochar con motivo de aquella suripanta del Rosario, cuando, sin aún tener conocimiento de ello, gozaba del favor de Luisa. Sí, ¡qué hermosa pareja habrían hecho! La semilla estaba germinando, pues el lamento sobre lo que pudo haber sido es el primer paso hacia lo que aún puede ser.

En esta entrevista no fue necesario que Luisa recordase las enseñanzas de su padre. Pudo dar rienda suelta a su manera de ser y con la mayor naturalidad, verdaderamente, debido a la extraña ansiedad y al sentimiento de liberación procurado por la renovación del primer amor. En el transcurso de la semana anterior había experimentado como si tuviese dos personalidades: una, familiar y convencional, que se mezclaba en el transcurso de los pequeños deberes y las diversiones que formaban la vida aburrida de Jaén; y otra, nueva, sorprendente, imprevisible, dada a los sueños y a esperar en secreto. Y esta recién llegada, que tomó la forma de Luisa de Carvajal es la que vino a visitar a doña María.

Ésta era la madre de él, su casa. Experimentó una deferencia tímida, reflejada perfectamente en su rostro pálido y aterciopelado, en sus ojos negros y en su boca sensitiva. El lugar parecióle lleno de la presencia de Pedro, pese a haberle visto demasiado poco como para que le quedara un recuerdo muy profundo y lleno de ilusiones. Por supuesto, se condujo de manera convencional, aunque con un calor de maneras que Antonia Hernández tildó de excelente actuación. Doña María comenzó por dirigirse hacia ella como "señora", terminando por decirle "hija mía".

–¿Y vuestro hijo, el caballero? –aventuró Luisa–. Supongo que no tendrá noticias de él.

Superficialmente, nada podría haber sido más casual; solamente una pregunta cortés; pero el suave afecto reflejado en los ojos de Luisa revelaba mucho más y se apoderó del corazón de la madre.

–No del mismo Pedrito, de quien esperamos saber a cada momento –contestó la madre, iluminándosele el rostro–; pero ayer hemos recibido carta de nuestro pariente, don Juan Alonso de Guzmán, que reside cerca de Sanlúcar. Nos dice que acaba de llegar uno de los barcos de Hernán Cortés, al mando de dos caballeros, Montejo y Portocarrero. El primero es el capitán, ya sabe, a cuyas órdenes sirve nuestro hijo. Refiere que la nave trae un maravilloso tesoro de oro y alhajas para el emperador (que Dios guarde), y que nuestros castellanos han descubierto un nuevo país enormemente rico y extenso.

Un gran continente, escribe don Juan, no una de tantas islas. Asegura que los caballeros a cuyo mando ha venido la nave le han informado que nuestro Pedro es ya capitán y que goza de gran estima de parte del general. Traen además una carta para nosotros. Pero, ¿quiere creerlo?... Ciertos funcionarios de la Casa de Contrata-

ción, amigos del gobernador de Cuba, han tomado posesión del barco y de los efectos personales de esos caballeros, que son poco menos que prisioneros. A menos que recibamos pronto esa carta, mi marido tiene pensado dirigirse hasta Sanlúcar para celebrar una entrevista con los señores Montejo y Portocarrero. Jura que tendrá la carta, aunque tenga que arrancarle las barbas a quienquiera que se atreva a retenerla...

Luisa escuchaba con avidez. ¡País de oro y de piedras preciosas! ¡Pedro, capitán! Imaginábaselo a la cabeza de cien lanzas, atravesando una región encantada donde las manzanas de oro colgaban de los árboles; y también filas de caballeros vestidos de acero, tremolar de banderas y los alegres pabellones del campamento. ¿Llevaría el pañuelo en el casco o sujeto a su pendón? ¿Cómo serían las mujeres paganas?

–Son unas noticias maravillosas.

–Sí, estamos orgullosos de nuestro hijo. ¡Que Dios lo proteja y nos lo devuelva sano y salvo!

–Lo tendré presente en mis oraciones, doña María.

–Déjeme besarla, hija mía –no pudo menos de exclamar doña María al terminar la visita, estrechándola contra su robusto pecho–. Fue muy amable al venir a visitarme. Vuelva pronto. Me recuerda a mi propia hija.

La Luisa convencional podría haber sentido preocupación por su tocado y su atavío de cabeza durante ese afectuoso abrazo; pero ni siquiera luego de haber vuelto a penetrar en el carruaje se interesó por echar un vistazo al espejo de mano que Antonia le entregó.

–Necesita un poco de polvo, mi pimpollo –dijo la dueña sonriente–. Ahí tiene mi poma. Al final estaba un poco impresionada, ¿verdad? –Luisa se prodigó los retoques necesarios distraídamente–. Si la buena señora supiese cómo encorsetarse –prosiguió Antonia–, no parecería tan desbordante.

–Tiene los mismos ojos de Pedrito –murmuró Luisa–. ¿Se fijó?

La señora Hernández volvió a sonreír. Tendría buenos informes que poner en conocimiento del marqués.

TERCERA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

45

–Señores, ¿hay alguna ciudad como ésta en el mundo? –preguntó Cortés–. Por mi honor, Venecia es una rodilla comparada con ella.

Sus capitanes no se hallaban en condiciones de contradecirle, ya que ninguno de ellos conocía Venecia; pero, aunque la conocieran, la parcialidad por esta maravillosa ciudad –muy característica– que se extendía debajo de los hombres, habría asegurado su asentimiento. Porque, en verdad, ni siquiera un veneciano hubiera dejado de impresionarse por la belleza de la ciudad de México, Tenochtitlán, bajo el cielo azul de aquel hermoso día de primavera.

Desde la cima de la gran pirámide del templo era dado ver el gran óvalo que formaba la ciudad, modelo intrincado de techos cuadrados, entrecortados por el verde de los patios o las floridas terrazas, interceptados por las líneas de color zafiro de los canales y por las tres espléndidas avenidas. De tanto en tanto, levantábase con frecuencia, airosamente, una amplia serie de templos en forma de pirámides, quebrando el nivel de los techos, parecidos a un tablero de ajedrez. Los frentes de piedra del palacio y de los templos, el pavimento, el rojo y el blanco de las casas, el reflejo del agua y el vívido color de los jardines resplandecía con un brillo infinito bajo la lluvia de sol, más intenso a consecuencia del verde cinturón de los suburbios, que finalmente se mezclaban con el azul del lago circundante.

Al norte, al oeste y al sur, uniéndolas a la tierra firme, las avenidas continuaban por encima del agua, formando tres amplias calzadas construídas a varios pies sobre el nivel del lago. Y más allá de ellas, el brillo de otras ciudades más chicas, relucientes como perlas a lo largo de la orilla, repetían a la distancia las bellezas de la metrópoli. Finalmente, una cadena de montañas, una especie de gigantesco claustro que rodeaba a la ciudad, encerraba suma belleza y aislábala del resto del mundo.

Los hombres que rodeaban a Cortés –Olid, Alvarado, De Vargas, Tapia y otros– no eran especialmente sensibles a la belleza, aunque tampoco insensibles del todo a la misma. Por otra parte, a pesar de llevar cinco meses en la ciudad, no dejaban de maravillarse ante tanta magnificencia como constituía el premio a su coraje y a su suerte.

–No conozco nada de Venecia –dijo Olid, guiñando los ojos a causa de la intensidad del sol–; pero sobrepasa a Sevilla, a Toledo o Salamanca...; es decir, a no ser por las iglesias. Esa es la diferencia. Esta ciudad apesta a demonios. ¡Y su maldita tranquilidad! No se oye el casco de un caballo ni el girar de una rueda ¡qué misterio!

–¡Puf! –exclamó Cortés, a quien impacientaba la crítica–. Démonos tiempo, hombre. Sin ser profeta, yo diría que antes de un año todo esos malditos tacos –extendió su mano hacia el círculo de templos– se habrán convertido en iglesias, con su cruz en lo alto. En cuanto a los carros y ganado, esperen. Antes de mucho veremos esas calzadas atestadas.

Empero, aunque vagamente, Olid había expresado el sentimiento de todos. A diferencia de los canales, la ciudad era poco parecida a Venecia, no recordando nada del Viejo Mundo. Su belleza era extraña, distinta de la patria, y, además, irremisiblemente pagana. Aunque dotada de la gracia y de la vivacidad del tigre, también lo estaba del olor que excitaba al felino: olor a carne cruda y a sangre rancia, representando a la barbarie, pero espiritualmente infantil; era la edad de piedra, inconsciente aún de las posibilidades superiores del hombre.

Al pie del teocalli de la gran plaza central, con sus palacios, sus estanques y sus altares, los españoles contemplaron el lugar destinado a los cráneos, en el que se veían decenas de millares de ellos alineados, reliquias de incontables víctimas sacrificadas. Veían el vasto montón de huesos de miriadas de festines canívales. También la piedra del sacrificio, empapada en sangre, la serpiente "boca del infierno", como era llamada, de Quetzolcoatl, y los sacerdotes de negra toga y cabellos aplastados. Olían la sangre seca y corrompida que manchaba las paredes del templo; y ni todas las flores de Tenochtitlán eran capaces de ahogar el hedor de los excrementos humanos, utilizados para curtiembre, cuando el viento soplaba del sur, desde la gran plaza del mercado del distrito de Tlaltelolco. Esplendor y belleza, grandeza rústica y superstición de pesadilla era lo que se ex-

tendía ante los caballeros, quienes admiraban y en parte despreciaban, incapaces de comprender por completo.

–Dénnos tiempo, señores –repitió Cortés–. Pero sí aún recuerdo lo que estábamos haciendo hace un año: luchando contra los mosquitos en las tierras llamadas de San Juan de Ulúa; contemplando, boquiabiertos, algunos pálidos presentes de Moctezuma; medio muertos de hambre, sin aliados, sin ninguna base en la costa, conociendo apenas qué camino seguir. Y ahora...

Su brazo barrió el horizonte, abarcando no sólo la ciudad, el valle de México y las montañas que lo guardaban, sino el lapso de tiempo comprendido en los doce meses transcurridos: la ansiedad, los proyectos, las crisis, los trabajos, las marchas, las batallas y las victorias; la fundación de Villa Rica, el envío del tesoro a España, el hundimiento de las naves, la marcha a través de las montañas y la terrible y sangrienta campaña de Tlascala, necesaria para atraerse al pueblo guerrero como aliado contra los aztecas; la masacre de Cholula, que aún perseguía la memoria de los menos endurecidos; la ascensión de la última cadena de montañas y la vista de ese magnífico valle con sus espléndidas ciudades que les hizo contener el aliento. El ademán de Cortés pasó revista a toda la conquista, que se fue sucediendo en una especie de crescendo.

Desde donde se hallaban, él y sus capitanes observaron la gran calzada del sur, a través de la cual habían cruzado el lago por primera vez en noviembre último. Los meses transcurridos desde entonces formaban un fondo épico en la imaginación de todos. Cuatrocientos blancos estaban conquistando un imperio.

Recibidos como semidioses, habían sacado el mayor provecho de sus atributos: astucia, diplomacia, farsa y fuerza. Pedro de Vargas jamás olvidaría el rapto de Moctezuma de su propio palacio. Con fines de protegerse a sí mismo y de dominar el país, los españoles consideraron necesario apoderarse de la persona del emperador. So pretexto de visitarlo, los capitanes españoles habían ido a verlo, rodeándolo de repente. Eligiendo entre la cautividad y la muerte inmediata, Moctezuma se había prestado a acompañarlos voluntariamente, volviendo con los blancos a los aposentos previamente designados por él. Al cabo de cinco meses, todavía "visitaba" a sus huéspedes españoles, por quienes era mantenido como prisionero, era un muñeco real bajo guardia. Otros recuerdos llenaban el pergamino de la victoria. Reforzar el prestigio de los semidioses fue cosa que requirió estar bien alerta y adoptar fuertes disposiciones.

Pero esta jornada era la coronación de tanto esfuerzo, más significativa aún que el vasto tesoro de oro y piedras preciosas reunido por Moctezuma para sus amos blancos y amontonado ya en el recinto del tesoro español. Ello compensaba la masacre, la extorsión y los actos de pillaje requeridos para llevar a buen término tan portentosa conquista. Porque hoy ya no presidía sobre su trono del templo Huitzilopochtli, el gran dios de los aztecas. Ya no se deleitaría más con los corazones desgarrados de sus víctimas. Los muros de su templo, purificado de toda abominación, albergaban a la Virgen y al Niño. Ese día, y en presencia de todos los expedicionarios, Cristo fue entronizado en el teocalli principal de la ciudad, y los principales caballeros conversaban animadamente luego del santo sacrificio de la misa. A semejante altura habían llegado; no solamente hallábanse en sus manos el rey y los bienes de los paganos, sino que los dioses aztecas iban siendo derribados. En adelante, Cortés no tendría que hacer sino dividir los despojos y transformar Anahuac en Nueva España.

–Sí –dijo Alvarado, cuyas duras facciones rebosaban satisfacción–. Estoy de acuerdo. Cerca de un millón de castellanos de oro no es cosa despreciable. ¡Ni mucho menos! Aseguro que no habrá ni la cuarta parte de esa suma en el tesoro de su majestad. Solíamos hablar de grandes perspectivas antes de partir de Cuba; pero aquí, entre nosotros, señores, yo no me atrevía a soñar gran cosa después del fracaso de otras expediciones. ¡Por Dios! La nuestra ha sido la primera empresa que ha rendido frutos. Hemos ganado el mil por uno. Con otro año como éste... –Se entretuvo en retorcer la gruesa cadena de oro, pendiente del cuello, en la que había invertido parte de sus ganancias.

–¿Y por qué no habría de ser así? –exclamó Olid–. ¿Quién va a detenernos? ¿Estos indios? –Observó la multitud que ocupaba la multitud central con sus atavios multicolores–. No pueden pelear; pero sí son buenos para trabajar. Podemos tenerlos metidos en un puño de todos modos, mientras su rey o "Uei Tlatoami", o como quiera que se llame, baile al son de los chasquidos del látigo del general. Pongámoslos en las minas. Juro que de aquí a un año les habremos sacado por lo menos diez millones castellanos.

–¡Puf! –exclamó el padre Bartolomé de Olmedo, que llevaba sus ropas sagradas al brazo, después de haber celebrado la misa–. Señores, ¿es que no se piensa sino en el oro que puede obtenerse en esta empresa? ¿Es un castellano o una cruz lo que llevamos en

nuestra bandera? ¿Es el peso lo que seguimos con fe y con cuya insignia venceremos? ¡Qué vergüenza! Hay almas que salvar y tesoros que ganar para el cielo. Y, sin embargo, hablan de minas y de esclavos lo mismo que si fuesen moros.

–¡Amén! –dijo Pedro de Vargas, que apoyaba en toda oportunidad al padre Olmedo desde la conversación sostenida en la colina de Trinidad.

–¡Amén! –repitió el joven Andrés de Tapia, soldado valiente y serio para su edad–. ¡Vive Dios! Mis posibilidades en el purgatorio me parecen más favorables por la jornada de hoy que por todas las hazañas realizadas anteriormente. Hemos purificado bien los templos. ¡Adiós, demonio de Huitzilochtil! ¡Ave María! –Volvióse hacia Cortés–: Todo lo hemos arriesgado por Dios, como su excelencia dijo cuando derribó la máscara de oro de esa imagen del demonio.

Pero, de una manera sorprendente, el padre Olmedo pareció dudar, frotándose la nariz regordeta con el dorso de la mano y tosiendo. Pedro hubo de recordar que el fraile nunca hizo aprobación del fervor de Cortés sobre el derrocamiento de los ídolos.

–Los ídolos caen por sí solos cuando llega el momento oportuno –observó–. Al derribarlos hay que cuidar de no poner otros en su lugar. Por mi parte, mejor querría ver plantada la fe en los corazones de los hombres por medio del amor, que impulsada en sus templos por la violencia. Pero no soy estadista.

–No, no lo es, su reverencia –sonrió Cortés–. Y la historia lo desmiente: ¿No estableció Constantino la Iglesia por la fuerza? ¿No convirtió Carlomagno a los teutones, colgando a diez mil de ellos? Vea qué tierra de cristianos es ésta.

–¡Hum! –dijo el padre Olmedo.

Sin importarle el argumento, Cortés miró una vez más a través de la ciudad.

–Haremos que se efectúe un recuento; pero apuesto que no hay menos de sesenta mil hogares. Trescientas mil almas. Es una gran ciudad, ¡y nuestra! –Apoyó el puño en el pomo de su espada–. ¡Nuestra! ¡Qué joya para colocarla a los pies de su majestad! ¿Ha sido conquistado alguna vez un reino tan poderoso a tan poco costo?

Como era corriente, los hombres a sus órdenes pronto se entusiasmaron, imaginándose a sí mismos pequeños plantadores que otrora habían sido, recibidos por el rey, bienvenidos a la corte, virreyes y grandes de España... ellos, que dieran una Nueva España a España.

–¿Qué latín está musitando, fray Bartolomé? –agregó Cortés.

–Un versículo de las Sagradas Escrituras, capitán general.

–¿Qué dice?

–Vaya, señor. El profeta Daniel dijo: *gradientes in superbia*... que aquellos que caminan orgullosos, por Dios serán abatidos.

–¿Quién lo duda? –repuso el otro–. Vea, fraile, para la bilis amarga no hay como una purga. –Echó la cabeza hacia atrás, endureciose su mirada unos instantes e hizo después un guiño a los otros–. Bueno, señores, recuerden al profeta Daniel..., sobre todo cuando bajemos estos escalones.

Y, volviéndose, comenzó el descenso de lo que más parecía escalera de mano, seguido de los demás. Tal como convenía a su edad, Pedro y Tapia iban los últimos. Bajaron el primer tramo de escalera, llegando a una terraza inclinada alrededor de la pirámide, y que conducía a un segundo tramo inmediatamente a continuación; de allí pasaron a una segunda terraza, repitiendo la misma operación cuatro veces antes de alcanzar la base del teocalli. Los españoles iban armados de pies a cabeza –precaución que jamás abandonaron al salir de sus aposentos–, mezclándose el ruido de los aceros con el de las risas y las voces.

–Amigo Pedro –dijo Tapia–. ¿No te restriegas los ojos a veces como yo?

–¿Por qué, Andrés?

–Preguntándome si es que somos los mismos que partimos de Cuba el año pasado.

–Ya sé lo que quieres decir –asintió Pedro.

Porque no eran, en realidad, los mismos hombres; no la misma compañía, contenta y dichosa. En verdad, era preciso cierto esfuerzo para recordar aquellos días de Cuba. Cortés, otrora plantador popular, y ahora un hábil conductor; Sandoval, el rudo muchacho de campo; Olid, el típico soldado de fortuna; De Vargas, recién llegado de España; el Toro García, con su conversación (tan anticuada) relativa a Colón..., todos los capitanes y soldados, envejecidos y cambiados. No se es conquistador por nada. Habían cumplido proezas increíbles, viendo mucho y arrostrando la muerte con suma frecuencia, para no haberse endurecido, madurado y convertido en hombres eminentemente luchadores. Aunque de una manera inconsciente, habíanse fundido en una tropa tan templada como el acero toledano. Pero esa clase de cosas, por muy gloriosas que sean, proporcionan un temple peculiar al alma humana.

–Sí –convino Pedro con un suspiro–; es bastante cierto... Sería mucho mejor que cerrásemos filas, Andrés. –Estaban cruzando ya el patio del teocalli–. ¿Qué opinas de este populacho? Los perros tienen mala cara. Fíjese en ese bastardo con casco de águila que nos mira con el ceño fruncido.

Pareja por pareja, hombro con hombro, la docena aproximada de hombres fue cayendo mecánicamente en apretada formación, ignorando, al parecer, las sombrías miradas de la multitud, pero alertas como trampas de acero. Durante la marcha las armaduras resonaban rítmicamente, y las plumas de sus cascos flotaban al viento.

Era claro que el derrocamiento de los dioses guerreros y la apropiación de los templos, aunque dictada por Moctezuma, no habían sido recibidos con agrado por los hasta allí pacientes aztecas. Como de costumbre, la multitud de la plaza se hallaba tranquila (los españoles se extrañaban de la ausencia de la agitación de las masas indias); pero esa tranquilidad tenía una repentina y amenazadora vibración. El eco apagado del sobrenombre azteca de Cortés, Malinche, sonaba como silbido. Era digno de observarse también la presencia de numerosos guerreros, hombres escogidos de las órdenes militares, con su tradicional atavío y cuyas oscuras facciones eran visibles a través de los fauces de un casco en forma de ocelote, o bajo el pico de un águila. Por todas partes se veían sacerdotes tocados de negro, yendo de un lado para otro.

La parte ocupada por los españoles en el palacio, o más bien mixta, que perteneció al padre de Moctezuma, Axayacatl, no se hallaba a mucha distancia del otro lado de la plaza; pero antes de que los caballeros hubiesen recorrido la mitad, la calma alrededor de ellos habíase convertido en creciente murmullo. Sin apresurar el paso ni siquiera una fracción de segundo, impersonales e inflexibles como arado de acero, avanzaron por entre la muchedumbre, que se apartaba a regañadientes para dejarles paso.

Los populachos de todo el mundo son inherentemente lo mismo. Un período de fermentación, un leve levantamiento, una chispa y una explosión. Cortés, experto en eso de apreciar el justo momento, palpitó la proximidad de la explosión, efectuando sus movimientos en el debido momento psicológico.

–¡Espadas, señores! –dijo con su voz clara y uniforme–. ¡Espadas! –Y en el mismo instante en que los aceros saltaban de sus vainas, golpeó con el brazal izquierdo el pecho de un guerrero indio,

demasiado lerdo en hacerle paso–. ¿Es que quieres empujarme, perro? ¿Tendré que enseñarte modales?

El individuo, alto y fornido, un jefe, a no dudar, retrocedió vacilante, y habría caído a no ser por la presión de los de atrás.

–¡De a cuatro! –ordenó Cortés, ante lo cual la fila se volvió un cuadrado compacto.

–¡Bajen las viseras! –Los labios de acero se cerraron.

–Ahora, adelante; tranquilamente, señores.

Fue suficiente. La multitud, distraída por las maniobras ejecutadas con precisión, e intimidada por las terribles espadas, no llegó a alcanzar el límite de la explosión. Aunque algunos gritos se oyeron desde los extremos, la concurrencia abrió paso sumisamente al grupo, que se dirigió, con el mismo ritmo sostenido, hacia la entrada del próximo palacio. Abriéronse las puertas macizas, dejando ver los centinelas en sus puestos, el extenso patio interior y el cañón, que apuntaba. Luego volvieron a cerrarse, dejando a los aztecas afuera excitados y murmurando.

–Me parece –dijo Cortés, quitándose el casco– que a nuestros amigos les está haciendo falta una lección bastante enérgica, por cierto. Pero quizá será suficiente haberles mostrado los dientes. No me gusta que la sangre se derrame inútilmente.

El profeta Daniel había sido echado al olvido.

46

Un año atrás, el incidente de la plaza habría excitado a Pedro de Vargas como una novedad; pero entonces dio lugar a que reflexionara desde el punto de vista profesional. Cuando el grupo de oficiales se deshizo, observó a Tapia:

–Me parece que podríamos estar tres o cuatro pies más arriba sobre aquel muro exterior, lo mismo que en otros bastiones. Ocho pies no son difíciles de escalar, especialmente cuando no existen estrellas de flanqueo. Me pregunto si el general no lo advertirá.

El *palacio* de Axayacatl, un rectángulo vasto e irregular de espacios abiertos y edificios de un solo piso (con alguna que otra terraza en el centro, para proveer una segunda planta), hallábase rodeado de una gruesa pared de piedra. Había sido minado por los españoles con una serie de aberturas para los cañones y de troneras para los arcabuceros; pero poca podría resultar de utilidad a corta distancia. Un hombre ágil podía saltar lo suficientemente alto para hacer pie

en la albardilla, y un empujón desde atrás elevaríalo a lo alto. A falta de bastiones saledizos, era imposible efectuar cualquier fuego de costado para barrer a los asaltantes de la muralla.

–Sí –asintió Tapia–. Pues echa un vistazo a aquel teocalli. –Señaló la gran pirámide que acababan de abandonar. A sólo doscientas yardas, en línea recta se dominaba el patio de los cuarteles españoles–. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que los honderos y los arqueros no resultarían nada agradables si nos tomasen como blancos? Ojalá estuviesen aquí los ciento cincuenta hombres que se hallan campo abajo a las órdenes del capitán Velázquez de León. Quizá nos fuesen más útiles que en Coatzacoalco.

Referíase al más grande de los destacamentos de Cortés, enviado por el general para explorar el país. Estadista tanto como soldado, el general había pasado los meses últimos considerando los recursos: minas, plantaciones, facilidades portuarias. El número de castellanos de la ciudad de México ascendía por el momento a poco más de doscientos, acantonados juntamente con varios centenares de aliados de Tlascala; pero cuando se presentaba alguna situación difícil, era la blanca fuerza lo que contaba.

–Y el general hablaba de trescientas mil almas solamente en la ciudad –dijo, gesticulando, después de haberse quitado el casco para alisarse distraídamente los cabellos, aplastados por el peso de aquél–. Bueno, Andrés; necesitamos un poco de ejercicio. Nos estamos ablandando, hombre.

El joven capitán contempló la abigarrada muchedumbre que ocupaba el enorme patio situado detrás de los muros; bandas de guerreros tlascalas, medio desnudos, que acampaban al aire libre; docenas de nativas (pues las concubinas abundaban); de cuando en cuando, nobles aztecas al servicio de Moctezuma y veintenas de esclavos. El lugar bullía de vida india, mostrando un tumulto de color. Solamente los centinelas, duros y barbudos, bajo su casco de acero; los artilleros, permanentemente de guardia junto al cañón, o alguno que otro soldado representaba al elemento blanco. Al fondo extendíanse los edificios bajos y con frente de piedra, separados entre sí por patios y pasajes irregulares, elevándose en ocasiones hasta una terraza, equivalente a un segundo piso. Y en esos aposentos enormes, capaces de contener cada uno hasta ciento cincuenta personas, y en sus propios patios, era donde los españoles hallábanse alojados, disfrutando con sus mujeres y atendidos por centenares de *naborías* o sirvientes nativos.

–Sí, ablandados –repitió De Vargas–. Hace mucho que estamos encerrados aquí. Si cuatrocientos de los nuestros fueron capaces de vencer a cincuenta mil de los de Tlascala en Tecoacinco, aún somos suficientes para dominar a estos gallinas de aztecas.

–¡Vive Dios, que estás en lo cierto! –contestó Tapia–. Pero recuerda que los aztecas conquistaron este país antes de nuestra llegada. Podrían darnos una sorpresa... Hasta la vista, Pelirrojo.

Pedro encaminose hacia su aposento, situado en el ángulo opuesto del terreno, haciendo resonar su atuendo, luego de haber devuelto el saludo. En el trayecto se detuvo para presenciar un asalto de esgrima entre dos buenos maestros: Luis Alonso y Juan Escalona; también para apostar un peso al juego de naipes (el oro del ejército estaba en constante peregrinación de un bolsillo a otro); tuvo que beber un vaso de pulque con Francisco de Morla, y cuando, finalmente, vino a dar al patio sobre el cual se abría su aposento, vio a Juan García sentado en el suelo, entre las piernas de Catana, que le cortaba el cabello.

–Mucho cuidado ahora –tronó García–. No hagas enojar a Catana, Pedrito. Es un momento crítico cuando tienes que cortarme el cabello a la altura de las orejas. Tengo muchas cosquillas en esa parte, y si me llegase a cortar...

–¡Quédese quieto! –ordenó Catana, asentando firmemente una mano sobre el cráneo poderoso de García–. Ya lo tengo. Es un hijo de perra bastante largo, que sobresale como una pica suiza.

–¡Vaya un cuadro terrible! –exclamó Pedro–. Todo lo que puedo decir es que es una suerte que no sea celoso, amigos míos.

Desde fines de marzo Catana llevaba otra vez ropas femeninas, maravillas en rojo y amarillo, cortadas en algodones indios y cosidas por su misma mano. Pero el año que hubo de llevar calzas y jubón la dejó algo descuidada, siendo propensa a dar grandes zancadas, inconvenientes para la pollera; algunas veces, ahora, por ejemplo, olvidábase de mantener la falda más abajo de las rodillas.

Luego de haber cortado un pico del cabello que la caía por encima de la frente, sacudióse la falda.

–Ya está. ¡Por Dios! La melena de Soldán no es tan espesa como la suya.

Se enderezó, alargando los labios a Pedro para que la besase, luego de lo cual se entendió con las correas y hebillas de su armadura, sacándosela pieza por pieza, para disponerlas ordenadamente sobre el caballete contra la pared.

–Señor, ¿está mejor ahora?

–Mucho mejor, pichón. –Pedro se estiró alegremente.

–Buen corte, muchacha –dijo García después de haber contemplado su imagen, mejorada, en el agua del patio–. Vaya, te daré un beso a cambio.

Lo dejó que la besara, sentándose luego los tres a la sombra de la pared. Desde que su hermano, Manuel Pérez, cayera en una de las primeras batallas de Tlascala, García hubo de reemplazarlo en cierto modo. El hombrazo y Catana apreciábanse de una manera medio como parientes, medio camaraderil. Era una relación cálida, que derivaba de las experiencias de Jaén y del carácter de García, dado al afecto. Amigo de casi todos los que componían el ejército, adoraba a Catana como muchacha ideal para toda ocasión.

–Es una moza para Nueva España –solía decir con su vozarrón a Pedro–. Ahí tienes una mujercita con quien rozarte en un nuevo país. A fe mía, que no sé a cuál de los dos aprecio más. Eso es lo que tiene el amor: no hay posibilidad de pesarlo ni de medirlo.

A García se le ensanchaba el pecho, y hasta se diría que engordaba de cariño.

–Pero lo único que sé es esto: si una vez destrozas su corazón con tus maneras de gran hidalgo, persiguiendo alguna dama linajuda (en su pecho guardaba un gruñido de amargura contra el pañuelo que Pedro llevaba aún debajo de su jubón). Entonces...

–Abría y cerraba la mano, observándose los dedos.

–Entonces, ¿qué? –dijo el otro, encocorándolo.

–No sé –dijo García sombríamente–. No lo sé; pero creo que también se me rompería el corazón, compañero.

Hallábanse sentados sobre almohadones, a la sombra de la pared, en tanto que los sirvientes, provistos por Moctezuma para los invasores españoles, preparaban mesitas bajas y diversidad de platos para la colación del mediodía. Braseros de poco fondo, con carbones encendidos, mantenían calientes los platos individuales. El menú era variado y compuesto de aves, pescado, pimientos, maíz, porotos, tortillas y piñas, en tanto que la bebida consistía en chocolate algo espeso y aromatizado con vainilla.

–¡Virgen bendita! –gruñó García, con la boca llena–. ¡Cuánto daría por clavarle el diente otra vez a un buen trozo de cerdo salado! Los dientes no trabajan con estos matalotajes. Bueno, como dice el refrán: ¿si tu mal no tiene cura, por qué te apuras?

–Sí, Juan, a mí que me den también esos platos cristianos, que son más fáciles de masticar –dijo Catana, después de haber tomado una buena porción de potaje de maíz tierno y habas con la navaja, deslizándola hábilmente en la boca–. Pero no hay sino que esperar. Esta tierra es buena para cerdos.

–Y para bovinos –terció Pedro, haciendo crujir un alón de pavo–. El general piensa traer ganado vacuno antes de un año. También uvas. No hay razón para que tengamos de tragar ese pulque o este endiablado "chocolatl", que es terriblemente dulce.

Y de tal manera, ingiriendo el manjar más sabroso que hasta entonces hubieron conocido, sazonándolo con la inveterada charla del ejército, donde siempre se protestaba, resultando de tal modo una sabrosa comida.

Pedro relató el incidente de la plaza. Como sobrevivientes de la penosa campaña de Tlascala, ninguno de los dos oyentes lo tomó a la ligera, siendo distintas sus reacciones.

–¿No es propio de indios? –exclamó el hombretón–. Ni chispa de gratitud. Hemos venido aquí con toda gentileza para enseñarlos a vivir, a impedir que se coman unos a otros, a enseñarles las costumbres españolas, a convertirlos en súbditos de don Carlos, el más ilustre y mejor monarca de la tierra, y quieren asesinarnos. Lo mismo que aconteció en las islas. No nos dejaron elegir otro camino que la lucha, cuando todo habría resultado de la manera más satisfactoria si tan sólo se hubiesen conformado.

–No quieren ser esclavos –observó Catana gravemente–, lo cual es muy natural.

–Ellos mismos los tienen –replicó García con acritud–. ¿Pero quién habla de esclavos? Sirvientes, sí. ¿No está dentro de lo razonable que esos ignorantes de piel oscura sean servidores de los caballeros castellanos? ¿Acaso no han jurado fidelidad a su majestad sus jefes, y somos nosotros sus factores en Nueva España? Lo que ellos quieren no interesa. Si se levantan contra nosotros, son un hatajo de rebeldes.

La lógica era demasiado fuerte para Catana; en verdad, lo habría sido igualmente para cualquiera de los componentes del ejército.

–Supongo que está en lo cierto –accedió vacilante–. Pero si llegasen a rebelarse es un hatajo bastante grande. –Durante el último minuto habíase estado volviendo cada vez más pálida, y de pronto se enderezó, diciendo: –Hombres, es hora de siesta.

–¿Te sientes mal, querida? –preguntó Pedro, que la observaba fijamente.

–No; estoy especialmente contenta. Ya se lo diré en otra oportunidad –contestó después de haberse pasado la mano por los cabellos.

–¿Y por qué no ahora?

–¡Oh, porque..., hasta luego! –Revolviendo nuevamente los rizos, penetró en el palacio, resaltando por un instante en el marco de la puerta sus cabellos negros y el vestido rojo.

–Catana parece bastante nerviosa –dijo Pedro, intranquilo.

–Daría mil pesos porque tuviésemos el campamento en tierra firme –contestó distraídamente García, absorto en el problema indio–. Pedrito, esas calzadas y puentes levadizos sobre el agua son una línea de retirada bastante mala. ¿Recuerdas la sensación que nos produjo el primer día que los atravesamos? Yo me hallaba con Bernal Díaz del Castillo. Nos miramos cuando llegamos al primer puente. "¿Qué piensas, Juan?", inquirió él. "Lo mismo que tú", le respondí. "Que es una hermosa trampa."

–¿A qué preocuparse de los puentes antes de llegar hasta ellos? Ese asunto de la plaza no fue nada. ¿A qué preocuparse?

–Porque ya conozco a los indios –dijo García, frunciendo el ceño–. Si muestran un tanto así es porque hay mucho más. Y si no, espera y verás. Se mueven profundamente y en calma, con tanta calma como esta maldita ciudad.

Durante la pausa de la siesta, el silencio de la ciudad, ocasionado principalmente por la ausencia de vehículos con ruedas y bestias de carga, a parte de la naturaleza misma del indio, hízose más evidente que a otra hora. Pero ese día, quizá coloreándolo un poco también la imaginación, esa tranquilidad parecía tener otra cualidad: la de tiempo tormentoso, como de tornado, duro y pesado. Para el supersticioso despierto, era como si una presión, gigante e invisible, se cerniese sobre la ciudad, o como si el dios destronado de la guerra Anahuac, alias el mismo Satanás, estuviese preparado para atacar.

Pedro y García hallábanse sentados, sujetas las rodillas con las manos y escuchando en silencio.

–¡Qué calma! –dijo García otra vez–. ¡Maldito sea! Una vez tuve un sueño así. Ahora me viene a la memoria. Me hallaba en un lugar semejante... –Parecía sondear en su imaginación–. Recuerdo que en seguida se oyó el ruido de pasos que corrían...

Se detuvo con la boca entreabierta; los cabellos de Pedro se erizaron; porque en ese mismo instante resonaron pasos precipitados, interrumpiendo el silencio entre los edificios y aproximándose cada vez más.

Gaspar Burguillos, uno de los pajes de Cortés, dobló uno de los ángulos del patio.

Apenas le llevó un segundo recobrar el aliento.

–El general requiere vuestra presencia, capitán De Vargas. Ha sido llamado a consejo por el señor Moctezuma. Quiere que lo acompañe usted, además de los capitanes Olid, Alvarado y Marín. El asunto es urgente, y deberá llevar armadura ligera.

Pedro, que ya se hallaba de pie, alcanzó el casco del soporte, colocándoselo en la cabeza. Luego descolgó el corselete de la percha.

–¿Quieres darme una mano, Juan? –Y cuando García, aun sacudido por la realización de su sueño, estaba abrochándole las hebillas, De Vargas musitó: –¿Qué aconteció después... de los pasos?

–No sé. Lo he olvidado.

–Bueno, pronto lo sabremos –dijo el otro, después de haberse ajustado la espada.

47

Era una distinción ser invitado a semejante conferencia, y por ello Pedro caminó más erguido, en tanto iba, en compañía de Burguillos, a través del grupo irregular de edificios y en dirección a los aposentos del general. Desde la muerte de Escalante en una batalla en la costa, cuando Gonzalo de Sandoval hubo sido promovido al cargo de comandante de un punto tan vital como el fuerte de Villa Rica, De Vargas se clasificó favorito de Cortés entre los oficiales jóvenes. Quizá el capitán general, cuyo proceder era dictado por más de una buena razón, miraba por encima de Pedro a España y al apoyo que don Francisco de Vargas pudiese procurarle, conociendo (¿quién mejor?) las relaciones de la familia De Vargas. Pero si ello tenía algo que ver con Pedro, en cuanto a su elevación al favor del general, había otras razones evidentes desde el punto de vista del ejército. De Vargas habíase conducido bien y se admitía que era uno de los más ilustres capitanes. Inclusive el querido Sandoval había tenido apenas más popularidad.

Cortés se encontraba conversando en voz baja con Cristóbal de Olid, al pie de las gradas que conducían a su aposento, cuando

llegaron Pedro y Burguillos. Su semblante se hallaba desusadamente pálido, expresión que hacía resaltar el brillo de sus ojos negros. Muy cerca se veía al paje Orteguilla –a quien Moctezuma había tomado gran afición y que era conocedor de bastantes palabras aztecas como para espiar al emperador cautivo, cuyo joven y astuto semblante parecía desanimado.

–Esto viene de acuerdo con lo que dijiste anteayer, niño, cuando el señor de Moctezuma te dejó afuera durante su entrevista con sus principales sacerdotes, los "tlamacazquis", o como diablos se llamen –dijo Cortés, volviéndose hacia el paje–. Dijiste que había cambiado para contigo. ¿Cuándo se inició ese cambio?

–Ahora que pienso en ello, mi señor, fue hace cuatro días; desde la tarde que vuestra señoría derribó el gran ídolo del teocalli.

–Y desde entonces ha celebrado muchas entrevistas con los sacerdotes, ¿eh? Ya te dije que tratases de averiguar lo que hablaban, no importa lo que costase.

–Hice lo posible –contestó Orteguilla–; pero el salón del Consejo es muy grande; no tenía dónde ocultarme, y los centinelas del señor Moctezuma me mantuvieron fuera del lugar.

–Bueno –observó Cortés, poco amigo de lamentarse de lo ocurrido–. De todos modos, dudo que nos sirviera de mucho, aunque lo hubieses oído.

Fue saludando a los demás oficiales a medida que llegaron: Alvarado, elegante y magnífico, como siempre; el patizambo Luis Marín, con su barba rojiza y sus viruelas. En último lugar se les reunió doña Marina.

–Ahora que ya tenemos a nuestra intérprete –dijo Cortés–, podremos visitar a su pagana majestad, señores... Orteguilla, ven con nosotros. Y fíjate bien; si en cualquier momento introduzco así el pulgar en mi cinturón, saldrás de la sala para avisar de mi parte al capitán Andrés de Tapia, encargado de la vigilancia, que todo el mundo tome las armas.

Dicho lo cual, y abriendo la marcha con doña Marina, encamináronse hacia el edificio grande y central del recinto, que servía como residencia de Moctezuma.

Un tramo de escalera subía por entre dos edificios de una sola planta a una terraza sobre la cual daban los numerosos departamentos y patios del emperador, sus mujeres y su séquito. Más abajo de la entrada a la misma, cuadrada y maciza, un centinela español montaba guardia; pero, traspasado el umbral, Cortés y los suyos pene-

traron en un mundo azteca. El aire resultaba pesado con el olor de las flores y del incienso de copal; iban y venían los dignatarios de la corte y los jefes de las tribus feudales, con sus vistosos atavíos y sus adornos de jade, de turquesa o de metal; mensajeros portadores de partes con informes desde todos los ámbitos de la jurisdicción azteca; caciques tributarios llegados para rendir homenaje; oficiales de las distintas guarniciones, con sus adornos de plumas verdes, que recibían órdenes, y sacerdotes de ropaje negro, portadores de mensajes de los dioses. Porque si Moctezuma era, en verdad, prisionero de los españoles; si podía abandonar el palacio de su padre únicamente bajo una guardia española, por salvar las apariencias optó por vivir entre los blancos teules como amigo, y de hecho permaneció siendo el déspota jefe guerrero y supremo sacerdote de Anahuac y el foco central administrativo, por medio del cual Cortés, supremo titiritero, estaba en condiciones de manejar los hilos.

Conducidos por varios nobles aztecas que actuaban como introductores, el reducido grupo de extranjeros y doña Marina siguieron a lo largo de un amplio aposento de techo bajo, en tanto los numerosos cortesanos nativos se apartaban a ambos lados para dejarles paso; pero la curiosidad admirativa de meses antes había desaparecido. Los caballeros caminaban entre paredes ásperas y desafiantes. Y si su porte era altivo, en nada desmerecía el de los circunstantes. Era mirada por mirada y orgullo contra orgullo.

–¡Por Dios, capitán Marín –dijo Pedro, dejando que su mirada recorriese la línea de rostros–, esos perros necesitan un poco de ejercicio físico! ¿Ha visto alguna vez una gente más biliosa? ¿Qué dosis les prescribiría?

–Hierro –contestó el otro, riendo por un costado de la boca–, hierro para el hígado.

–¿Por vía externa, eh?

Pero en ese instante la sonrisa de Pedro palideció, agudizándose su mirada. El individuo alto y de nariz grande que se hallaba algunas yardas más allá, con una turquesa en su labio inferior y un adorno de oro en la nariz, parecía asombrosamente familiar. Llevaba un vacilante penacho de plumas de quetzal, distintivo de alto rango, y un corselete maravilloso de plumas. Pero si, a pesar de su transformación y de su embellecimiento, no era Coatl, el sirviente escapado de De Silva, Pedro no podría confiar ya más en sus ojos.

–¡Hola, Coatl! –dijo, levantando a medias la mano y sin haberse apenas repuesto. Pero aunque los ojos negros del hombre se po-

saron en él un momento, no hubo ninguna señal de reconocimiento. El indio se volvió, luego de haberlo mirado fijamente.

–¿Es amigo suyo? –gesticuló Marín.

–Creí conocerlo –musitó Pedro–; pero al fin y al cabo estos indios se asemejan tanto entre sí como los guisantes en la vaina.

El aposento abríase sobre otro más reducido, donde los caballeros hubieron de esperar en tanto los introductores se colocaban capas de henequén sobre sus galas, despojándose igualmente de las sandalias, para penetrar ante la presencia de Moctezuma descalzos y pobremente vestidos. Luego, con la vista baja y los hombros agachados, abrieron la marcha, pasando por una puerta al salón de concilios, situado más allá.

Moctezuma, el "Uei Tlatoani", o sea "el que habla", gobernante de México y de las provincias conquistadas, hallábase sentado en un trono de bajo asiento y elevado respaldo, al fondo del aposento y mirando hacia la entrada. Era hombre delgado y bien proporcionado, de cuarenta años de edad, con barba escasa y cabello negro que le llegaba hasta el hombro. Una corona de oro, cuyo frente semejaba una mitra en miniatura, y aros de jade denotaban su rango, pues por lo demás vestía con suma sencillez. En lugar de las facciones indias característica, pesadas e inmóviles, su rostro era curiosamente expresivo, amable, aunque grave y en todo momento noble.

Por vivir en medio de ellos, era familiar a toda la guarnición española. Por su parte, conocía por su nombre a muchos de sus captores, habiéndose ganado el afecto de los mismos por medio de su generosidad, su tacto y sus maneras majestuosas. Hablaban y pensaban de él, como el gran Moctezuma.

Solamente unos pocos –Cortés y De Vargas entre ellos– dejaban de compartir esta idea general. Parecía demasiado blando, demasiado cortés y servicial. Desconfiaban de sus presentes y de sus amables discursos, considerándolo débil o hipócrita. Experimentaron el abismo insalvable entre su imaginación y la de ellos. El oro que hubo de derramar a montones sobre ambos personalmente, el juramento de fidelidad al rey de España y el tesoro reunido a manera de tributo, nada de eso bastaba para reparar la muerte de Juan de Escalante y el asesinato de otros españoles cerca de Villa Rica, por orden suya. Continuamente era sospechado de maquinaciones y de obrar con doble sentido, incapaces de comprender que lo justo o lo injusto, según la manera española de sentir, no significaba nada

a los ojos de Moctezuma. Para este reducido grupo no representaba otra cosa que un salvaje, atento e impenetrable.

Pero ese día sintieron un cambio, tanto sus amigos como sus detractores del grupo de oficiales que avanzaba hacia él a través del piso esterado del amplio aposento. No fueron recibidos con la sonrisa acostumbrada. El emperador permaneció inmóvil como una estatua, con las manos apoyadas sobre los brazos de oro labrado del trono. Después de haberse retirado los obsequiosos introductores, se puso de pie para devolver el saludo de Cortés con poco más que una leve inclinación de cabeza; después le indicó fríamente un asiento, dejando que los restantes caballeros permaneciesen, contra la costumbre, de pie y con el casco al brazo. Sus ojos negros eran tan fríos e impenetrables como el ágata.

Luego de haber tomado doña Marina su puesto detrás de Cortés, Moctezuma comenzó a hablar en tono mesurado e impersonal, deteniéndose de cuando en vez para dar tiempo a que tradujese el intérprete. La fuerte resonancia de su voz alternaba con el suave y no muy seguro español de doña Marina.

–Malinche –dijo, fijando su mirada opaca en Cortés–, los hombres pelean por varias cosas: por tierras y posesiones, por alcanzar fama o por defender sus hogares. Pero los hombres pelean con más entusiasmo y mueren más contentos por lo que no tiene precio... por el amor y la defensa de sus dioses.

Se detuvo, y la voz de doña Marina tradujo, como un eco quejumbroso. Cortés asintió después que hubo terminado. Con respecto al celo religioso, coincidían aztecas y españoles.

–Malinche –prosiguió el "Uei Tlatoani" –, tú y los tuyos sois los hijos del sol. Vinisteis del otro lado del mar, cumpliendo profecías concernientes al dios Quetzalcoatl. Hechos portentosos predijeron vuestra llegada. ¿Quién resistiría a los mensajeros de los dioses? Aunque no eráis sino unos pocos (tan pocos que una de mis casas os alberga) y puedo llamar a las armas a miles de guerreros por cada uno de vosotros, ¿he levantado un solo dedo en contra vuestra? Aunque mi pueblo ha sufrido, acusándome de debilidad y cobardía, ¿he hecho caso de sus murmuraciones? Cuando requerísteis que yo y mis jefes, conductores elegidos de una nación, aceptásemos a vuestro rey, don Carlos, como señor, ¿nos hemos negado, a pesar de no haberlo visto nunca? Cuando solicitásteis el tributo para ese rey, ¿no os hemos entregado una cantidad de oro y alhajas tal que ningún hombre hubo de observar jamás?... Sí, no sólo las

riquezas de nuestras ciudades y de nuestras tierras, sino hasta el mismo tesoro de mi padre Axayacatl. ¿No es cierto todo eso, Malinche?

Cortés hizo un nuevo gesto de asentamiento, a más de un movimiento de la mano, que indicaba gratitud, aunque no demasiada. Implicaba que, después de todo, Moctezuma había actuado correctamente de acuerdo a las circunstancias, y que habría sido indigno de él haber procedido de otro modo.

Cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, Pedro de Vargas preguntábase a dónde iría a pasar el emperador. Para la certeza propia de su juventud, resultaba claro que si Moctezuma no hubiese cumplido los deseos de los españoles, aquéllos habríanle sido impuestos por derecho de conquista, un derecho incuestionable. Su atención desvióse hacia los valiosos adornos del trono, las paredes forradas de mármol del salón de consejos, las maderas preciosas que formaban el bajo artesanado. ¡En medio de cuánto lujo vivía el perro infiel!

–¿Por qué he hecho todo eso? –prosiguió Moctezuma–. ¿Por cobardía? Mi fama como jefe guerrero no indica eso precisamente. ¿Por qué, entonces? Porque en todos los actos de mi vida no he puesto sino una finalidad: servir y complacer a los dioses; porque parecía su voluntad, su deseo, que fueseis aceptados y favorecidos. Que hablaseis de otros dioses no fue cosa que me preocupara, porque hay diversos dioses, y a menudo se conoce al mismo bajo diferentes nombres. Que derribaseis de sus templos a los dioses de los mayas y de los totonacs no me importaba, puesto que no eran los nuestros. Cuando rogasteis que os permitiesen levantar un altar a vuestro dios dentro mismo del palacio, tampoco me opuse; cuando prohibisteis el sacrificio de esclavos y de prisioneros, privando con ello a los bienaventurados del cielo de la sangre del sacrificio y a nosotros de la carne consagrada, permanecí tranquilo. Aunque día tras día coméis la carne de vuestro Hombre Dios en lo que conocéis como misa, podría ser que tuvieseis razón, estando nosotros equivocados; a todo esto permanecieron callados los bienaventurados del cielo. Sin embargo, aún no era suficiente. Tuvisteis que pedir más.

Apretó uno de los brazos del trono con su puño robusto y curtido, aflojando después gradualmente, mientras escrutaba el rostro impasible de Cortés, ocupado en escuchar la traducción de doña María.

Al observar hacia el costado, Pedro vio cómo Luis Marín mordía impacientemente la punta de su bigote rojizo. Alvarado levantó una mano enjoyada a la altura de los labios para ocultar un bostezo. Los ojos de Olid despidieron un brillo amarillento mientras contemplaba la corona de Moctezuma.

A ninguno de ellos se le ocurrió que el jefe azteca pudiese tener un adarme de razón y de justicia de su lado. Tal tolerancia era desconocida. Convencidos de que los dioses indios eran demonios, los españoles hubieron de necesitar gran esfuerzo para dominarse mientras escuchaban semejante alegato.

–En verdad –prosiguió Moctezuma–, vuestro sacerdote, Olmedo, dijo la verdad cuando me relató lo que él llama "los diez mandamientos", uno de los cuales dice que vuestro dios es un dios celoso. No bastó, finalmente que permitiese la colocación de la Virgen y el Niño en uno de los templos de nuestro principal teocalli. ¡Tuvieron que poner las manos sobre el mismo Señor Huizsilopochtli! ¡Hubieron de derribarlo y pisotearlo! ¡Tuvieron que desgarrar el corazón de nuestro pueblo –ustedes, que nos prohibieron el sacrificio– a fin de arrojar aquel corazón al pie de nuestros *teules*! Bien, pues, finalmente, los dioses han hablado.

Esta vez a penas fue necesaria la interpretación de doña María. Los ojos de los caballeros hallábanse fijos en Moctezuma antes de que comenzase a hablar. Vieron un hombre nuevo, muy distinto a la figura sumisa y accesible que hubo de ganarse sus favores, obedeciendo fielmente sus órdenes, y muy distinto de la figura que contemplaran sumida en llanto cuando Cortés lo cargara de cadenas para darle una lección, mientras los asesinos de Escalante eran quemados vivos en el patio de afuera. El perro parecía transfigurado con una nueva fuerza, decidido y amenazador.

–¡Ah! –expresó Cortés blandamente–. Pregúntale qué han dicho los dioses y a quién han hablado.

La pregunta no era sino irónica; pero los acompañantes del general no la interpretaron así en modo alguno. Para ellos era cosa cierta que Satanás se comunicaba con sus ministros.

–¿A quién sino a los hombres sagrados, a los principales sacerdotes de los *tenochcas*? –exclamó Moctezuma, inclinándose hacia adelante. Luego prosiguió, inclinando la cabeza reverentemente:

–Así hablaron los dioses de los tenochcas, el Señor Huitzilopochtli, dios de la guerra; el Señor Taloc, dios de la lluvia; el Señor Xipe, dios de la primavera, y todos los demás dioses de mi pueblo.

"Escuchad; hemos hecho que los tenochcas sean poderosos sobre la tierra, llenando sus graneros de alimentos, sus tesoros con tributos; les hemos conducido a la victoria de la guerra y al dominio de otros pueblos. Mientras los hemos escuchado y alimentado, nos han servido y proporcionado a nuestras narices el humo del sacrificio. Pero ahora se han hecho a un lado, dejando que nuestros altares perezcan por falta de alimento y que nuestras imágenes sean derribadas y destruídas. Y así los tenochcas escuchen nuestras voces. Nos separaremos de vosotros. Ya no seréis más nuestros hijos, sino esclavos sin remisión. La sequía será con vosotros, y también las pestes y la guerra. Pereceréis miserablemente. Salvo que ahora, antes que sea demasiado tarde, volváis nuevamente hacia nosotros, os apoderéis de esos malhechores del otro lado del mar; esos blancos simuladores que no son *teules*, y derraméis su sangre, sacrificándolos ante nuestros altares. Escuchen bien: somos nosotros los dioses, quienes han hablado."

La voz suave de doña Marina oyose tensa y apresurada, en tanto sus manos oprimían el espaldar del sillón de Cortés. Los oficiales españoles permanecían como estatuas vigilantes. Únicamente Cortés parecía indiferente, cruzando las piernas y echándose un poco hacia atrás. Pero Pedro de Vargas observó que Orteguilla, el paje, se retiraba de repente. Al mirar otra vez, vio el dedo pulgar del general introducido en el cinto.

–Señor Moctezuma –contestó con una sonrisa indulgente–, estáis equivocado. Si yo estuviese en vuestro lugar, dejaría que partiesen todos esos demonios y que se los llevase la morriña. Inclusive apresuraría la partida, derribando el resto de sus inmundas imágenes. Haced esto y, por mi honor, todo marchará bien. Nuestro Señor proveerá a los tenochcas buenas cosechas, los protegerá contra las enfermedades, y yo y mis amigos los ayudaremos en las guerras. Suprimid de una vez el culto a los ídolos, mi señor, como he aconsejado antes, y que la cruz sea adorada. Tal es mi consejo.

Si un tábano hubiese picado al "Uei Tlatoani", el efecto no habría sido tan marcado como este discurso, que hasta los españoles consideraron atrevido. Evidentemente, no era oportunidad para conversaciones. Pero Cortés, diplomático para todo lo demás, jamás llegaba a compromisos en cuanto a la fe, apelando a métodos directos.

Moctezuma medio se levantó, echando fuego por los ojos y mostrando los dientes brillantes al esbozar una sonrisa; pero no se

enderezó del todo, recobrando su postura en el acto. Algo más poderoso aún que su fanatismo conteníalo, intimidándolo, del modo que una fiera se siente intimidada ante su domador. Podría ser valiente, sincero y lleno de fanatismo religioso; pero su ser, más propio de la edad de piedra, no podía habérselas con el empuje de una personalidad como la de Cortés. Lo primitivo de su persona contraíase en presencia del hombre más civilizado. Por un momento hizo por resistir la mirada sostenida del español, desistiendo de ello.

–Pero –prosiguió el general–, si desea sacrificarnos, ¿por qué nos previene? Habría sido mejor la sorpresa. Escuche... –Las claras y apresuradas notas de una corneta española llegaban desde el patio, respondiéndole después las demás, una a una, a lo largo del terreno. A poco, oyóse igualmente el ruido de los aceros por ser arrastrados por el suelo–. ¿Por qué prevenirnos" –repitió Cortés al cabo de una pausa.

¿Por qué, en verdad? ¿Acaso el deseo de apabullar a esos hombres blancos que dominaban el país? ¿Tal vez el deseo de expresarse por una vez como rey, dando rienda suelta al resentimiento acumulado durante los últimos seis meses? ¿O acaso fuese correcta la razón dada por Moctezuma a continuación? Sus ojos negros y parecidos a los del reptil no dejaban entrever nada.

–Porque no quiero que mueran, Malinche. Porque hemos sido amigos.

–¡Judas! –musitó alguien–. ¡Falso bergante!

Acaso las palabras fueron más altas de lo que el que las pronunció deseare. Moctezuma alzó la vista.

–Quisiera salvarlo, Malinche –prosiguió Moctezuma, dirigiéndose a Cortés–. Abandone este país en seguida; vuelva a sus tierras más allá del mar, y contendré a mi pueblo. Quizá los dioses se aplaquen con otros sacrificios. Pero parta en seguida.

Moctezuma estaba contemporizando lisa y llanamente. Era posible que el ruido del patio le hubiese impresionado.

–A vuestras órdenes, mi señor –asintió el general ante el asombro de sus compañeros–. Nuestra misión ha sido cumplida. Hemos visitado a vuestra alteza, por orden de nuestro rey, para asegurar vuestra fidelidad. Volveremos junto a él, llevándole el tributo. Pero no tenemos barcos, como ya es sabido, y habrá que construir otros. Eso llevará mucho tiempo. Entretanto, bueno será que vuestro pueblo sea contenido, en bien de él, no del nuestro. Lamentaría tener

que infligirle cualquier daño; pero si se vuelve contra nosotros será destruído, no respetando hombres, mujeres ni niños.

–Enviaré trabajadores para que ayuden en la construcción de los barcos –convino el indio–, y haré todo lo posible por contener a mi pueblo.– En cierto modo, el ultimátum de los dioses había caído en el vacío.

–Vuestra mejor voluntad no será suficiente –respondió Cortés, sacando el mayor partido de su ascendiente–, si ocurren disturbios. Cuidaos de ellos. –Se irguió, avanzando un paso, amenazador, como arco tendido–. Sentiré tener que abandonar Tenochtitlán, mi señor; pero me consuela al menos pensar que, cuando partamos, lo haréis en nuestra compañía.

–¿Yo? –Moctezuma se encogió una vez que le fueron traducidas esas palabras.

–Por supuesto que sí. Lo llevaremos para presentarlo a nuestro señor, el rey, que tiene grandes deseos de conocerlo.

Permaneció medio sonriente, en tanto doña Marina interpretaba. El azteca no se habría sobrecogido tanto si hubiesen dictado una sentencia de muerte contra él. ¡Solo en aquel mundo desconocido por los blancos, del otro lado del misterioso mar, trofeo para que los extranjeros lo exhibiesen!

–Por tanto, apresuremos la construcción de esos barcos, de forma que podamos partir juntos, señor Moctezuma. Y hasta que llegue ese momento, será bueno recordar que si vuestros dioses no fueron capaces de proteger a sus ídolos del fuego, tampoco podrán hacer nada en vuestro favor en caso de que seamos engañados... Cristóbal, que se vigile al príncipe más estrechamente. Traduzca eso, doña Marina. Y así, alteza, nos retiramos con todo respeto y amistad.

Hizo una reverencia con la mano puesta en el pomo de su espada. Después de haber girado, encaminóse hacia la puerta en compañía de sus capitanes, con la cabeza bien erguida y la barbilla saliente.

–En consecuencia, señores –dijo en voz alta, de forma que llegasen sus palabras hasta la solitaria figura del trono–, prosigamos arriesgando algo para gloria de Dios.

48

Era una hora bien avanzada de la noche cuando terminó el consejo de oficiales principales y Pedro regresó a sus aposentos, sin que se hubiese llegado a decisión alguna, ya que todo dependía de la suer-

te. La llegada de refuerzos desde España podría dar un vuelco a la situación, y de seguro Montejo y Portocarrero habríanse ocupado bastante para que fuesen enviados hombres y provisiones. Y tal vez fuese factible, considerando la cuestión desde ambos puntos de vista, organizar un levantamiento contra los aztecas, en beneficio de los españoles. Cualquier cosa estaba dentro de lo posible. Entretanto, y como un gesto de paz, las tres naves podrían comenzar a construirse en Villa Rica; pero Martín López, el carpintero de la ribera, no apresuraría mucho su terminación.

Era preciso ganar tiempo en el cual actuase la fortuna. El enérgico frente mantenido ante Moctezuma hubo de ser atemperado en el consejo por la apreciación general de las realidades. A Pedro le vino a la imaginación una partida de dados en la que se jugase contra un adversario invisible, dueño de todas las ventajas. No era posible desprenderse de la realidad de hallarse enfrentados cuatrocientos hombres contra cuatrocientos mil por lo menos, un esquife contra un océano, y que en caso de una tempestad, no solamente el coraje, sino la suerte o la astucia, serían necesarios en la proporción de uno contra mil. Hasta la fecha, la empresa había tenido una milagrosa serie de triunfos; pero no había que olvidar que toda marea tiene su reflujo.

Mientras atravesaba el terreno, alumbrado de cuando en cuando por una antorcha, De Vargas advirtió la diferencia, desde la mañana. Todos los cañones disponibles habían sido colocados apuntando en dirección a las entradas; los centinelas dominaban los muros y pelotones reforzados llevaban a cabo su ronda por entre los edificios. Los caballos de guerra hallábanse trabados junto a los aposentos de sus jinetes, provistos ya de sus bridas y de sus monturas. De cuando en cuando oíase en la oscuridad el "¡Alto! ¿Quién vive? ¿Consigna?" de un centinela.

No lejos de su aposento, Pedro se encontró con García, que se hallaba de guardia, mientras su enorme sombra retrocedía a la luz de una antorcha colocada en un ángulo del edificio.

–¿Conque eso es lo que yo soñé, eh? –gruñó–. Me alegro de no haberlo recordado. Camarada, me huele a que pronto habrá jaleo. ¿Qué noticias hay de la reunión?

Pedro le habló acerca de los barcos.

–¡Bah! –contestó García–. No hundimos aquellos barcos por el placer de construir otros. El general no es de los que abandonarán Nueva España por causa de que los indios hablen. ¿Privarse de un

premio como éste? ¡Por Dios, que me da la risa! Pero tenemos que trasladar el campamento a Tacuba, en tierra firme.

–Creo que así lo haremos.

–Y ojalá que no demoremos mucho –musitó García.

Pedro encontró a Catana tendida sobre la estera que les servía de lecho. De acuerdo a las órdenes impartidas, estaba completamente ataviada con traje de marcha, casco y brazales junto a ella, pues en adelante, y hasta que la alarma desapareciese, nadie se desvestiría por la noche en el campamento de los españoles. La difusa luz de las estrellas que penetraban por el hueco de la puerta procuraba una débil claridad al aposento.

–¡Qué tarde ha venido, señor! –exclamó, levantando la cabeza–. Lo he echado mucho de menos. Estas ropas me recuerdan nuestras hogueras, las montañas y el viento. Me gusta recordar aquellas noches.

Colocó a su alcance el casco, la espada y el corselete, antes de sacarse los zapatos y tenderse, con la cabeza de Catana sobre su brazo extendido.

–Es probable que vuelvan esos tiempos, alma mía –dijo. En seguida comenzaron a comentar los acontecimientos, pero poco a poco fue advirtiendo que ella no lo escuchaba, por lo que preguntó:

–¿Estás cansada?

–No; pero no hablemos de guerra esta noche, querido. Hablemos de nosotros y no de la empresa.

–¡Vida mía! –De pronto había recordado que Catana no se había sentido bien, y su brazo se ciñó alrededor de ella–. Bien sabe Dios que prefiero hablar de ti y que te quiero más que a nada en el mundo, y, por supuesto, que me interesas más que esos hijos de perra de indios. ¿Qué te pasa, muñequita? Hoy me diste un buen susto cuando te pusiste tan pálida.

–No era nada. Le dije que era feliz, más feliz que nunca en la vida.

–¿Y por qué no habrías de decírmelo? ¿Es un secreto tan grande, Catana? Vamos, dímelo ahora.

–¿Aún la quiere mucho, señor? –dijo, después de haber quedado pensativa unos momentos–. Me refiero a la señorita Luisa... Dígame la verdad. Necesito saber toda la verdad.

En ese instante resultaba una pregunta bastante embarazosa; una imaginación más sutil que la de Pedro habríase sentido confusa ante ella. Ultimamente no había pensado mucho en Luisa, y la pre-

gunta de Catana hizo que su imaginación se volviese hacia la hija del marqués y hacia España. ¿Cuánto amaba a Luisa en realidad; es decir, comparándola con Catana? Como dijera García, el amor no puede pesarse ni medirse. Pedro sabía únicamente que en algún lugar de su imaginación brillaba un altar en el que se hallaba Luisa y nadie más. Era un lugar de sueños. La avidez y la grosería del mundo, la ingrata realidad y las obligaciones de la vida diaria no tenían acceso a él. Contemplado desde el umbral, el porvenir resultaba un paisaje encantado de gloria, de poesía y de romance, fragante con el perfume del agua de rosa, luminoso con el brocado de plata y el destello de las piedras preciosas sobre sus negros cabellos, presidido por un rostro de ojos tiernos e inocentes y los ecos de un laúd. En momentos imprevistos, tanto cuando se hallaba solo como en las disputas y el estruendo del campamento y aun en compañía de Catana, al pensar en ello invadíale una nostalgia que era dolor y alivio al mismo tiempo. Pero ahora, frente a esta cuestión de amor comparativo, hallábase extraviado. ¡Nada de altar para Catana! Ésta se encontraba hundida hasta la rodilla en el fango de la vida diaria, ocupando su lugar con García, Sandoval y el ejército. ¿Significaría eso que la amaba menos? ¿Era posible que amase a alguien más?

–¡Dios sabe! –contestó dudando honestamente–. No soy ducho en palabras. A cada una la quiero de una manera distinta. Todo cuanto sé es que te quiero más que a mi vida, que eres mi mujer y que ninguna podrá ocupar tu lugar. En cuanto a doña Luisa, la amo como un caballero ama a su dama. Por la cruz del altar juré servirla y honrarla. Pero no puedo explicarlo, y tampoco lo comprenderías.

–Sí, lo comprendo. –Catana frotó su mejilla contra el brazo de Pedro, que le había dicho cuanto esperaba oír. ¡Su mujer para siempre! ¡Que la dama se quedase con sus juramentos! Junto a la realidad, no disputaba a Luisa su título caballeroso, ni siquiera el legal–. Ella será la señora De Vargas. Sí, señor; es lo justo, en obsequio a vuestro nombre. No importa, en tanto yo os pertenezca. Pero yo... –apretó nuevamente su cara contra él– voy a tener vuestro primer hijo. Por eso me siento feliz. ¿No ha sido Nuestro Señor bueno para conmigo?

Le estrechó contra sí hasta que ella experimentó un dolor, un dolor agradable.

–¡Catana, Catana mía!

–¿No era un secreto maravilloso, señor?

–¡Por Dios! Yo diría que sí. –Su voz parecía como música–. Déjame que te bese otra vez. ¡Vive Dios! ¿Pero por qué un hijo? Quiero una hija, como tú.

–¡Qué vergüenza! –Medio lo hizo separarse, empujándolo–. Nos traerá mala suerte con vuestra conversación. Naturalmente que será un varón; de cabellos rojos y ojos verdes, además, pesará diez libras y será un hermoso chiquillo. No hable ni piense en otra cosa. Y haré que Maese Botello le lea el horóscopo. He sido una muchacha mala –dijo, mirando al techo, mientras permanecía tendida, con la cabeza apoyada en el hueco del brazo de Pedro–. Mi madrecita murió demasiado joven para educarme. No me acuerdo de mi padre, de quien ella solía decirme que era un valiente y hábil bandolero. Lo colgaron en Córdoba. Es difícil ser buena madre para una joven sin padres, señor. Quizá por eso Nuestro Señor no me lo ha tenido en cuenta y ha sido tan generoso. A menos... –Se detuvo, temerosa–. A menos...

–¿A menos qué?

–¿No le parece que a lo mejor podría quitarnos nuestro hijo?

–¿Quitárnoslo?

–Por culpa de mis pecados. He sido díscola y traviesa. –Se golpeó el pecho con el puño–. Maldigo demasiado. –Se dio otro golpe–. Con frecuencia he dejado de asistir a la santa misa. ¡Ay de mí!

–¡Bah! –dijo Pedro, cariñosamente–. Eres un ángel.

–Un ángel muy negro. El padre Olmedo habló el domingo último sobre los pecados de los padres que recaen en sus hijos, lo cual me hizo estremecer. Pero nuestro hijo es inocente. Por otra parte, es el hijo de Pedro de Vargas.

Éste gruñó. Si la salvación del hijo dependía de la conducta del padre...

–Y nieto de don Francisco de Vargas. ¿No estaba más allá de todo sueño que yo, Catana la del Rosario, fuese su madre?

Pensaba en el posadero, Sancho López, y en los demás sirvientes de la venta, a quienes hubiese deseado abrumar con la gran nueva. Como a su hermano Manuel. ¡Qué orgulloso habría estado de ser tío del hijo de Pedro!

–Se llamará Francisco.

–Bueno. Es decir... –vaciló Pedro.

–No, por supuesto, me había olvidado –dijo ella, comprendiendo–. Vuestro señor no consentiría en dar su nombre a un hijo de amor. –Volvió a un lado la cabeza; pero su dicha era demasiado

grande para que se empañase con un poco de sombra–. Hablemos de nuestro hijo –prosiguió, aproximándose más a él–. Lo educaré debidamente. No tema nunca que lo mime demasiado. ¡Por Dios! Que si lo pillo jurando y tirando los dados, como el otro día a ese tunantuelo de Ochoa, le arrancaré las orejas; y, querido mío, será un hombre entendido; irá a la Universidad de Salamanca. –Se detuvo, pensativa–. ¿No sería mejor, ya que he sido tan mala y no estamos casados entregarlo a Dios? ¿No sería eso del agrado de Nuestro Señor? Luego le daría otros hijos para que fuesen caballeros; pero nuestro primogénito... ¿por qué no sacerdote? Diga que sí. Puede que llegue a arzobispo.

–Muy bien pensado –aprobó Pedro–. Después de Salamanca podría ir junto a nuestros parientes de Italia.

–¡Piense en eso! –suspiró Catana–. ¡Yo, madre de un arzobispo! ¡A lo mejor llega a cardenal! ¡Oh, mi dulce señor, quiero todo lo mejor para él; que tenga todo lo que yo no he tenido! No puedo darle otra cosa que mi amor por usted.

–No digas esas tonterías –riñó él–. ¡Por vida de Dios! Con semejante madre tendrá un gran corazón, uno verdaderamente bueno y ojos bellos... ¿Qué estás haciendo? –inquirió al sentir en sus muslos la presión de los dedos, uno a uno.

–Estoy contando. Quise esperar hasta estar segura antes de decírselo. Faltan siete meses: mayo, junio, julio... Será en diciembre. Falta mucho. Pero es posible, señor... ¡Oh, si fuese para Navidad! ¡Qué bendición para él! ¡Qué suerte! Juan García tiene que ser uno de los padrinos. ¿No le gustará? Sólo que echará a perder de una manera espantosa a nuestro hijo, si no tenemos cuidado. Mañana comunicaré las nuevas al padre Olmedo. Me dará un azote y un beso. ¿No se lo imagina en el bautismo, con la nariz regordeta y los puños grandes? Y también se hallarán presente el capitán Sandoval, lo mismo que el general y el capitán De Alvarado, y los otros capitanes, y nuestros buenos amigos. ¡Qué bautizo! Y yo estaré de pie a vuestro lado... –Su voz se fue apagando.

–El general tiene que ser otro de los padrinos –dijo Pedro–. Uno de los nombres del chico será Hernán.

Pero la joven se había quedado dormida, y Pedro la tapó cariñosamente.

La agitación de la jornada cayó en el olvido. Permaneció soñando un rato, no en España por esta vez; ni en la Luisa del altar, sino en una casa señorial en la ladera de una colina mexicana. Imaginá-

base las dependencias exteriores y las amplias tierras. Volvía a caballo con sus hombres de una incursión, pues ello acontecería mucho antes de que el extenso país se hallase dominado por el norte y por el sur. Catana se hallaría esperándolo en el patio...

–¿Quién vive?

El grito de un centinela resonó algo lejos, mezclado con su sueño. Medio despertó.

–Hernán Cortés.

El general, que no dormía, se hallaba efectuando personalmente la ronda.

49

Una mañana de principios de mayo, el paje Ochoa estaba imposibilitado de dar rienda suelta a sus exclamaciones de alegría. Atravesaba, jadeante, los terrenos destinados a los ejercicios. Finalmente, pudo recobrar su voz, comenzando a dar grandes gritos:

–¡Naves en San Juan de Ulúa! ¡Han llegado dieciocho! ¡Hombres! ¡Cañones! ¡Viva! ¡Viva! –En seguida, casi a la par, oyéronse las salvas de la artillería, el sonido de las cornetas y el ruido de los hombres que corrían.

Las noticias fueron como la primera ráfaga de aire para un velero en medio de una calmachicha, el primer alivio experimentado al cabo de una quincena de tensión, de rumores, de amenaza y de cierta sensación de desesperanza, de enormes sogas que fueran apretándose alrededor de los cuarteles españoles. Dieciocho naves. Eso supondría, quizá un millar de hombres. Y con otro millar de castellanos, Nueva España era cosa asegurada. La suerte había acompañado una vez más a la expedición.

Pedro, ocupado en vigilar el modo cómo Santos Hernández, el forjador, herraba a Soldán, asió por un brazo a Ochoa que pasaba corriendo, sonsacándole más noticias sobre el acontecimiento.

–Deja de gritar, miembro de Satanás. ¿De dónde son los barcos? ¿De España?

–Supongo que sí. ¿De dónde podrían ser? El gran Moctezuma llamó a nuestro general para mostrarle unos dibujos de ellos. Acaban de llegar. Dieciocho en total. Cientos de hombres, caballos, cañones. ¡Viva, viva! Los capitanes están reuniéndose con el general. Será mejor que se apresure. –Se irguió por debajo del brazo de Pedro, desapareciendo por la esquina inmediata, propalando a voces la noticia

y corriendo para transmitirla a Catana. El forjador, agachado y con uno de los cascos traseros de Soldán sobre su delantal de cuero, se enderezó para seguir a Pedro hasta la baraúnda del campamento.

De Vargas subió de a dos los escalones de la terraza del general, siguiendo apresurado a través de un lugar lleno de soldados excitados. Atravesada la puerta del fondo, hallose en la sala del consejo en presencia de Cortés y de la mayoría de los principales oficiales que ya se le habían reunido.

Pero una vez adentro, se detuvo estupefacto. En lugar de alegría, silencio; en vez de sonrisas, rostros ansiosos y ojos fijos en la alta figura de Cortés, situado al extremo de la alta mesa. Usualmente tranquilo, ahora hallábase bien a las claras turbado, con labios caídos y los ojos que despedían llamas.

–... Y así el señor Moctezuma trajo uno de esos rollos de tela de algodón –decía–. Ya saben, esa especie de cuadros que los indios emplean para escribir, sonriéndome. ¡Por Dios, y qué sonrisa! "Mira, Malinche, ahora no necesitarás esos barcos que se están construyendo en Villa Rica", dijo. "Hay bastantes barcos para llevarte con tus amigos a casa." Y, ¡por Dios!, que allí estaban: dieciocho naves, aunque cinco habían encallado. ¡Dieciocho! La mayor armada que jamás se haya visto en las aguas occidentales. Y, lindamente dispuestas, novecientos hombres, ochenta caballos, veinte cañones y bagajes en abundancia. Habían desembarcado varios días atrás. Fíjense bien, señores, varios días atrás. "¡Bendito sea Dios!, pensé yo, por todos sus favores!" El perro no habría de saber por mí que algo andaba mal. –Cortés se detuvo–. ¿No habrá quien detenga a esos necios para que no gasten más pólvora? Buena falta nos hará antes de que hayamos terminado.

Francisco de Morla salió a la antecámara. La conversación cesó de repente. A manera del cabrilleo de las aguas, comenzó a extenderse por los terrenos un silencio ominoso.

–¿Pero qué sucede? –preguntó Pedro a Andrés de Tapia, que se hallaba a su lado–. ¿Acaso no enviamos a España un pedido de refuerzos?

–Él cree que las naves no vienen de España –contestó vivamente Tapia–, sino de Cuba.

Alvarado había formulado alguna pregunta, y Cortés contestó impacientemente:

–Pero hombre, piense con la cabeza. Si esas naves fuesen españolas, ¿no habría alguna de ellas recalado por lo menos en Villa Ri-

ca? Allí está nuestro cuartel general, no en San Juan de Ulúa, como nuestros agentes Montejo y Portocarrero bien conocen. Pero concediendo que por alguna razón anclasen todas en San Juan, ¿no habrían enviado un mensajero apresuradamente para avisarnos, o siquiera a Sandoval en Villa Rica? ¿Tendríamos que esperar noticias por intermedio de este indio?

Era un argumento convincente. Pedro consideró que desde el desembarco de esa fuerza había transcurrido tiempo suficiente para que el mensaje hubiese llegado a manos de Cortés. Los capitanes cambiaron miradas de inquietud.

–Y hay otro punto –agregó Cortés–. No se necesita leer el pensamiento para advertir que Moctezuma sabe más de lo que dice. No soy tan tonto como para no advertir el sarcasmo, por muy disimulado que esté. Siguió hablando de nuestros hermanos, nuestros hermanos llegados en esos barcos, ¡de veras!, sin dejar de sonreír. Me mostró un cuadro de ese imbécil de Cervantes, a quien enviamos con la partida de exploración hacia el sur, bebiendo junto con esos mismos hermanos. Juraría que ese bribón les está sirviendo de guía y de intérprete. No, señores, no debemos engañarnos a nosotros mismos. –Golpeó fuertemente con los nudillos sobre la mesa y continuó–: Esa flota es mal presagio para nuestra empresa. Apostaría un peso contra un maravedí a que Montejo ha recalado en Cuba, a pesar de nuestras órdenes. Quizá habrá sido capturado, y el oro enviado por nosotros a España no pasó de allí. De todos modos, ha trascendido la noticia de nuestro tesoro, y ya tenemos sobre nosotros los tábanos del gobernador Velázquez, ávidos por apoderarse del botín. ¿No fue suficiente tener que habérselas con medio millón de aztecas para que encima tengamos que ocuparnos de una cantidad de hermanos, doble que nosotros? Y así, señores, tendremos que hacer frente a la ruina de nuestras esperanzas, de nuestros trabajos y de cuanto hemos conseguido. ¿Haremos frente a ello bien unidos? –concluyó después de haberse detenido unos instantes pasando revista a los presentes.

–¿Qué quiere decir, Hernán? –interrogó Marín mientras se retorcía la barba roja.

–Pues es bien simple. Puede ser que algunos hallen más saludable como el señor Cervantes, unirse a nuestros hermanos de la costa. Quizá no tenga mucho de tonto. Tal vez sea un hombre prudente el que a esta altura desconfía de nuestra ventura y sea un ton-

to el que permanezca a mi lado. Hablen, caballeros. Espero vuestra decisión.

Sabía la manera de sacar chispas del pedernal español. El grupo de aventureros situado alrededor de la mesa, cada uno tan individualista y con los ojos puestos sobre la primera oportunidad, no era principalmente leal; eran simplemente jugadores. Pero tenían las virtudes del jugador: temeridad, camaradería y fe inconmovible en la fortuna. Y Cortés era ante todo un conjunto de esas virtudes para ellos. Arrastraba a los hombres, contentos de sufrir, de morir, inclusive de ser despojados de sus ganancias, solamente por la aventura, por los momentos más agitados que les habría de proporcionar.

Los capitanes expresaron su decisión con un gruñido.

–Muy bien entonces, caballeros, –dijo Cortés, llenos los ojos de orgullo. En seguida prosiguió–: Doy por sentado que resistiremos juntos. Dios quiera que los ciento cincuenta hombres que fueron enviados a Coatzocoalco con el capitán Velázquez de León piensen lo mismo. Sería un triste golpe de otro modo. Pero es pariente del gobernador Velázquez.

–¡Por Dios! –terció De Ordás, que fuera de los amotinados durante los primeros días de la expedición–. Yo lo fío. ¿Pueden imaginarse a Juan pasándose a una partida de esos cobardes cubanos?

–Cristóbal –ordenó Cortés, volviéndose hacia Olid–. Que parta un mensajero en seguida para el capitán Velázquez y otro para el comandante de Chinantla, Rodrigo Rangel. Que se les comuniquen las noticias y lo que hemos resuelto. Que se reúnan en Cholula para esperar los acontecimientos, antes de que les corten la retirada por separado. Caballeros, tendremos que recoger velas en nuestra empresa, hasta tanto pase la tempestad. –Su mirada se detuvo en Tapia–. Hijo, Andrés, prepárate para partir dentro de una hora hacia Villa Rica, llevando una carta mía para Sandoval, apresurándote día y noche. Pedro de Vargas, por el momento, permanecerá de servicio junto a mí... Adiós, señores, y que cada uno de vosotros cuide del espíritu de sus hombres. Nada de caras largas ni de dudas. En cambio, muchas promesas. Cuando haya poca miel en el jarro, pongámonos un poco en la boca, según corre el dicho popular. Pero, por encima de todo, que cada uno encomiende su compañía a Dios Nuestro Señor.

Y así, con un ojo en los animosos aztecas y el otro en la costa, el ejército esperó día tras día, tenso como el filo de un arma, en tan-

to que, poco a poco, informe tras informe, se filtraba la verdad sobre los desembarcos en San Juan de Ulúa.

Como de costumbre, Cortés había juzgado adecuadamente. Tratábase de una flota enviada desde Cuba para vindicar los derechos del gobernador Velázquez sobre las nuevas tierras ocupadas por la expedición. ¿Acaso no era el que patrocinara la expedición? ¿No hubo de partir en su nombre? Su propósito era que no se le despojase de su parte en la inversión. La sospecha del general en cuanto al barco enviado a España con el tesoro, resultó igualmente exacta. Aunque pudo escapar de la captura, recaló en Cuba para echar un vistazo a su hacienda en El Marién, desde donde la nueva se esparció por toda la isla como el fuego en la campaña. ¡Oro, oro al oeste! Y a montones. ¿Y quedaría así no más, sin que nadie la disputase, esa riqueza caída en manos de un atajo de traidores alzados contra su excelencia?

Novecientos valientes, con la bolsa vacía, hallábanse ahora en la costa para ventilar el problema comandados por el gran Pánfilo de Narváez, quien tomaría posesión de Nueva España, por las buenas o por las malas. Pero la tomaría.

–¡Pánfilo! –exclamó Catana arrastrando las palabras y puesta la mano sobre la cadera, en medio de un grupo de soldados–. ¡Pánfilo! ¡Valiente nombre! Nos hace recordar el pavoneo del pavo real. Apuesto a que será uno de esos botarates presumidos. ¡Dios me ayude! Cualquiera que se llame Pánfilo tiene que serlo.

–Vaya si lo es –asintió García–. Cuando habla parece que lo hace una bóveda hueca. Lo conozco, y puede besar donde yo me siento. Pero nos queda un consuelo, hombres: no es esa la rana capaz de desplazar a nuestro zorro, dicho sea con perdón de Cortés.

Los talentos del zorro pronto salieron a relucir, y Pedro de Vargas hubo de aprender otra lección del arte de la guerra. Un día aparecieron tres embajadores del general Narváez, del lado de tierra firme, junto a la calzada meridional. Habiendo cometido la imprudencia de visitar al fiel Sandoval para que rindiera el puesto de su mando en Villa Rica, dicho oficial los hizo atar de pies y manos, cargándolos como pavos a espaldas de cargadores nativos y despachándolos a Cortés, bajo custodia de Pedro de Solís, al mando de veinte hombres. Dejando a sus prisioneros del otro lado del lago, en Iztapalapan, De Solís hizo anunciar su llegada al general, relatando al mismo tiempo la historia. Era algo tan típico de Sandoval, que Pe-

dro, que se hallaba presente, no pudo menos que sentir nostalgia del amigo, aunque sin dejar de reírse por ello.

–Esos gordinflones pasaron un buen rato a espaldas de los *tlamemes*; se lo aseguro a vuestra excelencia –concluyó Solís–. Y han tenido ocasión de contemplar algo del país, abriendo sus ojos ante las riquezas de Nueva España. Y ahora se hallan sentados con la boca abierta del otro lado del agua, contemplando esta hermosa ciudad y sin saber si es un sueño o si están hechizados. ¿Cuál es la voluntad de su señoría con respecto a ellos?

Aunque los españoles perderían prestigio si penetraban en la ciudad de Tenochtitlán sus hermanos blancos a la manera de fardos de mercaderías y a hombros de esclavos, parecióle a Pedro que Cortés exageró un poco al guardar las apariencias. Los prisioneros entrarían a caballo, recibirían excusas por la barbaridad perpetrada por Sandoval, así como presentes, mostrándoseles las bellezas de la ciudad a medida que se fuesen aproximando a ella.

–Hijo Pedro –contestó ante las protestas de De Vargas– le queda mucho que aprender acerca de la dirección. Una araña teje su tela hilo tras hilo. ¿Cree que cuatrocientos de nosotros pueden pelear contra novecientos nada más que con los aceros?

Como resultado de ello, cuando el padre Guevara y sus compañeros fueron saludados cordialmente por el mismo general, después de haber sido propiciados con excusas y regalos, llevados a través de la avenida alineada de palacios a ambos lados, que cruzaba la ciudad, y luego de haber cruzado la gran plaza central y ser recibidos por el ejército en plena regalía, su fidelidad a Narváez había sido abandonada como cualquier camisa rota. Un hilo de tela de araña los sujetaba con fuerza, y ese hilo era de oro. ¡Qué afortunados los soldados del generoso Cortés, que compartieron el botín de tal imperio!

Lleno de admiración, Pedro contempló cómo se completaba el tejido durante los días que se sucedieron. Muy en contra de su voluntad, Guevara y sus compañeros habrían de regresar junto a Narváez para cantar en su campamento las alabanzas a Cortés, exhibiendo a la vez sus riquezas. La armada de Cuba dedicose a cuchichear. ¿A qué pelear? Había oro y tierras para todos y un general magnánimo esperando para compartirlos con ellos. ¿Qué objeto tendría luchar en favor de Pánfilo de Narváez, incapaz de soltar un centavo si se presentaba la posibilidad de guardarlo para él? ¿Y a qué luchar?, preguntaba Cortés en una carta llena de tacto al general cuba-

no, dirigida no tanto a él como a sus capitanes. ¿Por qué no reunirse como camaradas? Por supuesto, aquella charla sobre castigos y rebeldes, aplicados a los colonos reales de Villa Rica, no tenía sentido. Villa Rica era muy capaz de velar por sus derechos. Pero se podía negociar. Llegar a un entendimiento. ¿Para qué hacer el juego a Moctezuma, destruyendo un año de trabajos, de colonización y de conversación, con una guerra entre españoles?

Era una ofensa diplomática.

Fray Bartolomé de Olmedo, cuya condición de sacerdote le procuraba inmunidad, fue el encargado de llevar la misiva, junto con un rico presente en oro para sobornar a los hombres de arraigo entre los invasores.

–Hijo mío –expresó a Pedro la víspera de su partida–, si con un poco de tacto o por medio del soborno me es posible evitar el derramamiento de sangre entre amigos y aun entre parientes, será una buena obra, y con gusto me dedicaré a ella. –Luego agregó, después de un suspiro–: ojalá fuese posible con sólo predicar el Evangelio de paz y buena voluntad; pero en la tierra hay que valerse a veces de los medios mundanos para servir a Dios.

Habían ido caminando juntos, y llegaron al aposento de la parte de Cortés que servía de capilla, cuyo umbral acababan de traspoñer. La luz del altar y unas pocas velas votivas iluminaban débilmente el lugar, bajo y alargado.

–Sí –convino Pedro–, y entre tanto es una buena nueva que el capitán Velázquez de León piense como nosotros y ya esté en marcha hacia Cholula. Sin él, habríamos constituído un frente bastante pobre. El general cree que no podrá evitarse la lucha, a pesar de todas vuestras conversaciones, padre.

–Bien sabe Dios que anda equivocado –contestó Olmedo.

–Lo que más me enoja –prosiguió De Vargas–es ver cómo el oro que tanto sudor y sangre nos ha costado va a parar a los bolsillos de esos papanatas que no tuvieron el coraje de unirse a nosotros en la empresa, y ahora vienen babeando para participar en sus frutos.

–Así es también el mundo, hijo mío.

–Supongo que tendrá la lista de todos los que hay que engordar en el rebaño de Narváez –rezongó Pedro.

–Sí, está completa, gracias al padre Guevara; hay cubanos y españoles.

–¿Españoles? ¿Quiénes son?

–No venidos directamente de España –dijo el monje, meneando la cabeza. Luego cambió el tema–. Hijo mío, debo partir mañana con el alba. Dado lo incierta que es la vida, quién sabe si volveremos a vernos. ¿Recuerdas una conversación que tuvimos en aquella colina situada sobre Trinidad de Cuba?

–No es probable que la olvide, padre, así como tampoco vuestra bondad.

–La bondad de Dios, por favor –dijo el fraile, poniendo su pesada mano sobre el hombro del otro–. Eras culpable de un pecado mortal. Tu enemigo te había hecho un gran perjuicio, pero tú tratasте de hacerle otro mayor, con la destrucción de su alma. El perdón de Dios sobre ti dependía de que perdonases a Diego de Silva y lo tuvieses presente en tus oraciones. Juraste que lo harías. ¿Has cumplido tu juramento?

–No en los últimos tiempos –contestó Pedro, sonrojado. Después trató de desviar la conversación–. De todos modos, el hombre está vivo.

Preguntábase el motivo de que Olmedo suscitase ese tema en tal oportunidad.

–Desde entonces –continuó el monje–Dios te ha protegido, haciéndote medrar. Piensa bien... en Cempoala, en la nave *La Gallega* aquella noche, cuán a menudo en las batallas y en las escaramuzas.

Eres capitán y muy estimado del general. Tú, que nada tenías, ya eres rico. ¡Piensa en ello! Y a cambio de todo eso Dios no te pidio nada más que perdonases a tu enemigo y rezaras por él.

–¡Por la Cruz! –murmuró Pedro–. Lo perdono. No fue sino un olvido...

–¿Olvido? –repitió el monje–. Fíjate bien, Pedro de Vargas: si olvidas tu voto, Dios también te olvidará. Arrodíllate ahora mismo ante el altar y repite tu juramento. Y no vuelvas a olvidarlo. Yo me arrodillaré contigo.

Pedro pensó en la criatura que Catana llevaba en su vientre, y un estremecimiento lo invadió, haciéndole pronunciar:

–¡Ay de mí, pecador!

Y de esa manera, junto al padre Olmedo y frente al altar, renovó su juramento.

Pero si Cortés, sin dormirse e incansablemente, tejía su tela protectora, ya con oro, ya con promesas o con acero, sobre la tierra que había conquistado, y tenía proyectos de conservar, el *Uei Tlatoami*, Moctezuma hizo también su parte en sus aposentos de al lado. Es-

taba claro que había establecido contacto con Narváez y que el oro azteca ya se hallaba también en sus cofres; y, evidentemente, la cosa estaba siendo agitada para que los indios se pusiesen del lado de Narváez. Los informes manifestaban que el emperador había prometido entregar a Cortés, vivo o muerto, a los invasores, a cambio de la promesa de éstos de librarlo de la protección de Malinche.

–¡Y pensar que una cosa bien sencilla lo curaría todo, Hernán! –murmuró Alvarado en una de las reuniones del consejo.

–Sí –asintió el general–, pero la paciencia es la virtud de los que necesitamos. Si Moctezuma llegase a morir, el diablo andaría suelto tanto aquí como en la costa. Aun así –meneó la cabeza– nos hallamos en una situación nada agradable, padrino. Hay que recordarlo y no perder la calma hasta que pasemos del otro lado.

De acuerdo con lo informado por el padre Olmedo en sus cartas, no todos los capitanes enviados por Velázquez eran accesibles al soborno; algunos de ellos consideraban más prudente apoderarse de todo que negociar y compartir. Narváez, sin haber sido aún influenciado por la diplomacia de su adversario, echaba rayos y centellas, marchando sobre Cempoala.

Los despachos de Sandoval desde Villa Rica hablaban de agitación entre los indios de la costa y de medidas de defensa desesperada. El tiempo había llegado para algo más que proyectos. Y para ello, además, Cortés se hallaba preparado.

–Señores –resumió en el último consejo–, tenemos una difícil elección que hacer, o más bien, no se trata de elegir en absoluto. Es cosa de algo o nada. Hay que obrar, actuar y, con la ayuda de Nuestro Señor, nos libraremos de un peligro para enfrentar el siguiente. Si esperamos nos tomarán entre dos, Narváez y los aztecas. En consecuencia, la mitad marcharemos mañana... ¿Dividir nuestras fuerzas?, dirán ustedes. ¿No dejar sino noventas hombres con quinientos de Tlascala para retener la ciudad? ¡Qué peligro! ¡Vaya si es un gran peligro! Peligro para los que se van y para los que se quedan: un puñado aquí contra miles; otro allá, cuando nos encontremos frente a los novecientos castellanos en Cempoala. ¿Por qué no marchamos todos juntos? Caballeros, la respuesta es sencilla: una vez que abandonemos la ciudad, jamás volveremos a poner los pies en ella; perdida la ciudad nos encontraremos, como quien dice, fuera de la silla de Nueva España, que no puede ser gobernada sino desde aquí; habremos perdido nuestro premio principal. –Se detuvo un momento, antes de proseguir con su voz metálica–: Y de tal modo,

con la ayuda de San Jaime, probaremos la medida de la fortuna. Es posible que esos perros indios se contengan hasta ver cómo nos va en Cempoala. Si el resultado nos es adverso, los hombres que aquí permanezcan pueden darse por muertos; si salimos bien de la lid, tendremos que tirar nuevamente los dados. ¿Hablo con claridad?

–Está maravillosamente claro –rió el capitán Marín, que se hallaba haciendo incisiones en la mesa con su cuchillo. Lo arrojó a lo alto con la hoja para arriba, recogiéndolo después en el aire por el cabo.

–¿Están conformes entonces, caballeros?

Un murmullo de asentimiento siguió a su pregunta.

–Entonces nombró al capitán De Alvarado para que me reemplace durante mi ausencia. Los ojos del general recorrieron el círculo de los presentes, deteniéndose en Pedro–. Con Pedro de Vargas como segundo comandante.

–Pero, su excelencia... –estalló Pedro, que había estado pensando en la marcha hacia el mar, en encuentros con los cristianos. ¿Permanecer allí, encerrado y a la espera? ¿Por qué elegirlo a él?– Excelencia...

–Es un puesto de peligro, señor De Vargas. A propósito, se quedará con Juan García como abanderado. Es necesario que junto con Alvarado custodien bien la perla de nuestras ciudades. Y digo guarden bien..., con ingenio y astucia, que serán de más ayuda que la fuerza. Vigilen bien.

Puesto de peligro. Las palabras acallaron toda protesta, que se extinguió como una llama que se apaga.

A la mañana siguiente (era en los comienzos de mayo), la compañía se reunió después de celebrada la misa en el patio grande del recinto. Hubo corteses despedidas entre el general y Moctezuma, veladas amenazas de cada parte, algo así como el resplandor del relámpago detrás de las nubes. Y despedidas, no tan corteses, entre camaradas; acaso lágrimas también, pues los curtidos veteranos no eran insensibles a ellas. Redoblaron los tambores y las cornetas tocaron llamada. Acudieron infantes y jinetes. Cortés subió sobre su corcel y Molinero se levantó sobre sus patas traseras.

"¡Hasta luego! ¡Hasta la vista! ¡Adiós! ¡Buena suerte!"

Abriéronse las puertas ante Corral, que iba al frente de la fuerza portando el negro estandarte de la expedición. No transcurrió mucho tiempo antes de que el reducido grupo de infantes y jinetes

desfilara. Y una vez que hubieron desaparecido, a Pedro le pareció que el patio resultaba enorme y vacío.

50

Nervios. No es que Pedro de Vargas supiese lo que eran, pero, sin embargo, sufría de ellos. Los nervios convirtieron su sueño en algo irregular, haciendo que se despertase con frecuencia. Por la noche, el rugir de los animales salvajes –pumas, jaguares, ocelotes, osos y lobos– de la colección real lindante con el palacio de Moctezuma, el palacio ahora vacío, situada al otro lado de la gran plaza central, se hizo símbolo de fuerzas salvajes que lo rodeaban. Durante el día, el murmullo de la ciudad crecía hasta convertirse en siniestra murmuración de traiciones y cuchicheos. ¿Qué estaría fraguando Moctezuma detrás de la bien vigilada entrada de sus aposentos? Nunca faltaba tampoco la inevitable pregunta sin respuesta por el momento: ¿Qué estaba sucediendo allí en la costa? Y por si era eso poco, el peso abrumador de la custodia de esta reina de las ciudades, la del emperador azteca, con sus setecientos cincuenta mil pesos en oro, que era preciso retener.

–Hay bastantes víveres, suficiente agua y pólvora; pero, ¿cómo andamos de cerebros? –dijo García una mañana al regresar de una visita a las provisiones.

Hizo la pregunta a medias; más bien diríase a sí mismo. Aunque con frecuencia mantenida en silencio, era la pregunta que invadía todos los cerebros. Ausente Cortés, su mano maestra fuera del timón, la diferencia se observaba en todos los detalles; la notaba Moctezuma, muy poseído y sonriendo astutamente; los oficiales, malhumorados y cubriendo su ansiedad con balandronadas; los de Tlascala, que susurraban de Malinche. Y no menos que todos los comandantes, Alvarado y De Vargas. Las buenas intenciones, la clarividencia, el coraje no constituían el genio, y solamente éste era capaz de afrontar la situación. Todo lo que se llevaba a efecto parecía incierto y como imitación, siempre presente en el pensamiento alguna pregunta, tal como: ¿Estará bien? ¿Qué habría hecho el general en este caso?

¿Era correcto, por ejemplo, haber otorgado permiso, a pedido de Moctezuma, para el festival de Toxcatl, las danzas anuales en honor de Huitzilopochtli y algunos otros dioses imposibles de pronunciar? El festival duraba veinte días, suponiendo una reunión de je-

fes de todo México y de las provincias tributarias. Era evidente que los aztecas pensaban atacar en caso de que Cortés perdiese la batalla contra Narváez. Pero, ¿no atacarían inmediatamente en caso de serles denegado el permiso? Entonces significaba un adelanto de veinte días. De acuerdo a las circunstancias, la concesión del permiso, prohibiendo desde luego todo sacrificio humano, parecía una suerte de compromiso que Cortés habría contraído. Sin embargo, nunca se estaba del todo seguro de haber acertado.

–¿Cerebros? –repitió Pedro.

García se echó a un lado el casco de acero, rascándose la cabeza.

–¿Cerebros? ¡Ah, sí!, camarada, ya comprendo.

Observó a la distancia la figura de Alvarado, que se hallaba tomando sol en la terraza de su aposento. La luz del astro, al darle en la barba rojiza y en su espléndido equipo, dábale una brillante apariencia que merecía el sobrenombre de azteca *Tonatih*, dios del sol. Por otra parte, Pedro, algunas veces pensaba en él como si fuese una cebolla glorificada. Despojárasele de sus maneras populares que cautivaban a todo el mundo y se llegaría a su maravilloso físico, su bravura sin tacha; debajo de ésta, hallaríamos una fría avaricia, bordeada de crueldad; pero, ¿y debajo de ella? ¿Astucia, habilidad... o nada?

–No. Juan, no pensaba en Alvarado. Me refería a mí mismo; o quizá a todos nosotros. ¡Cristo! Dos semanas atrás bien poco sabía lo que significaba ser capitán. Ejecutar órdenes, conducir un destacamento, llevar a término determinadas tareas, sí; ¡pero pensar y equilibrar, andar a la ventura, adivinar! Me parece sentirme como colegial. Es mucho para mí.

–Todo te está saliendo bien –gruñó García–. Haces lo mismo que cualquier otro en tu lugar. No lo tomes tan a pecho, niño. Quien hace falta aquí es el general... Parece que hace mucho que él y sus compañeros se ausentaron, ¿verdad?

Pasaban por delante de un grupo de guerreros tlascalas ocupados en pintarse sus desnudos cuerpos de blanco y amarillo en el centro del patio. Uno de ellos golpeaba un tambor de mano, cantando a la vez monótonamente, como el gruñido de un perro atacado por la luna.

–¡Hum! –murmuró García–, pintándose para la guerra, ¿eh? Quizá tenga razón. Son capaces de presentirla.

–Lo que quisiera saber –prosiguió De Vargas, expresando en voz alta su manera de sentir–, es por qué nos eligió para que nos

quedásemos aquí. Nuestro lugar habría sido en la marcha o al menos allá en Cempoala. No hay nada extraño en cuanto a Alvarado. Es un capitán con cierta antigüedad y tenía que ser elegido. Pero en cuanto a mi puesto, ¿por qué no Ordás, Morla, Marín u otra media docena de ellos? ¿Por qué nosotros?

–Yo te lo diré –contestó García con sus maneras positivistas–. He pensado bastante en este asunto. El general siempre tiene una o dos razones para todo lo que hace, a veces más. Una es superficial; las demás se las reserva. Se me ocurre que ha tenido en cuenta el estado de Catana, sabiendo que no se halla en condiciones de sufrir una marcha y que no querrás abandonarla en tal estado. Entonces se habrá dicho: "De Vargas se encontrará atado entre dos caminos: uno con nosotros; otro con la moza. Es un buen hombre, como no hay otro..., por supuesto, ni Ordás, ni Marín, ni Morla. Me será más útil en la ciudad, cuidando de su concubina y de los intereses de la compañía al mismo tiempo, que languideciendo durante la marcha." Claro que no podía decirte nada de eso. En cuanto a elegirme a mí –García agregó complacido–, está tan a la vista como mi pie. Quería un hombre maduro y de experiencia para que te tranquilizara, mi amigo. ¿Y quién tiene más experiencia que yo en esta compañía?

Pedro hubo de reírse; pero García había dicho algo sobre Catana. Posiblemente tuviese razón.

–Bien; cualquiera que sea el motivo aquí estamos. Queda por ver cómo saldremos.

Dirigiéndose hacia el muro del otro lado del patio, provisto de una empalizada después de la alarma de abril, discutiendo sus posibilidades de defensa, pasando luego el resto del día con los centinelas de la puerta. Puesto que una de las hojas se hallaba abierta, cruzaron el umbral para dar un vistazo a la gran plaza.

Ese día encontrábase llena, pero a la primera ojeada advertíase una multitud distinta de la usual. La plaza brillaba con el ropaje de los festivales, con sus jefes adornados con penachos de plumas, corazas rellenas, joyas, prendas de plumas y de pieles; tratábase del poderío mexicano. Existía un amontonamiento general hacia los portales del Muro de las Serpientes, que rodeaba la pirámide del templo, donde estaban a punto de dar comienzo los ritos de carácter religioso. La Virgen y el Niño ocupaban uno de los altares de su amplia cima, hallándose en el inmediato ídolos aztecas, condominio que todo español que pensase correctamente, lo mismo que todo azte-

ca, lamentaba de veras, hallándose dispuesto a corregir esa anomalía tan pronto como fuera posible.

–¿Cuánta gente calcularías que hay? –interrogó Pedro, observando la muchedumbre, continuamente engrosada por la corriente incesante a lo largo de la avenida–. ¿Dos mil, tres mil?

–Bastante cerca de los diez, compañero –contestó García después de haber escupido con semblante serio–. ¡Qué montón de oro y de piedras preciosas derrochados sobre esos esqueletos paganos! Si los juntásemos nuestro tesoro aumentaría por lo menos en doscientos mil pesos. Bueno, el momento se va aproximando. Entretanto, fíjate bien; todos esos bastardos son hombres de pelea.

–Pero están desarmados.

–Sí, pero cuando la gente de guerra se congrega, no andan muy lejos las armas.

La muchedumbre a lo largo de la avenida pasaba ante la puerta, frunciendo el ceño al ver a los españoles o lanzándoles miradas fulminantes. Pedro y García los observaban fijamente, con los brazos en jarras y las piernas separadas.

Entonces hizo su aparición repentina una procesión. Dos jóvenes, con guirnaldas de flores en la cabeza y el cabello muy recortado, acercábanse tocando flautas de caña y moviéndose en una especie de pavoneo, a modo de danza ceremoniosa. Eran los jóvenes nativos más hermosos contemplados por Pedro hasta la fecha, de facciones perfectas, bien formados y no demasiado morenos. Un séquito maravilloso de pajes y doncellas los acompañaban, derramando flores, bailando y adoptando diversas posturas. La multitud les abría paso, tocando algunos el suelo con las manos y llevándoselas a la frente y postrándose otros verdaderamente en evidente adoración.

–¡Caramba! –exclamó Pedro–. ¿Qué sodomitas, príncipes o demonios son estos malditos?

–No, señor –exclamó una voz gutural junto a él–, son dioses.

Pedro desvió su mirada de la procesión lo suficiente para advertir que quien hablaba era un jefe tlascala que ya había aprendido bastantes palabras castellanas como para hacerse moderadamente inteligible. Bautizado, llevaba por nombre Bernardo, toda vez que para una lengua cristiana era poco menos que imposible pronunciar su verdadero nombre.

–¿Dioses, eh? –gesticuló Pedro–. ¿Qué quieres decir?

–Lo que ha oído, señor. Dioses, inmundos dioses tenochcas. ¡Ojalá que Nuestro Señor los haga volar a todos!

–¿Cómo dioses?

Bernardo explicó entonces, entresacando De Vargas de la confusión de palabras que los jóvenes, si no dioses, eran al menos encarnaciones. Uno Huitzilopochtli; el otro Tezcatlipoca. Elegidos un año atrás por los sacerdotes, habían sido cuidados, mimados y regalados como deben serlo los dioses. Las lindas muchachas que los acompañaban eran parte de esa preparación.

–Así también sería yo dios, Bernardo– dijo García, golpeándose el muslo.

–¡Humph! –contestó el indio–. ¿De veras, señor? Ahora van hacia la muerte. Pronto quedarán desnudos, no les arrojarán flores, romperán sus flautas. Luego subirán al teocalli, donde pronto rájanles barriga, arrancándoles corazones. Corazones chorreando para Tezcatlipoca y Huitzilopochtli. Pueblo luego los come. Cabezas arrancadas, clavadas tzonpantlis aquel.

Pedro siguió el dedo del indio, que señalaba los dos altos postes, no advertidos antes y que aparecían en lo alto del muro del recinto del templo, haciendo desaparecer su sonrisa.

–Fíjate, Bernardo, estás hablando de sacrificio humano, hombre. Y eso es lo que hemos prohibido. Los aztecas aceptaron esa condición cuando les dimos permiso para celebrar el festival.

Bernardo se encogió de hombros, no necesitando palabras para expresar su creencia de que los aztecas harían su voluntad, con permiso de los españoles o sin él.

–Sin sacrificio no hay fiesta –aseguró.

–Bueno, en seguida sabremos la verdad –dijo Pedro, cuyos músculos se contrajeron. Sus ojos se posaron en un sacerdote nativo tocado de negro y con plumas blancas en el cabello, evidentemente retrasado para la ceremonia y muy atareado abriéndose paso con los codos a través de la muchedumbre que llenaba la avenida. En seguida dijo–: Juan, hazme el favor de traerlo.

García se precipitó sobre la multitud que pasaba, abriéndose paso con su pesada humanidad y tomando al sacerdote del cuello con un brazo, en tanto que el otro lo sujetaba del hombro, volviendo a salir de entre los nativos como la anguila que lleva un pescado.

La muchedumbre lanzó un gruñido.

–Que salga la guardia –gritó Pedro.

Los centinelas de la puerta, reforzados por los piqueros de vigilancia continua junto a ellos, formaron una cuña entre el sacerdote y la multitud, ahora frente a De Vargas.

–¡Xiuhtecuchtli! (dios del fuego) –murmuraba la multitud. Era el nombre de Pedro, originado quizás por sus cabellos rojos, implicando temor y respeto a la vez. Tal vez fuera por ello o porque las ceremonias religiosas estaban dando comienzo, lo cierto es que no se precipitaron sobre los piqueros, siguiendo su camino malhumorados. Solamente unos pocos se arremolinaron, formando un círculo al otro lado, con ceño fruncido.

Pedro observaba al pontífice con disgusto. Era oscuro, desafiante y gruñón. Tenía los labios y las mejillas embadurnados con algo brillante, como miel. Las plumas blancas de sus cabellos sobresalían a la manera de enormes cerdas.

–¡Hola, padrino! –dijo De Vargas–. ¿Qué significan aquellos dos palos en punta del otro lado del muro del patio? Si alguien conoce para qué son, tú eres uno de ellos…Bernardo, tradúcele mi pregunta.

El tlascala, que frunció el ceño ante el aborrecido azteca, tradujo altaneramente. Los ojos del sacerdote despidieron fuego, haciendo rechinar al mismo tiempo los dientes. En otra oportunidad habría respondido discretamente, pero las maneras de García para con su persona lo volvieron furioso. Estalló en una serie de palabras, a manera de silbidos, irguiéndose y tratando de dominar con su mirada los verdes ojos del capitán español.

–Bien, ¿qué dice? –inquirió Pedro.

–Dice, señor –Bernardo se pasó la lengua por los labios secos–, el hijo de p…, dice que esos postes son para clavar nuestras estúpidas cabezas después que la gente nos haya matado. Dice que, ciertamente, sacrificarán a sus dioses todo lo que les venga en gana.

–¿Cortarnos la cabeza, eh? –La mano de Pedro saltó a su cuchillo–. ¡Por la santa misa, que no vivirá para presenciarlo!

Pero en ese momento un frío pensamiento le atravesó la imaginación, haciendo que su puñal volviese de nuevo a la vaina. Ya no era más un agente libre sino alguien con autoridad. ¿Qué habría hecho el general en esa oportunidad? Seguramente no eso. No era momento para resentirse ante la insolencia. Dio un suspiro.

Un nuevo impulso de cólera lo sacudió. Asiendo la muñeca del hombre, levantó el brazo, fuerte como era, dando vuelta a la mano

del sacerdote contra la gola de acero que rodeaba su propia garganta.

–Es un cuello duro, padrino –rió–. Demasiado duro para ti. ¡Déjalo que se vaya, Juan!

El sacerdote lanzó una última mirada de soberbia, al mismo tiempo que movía los dedos medio entumecidos, separándose de la fila formada por los piqueros. García erró el puntapié que le había largado, y una fuerte carcajada resonó en el umbral.

–¡Muy mal, Juan! ¿Qué sucede Pedrito? Parece un gallo alborotado. ¿Estaba tratando de convertir al sacerdote? Me parece que no anda con mucha suerte.

La espléndida figura de Alvarado llenaba el panel de la puerta. Pedro refirió lo que había sabido, haciendo desaparecer la dorada sonrisa del otro.

–¿Conque esas tenemos, eh? –exclamó el capitán en jefe–. Bueno, nos ocuparemos del asunto, enseñando a esos falsos perros que deben atenerse a sus compromisos. De manera que ofenderán a Nuestra Señora y a Nuestro Bendito Señor con sus carnicerías, ¿verdad?...¡Una guardia de cincuenta hombres aquí!

Sonó una corneta. En el ejército nadie tenía que perder tiempo en preparativos, ya que todos sus componentes comían y dormían con sus armas. Cinco minutos después, Alvarado y sus cincuenta hombres marchaban hacia las puertas del Muro de las Serpientes, cortando por entre la multitud como si fuese una cuña de acero, esparciendo la maravillosa muchedumbre dentro del patio del templo y hallándose delante de un espacio libre y reservado para las danzas del ceremonial. Allí, entre dos filas de jefes espléndidamente ataviados, los sacerdotes de blancas plumas en los cabellos y rostros embadurnados de miel tejían una lenta danza, junto a las jóvenes que habían cuidado a las dos víctimas. Pedro tardó un momento en reconocer a los jóvenes, ya desnudos del todo y con los cabellos cortados, que se hallaban a un lado.

No había duda en cuanto a lo que los esperaba. Pronto habrían de hallarse recorriendo su camino entre la procesión de sacerdotes, ascendiendo los escarpados lados de la pirámide, rompiendo en cada escalón las flautas de caña que habían estado tocando durante su año de divinidad y quedando tendidos sobre la piedra del sacrificio. Se hallaban erguidos y satisfechos, exaltados, dioses a punto de derramar su sangre en beneficio de su pueblo. En el cenit de su vida,

pasaban su última hora en un éxtasis de ritmo, de color y de la fragancia del incienso.

Pero el pelotón español no tenía preparación ni tiempo para reflexiones místicas. Por un momento, ambos dioses halláronse al borde de la eternidad; al siguiente lo estuvieron en el centro de una columna de acero que los condujo a través del patio del templo, de la plaza después y hasta el interior del acantonamiento de los hombres blancos. Un rugido levantose detrás de ellos, pero la muchedumbre, inerme, nada pudo hacer. Sus jefes habrían de celebrar consejos, también los acostumbrados ritos. Y, naturalmente, habría que consultar a los agoreros.

–¡Arcabuceros, ballesteros! ¡Cada uno a su puesto! –ordenó Alvarado–. ¡Abran las puertas y preparen los cañones!

Pero no aconteció nada, reduciéndose todo al zumbar de infinitas y furiosas abejas.

–Bien, hijos míos –sonrió a los dioses rescatados–, os hemos salvado bien a tiempo y apuesto a que nos estaréis agradecidos. Nos diréis los planes de esos aztecas…Que alguien les eche una capa por encima, no sea que se ofendan nuestras damas. ¡Adelante! Llévenlos a mi aposento y busquen a Doña Marina para que hablen en su lengua.

–¿Qué ocurre, señor? –Catana preguntó, deteniendo a Pedro.

–Nada importante, querida mía. No te preocupes. Cosas de indios. Hemos impedido que esos individuos fuesen cortados en pedazos en aquel *cu* de allá atrás. Y ahora vamos a interrogarlos para saber qué se trama en la ciudad. Más tarde te lo contaré. Estoy pensando en la manera cómo el general habría procedido.

–¡Pobrecitos! –exclamó ella, observando a los mancebos.

En el aposento de Alvarado, los dioses estaban deslumbrados ante los imponentes capitanes, que para aquéllos eran igualmente dioses y a quienes sus corazones de muchachos aztecas creían más poderosos que nadie. Venían a Tonatiuh y Xiuhtecuhtli –dioses del sol y del fuego, respectivamente– sentados en sillones de alto respaldo, con las espadas cruzadas sobre sus rodillas. La mujer misteriosa y hechicera, que en otro tiempo fuera azteca, hallábase detrás de ellos. ¿Acaso no se turbaba el mismo *Uci Tlatoani*, el gran Moct-zuma, en presencia de estos *teules*?

Pero Tonatiuh gesticulaba.

–Doña Marina: dígales que nos alegramos de haberles salvado la vida, que los tomamos bajo nuestra protección y que no les ocu-

rrirá nada malo. El único servicio que les pedimos en retribución es que nos informen sobre lo que intentan esos demonios de tenochcas. Eso es lo más importante, ¿no, Pedrito?

Después de haber traducido doña Marina, uno de los jóvenes respondió brevemente, no sin antes haber echado la cabeza hacia atrás.

–Se niega a hablar, señores –dijo doña Marina.

–¿Cómo? ¿Se niega a hablar? –preguntó Alvarado, sorprendido.

–A pesar de todo, señor.

–Pero ¡vive Dios! ¿No les hemos salvado la vida a esos hijos de perra? A no ser por nosotros, ahora serían como carne camino del puchero. ¿Es que no poseen gratitud natural? Quizá usted no les haya explicado bien.

–Sí, señor capitán, les he explicado, y me han comprendido; pero no hablarán.

–Vamos. ¡Por la gracia de Dios! Cuanto más trato a estos paganos, menos los entiendo. Tratamos bien a estos borricos del demonio y jamás se les ocurre pagarnos en la misma moneda. Eso de que "amor con amor se paga" no reza con ellos. Bien, entonces tendremos que estimularlos para que hablen. –Encogiéndose de hombros, bastante desalentado, meditando brevemente–: "¿Los torniquetes o las botas? El hierro es demasiado lento. Apuesto a que serán mejor las botas; suelta la lengua más pronto."¡Eh, Alonso –gritó a un centinela que se hallaba en la puerta–, que venga Chávez con la bota! Él sabe cómo calzarla. Y búscame un par de hombres que se encarguen de estos muchachos.

Pedro se pellizcó la barbilla. ¿Qué habría hecho Cortés en este caso? La tortura parecía cruel, y De Vargas, al recordar el calabozo de Jaén, evadía valerse de ella; pero no le era posible hallar otro medio mejor. El que la guarnición sobreviviera requería que se obtuviese toda la información posible sobre los planes de los aztecas. Y los dos jóvenes posiblemente los conocerían.

La bota era un artefacto de duelas de madera fuertemente apretadas alrededor de la pantorrilla. En el espacio entre la madera y la carne introducíanse cuñas de madera, que daban un resultado muy efectivo.

Los dioses extraviados fueron obligados a sentarse sobre bajos taburetes y colocados en posición. Chávez (el que había sido ayudante en la operación sufrida por Pedro en Villa Rica) sujetó la bota

a una de las piernas de un cautivo, levantando después el mazo, cuando hubo introducido también una cuña.

–Doña Marina, será mejor que les explique –indicó Alvarado–. Dígales que no es mi deseo destrozarles la rótula; pero que tienen que confesar. Si la bota no produce resultado, otras cosas lo harán.

Doña Marina tradujo con voz amable, y los aztecas se pasaron la lengua sobre los secos labios.

Alvarado hizo un movimiento de cabeza, Chávez aplicó un mazazo, resonando entonces un alarido, como de un perro que estuviese agonizando. El joven comenzó a hablar.

–Referirá lo que sabe, señor –murmuró doña Marina.

No es que el indio fuese incapaz de resistir el dolor; pero si alguna vez había de cumplir su papel de dios, no tenía que estar tullido. Unicamente los perfectos e incólumes eran aptos para el sacrificio.

–Mucho mejor –convino Alvarado–. Me alegro que no tenga estómago. Así nos ahorra tiempo. Bien; ¿qué sabe?

El joven respondió al interrogatorio de doña Marina.

–Dice que después del festival caerán sobre nosotros –tradujo–. Están preparados los jefes y las armas, esperando únicamente la palabra de los dioses. Aseguran que les hemos engañado respecto de los barcos, y que no es nuestra intención abandonar este país. Si Malinche es derrotado por los otros blancos, bien. Si regresa, también será destruído. No piensan dejar un *teule* con vida. Los sacrificarán a sus dioses, uno a uno. Luego se comerán su carne y colgarán sus cabezas en los *tzonpantlis*.

–¡Malditos sean todos! –gesticuló Alvarado.

Ambos capitanes se rieron, ante el asombro de los aztecas, que los contemplaron fijamente. Posiblemente, los capitanes españoles no pudieron haber hecho otra cosa que causase mayor impresión.

–Hemos sabido poco más de lo que ya conocíamos –observó Pedro–. Más o menos está de acuerdo con los otros informes.

–Solicitan ser puestos en libertad –dijo doña Marina, traduciendo lo que uno de los jóvenes dijera.

–¡En libertad! ¿Para que los corten en pedacitos? –exclamó Alvarado–.¡Por Dios, que es un extraño pedido! ¿Por qué?

–Desean ser sacrificados por su pueblo. Quieren morir por sus dioses.

–¡Qué fanatismo tan singular! –Alvarado meneó la cabeza–. ¡Qué ignorancia, Pedrito!

–Con vuestra licencia, capitán –interrumpió Pedro–, tenemos otras cosas más urgentes que pensar y que hacer.

–¡Oh, muy bien, sea como usted quiera! –rezongó el otro, que después dijo, volviéndose a doña Marina–. En cuanto a ponerlos en libertad, ni pensarlo. Dígales que no pensamos dar nada a Huitzilopochtli, ni siquiera a sus despojos. Que los lleven a encerrar. Si desean ser sacrificados, acaso podremos complacerlos con un poste y un fuego lento.

Cuando hubo sido despejado el aposento, Alvarado quedó pensativo, observando fijamente los anillos de sus dedos gruesos y retorciendo la cadena de oro.

–¡Puf! –bufó finalmente–. ¡Qué mal me huele todo esto! Supongo que no tengo más de cobarde que los otros; pero no me causa mucha alegría la muerte.

Se levantó, recorriendo el lugar de un lado para otro, flotando sus amplias mangas, y con su cabeza hermosa inclinada. Por último se detuvo delante de Pedro.

–¡Cholula! –dijo suavemente–. ¡Esa es la respuesta! Es lo que Cortés habría hecho aquí. Es lo que hizo en Cholula... ¿Recuerda?

De Vargas asintió. ¿Quién lo olvidaría en el ejército? Recordaba cómo habrán sido atraídos a los cuarteles españoles los jefes hostiles que iban camino de México. Y la masacre. Había sido una estratagema de guerra, aunque desagradable. Después, la ciudad que estuviera a punto de levantarse, permaneció tranquila como una serpiente.

–¿Bien? –inquirió.

–Bueno, Pedrito. Esto se parece mucho a aquello. Los jefes se hallan en la ciudad... todos ellos, todo ese montón de estiércol. Mañana acudiremos al festival, pero no en formación, sino para presenciar el espectáculo, ¿eh? Todos los nobles hallaranse dentro... desarmados. Daré la consigna... Espíritu Santo, por ejemplo..., bloqueamos las puertas para que nadie pueda escapar y llevamos una carga. Si procedemos con cuidado, no escapará ni uno. Haremos una limpieza completa. Y luego ¿quién dirigirá a esos perros contra nosotros? Aseguro que no hay otro camino.

De Vargas pensó detenidamente. Si la marea de la ciudad caía sobre la insignificante guarnición, ¿cuánto podrían resistir y de quién podrían esperar ayuda? El fin era inevitable. Si alguna vez se justificó la adopción de enérgicas disposiciones, esa era una de ellas. ¿Qué haría Cortés? De repente, como llovida del cielo, se le vino a la ima-

ginación esta pregunta: "¿Qué habría hecho Don Francisco?" Las facciones de su padre permanecieron unos instantes en su memoria. Su padre, alma de honor, habría recibido complacido una justa lid; pero desdeñoso de toda estratagema, por viable que ésta fuese, ¿cómo habría procedido? Era más fácil de responder que en el caso del general. En el acto se le ocurrió a Pedro que no debería tratar de imitar a ninguno de los dos. La decisión a tomar debía ser suya, de acuerdo a sus propios patrones y a su juicio. Y en ese instante, sin saberlo, pasó una piedra miliaria de su vida.

–Señor capitán –dijo, finalmente, levantándose a su vez y poniéndose frente a Alvarado–. Ese plan me parece mal por dos razones. En primer término, estamos en Tenochtitlán, no en Cholula. Esta gente es tenochca y no cholula. Aquélla era una ciudad reducida y de gente pacífica. Esta, una gran ciudad de guerreros que ha conquistado todo el país. Si matasen a todos los jefes reunidos en el patio del templo, quedarían suficientes para conducir a su pueblo. En seguida nos hallaríamos en guerra con ellos. Tal como están las cosas, tenemos veinte días, plazo en el que muchas cosas pueden ocurrir. Señor capitán, creo que el plan fracasaría en su finalidad y nos sacaría del fuego para arrojarnos en las brasas.

Era un argumento que Alvarado pudo comprender. Se acarició la barba, mientras su mirada denotaba indecisión.

–Es un punto que ya está decidido –admitió.

–La segunda razón es de otro carácter –prosiguió Pedro–. Entiendo que conozco como ninguno la manera de pensar de Cortés, y me consta que lo de Cholula pesa sobre su conciencia. Es más: me lo ha dicho claramente, lamentando haber sido tentado en demasía, al extremo de valerse de medios que repugnan a la conciencia de todo caballero cristiano, y esta compañía está formada por ellos. Recuerde que el padre Olmedo denunció abiertamente semejante acción.

–Debía de hacerlo –murmuró Alvarado–. ¿Pero qué tienen que ver los sacerdotes con la guerra?

–Digo que Cortés vacilaría ante lo que usted propone, señor capitán. Hemos dado permiso. Los jefes se encuentran desarmados.

–Apuesto a que no están muy lejos sus armas –interrumpió el otro.

–Es posible. Pero ello no justifica que nosotros, estando en paz, caigamos sobre ellos armados de picas y espadas.

–Vaya que sí. Sobre todo cuando nos consta que piensan atacarnos. Como entre pillos, ganará el que ataque primero.

–Todavía no me encuentro dispuesto a agregar una bellaquería a mi nombre. Ni por mi fe de hombre honrado permitiré que se trate a los indios de esa manera. El señor Moctezuma amenazó con la guerra en nuestra presencia. Lo retuvimos con un pretexto acerca de las naves, pero sin prometerle nada. Esos aztecas que estaban aquí hace unos minutos amenazaron con la guerra dentro de veinte días. ¿Vamos a mostrar menos honor que esos perros?

–¿Piensa enseñarme alguna lección tocante al honor?- dijo Alvarado, despojándose de toda máscara.

–Pienso interesarme en el mío propio, señor capitán.

–Por un momento permanecieron fríos, alertas y silenciosos. Luego apareció nuevamente la sonrisa de Alvarado.

–Caramba, Pedrito, hay algo de razón en lo que dice. Pero yo soy quien manda aquí y sobre quien recae el peso de las órdenes. Soy responsable ante la compañía. No estoy dispuesto a que estos bribones me agarren dormido, y es mi intención atacar primero si ello promete mejor resultado. Es lo que Cortés haría. Mañana presenciaremos el festival, resolviendo entonces. Si parece que la cosa se presenta favorable, lo haremos; si no, no. Mucho depende de cuánta gente haya allí. ¡Y al diablo los escrúpulos, cuando es la vida de la guarnición lo que se halla en juego!

–Ello está contra mi opinión desde todo punto de vista, señor. No cuente conmigo para esa carnicería –dijo Pedro, apretando sus mandíbulas.

–Usted cumplirá su deber, capitán De Vargas.

Así quedó el asunto. Pedro regresó a su aposento con el corazón dolorido.

–Lo malo es –comentó a Catana cuando examinaron el tema– que hace falta un hombre vivo para engañar al diablo, y Alvarado tiene bastante de aquello. Es de esa clase de hombres que se cree que decide, cuando son los acontecimientos los que deciden por él.

51

Los españoles dirigiéronse de a tres y de a cuatro al día siguiente, debidamente preparados por Alvarado, llegando al gran teocalli y mezclándose con la multitud que lo llenaba. Solamente quedaron en el campamento un puñado, al mando de Juan García, y los de

Tlascala, que no se atrevían a dejarse ver de los aztecas. Que los españoles anduviesen armados era cosa que no había de llamar la atención de los habitantes, pues nunca habían visto sin armas a los conquistadores. La muchedumbre no acogió con simpatía su llegada, recibiéndolos con el ceño fruncido y tolerante de quien espera que le llegue el turno. Por otro lado, las ceremonias religiosas del festival atraían demasiada atención.

Por mucho que lo hubiese deseado, Pedro no hubiera podido negarse a acompañar a los otros. Era el segundo comandante y estaba a las órdenes de Alvarado. De cualquier manera, nada había sido decidido. Por otra parte, bien podría suceder que el insignificante puñado de hombres resultase perseguido en lugar de cazador, en cuyo caso no estaría bien que uno de los principales capitanes se hallase ausente.

De tal modo, y en unión de Chávez, el Ruiseñor Casca y un arquero llamado Santesteban, atravesó la plaza bastante sombrío, lamentando la ausencia de los que habían marchado con Cortés. Lo mejor de la compañía hubo de ser escogido para la campaña de la costa. A Pedro le parecía que si los capitanes hubiesen estado allí para celebrar consejo, el estúpido plan de Alvarado ni siquiera habría sido considerado, por muy plausible que pareciera exteriormente.

La cantidad de gente no era, ni con mucho, la de la víspera, siendo el único punto que reconfortaba. Si las ceremonias de la jornada eran menos importantes o si la captura de los dos jóvenes había arrojado algún velo sobre el festival, lo cierto es que los notables aztecas reunidos en el lugar no excedían de varios centenares. De Vargas observó satisfecho el semblante cariacontecido de Alvarado. Dejando a un lado los escrúpulos honorables, hasta él habría de admitir que la matanza de estos guerreros, a pesar de constituir un golpe, no aplastaría a los tenochcas.

–¿Bien? –preguntó Pedro, llegándose hasta el capitán en jefe.

–Tendremos que esperar –dijo el otro, frunciendo el ceño–; quizá vendrán más. De todos modos, veo entre la concurrencia algunos caciques a quienes podríamos evitar el trabajo de que nos molesten. La cantidad podría ser mayor, Pedrito, pero la calidad es de la mejor. –Se rascó la barba–. ¡Por la Virgen!, ojalá supiese qué debo hacer. Puede que sea nuestra única posibilidad. Y, sin embargo... ¡Mal haya! ¿Por qué me puso Cortés en este aprieto?

Dando vueltas y más vueltas, entrando y saliendo, transcurría la danza de los guerreros, un cambiante caleidoscopio de atavíos de

cabeza, de máscaras, de innumerables modelos y colores. Un pegajoso perfume de lirios y de incienso llenaba el lugar. El golpear de los tambores y el chillido de las flautas se mezclaba en un desconcierto de sonidos que resultaban hipnóticamente rítmicos. Los jefes eran actores a la vez que bailarines, en perfecta cadencia, con cada paso y cada gesto ejecutado con la mayor exactitud y a su debido tiempo. Celebraban, sin duda, determinados episodios de la vida de sus dioses, ya lenta, ya agitadamente. El compás fue avivándose gradualmente hasta llegar a un clímax; se hizo más fuerte, más movido, acelerando hasta el pulso de los mismos españoles, extendiéndose la intoxicación salvaje. Los ojos permanecieron fijos; los músculos, tensos. El resplandor del sol, el deslumbramiento de los colores, el perfume de las flores y el despiadado crescendo del sonido actuaban como una droga.

De pie en el escalón inferior de la pirámide, Pedro lo contemplaba todo, experimentando cómo su cerebro iba a la deriva, vacilante, en un torbellino de sensaciones. La voz repentina de uno que hablaba junto a él pareció lejana, y le costó un esfuerzo tranquilizarse.

–Señor capitán, a vuestras órdenes. Ahora es el momento, sí, ahora. Pronuncie la palabra.

Era Francisco Álvarez, un oficial nada del agrado de Pedro, que lo consideraba pendenciero y camorrista; una especie de autotribuno entre la tropa.

–¿La consigna? –repitió Alvarado, contemplando fijamente la danza, rojo el semblante y las venas hinchadas en las sienes.

–Sí, Espíritu Santo. Ahora o nunca. Déjenos cargar contra esos perros paganos.

–¡Chitón, necio! –ordenó Pedro irritado–. Bien conocía lo que le pasaba a Álvarez. Su propia sangre, alborotada por el golpear de los tambores, ardía peligrosamente. ¡Maldito imbécil!

–¿Dijo imbécil, De Vargas? –interrogó el otro, llevándose la mano a la empuñadura de su espada.

–¡Por Dios! –intervino Alvarado vivamente, extendiendo su enorme brazo–. Tiene razón. Ahora o nunca. Acabaremos con ellos. Vamos a darles un poco de acero. –Su voz resonó por encima del estruendo de los tambores–: ¡Espíritu Santo!

La tensión de las dos últimas semanas, la marea creciente del miedo, la incertidumbre y la desesperación rompió el dique al ser pronunciada la consigna, irrumpiendo hacia delante. Lo mismo que

un relámpago, Alvarado ensartó al más próximo, y, dando luego un tirón de la espada hacia atrás, casi le segó el cuello a otro, en tanto que el puñal de su mano izquierda hundíase en el cuerpo de un tercero. Profiriendo una suerte de grito, atacaba y daba puñaladas en medio de esa multitud alegremente vestida, sobresaliendo su casco por encima de los demás. Por todos lados resplandecían espadas, que luego segaban y se metían en la carne de los jefes. El batir de los tambores daba al lugar un pandemonio de gritos, alaridos, imprecaciones..., un clamor de agonía que se elevaba de entre los caídos, como el espíritu de la locura que se hubiese articulado.

Al abalanzarse contra la salida, los aztecas cayeron contra las espadas de los soldados que guardaban las puertas. Volviéronse hacia los escalones, tropezando con otra barrera de aceros. Luego se dirigieron hacia la entrada de los altares, donde los españoles también montaban guardia. Desarmados, tomados de completa sorpresa, a pesar de ser superiores en número, no contaban con la menor oportunidad. Si trataban de escalar las paredes, eran rechazados a cuchilladas; sus pedidos de piedad eran contestados con un golpe que los reducía al silencio. Relativamente pocos escaparon para esparcir la noticia.

Llevado a empellones de un lado para otro, Pedro no pudo hacer sino contemplar la masacre desesperadamente. Su primer grito de protesta fue ahogado en la explosión, no quedando otro remedio que contemplar la mortandad, disgustado, lleno de vergüenza y asqueado.

A medida que los cadáveres se fueron amontonando, quedando casi cubierto todo el patio, un clamor y una lucha por el botín dio comienzo, dedicándose la tropa a arrancar y desgarrar los ornamentos de oro y piedras preciosas de los cadáveres.

–Te digo que es mío.

–No, ¡por Dios! Yo fui quien lo mató.

Los que discutían tropezaron con Pedro, quien, contagiado por el salvajismo que lo rodeaba, desenvainó su acero, rojo de ira, dando de plano contra la cabeza de uno de los españoles.

El hombre volviose, gruñendo. Era Francisco Álvarez, y una gran alegría invadió a De Vargas. ¡Por los Santos, si era un alivio! Por un instante iba a serle posible apartarse de la bestial escena, por lo que dio rienda suelta a sus nervios.

Pero el alivio resultó de poca duración. La fama de Pedro entre el ejército, que lo consideraba como uno de los mejores espadachi-

nes, detuvo al otro aun antes de que sus tizonas se hubiesen cruzado. Álvarez recibió un corte que le cruzó la cara y otro el hombro, retrocediendo después y huyendo definitivamente, abriéndose paso por entre el populacho que aún se arremolinaba en el patio.

–Vuelve, asqueroso –exclamó De Vargas, comenzando a perseguirlo, cuando delante de él se interpuso un grupo que atrajo su atención. Un azteca de elevada estatura, ataviado con el penacho verde y el lujoso ropaje de los jefes, había tomado posesión de una espada española, blandiéndola a su alrededor y conteniendo por el momento a un par de saqueadores. No acostumbrado al empleo de ella, le fue imposible manejarla mucho tiempo, mucho menos cuando el Ruiseñor Casca, experto en cuerpo a cuerpo, medio agachado detrás de su escudo, se dispuso a dar vueltas a su alrededor al acecho de una oportunidad.

Entonces, como el indio se volviese completamente en su dirección, Pedro reconoció al azteca, a quien anteriormente tomara por Coatl. Él había observado ese rostro expresando la misma ferocidad, como si fuese una máscara, en la barranca, cerca de Jaén. Era el mismo individuo a quien le había salvado la vida y a que había correspondido de igual manera.

Obró conforme al impulso del momento.

Después de dar un salto hacia delante, agarró la espada del indio con un movimiento peculiar, retorciéndole la muñeca y desarmándolo de un tirón. Y en el mismo instante, que llevó a ambos casi mano a mano, advirtió que Coatl lo había reconocido.

–¡Bravo! –exclamó Casca–. Pero, Pelirrojo, reclamo mi parte. Habría agarrado a ese perro en la primera vuelta, a no ser por su intervención.

–Lo mismo digo –agregó Santesteban–. Entonces tendremos que ir a una tercera parte cada uno. Yo me encargaré de hacer este sucio trabajo.

Pedro lo esperaba, y desvió el golpe del puñal.

–No amigos. ¡Por Dios! Dejádmelo a mí. Me he encaprichado con todo su atavío. Creo que será un regalo adecuado para Catana. Os daré vuestra parte; digamos cincuenta pesos a cada uno, ¿eh? Sigan adelante o perderán algo bueno. Yo me encargaré de él.

Un rápido cálculo convenció a los dos individuos de que cincuenta pesos cada uno era una buena suma; por lo menos más segura en oro acuñado que en forma de metal, anillos, pulseras y turquesas. Sabían igualmente el valor de la palabra del capitán De Var-

gas. En otra oportunidad se hubiesen sentido curiosos de presenciar la forma cómo Pedro terminaría con el indio; pero en ese momento todos hallábanse muy ansiosos de arramblar con el botín. Y, por suerte, Coatl tuvo la habilidad de permanecer tranquilo, como el hombre que espera su ejecución.

–Muy bien; haga lo que quiera con él –dijo Casca, apresurándose a retirarse–. Y recuerde: cincuenta pesos.

Pedro tomó al prisionero por la garganta, apoyando la punta de su espada sobre el vientre, no teniendo necesidad de explicarle que era necesario cubrir las apariencias.

–Hace mucho tiempo desde que nos separamos en Jaén –dijo–. ¡Quién diría que volveríamos a encontrarnos aquí, Coatl!

El otro asintió, clavando sus ojos negros en los de Pedro. La mirada expresaba incertidumbre.

–Entonces no supe que eras azteca.

–No azteca –contestó el indio–. Mi país oeste. Amigo de tenochcas. Yo zapoteca.

Algún país tributario. Pedro observó los muros del recinto, a unos cien metros más allá, y estiró la cabeza. Por un momento la costa se encontraba libre. Los otros indios, amontonados en el centro, hallábanse rodeados de un cinturón de espadas, siendo centro de la carnicería y de un fuerte clamor. Otros españoles dispersos dedicábanse a saquear los cadáveres.

–¡Apresúrate, Coatl! Golpea mi espada echándola a un lado; dame un empujón y corre hacia la pared. ¡Hasta la vista!

–Por segunda vez –dijo el otro, levantando dos dedos.

–¡Aprisa, idiota!

–Dos veces, caballero.

Después, siguiendo las instrucciones de Pedro, representó muy bien su papel, dando un golpe para echar la espada hacia un lado, con el brazo desnudo. Zafóse de De Vargas, haciéndolo retroceder con un golpe en el pecho, corriendo hacia el muro, de cuya cima se tomó de un salto, luego de haber puesto pie de otro encima de la albardilla. Finalmente desapareció del otro lado.

Pedro hubo de correr, dando gritos a la vez, terminando por sonreír astutamente, mientras volvía a envainar su espada. Sintió un amago de superstición. ¿Qué extraña conjunción de sus estrellas había dado lugar a que él y Coatl se encontrasen dos veces desde el otro extremo del mundo? ¿Por qué había salvado a ese hombre dos

veces de la muerte? Sería compulsado por las circunstancias. ¿Pero quién disponía esas circunstancias? ¿Qué fuerza…?

–Que eso le sirva de lección, De Vargas –exclamó una voz familiar. Alvarado se agachó para desprender un trozo de género de uno de los indios asesinados, enjugando su espada con él–. Cuando haya agarrado alguno de esos perros, no le dé tiempo para rezar a sus diabólicos dioses. Hay que golpearles fuerte en la cabeza. ¡Víboras escurridizas!

A despecho de su indiferencia, la alegría del capitán en jefe había desaparecido, reflejando su semblante una sombría preocupación.

Pedro observó el suelo, cubierto por arroyos de sangre.

–Bien, señor capitán –dijo secamente–. Lo felicito por tan brillante hecho de armas.

–Maestrillo, mucho cuidado con su descaro –estalló Alvarado, atormentado por su conciencia–. ¿Quién habló de un hecho de armas? Un golpe de política, sí; y muy acertado, a mi modo de ver. No me importa el tono de sus palabras. ¡Por Dios!, que lo castigaré.

–¡Castigar! –exclamó Pedro, mirándolo frente a frente–. Mida sus palabras, señor.

–No con mucho cuidado, hijo mío –retrucó Alvarado con bastante furia–. Es usted quien debe medirse. ¿Se castiga o se azota a los cachorros? ¿O quizá se les cuelga? ¿Quién es el que manda aquí?

–Usted, señor; usted, seguramente. –Pedro se había aproximado un paso, y en este instante habló como su padre, asomando a sus labios el mismo ceceo–. ¿Quién lo niega? Y usted se ampara en ello, ¿eh?

–¿Me amparo?

–Ya lo creo, señor. ¿O acaso tendría el valor de hacerme frente de igual a igual? En tal caso determinaremos ese castigo de que habla. De otro modo, sin medir las palabras, le preguntaré: ¿Quién es el cobarde aquí?

–¿Que si tengo el coraje para hacerle frente? –gesticuló Alvarado-. Seguro que ni siquiera tiene agallas para llamarme cobarde.

–¿Cuándo tendrá lugar el encuentro, capitán? –interrogó Pedro, inclinándose.

–Ahora mismo.

Alvarado bajó su visera. Cualquiera que fuese su defecto, no era ciertamente cobardía. Retrocedió para ganar terreno, desenvainando

su espada. Pedro había besado la cruz de la suya para que le trajese buena suerte.

Pero en ese instante, un lejano sonido, que ellos no advirtieron, por lo muy absortos que se hallaban, aumentó de intensidad, atrayendo de tal modo su atención. Alvarado bajó su espada.

–¡Espere! ¡Demonios! ¿Qué será ese ruido?

Tenía la cualidad de un terremoto, de un tornado que se acercaba. El lejano trepidar convirtiose en un rugido. Ambos hombres escucharon un segundo.

–¡Dios del cielo! –exclamó Alvarado de repente, envainando su espada–. No tenemos tiempo para esto ahora. Nos debemos a la compañía. La ciudad se ha levantado en contra nuestra.

Encaminóse a grandes zancadas hacia el lugar en que fueran abatidos y despedazados los aztecas, donde los españoles estaban despojando de sus pertenencias a los caídos.

–¡A vuestros cuarteles! ¡A vuestros cuarteles! ¡Dense prisa! ¡A la carrera!

Pedro y él dieron la alarma, apartando a los hombres de su presa como si fuesen perros, con un golpe aquí, un puntapié allá. Varios minutos más tarde, los soldados salieron apresuradamente del recinto del templo para atravesar a la carrera la plaza en dirección hacia las puertas del palacio de Axayacatl. No había el menor remedo de orden. Para Pedro, que los seguía a la retaguardia, eran como una cuadrilla de bandoleros cargados con el botín y a quienes perseguían, manchadas de sangre las ropas, la cara y las manos. Él iba detrás, ardiendo de vergonzosa indignación y sintiéndose personalmente humillado. ¿Dónde estaba su ejército, el ejército de que hubo de enorgullecerse, los hombres por él estimados?

Y, entretanto, por las dos amplias avenidas que conducían a la plaza central, avanzaban lentamente, a causa de su gran cantidad, torrentes humanos, que rugían cada vez más fuerte, armados, dando alaridos, silbando, haciendo resonar caracolas, golpeando sus tambores, flotando por encima de todo las plumas de los guerreros, a manera de espuma sobre una corriente de agua. Los españoles apenas tuvieron tiempo de vislumbrarlo, en tanto se apresuraban a trasponer las puertas del palacio. Pero antes de que se hubiese entrado el último hombre, dio comienzo la lluvia mortal de la inmediata tempestad. Flechas y piedras resonaron sobre el casco, el corselete y las grebas de Pedro. Uno de los infantes, menos armado, se tiró

de repente hacia delante, mientras un dardo se movía sobre su espalda. Otros dos lo arrastraron a través de la puerta.

Luego, antes de entrar, Pedro de Vargas arrostró la lluvia de proyectiles, por el honor de España, levantando el brazo a manera de desafío. Más tarde cruzó el umbral, retrocediendo lentamente.

52

Pareció un milagro que hubiesen resistido los muros exteriores. En el patio cayó una continua lluvia de flechas y de piedras disparadas con hondas, silbando por encima de la empalizada y como si fuese un dosel de espuma negro. A consecuencia del estruendo del exterior, las órdenes hubieron de darse por medio de gestos en lugar de palabras; inclusive el sonar de los clarines españoles resultaba apagado en medio de tanto estruendo.

Recientemente avergonzado de sus camaradas, Pedro no pudo menos que experimentar cierto orgullo ahora. Anarquistas en cuanto se trataba del botín, la compañía hizo frente a la aniquilación que se aproximaba como unidad disciplinada. El adiestramiento del año anterior se afirmaba. Nada de pánico ni del coraje de ratas atrapadas; los asesinos de un rato antes eran otra vez veteranos, fríos, resueltos y aun alegres. Después de todo, era un alivio que se hubiese dado fin al suspenso y sentir el cálido aliento de la guerra en sus rostros.

Las puertas fueron abiertas, y el tronar de los cañones arrastrados hasta ellas agregó su pesada nota a los aullidos de ataque, sin que fuese necesario apuntarlos, ya que disparaban a bocajarro contra la multitud que se amontonaba al otro lado de las aberturas. Sus proyectiles de piedra abrían como callejones en las filas de la muchedumbre, que inmediatamente los cubría. Los cañones eran hechos recular para cargarlos y dispararlos nuevamente, una y otra vez, con tanta velocidad como sus dotaciones pudiesen introducirles la carga. El torrente indio se hizo cada vez más grande, trepando unos sobre los hombros de los otros, aferrándose a la empalizada que coronaba los muros, donde eran recibidos con arco y mosquete, espada y pica, mientras el cañón tronaba más abajo; pero algunos consiguieron trepar y hasta saltar del otro lado, para morir bajo el acero de los defensores que allí se hallaban.

Mas la guarnición también hubo de sufrir, especialmente los aliados tlascalas, que se hallaban menos protegidos, expuestos a los

dardos y a los hondazos, aunque los caballeros de Castilla tampoco se escaparon. Los heridos fueron aumentando, y aunque no eran de carácter serio, fueron fatigándose a medida que el ataque arreciaba.

Pedro encontró a Catana, que iba de grupo en grupo con un recipiente de agua en cada mano y un montón de trapos metido en el cinturón. La moza se detenía continuamente ante las solicitudes de: "Agua aquí, por el amor de Dios" o "Átame aquí esta herida, para que no sangre, camarada". Varias flechas que no había tenido tiempo de arrancarse colgaban de su tabardo.

–Moza, ¿quieres hacer el favor de retirarte a tu aposento? –gritó Pedro levantándose la visera–. ¿Es que has perdido la cabeza?

Le hizo una sonrisa burlona.

–Espera y verás –prosiguió el otro– la ración de azotes con la correa del estribo que te daré esta noche en su debido lugar.

–Entretanto beba un poco, señor –dijo ella, alargándole un cazo de agua–, y déjeme secarle la cara, que está chorreando sudor.

–Haz el favor de regresar a tu cuarto, querida. Ya sabes que tienes que cuidarte.

–De ninguna manera. Soy más útil aquí.

Bebió con avidez. Mojando un trapo en el agua se lavó la cara, llena de sudor por haberla mantenido bajo el casco.

–¡Qué borrica eres, Catana!

–De seguro.

–Que te lleve el diablo si no me obedeces.

–¡Caramba! Siempre le obedezco. Pero no he de volver a mi cuarto, con o sin azotes.

–Bueno; entonces ponte mi coraza –dijo Pedro, tratando de quitársela después que una piedra hubo rozado el hombro de Catana.

–¡Ni pensarlo! –exclamó furiosa–. ¿Cree que lo dejaré aquí medio desnudo en plena batalla, mientras yo uso su coraza? ¡Todavía me queda un poco de decencia! ¡Linda quedaría acarreando agua con coraza! ¿Por quién me toma?

–Agua, ángel mío –craqueó la figura de Alvarado, cuyo rostro apareció colorado y feroz al levantarse la visera–. ¡Ah! –Escupió el agua con que se hubo enjuagado la boca, bebiendo después el contenido de un cazo.

–Gracias, señorita. –Mirando a De Vargas, cuyos ojos relucían, agregó–: Pedrito, creo que debo decir lo que pienso. Usted tenía razón, y no yo. ¡Valiente lío! –Le tendió la mano–: Al diablo todo lo pasado.

–Con mucho gusto –asintió el otro.

Los dos guanteletes se encontraron, y Pedro agregó:

–Señor, ordene como capitán, a ver si esta mujer mía se aparta de la lucha. No está en condiciones de arrostrarla.

–Váyase adentro, Catana –dijo Alvarado, después de haber asentido.

–¡Bah! –contestó ella.

–Ya ve que hice todo lo posible –gesticuló él.

El ataque arreció, una confusión espantosa del tronar del cañón y del estampido de los mosquetes, de los alaridos de millares de gargantas, el sonar de las caracolas y de las trompetas. El patio estaba tan rociado de piedras y de dardos, así como de jabalinas, como la era con la paja después de la trilla. Los cadáveres se amontonaban incesantemente del otro de la muralla, sin que la violencia de la embestida disminuyese por ello. La guarnición, endurecida, cansada y con muchos heridos, aún defendía las aberturas y la albardilla del muro. Pasaron dos o tres horas, y el sol iba desapareciendo por el poniente. La lucha continuaba estancada, aunque violentamente.

Fue de Alvarado la idea de ir en busca del emperador cautivo para que prestase alguna ayuda, siendo conducido, sin ninguna ceremonia, entre el capitán en jefe y De Vargas, acompañados de doña Marina, a una explanada de los muros para que desde allí hablase a su pueblo. Al primer vistazo de la reverenciada figura, delgada pero majestuosa, ataviada con la extraña corona que indicaba su magistratura, se hizo silencio entre las primeras filas de los atacantes, extendiéndose gradualmente por entre la multitud, que invadía la plaza. Al cabo de varias horas de tumulto, el silencio pareció sobrenatural y casi misterioso.

Su voz llegaba hasta bastante distancia. Pedro no supo lo que decía hasta que doña Marina lo indicó posteriormente. El *Uei Tlatoani* suplicaba paciencia. Llegaría la hora, que aún no era propicia… Que tuviesen paciencia. ¿Creían ellos que Moctezuma se dormía, lo mismo que los dioses? Que esperasen el momento oportuno; no tardaría mucho. Y entonces sería un día de gozo para Tenochtitlán. (*Palabras astutas, que presagiaban nada bueno*, agregó luego doña Marina.)

Entretanto, Pedro contemplaba la bárbara muchedumbre, alumbrada por los rayos inclinados del sol poniente, una mezcla singular de colores, de extraños emblemas, y de rostros atezados. Un senti-

miento vertiginoso de irrealidad se apoderó de él, viniendo a su memoria el recuerdo de uno de los versos de Ortiz:

…Allá en el oeste, los ecos de nuestro sino…

¡Dios! ¿Había sido aquel día, en el mar, sólo un año atrás?

El rechinar de su coraza, mientras cambiaba el peso de un pie al otro, lo trajo a la realidad de la voz de Moctezuma y de las miradas de ojos que observaban con atención. Pensaba en ese puñado de hombres del patio frente a esas legiones.

Al menos por el momento, el ataque había sido detenido. Por consejo de Moctezuma había sido puesto en libertad uno de sus parientes, a quien los españoles conocían como el Infante, so pretexto de calmar al pueblo. Y cayó la noche, silenciosa a no ser por el rugido de las fieras enjauladas al otro lado de la plaza. La compañía montó guardia alrededor de su vivac en el patio, a pesar del enorme cansancio que experimentaba. Hasta Juan García sentíase deprimido.

–Hay un hechizo sobre este maldito Nuevo Mundo –gruñó, sentado y con las piernas extendidas delante de una de las hogueras–. Siempre acontece lo mismo: al principio, todo parece hermoso, promisorio, oro, tierras, indios, un paraíso que tomar. Luego… ¡paf! Uno despierta para encontrarse todo lo contrario y tratando de escapar. ¡Qué perspectivas teníamos un mes antes! Y miren ahora. ¡Jesús María! Es para destrozar el corazón.

–Bueno –dijo el Ruiseñor desde el otro lado del fuego–. ¿Quién dijo de hundir nuestros barcos? ¿Quién estaba desesperado por marchar a México?

–Lo admito –asintió García–. ¿Pero qué me dice de la mayoría? Yo no era el único. Lo que aseguro es que hay hechicería, es cosa de embrujo. Porque si no lo hubiese, ¿quién que tenga un poco de sentido cambiaría todo el Nuevo Mundo por una linda granjita en Andalucía? Algunos cerdos y cabras; una mujer dispuesta que los cuide; dormir pacíficamente. –Recogió algunos de los dardos aztecas que cubrían el pavimento, arrojándolos al fuego–. Si Nuestro Señor me ayuda a salvar el pellejo, iré descalzo desde Cádiz hasta Santa María de Guadalupe.

Pedro no pudo menos de reírse, acordándose de García en Sanlúcar.

Catana yacía tendida entre Pedro y Ochoa, con la barbilla apoyada en la mano. El muchacho se había dormido, con la cabeza so-

bre el muslo de la joven, que contemplaba fijamente el fuego, cuyo resplandor brillaba sobre la mata de cabellos negros y hacía resaltar los ángulos de su semblante.

–¡Por Dios, Juan! –terció–. Yo conozco bastante sobre cerdos y cabras en Andalucía. ¡Santa María! Todavía me da en las narices el hedor de ellos. En cuanto a mí, caballeros –prosiguió con entonación indiferente–, si morimos mañana, seré uno de los que darán gracias a Dios por los días venturosos vividos. ¿Cambiaría nuestra ventura desde Villa Rica por la posibilidad de rascarme las pulgas y envejecer en la mejor granja de Castilla? No, señores; cualquiera que sea el resultado. Y ahora digo:¡ Viva el presente!...¡Viva el futuro!...

Desde el punto de vista de Pedro, que mantenía cuidado sobre la moral, ese discurso había sido pronunciado en el momento debido. La disposición para la protesta se convirtió en un murmullo de aprobación. El Ruiseñor sacó un mazo de naipes, y García comenzó a especular sobre lo que habría sucedido en la costa.

Pedro asió la mano de Catana, estrechándola. A la media luz más bien les era posible sentirse mutuamente que verse.

–¡Viva tú! –musitó él.

El ataque se repitió con el alba, pues el Infante, en lugar de apaciguar al pueblo, quizá lo excitó más, si ello fuera posible. Acaso habría informado sobre la debilidad de la guarnición; a lo mejor tratábase de una astucia de Moctezuma. De cualquier manera, prosiguió el asalto durante varias horas.

Moctezuma intervino una vez más. Pero en esta oportunidad Pedro y Alvarado sacaron sus puñales, apoyándolos sobre el corazón del cautivo a la vista de la multitud, sin que ello necesitase interpretación de parte de doña Marina. Los atacantes volvieron a retirarse malhumorados; pero bloquearon todas las calles y canales, el agua que surtía el campamento de los españoles, quemaron los pequeños bergantines hechos construir por Cortés como medio adicional de retirada a través del lago, y, en suma, establecieron un sitio completo.

Alguien descubrió un manantial dentro del recinto mismo. Los víveres eran suficientes. La situación, estancada, podría continuar durante mucho tiempo, dependiendo de Cortés la resolución definitiva.

Fueron enviados mensajeros tlascalas para que transpusiesen las líneas aztecas, llevando al general noticias de los acontecimientos. Si estaba en condiciones de prestar ayuda, era necesario que lo

hiciera; de otro modo estaba sellado el destino de la guarnición. Ya no quedaba sino esperar.

A medida que pasaban los días dolorosos de espera, la capilla instalada en el recinto veíase cada vez más concurrida. Y el padre Juan Díaz, cuyos hábitos salváronlo de ser colgado cuando el amotinamiento de Escudero, recibió la confesión de todo el mundo. En el tiempo que mediaba entre las guardias, el botín proveniente de la masacre del teocalli cambiaba de manos en las partidas de naipes jugadas sobre los tambores en reemplazo de las mesas. Los crónicos aburridos de la guarnición ejercían su profesión sobre los apáticos oyentes. Salvo el culto, el juego y la conversación, no había nada que hacer; es decir, nada sino contemplar fijamente la helada perspectiva de la muerte, a menos que de la costa llegase la salvación; y de eso, la esperanza veíase cada vez más reducida con el despuntar de cada nueva aurora.

Así las cosas, Pedro se hallaba con García, dejando transcurrir el tiempo en los escalones de la terraza de uno de los edificios, cuando Alvarado se presentó acompañado de Doña Marina.

–Pedrito, Moctezuma quiere vernos. Tiene algo que comunicarnos. Estoy pensando qué tendrá ese viejo zorro en su cerebro ahora. ¿Viene con nosotros?

Desde el estallido de la guerra, el séquito del *Uei Tlatoani* hubo de ser reducido al mínimo; pero aún quedaban introductores obsequiosos que condujeron a Alvarado, De Vargas y la intérprete, a través de los enormes salones, ante la presencia del Más Alto. Esta vez fueron recibidos al abrigo del porche medio cerrado que se hallaba fuera del salón de los concilios. Suave y amable, como de costumbre, esta vez no le fue posible ocultar cierta agitación. Podría ser tanto para bien como para mal, y los dos españoles no dejaban de observarlo atentamente.

–Tonatiuh y Xiuhtecuhtli –dijo, a través de los labios de doña Marina–, acabo de recibir buenas nuevas de Cempoala, que deseo compartir con vosotros.

¿Cómo las habría recibido? Esa pregunta pasó rápidamente por la imaginación de los capitanes, mientras la mujer traducía. A despecho de los centinelas y de los muros, Moctezuma siempre hubo de esforzarse por estar mejor informado que sus carceleros sobre los asuntos lejanos. Pero el interés en lo que tuviera que decir eclipsó todo lo demás. Pedro apretó con fuerza sus manos para evitar que

temblasen. El rostro sonrosado de Alvarado estaba un poco más pálido.

–Ha tenido lugar una gran batalla –dijo el azteca–. Una gran batalla entre Malinche y el jefe de los *teules* recién llegados.

Tomó un grueso volumen de papel *maguey*, doblado, del estante situado frente a él, abriéndolo.

–¡En nombre de Dios! –estalló Alvarado–. ¿Quién ganó? ¿Es que no puede ir al grano?

–Vean –dijo Moctezuma, alargando el volumen–. Aquí se encuentra todo detallado. Que lo lea Tonatiuh.

Era el acostumbrado informe pictórico, figurando cada uno de los acontecimientos en una de las partes numerosas en que se hallaba doblada la larga tira de papel; pero de una manera tan convencional, que el capitán español, que fruncía el ceño, entornaba los ojos y volvía el manuscrito en todos sentidos, no podía comprender lo más mínimo.

–Vamos Marina –dijo furioso– léame esto si puede…¡Que lo lleve el diablo!...Y oigamos lo sucedido, ¡por amor de Dios!

No tuvo necesidad de repetirlo. Los ojos ansiosos de Marina recorrían el informe en busca de noticias de su amante. De repente se colorearon sus mejillas.

–¡Bendita sea Nuestra Señora!

–Bueno: ¿qué hay?

–¡Victoria, señores! –dijo, levantando ambas manos, mientras el rostro reflejaba su alegría.

–Pero los detalles…¿cómo?, ¿cuándo?

–Miren.

Olvidando a Moctezuma, ambos capitanes se aproximaron a doña Marina, con las cabezas inclinadas junto a la de ella, siguiendo con la mirada el camino que señalaba el dedo de la intérprete.

–Miren. El general está en el río Chacalacas, a una legua de Cempoala. No tiene sino doscientos cincuenta hombres. Con él se encuentran los capitanes Sandoval y Velázquez de León. Es de noche y llueve. Nuestro general habla a los hombres.

–¿No lo oye? –musitó Pedro–. Apuesto a que les ha hecho hervir la sangre, con lluvia o sin ella. ¡Nadie es capaz de hablar como él! ¿Entonces, acamparon en el Chacalacas?

–No, señor. Cruzaron el río.

–¡Ataque nocturno! –reflexionó Alvarado-. ¡Buena idea!

–Capturaron el centinela apostado fuera de Cempoala. Otro huye y da la alarma. Pero Narváez duerme. Nuestro general entra en la ciudad, dirigiéndose hacia el teocalli principal. El enemigo despierta y truenan los cañones. Pero fíjense, los nuestros se aplastan contra los edificios, no muriendo sino tres. Los demás cargan…Es el capitán Pizarro quien los dirige. Se apoderan de la artillería.

–¿Dónde se hallaba Cortés? –inquirió Alvarado.

–La cosa fue más o menos así, señores –dijo doña Marina luego de haber estudiado los dibujos–. Los hombres de Narváez eran demasiados para alojarse en el templo principal, como lo hicimos nosotros. Narváez instaló su cuartel en lo alto de la pirámide, colocando centinelas en los escalones. Pero otros capitanes se hallaban en los demás templos y hubieron de ser tomados. El general fue con algunos hombres de un lugar a otro.

–Fíjense. –Doña Marina señaló–. Éste es el capitán Sandoval, que lleva una carga contra la pirámide principal, abriéndose paso con su compañía de picas. Narváez le hace frente y se entabla una lucha feroz en lo alto de la pirámide. ¡Ah! –Señaló la pintura siguiente, resonando momentáneamente una salvaje excitación en su voz, generalmente suave–.Vean, el ojo de Pánfilo Narváez es alcanzado por una pica. Sus hombres lo conducen al altar en donde se hallaba alojado. Cierran las puertas; uno de nuestros camaradas prende fuego al techo. Todo se encuentra en llamas, y Narváez cede, cayendo prisionero. ¡Victoria!

–Supongo que los jinetes no tuvieron tiempo de ensillar –observó Alvarado, después que una serie de juramentos saludó la exclamación de doña Marina.

–Pero sí, señor. Algunos escaparon: otros no se hallaban en Cempoala. Vean. –Indicó otro pliegue del manuscrito–. Los capitanes Ordás y Olid los persuadieron al día siguiente para que retornasen. Miren –ahora su voz resonó de orgullo–; aquí está el general sentado con una túnica sobre su coraza, y todos los hombres de Narváez le rinden homenaje y se alistan a sus órdenes. Los saluda cariñosamente. ¿No es una gloria que ochocientos hombres, con ochenta caballos y muchos cañones hayan sido vencidos por doscientos cincuenta de nuestros camaradas?

–¡Ojalá me hubiese hallado allí! –asintió Alvarado–. ¡Qué suerte asquerosa haber estado encerrado en esta pocilga, mientras tenía lugar ese brillante hecho de armas! ¿Eh, De Vargas?

Pedro apretó los dientes, pues la envidia era demasiado grande para que pudiera pronunciar una palabra. Pensaba en su amigo y rival, Sandoval, combatiendo en lo alto de la pirámide.

–¿Cuál fue el fin de Narváez? Me imagino que la horca –agregó Alvarado.

–No, señor –contestó doña Marina–. Aquí lo representan como prisionero en Villa Rica.

La voz sonora y gutural de Moctezuma interrumpió a esta altura, y ambos capitanes volvieron a acordarse de él, no sin cierto estremecimiento. Pero ni sus actos ni sus palabras tenían importancia. Contempláronlo con ojos de hombres que han sido salvados de la muerte, aunque sin ningún mérito de parte de él. Si con cuatrocientos hombres Cortés se había adueñado originalmente de todo México, ¿existía algún temor sobre la posibilidad de retenerlo con mil doscientos? Por entonces ya habrían llegado a su presencia los mensajeros de la guarnición, y ya estaría cruzando las montañas en dirección al oeste, para dedicarse a socorrerlos y a ejecutar su venganza.

–¿No dije que las noticias eran excelentes? –sonrió Moctezuma, cuya sonrisa era como el brillo de una delgada capa de hielo sobre el agua oscura–. ¿No amamos y reverenciamos a Malinche, regocijándonos con su triunfo? Le daremos la bienvenida cuando regrese con sus mil doscientos *teules* valientes. Sí, quizá esté ya preparándose para la marcha. Observen: las calzadas se encuentran libres.

Los ojos de Marina se agitaron levemente en tanto traducía.

–Y tenga cuidado consigo mismo cuando él regrese, señor Moctezuma –rezongó Alvarado–. Le aconsejo que sea levantado ese sitio, abiertos los mercados, que se reúna el oro necesario para reparar la rebelión del pueblo, y que todo se encuentre bien cuando el general vuelva. En ese caso podrá mostrarse generoso; de lo contrario, sabrá cómo castigar. Puede tener la seguridad de ello.

–Todo marchará bien, Tonatiuh. –Moctezuma volvió a sonreír–. Yo lo prometo. Como ya he dicho, las calzadas se hallan otra vez libres para que pase Malinche; lo recibiremos de manera adecuada.

Como si les hubiesen crecido alas en los talones, los capitanes y Marina regresaron apresuradamente a través de los aposentos a manera de grandes vestíbulos, para comunicar las noticias a la guarnición. Muy pronto, los cañones, los tambores y las trompetas saludarían la victoria. Y todos acudirían al Tedeum. En verdad, Dios había librado a su pueblo de las garras de la muerte.

–¿Qué le sucede, señora? –exclamó Pedro de repente.

En el umbral de la terraza exterior, doña Marina se había detenido, apoyándose en un lado de la puerta.

–Es un pequeño mareo. –El semblante curtido de la dama se había vuelto casi blanco.

–¿Mareada? ¿No se siente bien, señora?

–No. –Los ojos de la mujer se posaron dos veces en los de los capitanes–. Tengo miedo.

–¿De qué? –inquirió Alvarado, boquiabierto–. Tan luego ahora...

–Envíen un mensajero –apremió–. Prevengan al general que no debe entrar en la ciudad. Mejor será que nos reunamos con él.

–Marina, parece que la luna no le ha sentado bien –rió el capitán en jefe– .¿Qué le preocupa?

–Lo que vi detrás de los ojos de Moctezuma. No es miedo, señores. En verdad, se alegra del regreso de Cortés con todo su ejército, y le prepara una amarga bienvenida...

Frente a ellos, el patio se hallaba alborotado alrededor de un hombre que consiguiera librarse, subiendo los escalones de la terraza. Era Luis Alonso, que había marchado con Cortés. Todo cubierto de polvo, pero lleno de sonrisas, saludó militarmente.

–Una carta y saludos del general, señorías. Tengo que decir también algo al señor Moctezuma. ¡Esperen que sepan las noticias! ¡Por Dios, que les dimos una buena paliza a esa gente de Narváez, uno a uno! ¡Qué barrida, señorías!

Prosiguió refiriendo, mientras Alvarado abría la carta, sorprendiéndose Alonso de que sus noticias no pareciesen ninguna novedad.

–¡Loado sea Dios! –exclamó el jefe–. ¿Pero cómo pasó las líneas, amigo Luis? Observe que hemos estado bajo el ataque desde que partió.

–Por la calzada del sur –dijo el otro–. Se halla completamente libre.

–Mi señor –interrumpió Marina, desolada–. La trampa está preparada.

–Bueno, entonces –gesticuló Alvarado, cuyos ojos no se apartaban de la carta–, no tendrá mucho tiempo que esperar. ¡Que se cierre! Mil doscientos caballeros de Castilla, a más de los tlascalas. Cien jinetes. Treinta cañones. ¡Pobre trampa!

53

Un mediodía caluroso, no más de tres semanas después, la guarnición se alineó sobre los muros al escuchar, a lo lejos y del lado del sur, el redoblar de los tambores que tocaban marcha, el sonido de los pífanos y los toques de corneta que, junto con el golpear de los cascos, anunciaban la aproximación del ejército.

Los sonidos acercabánse cada vez más, contrastando con el silencio reinante en la ciudad. La muchedumbre, que poco tiempo antes había llenado las plazas y avenidas de la ciudad, había desaparecido, quedando Tenochtitlán desierta, al parecer.

Para los soldados extenuados que escuchaban, ninguna otra música terrestre había sonado tan dulcemente. A despecho de las amenazas de Alvarado contra Moctezuma, el sitio había sido mantenido hasta la víspera. Era como si los aztecas, deseosos de impedir la salida de la guarnición, hiciesen todo lo posible por no desalentar la entrada del general. Pero ya tocaba a su fin la dilatada vigilia. Con Cortés una vez más al timón, y con el apoyo del ejército, tres veces más numeroso ahora, la empresa había llegado a su meta definitiva con felicidad.

El sonido de la marcha hízose cada vez más cercano. Esforzando la mirada, los que aguardaban en los muros pudieron contemplar finalmente los primeros elementos de la columna a lo largo de la calzada del sur, quedando absortos ante la importancia de la misma, a medida que su avance se lo permitía. Filas tras filas de cascos de acero, arcabuceros, ballesteros, piqueros. ¿Y los jinetes? Comparado con su reducido escuadrón, a la guarnición antojósele un bosque de lanzas.

–¡Trompeteros, batan marcha! –ordenó Pedro desde un punto elevado de un rincón del parapeto–. ¡Artilleros, preparen! ¡Fuego! Durante unos instantes, todo ruido quedó eclipsado por el estruendo de las salvas de saludo, apagado el cual oyéronse más claramente los acordes de la marcha.

Catana, que se hallaba junto a Pedro, lo tomó del brazo, oprimiéndolo.

–Señor, ¿no le recuerda esto aquel día de Villa Rica, cuando ambos…? Pero esto es mucho más maravilloso.

–No lo esperábamos hace un mes, ¿verdad, vida mía? –contestó Pedro, después de haber dado muestras de asentimiento–. Fíjate la presentación de los nuevos caballeros. ¡Vaya un equipo! ¡No so-

mos sino andrajosos al lado de ellos! Pero, de todos modos, nuestros camaradas marchan a la vanguardia, como les corresponde. Son de lo mejor.

–¡El general! –Interrumpió Catana–. Lo veo…

–¿Dónde?

–Detrás del señor Corral, el abanderado.

–Sí. ¡Cáspita! Trae un equipo nuevo… Y allí vienen Olid, Ordás, Tapia, Morla, Sandoval…¡Por Dios, allá está Sandoval! –Pedro se colocó las manos a modo de bocina–. ¡Hola, Gonzalo de Sandoval! –gritó, aunque sin resultado–. ¡Ah, los buenos camaradas!

–Mire allí, señor –exclamó Catana–. Maese Botello ha conseguido un caballo… Siempre lo quiso. Es un animal hermoso. Marcha ufano y orgulloso, como si fuera un capitán… Allí está el señor Ortiz. Quién sabe si habrá compuesto alguna balada.

Los nombres circulaban de boca en boca de los espectadores, quienes agitaban las manos y los sombreros.

–Caballeros –vociferó Alvarado desde el patio–, bajen y reúnanse aprisa. ¿Es que vamos a recibir a nuestros compañeros como un puñado de mujeres, sobre el techo? ¡Compañía, a formar! ¡Capitán De Vargas, permanezca en ese mismo lugar, y dé la señal para que se abran las puertas a su debido tiempo!

De pie, allí solo, Pedro fue contemplando las diferentes filas a medida que se aproximaban, divisando cada vez con más claridad los rostros. Las puntas de las lanzas de los jinetes llegaban a la altura de sus semblantes.

–¡Por Dios, ahí está el Pelirrojo! –gritó Sandoval–. ¡Hola, Pelirrojo!

Una veintena de guanteletes se alzaron en el aire y una andanada de interjecciones de saludo partió de los jinetes que llegaban. Hasta el mismo Cortés agitó el brazo a guisa de saludo, sonriendo a la vez. Pero en ese mismo instante, Pedro se quedó tieso. Aquel caballero montado en el hermoso rucio detrás de sus amigos…, el de las cejas inclinadas y el semblante pálido… ¿Y aquel sacerdote de barba cuadrada que iba detrás del otro en su jaco? Ambos se le habían quedado mirando fijamente.

Los ojos de Pedro despidieron chispas. Primero se quedó frío; después una ola de calor le recorrió el cuerpo. Sus manos temblaban. No podía ser cierto. Se trataba de una jugarreta de su imaginación.

–¿Qué le parece? –gritó Alvarado.

Pedro dio la señal para que abriesen las puertas.

No, no era ilusión. Aquella pareja de jinetes era algo real. Aun seguían contemplándolo, y De Silva reía.

¡Diego de Silva y el inquisidor de Jaén, Ignacio de Lora!

54

Fue cosa característica de fray Bartolomé de Olmedo que ni siquiera el alboroto de la llegada le privase de encontrarse con Pedro, en el momento en que éste hubo descendido de la muralla. Una mirada a su semblante preocupado le dijo que De Vargas había reconocido a sus dos archienemigos entre los soldados que llegaban. Habría pasado de largo si Olmedo no le hubiese tomado de un brazo.

–¡Hola, Padre! –exclamó Pedro–. Le ruego mil perdones, pero estaba pensando en algo. ¡Qué alegría volver a verlo con mis camaradas otra vez! –agregó, haciendo un esfuerzo–. ¡Por mi fe, que os hemos echado mucho de menos!

Gradualmente, las facciones de De Silva y del inquisidor fueron siendo desplazadas de la imaginación de Pedro, que cada vez se percataba más de las del monje, observando cuánto más delgado, curtido y cansado había vuelto de la campaña.

–Tenemos mucho que contarnos –prosiguió De Vargas de una manera convencional–. Parece que vuestro proceder no pudo evitar el derramamiento de sangre después de todo, ¿eh?

–No, hijo mío, pero lo redujo en mucho. La lucha en Cempoala no habría sido tan fácil si yo no hubiese dorado ciertas manos y convencido a determinados individuos. Está claro que en honor de la paz, al menos entre los españoles, Cortés es el único jefe posible en Nueva España. –Se detuvo–. Pero hablemos francamente entre nosotros, hijo Pedro. Hay problemas más urgentes. Sé qué domina tu mente ahora.

Por entonces, De Vargas habíase repuesto después de lo que viera desde lo alto del muro lo suficiente para recobrar sus sentidos, y al hacerlo, sus ojos se aguzaron. Algunos puntos que habían quedado en duda hiciéronse más claros.

–Ante todo, la franqueza, Padre Bartolomé. ¿Fue usted completamente sincero conmigo cuando partió seis semanas atrás?

–Si quieres decir –repuso el fraile, meneando la cabeza– que no te referí todo lo que sabía… no, no lo fui.

–¿Estaba enterado entonces de que De Silva y el inquisidor se encontraban con Narváez?

–Sí; sus nombres figuraban en la lista que obtuvimos de Guevara.

–Y esa fue la causa de que García y yo quedásemos aquí, ¿eh?

–Sí, por vuestro propio bien, hijo mío.

–Muchas gracias. ¿Y por ese motivo hizo que renovase mi juramento?

–Sí.

–La franqueza es mejor tarde que nunca. –La risa de Pedro sonaba nerviosa–. Aun así, yo pensaba que usted se hallaba por encima de semejantes añagazas. Pero todos los sacerdotes son iguales. Tienen que ser sutiles y jugar al ajedrez con la verdad. En este caso, supongo que no podrá decirme el porqué. Será mucho pedir.

Olmedo lo contempló sin pestañear. A pesar de su nariz regordeta, quemada por el sol en la punta, su figura rechoncha y el hábito cubierto de polvo, aún causaba impresión.

–No, no demasiado. Y te lo diré sin ninguna sutileza. Es porque soy sacerdote y aborrezco que la sangre sea derramada, y porque te aprecio. ¿Está bastante claro? Habías hecho un juramento, de cuyo cumplimiento dependía que Dios te perdonase. ¿Permitiría yo que lo echases en el olvido? ¿Haría que la tentación se te presentase ante tu vista, dejándote ir a Cempoala? En cuanto a García, mi deseo era salvarlo. Tú y yo sabemos la pena con que se castiga la muerte de un sacerdote, aquí y en otra parte.

Pedro clavó su mirada en los ojos honestos y serenos del sacerdote.

–¿Pero qué ha ganado? –estalló–. ¡Esos hombres se hallan aquí, encerrados en el mismo recinto que nosotros! ¿Es eso mejor que si Juan y yo nos hubiésemos encontrado con ellos en Cempoala?

–No lo sé –dijo Olmedo, encogiéndose de hombros–. Todo lo que estaba en mi mano era dar largas al momento. Y he ganado tiempo esperando que las cosas se arreglaran por sí solas. Hasta ahora, no ha ocurrido así. Y lo que acontezca más tarde depende de ustedes.

–¿Usted cree –dijo Pedro, irritado– que Juan y yo vamos a alojarnos bajo el mismo techo que esos hombres que han causado la muerte de las personas que amamos? Pues está equivocado. Es demasiado para que nuestra carne y nuestra sangre lo aguanten.

–Sin embargo, eso es lo que vas a aguantar, capitán De Vargas –dijo el fraile, acercándose y oprimiendo el dedo índice sobre el pecho de Pedro–. Hubo un tiempo en que pude entregarlos en manos de la Inquisición. En vez, impuse una penitencia, aceptada por ti, y que era mucho más pesada de lo que imaginaste. Y ahora la cumplirás. Y si aprecias a García, te valdrás de todos los medios a tu alcance para que permanezca tranquilo. Escúchame. No importa qué penséis de ellos. De Silva y el padre Ignacio gozan de gran predicamento entre esos hombres recién llegados de Cuba. Es en interés de la empresa que no haya diferencias entre esa gente y vosotros. Y Hernán Cortés no lo permitirá tampoco. Será para gloria y provecho de su campaña, que se le ha subido a la cabeza. Ahora más que nunca su ambición se ha despertado, y será capaz de barrer todo obstáculo que se interponga en su camino. Creo que al buen entendedor... hijo Pedro.

–¿Cree usted por ventura que el temor..? –repuso De Vargas, enderezándose.

–Tonterías –interrumpió Olmedo–. Pensé que estimarías a tu amigo Juan. En cuanto a ti, te ordeno cumplir tu juramento.

Ahora que la tropa había roto filas, el entusiasmo y la alegría invadieron el patio, lleno de inmenso júbilo; hubo reunión de viejos amigos, mucho palmear de espaldas, abrazos y tumultos de voces. Los recién llegados andaban de un lado para otro, encontrándose con miembros de la guarnición; los caballos eran conducidos a los pesebres; los grupos se formaban y se deshacían como si fuese un caleidoscopio. Desde un rincón cerca de la pared, Pedro observaba todo ciegamente.

–¿Y qué hay acerca de De Silva y del sacerdote? ¿Les ha endilgado algún sermón? ¿O acaso tendremos que ser nosotros los únicos cristianos, y esperar bonitamente el instante en que quieran acuchillarnos?

–No. –Olmedo meneó la cabeza–. No resultó difícil hacerles ver que ustedes dos gozan de la estima del general y del aprecio de toda la compañía.., que ellos no son quienes mandan aquí. Están contentos con haber olvidado lo pasado. –El monje fue lo suficientemente honesto para agregar–: O, al menos, así dicen.

–¡Maldita generosidad la de ellos! –replicó Pedro, que miró fijamente al suelo un instante–. Bien, Padre Bartolomé; los santos me ayuden a cumplir mi juramento. Es en verdad bastante amargo. –Se pasó la manga por la frente, agregando después–: Haré lo que

pueda con García, aunque Dios sabe cómo me saldrá. Pero si uno de esos bribones levanta aunque no sea más que un dedo, como creo que harán... –Pedro se estremeció de pasión–, si se pasan una sola pulgada, me considero libre de todo juramento, lo que será un gran placer. –Después concluyó, sombríamente–: Todo tiene su fin.

Olmedo asintió, habiendo conseguido por el momento cuanto esperaba. Pero el fin, como Pedro acababa de indicar, tuvo una repentina postdata. En el patio se oyó una explosión, un tumulto de voces, ruido de pasos que corrían, el avance y el retroceso del grupo que se hallaba en el centro, del cual salió un rugido, diríase de bestia, desprovisto de todo sonido humano. Luego, caminando hacia atrás y vacilante, como despedido por una rueda que girase, apareció la figura de Ignacio de Lora, con las manos en la garganta, el hábito destrozado y la cara manchada de sangre. Entretanto, el grupo de hombres se apretaba, iba de un lado para otro, se abría y volvía a cerrarse, como las duelas de un barril a punto de estallar.

Con una exclamación de "¡Dios me valga!", Pedro se abalanzó hacia el grupo, que iba ensanchándose con la llegada de otros hombres.

–¡Llévenselo! –rugió una voz en medio del tumulto–. ¡Quítenlo de mi vista! –Y un par de individuos, apartándose del grupo, comenzó a llevar apresuradamente al padre Ignacio en dirección a uno de los edificios.

En el mismo instante se abrió el grupo, retrocediendo algunos de sus componentes, para dar paso a García, que rugía, echando espuma por la boca, rojo el semblante y girando desesperadamente sus ojos para captar un vistazo de su enemigo. Al observar a Ignacio de Lora, distante de él unos cincuenta pasos, lanzose en su persecución.

Pedro se esforzó por seguirlo, pero no podía esperar alcanzar a García en el minuto o dos, a lo sumo, que podrían quedar. Los hombres situados a ambos lados de De Lora, prevenidos por los gritos de atrás, hiciéronse aparte, dejando al inquisidor solo en el sendero de su perseguidor, que avanzaba con la cabeza agachada, como el toro que va a la carga, dispuesto a embestir y llevarse lo que encuentre de por medio. El asesinato parecía inevitable cuando una figura vestida de acero se interpuso en el preciso instante. Agazapado y con las piernas bien extendidas, presentaba un arma que golpeó a García poco más arriba de las rodillas, haciéndole estrellarse de cabeza contra el pavimento. Al levantarse se le vino encima una masa

de doscientas libras de peso de carne, huesos y coraza, que lo retuvo contra el suelo.

Era Sandoval, cuyas voces se mezclaron con las imprecaciones de García.

–¿Qué me dices, compañero? ¿Qué te pasa, loco idiota? –Y a De Lora, que se hallaba como pegado al suelo varios pasos más allá–: ¡Váyase su reverencia! ¡Desaparezca, por amor de Dios!... ¡Hola, Pelirrojo! ¡Con qué oportunidad llegas!

Por medio de un terrible empujón, García pudo ponerse de rodillas, a pesar del brazo de Sandoval, que aún lo sostenía de la garganta. Pedro lo sujetó del otro lado, pero García se hallaba, al parecer, inconsciente de la presencia de ambos, fijos los ojos en el padre Ignacio, que se retiraba, desapareciendo en ese instante detrás de la esquina de uno de los edificios. Entonces se calmó un poco, mirando a su alrededor.

–¡En nombre de Dios! –exclamó–. ¿Por qué me sujetaron, amigos? De no ser por eso, ese montón de estiércol habría sido esparcido por el patio. Pero esperen, que no tardará mucho... ¡Con que se ha unido a nuestra compañía, eh! ¡Lindo chiste! –Apretó sus enormes puños, mirando fijamente hacia el lugar por donde De Lora había desaparecido.

Una muchedumbre, medio irritada, medio curiosa, los rodeaba. Las imprecaciones y las preguntas acerca de qué le pasaba a García llovían de todos lados, observándose que los viejos camaradas hallábanse dispuestos a dar poca importancia al asunto, si bien los recién llegados mostrábanse alborotados y truculentos. Comenzaron a cruzarse serias miradas, llevándose los dedos a las empuñaduras de las espadas. Pero en seguida se hizo el silencio, abriéndose las filas. García hallose frente a Cortés.

El general encontrábase completamente equipado, salvo con la cabeza descubierta. Aunque nada dijo por el momento, su extrema palidez, la vena hinchada que le surcaba la frente y sus labios caídos denotaban que era grande el furor que experimentaba en ese instante.

–Dígame la verdad de esto –dijo finalmente, con voz seca–. Espero que se me haya informado mal. ¿Es cierto que atacó al reverendo padre Ignacio de Lora cuando apenas había desmontado, y cuando sin pensar en nada malo se hallaba conversando con dos caballeros?

Los ojos inyectados en sangre de García sostuvieron impasibles la mirada del otro.

–Es cierto, excelencia. Y lo habría apuñalado antes de que desmontase, si antes lo hubiese divisado. Pero estuve atareado con el cañón. Admito que ha sido un error. Debía haber esperado hasta que hubiese menos entrometidos.

–¿Por qué razón, que no sea locura, atacó a ese santo hombre?

A García se le hincharon los músculos del cuello. Al principio no pudo decir nada, pese a sus esfuerzos; pero, finalmente, salieron las palabras como si fuese lava ardiendo.

–Porque el cerdo puso a mi madre en el potro del tormento, rompiéndole todos los huesos de su cuerpo hasta obligarla a que le pidiera que la matase; porque cuando lo soborné, dándole ochocientos castellanos para que la libertase, recibió el dinero, mandándola a la hoguera. ¿Razón? Si eso no lo es, me alegraré de ir al infierno, con tal que pueda arrancarle a pedazos la carne de su inmundo cuerpo...

–Desde su punto de vista, es una buena razón –dijo vivamente Cortés, con el mismo tono ardiente–, si es cierto.

–¡Por la Cruz que es cierto! Yo lo juro palabra por palabra –dijo Pedro.

–¿Quién le ha pedido que lo jure? –Los ojos negros como el fuego–. ¿Qué me interesan los motivos privados de este hombre? Lo que sí me interesa, y en gran medida, es que haya olvidado las ordenanzas del ejército al extremo de querer asesinar a uno de los nuestros..., y nada menos que al padre Ignacio de Lora, sacerdote de Dios... Y no es la primera vez. Allá en Cempoala sacó su espada contra el capitán Velázquez, poniendo en peligro la vida de otros caballeros. Lo pasé por alto, debido a que entonces se hallaba borracho. Pero ahora no lo está y, ¡por mi conciencia!, quiero dejar bien sentado de una vez por todas que nadie dejará de cumplir las leyes militares.

Aunque evidentemente en un estado de ánimo terrible, Cortés se contuvo, resultando quizá su cólera más violenta por eso mismo. No que García fuese a escapar así no más (la horca veíase escrita en el semblante del general); pero condenarlo en el acto habría sido contrario al propósito de la ejecución. Habría que celebrar juicio y condenarlo, ejecutándolo entre el redoble de tambores y en presencia de la compañía.

La mirada de Cortés se posó sobre uno de los recién llegados. Era un acto de política entregar a García a la facción a que pertenecía De Silva, pues de esa manera no tendrían motivo para quejarse de favoritismo hacia el veterano. Por otra parte, tratándose de un hombre tan popular como el Toro, no podía contarse con que sus compañeros lo tratasen rigurosamente.

–Andrés de Duero –dijo–, tenga la bondad de hacerse cargo del prisionero con la ayuda de algunos de sus hombres. Ocúpese de que se le pongan cadenas dobles y que permanezca bien vigilado. Lo juzgaremos mañana.

–Su excelencia... –comenzó a decir García, que por primera vez parecía darse cuenta de su situación; pero las palabras le faltaron y volvió su mirada, apelando mudamente a los rostros familiares que lo rodeaban.

–Bien, excelencia –expresó Pedro–, ordene también doble cadena para mí. Juan García y yo arrostraremos juntos lo que venga.

–Si es preciso –repuso acremente Cortés– enseñar una lección de disciplina a veinte rebeldes, se hará. Capitán De Vargas, ¿es soldado o no? Si no lo es, entrégueme su espada.

Pedro vaciló, a punto de despojarse de su arma. No podría ayudar a su amigo sentándose en el cepo con él.

–¡Caramba! –exclamó García–. Si le entregas tu espada te retorceré el cuello. Señor general, no le permita que haga el papel de idiota. No es sino un joven acalorado. Este asunto es cosa mía. No deseo que nadie me dé la mano.

–Capitán De Sandoval –dijo Cortés, cuyo semblante no se suavizó–, puede mostrar a Andrés de Duero el lugar donde custodiamos nuestros prisioneros.

De Duero, luego de haber elegido algunos de los hombres de Narváez, y desenvainando su espada, encarose con García, diciendo:

–Señor, me veo obligado a...

Los circunstantes abrieron paso. García enderezó sus hombros y se movió lentamente rodeado de sus guardias y desapareciendo entre los edificios.

–Cristóbal de Olid –dijo el general al oficial que se le había acercado–, nombre un tribunal militar para mañana por la mañana. Elegirá oficiales que no sean demasiado amigos ni enemigos del prisionero. No puede haber sino un veredicto... Y ahora, escúcheme. Tengo asuntos de gran importancia que tratar con el capitán De Alva-

rado. Aquí se han manejado los asuntos bastante mal. No quiero que se me moleste otra vez.

55

La entrevista entre Cortés y Alvarado debió ser tempestuosa, a juzgar por el semblante excitado y los ojos que echaban llamas cuando salió el segundo. Circuló el rumor de que Cortés le había reprendido por la masacre de mayo, que, no obstante haber sido merecida, no había sido muy bien recibida entre la guarnición.

Corriose la voz de que Cortés se hallaba de un humor de mil diablos por la fría recepción recibida en el valle; las ciudades parecían desiertas y silenciosas, sin bienvenidas ni aclamaciones. Habíase jactado de grandes cosas ante los capitanes de Narváez, y ahora hubo de presentar algunas excusas. Era temor y vergüenza, dijo, de parte de los aztecas a consecuencia de su ataque. Pero aplicaría el castigo debido, y con la gente reconciliada todo iba a andar bien. Mas su amor propio y su orgullo le quemaban interiormente.

Los informes decían igualmente de su negativa a entrevistarse con ese perro del rey, como él lo llamaba, que no se hallaba inclinado a abrir sus mercados ni a suplir alimentos. Insinuábase que, embriagado con su victoria en Cempoala y confiado en el poder de su ejército, había adoptado aires de grande de España, atribuyéndose créditos que, en justicia, correspondía a Dios.

Casi en seguida, la alegría del encuentro se fue tornando amarga. La gente parecía malhumorada; los hombres de Narváez, apenados por la derrota, miraban de soslayo a los vencedores, en tanto que los veteranos sonreían burlonamente a los nuevos reclutas.

–¡Por Dios! –exclamó Catana Pérez, de regreso en su aposento con Pedro–. No lo creo. Debe tratarse de una treta del general. Será pura apariencia. ¿Pero ahorcar a Juan García? ¿Colgar a uno de los mejores? ¿Con un corazón tan grande como el suyo? ¡Es absurdo!

De Vargas meneó la cabeza, sin apartar los ojos del suelo. Al cabo de unos instantes, dirigiose a la cómoda, sacando su mejor cadena de oro y un hermoso anillo de turquesa, todo lo cual se puso.

–¿Cómo? –preguntó ella.

–Estoy invitado a comer con el general, en honor de los nuevos capitanes. ¡Con Diego de Silva e Ignacio de Lora! –Su voz vibraba–. Reza un Avemaría por mí, querida. Podré hacer más a favor de Juan

yendo de acuerdo con Cortés y asistiendo a la comida que quedándome en casa. ¡Pero es terriblemente duro!

Sentado no lejos de la cabecera de la mesa durante la comida en honor de los capitanes, el padre Olmedo observaba cómo se repetía el deprimente ejemplo de la naturaleza humana. Algo filósofo, advertía que esa reducida reunión representaba el conjunto de la humanidad, tal como una laguna aislada contiene los elementos esenciales del océano. Hallábanse presentes las cualidades creadoras y destructoras de un imperio, el mismo heroísmo y la misma ceguera; sabiduría y prudencia para preparar y ejecutar; ambición y odio, que no conducen sino a la división y a la nulidad.

Mientras jugaba con una miga de pan entre sus dedos, diose a reflexionar sobre los escasos medios con los cuales la compañía primitiva había realizado cosas tan grandes... Pero entonces había existido humildad, un sentimiento de confianza en Dios, de fe, no importa lo cruda, en la guía divina; y también lealtad, camaradería, y fraternidad. Ahora, triplicada su fuerza, afirmada su seguridad y conquistada su meta, estaba desintegrándose.

Olmedo observó a los hombres a su alrededor: Cortés, orgulloso de su triunfo, ahora un petulante dictador en lugar del capitán sencillo y vigilante, con su mirada inescrutable y conspirando, mientras examinaba a lo largo de la mesa. Alvarado resentido por la reprimenda recibida durante la tarde. El semblante curtido de Olid, inquieto como siempre, pero ahora con un tinte de zorro en él. Sandoval, el alma de la lealtad, un poco abatido e indudablemente turbado. De Vargas, envejecido para su edad, pálido y terrible mientras hacía esfuerzos por apartar su mirada de Diego de Silva. Y, por último, lo peor de todo, el contingente de Narváez frente a los veteranos oficiales, con un abismo entre ellos.

A Olmedo, que tenía un toque de místico, parecíale que la muerte no andaba muy lejos de la mesa, sino que se hallaba al extremo de la misma, guardando el equilibrio con Cortés. Porque la muerte es inevitable cuando las pasiones humanas, junto con la vanidad, cubren ambos lados de la mesa, como sucedía aquí. ¿Cómo era que los hombres nunca veían ni aprendían? ¿Por qué, ignorando las enseñanzas de los pasados desastres, tenían que volver a sufrirlos una y otra vez? No es que no supiesen cómo evitarlos. Desde hacía casi mil quinientos años sabían la manera de hacerlo. No tenían más que renunciar a sus egos malignos y fastidiosos en beneficio de la grandeza y la libertad del amor. Bastaba que fuesen cristianos de pensa-

miento y de corazón. Para el monje honesto resultaba ingenuamente claro que ese era el remedio para la mayor parte de los males humanos y que encontrábase bien a mano. Para Olmedo, la tragedia irónica de la existencia humana consistía en ese perpetuo naufragio a la vista del puerto.

Abandonada la miga de pan, alzó la mirada, tropezando con los ojos fríos de Ignacio de Lora clavados en él desde el otro lado de la mesa. La presencia de ese hombre aumentaba el esfuerzo y la tensión que Olmedo parecía palpar en el recinto. Con De Lora, la Inquisición había llegado a la Nueva España. Aún no ejercía su dominio, pero ya se hallaba allí... un tentáculo del pulpo que sondeaba su camino; ese pulpo que, al parecer del padre Bartolomé, dedicaba su atención a los mosquitos, tragándose los camellos.

–Me he preguntado con frecuencia –dijo el inquisidor, inclinándose hacia delante con una helada sonrisa– sobre la suerte de aquella carta escrita por el obispo de Santiago al capitán general Cortés, en Trinidad de Cuba. Padre Bartolomé, ya recordará que le hablé de ello durante su visita a nuestro campamento de San Juan de Ulúa.

Olmedo echó una mirada de ansiedad a Pedro, sentado algunos lugares más allá, y que, afortunadamente, se hallaba embebido en su conversación con Tapia.

–Sí, padre Ignacio; ya le dije que se había extraviado–. Luego agregó de un modo significativo–: Volvimos a discutir el asunto en Cempoala con su excelencia, antes de decidirse vuestra venida a esta ciudad.

Las palabras de Olmedo llevaban en sí un recuerdo y una admonición. No había habido medias palabras en la entrevista de Cempoala. Cortés había hecho ver claramente a De Lora que las acusaciones de aquella carta contra dos miembros prominentes de la primitiva compañía no podrían ejercer ningún peso en Nueva España.

"–Lo que usted expresa –había dicho, enérgicamente– requiere la formación de un tribunal eclesiástico ante el cual depongan y aporten sus pruebas los testigos. Y aquí no tenemos ni lo uno ni lo otro. El padre Olmedo se halla a cargo de los intereses espirituales de la empresa. Él sale fiador de ambos hombres, y ello es suficiente para mí. Y entérese bien. No quiero disputas ni pendencias entre nosotros. O acepta esa condición o se queda en la costa. ¿Está bien claro?"

"–¿La aceptarán igualmente vuestros Pedro de Vargas y Juan García?" –había inquirido de Lora entonces.

"–Le doy mi palabra sobre ello" –había dicho Cortés.

El enojo del general esa tarde contra García había sido motivado en parte por esa palabra empeñada.

Y ahora, frente a Olmedo y del otro lado de la estrecha mesa, De Lora sonreíale de un modo frío, en tanto que hacía un movimiento de cabeza.

–Sí, me dijo que la carta se había extraviado, padre Bartolomé; pero no puedo dejar de pensar en cómo y *por qué*.

–Bien se ve –dijo el monje, encogiéndose de hombros– que su reverencia carece de experiencia en estas expediciones; de lo contrario, no pensaría mucho en ello.

–¿De veras? –Un ligero estremecimiento pasó a través de De Lora, como si lo helase el frío de su pasión–. No, mi experiencia ha sido especialmente con los hombres... para discernir lo verdadero de lo falso. Una carta del obispo no parece ser cosa de gran importancia para usted, padre Bartolomé. Y si no hubiese... traspapelado esa de que hablamos, no se habría atentado hoy contra mi vida.

–¡Por mi fe que lo lamento!, como hube de expresar a su reverencia. –Cortés, cuyos oídos no descuidaban nada y que se hallaba conversando con Andrés de Duero, levantó la vista y dijo:

–García se comportó como si estuviese loco, y ciertamente irá a parar a la horca. ¿Qué más puede hacerse? ¿A qué remachar sobre el asunto ahora?

–Porque el próximo atentado, señor general –dijo de Lora mirando oblicuamente en dirección a Pedro–, puede tener éxito. Y he cruzado el océano para servir a Dios, no para morir a manos de españoles renegados y de rufianes. Castigarlos después de que se haya producido el suceso, no me servirá de nada. Descanso en vuestra promesa y en la del padre Olmedo. Mi vida, por insignificante que sea, queda a vuestro cuidado.

–¿Quién llama renegados y rufianes a mis camaradas? –gruñó Sandoval, bajando su copa antes de que Cortés pudiese contestar–. Juan García es un buen compañero y buen cristiano; uno de los más valientes de esta compañía. Admito que hoy se excedió; pero si tiene una queja contra usted, no por eso es un rufián ni renegado. ¡Vive Dios! ¡Yo aseguro que no! Tenga cuidado, padre...

–Tú eres quien debes tenerlo –interrumpió vivamente Cortés–, hijo Sandoval, o habrás de arrepentirte... En cuando a mi responsabilidad, no necesito que nadie me la recuerde. ¿Es este el lugar ade-

cuado para tales conversaciones? Usted tiene mi promesa, padre De Lora...

–Ciertamente, excelencia –terció Juan Buono, uno de los capitanes de Narváez, sentado junto al inquisidor–; pero su reverencia lo ve de distinto modo. Necesita protección más que promesas. Y ¡por Dios!, excelencia, quedamos aquí bastantes de sus amigos para ver que la tenga.

–¿Los hay en verdad? –saltó a modo de burla Alonso de Ávila desde el otro lado de la mesa–. ¿Quiénes lo protegieron hoy? Me parece que no lo demostraron mucho. Si no hubiese sido por uno de nosotros, ya estaría cantando junto con los ángeles. ¿Verdad, Sandoval?

–Capitán De Olid –dijo Cortés inclinándose hacia adelante con atención–, anóteme los nombres de estos caballeros. Parece que no andan muy bien de la memoria, pues hasta se olvidan del lugar en que se encuentran. Présteles atención, Cristóbal, a menos que recobren en seguida sus sentidos.

La escaramuza tocó a su fin. El extremo inferior de la mesa, que se había vuelto silencioso y alerta, reanudó su conversación.

Esfuerzo y tensión, según el padre Olmedo, que pensaba en una caldera en punto de ebullición, cuando el vapor hace saltar la tapa de cuando en cuando.

Entretanto, a cierta distancia, Pedro prestaba estudiada atención a Andrés de Tapia y al capitán De Ordás, entre quienes se hallaba colocado, sin mirar a Diego de Silva, sentado enfrente, pero oblicuamente, aunque sin dejar por ello de verlo de continuo, con sus orejas puntiagudas ornadas de zarcillos de perlas, su cabello colgando a lo largo de sus mejillas y sus negros e insolentes ojos. Ya se habían encontrado antes de la comida, sin mirarse apenas, inexpresivos los semblantes. Y Pedro experimentó una intensa alegría, casi tanto como la alegría del amor. No necesitaba preocuparse de su juramento. Pronto sería absuelto. De Silva no esperaba sino el momento propicio, que pronto llegaría. Pedro estaría preparado, y entonces... ¡Oh Dios!... Entonces.

Tapia reíase a causa de Cervantes, el bufón, pasado al enemigo y rodeado con los otros en Cempoala.

–¡Hombre! No hace aún mucho más de tres semanas, pero el individuo sigue comiendo de pie y duerme sobre el santo suelo. ¡Qué de piruetas hizo sobre el guantelete! Lo desnudamos por completo, acostándolo sobre las banquetas, os lo aseguro. Y luego le hicimos

correr hasta que se vino al suelo de cansancio. Nunca se le había prestado tanta atención; pero, eso sí, ahora no larga una broma ni para remedio. Pasará un buen rato antes de que vuelva a mudar de parecer.

–Sí –dijo Pedro–, he notado que anda pensativo. Y cuando le pregunté "¿Qué tal la excursión, Cervantes?", se encogió como un perro.

–Y todavía tuvo suerte –agregó Ordás desde el otro lado–. ¿Quién tiene paciencia con una serpiente? –Bajó la voz, en tanto miraba hacia los capitanes de Narváez, elegantemente vestidos–. ¿Quién abandona a sus viejos camaradas por un puñado de lechuguinos? ¡Veánlos con sus lunares y sus presillas, sus damascos y su lencería, cuando casi nos asoma el pelo del pecho a través de nuestros jubones! Pero valemos más que ellos en una cosa, señores: ellos podrán llevar terciopelos; pero nosotros llevamos oro.

Ordás acarició con los dedos la espléndida cadena que rodeaba su cuello y daba vuelta dos veces a su brazo desnudo.

–De manera que ¡arriba nosotros, caballeros, y mueran los lechuguinos!

–Pero no el vino de Castilla que han traído –dijo Tapia– haciendo chasquear los labios... ¿Qué pasa, Pelirrojo?

Los ojos de Pedro no se apartaban de su plato de plata. Muy a pesar suyo, estaba escuchando con toda atención la conversación del otro lado de la mesa.

–Hermoso par de zarcillos, señor De Silva.

–Sí, yo opino lo mismo. Fue un regalo que me hizo mi esposa en el instante de partir.

Con que el hombre se había casado. Así había acontecido después de la partida de Pedro. ¿Y con quién? Pedro pensaba si la conocería.

–Con vuestro permiso –dijo el compañero de mesa de De Silva–, me honraré bebiendo a la salud de ella, señor. No dudo que su belleza superará a la de sus perlas... ¡A la salud de la señora Luisa de Silva y de Carvajal!

–¿Qué sucede? –repitió Tapia ansiosamente.

Pedro meneó la cabeza. La sangre le golpeaba en las sienes y la habitación parecía borrosa.

–Muchas gracias, amigo –respondió De Silva, luego de haber bebido para corresponder al brindis–. Luisa es bastante hermosa. No tuve sino poco tiempo de disfrutarla antes de embarcarme. –Luego

agregó, riendo–: Si a mi regreso me encuentro con un heredero, confío que sea mío.

De Vargas sacudió el brazo de Tapia, quien ya se había apretado contra su hombro.

–¡Hombre de Dios! No me pasa nada –murmuró–. Déjame en paz. Es la herida de Villa Rica, que algunas veces me molesta. Ya pasará.

Permaneció en su asiento, inclinado y pensativo, luchando consigo mismo.

¡Sus perlas! ¡Aquellas que tantas veces acudieran a su imaginación, después de aquel momento de la iglesia! La dama de sus sueños, y de su honor, la encarnación de lo que había de más puro y más espiritual en su vida, la santa de su más recóndito altar. ¡Señora de Silva!

En ese momento, y sin que él lo advirtiese, De Silva se había tomado su más completo desquite.

El asombro de Pedro cedió luego ante un sentimiento de horror, como el primer ramalazo de locura. Érale imposible sufrir el tormento de continuar sentado allí; la presencia de los dos hombres a quienes más odiara en la vida, su ansiedad sobre Juan García, eran ya bastante difíciles de resistir. ¡Y todavía esto!

–Presentarás mis disculpas a su excelencia –dijo volviéndose hacia Tapia–, Andrés. No me encuentro bien esta noche. Es esa vieja herida de la cabeza, sin duda. Buenas noches. No te olvides de explicar al general.

–Ya le explicaré…¿No quieres que te acompañe?

–No, no tiene importancia.

Después de esperar que aumentara el diapasón de las risas y las conversaciones a la cabecera de la mesa, Pedro echó hacia atrás su asiento, abandonando la habitación.

Era una noche calurosa de junio, y al salir al aire libre llenó mecánicamente sus pulmones. Las estrellas lucían en el cielo. La ciudad en sombras, alumbradas de cuando en cuando por los fuegos del altar sobre sus pirámides, yacía reluciente y silenciosa, como de costumbre. Pero Pedro palpaba solamente una curiosidad como de ataúd. Su mejor amigo, condenado a muerte; su santuario de los santuarios, vacío. Cuando la luz que hay en el hombre se vuelve oscuridad...

No es que se sintiese abandonado o traicionado por Luisa de Carvajal a quien compadecía tanto como a sí mismo. Sabía lo poco

que ella iba a poder relatar sobre su matrimonio. Pero casada con Diego de Silva era como si hubiese dejado de existir. Recordaba la imagen que había adorado, pero como perteneciente a alguien ya muerto. ¡Sus perlas en las orejas de aquel hombre! ¡Su cuerpo, pasto de él! ¡Su nombre una posesión sobre la cual había gastado una broma! Era imposible adorar una radiación que ya no lucía. Otra cosa habría sido si hubiese contraído matrimonio con cualquier otro. No era el acto del matrimonio lo que la manchaba, sino la unión increíble a la que la habían obligado.

La fuerza de la costumbre le hizo tomar mecánicamente el camino a su aposento, donde se encontró con Catana, que acababa de llegar de su visita a García en el encierro.

–¿Qué tal en lo del general, señor? ¿Hay alguna esperanza?

–No –contestó, meneando la cabeza–, a menos que ganemos tiempo, lo que apenas es posible. Ojalá pudiese yo morir en su lugar mañana– concluyó.

Algo sobre su persona extrañó a Catana, que por primera vez advirtió entonces su aspecto desolado a la luz de la mariposa. Pero por una vez se equivocó en parte.

–No hable de esa manera, señor. –Su voz se cortó e hizo rápidamente la señal de la cruz–. No hay que hablar de la muerte, pues es cosa que trae mala suerte. Quien llama a la muerte, muere. ¿Y qué sería de mí? –Lo miró temerosa, tomándolo después de los hombros al ver que no le respondía. Sus ojos le escrutaron el semblante– ¿Es que no me quiere más? ¡Algo ha sucedido! ¡Querido mío!

La insensibilidad helada que le había invadido en esa última hora desapareció al estrecharla en sus brazos, oprimiéndola tanto que ella no pudo menos que gritar.

–¡Di otra vez que no te quiero, Catana!

–Sus ojos me lo han vuelto a demostrar. Pero por un momento creí... ¡Soy tan tonta! No hay sino dos cosas a las cuales temo en este mundo: que hable de morir o que deje de quererme. –Desvió la cabeza para que no la viera–. ¡Tonta! –dijo esforzándose después por reír–. ¡Maldígame por estúpida! Présteme su pañuelo, señor.

Presa de un impulso repentino, Pedro introdujo la mano en su jubón, sacando el envoltorio de pergamino en que se hallaba el pañuelo recuerdo de Luisa, ya amarillo y deshilachado.

–Ahí tienes –dijo.

Durante un momento, Catana no lo advirtió; pero luego se irguió, observándolo rígidamente.

–¿Su pañuelo? ¿Cómo?

–¿Por qué no? –respondió él–. De algo servirá. Guárdalo o tíralo. ¡Pero atrévete a decirme otra vez que no te quiero!

–¡El pañuelo de ella! –exclamó, con sus ojos inflamados–. Escuche, querido; no debe haber secretos entre nosotros. Hablaremos de ello en seguida, pero por última vez. ¿Qué ha sucedido con doña Luisa de Carvajal?

Cuando finalmente pudo responder, su semblante expresó mucho más que sus palabras.

–Ha cambiado de nombre. Ahora se llama Luisa de Silva.

56

Según había previsto Pedro, el juicio de Juan García no llevó mucho tiempo. Antes de imponerle la sentencia, Cortés preguntó:

–Atienda, señor García. Si este tribunal se sintiese inclinado a la clemencia, si vuestra sentencia fuese conmutada por multa y prisión, ¿daría su palabra, como caballero de honor, de abstenerse de cualquier acto contra la persona de Ignacio de Lora?

–Con todo el respeto debido a ustedes, caballeros, ¡que el diablo me lleve si lo hiciera! Mientras ese hijo de perra y yo estemos vivos, no me consideraré a mí mismo hombre de honor si no tratase de vengar sobre él la muerte de mi madre. –Tal fue la respuesta de García, aplastado por las cadenas, pero con la cabeza bien en alto y su voz tan potente como de costumbre.

–¿Sabe lo que está diciendo? –gruñó Cortés.

–Sí señor. Y permítaseme decir, además, lo siguiente. Que vivo o muerto, no descansaré hasta que la deuda quede saldada.

Estas palabras fueron pronunciadas de una manera tan imponente que más de uno de los esforzados y curtidos capitanes hubo de palidecer y santiguarse.

–Bueno, Juan García –prosiguió el general–; entonces no me queda qué elegir. El tribunal lo ha declarado culpable, y de acuerdo con las disposiciones aceptadas por la compañía, se le condena a muerte. Por haber atacado a un sacerdote, que es ministro del Señor, se le condena a la hoguera; pero, por misericordia del tribunal, se le conmuta a morir en la horca. Debido a razones urgentes que afectan a la paz y a la seguridad y bienestar de esta compañía, no puede aprobarse el pedido de algunos caballeros sobre la demora en la ejecución de la sentencia. Tal ejecución llevarase a término mañana, a

las doce, siendo el 26 de junio del año de Nuestro Señor, 1520. Tiene, por tanto, veinticuatro horas para ponerse en paz con Dios. ¡Y que Él se apiade de su alma!

El rasgar de la pluma del padre Juan Díaz, que actuaba como escribiente del tribunal, se detuvo. García contemplaba fijamente la pared por encima de la cabeza del general. Hasta que llegase el momento definitivo, su misión consistiría únicamente en arrostrar la muerte como un valiente caballero, sin la menor mancha sobre su coraje ni embarazo para sus amigos. Los cuatro oficiales de la expedición original que formaban parte del tribunal hallábanse perplejos en sus asientos, mientras el semblante de los cuatro capitanes de Narváez reflejaba satisfacción.

–Hasta el momento he hablado como juez –prosiguió Cortés, cuyo semblante se ablandó–. Ahora, me agradaría hablar como camarada y viejo conocido, no sólo aquí, sino en La Española. Ha echado una pesada carga sobre mí, Juan García. En los combates en Nueva España se ha conducido bien y valerosamente. Ha sido un valiente soldado y honrado caballero. No es cosa fácil para mí condenarlo, pero dirigir no resulta cosa tan sencilla tampoco.

–Ha hecho lo que yo habría realizado en vuestro lugar –contestó García–, y no le guardo rencor por ello. ¿Qué sería de esta compañía? ¡Por Dios!, sin ordenanzas? En mi lugar, usted habría procedido como yo, pero con sutileza. Eso es lo que lamento, señores; haberme conducido como un toro enfurecido, cuando pude haberlo hecho como un zorro. Que les sirva de lección, señores. Ojalá sean más cautos que yo, cuando hayan de entendérselas con sus enemigos, y puedan...

Fue interrumpido por el estampido de un cañón, seguido del tumulto de voces en el patio exterior. Evidentemente, las puertas principales del acantonamiento habían sido cerradas de golpe. La agitación y el rumor de pasos a la carrera se oían en aquella dirección, siendo cada vez más distinto el rumor de voces que se aproximaban.

Instantáneamente, Cortés se había llegado hasta el umbral, rodeado de los jueces y de la audiencia que habían admirado el elocuente discurso de García. Al pie de la corta escalinata que conducía desde la terraza hasta el lugar en donde se celebraba el consejo de guerra, veíase un grupo de soldados que medio escoltaba, medio abría camino a un hombre que avanzaba en dirección a Cortés, con andar vacilante.

Era el Moro, enviado esa mañana en misión a Tlacopan, situada al extremo de la calzada occidental. Mientras avanzaba no dejó de toser y agarrarse al pecho, en tanto que un hilo de sangre salía por su boca. Se detuvo, vacilante, en presencia del general.

–Se han levantado, vuecencia. Millares de ellos. Me agarraron..., pero pude escapar... Vienen hacia aquí... por todas las avenidas... canales... no hay tiempo que perder, excelencia... yo aprovecharé el mío... ¡Cristo!...

Se desplomó, cayendo de bruces. De su espalda sobresalían dos flechas indias.

Y la ciudad, desierta y silenciosa de la víspera, vibraba ya ante el sonido que se aproximaba como una marea cuyo reflujo hubiese tocado a su fin y azotara los peñascos de la costa.

Mientras un par de hombres se agachaban sobre el Moro, Cortés le levantó la cabeza para escuchar. En seguida reaccionó.

–Los esclavos piden el látigo, ¿verdad? ¡A fe mía que les daremos una lección! Y esta vez nos adelantaremos a ellos... Capitán De Ordás, haga un reconocimiento de fuerzas. Tome cuatrocientos hombres. Averigüe qué sucede y apacigüe a esos perros de una manera o de otra. Capitán De Alvarado, cuide de sus defensas...

–¿Y Juan García? –inquirió Pedro, esperanzado en el perdón, debido a lo apremiante del momento.

–Que sea enviado nuevamente al calabozo, bajo custodia. Nos ocuparemos de él mañana, según dije... De Olid, ocúpese que se preparen los caballos. Sandoval, que los trompeteros toquen llamada.

57

Diego de Ordás, a cuyo cargo se hallaba la infantería, partió con cuatrocientos hombres para hacer frente a los aztecas. Completamente cubierto con su armadura y con una pluma blanca en el casco, salió montando a su yegua gris, igualmente cubierta de acero. Tanto él como sus hombres constituían un hermoso espectáculo; una ligera brisa agitaba los penachos, marchando con el ritmo de una cohorte romana, fila tras fila, con el escudo al brazo y los piqueros y los arcabuceros colocados en los debidos intervalos.

En tanto trasponían la puerta, el ángel encargado del registro en Nueva España dobló otra hoja en su libro.

No habían recorrido la mitad del largo de una calle cuando se les vino encima un ataque tan violento, mejor dicho, un huracán,

como jamás hubieran enfrentado. No se trataba simplemente de la muchedumbre que silbaba y daba alaridos mientras apretaba el cuadro formado por los combatientes, cuyo igual hubieron de observar en Tlascala y Yucatán, ni tampoco que hubieran de luchar hombro con hombro y espalda contra espalda hasta alcanzar el vértice del torbellino, pues ya habían sido rodeados anteriormente; pero esta batalla era lanzada tanto desde arriba como desde abajo. De los canales, atestados de canoas, salían enjambres de guerreros; desde lo alto de las paredes arrojaban cascadas de piedras, y de todos lados acudían hombres jadeantes que se agarraban, tiraban puñaladas, jurando y echando llamas por los ojos, ávidos de dar muerte si pudiesen poner un instante sus manos sobre los invencibles blancos.

Sobrepasados en número, ciento contra uno, envueltos en un mar de hombres furiosos, las filas españolas resistieron, sin que se rompiese la muralla formada por los escudos. Pero era necesario retirarse. Retrocediendo pulgada a pulgada, chorreando sangre, arrastrando consigo a sus muertos y heridos, volvieron a la plaza central, en la cual hallaron otra miríada de salvajes que daban alaridos, interpuestos entre ellos y el acantonamiento de los españoles. A pesar de ello, mantuvieron su formación, sin dejar de avanzar, aunque fuese lentamente. Ordás, que sangraba por tres heridas, desaparecida su pluma, y su rodela marcada por cien dardos, sosteníase aún sobre su silla, blandiendo su pesado acero y lanzando el grito de ¡Castilla! Y Santiago, a quien también se hubo de invocar, prestó su ayuda, con lo que finalmente la compañía pudo llegar hasta la puerta, que se abrió para darles paso. Todos se hallaban heridos; las pérdidas sumaban veintitrés hombres y estaban a punto de sucumbir.

Pero si los soldados que habían regresado contaban con hallar solaz y descanso en los cuarteles, pronto se desengañaron. El humo salía en grandes columnas por todos lados, debido a los edificios incendiados por las flechas. Desprovistos de agua, pero armados de picos y barras, cuadrillas de hombres ennegrecidos, sudorosos y chamuscados, dedicábanse a derrumbar las paredes para apagar el fuego. Cada espacio libre era barrido por una lluvia de proyectiles incesante, disparados desde lo alto de los edificios vecinos, desde arriba de la imponente masa de la cercana pirámide y por la multitud que atacaba, estirando sus arcos por encima de los baluartes. Sobre el conjunto colgaba una especie de palio formado por el humo y el polvo de los edificios, el humo de los cañones y de los mosquetes y el que brotaba por todas partes entre las llamas. Los heri-

dos se hallaban diseminados por cualquier parte, ya que no era posible prestar atención a sus cuerpos por el momento. Los muertos yacían en el mismo sitio en que cayeran.

Entretanto, la caballería se aprestaba par formar una columna de acero que efectuara una salida, con Cortés a la cabeza. Los caballos rugían y saltaban al sentir el impacto de los proyectiles, a pesar de las planchas que los protegían. Los infantes se colgaban de sus bridas. Las lanzas, todavía perpendiculares, se balanceaban como los arbolillos en medio del fuerte viento.

Catana, que había acompañado a la escolta de García en su recorrido de ida y vuelta hasta la prisión, apresuróse a dar una mano, sosteniendo a Soldán del bocado, mientras evitaba ser lastimada con su pata delantera. Una de sus mejillas mostraba un churrete, y una herida la otra. Pedro le tocó la cara con su guantelete, mientras le gritaba algo.

–No es sino un rasguño –exclamó ella–. No tiene importancia... Buena suerte, señor. ¡Vigile su izquierda!

–¿Qué dijiste?

–¡Que cuide su izquierda!

–Cuídate bien, querida mía –gritó él a su vez.

Con voz de trueno, Cortés ordenó a su artillero mayor:

–Ahora dispare todas sus piezas contra ellos.

La explosión estremeció el patio. Los caballos enloquecieron.

–¡Abran las puertas!

A través del marco de los portones, veíase a la distancia el estrago ocasionado por los cañones.

–¡Adelante, caballeros! –Cortés lanzó su acostumbrado grito de guerra–. ¡Santiago, y a ellos!

–¡Hasta la vista, querido! –exclamó Catana, echándose a un lado.

Los hidalgos atravesaron la puerta como un torrente de acero, deshaciendo la columna para formar en fila, lanza en ristre, abalanzándose contra los restos de los indios destrozados por la artillería. La lanza de Pedro atravesó el cráneo de un hombre para introducirse en el cuerpo de otro, al mismo tiempo que otros dos se abalanzaban sobre el arma, arrancándosela de la mano. Valiéndose de su escudo, detuvo el golpe de un *macuahuitl* cuyo filo era de obsidiana, así como de varias jabalinas. De cuando en cuando vislumbraba a algunos de sus camaradas, conociéndolos por su armadura, y a muchos de los recién llegados con Narváez, que llevaban calada la vi-

sera. Pero por encima de todos, siempre formando el centro de la línea y como si fuese el pivote de la misma, sobresalía Cortés con su hermoso atuendo y su pluma. Su espléndido caballo, Molinero, manteníase medio cuerpo delante de los otros, retrocediendo a un costado y saltando. Su cimera se levantaba, se hundía y volvía a elevarse. Y el grito "¡Santiago!" sobresalía por encima del clamor.

Pronto se halló libre de enemigos la gran plaza, pareciendo terminada la batalla. Pero al probar por las avenidas vieron que los aztecas no habían huído. Había barricadas entorpeciendo el camino, y el silbido de una lluvia de piedras y de flechas, tanto de los frentes como de lo alto de las casas, comenzó a dejarse oír otra vez.

Era imposible resistir ese ataque desde los techos de las casas. Los edificios comenzaron a incendiarse, quedando destrozado el lugar adyacente a la plaza central. Los soldados de infantería del recinto hiciéronse cargo de la situación, destrozando las puertas. Los gritos de las mujeres y los niños mezclábanse con los alaridos; se elevaron nubes de humo; pero era necesario ocuparse de cada casa por separado, pues el fuego no podía extenderse a consecuencia de los canales.

Para el fin de la semana nadie era capaz de recordar la marcha, el estruendo, el hedor, el hambre, la sed, el dolor y la matanza de la batalla, no recordándose otra cosa que el esfuerzo ininterrumpido, iluminado de cuando en cuando por algún recuerdo más vivo...

Los hidalgos volvieron a salir a caballo. Cortés iba a la cabeza, con un escudo atado a su mano izquierda, inutilizada de una pedrada. Siguieron los mosqueteros y los ballesteros. Tomaron a la carga el recinto del templo, degollaron a sus defensores y luego se dieron a subir a la pirámide, después de haber echado pie a tierra. No había que ascender sino un centenar de pies, faltando una media milla para llegar a ella. Subieron el primer tramo de escaleras en medio de una lluvia de proyectiles; circundaron después la pirámide en busca del segundo tramo, recibiendo un nuevo alud de piedras, flechas, peñascos y vigas, repitiéndose lo mismo después de haber vuelto a rodear aquélla en demanda del tercer tramo.

Catana se encontraba dentro del recinto, de pie junto a María de Estrada, muchacha rolliza que había llegado con la gente de Narváez y se hallaba hondamente enamorada de Pedro Sánchez Farfán. Se colocó las manos sobre los ojos para protegerlos del resplandor de la pirámide, mientras contemplaba con los labios entreabiertos.

–¡Allí está! ¡Allí atrás!

Jadeantes, sudorosos y con el corazón latiéndoles violentamente, Cortés, De Vargas, Sandoval y Olid alzaron el peso de sus cuerpos y de sus armaduras hasta el último escalón, ganaron un lugar en que apoyarse al borde de la amplia plataforma de la cima y vacilaron un momento, adelantando un paso con ayuda de sus espadas. Después de haber oído el rumor de la otra fila que subía detrás de ellos, lanzáronse temerariamente contra la muralla de los defensores.

Y así la batalla rugió a cien pies por encima del patio, invisible para los espectadores de abajo, imposibilitados de ver únicamente en algunas ocasiones en que los combatientes, embebidos en la lucha, vacilaban al borde de la inclinación, salvándose unas veces, cayendo otras como un peso muerto para aplastarse contra la base del teocalli, donde permanecían inmóviles.

A pesar de los numerosos enemigos en su contra, los españoles tenían a su favor la ventaja, no del valor, sino del acero, de la disciplina y del físico. Era una batalla de exterminio. Gradualmente fue reduciéndose una fila de indios desesperados que luchaban de espaldas al abismo. Unos viéronse forzados, otros lanzáronse al espacio, hasta que, al cabo de tres horas de lucha, no quedaba sino una fila de espadas al borde de la explanada, que se alzaba en triunfo por encima de los guanteletes, saludando triunfalmente a sus camaradas de abajo.

Pero aún no habían dado término a su labor. Al volver a las torres del templo, observaron que los ídolos infernales de los aztecas habían sido traídos nuevamente a su anterior emplazamiento, a cuarenta pies por encima de la plataforma. Derribados otra vez, fueron arrastrados hasta el borde de los escalones, en medio de los gruñidos y de los lamentos de los indios, que lo presenciaban desde la plaza central. Luego, a manera de señal demostrativa de la victoria, los altares mismos fueron incendiados, ardiendo sus techos de madera como antorchas, como para que toda la ciudad se enterase. Y los victoriosos caballeros descendieron triunfantes otra vez, cuarenta y cinco menos que a la subida, retrocediendo la serpiente plateada de los templos arrasados...

Al encontrarse con Cortés esa noche, mientras cruzaba el patio, Pedro lo saludó.

–Una palabra, vuecencia.

El general, despojado de parte de su armadura para sentirse más fresco, se pasó una manga por la frente.

–Sí.

–Juan García me ha dado su palabra de abstenerse de toda acción contra Ignacio de Lora hasta tanto esta compañía se halle en seguridad. Quiere cumplir su parte en la empresa. Es un soldado valiente, y tenemos necesidad hasta del último hombre.

–Sí, necesitaremos hasta el último hombre. –Cortés parecía como si estuviese pensando en algo muy distante y volvió a la realidad–. Bien, haga que lo dejen en libertad; pero que tenga bien presente que la sentencia queda firme.

–Así lo haré, excelencia.

–Si es que alguna sentencia queda firme, salvo la de Dios, que rechaza el orgullo y la vanagloria de los hombres –agregó Cortés de repente. Luego se quedó pensativo un momento–: ¿Por qué cuesta tanto aprender eso, hijo Pedro? –Dicho lo cual siguió caminando, asintiendo con la cabeza después de haber mirado fijamente al suelo.

El consejo se reunió aquella misma noche…¿O acaso fue la noche siguiente o la anterior? Los capitanes, cubiertos de sudor y de polvo, al carecerse de agua para el aseo, con el cabello aplastado y cayendo en mechones, con los vendajes sucios, las voces roncas y los rostros macilentos. Las cadenas de oro resonaban contra la mesa desnuda. Cortés, que tenía una mano vendada, acariciaba con la otra su barba.

La gente de Narváez mostrábase verdaderamente amargada. ¡Esa era la región dócil y la población servicial que se les había prometido! ¡Esa la brillante recepción de la capital de Nueva España! ¡Que Dios premiase al gobernador Velázquez, que los había lanzado a tamaña empresa! ¡Lo mismo que a Cortés, que los había engañado desde la costa! Aunque respetaban su dirección, entendiendo que debían contar con la misma, achacábanle la culpa del desastre. ¿Y qué hacer ahora? ¿Permanecer allí para morir de hambre? ¿Dar de comer a un millar de blancos y a cinco mil tlascalas con proezas? ¿Qué de los caballos, mucho más valiosos? La ración no era ya mayor de cincuenta granos de maíz por cabeza. No; había que evacuar la ciudad, retirarse en tanto hubiese tiempo para ello.

Por su parte, los veteranos poníanse del lado de Cortés, sombría y tenazmente. Era la ciudad de ellos. Ellos y no estos novatos habían sido sus conquistadores, constituyendo su orgullo. ¿Pero, después de todo, iban a morir de hambre?

–Amigos y caballeros, con semejantes apuestas sobre la mesa, ¿tendremos que abandonar el juego o probar una baza más? Tenemos otras cartas que jugar.

Indudablemente, Moctezuma era una de ellas. Ofreciose para hablar a su pueblo. ¿Sería verdad o una versión de Cortés? Otros decían que había accedido a regañadientes, desconfiando y después de muchas solicitudes. Su palabra de nada serviría. Su hermano Cuitlahua, a quien los españoles habían puesto en libertad, siguiendo sus consejos, para que actuase como mediador, era ahora el *Uei Tlatoani* de los aztecas, y no él. Pero, de cualquier manera, investido una vez más de los atributos reales –la corona, la túnica con su broche, las sandalias de oro... y la escolta de capitanes españoles–, subió a los muros.

Pedro de Vargas recordó la ocasión semejante un mes atrás, palpando la diferencia. Los atacantes volvieron a caer en el silencio. Moctezuma dirigioles la palabra una vez más, siendo el emperador esta vez una voz, no un espíritu; una efigie, no un hombre. Palabras huecas, débiles, como de quien ha sido obligado a hablar. ¿Con qué le habría amenazado Cortés en caso de que no hablase?

No; ya no era más el rey. Bien se veía. Empero, la antigua reverencia mantuvo a la muchedumbre callada por un rato, exclamando después una voz alguna cosa que fue repetida por muchos de los rebeldes. Los españoles levantaron sus escudos para proteger al monarca; pero era demasiado tarde.

Transportaron a Moctezuma por entre el grupo de soldados atemorizados. Su corona de oro no lo había protegido del hondazo, pero aun la llevaba. Un hilo de sangre le corría por la mejilla, manchándole la túnica.

–No es nada. Simplemente un tiro de rebote.

Pero circuló el rumor de que se negaba a vivir, de que habíase arrancado el vendaje, buscando la muerte; que el padre Olmedo trataba en vano de salvar su alma, pues permanecía fiel a sus demonios. Y después, aquella noche, o quién sabe si la siguiente, pues había mucho que hacer y los recuerdos se borraron, el gran Moctezuma, murió.

Algunos de sus nobles lo condujeron a la plaza entre filas de afligidos veteranos, a los cuales había entregado muchas piezas de algodón y bastantes presentes en oro. Era un señor magnánimo, y la tropa así lo comprendió, estimándolo. Una lágrima no era demasiado en retribución de un peso. Y en cuanto a sus proyectos y a su política, las opiniones variaban. Pero todos pudieron ver en él la tragedia de la grandeza abatida, la tragedia común humana.

Sus nobles condujéronlo a la gran plaza, singularmente silenciosa y desierta. Porque el ataque de los aztecas contra su propio rey consiguió lo que no pudieron alcanzar los españoles con sus diversas salidas. Llenos de vergüenza y horrorizados, se retiraron del lugar maldecido, para no volver. Pero los españoles, que escucharon, pudieron oír las lejanas lamentaciones mientras el cortejo fúnebre desfilaba entre el pueblo.

Después hicieron su aparición las *mantas* –que eran también una de las cartas del general–, torres de batalla sobre ruedas. Durante las veinticuatro horas del día se trabajó en su construcción, martilleando, aserrando, clavando sus paredes de madera, que eran del alto de una casa azteca; con ellas se resolvería el problema de los atacantes desde los techos de las casas. Arrastradas por las calles valiéndose de los aliados tlascalas, los ballesteros y arcabuceros que las ocupaban podrían barrer las azoteas al pasar o combatir cuerpo a cuerpo con los aztecas por medio de una plancha tendida desde la máquina de guerra a la azotea. Salieron imponentes, dando lugar a grandes esperanzas que se convirtieron en nada. Atascáronse en los canales; sus tabiques de madera eran aplastados por las piedras más pesadas arrojadas por el enemigo; los tlascalas, faltos de protección y tirando de las sogas para arrastrar los artefactos, sufrieron muchas bajas.

A medida que transcurrían los días, tumultuosos y desesperados, cuando cada intento terminaba en hambre, heridas y con las filas cada vez menos nutridas, se acercaba la elección inevitable: escapar o morir. Las estrellas mismas decretáronlo en el horóscopo de Maese Botello: retirarse de la ciudad para la última noche de junio o ninguno quedaría con vida. Y ni el mismo Cortés podría ignorar a las estrellas, sobre todo cuando estaban de acuerdo con el sentido común.

¿Pero cómo escapar? Siete canales, con sus puentes destruidos, separaban a los españoles de la calzada más próxima, la occidental, y más allá de ésta existían otras tres aberturas que salvar. De tal modo, diez intersecciones de agua cortaban la retirada, pues lo aztecas dedicáronse concienzudamente a la destrucción de los puentes, con los que el león español podría azotar cuanto quisiese; la trampa parecía bien montada.

¡Los puentes! Cualquiera de los sobrevivientes podría recordarlos por encima de todo. Fueron reconstruidos con materiales de casas demolidas, volcadas en el canal; con materiales tomados de la calzada misma para rellenar los huecos del otro lado del lago; en

medio de una sangrienta batalla por cada uno de ellos, a costa de muchas bajas. Pero se apostaron guarniciones, y la línea de retirada quedó asegurada. Quizá por medio día, porque las guarniciones, abrumadas por el número, hubieron de ser rescatadas. Era imposible retener una línea de dos millas de extensión contra las hordas que contra ella se lanzaban. Millares de canoas cubrían el lago y los canales. Los puentes comenzaron a desaparecer casi antes de haber sido terminados. Otro día de luchas arrojó el mismo resultado: la trampa seguía en pie.

Y así volvió a comenzar la batalla de los puentes al amanecer. Los siete canales fueron provistos de una cantidad más grande de escombros. Todo el mundo se multiplicó, combatiendo como un Héctor o un Roldán. Murieron otros centenares de aztecas, algunos españoles y muchos tlascalas. Pero la línea de retirada se mantuvo firme, al menos hasta la calzada, y para la apertura de ésta preparose un puentes portátil. En cuanto al millar de pasos desde los cuarteles hasta la calzada, podía y tenía que ser mantenida esa distancia. Además, por una vez, muy descorazonado o lleno de confianza, el enemigo cesó en su ataque. ¡Ojalá que el patrono Santiago lo hiciera descansar profundamente! Porque de boca en boca había circulado la noticia de que el ejército abandonaría la ciudad esa misma noche.

58

Quizá maese Botello no se había dado tan de lleno a la lectura del horóscopo como la noche de esta víspera de la retirada, porque este horóscopo era, por así decirlo, para su uso particular. El talismán de cuero, relleno de vedijas de lana, hallábase sobre la mesa, frente a él con las estrellas –o quizá con el diablo–, pronunciando secretas palabras de poder, formulando preguntas, anotando símbolos y deduciendo respuestas.

Era una magia experta, tal como nunca fuera contemplada por Catana Pérez y María de Estrada, que se consideraban privilegiadas por haber hecho acto de presencia, aunque la voz retumbante del maese, las misteriosas y terribles fórmulas que utilizaba, les hacían erizar el cabello. Toleró la presencia de testigos, tanto más cuanto que Catana habíale remendado el asiento de sus calzones, restaurando con ello a su persona la dignidad, de la que de otro modo habría carecido.

–Si queréis estar presentes, mujeres –estipuló únicamente–, será a condición de que no hablaréis ni una palabra; de lo contrario, conjuraré a Amadeus, el demonio, para que os confunda.

En la creciente oscuridad, una antorcha de pino introducida en un fogaril arrojaba una luz incierta sobre las adivinaciones de Botello. El aposento, amplio y desnudo, otrora habitado por un príncipe azteca; el suspenso de la noche que se aproximaba; la llovizna que había comenzado a caer afuera, todo agregaba un toque de misterio a los procedimientos. Y muy preocupados con el futuro, ninguno pudo advertir la llegada de Cervantes, el loco, que había entrado y permanecía entre las sombras gesticulando.

–Yo te conjuro y te ordeno, Amadeus –entonó gravemente el maese–, con todas las virtudes y poderes, y por el santo nombre de Dios, Tetragrammatón, Adonai, Agla, Saday, Sobota, Planaboth... –agregó muchos otros, santiguándose detrás de cada uno, mientras los circunstantes lo imitaban...–, Salvador, Vía, Vita, Virtudes y Poderes. Te conjuro y te obligo a cumplir mi voluntad en todo, fielmente, sin desdoro de cuerpo o alma, y para que estés dispuesto a acudir a mi llamada, cada vez que te necesite, por la virtud de Nuestro Señor –más santiguarse– Jesucristo de Nazaret.

Ni Botello ni los presentes hubieron de abrigar ninguna duda en cuanto a su magia; bien a las claras veíase que era un poderoso encanto.

–Yo te compelo, Amadeus –prosiguió–, a responder a ciertas preguntas que he de formularte. Que tu mano me guíe en la escritura y en la adivinación... ¿Habré de morir en esta guerra, a manos de estos perros indios?

Después de haber ejecutado ciertos gestos que produjeron escalofríos a Catana, se hizo cargo de la pluma, anotando algunos signos, escribiendo la pregunta y tirándose de sus espesas cejas hasta juntarlas, formando lentamente una serie de símbolos, que luego examinó con la atención del gato que acecha la entrada de la ratonera.

–¡Ah! –exclamó finalmente–. Aquí está la respuesta: "No morirás..." Pero, una vez más, buen Amadeus: ¿he de morir?

Después de haber escrito la primera respuesta y de renovar la pregunta, siguieron más aspavientos. Una gota de sudor le chorreó por la nariz; suspiró profundamente.

–Nada está más claro: "No morirás" –Lo anotó haciendo diversas filigranas con la pluma.

–Bien; una vez más, señor Amadeus; una vez más. ¿Me matarán mi caballo? –Hizo diversidad de gestos mientras contemplaba los símbolos, meditándolos y sopesándolos después. Abatió la cabeza–. Sí, lo matarán. Matarán mi buen caballo. –Suspiró otra vez pesadamente–. ¡Qué golpe tan terrible! He gastado en él todas mis ganancias. ¡Qué animal tan noble!

Catana no pudo contenerse por más tiempo, e intervino:

–Bien, mi buen maese Botello; mientras esté ahí el señor Espíritu, pregúntele cómo me irá con el capitán De Vargas.

–Y yo, ¿me casaré con Pedro Farfán? –agregó María de Estrada.

–¿Y cómo me irá a mi? –gritó Cervantes.

–¡Dios del cielo! –vociferó Botello, vuelto en sí como de un trance–. ¿No os advertí, pedazos de alcahuetas, que había que guardar silencio? Y tú, so simplón, ¿quién te mandó meter las narices en esto? Ya se ha roto el hechizo. Ya se encuentra Amadeus a mil leguas de distancia, y volver a conjurarlo requeriría mucho más tiempo del que dispongo. Por una insignificante moneda sería capaz de hacer que el diablo os echase la vista encima; a los tres juntos.

–Vamos, maese Botello –dijo Catana, haciendo instintivamente la señal de la cruz con los dedos–, le suplico que no lo haga. Se me escapó la lengua. No tuve mala intención.

–Ni yo tampoco –agregó María. El loco hizo lo mismo.

–¡Se te escapó la lengua! –murmuró Botello–. ¿Creen que es tan fácil hacer que los espíritus salgan de sus profundas cavernas? No solamente se necesita conjurarlos con encantos poderosos, sino que a la vez se requiere fuerza de voluntad, sudor del cerebro. ¡Y todo mi trabajo se ha perdido por la charla de idiotas y mujerzuelas! Bueno, al menos he sabido lo más interesante para mí: que no moriré.

–No –interrumpió Cervantes–, no morirás; vivirás por siempre; pero yo sí. Conozco mi horóscopo. Los compañeros lo escribieron sobre mi espalda en Cempoala. Aún me duele mucho para marchar, y no digo nada para correr. De tal modo, no espero llegar lejos de México. Pero, al menos, me queda un consuelo: no me matarán el caballo.

–Bergante, no tienes ningún caballo –dijo Botello.

–Es claro. Por eso no me lo matarán.

Cervantes trató de hacer una pirueta, tan débil como el chiste; pero nadie sonrió. La llovizna helada que caía afuera y las perspectivas de la noche no invitaban al humorismo.

–Siempre he deseado tener un caballo –expresó Botello tristemente, después de haber recogido el papel lleno de signos–; pero cuando se es pobre... Estaba muy orgulloso de éste.

El hechicero parecía como el chiquillo que ha perdido su pájaro favorito. Catana le deslizó un brazo alrededor para animarlo.

–¡Oh, vamos, maese; otra vez saldrá mejor!

–No; esos horóscopos nunca se equivocan, hija mía. Me matarán el caballo.

–Pues si quieres el importe de tres caballos –exclamó una voz desde la entrada–, no tienes más que llegarte hasta la puerta del tesoro. ¿En qué andan perdiendo el tiempo aquí vuestras señorías? ¿No han oído las nuevas?

Era Pedro de Vargas, cuyo cabello estaba empapado por la llovizna, que había presenciado la última parte del conjuro.

–Y, Catana –prosiguió con ese tono que imitaba al fanfarrón, tan del agrado de ella–, ¿te has ocupado de mis alforjas y de los cofres? ¿Tendré que darte con una vara de abedul por haber obrado como una mozuela que no se ocupa de sus obligaciones? Hace casi media hora que ando buscándote.

–Todo está preparado, señor... Pero, ¿cuáles son las nuevas? –dijo la joven, acercándosele.

–No tenemos suficientes caballos para llevarnos el oro. El quinto correspondiente a su majestad será conducido en siete animales heridos y una yegua sana, bajo la custodia de Dávila y Mexía, con algunos tlascalas. En cuanto al resto, la parte del general y de los capitanes, pertenece a quienquiera que pueda llevarlo. Pueden quedarse con ello los soldados o esos perros aztecas, según ha dicho el general.

–¿Quien quiera llevarlo? –exclamó admirado Botello, olvidándose de su magia, por otra más grande, más universal–. Y ese *resto*, digno capitán, ¿cuánto cree que será?

–Quizá seiscientos mil pesos, sin contar las alhajas.

–¡Seiscientos mil! –repitió el hechicero–, ¿Cuándo..., cuándo podremos tomar...?

–Ahora mismo, maese; pero no hay necesidad de apresurarse. Habrá para todos.

Las últimas palabras cayeron en el vacío, pues Botello y María de Estrada habían desaparecido.

–Es una añagaza –dijo Cervantes, pellizcándose la barbilla–. Sí, una añagaza. ¿De qué se trata, mis señores? ¡Hernán Cortés que

abandona su parte! ¡Nada menos que él, que sabe bien cómo cuidarse! ¿Tan bajo hemos caído? ¿Se ha perdido acaso toda esperanza esta noche? ¿O es una argucia?

–No hay más jugarreta que la que tú mismo le hagas, don Turulaque –contestó Pedro–. El oro es tuyo, y puedes tomarlo o dejarlo. Pero el general dice que hay que andar con cuidado. Esta noche es necesario emprender la marcha; habrá agua que cruzar; posiblemente una encarnizada batalla que pelear antes del nuevo día. Y el oro es pesado.

–¿Es eso todo? –inquirió Cervantes, desapareciendo en seguida.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Catana a Pedro.

–Quiero decir que, como de costumbre, lo que dice el general tiene sentido. Tú y yo tenemos suficiente en nuestros cofres si los transportadores consiguen pasar y no nos lo roban. De lo contrario, los mejores hombres del ejército se hallarán pobres.

Hallábanse en el umbral del aposento que daba a la densa oscuridad entre los edificios. De cuando en cuando les azotaba el semblante una ráfaga de lluvia que más parecía niebla.

–Una noche triste –rezongó Pedro– para emprender la marcha. No me cargaré como un burro, ni siquiera de oro, ni tampoco a ti.

–Tengo otra carga en que pensar –dijo ella, asintiendo–, que vale más que el oro.

–¿Te sientes bien, muchacha? –inquirió él, tomándola de la cintura.

–Muy bien, señor, gracias a Dios.

–¡Maldita marcha! –protestó él–. ¿No podríamos haber tenido paz y tranquilidad hasta que el pequeño hubiese llegado. Es duro pensar en tu marcha a pie, durante la noche, mientras yo andaré a caballo. Si fueras capaz de manejar a Soldán y estuvieses en otro estado, la cosa resultaría diferente. Por lo menos no llevarás armas.

–Las llevaré, sí, señor. Una espada y un escudo no es nada. Pueden hacerme falta antes del amanecer. ¿Dónde formará, señor? ¿Con la vanguardia?

–No –Pedro trató de parecer indiferente–; tendré a mi cuidado el orden de la columna. Estaré en todas partes a la vez, manteniendo el enlace entre todas las compañías.

–¡Qué honor! –exclamó ella, exaltada–. Casi es maestre de campo.

–Casi... por una noche... Vayamos hasta el tesoro. Puede ser que encontremos algo que llevar. Y no es probable que volvamos a ver

tanto oro. Referiremos a nuestros hijos sobre el tesoro de Moctezuma, ¿verdad?

Tantearon el camino a través de la oscuridad para dirigirse a uno de los edificios principales, donde se hallaban los aposentos del general, la capilla y el recinto del tesoro, escuchando el rumor de pasos apresurados que iban en la misma dirección. De tanto en tanto, el resplandor de una antorcha dejaba ver fragmentos del lugar y alguno que otro rostro ansioso y barbudo encaminándose con toda la premura posible hacia un punto magnético. Si los indios hubiesen atacado en ese instante, habríanse apoderado del palacio casi sin lucha. Pero la noche se hallaba silenciosa, con excepción del resonar de fuertes pisadas del conjunto y de los murmullos de expectación, en tanto la compañía ascendía los escalones de la terraza hacia las habitaciones de Cortés. Luego, con más rapidez a medida que iban aproximándose, los hombre dirigiéronse atropelladamente y dando codo con codo a lo largo del pasaje sobre el cual daban varios aposentos abiertos. Siempre bajo candado y con una fuerte guardia apostada, pocos soldados habían tenido acceso al lugar anteriormente. Mucho hubo de especularse, tejiéndose sueños fantásticos acerca de las riquezas que ocultaba. Pero ahora, ciertamente cosa increíble, hallábase abierto para todos y los sueños se convertían en realidad. Una escena increíble tenía lugar a la luz de las antorchas que llenaban con una nube de humo la mitad superior del aposento, haciendo venir a la memoria de Pedro lo que había leído en los romances o en los fabulosos cuentos sobre las cuevas de ladrones. Las montañas de oro que Cortés y otros promotores de la expedición habían prometido se hallaban allí; o, al menos, si no montañas, altas pilas de barras de oro, cada una con su valor estampado, y en las cuales se habían fundido todos los granos, las pepitas y las obras de arte de los aztecas. También había cajas contenido turquesas, jades, ópalos, *chalchuites*, medallones de mosaico. Las capas de plumas riquísimas, obras maravillosas, veíanse a montones, igual que grandes cantidades de objetos de concha y de plata, tallados. Generaciones de artífices habían sido los creadores de estos incalculables tesoros, dispersos aquí y allá y pisoteados por los pies de los soldados.

Sí, los sueños se habían vuelto realidad, con una venganza. Aquellos sueños que hicieran botar las naves en Cuba, que atrajeran a los aventureros desde España, imponiéndoles las durezas y penalidades del viaje, de las marchas y de la batalla. Para muchos, el objetivo de su vida hallábase al alcance de sus manos, pronto a

dejarse agarrar, abrazar, ser metido en bolsas y escarcelas, atado en paquetes. El hambre, la sed, las heridas y los peligros que aguardaban fueron echados al olvido en estos momentos de delirio. Si el premio de la vida podía alcanzarse allí en ese instante, ¿qué más podrá dar la existencia?

Pero había una diferencia. Pedro enorgulleciose al observar que los hombres de Narváez, los bolsillos hambrientos de Cuba, fueron los que en su mayor parte arramblaron con el tesoro. Un cierto número de los de Cortés, los viejo camaradas, permanecían apartados, ligeramente sardónicos y un algo cínicos. Caminaban de un lado para otro, observando o, como conocedores, eligiendo alguna alhaja u objeto valioso, más bien como recuerdo. Seguramente mucho habían preparado sus nidos y utilizaban sus pertenencias en forma de cadenas o de anillos; en tanto que para los más nuevos ésta constituía su primera gran oportunidad. Pero no residía en eso toda la diferencia. Aunque muy confusamente, los hombres de Cortés hubieron de comprender la visión de algo más allá del oro, llamándolo Nueva España, el sueño del imperio. Cargarse de oro era algo que ya no les satisfacía. La vida tenía algo más que darles, habiendo madurado para pensar de sí mismos como conquistadores, no buscadores de oro. Pensaban en la marcha y en la lucha que los esperaba, recordando las prevenciones de Cortés.

No todos, sin embargo. Ahí estaba Botello, el hombre sabio, llenándose los bolsillos de oro; Cervantes, el tonto, con una barra debajo de cada brazo y otra en cada mano. Y la figura del Ruiseñor, deformada por todos lados.

–¡Por Dios, camarada! –exclamó Pedro–. Cuando hayas agregado a tu persona la espada, el escudo y el equipo, pesarás una tonelada. ¿Te parece que podrás con todo?

–Dos millas por la calzada, quizá cinco hasta Tlacopan –dijo el siciliano después de escupir–. No iremos más allá esta noche. Vamos, hombre, llevaría cinco veces más, si fuese oro.

–Pueden ser unas cinco millas bastante bravas.

–No se preocupe. Más vale que se provea de algo usted también.

Una extraña confusión de protestas y de jadear salía del montón de saqueadores, a medida que cada uno agarraba y se llenaba los bolsillos hasta no poder más, gruñendo desesperadamente ante la imposibilidad de aumentar su botín. De tanto en tanto oíanse imprecaciones y golpes, produciéndose alguna que otra disputa, enar-

decidos los ánimos, como si fuese un montón de paja presto a incendiarse; pero el tiempo era precioso y la oportunidad demasiado grande para que se perdiera en trifulcas.

–Hablando de cerdos, Juan –dijo Catana–, no se necesita ninguna granja en Andalucía.

–¡Que haya llegado a ver esto! –protestó García, que se hallaba pensativo, de pie y con el puño apoyado en la cadera–. Que tenga cincuenta mil pesos debajo de mis propias narices y no estire un dedo para tomarlos!

–¿Por qué no lo haces? –se mofó Pedro–. Eso no es práctico, Juan

–Bien, por una cosa –dijo el hombrón, medio turbado–: me ahorcarán cuando esto toque a su fin. Por otra parte, es bueno que otros obtengan también un poco. Por último, tenemos que pensar en la compañía, mi amigo. Ustedes los oficiales no son los únicos que tienen demasiada conciencia para evitar convertirse en mulas de carga cuando la batalla flota en el viento. Si tú, y el general, y los otros sois capaces de aguantar y de ver cómo se embolsan vuestra parte otros bobos que nada hicieron por ganarla, yo también lo soy. ¡Ustedes los prácticos! Mira a Sandoval.

El fornido capitán se hallaba del otro lado del recinto, apoyado contra la pared, escarbándose los dientes. Sonreía irónicamente y meneaba la cabeza ante la lucha por apoderarse del oro; una reacción profesional. Muy cerca, Cortés, con su mirada avizora, como siempre, parecía impaciente y nervioso. Nadie habría podido decir, basándose en la expresión de ambos, que prácticamente todos sus beneficios en la campaña de Nueva España iban desapareciendo en los morrales de la tropa. Lo mismo era cierto de Pedro y de otros capitanes. En esta crisis de la fortuna de la expedición, estaban pensando en algo más elevado que el tesoro.

–¿Lindas, verdad? –observó Bernal Díaz, el Galán, mostrando cuatro *chalchuites*, las piedras verdes y opacas tan apreciadas en México, que acababa de obtener–. Y livianas. Solamente los tontos se están atiborrando de metal. Las apostaría contra cincuenta veces su peso en oro. De Vargas, si tiene interés, aun quedan algunas esmeraldas en aquel cofre de allá atrás.

Pedro experimentaba una extraña languidez junto con una creciente nerviosidad, pareciéndole todo el asunto demasiado irreal. Luego del derramamiento de sangre de la semana última, en la víspera de la huída, se parecía exageradamente al festín del verdugo,

un desenfreno definitivo que tenía el aire de una broma macabra, preñada de muerte y de disolución.

–Después de la cosecha, el invierno; luego del banquete, hambre. ¿Y después de esto, qué? –sentenció el padre Olmedo, que se detuvo por un instante.

La habitación había quedado sin un grano de oro, retirándose los soldados, vacilantes bajo el peso de su carga, uno a uno. Las antorchas, consumidas hasta el final, arrojaban un leve resplandor, el último, sobre el lugar donde cosas hermosas, pero perecederas, se hallaban esparcidas sobre el suelo, como los restos de un naufragio.

Al mirar a su alrededor, Cortés se encogió de hombros levemente, expresando de tal modo la vanidad de los deseos humanos con muchísima más elocuencia que muchos volúmenes que se han llenado sobre el tema.

–¿Recuerda bien el orden de marcha que hemos discutido –dijo Pedro–. Vanguardia, centro y retaguardia, y el lugar que ha de ocupar cada uno? Comenzaremos los preparativos para partir a media noche. Y sin hacer ruido. En ello nos va la vida. –Después se volvio hacia los demás oficiales agrupados a su alrededor junto a la puerta–. Vuelvo a repetir que nada de ruido, señores. Llegamos al son de tambores y trompetas; nos retiramos como los ladrones en la noche.

–Pero algunos volverán– concluyó, con labios temblorosos, después de una breve pausa.

59

Se celebró misa, y a medida que se aproximaba la hora de partida, las compañías fueron congregándose silenciosas en la profunda oscuridad del patio dilatado. Puesto que los sitiadores aztecas se habían retirado de la gran plaza central y de sus alrededores, después de la muerte de Moctezuma, existía la posibilidad de que pasasen desapercibidos los ruidos indispensables para la reunión de la tropa –por mucho cuidado que se ejerciese en evitarlos– con sus caballos, armas y bagajes. Los españoles sumaban mil cien hombres, varios millares sus aliados indios; los treinta cañones tenían que ser arrastrados de un lado para otro y alineados los cien corceles con sus ruidosas herraduras; era imposible encender luces, pues serían observadas por los vigías colocados en los techos de los edificios lejanos. Aunque la espesa llovizna, que desalentaba las acechanzas del

enemigo, prestaba cierta protección, la oscuridad absoluta aumentaba la confusión.

Próximo a las puertas principales hallábase Margarino con un destacamento, a cargo del puente portátil que serviría para resolver el problema originado por los huecos existentes en la calzada a través del lago. Detrás marcharía la vanguardia, al mando de Sandoval, con veinte lanceros, doscientos infantes y una división de tlascalas. A continuación, el centro, a las órdenes de Cortés, y con la mayor parte de la caballería, algunos infantes y cañones; otra división de indios, los bagajes y el tesoro real. A retaguardia alinearíase la mayor parte de los infantes, a las órdenes de Alvarado y Juan Velázquez de León, apoyados por la artillería y un contingente de indios aliados, cerrando estos últimos la marcha.

En medio de una noche tan impenetrable, llevaba tiempo poner toda esa columna en una especie de orden de marcha inicial, asegurándose que sus componentes ocupasen el debido lugar, tarea que estuvo a cargo de Pedro de Vargas y de otros oficiales, quienes anduvieron a tientas de un lado para otro, disponiendo y comprobando las cosas. La larga espera, el hallarse empapados por la lluvia y la absoluta oscuridad desalentó a los hombre, a pesar del tesoro que consigo llevaban. Descansaron ya sobre un pie, ya sobre otro, y hasta se agacharon en las filas, sufriendo bajo el peso de las armas y de los equipos cargados de oro. El resbalar de los caballos sobre el mojado pavimento, las continuas exclamaciones de ¡quieto!, ¡quieto!, la inseguridad sobre lo que la noche pudiese acarrearles, alteró los nervios de los expedicionarios. Una especie de murmullo mudo comenzó a correr por las filas.

–¿Vamos a quedarnos así siempre? ¡En nombre de Dios! ¿Por qué no rompemos la marcha?

–¿Es usted el capitán Sandoval? –murmuró una voz.

–El mismo, señora Catana.

–Quisiera pedirle un favor, señor, si fuese tan amable.

–Haré cuanto esté a mi alcance, damisela.

–Que lleve a la grupa a ese arrapiezo de Ochoa. Sería pisoteado en un encuentro. Usted es hombre afortunado, capitán, y creo que podrá llegar a tierra firme.

–¡Por Dios que llegaremos todos! ¿Quién puede impedirlo? ¿Esos perros indios?

–No sé, señor. No es sino un presentimiento. ¿Llevará a Ochoa?

–A fe, señora mía –repuso la ronca voz vacilando en la oscuridad– que tendré que cabalgar bastante, y Motilla no es un palafrén. ¿Es capaz de sostenerse Ochoa?

–¡Cómo no! –llegó la débil voz del muchacho–. Como si fuese una virola. No es que tenga miedo de caminar con tita; pero me gustaría decirles a los otros pajes cómo he ido con usted a la grupa de Motilla. ¡Por favor, señor capitán!

–¡Por favor! –repitió Catana.

–Muy bien –rezongó la voz–. Pero cuida de ti, muchacho. No podré dedicarme a tu persona. Y lárgate en cuanto hayamos atravesado la calzada.

Comenzó una vibración extendiéndose por todas la filas desde los portones principales hasta la retaguardia. La voz familiar de Pedro de Vargas se hizo oír unas yardas más lejos.

–Catana, ten cuidado. Vuelve a tu sitio, ¡por Dios!... ¡Encargados del puente!, ¿listos? ¡Abran puertas! ¡Avance el primer destacamento!

Sandoval trepó sobre la silla de Motilla, adelantó un pie y Ochoa subiose a la grupa con la agilidad de un lagarto.

–¡Adiós, tía Catana!

–Adiós, mocito mío.

A Catana se le hizo un nudo en la garganta. Era como si se despidiese del chiquillo para no volver a verlo. Sentimiento ridículo, sin duda, porque en caso de ataque, ¿quién impediría a un ejército tan aguerrido y bien armado efectuar la retirada? Achacó, pues, su desaliento a lo triste de la noche y lo extraño de la partida del lugar con que se había encariñado durante los últimos seis meses. Pero la pesadumbre de la despedida hubo de persistir. Y, por supuesto, mientras iba a ciegas en su camino de regreso hacia el centro de la columna, fue cuando le vino a la memoria el recuerdo del mal agüero que suponía la bandada de aves que se había posado últimamente en los techos del palacio.

–¡Ay de mí! –reflexionó–. Todo se encuentra en manos de Dios.

Las filas habían comenzado a moverse, hombre por hombre.

–Presente –contestó una voz.

Los cascos de un caballo resonaron sobre el pavimento.

–¡Quieto, idiota!

Detrás de los hombres que conducían el puente portátil, Pedro anduvo a caballo, demasiado absorto en el suspenso del instante pa-

ra considerar el pasado desde el punto de vista sentimental. ¿Estarían unidos aún los canales de la ciudad existentes entre ellos y el viaducto del lago, como aquel día del combate? ¿Sería posible conducir al ejército sobre la calzada antes de que hubiese sido descubierta su retirada? En ese caso, transfiriendo el puente portátil de abertura en abertura tan pronto como las tropas hubiesen cruzado de un segmento del dique al otro, podrían alcanzar tierra firme, debiendo sufrir en el peor de los casos un ataque de flanco, efectuado desde las canoas. Pero si los siete canales de hallasen libres...

Afortunadamente, no era necesaria ninguna luz, pues hubiesen podido recorrer con los ojos vendados esa avenida, en la que tantas veces combatieran. Pedro escuchaba atentamente, no oyendo sino el respirar fatigoso de los cuarenta hombres que arrastraban el pesado puente, el paso amortiguado de los de la vanguardia de escolta y alguna que otra herradura. Nada. Avanzaban en la oscuridad, como si la populosa ciudad hubiese sido borrada.

Ya debían hallarse cerca del primer canal. Avanzaron con el corazón en un puño. Un murmullo se extendió en dirección a la retaguardia: "¡Gracias a Dios!" El canal aún podía ser atravesado. Cruzaron por sobre la áspera superficie de los escombros, aplastándola al pasar y continuando hasta el siguiente, y así los demás. Un explorador trajo la noticia de que el camino hasta la calzada se hallaba libre.

¡Viva! Y aún no se había dado ninguna señal de alarma. Los perros indios, muy seguros de su presa y confiados en el viaducto sin puentes, desestimaron la astucia del zorro español. Aun dormían. No había sino un millar de pasos desde el palacio de Axayacatl hasta el lago, pero a Pedro le pareció una eternidad hasta que los hombres de Margarino, portadores del puente, se detuvieron al borde de la primera abertura que separaba la ciudad del viaducto situado detrás de ella.

El suspenso de la vanguardia tomó entonces una nueva forma. ¿Suponiendo que, por algún error en el cálculo, la embarazosa planchada, construída en el acantonamiento, no cubriese la extensión de agua, que era de veinte pies? ¿O si se produjese alguna dificultad al tenderla?

Provistos de ropas atadas a un extremo, una cantidad de indios atravesaron, medio nadando, medio vadeando, la corriente de agua que se interponía, y en tanto sus camaradas del lado de la ciudad empujaban el puente hacia delante, ellos tiraron hasta afirmarlo en

posición sobre el dique. Los cálculos de los carpinteros habían sido correctos; los maderos alcanzaron, teniendo espacio suficiente para apoyarse de ambos lados, no quedando por ver sino su capacidad para resistir el paso de hombres, caballos y cañones. Sandoval, Pedro y los otros lanceros pronto se dieron a comprobarlo. El ruido de los cascos de los caballos resonaba levemente sobre el puente.

–Firme como una roca –aprobó Sandoval–. Avanzaremos hasta la próxima abertura, Pelirrojo. Pueden decir al general que todo está despejado.

–¡Escucha! –dijo De Vargas, en un suspiro–. Me parece haber oído un grito.

Ambos esforzaron los oídos; pero el único sonido que se oía eran los pasos de los infantes que cruzaban el puente.

–Probablemente, nada –dijo Sandoval–. O al menos no quería decir nada... –Se detuvo. Un grito alargado fue respondido en la oscuridad por un segundo, más tarde por un tercero–. ¡Maldito sea! –protestó–. Ya me parecía demasiada suerte que pudiéramos haber escapado sin ser descubiertos. Esperaré la llegada del puente en la segunda abertura. Activa la marcha de la columna. Dentro de quince minutos tendremos un enjambre encima de nuestras cabezas. ¡Viva España!

Su destacamento avanzó por la calzada, mientras Pedro dirigíase hacia el centro de la columna para dar parte a Cortés de lo ocurrido. Ya no era necesario más silencio ni preocupación. La ciudad despertaba. Los primeros gritos convirtiéronse en una agitación general, más tarde en un zumbido que iba subiendo de tono rápidamente. Todo lo que importaba ya era apresurarse, conseguir que el ejército traspusiese el terreno llegando a la calzada para verse libre del laberinto de las calles de la ciudad y de los canales: el puente portátil podría ser izado entonces, sirviendo la abertura que hubiese cubierto a manera de foso entre la retaguardia y los perseguidores.

La voz de Cortés resonó en la oscuridad, instando a actuar con rapidez.

–¡Adelante! –ordenó a los oficiales.

El lento arrastrar de la columna convirtiose entonces en ruido de andar apresurado, de pasos de gente agobiada por el peso de una carga exagerada. Las filas comenzaron a perder su formación, convirtiéndose en un sólido bloque de hombres, caballos y cañones que se esforzaban por avanzar.

Siempre manteniéndose a un costado sobre Soldán, Pedro forzó la marcha retrocediendo contra la corriente en dirección a los cuarteles, donde Alvarado y Velázquez acababan de comenzar a dirigir la retaguardia a través de los portones. Luego de haberles dado seguridades respecto al puente, cabalgó hacia la cabecera de la columna, que ya estaba cruzando hacia la calzada.

A esa altura, el silencio de la noche habíase convertido en un tumulto de rugidos que partían de todos lados, en medio de la oscuridad. Los habitantes del averno parecían haber sido puestos en libertad, gritando, silbando, dando chillidos, haciendo resonar los tambores y las caracolas. Y a manera de subcorriente podía oírse también el golpear de los remos de millares de canoas en el lago, convergiendo hacia la calzada. Las primeras ráfagas de dardos y de piedras comenzaron a silbar, rasgando la atmósfera.

Luego, de repente y dominando todos los demás ruidos, oyose como un trueno. Al menos, tal parecía la primera impresión. Pero era algo rítmico, trepidando continuamente como si latiera el corazón de un gigante. Sostenido, terrible, levantó un fragor audible a millas de distancia a través de las aguas del lago, esparciendo en su sonido aviso, amenazas y triunfo.

–¡Qué diablos! –exclamó Pedro, sofrenando a Soldán para retroceder hacia la confusión que se arremolinaba alrededor del extremo final del puente–. ¿Qué es eso?

–El gran tambor de lo alto del *cu*... Recuerde –contestó una voz.

Sí, eso era. Pedro recordó entonces el enorme cilindro cubierto de pieles de serpiente que se hallaba junto al altar de Huitzilopochtli en el teocalli, pero que nunca había tenido oportunidad de escuchar hasta ahora. Era más, mucho más que el ruido de un tambor. En la negrura de la noche convirtiose en una voz lenta, continua, la voz del dios de la guerra azteca, cayendo como un toque de somatén sobre el ejército en retirada, enloqueciendo a la gente con su toque rítmico e incesante, y convirtiéndose en acompañamiento que hubo de apagar todo lo demás. La oscuridad y la lluvia, el temor, la confusión y el clamor fundiéronse en una tempestad que encontró su tiempo y su coherencia en el estruendo del tambor del templo.

Pero otro estruendo se hizo presente, aunque sin lograr acallarlo. Era el cañón de Alvarado, barriendo a la gente de la ciudad, los millares que se cerraban sobre la retaguardia a medida que ésta dirigíase lentamente hacia el puente. Entretanto, Cortés y el centro de la columna cruzaban hacia el viaducto, arrastrándose a lo largo de

él hasta que hubo de ser detenido por la vanguardia de Sandoval, inmóvil frente a la segunda abertura. Al mismo tiempo, había comenzado un asalto, lanzado desde las canoas amontonadas a ambos lados del dique.

Lo grave del caso es que nadie podía ver, tratándose de una batalla de hombres ciegos. De las tinieblas llegaban piedras, dardos, *atl-atl*, jabalinas, espesas como las delgadas agujas de la lluvia, y también manos que se aferraban y formas vagas de túnicas blancas de algodón, semejantes a pálidos fantasmas.

Otro inconveniente era lo resbaladizo del suelo, que colocaba en desventaja a los caballos. Mientras Pedro esperaba al extremo del puente la llegada de la retaguardia, y en tanto el ataque de los indios comenzaba a ser activo a su alrededor, fue necesario el empleo de toda su habilidad para mantener erguido a Soldán. De tanto en tanto un jinete era arrojado a tierra entre fuertes coces y en medio de la confusión general.

Pero de una u otra manera, ya había pasado el centro de la columna, con sus hombres, armas, caballos, bagajes y cañones, conociéndolo Pedro por los gritos de guerra de Alvarado y de Velázquez a medida que se acercaban, así como también por el furor de la batalla que se libraba a su alrededor, a lo largo de la avenida y desde los costados de los canales de la ciudad. De tanto en tanto, la salva del cañón ahogaba todo lo demás; mientras, oíase el rumor de la lucha cuerpo a cuerpo y los gritos alentadores de los capitanes. Era como si estuviese aproximándose un horno enorme, cuyo calor pasaba ya por encima del puente. Pedro pensaba en García, integrante de esa sección del ejército.

Las ruedas retumbaban al atravesar el puente y el vozarrón de Alvarado se hacía oír unas yardas más lejos.

–Empújenlo ahora, señores; hagan un círculo alrededor de la cabeza del puente. Margarino, estén listos para levantarlo cuando yo lo ordene... ¡Capitán De Vargas!

–Presente.

–Avise al general que ha pasado la retaguardia y que el puente va a ser enviado hacia adelante.

–¡Eh, compañero! –retumbó una voz–. ¡Buena suerte!

–Igualmente, Juan.

Después de haber vuelto a cruzar el puente, Pedro encaminóse con la mayor velocidad posible a lo largo del dique lleno de gente. Aunque tenía veinte pies de ancho y se extendía unos tres cuartos

de milla hasta la otra interrupción, los varios millares de soldados formaban una masa espesa, difícil de penetrar. Por otra parte, el ataque de los indios a ambos lados de la calzada, flanqueada por canoas, habíase vuelto más violento, lloviendo cada vez más proyectiles y un continuado esfuerzo de ataque y de defensa tenía lugar a lo largo de ambas orillas. A fuerza de persuasión, de imprecaciones y de esfuerzos, Pedro pudo costear la columna, entre la cual advirtió una sensación de temor, tratando de restablecer el ánimo. El puente estaba siendo enviado hacia delante; la marcha sería reiniciada muy pronto, sin que hubiese nada que temer, ya que dentro de una hora hallaríanse en tierra firme.

Catana, que oyó su voz, lo llamó al pasar.

–Búscate algún refugio –gritó él– junto a uno de los cañones.

–Aquí estoy, señor, tan cómoda como una gallina en el gallinero.

El fragor de la lucha a lo largo de la orilla apagó su voz.

Finalmente, formando una masa más oscura que el resto en la noche, alzóse el montón de lanzas que indicaban la posición de Cortés.

–¡Ah, hijo Pedro! –contestó el general cuando De Vargas le hubo comunicado las novedades–. Es una nueva que nos reconforta. Ya había empezado a preocuparme por el puente. Lleve la noticia a Sandoval y quédese junto a él. No hay otra cosa que pueda hacer hasta que hayamos abandonado la calzada, cuando tendremos que reacondicionar la columna. Adiós.

De Vargas prosiguió su marcha a lo largo de la calzada hasta alcanzar finalmente la vanguardia de Sandoval, con Ochoa aún detrás suyo, y que libraba una escaramuza, no sólo contra los flancos, sino también contra las canoas aztecas, que llenaban el agua en la nueva interrupción.

–Has llegado en buen momento –dijo irritado el hidalgo–. Dentro de un minuto, ¡por Dios!, nos habríamos lanzado al agua para atravesar a nado, a pesar de esos bastardos. ¡Si al menos pudiese verlos! Hace una hora que estamos aquí sin poder hacer otra cosa que derribarlos a puntapiés desde la orilla y aguardar sus disparos. Le ha costado bastantes pérdidas a nuestros aliados, los tlascalas, ¡pobres diablos!

Una jabalina rebotó en su casco.

–¡Eh, arcabuceros! –vociferó–. ¡Hagan fuego, todos a la vez! De esa manera no podrán errar el tiro, aunque no vean. ¡Santiago! ¡Vargas! ¡Sandoval!

Desde el lago contestaron con gritos de desafío.

–¡Xiuhtecuhtli! –exclamaron algunos, añadiendo algunos epítetos, en nahuatl, al reconocer a Pedro.

Una andanada de los arcabuceros produjo algunos gritos y el ruido de los cuerpos al caer al agua.

–¡Santiago! ¡Ochoa! –gritó el pequeño, que estaba protegiéndose con un escudo.

–¡Siga el fuego! –ordenó Sandoval–. Al menos, morirán diez de ellos por cada uno de nosotros. ¿Cómo demonios no hicimos la retirada de día? Esto es cosa de Botello y maldito horóscopo... ¡Hagan fuego, todos a la vez...! ¡Ojalá reventase ese maldito tambor!

Los minutos transcurrían, convirtiéndose en quince, media hora, tres cuartos. El asalto desde el lago se hizo más violento y más difícil de rechazar. Las compañías de Narváez, agobiadas por el peso del oro, comenzaron a ceder. Y la acosada columna movíase de un lado para otro gritando por el puente; pero éste no llegaba.

–Iré a ver lo que pasa –dijo Pedro.

Pero en ese instante algo nuevo aconteció, llegando con la rapidez de un viento helado que barriese la columna. Al principio vino como una expresión de temor, un lamento que creció para convertirse en un grito, hinchándose más tarde hasta volverse una tempestad de pánico.

¡No había puente! Aplastado entre las orillas por el peso del ejército, era imposible levantarlo, habiendo sido degollados Margarino y sus hombres y capturado el cañón de Alvarado. Una horda de aztecas llegados de la ciudad ocupaban la calzada, habiendo sido liquidada la retaguardia. Los aztecas se hallaban por todos lados. No había esperanza. ¡Sálvese el que pueda!

Y en seguida desapareció el ejército como tal, convirtiéndose en una multitud frenética, que se abría camino a empujones, profiriendo alaridos, pisoteando, apartándose unos a otros a codazos.

Presa de un temor como jamás hubiera experimentado, Pedro estuvo a punto de imitarlos, cuando otro miedo más grande desplazó al primero. ¡Catana! ¿Dónde se hallaría en esa confusión? ¿Qué habría sido de ella?

Después de haber hecho dar vuelta a Soldán, marchó en contra del torrente humano, clavando las espuelas al animal y haciéndolo

saltar de cuando en cuando, con lo que, al menos, pudo componérselas para no quedar muy separado del borde de la interrupción.

–¡Catana! ¡Catana! –gritaba continuamente.

La columna estaba vaciándose en la interrupción, no siendo ya seres humanos sino partículas de una masa que se arrojaba desesperadamente desde la orilla de un saetín. Agobiados por el peso del oro, los hombres hundíanse como piedras o luchaban desesperadamente, un instante, entre la confusión de cuerpos y bagajes; los caballos rodadan desde la orilla, aplastándolos, mientras que desde ambos lados de la brecha, las canoas lanzaban incesantemente una lluvia de lanzas, flechas y cachiporras. Un grito arrastrado alzábase del agua, mezcla de cuanta exclamación pudiese proferir el ser humano. Y el saetín mortal seguía lanzando andanadas de partículas en la brecha.

–¡Catana!

Por un momento, Pedro creyó advertir que la voz de Cortés sonaba en algún lugar a su izquierda. Su mundo podría haberse vuelto y estar desintegrándose a su alrededor; pero el gran capitán seguía siendo el mismo.

–¡Por este lugar, necios! ¡Vengan hacia mí! ¡El agua puede atravesarse por este lugar!

Su voz podría haber sido diez veces más potente; pero la multitud, loca de pánico, no lo oía, y si lo oyeron algunos, fueron barridos por el empuje de los otros.

–¡Catana!

¡Bum, bum, bum!, retumbaba el gran tambor del dios de la guerra, por encima de las aguas. ¡Si al menos pudiera dejar de retumbar en nuestros oídos!

A esa altura la brecha había sido horriblemente cubierta. Los centenares de sobrevivientes, españoles y tlascalas, podían vadear pasando a fuerza de trabajos y tropezones por encima de los caídos, hasta el segundo segmento de la calzada, apartándose en zigzag, por así decirlo, de la encarnizada batalla. Porque los aztecas, tanto de la ciudad como de las canoas, habíanse establecido demasiado firmemente como para que pudiesen ser expulsados, ocupando el dique en idénticas condiciones que los fugitivos, infiltrándose en sus filas, mezclándose confusamente. De tal manera, la calzada se había convertido en una sólida masa de vida agonizante que se retorcía luchando por salvarse.

60

Una furia repentina se apoderó de Pedro, causada más por la desesperación que por el coraje, permaneciendo inconsciente de ambas cosas. Espoleando a Soldán y guiándolo a lo largo del dique hasta donde pudiese hallarse más rodeado de enemigos que de los suyos, se lanzó en plena confusión, atacando con su recia tizona cuanto se le ponía por delante de aquella masa de figuras que parecían fantasmas.

–¡Santiago! ¡Vargas!

Con el escudo y las riendas de Soldán sujetos por el brazo y la mano izquierda, respectivamente, medio volviéndose sobre la silla para dar mayor impulso a su espada, se mantuvo atacando ciegamente. ¿Minutos? ¿Media hora? ¿Una? El tiempo habíase detenido para él. Como si la acción hubiese sido un estimulante siguió adelante con un solo propósito: luchar.

De repente observó que le era posible ver. La noche no era ya tan oscura, distinguiéndose las formas; el pescuezo y la cabeza de Soldán, las figuras borrosas en el fragor de la batalla.

–¡Santiago! ¡Vargas!

Un guerrero con casco de águila hallábase próximo, trabado en lucha con un español, pudiendo distinguirse a la débil claridad el pico curvo sobre la frente del indio y el casco del de Castilla. Una figura de anchos hombros y provista de corselete se interpuso, y momentos después el azteca rodaba por tierra, en tanto que el de los hombros fornidos sostenía a su camarada por la cintura. Pero... ¡Dios del cielo!

–¡Catana! –gritó Pedro–. ¡Catana! ¡Juan!

En este instante, Soldán se alzó sobre sus patas traseras, golpeando con las de adelante, relinchando después y hundiéndose, apuñalado desde abajo. Pedro tuvo tiempo de saltar de la silla, llegando enseguida junto a Catana y García, que se hallaban apoyados espalda contra espalda con otro grupo de españoles en lo que al parecer era una situación desesperada.

Catana, inclinada contra García, levantó su mirada, que denotaba un gran cansancio. Evidentemente, en la desbandada, se habían mantenido al amparo del cañón. Dio un grito que expresaba haberlo reconocido y dijo algo que Pedro no pudo oír.

–¿Qué esperas aquí? –vociferó él a su vez– ¡Vuélvete a la columna!

–¿Qué columna? –repuso García–. Hace media hora que nos encontramos separados de ella. Es cuestión de morir matando. Mira a tu alrededor.

Por primera vez desde que le aconteciera aquella especie de locura, Pedro estimó la situación. Unos cuantos grupos reducidos de españoles estaban resistiendo aisladamente. Por lo demás, los aztecas eran dueños de esa parte de la calzada, hallándose cortada la retirada, destrozados los equipos y diseminado el oro fatal a su alrededor. Eso fue lo que dio cierto respiro al grupo en que Pedro se encontraba, pues los aztecas habían dado comienzo al saqueo de los cadáveres españoles.

–Somos los únicos que quedamos –prosiguió García–. Juan Velázquez está muerto. Alvarado perdió el caballo, muriendo con los últimos de la columna. Nosotros fuimos rodeados sin poder hacer nada.

–¡Por Dios que lo haremos ahora! –levantándose la visera, Pedro se sirvió de las manos a modo de bocina, gritando con toda la fuerza de sus pulmones–: ¡Santiago España! ¡Agrúpense con nosotros, caballeros! ¡Retírense por aquí! ¡Vengan todos juntos! ¡Por aquí! ¡España! ¡España!

Sus indicaciones tuvieron éxito, mucho más cuando García ayudó con su vozarrón. Uno a uno o en reducidos pelotones, los sobrevivientes comenzaron a marchar en la dirección indicada, abriéndose camino, hasta que por fin, el grupo original aumentó hasta veinte espadas, formando un círculo compacto sobre el cual se descolgó la tempestad, sin poder abatirlo.

–Y ahora hacia atrás, señores, palmo a palmo. No hay que apresurarse. Tírenle a las caras; dejen ciegos a esos perros. Lancémosles algún grito: ¡Santiago! ¡España!

Intimidados por la fuerza del grito, que ya habían aprendido a temer, los aztecas cedieron terreno, ganándose unas veinte yardas.

–Córtenlos como si fuese queso, señores. Si no son capaces de resistir vuestras voces, ¿Qué harán contra vuestros aceros? ¡Mostrémosles de lo que es capaz una retaguardia española con la ayuda de Santiago!

Sus palabras no pudieron ser más acertadas; un trago de aguardiente no habría surtido más efecto. Avanzaron pulgada a pulgada, palmo a palmo, aunque de tanto en tanto alguno caía, reduciéndose cada vez más el círculo.

–Vean, señores, hemos llegado a la primera abertura; ahora crúcenla. García y yo los detendremos a la orilla. Pero no se separen.

En medio de una lluvia de proyectiles arrojados desde la calzada, hostigados por las canoas indias, cuyos ocupantes no vacilaron en embestirlos, volcando a causa del esfuerzo, algunos consiguieron trasponer el otro lado, vacilando y cayendo al fondo, levantándose y arrastrándose hasta la vecina orilla, poniendo, finalmente, pie sobre el segundo segmento del dique. Pero no habían quedado sino diez, que se hallaban casi extenuados.

Al mirar casualmente a su alrededor, vio a Catana que avanzaba y retrocedía en medio del desorden, pálida como un cadáver a consecuencia de la fatiga, pero manejando aún la espada y el escudo.

Algunas veces retrocedía el enemigo para rehacerse y volver al empuje, con lo que el reducido grupo avanzaba bastante. Posiblemente a causa del mismo esfuerzo, el violento latir del pulso, la tensión de sus músculos, ciertos fragmentos de la calzada se grabaron fuertemente en la imaginación de Pedro.

A la luz creciente de la aurora observó el cuerpo de su amigo, Francisco de Morla, inerte y con la espada rota en la mano; más allá, maese Botello, tendido entre las patas de su caballo, desmintiendo el horóscopo; junto a él, Cervantes, el gracioso, con la boca abierta, como si se le hubiese helado al hacer el último gesto... El mago y el tonto yacían juntos.

Por todas partes veíanse hombres muertos, rostros conocidos y otros menos familiares, de los llegados con Narváez, contra los cuales tropezaban los pocos sobrevivientes al hacerse camino, pisoteándolos a veces. Pero la tercera y última interrupción hallábase a la vista.

Pedro advertía que el ataque se concentraba cada vez más contra su persona. Bien conocida de los aztecas, oía gritar su nombre en un creciente volumen de sonido: *¡Xiuhtecuhtli! ¡Dios del fuego!*, observando que más bien trataban de capturarlo vivo. Un prisionero tan valioso habría de ser especialmente del agrado de los dioses. Quizá eso fuese lo que le salvaba. Medio ciego de sudor, agotado, magullado, rota su visera, abollado y torcido el escudo, apenas podría haber escapado al torrente de jabalinas y a la lluvia de golpes que sin cesar caía sobre sus camaradas.

–¡Viva, señores! –exclamó apenas–. Hemos llegado. ¡Cuidado!

Una ola pestilente y sofocante de carne humana, plumas llamativas y pieles de animales se lanzó contra ellos, gritando:

–¡Xiuhtecuhtli!

Sacando una inesperada reserva de energía atacó con todos sus miembros, consiguiendo abrir un círculo a costa de muchos esfuerzos.

–¡Ahora, caballeros, al agua!

Miró entonces a su alrededor, observando con desmayo que no quedaban sino cuatro: Catana, Juan Ruano, de los primitivos expedicionarios, García y un recluta de los de Narváez, que en ese instante se desplomaba, alcanzado en la garganta por una jabalina.

Vuelto de espaldas hacia los indios situados frente a él, tomó a Catana de la cintura.

–Tengámosla entre nosotros –ordenó a García.

Ellos tres y Ruano arrojáronse contra la línea de aztecas que les interceptaba el paso hacia la orilla de la brecha, distante unas veinte yardas, consiguiendo pasarla y lanzándose al agua.

Pedro tuvo una vaga conciencia del tumulto a espaldas de ellos; de alivio cuando consiguió ponerse de pie, observando que el agua no le pasaba de la cintura; de avanzar trabajosamente, sosteniendo aún a Catana, con García al otro lado de ella; de hundirse algunas veces hasta el hombro, para hacer otras veces su camino de rodillas sobre el fondo lleno de obstáculos, y recobrar su ánimo al observar soldados españoles en la otra orilla.

Pero la huída no sería tan fácil. Los perseguidores se hallaban en el agua, detrás de ellos y un par de canoas se dirigieron desde las orillas hacia la abertura. Pedro vio cómo García volcaba una de las embarcaciones. La otra se desvió, como si esperase una oportunidad más favorable para el ataque. Ruano había desaparecido. Privados de sus escudos, pero activos aún las espadas y los puñales, Catana, Pedro y García en cierto modo vadeaban, arañaban, se arrastraban para recorrer su camino, devolviendo golpes, estiraron ansiosamente las manos y los brazos por última vez y logrando al fin acercarse a la orilla.

¡Dios! ¿Qué hacía aquel individuo completamente armado que no prestaba una mano? Era, evidentemente, uno de los capitanes de Narváez; pero su visera se hallaba bajada y Pedro no pudo reconocer su equipo. Los hombres que le acompañaban, una retaguardia dejada para proteger la orilla, eran igualmente recién llegados. Alentábanlos con sus gritos de estímulo; pero lo que Pedro necesitaba era el extremo de la lanza sobre la que se apoyaba el capitán vestido con su armadura. Casi privado de aliento para hablar, estiró

el brazo. Al mismo tiempo, mirando hacia atrás, vio cómo se acercaba la otra canoa, manejada por ocho remeros.

–Vuestra lanza –dijo con voz ronca, extendiendo más el brazo, en tanto sostenía a Catana con el otro.

Entonces el hombre se levantó la visera, dejando ver el rostro de Diego de Silva.

Sordo ante las súplicas, siguió apoyado sobre su lanza, mirándolo fijamente. Un golpe no podría haber sido más mortal que su inactividad.

Había llegado el momento decisivo. Unos brazos musculosos y curtidos se cerraron alrededor de Pedro, esta vez para no soltarlo. Agotadas sus fuerzas y después de haber sido atados, los tres fugitivos fueron arrastrados al interior de la canoa.

–¡En nombre de Dios! –exclamó De Silva, quizá por disimular ante sus soldados–. ¡Qué lástima! ¡Lo siento mucho, De Vargas!

61

Los varios centenares de españoles y tlascalas capturados durante la noche de la retirada estaban sentenciados tan seguramente como si se tratase de ganado en las playas de un matadero. Sus corazones pertenecían a los dioses y la carne a sus captores, que la devorarían en un sacramento caníbal para fortalecer su cuerpo y su alma. Como ganado, también fueron clasificados de acuerdo a su importancia, siendo por ello inevitable que Pedro ocupase el primer lugar en esa sociedad destinada a la muerte. Ningún otro de su importancia había sido capturado. Como segundo comandante en ausencia de Cortés, era bien conocido, muy aborrecido aunque también admirado. Su nombre azteca, Xiuhtecuhtli –dios del fuego–, era prueba de ello, puesto que ese dios, conocido también como Huehueteotl, era uno de los más grandes.

Inseparablemente asociado con él se hallaba en la mente de los indios, Catana, a quien conocían como su mujer, apodándola Chantico, diosa del fuego; y también Juan García, conocido como Tepeyollotl, corazón de las montañas, quizá por su corpulencia. Que los tres fuesen tomados prisioneros juntos, era cosa al parecer lógica. Para los sacerdotes aztecas, de imaginación tan simple, formaban un trío relacionado en cierto modo con el dios azteca del fuego, y no podrían ser separados sin ofenderle. Tendrían que ser sacrificados como una unidad al divino Xiuhtecuhtli.

Conducidos por agua a las inmediaciones del gran teocalli, siguieron luego hacia el recinto del templo entre una multitud burlona. Después fueron despojados de sus ropas, como correspondía a toda víctima destinada al sacrificio, y llevados a una jaula situada en la misma fila que las de los otros prisioneros de guerra que esperaban la hora de su sacrificio. Esta jaula se distinguía especialmente por una tabla que contenía cierta inscripción.

Puesto que Pedro, Catana y García fueron de los últimos en ser apresados, estaban las jaulas colmadas, llegando hasta ellos voces de dolor cuando arribaron al encierro, más muertos que vivos y siéndoles imposible contestar, aun en caso de haberlos oído. Agobiados por la fatiga y la desesperación, no se percataban ni siquiera de su desnudez, ¿pues qué importa ella a los muertos? Metidos en los estrechos límites de su encierro, echáronse en una especie de estupor.

Las jaulas hallábanse situadas en la parte de atrás del recinto del templo y, como todo lo demás, a la sombra de la pirámide truncada del teocalli. Como implica su nombre, tratábase de una serie de gallineros construídos para alojar los animales humanos destinados al sacrificio, con un enrejado de gruesos listones de madera al frente. En ellos, cuando el tiempo lo permitía, eran engordadas las víctimas antes del sacrificio, por la misma causa que son engordados los animales. Pero en esta oportunidad, tanto los dioses como sus adoradores estaban demasiado hambrientos para esperar el proceso de engorde; los sacrificios comenzarían pronto, pues.

El gran tambor de lo alto de la pirámide no cesaba de sonar. La plaza central iba llenándose gradualmente de guerreros vueltos de la batalla, y millares de habitantes de la ciudad, volcados en el lugar en celebración de tan esperado momento de la libertad y del triunfo. Un grupo de tlascalas efectuaba ya el fatal ascenso por los costados de la pirámide. Un grito, penetrante a través del redoblar de dos tambores, anunciaba la primera víctima, y un cuerpo que mostraba un gran hueco, ya sin vida, vino a despeñarse por las escaleras del *cu*, para ir a dar en manos de los expertos individuos que manejaban las hachas y los cuchillos carniceros a sus pies.

Un gemido de Catana despertó a Pedro, quien, horrorizado, vio que se debatía en un mar de sangre.

–¡Dios del cielo! –exclamó–. ¡Querida mía, no sabía que estuvieses herida!

–No me mire, señor–contestó ella con voz apagada–. Usted y García quédense frente a los barrotes, para que nadie me vea. –Su voz era muy débil.

–Pero Catana…

–No, no mire, por favor. No importa que me muera ahora. –Al cabo de un momento prosiguió–: Me alegro de que la criatura haya muerto antes. Quédense los dos frente a los barrotes. Yo soy bastante fuerte, y eso no durará mucho... ¿Qué importa nada ahora...?

Fríos a causa de la ansiedad, a pesar del calor, que resultaba pesado como plomo, Pedro y García bloquearon la entrada de la jaula lo mejor posible, contemplando la muda pared de piedra de la base de la pirámide por entre los barrotes de madera. De tanto en tanto, y por entre el sonar de los tambores, escuchaban los lamentos de Catana, que hacía lo posible para ahogarlos detrás de ellos. García golpeaba con su robusto puño contra la puerta, mientras le ardían los ojos.

–Si uno pudiese hacer algo –exclamó–. Eso es lo malo. –De repente expresó–: ¡Un blanco! ¡Uno de Castilla! ¡Traicionar a gente de su propio color a estos perros! Cuando solamente con haber extendido la mano... ¡Dios! ¡Ojalá pudiese apartar de mi imaginación ese pensamiento! ¡Que él haya salido con vida, Pedrito! Estoy comenzando a creer que no hay tanta justicia en este mundo! Concibo que se hubiera vengado de ti y de mí; ¡pero de ella!

Pedro no dijo nada, pues lo que experimentaba era demasiado para volcarlo en palabras. Además, parecía pasado el tiempo, inclusive, para que la venganza le interesase. Advirtió de pronto su deseo de que Catana muriese, no pudiendo soportar el pensamiento de la mujer tendida ante el ara del sacrificio. Antes de eso quizá fuese mejor que él...

Como sus ojos se encontrasen casualmente con los de García, le pareció leer el mismo pensamiento en ellos. Ambos desviaron sus miradas.

–Señor –pronunció una voz apagada desde dentro–. ¿Quiere hacerme el favor de traer el agua? Ya pasó, pero no mire.

En su deseo de obedecerla en lo posible, dado lo reducido del espacio, trajo un jarro medio lleno de agua del otro extremo de la jaula.

–Si me permitieses ayudarte.

–No, gracias. Puedo arreglarme sola.

Volvió junto a García murmurando:

–¿Cuándo crees que será nuestro turno?

–Puede que en seguida –dijo el otro, meneando la cabeza–. O quizá mañana. Tienen muchos de los nuestros a quienes sacrificar. Probablemente seremos los primeros o los últimos... creo que los últimos.

En ese momento, como para contradecirlo, un pelotón de aztecas se detuvo delante de la jaula, procediendo a abrir la puerta. En el mismo instante, Pedro volviose hacia Catana, que, medio inconsciente, habíase vuelto hacia un costado. Durante un segundo le faltó valor, y luego ya era demasiado tarde. Un lazo de cuerda le cayó sobre los brazos, inmovilizándolo, y fue arrastrado hasta la puerta. Al principio, los enormes músculos de García se opusieron a la soga, pero después se dominó. Dos de los guardias entraron, llamando a Catana, y deteniéndose al ver la sangre en el suelo.

–¿Muerta? –inquirió uno de ellos en nahuatl.

–Agonizando –contestó Pedro, que había aprendido algunas palabras de esa lengua.

El individuo vaciló; después de encogerse de hombros ordenó que Pedro y García fuesen sacados, cerrando luego la puerta y marchando con los hombres hacia el frente del recinto del templo.

–Señora Nuestra –impetró De Vargas–, sé buena para con mi querida y haz que muera pronto. Perdona sus pecados y los míos. Haz que pronto podamos reunirnos en la otra vida. Bendice a mis padres y protéjelos. Amén.

Los demás cautivos blancos habían sido sacados de sus jaulas y alineados bajo fuerte escolta. La mayor parte era gente de Narváez, cuyas cargas de oro convirtió en más fácil la captura, aunque algunos eran de los primeros expedicionarios. Manchados de sangre, desnudos y desgreñados, resultaba difícil reconocerlos. Frente a ellos se veía un despliegue de jefes vistosamente ataviados, guerreros águilas y ocelotes, nobles de plumas verdes; un conjunto de escudos, lanzas y cachiporras indígenas. Algunos portaban espadas cristianas caídas en su poder durante la última batalla. Iban llegando algunos sacerdotes de negro ropaje. La banda de música preparaba los tambores, las flautas y las caracolas.

Pedro recordó la última vez que había cruzado el recinto, de vuelta del victorioso asalto contra la pirámide, así como también el día de la masacre de Alvarado. Los papeles se habían cambiado, estando ahora la bota en el otro pie.

Él y García ocuparon su lugar al extremo de la fila de prisioneros, en tanto los caciques aztecas, situados enfrente, se mofaban a su paso, riéndose y señalándolo. Pero esa burla obró a manera de tónico. Al borde la muerte no quedaba sino un deber que cumplir: darles la menor satisfacción posible.

Después de haberlos mirado fijamente y de estirar la cabeza antes de reírse, volviose hacia García.

–Fiesta de perros, Juan.

Los gritos se hicieron más coléricos.

–Quizá podremos enfurecerlos al extremo de que nos maten con sus lanzas. Ríete de ellos.

García obedeció, en franco desafío.

Un azteca, alto y de recios hombros, se llegó hasta él. Era joven y visiblemente de alto rango, a juzgar por las plumas de color verde y las alhajas que llevaba. Cuando se hubo acercado, Pedro reconoció a Guatemocín, sobrino de Moctezuma, enemigo fanático de los españoles y general en jefe de los aztecas. Los ojos del joven echaban llamas de odio; pero no fueron capaces de sostener la mirada de los ojos verdes que se hallaban frente a él.

Pronunció algunas palabras, evidentemente irónicas, más tarde exaltadas y, por último, amenazadoras. En medio de su discurso, Pedro advirtió la gruesa cadena pendiente de su cuello: el famoso adorno que había sido propiedad de Juan Velázquez de León. También llevaba una espada castellana, en cuya empuñadura reposaban sus dedos.

–Es claro, so perro –dijo Pedro después de bostezar al término del discurso del otro–. Resulta muy fácil que un esclavo se pavonee mientras su amo se halla atado. Dame una espada, si eres bastante hombre, y te apuesto mi vida contra esa cadena que robaste a que, desnudo como estoy, en cinco minutos te habré cortado las plumas de la cabeza, arrancado las orejas y ensartado en la punta del acero. Y si con esto no tienes suficiente, podremos seguir el asunto.

Al parecer, Guatemocín comprendía más español de lo que Pedro se pensaba, pues sus ojos despidieron fuego, pareciendo inclinado un instante a aceptar el desafío. Pero no tentaría a los dioses hasta ese extremo. ¿Qué pasaría si Vargas cumplía su jactancia? En vez, Guatemocín abofeteó al cautivo con toda su fuerza. Pedro rió.

Se formó la procesión del sacrificio con sacerdotes, caciques, guardias y unos veinte españoles, siendo colocados estos últimos a intervalos establecidos, entre los otros, y conducidos a punta de

lanza. Los tambores, las caracolas y las flautas estallaron en sonidos rítmicos, si no melodiosos, y la fila avanzó hacia los escalones situados al pie de la pirámide.

–Adiós, Pelirrojo –gritó una voz–. Pronto nos encontraremos. Rece una plegaria por mí.

Era Juan Marín, de sobrenombre "Narices", perteneciente a la antigua compañía.

–Lo haré, camarada –respondió Pedro–. ¡Animo, Narices! ¡Hasta la vista!

Ascendieron la primera terraza del teocalli y dieron vuelta a la misma, continuando sucesivamente hasta lo alto, sobresaliendo la blanca desnudez de las víctimas entre los vistosos atavíos y las negras túnicas de los otros, hasta que la procesión hubo desaparecido finalmente de la vista sobre la amplia cima de la pirámide. Se produjo entonces una espera, muy difícil de soportar. Pedro sabía que había muchos ojos alegremente clavados en su persona, y mantuvo la cabeza erguida y el semblante inexpresivo; pero interiormente rezaba con fervor por Narices y los demás compañeros, así como también por sí mismo.

Un grito llegó por encima del ruido del tambor; un cuerpo, sin corazón, fue arrojado desde lo alto al primer tramo de escaleras, rodando sobre ella, cada vez con más ímpetu, hasta detenerse sobre el pavimento del patio.

Los sacerdotes que esperaban obraron con rapidez, degollando y desollando a las víctimas, pues otros cuerpos iban a seguir.

Pedro experimentó la sensación de que se tranquilizaría más conversando con García, y así le dijo:

–Juan, me pregunto qué tendría el padre Olmedo que decir a favor de estos indios... o aquel otro fraile de quien se pasa la vida hablando... De las Casas... ¡Cómo envidio a los caballeros que tengan el placer de ensartarlos!

Pero como no obtuviese respuesta, se volvió a Juan, que miraba fijamente al vacío.

–¿Qué te sucede? –inquirió.

–Es singular –dijo García, meneando la cabeza–. No puedo apartar de mi imaginación la plaza de Jaén, frente a la catedral. Ni a mi madrecita y a los otros; tampoco a De Lora. Allá no había indios.

Pedro comprendió la idea, viniéndole a la memoria los postes ennegrecidos, los prisioneros desesperados y el cuerpo de su her-

mana en las manos de sus torturadores. Sí, existía cierta semejanza entre aquello y lo de ahora.

–"Aquello" era en nombre de Dios –murmuró García–; esto, en el de Huitzilopochtli. Es demasiado profundo para mí, camarada. Ojalá pudiera apartarlo de mi imaginación.

Lo mismo resultaba para Pedro. En el umbral de la muerte, sería mejor no pensar en ello.

–Pienso en Nuestro Señor. –Las palabras le salieron solas–. Piensa en Él, Juan. Es lo único que nos queda.

Incluidos los tlascalas, alrededor de ochenta víctimas habían sido sacrificadas ya a Huitzilopochtil. Pero no había que descuidar a la Serpiente Emplumada. La escena fue transferida a la piedra cóncava de la fachada del templo redondo. Formose otra procesión con otros guerreros y otros sacerdotes. Y un pelotón de prisioneros fue separado de la fila, cada vez más reducida.

–Tenías razón –dijo Pedro–. Parece como si fuésemos los últimos.

–En tal caso será mañana –contestó García luego de haber contemplado el sol–. Quedamos demasiados por matar.

Pedro medio ahogó un lamento.

–Esta noche entonces, Juan, si Catana se halla aún con vida. Espero que tengamos esa suerte. No deben traerla aquí.

–No –convino el otro–. ¿Quieres que me encargue de ello, camarada?

–No; eso es cosa mía –dijo Pedro, meneando la cabeza.

Pero entonces partió de la densa muchedumbre un vocerío:

–¡Huehueteotl! ¡Xiuhtecuhtli!

Los prisioneros fueron conducidos en una nueva dirección a través del recinto y hacia una plataforma amplia y elevada, sobre la que se encontraba el altar del dios del fuego. Contenía la usual y monstruosa imagen, con la piedra del sacrificio al frente; pero la plataforma contaba con una característica para distinguirla: el símbolo viviente del dios mismo, un fuego llameante, que los sacerdotes se hallaban alimentando en ese instante con trozos de madera.

–¡Por piedad! –murmuró García al oír algunos de los gritos lanzados por la muchedumbre en nahuatl, lengua de la que conocía más que Pedro.

–¿Qué sucede? –inquirió el otro–. Después de todo, parece que no seremos los últimos, ¿eh? Bueno; no lo lamento. Envidio a nuestros amigos para quienes todo ha terminado ya.

–No, no es eso –contestó García–. Están gritando algo sobre mañana. Seremos sacrificados a este demonio particular, y quieren que veamos cómo se hace. Es algo completamente diferente.

Tragó saliva, mientras contemplaba el fuego.

En medio de su agitada alegría, uno de los guardianes produjo una herida en la espalda de Pedro.

Los prisioneros fueron puestos en semicírculo en la plataforma, ordenándose que se destacasen veinte, dando un paso hacia delante. Se alzó un griterío, advirtiendo a Pedro que iba dirigido contra él, y no teniendo necesidad de extensos conocimientos del lenguaje para comprender la esencia de lo que significaba. ¡Dejen que vea el blanco Xiuhtecuhtli! ¡Así ha de morir él! Las voces resultaban impregnadas de odio violento. Y una vez más hubo de concitar su orgullo para hacer frente a las mismas con una mirada fija y una risa.

–Juan, te confieso que la sangre se me ha vuelto agua –dijo– y que no me quedan ánimos. Pero con la ayuda de Nuestro Señor...

Contuvo su aliento. Aquel hombre que había sido tomado de entre los veinte sentenciados... o no lo había visto antes entre los prisioneros o no lo había reconocido. Aquel hombre de espaldas encorvadas y con la barba aplastada... ¿podría ser...? En el mismo instante oyó una exclamación sorda de García.

–¡Ignacio de Lora!

¡Qué diferencia entre la desnudez y la ropa, el hábito blanco, el casquete negro y plateado crucifijo! ¡Qué distinta su apariencia cuando aparecía sentado, presidiendo el tribunal, y ahora de pie sobre el ardiente pavimento, desnudo, atado y a punto de morir!

Estaba tratando de dominarse; pero las gotas de sudor se resbalaban por su cuerpo y sus miembros le temblaban, viéndose en su espalda y en las flacas posaderas las señales de los verdugones, mientras observaba a su alrededor, desesperanzado. Sus ojos parecían vacíos y su nariz dominante había perdido todo su significado. De cuando en cuando se humedecía los labios con la punta de la lengua.

–¡De Lora! –exclamó García–. ¡Por fin, Dios...!

–Vuestra bendición, padre –craqueó uno de los hombres de Narváez–. Me arrepiento de mis pecados…

Pero De Lora no lo oía. Sus ojos, repentinamente atentos, posáronse sobre Pedro y sobre García, reflejando el pasado y el presente en una mirada de terrible comprensión. Luego se desviaron.

Cinco hombres fueron arrastrados a lo alto de la plataforma. Después atóseles rígidamente los pies, las piernas, y las manos, a fin de imposibilitarles todo movimiento.

Por lo general, en esa ocasión se arrojaba sobre el rostro de las víctimas un puñado de *yauhtli* (cáñamo indio) para hacer menos rigurosa la ordalía; pero esa generosidad no iba a desperdiciarse con los enemigos blancos. Los hombres fueron cargados a espaldas de otros tantos sacerdotes, que comenzaron a ejecutar una pesada danza alrededor del fuego, siendo arrojados luego uno por uno a las llamas, donde permanecían retorciéndose y profiriendo gritos de dolor, hasta que eran levantados por medio de garfios, mientras aún estaban vivos, para depositarlos sobre la piedra del sacrificio, a fin de consumar éste.

Hipnotizado por el horror de lo que veía, Pedro no pudo apartar sus ojos del espectáculo, sintiéndose helado a pesar del calor. Cuando los otros cinco fueron conducidos a la plataforma, no miró, a pesar de que los aztecas que lo observaban proferían gritos de triunfo.

Meditaba sobre lo que Juan estaría pensando. El amigo murmuraba sin apartar la mirada del suelo. Ciertamente, tratándose de venganza, era imposible pedir nada más completo; pero, cosa extraña, Pedro se halló lamentándose de que el pensamiento de la venganza absorbiese a su amigo en trance tal. El aborrecimiento de De Vargas hacia Ignacio de Lora había desaparecido, dando paso a la piedad. Frente ambos a esa muerte execrable, en ese país bárbaro, ¿qué importaban los odios anteriores?

–¿Bien? –preguntó a García, repitiendo aquella exclamación al ver que el otro no contestaba.

–Paz, camarada. –García contempló a su enemigo y luego bajó los ojos nuevamente–. ¿No ves que estoy rezando por él y por todos nosotros, pecadores? –Murmuró–: Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Llegó el momento; los guardias se cerraron. De Lora, a quien las piernas ya no lo sostenían, fue golpeado y arrastrado sobre la escalinata de la plataforma.

–¡Madre de Dios! –gimió García–; es viejo y débil. Pedía a Dios que me vengara, pero no quise decir esto. ¡Cuánto he pecado! Que no sufra...

Pero la vida se aferraba al cuerpo magro de De Lora, en tanto lo arrastraban para sacarlo del fuego y hasta el último instante, dando tirones para liberarse del sacerdote que lo tenía asido.

Y como ya se había adorado suficiente a los dioses, la mitad de los prisioneros fueron devueltos a su encierro, en espera del día siguiente.

–¿Tienes miedo, Juan? –interrogó Pedro.

–No de ellos –murmuró el otro–, no de ellos. Pero tengo miedo. ¿Recuerdas que hablé de que no había justicia en este mundo? Fíjate, camarada; tenías razón. No nos queda sino nuestro bendito Salvador, que ha perdonado algo a los necios. No como Dios. Y eso es lo que temo: su justicia.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Pedro, asombrado por la expresión del semblante de García–. Dios es nuestro Salvador.

–No es así. Escucha. Yo rogué a Dios que me vengase. Uno no se lo pediría a nuestro bendito Señor, quien no escucharía si lo hiciésemos. Rogué a Dios, diciéndole a Olmedo que lo había hecho. Y él me citó las escrituras donde dice: "La venganza me pertenece; dejadla a mi cargo, que de ello me ocuparé." –Después apretó los dientes nerviosamente–. Compañero, habría sido mejor para De Lora que yo lo hubiese matado en los cuarteles. Pero no fue la voluntad de Dios, quien tendrá su propia concepción sobre la justicia. No; Él es quien lo ha dispuesto así. ¿Puedes pensar en cualquier venganza como la Suya? ¡Que nuestro Salvador nos proteja de ella, así como a todos los hombres!

62

Sorprendidos, vieron que a Catana se la había proporcionado una estera y un cobertor de algodón blanco para abrigarla, habiendo sido aseada también la celda. Pero no se equivocaron, al extremo de creer que tales medidas fuesen dictadas por la generosidad de los guardianes. Puesto que Catana-Chantico pertenecía a la diosa del fuego, era necesario mantenerla viva y en buen estado para el sacrificio.

Catana levantó la cabeza cuando los dos amigos fueron devueltos al encierro y desatados sus brazos hinchados.

–Alabado sea Dios –exclamó con voz débil–. No esperaba volver a verlos. ¿Qué sucedió? No dejé de oír gritos.

–Perversidades de los indios –indicó Pedro, encogiéndose de hombros, a la vez que se tendía junto a ella–. ¿Y tú como estás, querida?

–Bien; pero no hay que preocuparse de mí. –Acarició suavemente con un dedo un horrible verdugón que atravesaba su espalda–. ¡Ay de mí! ¡Cómo te han azotado!

–No es nada –dijo esforzándose por sonreír–. El látigo de mi buen padre dolía mucho más.

Los ojos de Catana, ahora más grandes y más profundos, se posaron en los suyos.

–¿Es verdad que moriremos mañana?

–Eso es lo que piensan –dijo indiferentemente–. Pero no te acuerdes de ello, querida mía. Dios puede disponer lo contrario.

Absorto en sus meditaciones teológicas, García lanzó un gruñido.

–Bueno –prosiguió Catana–, entonces será necesario que nos confesemos nuestros pecados antes del amanecer, preparándonos para comparecer ante Nuestro Señor lo mejor que podamos. Fue misericordioso al darnos tiempo para que nos preparemos y para que vayamos a morir juntos.

–¡Misericordioso! –exclamó García–. Por un maravedí me haría saltar los sesos o me colgaría. –Prosiguió luego de una pequeña pausa–: No importa lo que haga; Él estará esperando en el otro mundo. No hay escape posible.

–Naturalmente que no lo dijiste en serio –retrucó Pedro–. Que no puedan decir los indios que dos caballeros cristianos fueron obligados a quitarse la vida. Hasta ese punto nos obliga nuestro nombre y los caballeros que algún día reconquistarán la ciudad para el rey. Eso sin tener en cuenta que éramos oficiales de la compañía, y no debemos arrojar ninguna mancha sobre la misma.

–No soy hidalgo; pero es lo mismo... –dijo García.

Las puertas de las jaulas fueron abiertas para introducir agua y alimento, que los guardianes hacían entrar desde afuera, teniendo buen cuidado de no exponerse a que los prisioneros los agarrasen. Los servidores no mostraban compasión en su proceder; pero las víctimas de Xiuhtecuhtli debían ser alimentadas.

–Oíd, ¿qué significa ese cartel colgado allí fuera? –gritó Pedro, señalando el lugar en que se veía atado aquél a la jaula; y esforzándose en busca de alguna palabra que tuviese algún significado para sus guardianes, dijo–: *¿Tonalamtl?*

Durante un instante los indios observáronlo a través de los barrotes de madera; luego, después de haber comprendido su significado, estallaron en explicaciones burlonas.

–¿Quiere decir eso algo para ti? –preguntó a García.

–No mucho; algo de sacrificarnos a Xiuhtecuhtli y a Chantico mañana. No dejan de pronunciar el nombre de Coyoacán. ¿Recuerdas el lugar al extremo de la calzada meridional? A lo mejor nos sacrificarán allí. Ojalá que no.

–¿Por qué? ¿Qué importancia tiene eso?

–Por lo mucho que he oído acerca de lo que hacen a los prisioneros antes de matarlos. Por otra parte, recuerdo al jefe de Coyoacán, a quien Cortés hizo atar con cadenas al barco grande. Se alegraría mucho de vernos... Bueno; de todos modos, pronto averiguaremos qué decían.

Pero el hambre pudo más que el suspenso en que se hallaban. Comieron las tortillas traídas por los guardianes; y para apartar de su imaginación la idea del mañana, hablaron del ejército, de cuántos habían escapado con vida y de las posibilidades con que los sobrevivientes contaban para llegar a Tlascala y después a la costa.

–No es mucho lo que podrán hacer –dijo Pedro–. Las perspectivas no eran, desde luego, muy alentadoras. Dos tercios prisioneros o muertos, sin caballos ni cañones, nada de pólvora; solamente espadas y escudos. Y casi todos heridos. Hay que recorrer un largo camino hasta Tlascala, a través de las montañas. No podrán abandonar el valle sin una batalla. Y después... –Meneó la cabeza–. Es una posibilidad muy remota. Por supuesto, si el general se halla con vida podrá salir triunfante.

–Tenemos que rogar por ellos –dijo Catana–. Los quiero a todos... Me refiero a la vieja compañía. ¡Qué buenos tiempos hemos disfrutado!

Hundiendo sus pensamientos en el pasado, permanecieron sentados, contemplando la caída de la tarde. Finalmente había cesado de tocar el gran tambor del templo, reemplazándolo un lamento infinitamente confuso procedente de los prisioneros amontonados en las jaulas. Era una letanía interminable, invocándose a Dios, a la bendita Virgen y a los santos; lamentos de los que ninguno se avergonzaba; preparativos o esfuerzos del alma para el supremo viaje. Y como una respuesta a ello, cuando la noche hubo llegado oyóse el rugido de las fieras del antiguo palacio de Moctezuma, que recla-

maban su parte de la degollina del día, excitadas por el olor de la sangre.

Envuelta en la frazada, Catana se irguió sobre sus rodillas, rezando un padrenuestro y una salve, acompañándola los otros.

–Es la hora del *Angelus*, señor –dijo–. ¿Recuerda? Deme un beso. Y tú también, Juan. Luego me dormiré. Tenemos que despertarnos para confesarnos antes del amanecer.

Agotada, se tendió nuevamente, extendiendo Pedro el cobertor alrededor de ella, que se durmió con la cabeza apoyada en el hueso de su brazo.

–¿Ahora? –susurró García al cabo de un rato.

Pedro se oprimía las rodillas, sin responder a la pregunta.

–Yo sé lo que es –prosiguió el otro–. Si quieres que... –Se detuvo vacilante–: Lo haré..., sí; hay que hacerlo.

–Sí –convino De Vargas–; pero no puedo; todavía no. Después que hayamos rezado y nos hayamos confesado entre nosotros. Será al amanecer. Es mejor de esa manera.

Con un sentimiento de alivio, García se extendió a su vez. La fatiga de la noche anterior pudo aún más que el temor al mañana, quedándose dormido también. En cuanto a Pedro, la fiebre que consumía su cerebro hizo que permaneciera dolorosamente despierto, sin dejar de ser acosado por el pensamiento del nuevo día.

Su propia muerte había dejado de afligirle. Los espectáculos de horror contemplados el pasado día, contrariamente a la intención de los aztecas, lo habían dejado endurecido e insensible, casi indiferente. Sentía dolor, sí; pero estaba acostumbrado a ello. Unos pocos minutos de agonía y después libre. Esperaba poder fortalecerse para morir como correspondía a un capitán español. Eso era sólo un problema físico. De ser ésa la única cosa que tuviese que afrontar, él también podría haber reparado sus fuerzas con el sueño.

¡Pero Catana!

Su cerebro retrocedía ante el deber que le esperaba: la necesidad de matarla. Fragmentos del año transcurrido, cosas íntimas, insignificantes, algunas olvidadas, resultó un tormento recordarlas. Pero era necesario dar cima a su proyecto. A pesar de lo terrible que era, resultaría incomparablemente mejor que verla sufrir en la forma que De Lora hubo de padecer. Permaneció moviendo los dedos, frotándolos contra su cuerpo, como si hubiesen llevado a término la acción.

Volvía a pensar en el pasado, en los días y las noches que pasaron juntos. Una vez, por alguna extraña coincidencia, le vino a la memoria el pensamiento de Luisa de Carvajal, en la forma que de ella solía soñar. Había sido su dama de honor, designada como tal por el cielo. ¡Qué contradictoria y qué embrollada había resultado la vida! Ella esposa de Diego de Silva; él, amante de Catana Pérez. ¿Quién podría descifrar la voluntad de Dios? Evidentemente, la experiencia aquella de la iglesia no había tenido ningún significado, convirtiéndose en un acto de romanticismo el voto hecho ante el altar. Pero en caso de ser así, ¿qué de todos los demás impulsos y dogmas del credo? ¿Qué del mismo Dios? Meditaba que los acontecimientos resultaban de acuerdo a la voluntad de Dios y no a los deseos de la Humanidad. Nunca se podría tener la seguridad de que las cosas sucediesen a la medida de sus deseos.

Al observar, a la tenue claridad, que el cobertor de Catana se había movido, se acercó para volver a cubrirla, no sin antes haberla besado en el hombro. Agobiado por la fatiga, se durmió finalmente, con la idea de despertarse antes del amanecer.

Despertó al sentirse aferrado por unas manos y sentir la opresión de las ligaduras a su alrededor, oyendo al mimos tiempo los juramentos de García. Su imaginación le ardió al pensar que había esperado demasiado y que ya resultaríale imposible salvar a Catana.

Ni era de día ni habían dormido mucho; afuera estaba oscuro aún; pero por alguna razón, quizá para evitar alguna lucha, los guardianes se les habían adelantado. En seguida se hallaron fueran de la jaula, temblando a causa del frío de la noche. Luego fueron atados los tres juntos del cuello, con la misma soga, atravesando así el recinto del templo, la plaza siguiente y el camino que los separaba del atracadero de las canoas.

Catana tropezaba a consecuencia de la debilidad, y habría caído al suelo a no ser por la soga que la sujetaba a los otros.

–¡Maldito necio he sido! –exclamó Pedro para sí–. ¿Por qué habré esperado, cuando tuve una oportunidad?

En el atracadero fueron atados más fuertemente aún y arrojados al fondo de la canoa de guerra, suficientemente grande para contenerlos junto con cuatro remeros y los guardianes. Esos últimos, sentados sobre los prisioneros, impedíanles todo movimiento. La canoa se deslizó hacia el lago.

Al mirar para arriba, a lo largo de la espalda del indio sentado sobre él, Pedro pudo ver cómo la luz de las estrellas, intensa al prin-

cipio, iba palideciendo con el transcurso del tiempo; pero érale imposible ver nada más ni juzgar la dirección que seguían, salvo por la palabra Coyoacán, repetida con frecuencia. La distancia que los separaba de ese punto era de seis millas, y Pedro había visitado el lugar siete meses antes, cuando el ejército había atravesado las montañas por primera vez. Recordaba su teocalli, un gran edificio, sombrío y manchado de sangre.

En cuanto a la transferencia de los prisioneros de una ciudad a otra, no resultaba difícil comprenderla. Coyoacán, que prestara su ayuda para la guerra, ansiaba sacrificios para sus dioses locales. Quizá en este caso la calidad reemplazaba al número, o, sin duda, más tarde serían enviados otros prisioneros. A pesar de la incomodidad de la canoa, Pedro se alegraba de que no hubiesen sido obligados a efectuar el recorrido a pie, a lo largo de la calzada, a causa de Catana.

No había otros sonidos que el rítmico golpear de los remos, el del agua contra los costados de la canoa y alguna que otra palabra en nahuatl, constituyendo una sorpresa la respuesta de los ocupantes de la canoa al coro de exclamaciones de saludo que partiera de la orilla. Un momento más tarde la embarcación llegábase suavemente hasta la piedra del atracadero.

Sí, era Coyoacán. Su contorno, no muy elevado, que dominaba la pirámide truncada del templo, fue reconocido por Pedro; pero a los prisioneros no se les dio tiempo sino para echar una ojeada apenas. Se hallaba esperándolos un grupo de guerreros ataviados como para alguna ceremonia, con plumas y ajorcas y máscaras de jade y turquesas, quienes rodearon a los recién llegados como si fuera una manada de lobos. Se cambiaron palabras con los hombres de la canoa, probablemente de agradecimiento y de despedida; y las víctimas, congregadas en el centro del grupo, fueron conducidas en dirección al templo. Ante la sorpresa de De Vargas, la gente no se detuvo ante la pirámide, atravesando hacia el sur la ciudad, que aún dormía, evidentemente apremiada por alcanzar el lugar del sacrificio. Cuando Catana iba con paso vacilante, casi a punto de desmayarse, fue alzada indecorosamente sobre dos robustos hombros, sin que la marcha fuese detenida. De repente desaparecieron los jardines de la ciudad, como si los hubiesen cortado con un cuchillo, cediendo el paso a un terreno negro y árido.

Era El Pedregal, una corriente de lava que otrora fluía desde uno de los volcanes del extremo del valle. Con aspecto de costa os-

cura, en contraste con el verde que lo rodeaba, extendíase unas quince millas cuadradas, formando un laberinto minado de cuevas y surcado por senderos sin salida. Aquel lugar, si alguno debiera serlo, resultaba la mejor morada, el palacio, por así decirlo, de las divinidades del fuego. Y en él las víctimas de Xiuhtecuhtli resultarían más aceptables para el dios.

A despecho de su valor, la sangre de Pedro hubo de helarse cuando la partida, ya silenciosa, se adentró cada vez más en esa masa de basalto negro. El sendero serpenteaba entre paredes ásperas, llenas de picos y dentelladas en lo alto, sin una pizca de color, salvo el de la muerte. A esa hora, precisamente antes del amanecer, cerníase sobre el lugar una especie de atmósfera irreal, realzada por los fantásticos trajes y máscaras de los guerreros. Parecía como si todo ello estuviese sobre el umbral de la vida en alguna ignota región de demonios.

–Ya hemos llegado al infierno, compañero –murmuró García–. Me pregunto cuándo moriremos.

–A juzgar por el dolor de mis pies –dijo De Vargas, reuniendo valor para hacer una mueca–, todavía me encuentro con vida, Juan. Ojalá no fuese así.

Era realmente un tormento caminar descalzo sobre esas piedras, que cortaban las plantas de los pies como si fuesen otros tantos cuchillos. Observando que los prisioneros cojeaban y apenas iban en condiciones de andar, fuéronles proporcionadas sandalias por un par de los acompañantes, cuyos pies hallábanse endurecidos por la costumbre. No sería apropiado, según la manera de sentir de Pedro, que las víctimas se presentasen tullidas delante del dios.

Finalmente arribaron a un espacio abierto, formado por un torbellino de lava en los tiempos idos, un reducido anfiteatro, sin duda consagrado a Xiuhtecuhtli, puesto que su grotesca efigie se encontraba sobre una suerte de altar natural, con la plataforma grisácea enfrente. Ese era entonces el final del viaje. No quedaba sino que encendiesen el fuego, la danza ante el dios y la escena horrorosa y definitiva. Y ya estaba rompiendo la aurora.

–Esperarán hasta que el sol haya salido –murmuró García, humedeciéndose los labios–. No tardará mucho. Adiós, amigos; quizá no tengamos tiempo de despedirnos más tarde.

Catana fue bajada a tierra, permaneciendo unos instantes medio sostenida por su conductor.

–Adiós, Juan. Adiós, querido señor mío. Claro que no es un adiós. Ya lo sé.

Fue interrumpida por la voz del jefe de la banda, un cacique magníficamente engalanado y cuya máscara representaba un cráneo, que daba órdenes.

–Nuestro Señor Salvador... –murmuró Catana.

Un guerrero se le aproximó con el cuchillo desenvainado. Pero cuando Pedro hizo un instintivo movimiento hacia ella, vio, asombrado, que el indio no hacía sino cortar las ligaduras que le sujetaban los brazos, advirtiendo al mismo tiempo que los suyos también estaban libres.

–¿Qué es esto? –exclamó García.

En seguida se hallaron cubiertos de mantos de plumas.

–Es parte de la mojiganga –gruñó Pedro por lo bajo–. Pero si creen que...

Se detuvo enmudecido. Un indio alto estaba ofreciéndole una espada, que reconoció en el acto como la suya, la que le habían quitado en el momento de capturarlo.

–¡Diablos! –murmuró, como si estuviese soñando, en tanto sus manos se cerraban sobre la vaina–. ¿Es que querrán pelear? Bueno; entonces, por Dios...!

Enmudeció su voz, que se había elevado con un tinte de alegría, al hallarse frente al jefe del cráneo por máscara, que en ese instante se despojó de la misma. Pedro lo contempló fijamente, boquiabierto.

Era Coatl.

–Señor Pedro –dijo, luchando con el español, que ya le resultaba poco familiar–: usted salva mi vida –Levantó dos dedos–. Ahora yo salva suyas.

El silencio provocado por la estupefacción fue recalcado, más bien que interrumpido, por una sincera exclamación de García–:

–¡Qué vaina! –seguida de otra–: ¡Qué diantre! –pronunciada con igual fervor.

–¿Usted perdona, señor Pedro? –El mismo Coatl se encargó de llenar el vacío–. Yo no querer traer aquí. No querer asustar señora. Yo engaño tenochcas.

Pedro había rodeado con su brazo a Catana.

–¿Engañar? ¿Qué quieres decir?

–Escucha. Antes último combate hablo a Cuitlahuac, *Uei Tlatoani* de tenochcas después de Moctezuma. Digo: "Escucha, traigo muchos guerreros ayudar contra hombres blancos. Solamente pedir una cosa. Darme jefe español De Vargas, llaman Xiuhtecuhtli; darme mujer Chantico; darme su amigo Tepeyollotl, yo sabiendo usted triste sin ellos, señor Pedro; darme Diego de Silva", digo, "si esos teules blancos ser tomados batalla. Coatl pide no más. Coatl sed sangre de ellos. Esta mano arrancar sus corazones; quemarlos y agradar dioses fuego." El dice: "Así será; juro por Huitzilopochtli, juro por Tezcatlipoca, dioses mi pueblo." El dar orden escrito.

Por la imaginación de Pedro cruzó el letrero de la jaula sobre el cual había preguntado. Ya comenzaba a atar cabos.

–Yo lo busco batalla –prosiguió el indio–; también a Diego de Silva; dejo Silva cuando saber usted tomado para salvarlo.

Los ojos de Pedro ardían. Recordó aquel día del barranco, cerca de Jaén.

–¡Caballero! –sonrió.

–Caballero castellano. –Pedro meneó la cabeza antes de contestar–. Odio caballeros y quiero mi amigo. Ahora no hablar más; marchamos... de prisa.

Parecía como si el sacrificio hubiera de consumarse a mediodía, cuando el sol se hallase alto, en presencia de la gente de Coyoacán. Quizá ya se encontrasen algunos en camino. En consecuencia, correspondía que los zapotecas atravesasen las montañas antes de ser descubierto el fraude.

–¿En qué dirección? –interrogó Pedro.

–Por donde va el sol –indicó Coatl, señalando hacia el poniente–. Larga marcha. Tres días –aclaró, levantando otros tantos dedos.

–Si pudieses conducirnos hasta Malinche, él te recompensaría bien, Coatl.

–¿Recompensarme él? –Los ojos del indio despidieron fuego–. Malinche, muerto; castellanos, también – agregó, cruzando los brazos.

–¿Muerto? –preguntaron los otros tres al mismo tiempo.

–Muerto por tenochcas, en Otumba.

Aunque era demasiado terrible la noticia, no dejaba mucho lugar a dudas, teniendo en cuenta las circunstancias del desastre. Pedro se santiguó solemnemente.

–Ahora, marcha –repitió Coatl–. Más tarde, descanso.

–La señora no puede caminar.

–Nosotros llevamos.

Entretanto, los treinta guerreros de la escolta de Coatl habíanse despojado de sus atavíos de ceremonia, haciendo con ellos unos bultos y apareciendo vestidos con la indumentaria más liviana de campaña. Iban provistos de escudo, arco, lanza y cuchillo, siendo evidentemente un pelotón escogido. Coatl explicó que la mayoría de los guerreros habían regresado al hogar después de la batalla.

Improvisaron una hamaca para Catana. Y pocos minutos después la banda se dirigía por caminos sinuosos hacia el sur, atravesando El Pedregal en una sola fila.

Durante algún tiempo, Pedro y García caminaron en silencio detrás de los taciturnos guías. Una de las principales finalidades de la vida, la consecución de una meta, había sido abandonada. Por el momento, desesperanzados y sin ningún propósito, no podían sino marchar a la deriva. Habían sido salvados de la muerte, pero la vida se había convertido en una niebla sin nada que les sirviese para orientarse. Detrás de ellos quedaba Nueva España, la conquista perdida y los compañeros muertos. Delante, aislados en un mundo bárbaro, ¿qué?

–¿Qué me dices de Dios ahora, Juan? –inquirió De Vargas al cabo de un rato–. Suponte que te hubieses quitado la vida anoche. Y que yo hubiese... –Pensó en Catana y en lo que pudo haber acontecido–. ¿Qué dices ahora de Dios?

CUARTA PARTE

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

63

El sendero que conducía hacia el sur desde Cuauhnahuac (aun no corrompido para convertirse en Cuernavaca) penetró en un mundo desconocido de los blancos, un país no imaginable detrás del horizonte. Era casi impenetrable, una región de montes pelados o a medio poblar, valles subtropicales, torrentes impetuosos y gargantas estrechas; una región rica en metales preciosos, maderas raras, flores de vivos colores y vida salvaje, y rica también en los secretos de los pueblos desaparecidos y de las civilizaciones olvidadas.

Después de un día de penosa marcha desde Coyoacán, monte arriba y monte abajo, de vadear arroyos y riachuelos, Coatl ordenó hacer alto entre los fosos de un templo medio derruido y bastante cubierto de maleza. Fueron encendidas hogueras, secáronse las ropas y se comió una ración de maíz. Luego, los guerreros zapotecas llenaron de tabaco unas pipas, delgadas como papel, a guisa de solaz.

Coatl, que había hablado muy poco durante el trayecto, interrumpió el silencio recostado contra un fragmento de la pared en la que se veían talladas las serpientes.

–Ahora estar seguros, señor. Tenochcas no seguir aquí. –Hizo un ademán con el brazo–. Tierra zapoteca. Bienvenidos ustedes y tengan paz.

–Mis amigos y yo te lo agradecemos, Coatl. –Demasiado agotado por las emociones de la jornada, Pedro hubo de hacer un gran esfuerzo para expresar su gratitud.

–¡Agradecerle! –exclamó García, que se hallaba dando masaje a sus cansadas pantorrillas frente al fuego–. Eso es bien poco. ¡Cuando ha realizado el milagro de sacarnos del mismo infierno! ¡Por Dios, señor cacique; si alguna vez olvido lo que le debo, llámeme perro!

–No hay que hablar de deudas –protestó Coatl–. Bienvenido aquí. Dos días más estaremos casa –concluyó.

Catana cruzó su mirada con la de Pedro, sonriéndole; pero la palabra *casa* repercutió tristemente en su ánimo. ¡La casa! ¿Cuánto tiempo irían a permanecer allí? ¿Cuánto se habían quedado el intérprete Jerónimo de Aguilar, que había quedado aislado entre los salvajes de Yucatán? Ocho años..., hasta que se volvió como ellos, olvidando su propia lengua, pintándose el cuerpo y agachándose como un mono. ¡Ocho años! Y eso era cerca de la costa.

–¿Casa, Coatl? –Pedro cerró mecánicamente el puño–. Me parece recordar que no llamabas hogar a España.

–No puedo enviarlos a España –suspiró el otro–, señor. Quizá algún día venir otros castellanos. Entonces enviarlos hasta ellos. Ahora –abrió las manos–, si no este lugar, usted morir.

Era demasiado evidente como para discutirle. Con el ejército deshecho, no quedaba otra ayuda que la prestada por Coatl. Entre esta soledad y la costa extendíanse leguas de terreno poblado de indios muy dispuestos a ofrecer todo hombre blanco a los dioses.

–¿Cómo sabrás que han llegado los barcos?

–Lo sé en seguida.

Se hizo silencio, convirtiéndose el crepúsculo en tinieblas. Las luciérnagas veíanse más vivamente entre las ruinas del templo. El aliento húmedo de la noche se hizo más denso. Allá arriba, en algún lugar de la montaña, se oía el lamento de un ocelote, lo que trajo a la memoria de Pedro el recuerdo de Aguilar.

Dos días más tarde arribaron a un gran pueblo de edificios cúbicos, con techos aplastados, que descendían desde los riscos más inferiores hasta las tierras comunales del valle. Otros pueblos más reducidos se divisaban en las laderas próximas, dentro de un círculo formado por montañas más elevadas. Estos pueblos, explicaba Coatl, eran el antiguo asiento de la gente azteca, la mayor parte de los cuales habían emigrado bastante tiempo atrás hacia Oaxaca, en el este. Asomando por encima de las casas de la localidad principal veíase el templo de la tribu, junto a la serie de edificios de adobe de un piso que formaban el palacio del jefe. En uno de ellos, completo con su propia azotea y un pequeño y bien provisto jardín en la parte de atrás, fueron alojados los españoles.

A la mañana siguiente, De Vargas y García contemplaban desde dicha azotea en dirección al norte, más allá de los techos de las edificaciones, que bien parecían un tablero de ajedrez, el laberinto de montañas que acababan de cruzar.

–¿Serías capaz de recorrer el camino de vuelta a México, sin guía? –preguntó Pedro–. En caso de apuro, quiero decir.

–No sería muy fácil –contestó el otro, frunciendo el ceño–, camarada, aunque si llegase la ocasión... Este país es bastante difícil.

–¡Ay, ya lo creo! Y bastante alejado de la costa –agregó Pedro, pensando desconsoladamente en la distancia–. Tanto daría que estuviésemos en la luna. Pero fíjate bien –prosiguió, como si se le hubiese ocurrido una idea–. ¿Acaso hemos pedido venir hasta aquí? No. ¿Tuvimos otra elección? No. Entonces se ve claramente que ha sido la voluntad de Dios. ¿Con qué propósito? Sólo Él lo sabe.

–Yo soy un ignorante –dijo García, meneando la cabeza.

–Tampoco yo lo veo muy claro –admitió Pedro–; pero que existe algún propósito lo sé. Así como lo que debemos hacer en primer lugar y en seguida.

–¿Qué cosa, compañero?

–¿Convertir una de nuestras habitaciones en capilla. Instalar la cruz. Adorar a Nuestra Señora del Socorro.

–Muy bien pensado. No podríamos comenzar mejor.

En cumplimiento, al menos, del divino propósito que los había llevado a su actual situación, los tres exilados organizaron sus vidas consciente e inconscientemente de acuerdo al canon español. Puesto que la religión era lo que principalmente daba carácter a la vida española, observaron con atención sus devociones. Y como los vestidos son la expresión externa de una actitud interior, no transcurrió mucho tiempo sin que llamasen a las costureras de Coatl a fin de que los proveyesen de una semejanza de ropas españolas. Y dado que el lenguaje es lo que determina el pensamiento, no fueron ellos quienes aprendieron zapoteca sino los indígenas quienes hubieron de aprender el español. Puesto que la disolución de la compañía no anulaba su fidelidad al rey, comportábales considerar esa región como una provincia futura real, tomar estado de sus recursos y forjar planes para el momento de su anexión.

–Ya ves cómo es –dijo Pedro–; tendremos que observarnos a nosotros mismos. Eso me recuerda el pantano de Tabasco, cuando nuestros buenos caballos estaban casi hundidos el día de la batalla. La tierra de este país nos va absorbiendo. Es posible que transcurran años; pero tendremos que conservar la cabeza en alto. Somos españoles, y como tales permaneceremos.

En este esfuerzo, Pedro era el jefe natural. A no ser por él, García y Catana, carentes de los principios del hidalgo, fácilmente po-

drían haber sucumbido. Pero los mantuvo en manera apropiada. Si García estaba a punto de ceder a los encantos de las mujeres nativas, no le fue permitido olvidar que era necesario el bautismo antes de abrazarlas. Catana, amante de la danza, recibió una buena reprimenda por haber participado en una majestuosa danza india. ¿No eran suficiente la zarabanda y otras danzas cristianas?

En parte, para combatir esas tendencias, Pedro insistió en enseñar a sus amigos cuanto en España había aprendido. Nada consiguió con García, incapaz de comprender en ningún momento la relación existente entre el sonido y la palabra escrita. Catana aprendió a escribir su nombre y a formar algunas palabras a su manera. Pero la labor resultaba fatigosa y el resultado insignificante.

Irritado al hallarse alejado de la vida militar y civilizada, parecíale a Pedro que sus compañeros estaban demasiado contentos: García, porque las minas producían mucho y las indias eran amables; Catana, porque estaba con su amante más que en los días de la conquista.

–Sois como los comedores de loto en el romance del capitán Ulises –les dijo en una oportunidad.

–¿Quiénes fueron ésos? –preguntó García.

–Fueron amotinadores. El señor Ulises, valiente caballero, trataba de llevar de regreso a sus gentes, después de la guerra. No pensaba sino en su deber para con el rey. Pero recalaron en una hermosa región donde los indolentes cantoneros se instalaron, quedándose dormidos. Mucho trabajo le costó después al capitán volver a verlos en buenas condiciones.

–¡Caramba! –protestó García, no conforme con la moraleja–. Siempre nos vienes con caballeros y buenos capitanes que turban la paz de la gente honesta.

Entretanto, el jefe de los zapotecas –Zociyopi, en su propia lengua, Coatl entre los aztecas– ocupaba un lugar cada vez más grande en la mente de sus huéspedes. No solamente dependían de él, sino que los impresionaba con su personalidad. Dejaron de identificarlo como a uno de los tantos salvajes, aceptándolo como individuo. Su español convirtiose más fluente con la práctica, de manera que sostuvo frecuentes charlas con Pedro, que a menudo eran íntimas y personales. Sentado sobre la estera, con las piernas cruzadas y con una pipa de tabaco entre los dientes, difícilmente se diferenciaba de los otros, a no ser por su piel curtida y por la turquesa de sus labios.

–¿Me preguntaba por qué yo tomar la molestia de salvarle la vida señor Pedro? –observó una vez, cuando se hallaban sobre el techo de su casa–. Dice que yo no ser como los otros indios infieles que conoce. Yo preguntar por qué salvar usted la mía dos veces. Usted no es como otros españoles y cristianos que conozco. Quizá si alguno arrancase a los dos el corazón, vería que son iguales.

Coatl disfrutaba recordando su huída de España, el viaje a Cuba, su travesía desesperada, en un bote robado, desde San Antón hasta San Juan de Ulúa.

–Nada me detuvo después que usted darme aquel oro, señor, llegando muy bien a casa. Usted dio todo lo que tuvo; vi su bolsa vacía. Eso me trajo suerte... y ahora usted... Usted llegará también a su casa –agregó al ver la expresión de Pedro–. Quizá entonces se alegrará al recordar estos días.

En otra oportunidad en que se hallaban conversando, Coatl inquirió de una manera bien singular:

–Dígame amigo: ¿Qué es lo que desea en la vida? Ha cruzado el gran océano, luchado contra tenochcas, les ha arrebatado sus tierras, ha trabajado, sufrido, perdido todo y hasta casi morir. Quizá llegase su Dios a preguntarle qué es lo que quiere. ¿Qué le contestaría?

De Vargas recordó aquel día en que conversara con Olmedo en la colina sobre Trinidad. La misma pregunta. Aunque pensaba en ello honestamente, no le fue posible dar con nada más verdadero que la respuesta usual.

–Bien; supongamos que lo que más deseo en este mundo es el triunfo. Como sabes, mi padre es un ilustre caballero que ha elevado la reputación de nuestra familia mucho más de lo que estaba. Empezando donde él termine, me gustaría hacer otro tanto, si pudiese. Ello no es tan sencillo, pues don Francisco me ha dejado un duro camino que recorrer. Y también se necesita dinero. Si pudiese alcanzar mi deseo, volver a España con una buena carrera y un montón de dinero... Pero eso ya es cosa imposible– concluyó sombríamente.

–¿Qué hace en España con un buen nombre y mucho dinero? –preguntó Coatl como al descuido.

–Cimentar la casa de los Vargas. Ser condecorado por el rey. Conseguir un puesto de mando en el ejército. Un matrimonio de alcurnia.

El recuerdo de Luisa de Carvajal le vino a la imaginación, como una ráfaga de amargura. Eso también era cosa del pasado.

–¿Deja señora Catana aquí? –inquirió Coatl.

La pregunta también le trajo a la imaginación el problema que siempre había apartado de su mente. Catana no encuadraba bien en su regreso a España. Advertía, naturalmente, que sería necesario romper. Pero, entretanto...

–No sé –contestó después de una larga pausa.

–Bien –observó Coatl–; me parece que no pide demasiado. Creo que su dios se lo concedería.

64

En diciembre, las cordiales relaciones con Coatl experimentaron un cambio singular. Un embajador azteca, el primero en cinco meses, se hizo presente en el pueblo, y los españoles se mantuvieron ocultos hasta que desapareció el enemigo. De nada bueno serviría, insistió Coatl, que los tenochcas supiesen que habían sido engañados con respecto a sus prisioneros, y que el capitán De Vargas y sus compañeros se hallaban con vida. Los zapotecas, tributarios del imperio azteca, nada tenían que ganar suscitando problemas innecesarios con sus señores.

Pero tan pronto como los visitantes hubieron abandonado la ciudad, Coatl llamó a Pedro a su azotea. Llevaba el círculo de plumas que denotaba su rango, el manto bordado, los aros en las orejas y los anchos brazaletes. Sus facciones gruesas y solemnes indicaban una actitud oficial. Aunque levantó el brazo en señal de saludo, guardó silencio unos momentos. Sin tener la seguridad de ello, Pedro palpó un cierto desasosiego no exento de pena.

–¿Qué sucede? –preguntó

–Señor –dijo, después de haber pasado por sus ojos una expresión extraña y como velada–; nosotros los zapotecas somos apenas unas hojas del viejo tronco. No somos fuertes ni nos hallamos preparados para la guerra. Los tenochcas son muchos. Lo hemos protegido de ellos, y también a sus amigos.

–Por supuesto; os debemos la vida.

–Ahora han averiguado que están aquí. Ahora dicen: "Devolvednos las víctimas blancas que ustedes no matan; dioses hambrientos. Darlas o venimos en guerra, quemar vuestras ciudades, llevando vuestros jóvenes para sacrificio dioses nuestros."

–¡Ajá! –dijo Pedro–. ¿Y?

–Yo dije que no, y están enojados. Significa guerra –dijo Coatl, cuyos ojos denotaban astucia.

–Mira, Coatl –contestó Pedro, cuyo corazón saltaba de alegría–. Si no soy capaz de defender los pasos de este país con los hombres que tienes, ¡cáspita!, y alimentar los bujarros con los esqueletos de esos perros, puedes decir que no tengo nada de soldado. Por mi honor, que les quemaremos la cola a los aztecas y los haremos volver a sus casas aullando.

–¿Adiestrará a mis hombres como españoles, eh?

–Juan y yo haremos todo lo posible –contestó Pedro, pensando en las filas españolas, firmes y uniformes–. Al menos, resultarían adiestrados, en comparación con los aztecas, y mejor equipados. Dejaremos a éstos con sus *macuahuitl*, esas fruslerías de hoja de vidrio, armándonos de espadas de cobre endurecido y de forma adecuada. También tendremos lanzas de quince pies, como las utilizadas por Cortés en la batalla contra Narváez. Ellas son un obstáculo que detendría inclusive a los caballos.

–¿Ha dicho caballos, señor?

–Sí, caballos. Y no digamos nada de esos perros aztecas. Luego viene la debida disposición del cuadro para hacer frente a los honderos y a los ballesteros; la dirección del ataque nocturno, que a nuestros amigos del norte no les hace mucha gracia. Ya les enseñaremos unas cuantas estratagemas cuando llegue la hora.

–¿Usted fortifica los pasos?

–Pero no demasiado. Hay que engañarlos para que intenten atravesarlos.

–¿Quién puede igualar a los blancos? –dijo Coatl, mostrando los dientes–. Viven para matar. Sus ojos, alegres, señor, al pensar en matar.

De repente se encontró Pedro recordando a Moctezuma. Justamente como entonces, sintió como si algo se encontrase oculto, aunque sin poder definir lo que fuera. ¿Cómo es que Coatl no se mostraba muy irritado contra los aztecas o contento ante la perspectiva de derrotarlos? El fuego de su mirada iba dirigido más bien contra el ansia de matar de los blancos, contra su habilidad para ello. Por el momento, hasta parecía abarcar al mismo Pedro.

–Los aztecas se llaman guerreros –agregó Coalt–; pero no son sino chiquillos a vuestro lado.

–Hacemos lo que podemos –dijo Pedro secamente–. ¿Cuánto cree que demorarán el ataque?

–¡Quién sabe! –contestó el otro, con una vaguedad que rayaba en indiferencia–. Quizá pronto, o puede que de aquí a tres o cuatro meses.

Pedro y García dedicáronse con toda su voluntad al trabajo de la defensa militar, para lo cual contaban con todo estímulo de parte de Coatl. De Vargas disfrutaba de la guerra cual si fuese un arte, y García era un instructor nato. Fueron elegidos los oficiales y adiestrados de acuerdo con la táctica española, y ellos, a su vez, fueron los encargados de instruir a los demás. Consiguiose imitar en cierto modo las filas ordenadas y las evoluciones. Un equipo aproximado al de los castellanos reemplazó a las armas más primitivas y fortificáronse los pasos, siendo determinada la estrategia a seguirse.

Pero nada aconteció. Las semanas convirtiéronse en meses sin señal de ningún ataque inminente desde el norte. Excepto por el placer de la tarea y porque varios guerreros zapotecas, muy adictos a Pedro, hubieron de ser bautizados, parecía no existir provecho ni objetivo en tales manifestaciones bélicas.

–¡Por la misa, que es extraño! –comentaba Pedro una vez a García–. Se supone que estamos adiestrando a esta gente contra los perros del valle, pero Coatl jamás los menciona. No habla sino de nosotros, los castellanos..., de cómo hacemos esto o lo otro. A veces, dudo hasta si los aztecas profirieron algunas amenazas. ¿Y si no lo hicieron, qué es lo que se intenta?

–Cosas de indios –rezongó García–. Son una raza de pillos. Nunca se sabe lo que traen entre manos. Pero no te preocupes. Espero que los aztecas no tardarán mucho en dar señales de vida. Y entonces, por la gracia de Dios, haremos que se acuerden de nuestros camaradas muertos. Compadezco al que caiga en mis manos.

Febrero y marzo transcurrieron. Ya sumaban nueve los meses desde la huída de México. Y en abril llegaron desde el norte, no los aztecas, sino un reguero de otros indios, miserables, agotados y llenos de desesperación, buscando refugio en el pueblo. De Vargas los halló casualmente en el valle más debajo de la localidad, observando a la primera mirada que procedían de más allá del territorio zapoteca. A la vista de él y de García, que se hallaban en primer lugar en la colina por donde pasaba el sendero, los hombres se encogieron, pasando de largo apresuradamente. Al parecer, todo blanco

era conocido con el sobrenombre de Cortés, pues sus gritos expresaban algo acerca de Malinche, aparte de otras manifestaciones en su jerga.

–¿Qué dijeron esos individuos? –preguntó De Vargas a uno de sus tenientes, bautizado con el nombre de Martín y conocedor de algunos vocablos españoles.

–Que Malinche les ha quemado su ciudad, Cuauhnahuac.

–¡Malinche! ¿Qué quieres decir? ¿Cuál Malinche? ¿Hay españoles en el norte?

Pero el semblante del hombre se volvió pálido, como quien ha hablado de más.

Pedro alargó el brazo y Martín se halló apretado por la garganta contra el árbol.

–¿Hablarás? ¡Por Dios, hazlo antes que te arranque la lengua! ¿Hay españoles en el norte?

Aflojó lo bastante para permitir que al otro le saliesen las palabras. A Martín le pareció que los ojos del amo blanco eran dos leznas que le taladraban los ojos.

–Sí, señor.

–¿Malinche? ¿Hernán Cortés? Te pregunto si Hernán Cortés.

–Sí, señor.

–¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

Medio sofocado, el hombre hizo un gesto indeterminado, del que Pedro dedujo que hacía ya tiempo que era conocido el asunto.

–¿Oíste eso, Juan? –preguntó Pedro, volviéndose hacia García, después de haber soltado al indio, que estaba con la boca abierta–. ¿Oíste?

El otro asintió pesadamente, sin que el asombro desapareciese de sus ojos.

–¡El general en el norte! –murmuró Pedro–. ¡Es imposible! –Se enderezó–. Pero lo averiguaremos. Coatl tiene que explicarnos algo. Vamos en su busca.

La sorpresa, la sospecha y la rabia se apoderaron sucesivamente del ánimo de Pedro, no advirtiendo lo escarpado del sendero ni los grupos que se disolvían al observar el aspecto de su semblante. Al llegar al palacio ambos amigos echaron a un lado a los centinelas, cruzando la serie de aposentos familiares y penetrando en el salón del consejo sin haber sido anunciados a Coatl, quien se hallaba con dos de los refugiados, agachados frente a él y evidentemente solicitándole amparo.

–Guarda la puerta– ordenó a Juan.

Se dirigió hacia Coatl, haciendo caso omiso de los dos suplicantes y del ceño del indio.

–He sabido que Hernán Cortés no se halla sino a tres días de marcha hacia el norte. ¿Es cierto?

–Sí –respondió el otro, después de vacilar un poco ante la fría mirada de De Vargas.

–¡Cuerpo de Dios! ¿Nos has hecho pasar por idiotas? Nos dijiste que nuestros camaradas habían sido muertos en Otumba. Nos has prometido enviarnos a cualquier ejército que desembarcase en Nueva España. Bien. ¿Cómo explicas todo esto?

–Señor Pedro, habla demasiado atrevidamente. Recuerde que yo mando aquí.

–Haré algo más que hablar –dijo Pedro, llevando la mano a la empuñadura de su espada–. Eres un falso amigo. Vuelvo a preguntarte qué tienes que decir.

–Escuche, señor Pedro, y usted también, señor Juan. Dije que los españoles habían muerto en Otumba, pues así creía. Así lo he creído durante mucho tiempo –dijo Coatl cuando hubieron desaparecido los dos indios recién llegados, que se hallaban agachados a un costado.

Y en verdad, como dijo Coatl, ¿quién habría creído que los pocos sobrevivientes de aquella *noche triste*, agotados, desesperados, sin más armas que la espada y el escudo, con sólo una veintena de caballos y un populacho de indios auxiliares, pudiesen efectuar la retirada hasta Tlascala luchando contra aquellos cuarenta mil guerreros valientes y escogidos que hubieron de oponérsele en la llanura de Otumba?

–¡Qué guerreros! –exclamó Coatl, con una admiración no exenta del todo de odio–. Luego, mucho después –prosiguió– llegaron los aztecas, como ustedes saben, contando lo sucedido. Dijeron que Malinche había levantado todas las tribus contra ellos, cruzando otra vez las montañas para entrar en México. Dijeron que había recibido más hombres blancos, caballos y cañones del otro lado del Agua Grande. Solicitaron ayuda... Entonces, señores, yo mentir por primera vez. Para mí, lo primero es mi pueblo –prosiguió después de una breve pausa, a consecuencia de su español defectuoso–. Tengo que defenderlo de Malinche, que destruye todo. De tal modo, usted y el señor Juan adiestran a los míos. Y por eso he mentido, por primera vez en mi vida.

–¡Por Dios! –exclamó De Vargas–. ¿De manera que hemos estado preparándolos contra nuestros amigos? ¡Contra los intereses del rey! ¿No era bastante estar aquí como unos maulas, desertores del ejército, mientras nuestros bravos compañeros ganaban honores en el campo, que encima nos has engañado, haciéndonos renegados y traidores? ¡Linda hazaña, Coatl!

Pero sus pensamientos fluían con más serenidad que sus palabras. Era imposible que Cortés, preocupado con México y otras tierras más accesibles, viniese a mostrar interés por un tiempo en la región del sur, para cuya oportunidad el conocimiento militar de los zapotecas, bien superficial sin duda, se habría esfumado. Por otra parte, la pólvora, los cañones y el acero eran cosa bien distinta de los arcos y del cobre.

–He trabajado por mi pueblo –prosiguió el indio–. Ustedes habrían hecho lo mismo.

La aseveración era demasiado cierta para debatirla.

–Bueno, señor cacique –interrogó García– ¿cuál es nuestro verdadero estado aquí; somos libres o prisioneros?

–Libres –asintió Coatl–. Yo los envío a Malinche. Inclusive los acompañaré en la marcha durante dos días... ¿Dejan señora Catana aquí?

Pedro se estremeció al recordar en ese instante lo que había olvidado momentáneamente. No, no le era posible reincorporarse en seguida al ejército. Catana esperaba el nacimiento de otra criatura día a día.

65

Dos semanas más tarde, Pedro y García esperaban ansiosamente junto a la puerta del aposento de Catana, y llegó hasta sus oídos una voz, nueva en el mundo; una vocecita furiosa, llena de impaciencia y protestona.

–¡Oh¡ –exclamó García cuando ambos hombres se miraron.

Al cabo de un rato, una muchacha india asomó su mirada por detrás de la cortina.

–¿Cómo está? –inquirió Pedro, murmurando apenas.

Iba a entrar, pero la muchacha le detuvo, en tanto que la voz nueva iba tomando fuerza y produciéndole un extraño cosquilleo.

–Vamos, camarada –exclamó García–. ¿Quieres escuchar? ¿Qué me dices ahora? ¿Qué te parece?

La muchacha reapareció, haciendo una señal a Pedro, después de haber descorrido la cortina. Pedro penetró en el aposento, quedando García a la espera con mucho tacto. Las facciones angulosas de Catana recortábanse pálidas contra la masa de cabellos negros extendida sobre los almohadones. Sus ojos parecían más grandes y más negros.

–Después de todo, es una niña, señor. ¿No importa? –dijo débilmente.

–Amada mía –contestó él, arrodillándose junto a ella.

–¿Pero no importa? ¿No se siente desilusionado?

Un golpecito de la muchacha india le hizo fijarse en el pequeño envoltorio que le presentaban. Lo sostuvo torpemente, advirtiendo en sus pliegues una cara chiquita y colorada y dos puños insignificantes que temblaban. A través del envoltorio pudo sentir los latidos del cuerpecito en sus manos. Sintióse singularmente emocionado y tímido.

–¡Dios nos asista! –murmuró–. Vaya, vaya.

–¿No está desilusionado? –repitió Catana.

–¿Por qué?

–Porque es una niña.

Demasiado absorto para contestar, había llegado al extremo de abrir una de las manecitas, que pronto se cerró sobre su dedo pulgar, haciéndole reír entusiasmado.

–¡Por la santa misa! ¡Vaya, qué dedos tan perfectos! ¡Y qué chicos! Es un milagro de Dios. ¡Mira, Catana! –observó, descubriendo los deditos sonrosados del pie que salieron del envoltorio.

–¿Entonces, no se siente descontento?

–¡Descontento! ¿Y por qué he de estarlo? ¡En nombre de Dios! ¡Con semejante pimpollo! ¡Qué vergüenza! No era yo quien deseaba un niño, sino otra Catana. –Recordando a García, gritó, después–: ¡Eh, Juan, entra! ¡Tengo que mostrarte algo!

El hombrón apareció, haciendo grandes gestos.

–¿Qué te parece esto? ¿No será después una buena moza? Pálpala... Tiene la carne apretada, sedosa la piel, ¿verdad? Y fíjate: los ojos son verdes.

García lanzaba sonidos como si fuese un toro enamorado. Recorrió tímidamente con los dedos la pelusilla de la cabeza de la criatura.

–¡Y cabellos rojos, por mi fe! ¿No es tu misma imagen? Dios la bendiga.

–Puedes tenerla un momento.

Honrado, pero intranquilo, García la tuvo en sus brazos, tensos como si se tratase de una tonelada. El bebé, que presentía algún peligro, se lanzó a protestar, siendo retirado por la mujer india.

–Denme a mi tesoro; serán capaces de hacerlo pedazos entre los dos. –Y con el pequeño envoltorio en el hueco de su brazo, exclamó: –¡Estate tranquila, mocita; mi tesoro del cielo! ¿A quién voy a querer sino a ti, corazoncito?

Los dos hombres rezaron inconscientemente y en silencio.

Cada día llegaban más noticias de los grandes acontecimientos del norte. Cortés habíase apoderado de Tacaba e iba sobre Xochimilco y Coyoacán. Era dueño de México. No quedaba sino la ciudad de los tenochcas, Tenochtitlán. Los tlascales degollaban y devoraban; los españoles incendiaban y robaban. El valle de las ciudades era un valle de llamas y de muerte.

Una tarde, en el servicio privado de vísperas que celebraban en la improvisada capilla, los tres españoles recitaron todo lo que les fue posible del Tedeum. Una vez más Dios había llevado a cabo un milagro a favor de España. De una compañía destrozada y que huía del valle de México había producido un ejército victorioso. Serían vengados los mártires que murieran sobre la piedra del sacrificio. La verdadera fe iba a ser establecida para siempre.

–Sin embargo– observaba Catana–, lo lamento por las mujeres y los niños, esos pequeños como el nuestro, señor. Son inocentes como corderos. ¿Recuerda nuestra primera contemplación del valle, desde la sierra de Ahualco? ¿Los lagos y las verdes ciudades sobre las colinas? ¡Señor, era algo encantador! Recuerdo que apenas pude alentar de emoción, y hasta el mismo Fiero, que se hallaba junto a mí, hubo de santiguarse. ¡Era un paisaje celestial! Supongo que nunca volverá a ser lo mismo.

–Así es la guerra –dijo Pedro, encogiéndose de hombros.

No encontraba la respuesta..., al menos no la que ella quisiera. Instintivamente oprimió a la criatura contra su pecho, como si representase algo muy por encima de la guerra.

Interrumpiose la conversación al oírse unos pasos, apareciendo la majestuosa figura de Coatl a un extremo de la azotea. Daba la impresión de estar apurado, pero se detuvo para saludar a cada uno.

–Señores –dijo–, necesito que me ayuden. Mi hijo estar enfermo y médicos no saber qué hacer. Otros muchos de mi pueblo también arden debido a la misma enfermedad. He oído que hacer es-

tragos en el norte y que la han traídos vuestros barcos. Quizá sabrán curarla.

–No somos albéitar, pero García ha viajado mucho en los barcos, viendo mucha gente enferma. Te acompañaremos.

Fueron con el indio a su propia sección del palacio, penetrando en una de sus habitaciones, invadida del incienso copal, donde algunas mujeres lloraban arrodilladas junto a una estera sobre el suelo, en tanto dos médicos, o *tepati*, se hallaban agachados sobre la cama del paciente. Un hechicero cantaba ensalmos en un rincón, reforzando de tal manera la ciencia con la magia.

–Sabemos que es fiebre –dijo Coatl–, y le hemos dado la medicina apropiada para el caso: raíces machacadas, piedras extraídas de los estómagos de las aves, piedras preciosas reducidas a polvo y huesos humanos quemados. También le hemos atado a la cabeza los dientes de un hombre muerto, como puede ver. Pero de nada ha servido.

Pedro y García contemplaron el cuerpo del chiquillo consumido por la fiebre, sobre el cual había comenzado a salir una débil roncha. No necesitaban ninguna habilidad especial para ver de qué se trataba, pues habían visto esa enfermedad con harta frecuencia.

–¡Viruela, eh! –dijo García–. Oí que había estallado un brote en Cempoala.

Los barcos de Cuba habíanla traído en verdad a Nueva España. y la viruela resultó más fatal para los indios que la civilización que aquéllos representaban.

–El muchacho está enfermo, Coatl; pero yo le diré lo que tiene que hacer –declaró García–: Envuélvalo en pieles, denle de beber algo caliente y déjenle que sude. Puede ser que delire a consecuencia del fuego que lo consume; pero eso no se puede remediar. Es el calor lo que le hace brotar la viruela. Una vez que broten, se sentirá mejor. Que la habitación se halle a oscuras. Y no dejen que se rasque, pues quedará desfigurado.

Dos días más tarde, la mitad del pueblo se hallaba atacado. En general, a consecuencia del tratamiento rudo, pero hasta cierto punto sensible, de García, la comunidad sintiose mejor que la mayor parte de las otras. Por todas partes la gente consumíase bajo la fiebre, yendo a bañarse en los arroyos de las montañas y muriendo como moscas. Aldeas enteras fueron borradas del mapa cuando la epidemia descendió hacia el sur hasta la costa. Pero en la región de

los zapotecas, aunque la mortalidad fue grande, la mayor parte de los habitantes se repuso.

Pedro y García, que habían sufrido la enfermedad, iban de un lado para otro, exhortando, amenazando, reanimando a todo el mundo. Como blancos superiores, conocedores del secreto de la terrible enfermedad, eran consultados a menudo acerca del encanto del bautismo, y experimentaban que no habían gastado el tiempo en vano. Recompensar la generosidad de Coatl abandonándolo en esa situación habría sido vergonzoso; pero Pedro envió un mensajero a Cortés, dándole cuenta de su paradero, describiendo la riqueza del país y anunciándole su regreso tan pronto como fuese posible.

En medio de tantas ocupaciones, Pedro regresó un día a sus aposentos, contemplando a Catana inclinada sobre el cesto que servía de cuna a Niñita.

–Tiene tanto calor, señor. No ha querido tomar el pecho..., no hace sino llorar. ¡Dios mío! Si llegase a sucederle algo...

–Probablemente no será nada –dijo Pedro para consolarla. Pero al contemplar a su vez a la criatura metida en el envoltorio contuvo el aliento. Después se agachó para apoyar su mano sobre la mejilla de la niña.

–¿No le parece –dijo apenas Catana– que es...?

–No –respondió el, tratando de ocultar su temor.

–¡Preciosa mía! ¡Mi tesoro! –Catana asió los bordes de la cesta–. ¡Virgen bendita!

–¡Querida, no es nada! Ya pasará. –Su voz lo había dejado helado.

–¡Virgen mía! ¡Madre de Dios! –exclamó Catana, alzándola en sus brazos cuando la criatura comenzó a llorar desesperadamente.

Llegó la noche, cesando el llanto, que fue reemplazado por una respiración fatigosa, acompañada de una fiebre más intensa. Catana sostenía a la criatura en sus brazos hora tras hora.

Pedro y Juan contemplaban el suelo, de pie frente a ella. A veces iban de puntillas de un lado a otro del aposento. Muy a menudo habían afrontado la muerte; pero ahora, a medida que su sombra iba espesándose aquí, sentíanse humildes y llenos de temor, como si fueran chiquillos.

–Recen mucho por ella, señores –dijo Catana, ya a punto de amanecer.

Arrodillados junto a ella, inclinados los rostros sobre sus manos enlazadas, oraron lo mejor que les fue posible, entrecortada y tor-

pemente. Hicieron promesas a sus santos patronos y prometieron peregrinaciones descalzos a la Virgen de Guadalupe y a Santiago de Compostela.

De pronto oyeron que Catana profería algunos gritos, exclamando:

–¡Se ha muerto! ¡Mi niña está muerta!

Pero continuó reteniendo el pequeño envoltorio, apretándolo suavemente contra ella, envolviéndola más con su pañal bordado y sin cesar en sus lamentaciones:

–No, Niñita, no es verdad. ¡Preciosa! ¡Mírame, tesoro, mira a tu madrecita otra vez! –Su voz se endurecía cada vez más.

–Dámela, querida –le dijo Pedro.

–¡No, no!

–Es mía también –dijo él, rodeándola con sus brazos.

Entonces comenzó a derramar lágrimas de desolación, abandonando poco a poco el cuerpecito. Pedro lo retuvo unos instantes, dejándolo después en brazos de García.

–Nosotros saldremos un momento, Juan –dijo mirando a Catana–. Vamos, vida mía.

Ella ocultó su rostro contra él cuando abandonaron el lugar.

Y Juan García permaneció de pie durante un rato, mirando ciegamente a la pared del lado opuesto. Finalmente, se agachó con infinita ternura, dejando a Niñita sobre el alegre canasto y colocándole las manitas una encima de la otra. Después extendió la colcha, doblándole con cuidado el embozo, como un gigante que se entretiene con una muñeca. Por último, y casi de repente, se tapó la frente con el brazo, rompiendo a llorar como una criatura.

Enterraron a Niñita en el jardín del palacio, debajo de un árbol cuyas flores parecían infantiles, rositas blancas almizcleñas. El árbol esparcía una suave frescura alrededor de la tierra, meciéndose en la brisa y sembrando el suelo de pétalos delicados. Experto en el manejo de las herramientas, Juan confeccionó un tosco ataúd de cedro oloroso. Su pecho se oprimía con frecuencia durante el trabajo, moviendo la cabeza mientras pensaba vagamente. Terminado el reducido cajón, lo forró con un paño oscuro y la mujeres de Coatl llenáronlo de flores. Niñita ya no parecía muerta cuando Pedro la condujo en el féretro abierto a su última morada, debajo del árbol florecido. Había muerto demasiado pronto para que la enfermedad la desfigurase, pareciendo simplemente dormida.

Coatl, solemne y majestuoso, colocó una culebra y una pequeña tortuga, ambos de oro, junto a las manos de la niñita.

–¿Me permite, señor? Jugará con ellas en el otro mundo.

Al borde de la sepultura fue cerrado el ataúd; pero Catana le pidio a García que volviese a abrirlo.

–Ahora la recordaré siempre –dijo, después de haberse inclinado y besarle la frente–. ¡Qué dulce era!

Pedro repitió lo que pudo del funeral. No era mucho, pero recordaba aquellas palabras que tanto reconfortaban:

–*Réquiem aeternam done ei, Domine; et luz perpetua luceat ei*.

Cuando el féretro, nuevamente cerrado, fue a dar al interior de la fosa, Pedro tomó de la cintura a Catana.

–Está tan hondo –dijo ésta–. ¿Por qué ha de estarlo tanto?

Advirtió cómo la mujer se encogía a medida que la tierra iba siendo arrojada a la fosa. Finalmente, no quedaba sino un pequeño montón de flores, arrojadas por las mujeres indias, y la cruz, sobre la cual Pedro había grabado el nombre de la nena y el *requiescat*.

Los otros fueron lo bastante considerados como para retirarse, dejándolos solos

–Me siento con los brazos tan vacíos... –exclamó ella.

Él no respondió por el momento. Esa mañana habíase despertado con la terrible desolación que sigue a la muerte, y en medio de ella Dios había hablado. Estaba muy seguro de que Dios le había hecho llegar a una decisión muy extraña en los de su casta y que le había mostrado bien claramente la necesidad de elegir uno de los dos caminos.

–Escucha, Catana –dijo finalmente–. Nuestro Señor se ha llevado a la pequeña junto a Él. Ella se encuentra perfectamente. El dolor es nuestro, puesto que también lo ha sido el pecado. Él nos ha castigado ya dos veces. No te hecho mi mujer, de acuerdo con sus mandamientos.

Ella lo había contemplado con temor, pero hubo de asentir una vez que él se detuvo.

–Sí, señor, hemos pecado. Es como usted dice. Por supuesto –prosiguió con valentía, a pesar de haberse cortado la voz–, tendríamos que terminar en algún momento. Ya lo sabíamos. Será mejor ahora mismo.

–¡Terminar! –repitió Pedro–. No.

–¿Qué otra cosa puede hacerse?

–¿Es que no hay sacerdotes con Cortés? El padre Olmedo puede convertirnos en marido y mujer.

–¿Qué ha dicho, mi señor? –preguntó, mirándolo fijamente.

–Repito que el padre Olmedo puede casarnos.

–Está loco, señor. –Una luz había brotado en sus ojos, apagándose después–. Los hidalgos no se casan con campesinas. Yo lo quiero; pero, ¿cree que lo permitiría? ¿Cómo podría regresar a España?

–No he de volver. –Sus manos se cerraron sobre sus hombros–. Nos quedaremos aquí. Es un Nuevo Mundo, muchacha, el que nos pertenece. El mañana tiene más importancia aquí que el ayer.

–No dejaré que se deshonre.

–Harás lo que yo diga. –Sus manos la oprimieron con más fuerza–. Me perteneces.

–Sí, Dios sabe que os pertenezco –sus ojos se llenaron de lágrimas–; pero no a vuestra pena. Antes moriría. Ahora me habla así a causa de Niñita. Después, cuando haya olvidado...

–No te quiero sino a ti. Te querré siempre, y por eso te pido que te cases conmigo.

–Señor, espere. Ya le contestaré cuando nos hayamos reunido con el ejército. –La luz había vuelto a su semblante, pero sin desaparecer esta vez.

66

Finalmente se halló de regreso el mensajero enviado hasta Cortés, que no cesaba de contar cuanto había visto; ciudades ardiendo, guerreros, cañones, barcos en el lago, capitanes vestidos con armadura sobre caballos acorazados, el gran Malinche que lo había recibido como si se tratase de un jefe, al saber que llevaba noticias de De Vargas.

Llevó una mano al suelo y luego a su frente, a guisa de saludo, extrayendo después de una bolsa hecha de tela de plumas una carta voluminosa, provista de la atrevida escritura de Cortés, a más del sello con las armas un poco borrosas. Pedro no había visto una carta por lo menos hacía un año. Se hallaba rompiendo el sello con la uña del pulgar cuando se aproximaron Catana y García, atraídos por el alboroto.

–¡Una carta del general!

Apretáronse a cada lado del papel desplegado; al manipularlo, otro cayó al suelo. Al agacharse para recogerlo, la escritura del segundo hizo que todo lo demás se borrase de su memoria.

–¡En nombre de Dios! –exclamó–. ¡Es de mi padre...! ¡Casi tres años sin noticias! ¡Tres años! Parecieron más de treinta... ¡De mi padre!

Puesto que no tenía sello, la abrió, devorando el contenido... "Alcalde de Jaén... Doña María bien...", fue lo que entresacó de las primeras líneas. La carta podría esperar hasta ser leída en privado. Lo que importaba al echarle la primera ojeada es que sus padres se hallaban bien, que habían sido absueltos y reintegradas sus propiedades.

Despedido el mensajero indio, a quien fueron dadas las gracias, permaneció apoyado contra la pared, extendidas ante él las apretadas páginas del general, en tanto Catana y García esperaban sin apartar los ojos de él.

–Podrías leerla –dijo a Catana, por molestarla.

–Hágalo pronto, señor.

–Sí –musitó García–. Quiero saber si siempre piensa hacerme ahorcar. Oigámoslo, compañero.

–Comienza diciendo "Hijo Pedro", y da gracias a Dios por que nos hallamos a salvo, lo que considera nada menos que un milagro.

–En eso tiene razón –convino García–. ¿Y después?

–Dice que nos reunamos con él, pues la guerra ha llegado a su punto culminante y tiene necesidad de todo castellano. "Diga a Juan García que su crimen ha sido olvidado... Y traigan muestras del oro de ese país, junto con un mapa aproximado."

–Así es Cortés –dijo García–. Sigue leyendo, muchacho, ¡por el amor de Dios!

–Expresa sus congratulaciones por el nacimiento de nuestra hija –prosiguió Pedro después de haber vacilado unos instantes.

Se hizo el silencio. Luego fue reanudada la lectura de la misiva.

La carta pasaba revista brevemente al año transcurrido, al desmembramiento progresivo del imperio situado al este de las montañas, el retorno a México, la marcha en triunfo a través del valle y el bloqueo de la misma Tenochtitlán. Sus aliados, destruidos o infieles; sus calzadas, capturadas; cortada el agua potable, la laguna en poder de los bergantines que hubieron de ser llevados en piezas a través de las montañas.

–¡Por Dios, qué golpe maestro! –comentó García

En resumen: la reina de las ciudades aztecas enfrentaba sola a los españoles en esta oportunidad.

"Pero no crea que la guerra ya está ganada –proseguía la carta–. El enemigo es fuerte y obstinado. Nuestros indios de Tlascala, de Tetzcuco y de otras partes son difíciles de manejar, a la vez que volubles. Por cualquier capricho son capaces de abandonarnos en cualquier momento, debido a lo cual vivimos como hombres al borde del desastre o de la victoria. Por lo tanto, lo intimo como persona que desea honores y el servicio del rey, a que se reúna con nosotros apresuradamente. Repito que lo antes posible. Servirá junto a mí, como ayudante de campo, pues necesitamos mejor servicio de enlace entre las fuerzas a mis órdenes al extremo de la calzada meridional y las de Alvarado, estacionadas en Tacaba, al oeste, y las de Sandoval, que retienen la calzada al norte de Tepeyac. Tengo un caballo adecuado para usted; uno negro con dos pies blancos, recientemente llegado y que se llama El Herrero."

Recordó los días pasados. A medida que Pedro leía, representábasele el ejército; hasta diría que aspiraba su olor; ya veía los penachos de Alvarado y de Sandoval, los rostros pintados de los tlascalas y las robustas figuras de los hombres armados de escudo y espada.

"Incluyo una carta de vuestro honorable padre, don Francisco, abierta por mí en la creencia, ¡vive Dios!, de que no volvería a verlo, que contiene un mensaje, escrito por otra mano, que, sin duda, será bien recibido. ¡Pedro el Afortunado! (Qué querría decir.) Y a ese respecto, hijo mío, dudo que la cause desilusión saber que Diego de Silva ha desertado de nuestra empresa, regresando a Cuba."

A De Vargas le desfalleció el corazón, deteniéndose para cambiar una mirada con los otros. ¡De Silva no estaba allá! Y esa había sido una de las satisfacciones del tan anhelado retorno: volver a encontrarse con De Silva. Con frecuencia Pedro había permanecido despierto imaginándoselo lleno de placer.

–¡Diablos! –estalló.

–¡Cuando tanto lo habíamos deseado! –siguió Catana, con fuego en su mirada.

–¡Esa es la justicia que te han hecho! ¡Hijo de perra, sinvergüenza! Yo te habría quemado a fuego lento –protestó García.

Pedro prosiguió la lectura:

"Fue un acto de política dejarlo partir con otros. Ya estaban hartos de guerra y eran perros amotinados que corrompían a los mejo-

res hombres. Pero me resultó un recurso difícil, pues De Silva es primo de nuestro enemigo, el arzobispo de Burgos, presidente del Consejo de Indias, que prestará su oído, encantado, al traidor, una vez que sea llegado a España."

Pedro miraba fijamente el documento. Después de vacilar unos instantes, prosiguió en tono indiferente:

"Al menos, me regocija la disolución de su matrimonio con Luisa de Carvajal, que vuestro honorable padre me ha comunicado. En consecuencia, la hermosa mano que ha escrito el otro mensaje, se halla libre ahora... Con que adiós."

Advertido de que los ojos de Catana hallábanse fijos en los suyos, no la miró. ¿Qué otro mensaje? Reabierta la carta de don Francisco, recorrió ávidamente la página, enrojeciendo al observar dos líneas temblorosas después de la firma y rúbrica de su padre.

"¿Recuerda usted, señor, o ha olvidado a quien, mientras reza por su gloria, recuerda y espera?"

–¿Bien? –preguntó Catana secamente.

–Nada.

–¿Nada?

No pudo evitar que sus mejillas despidiesen fuego, pues el sueño tan largamente acariciado se elevaba desde lo profundo. Luisa, libre del horroroso hechizo que la había borrado, se presentaba una vez más ante él.

Pidió disculpas, entrando para leer más detenidamente la carta de su padre, deteniéndose en las frases con que don Francisco demostraba su aprobación sobre Luisa.

"Porque no hay mejor sangre en ambas Castillas, y la dama se distingue por la belleza de su persona y por su bondad de ánimo. Ahora que se halla libre del bergante por quien ella y su padre fueron engañados, un matrimonio entre ustedes sería honorable y ventajoso; mucho más cuanto que ustedes se aman. De tal modo, cuando el servicio del rey lo permita, es ya tiempo de que regreses para entrar en otro servicio más dulce..."

Reflexionaba que todo eso había tocado a su fin ahora, e imaginaba la cara de sus padres cuando llegase a poder de ellos la carta con la noticia de su matrimonio con Catana Pérez, una mujer que siguiera a las tropas. Después de haber releído el mensaje de Luisa, lo llevó a sus labios en señal de despedida.

Tan embebido se hallaba que no advirtió la entrada de Catana en el aposento. Quizá ella no había observado el gesto sentimental,

pues cuando él levantó la mirada vio que estaba examinando una camisa que necesitaba compostura antes de iniciarse la marcha.

–¿Cuándo partimos para reunirnos al ejército? –inquirió.

–Mañana al amanecer. –La conciencia de Pedro, intranquila, imaginose que la voz de la joven era más seca e indiferente que de costumbre–. El general escribió que nos apresurásemos. De acuerdo con mis cálculos, podremos llegar al campamento dentro de cuarenta y ocho horas, a contar desde mañana por la tarde, si vamos a buen paso.

Aquella noche, cuando todo estuvo en silencio en el palacio, Catana se levantó para dirigirse, descalza, a la habitación de Pedro. Dormían separados desde que le había propuesto matrimonio. Silenciosamente, extrajo la carta del jubón de Pedro, regresando con ella a la estera que le servía de lecho. Dedicóse a buscar las palabras escritas por Luisa, no resultándole difícil distinguir la escritura diferente después de la firma de don Francisco; pero su capacidad de lectura era reducida y deletreó dolorosamente, en tanto recorría con el dedo los renglones.

"¿Recuerda usted, señor, o ha olvidado...?"

Cuando hubo dado término a su lectura, tocó a su fin la luz de la mariposa. Llegóse de nuevo a la habitación de Pedro, dejando la carta en su lugar y regresando para tumbarse sobre la estera.

Después de todo, era lo previsto y considerado como inevitable desde un principio. Si Pedro se casaba con ella, lamentaría para siempre no haberlo hecho con la hidalga. Mirando fijamente en la oscuridad y con los ojos demasiado ardientes para derramar lágrimas, Catana aceptó lo que tenía que ser.

67

El lucero de la mañana brillaba débilmente aún cuando Pedro, Catana y García se preparaban para partir, comiendo apresuradamente un poco de pan de maíz y *chocolatl*. Todos pensaban en el viaje.

–Coatl nos dará cien guerreros para que vayan con nosotros a la campaña –dijo Pedro–. Saben guardar fila y marcar el paso. No haremos tan mal papel cuando entremos. ¡Por Dios! No todos los prisioneros de los indios vuelven en tan buen estado.

–Eso sin contar el oro –terció García. Coatl había dividido todo lo obtenido en la explotación de las minas, algunos presentes y el botín en tres partes iguales, entregando a Pedro uno de los sacos–.

Eso alegrará a Cortés. ¿Recuerdas cuando dijo al representante de los aztecas que nosotros los españoles teníamos una enfermedad del corazón que no podía curarse sino con oro?

–Yo diría que hay unos cuatro mil pesos –dijo Pedro mientras calculaba, en una mano la taza de chocolate y el oro en la otra–. La mitad bastará para pagar el nuevo caballo y una armadura. ¡Ah, querida! –palmeó a Catana en la espalda–, irás a la grupa cuando nos casemos. Señora de Vargas y Pérez. Con tu parte tendremos bien forrado el bolsillo. Nunca pensé que pudieras dar a tu marido cuatro mil pesos de dote. ¿Y tú?

En algún lugar resonó una caracola; en la calle situada debajo del palacio oyóse el rumor de pisadas y el tumulto de las voces.

Después de haberse introducido en la boca el último trozo de pan y de haberlo empujado con un trago de chocolate, Pedro se pasó por los labios el dorso de la mano.

–Ya es hora –dijo. Pero al levantarse de detuvo para contemplar a Catana–. ¿Qué te pasa, querida? ¡Dios nos asista! No eres de esas muchachas a quienes ataca la melancolía.

–No es nada –dijo ella dando con el pie en el suelo y volviéndose.– Es que hemos sido tan felices aquí.

El resplandor de las antorchas llegó del otro lado de la azotea, apareciendo Coatl en la puerta. Insistió en escoltar a sus amigos durante una parte del trayecto, hallándose ataviado para el viaje con una capa y una simple vincha de color rojo alrededor de la frente.

–La gente se halla preparada, señores. Mandaré transportadores para los equipajes.

–Entonces, ve por mi espada. Catana –dijo Pedro–, y sujétamela, puesto que eres mi dama. ¿Te acuerdas de aquella noche, frente al Rosario?

Sin levantar el rostro, sujetó la espada, valiéndose de las marcas señaladas por el uso en la correa. Él la acomodó sobre la cadera, tocando la empuñadura con los dedos.

–Y ahora, adiós –dijo sonriendo a las paredes familiares de la casa.

–Y ahora, señor, con vuestro permiso; si es que desea acompañarme...

–¿A dónde?

Al jardín.

El comprendió, mientras se reprochaba interiormente. No debería partir sin otra despedida. Niñita se hallaba fuera de su imaginación.

–En seguida volveré –dijo Coatl, mientras seguía a Catana.

Dieron vuelta a los edificios en dirección a los numerosos árboles y macizos de flores del jardín detrás del palacio. Ya despuntaba la aurora, habiendo comenzado a salir algunas nubes. El aire era húmedo y pesado, cargado con el perfume de las flores.

Cruzaron silenciosamente hasta la reducida fosa. Arrodillados ante ella, rezaron por el alma de Niñita para que, libre de pecado, pudiese ocupar su sitio junto a Nuestra Señora. Y le dijeron adiós una vez más, como si ella y la cruz que se hallaba a la cabecera de la fosa no fuesen sino una sola cosa.

Una marcha de ocho horas llevó al grupo, guiado por Coatl, al lugar de la primera parada. Cacahuamilpa, el último de los pueblos zapotecas. Era una simple aldea montañosa; pero después de la lluvia, de los senderos resbaladizos, de los arroyos crecidos, de la jungla y de las sierras con que hubieron de luchar, todo lo que fuese techo constituía por el momento un buen refugio.

Después de haberse cambiado de ropa y de una comida consistente en aves calientes, pimientos y tortillas en casa del jefe local, Pedro salió unos instantes para observar el tiempo, que ya había mejorado. Algunos rayos del sol poniente atravesaban las nubes, mostrando el país hacia el norte que deberían cubrir durante la jornada siguiente. Meditaba sobre si un día de marcha los llevaría hasta Cuauhnahuac y otra jornada más hasta el cuartel general español, en Xoloc, cuando una sombra apareció a un costado. Al volverse, descubrió a Coatl junto a él.

–Yo lo seguí –dijo el indio–, esperando para verlo a solas.

–¿En qué piensas, Coatl?

–Mañana regresaré desde aquí. No volveremos a vernos. ¿Recuerda en aquella sierra de España, cuando me dio un presente al separarnos? Ahora me ha llegado el turno.

–Ya has devuelto aquello mil veces –dijo De Vargas, meneando la cabeza.

–Sin embargo, tengo un regalo para usted solo –contestó el otro, apoyando una mano sobre su brazo–. Venga a verlo.

Pensando con curiosidad en lo que sería, Pedro acompañó al indio, aumentando su deseo de saber al ver que abandonaban el

pueblo, dirigiéndose monte abajo hacia el escabroso país situado más allá.

–¡Vaya, amigo mío! –dijo al cabo de un rato–. Tengo buenas piernas; pero recuerda que hoy hemos hecho una buena caminata.

–No queda lejos, señor. Tendremos que andar el doble, pero no se arrepentirá.

Después de alcanzar un desfiladero de paredes casi verticales, Coatl marchó adelante, señalando los lugares en que debía apoyarse y tomarse con la mano. Frente a ellos, del otro lado del abismo, Pedro pudo contemplar un horrible conjunto de riscos, singularmente sombríos y pelados, oyendo debajo de ellos un rumor como de cascadas. A la luz de la tarde, el lugar producía una extraña sensación de soledad, que aumentaba con cada yarda de descenso. Se alegró de hallarse finalmente en el fondo del desfiladero.

A esa altura, el suelo hallábase cubierto de árboles en flor, entre los cuales la corriente saltaba desde la pared hasta la cascada. Había igualmente árboles con una extraña corteza dorada, con raíces retorcidas a manera de serpientes que hacían dificultosa la marcha. Ocasionalmente veíanse por los costados del valle aves de color rojo, verde y azul.

Después de haber caminado delante una cierta distancia. Coatl señaló con el dedo la pared opuesta del cañón, y Pedro, que había estado sorteando el camino por entre las retorcidas raíces, se quedó mirando fijamente.

Al otro lado de la montaña abríase un enorme portal, quizá de setenta pies de alto por ciento cincuenta de ancho. Aunque era un arco natural, parecía hecho a mano.

–¡Cuerpo de Dios! –exclamó De Vargas.

–Fíjese –dijo Coatl–. Es morada de los Dioses. Sagrado. Prohibido. Yo, jefe del pueblo zapoteca, único con derecho entrar sin temor. Diga, señor, ¿usted tiene miedo?

En el fondo de la confusa imaginación de Pedro, el romance se mezclaba con la leyenda. Igual que el Amadís, hallábase ante el castillo del gigante. Al contemplar las tinieblas detrás de la vasta entrada, de la que llegaba un lejano murmullo de voces, supo que, si no miedo, al menos experimentaba cierto desasosiego. Pero se tranquilizó en seguida.

–¿Por qué habría de tenerlo? Si vuestros demonios se hallan aquí dentro, iremos hasta donde se encuentren y pronunciaré los nombres de Nuestro Señor y San Pedro. Lo que después suceda

será la voluntad de éstos. Pero podría haberme prevenido para que trajese mi espada.

–¿De qué sirven las espadas contra los dioses? –contestó Coatl–. Entremos, ya que no tiene miedo.

Cruzaron la corriente por encima de una sucesión de rocas, llegando al portal de la caverna. Coatl sacó una provisión de antorchas de pino de una rendija secreta del despeñadero y después de haberla encendido con un trozo de madera sacado de su morral, prendió otra para Pedro. Después se llevó la mano a la frente, pronunciando algunas palabras, que, evidentemente, eran una oración tradicional.

–*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* –dijo Pedro.

Luego, el hombre de la Edad de Piedra y el de la Europa civilizada penetraron en las tinieblas.

A la luz de las antorchas, Pedro podía ver un corredor a manera de túnel que descendía, a la vez que sentía la inclinación bajo sus pies. Comparando lo grande con lo reducido, recordábale un poco el pasaje que existía debajo de la torre principal del castillo de Jaén. Solamente que la torre era aquí una montaña y que el corredor extendíase unos quinientos pies.

Casi en seguida flotó alrededor de los hombres una bandada de murciélagos, rozándoles las mejillas con sus alas peludas y profiriendo unos chillidos parecidos a los de los ratones. Todo el mundo sabía que los murciélagos eran los sirvientes del demonio.

–No importa que vengan –dijo De Vargas sombríamente–. Es cosa que debe esperarse, pues no hay duda que éste es el camino del infierno. Que vengan o que se conviertan en demonios. Aunque ¡maldito sea!, ojalá tuviese mi espada conmigo.

De repente, al pie de la declinación, el corazón se le vino a la boca.

Hasta donde la luz alcanzaba, le fue dado observar un inmenso vestíbulo, tan vasto, que la catedral de Jaén podría haberse perdido en un rincón de él. Para su asombrada imaginación, esa infinidad parecía llena de incrustaciones de hielo, masas heladas pendientes del techo, levantándose del suelo, convertidas en enormes formas y estatuas; un mundo de cristal, en suma.

Nunca había visto estalactitas ni estalacmitas. Salido apenas de la Edad Media con la imaginación atiborrada de cuentos de hadas, el ánimo dispuesto para la batalla contra Satanás, parecíale una cosa

increíble y diabólica. Él y Coatl no eran otra cosa que puntos, luciérnagas, en el espacio reluciente que los rodeaba.

La imaginación se encendió. En una masa de cristal vio un trono enorme, seguramente donde se sentaba el mismo Lucifer, aunque por el momento vacío. Oyó, o así hubo de parecerle al menos, las estruendosas notas de una voz que se aproximaba.

–Hay ríos debajo de nosotros –dijo Coatl, al leer su expresión.

Eso podría ser cierto o no, según el pensar de De Vargas; pero ningún río sería capaz de producir ese ruido que escuchaba.

–¿Es digno de ser contemplado? –preguntó Coatl–. ¿Le he hecho desperdiciar su tiempo, amigo, trayéndolo aquí?

–Es maravilloso –contestó Pedro, gravemente–; pero Dios sabe si los mortales tienen derecho a contemplar tales cosas.

Al avanzar por el vasto suelo, parecían arrastrarse. La luz de las antorchas caía sobre los blancos árboles, llenos de musgo reluciente, fuentes congeladas, baños de cristal para refrescar el calor de los demonios, un anfiteatro coronado por un gran órgano, destinado a tocar música para Belcebú, obeliscos triunfales, fantasmas ensabanados y destinados a convertirse en piedra, estatuas de almas perdidas.

De repente se estremeció Pedro, al extremo de temblarle la antorcha que llevaba en la mano. Una enorme cabra blanca se hallaba delante de él. Una cabra grande como un caballo, la mismísima presidenta de las reuniones de brujas que se efectuaban los sábados.

–¡Oh! –dijo De Vargas, santiguándose y tranquilizado al ver que el animal no se movía–. Es la imagen del mismo Satanás.

Pero en ese instante se movió algo, y Coatl echó a Pedro hacia atrás, de un tirón. Era una serpiente de cascabel que se desenroscó. El indio no perdió un instante, agachándose y tomándola de la cola para estrellar su cabeza contra el costado de la cabra. El ofidio quedó fofo y temblando dentro del círculo de luz.

–Cuidado. Una vez me encontré un ocelote aquí –dijo Coatl–, pero tuvo miedo de la antorcha.

Pedro recordó la aventura de Dante con el leopardo. Esto estaba muy a tono con la descripción del infierno hecha por el gran poeta.

–Recuerde por dónde vamos –advirtió Coatl–. Usted vendrá otra vez solo.

–Traeré conmigo al general y a mis amigos –dijo Pedro, a quien la otra idea no le seducía–. Los dejaré asombrados.

–No. Usted vendrá solo.

–¿Por qué?

–Porque todavía no ha visto nada.

Era desagradable conversar en lugar tan vasto. Las voces resultaban multiplicadas por el eco, unas veces fuerte, otras débil, como si las palabras fuesen pasadas de boca en boca alrededor de un círculo de fantasmas.

"Todavía no ha visto nada" –repitió el eco.

–Recuerde que el camino se encuentra derecho hacia este animal. –Coatl señalaba la cabra–. Es fácil. Ahora volvamos a la izquierda. Fíjese bien.

"Fíjese bien", repetía el eco.

De Vargas tenía un sentido natural para orientarse, y tomaba nota de vueltas y de cosas que pudiesen servirle más tarde. Pasaron a través de galerías, descendieron declives, atravesaron otro gigantesco vestíbulo, deteniéndose de tanto en tanto para encender nuevas antorchas. En ocasiones, Coatl le hacía ensayar el camino, como si todo dependiese de que conservase memoria de determinada ruta.

–Está trazada aquí –dijo el indio, mostrando el extremo de un pergamino en su zurrón–; pero es bueno que lo recuerde, por si se extravía. –Más tarde Coatl se detuvo ante un arco natural sin previo aviso–. Ya hemos llegado –dijo.

Al entrar, Pedro contempló una enorme caverna llena de cristales, con una gran pirámide blanca en el centro. Los escalones, naturales o labrados a mano, ascendían hasta el vértice, que llegaba hasta el techo en una disposición retorcida y singular. Parecía una suerte de cabeza monstruosa que sostuviese la bóveda, en tanto que la pirámide propiamente dicha, semejaba una túnica blanca, completándose una figura gigante. Luego observó Pedro que los escalones eran de color empañado, en comparación con la nívea superficie a ambos lados de los mismos.

–Sangre –dijo Coatl, señalando un pequeño montón, oscuro, a alguna distancia. Luego prosiguió–: Huesos, de muchos hombres y de mucho tiempo atrás. Cosa del pasado.

Después de haberse postrado ante la imagen que miraba hacia el suelo, Coatl abrió la marcha alrededor de la pirámide, hacia un pasaje que conducía debajo de ella.

–Bajaremos, por aquí.

–Mira, amigo. No te he importunado con preguntas –dijo Pedro a esta altura–; pero tiene que haber un límite a tantas maravillas. Nuestras antorchas están medio consumidas.

–Ya hemos llegado al final. –Coatl señaló el pasadizo parecido a un túnel–. Unos pasos más. –Luego dobló, sumergiéndose en la profunda inclinación, seguido de Pedro.

La luz de la antorcha cayó sobre un hueco debajo de la pirámide, una burbuja en la formación rocosa, de contornos irregulares, posiblemente de no más de veinte pies de extensión. Pero, sin embargo, no vio nada más que su contenido.

Aquí no había, como anteriormente, cristales ni la blancura de los vestíbulos superiores. Aquí las antorchas produjeron un reflejo más suave, amarillento e increíble.

¡Oro!

Salvo el recinto del tesoro de Moctezuma, Pedro no había contemplado riquezas semejantes. Pero aquí se hallaban concentradas en un espacio más reducido, y había montones de pepitas, de granos y de ornamentos.

–¿Qué es esto, Coatl? –murmuró.

–Señor, los dos pesos que una vez me dio en la barraca cerca de Jaén.

La respuesta no tenía significado.

–¡Dos pesos! –repitió De Vargas.

–El oro es como el maíz –aclaró el indio–. Se siembra uno, dos granos, y se cosecha mucho.

–Sigo sin comprenderlo.

–¿No es un regalo de despedida?

Las palabras cayeron sin sentido en la imaginación de Pedro, que se hallaba estupefacto.

–Espero que le traiga buena suerte –prosiguió Coatl–. Para muchos españoles resultó una desgracia.

–¡Explícate, por el amor de Dios! –dijo, volviéndose hacia Coatl–. ¿Quieres decir que piensas regalarme todo el oro?

–A usted solo. Por eso le digo que no vuelva acompañado.

–Pero explícate. ¿Cómo? ¿De quién es ese oro?

Apenas le fue posible escuchar a través del tumulto de sus pensamientos. Un antiguo tesoro... Una ofrenda a los sacerdotes de una era que ya nadie recordaba... Quizá inclusive fuesen sacerdotes de otra raza, porque ese dios de la caverna era un dios antiguo... Solamente Coatl conocía el secreto, transmitido desde mucho tiempo

atrás de jefe en jefe... ¿Para qué necesitaban los zapotecas ese oro? Tenían suficiente con el de sus minas y sus ríos.

Agachándose, Pedro sumergió los dedos en el oro, mientras la antorcha que sostenía en la otra mano arrancaba destellos amarillentos. Al observarlo más de cerca, calculó que, una vez derretido en barras, el precioso metal no igualaría en valor al tesoro de Moctezuma, de quizá unos setecientos mil pesos. Un quinto del mismo pertenecía al rey legalmente, igual suma a Cortés y una parte a la compañía. Cuanto más lo contemplaba, mientras iba haciendo cálculos, menor era la cantidad que veía, aunque restaba lo suficiente para ser tan rico como se quisiera. El tesoro equiparábalo a cualquier grande, abriéndole todas la puertas.

–¿Qué puedo decirte? –estalló–. ¿Cómo puedo retribuir?

–Nada de retribuir –dijo Coatl, extendiendo una mano–. Una vez yo dije que su Dios le daría lo que deseaba. No nos veremos más. Pero usted pensará en mí y yo en usted. Lo que hagamos por el otro será semilla de buena o de mala cosecha. Así es, señor, todo lo que hacemos en la vida. –Agregó, después de una pausa–: Las antorchas se han casi consumido. Es hora de que nos vayamos.

Medio asombrado, Pedro le siguió a través de los senderos sinuosos de la caverna, cruzó el vestíbulo donde se hallaba el trono, emergiendo, finalmente, a la claridad del exterior. Perdido en su sueño, hubo de tropezar más de una vez contra las enroscadas raíces de los encantadores árboles, que parecían retorcerse y cerrarse alrededor de sus tobillos.

Llegaron al pueblo después de oscurecido.

–¿Dónde demonios has estado? –inquirió García, en tanto que Catana mostraba un semblante más aliviado–. Saliste por un minuto y has tardado tres horas en regresar.

–Fui a dar un paseo con Coatl –dijo Pedro–, quien me ha mostrado una caverna.

–¡Diablos! ¡Te debe gustar hacer ejercicio!

De Vargas no contestó. El dueño de setecientos mil pesos tenía que guardar el secreto incluso entre aquellos a quienes amaba. La sorpresa sería mucho más grande después, pensaba, para acallar su conciencia.

68

Debido a las dificultades originadas por las lluvias y el vadear de las corrientes, transcurrieron dos penosos días de viaje antes de que

Pedro, Catana y García, con su escolta de zapotecas, hiciesen el trayecto entre Cacahuamilpa y las alturas de Ajusto, desde donde observaron el final de su viaje. Puesto que las nubes habíanse levantado hacia el poniente, era visible toda la extensión ocupada por el valle: a sus pies tenían Xochimilco y Coyoacán; a la mitad de la distancia, extendida sobre el lago, Tenochtitlán, con sus tres calzadas a manera de tentáculos; a la izquierda, Chapultepec y Tacaba; al norte Tepeyac, la ciudad de Tetzcuco, otrora el principal aliado de los aztecas y que ahora había desertado, pasándose a los españoles.

Pedro y sus dos compañeros habían contemplado el valle numerosas veces, al extremo de poder retener en su memoria tan ávidamente los detalles que les resultaba posible recordar todo lo concerniente a sus ciudades y a su configuración. Poco preparados como estaban para los cambios operados durante el año, su presente aspecto no pudo menos que sorprenderlos.

Xochimilco (campo de flores), otrora alegre y reluciente, con sus jardines flotantes al frente, parecía ahora desierto y ennegrecido, como un casco incendiado. En una carta reciente, Cortés había mencionado el incendio "para castigar a los perros por su resistencia" una referencia al pasar que quedaba muy por debajo de la triste realidad.

Al mirar más hacia allá, pareciole a Pedro que la misma Tenochtitlán había cambiado, pareciendo algo encogida, aunque sus teocallis, de perversa memoria aún sobresalían por encima de los techos. Entonces advirtió lo acontecido. Secciones de los suburbios habían sido derruídas, demolidos sus edificios, dejando desolada una extensión de muchos acres sobre la cual flotaba una nube de polvo. Los canales habían desparecido igualmente bajo las ruinas y el escombro de las casas demolidas. Confuso en cuanto a la razón de ello, fue García quien le dio la respuesta, basándose en los tres campamentos que se divisaban al extremo de las avenidas: uno directamente debajo, en Xoloc, al sur de la ciudad; otro al oeste, en Tacuba, y el tercero, al norte, en Tepeyac. Los mismos diques ya no aparecían interrumpidos, como otrora, extendiéndose sólidamente desde la tierra firme. Al parecer, el sitio consistía en una lenta demolición de la ciudad propiamente dicha, que dejaba cada vez más espacio para los cañones y para la caballería, en tanto amontonaba al enemigo de una manera creciente en el centro de la urbe. El ataque diurno, seguido de cierta demolición, era seguido por la retirada al campamento durante la noche. Al mirar vieron una densa columna de hombres,

como hormigas a la distancia, de regreso a su campamento de Xoloc, en tanto que los aztecas, avanzando desde la ciudad, acosaban la retaguardia. El estampido lejano del cañón y los disparos de los mosqueteros señalaban la acción.

Pedro pudo advertir otros cambios. En otros tiempos el lago contenía un enjambre de canoas cuyo tráfico ponía una nota alegre en él. Ahora hallábase vacío como un ojo ciego. Preguntábase cuál sería la causa de ello cuando sus ojos dieron con la evidente explicación. Los once bergantines mencionados en la carta de Cortés habían sido echados en olvido. Y en ese momento hicieron su aparición cinco de ellos, viniendo de la dirección de tierra firme con el evidente propósito de cubrir la retirada de las tropas sobre la calzada. Eran valientes barquitos de dos palos con las velas al viento y los gallardetes en lo alto, el golpe maestro del genio inventivo de Cortés, llave de la conquista con su labor al mantener cortada la corriente de aprovisionamiento a la ciudad, bajo los estragos del hambre y con sus ataques a lo largo de las calzadas. Las nubes de humo salían de sus costados mientras costeaban en dirección al lugar de la escaramuza. Al cabo de una pausa oyóse el estruendo del cañón.

Los guerreros zapotecas miraban asombrados.

–Vaya –les dijo Pedro–. Habréis de ver otras maravillas antes de que hayamos terminado. Adelante, si queremos llegar al campamento antes de la noche.

El sendero descendía en forma sinuosa hacia una atmósfera más pesada que la de aquellas alturas. Pronto quedaron atrás los árboles perennes, dejando el lugar a los cactus o a las plantaciones de maguey con sus pimenteros. A medida que la partida fue acercándose al lago, encontraron cada vez más bandas de indios acampados, procedentes de las diversas tribus de Anahuac y de la llanura oriental, y que hubieron de elegir entre el yugo de los aztecas y las promesas de Cortés. Bien conocido de ellos el primero, optaron por lo segundo, felizmente, sin advertir que con cada esfuerzo a favor de España labraban sus propias cadenas. Esos guerreros miraban de soslayo a los zapotecas, al observar la diferencia en la pintura y en el equipo. Pero los españoles no necesitaron pasaporte, y el grupo continuó su marcha sin inconvenientes.

Al atravesar por entre los diversos campamentos, Pedro pudo identificar las diferentes tribus: aquí los cholulas, allá los tetzcucas, más adelante los tlascalas; pero el hecho de que muchos fuesen desconocidos trajo a su memoria el año de ausencia del ejército. En

otro tiempo érale posible distinguir las marcas y el atavío guerrero de cada uno de los pueblos con quienes trataba la compañía.

A eso del anochecer y después de haber atravesado el campamento más poblado de todos, llegaron hasta las líneas de chozas, recientemente construídas por los españoles en la calzada de Xoloc. El agudo "¡Alto! ¿Quién vive?" del centinela, hizo acudir lágrimas a los ojos de Pedro. Ello significaba la patria.

–El capitán Pedro de Vargas, que viene a presentarse al general con cien hombres.

–¡Viva! –gritó el centinela, encarándose después a voces con sus compañeros de la guardia–. ¡Hombres! ¡Aquí está el Pelirrojo De Vargas, el Toro García y Catana! ¡Dios me valga! –Y mandando la disciplina por una vez al diablo, echó a un lado a sus compañeros, abalanzándose como un oso sobre los recién llegados. Era Chávez, el de la vieja compañía.

69

Hernán Cortés cenaba y descansaba del ajetreo de la jornada en una habitación elevada del fuerte de Xoloc, capturado a los aztecas. Maíz, porotos, tomates, calabaza dulce y pescado frito, con brevas de postre formaban el menú. Como un regalo extra, y para bien de su pierna, herida en un reciente combate, bebió una copa de vino recién desembarcado de la metrópoli en la costa. Estaba acompañado solamente por el paje Ochoa, sobreviviente de la *noche triste* gracias a Sandoval.

En el campamento colindante estalló una especie de alboroto, animándose su mirada al oírlo. Alguien golpeaba un tambor, oíanse gritos, rumor de pisadas, voces de mujeres. Hábil en interpretar los ruidos de las masas concluyó en seguida que no era ni una pendencia ni un motín. El tambor tocaba desafinadamente, como si el tamborilero estuviese haciendo payasadas; los gritos reflejaban alegría y buen humor. Empero, después de un día de dura lucha nadie esperaba que se hiciese tanta jarana.

–Muchacho –dijo a Ochoa–, anda a ver qué pasa y dímelo.

Sin embargo, el alboroto se aproximaba hacia sus mismos aposentos. Escuchó el ruido de pasos acompasados, mirando entonces instintivamente hacia sus armas. No hacía mucho más de una semana que había hecho abortar una conspiración en contra suya de par-

te de ciertos servidores de Narváez. ¿Y quién sabe si no se trataría de un nuevo intento?

Pero al escuchar el tono de las voces allá abajo, se estremeció, poniéndose de pie luego de haber sonreido.

Un momento más tarde, Pedro de Vargas saludaba desde la puerta, delante de Ochoa, hallándose en seguida entre los fuertes brazos del general.

–Déjeme verlo –dijo Cortés, que lo sujetaba con las manos sobre el hombro, extendiendo los brazos a más no poder–. ¡A fe mía que es una gran cosa para estos ojos doloridos! ¡Pero si todavía no puedo creerlo! ¡Ha vuelto de la muerte! ¡Hasta me parece que ha engordado! ¡Ah, hijo Pedro! Al verlo vienen a mi memoria otros muchos, muchísimos que no han regresado. ¡Mis buenos compañeros!

Los ojos oscuros se empañaron de lágrimas. Duro como era Cortés sentía un afecto peculiar por los componentes de la vieja compañía, los que salieron con él de La Habana. Era un afecto que no se extendía a los recién desembarcados.

–¡Vaya, vaya! Tome asiento... Ochoa, un poco de comida y vino para el capitán De Vargas. Apuesto que no ha comido. Con que padre de una rolliza muchacha, ¿eh? ¿Dónde está?

–Su excelencia –dijo Pedro, cuyo rostro se oscureció–, la niña murió de viruelas dos semanas atrás, después de haberle escrito.

–¿De veras? Lo siento en el alma. –Cortés apoyó su mano sobre el brazo del otro–. ¿Y la señora Catana? ¿Y Juan García? ¿Están aquí?

–A los órdenes de vuecencia.

–Bien, siéntese. Los veré en seguida... Muchacho, ¿no te dije que fueses a buscar algo de comer para el capitán? ¿Estás sordo?

–Quería preguntar por tía Catana, señor –dijo el paje sin moverse–. ¿Está bien?

–¡Vaya! Lo suficiente para darte unos azotes, niño –sonrió De Vargas–. Está deseando verte. ¡Qué grandote te has vuelto en un año! –Y cuando el muchacho se hubo retirado, agregó–: ¡Lo que me recuerda, excelencia –tomó ánimos–, lo que me recuerda que le he pedido a Catana Pérez que me acepte en matrimonio –concluyó tratando de parecer indiferente.

–Casarse con Catana Pérez, ¿eh? –inquirió el general acariciándose la barba–. Bueno, siéntese y llene una copita. Por mi palabra que es Málaga legítimo. ¡A vuestra salud, hijo Pedro! ¡Bienvenido a la compañía!

–Para servir a vuecencia.

Pedro palpitó que su anuncio había caído en el vacío, no hallándose por el momento con el ánimo suficiente para renovar el tópico.

Tenían muchas cosas de qué hablar: la campaña desde la *noche triste*, la personalidad de los recién llegados de las islas, el actual estado de los asuntos. La lucha por México, la capital, había sido desesperada.

–¡Ojalá hubiese estado aquí! –dijo Pedro reflejando tristeza en su voz–. Ahora ya habrá terminado todo.

–De ninguna manera –repuso Cortés–. Todavía le queda su parte. Parece como si tuviéramos que ser obligados a derribar piedra por piedra de la ciudad antes de que consigamos que esos necios acepten nuestras condiciones. ¿No es verdaderamente triste? Es la ciudad más hermosa del mundo, pero sus moradores son terriblemente empecinados. Les he hecho toda clase de promesas si se rinden. De lo contrario...

Se detuvo, frunciendo desesperadamente el ceño ante la lógica de la guerra.

–Cuénteme algo sobre esa región zapoteca –dijo, encogiéndose de hombros–. En su carta hablaba de oro.

Le llegó el turno a Pedro, que ahora hizo un resumen de los recursos de los valles del oeste, en términos de maderas y minerales, refiriéndose también al comercio de perlas con la costa, mientras Cortés escuchaba atentamente.

–Parece bien. ¿Trajo muestras?

–Tengo cuatro mil pesos oro conmigo, excelencia. Vuecencia, Catana y Juan García cuentan con otro tanto.

–¡Cáspita! –exclamó el general–. ¡Doce mil pesos! –Pedro sabía que estaba calculando su propia parte, la del rey y la de la compañía–. ¡Pero si es excelente! Haremos una inspección a ese distrito... ¡y bien pronto! ¿Tuvo cuidado de localizar las minas? Bien, muy bien. ¡A su salud, amigo mío!

Pedro agradeció inclinándose.

–Ya ve –prosiguió Cortés–, tenemos que arañar de todos lados para proveer una renta digna a su majestad. No espero recuperar mucho del tesoro perdido durante la retirada. Los perros aztecas se ocuparán de ello. Luego están los derechos de los soldados que satisfacer, la parte de los capitanes y nuestra deuda con Cuba. ¡Peste! ¡Ojalá pudiese echar mano ahora a cincuenta mil pesos!

Dos años atrás, la devoción de Pedro hacia su jefe le habría hecho henchirse de orgullo al declarar el tesoro de Cacahuamilpa. Pero ahora sabía más. Nadie se arrepiente de lo que no dice. Si deseaba su parte íntegra del tesoro de Coatl, era necesario que procediese con astucia. Por el momento cambió el tema, pidiendo noticias sobre España.

Cortés hizo un gesto que denotaba vaguedad, expresando después que su majestad era ya Sacro Emperador Romano; que por fin había llegado a sus manos el presente enviado desde Villa Rica; que inclusive había concedido audiencia a sus amigos, Montejo y Portocarrero; pero nada más. Pronto habría de ser necesario enviar otras palomas del arca con nuevas ramas de olivo.

–¿Señor?

–Halcones, entonces... embajadores. Buenos amigos que se ocupen de defendernos contra el obispo de Burgos y su Consejo de Indias..., vendido de pies y manos a nuestro enemigo, el gobernador Velázquez, y de vuestro amigo De Silva, a quien le hace demasiado caso.

Cortés diose de pronto a musitar, fijos los ojos como un gato. Luego se golpeó el muslo, mientras sonreía.

–¡Por mi conciencia, que está bien pensado! Hijo Pedro, es usted el hombre apropiado para esa misión. Vuestro padre goza de gran influencia, a juzgar por su carta. Su pariente es el duque de Medina Sidonia. Usted ha estado con nosotros desde el principio y tiene su participación en la empresa como capitán de la misma. Es el hombre –la voz de Cortés se volvió cálida– a quien aprecio; tiene prudencia y energía. Por otra parte, lo quiero como a un hijo.

Había descargado todas las baterías de su encanto. Aunque Pedro conocía muy bien al general para poner en cuarentena todos esos cumplidos, meditando a qué punto iría a parar, no por eso dejó de sentirse mareado ante tanta lisonja.

–Fíjese, pues. –Cortés aproximó un poco más su silla–. Cuando esta ciudad caiga en nuestro poder y se termine la guerra, irá a presentarse al emperador, ya se encuentre en Flandes o en España; y sin permitir que el obispo de Burgos o cualquier otro se lo impida.

–¿A España?

–Ciertamente. Con presentes adecuados y con cartas, con toda la influencia familiar que le sea posible reunir. Y será cosa muy singular que el hijo de don Francisco de Vargas, alcalde de Jaén y capitán del reino, pariente de don Juan Alonso de Guzmán, con oro a

su disposición, fíjese bien, y con presentes que hacer, no derrote al obispo y al Consejo..., siempre que consiga llegar a presencia del emperador y le llene el oído de noticias sobre Nueva España.

La imaginación de Pedro se inflamó. ¡Él en la Corte! Por su mente cruzó además la idea de que a su vez podría salvar oficialmente la mayor parte del tesoro de Cacahuamilpa.

–Creo que también puede contar con el interés de la familia de Carvajal –agregó Cortés con suavidad.

De Vargas se sorprendió al oírlo. Su proposición a Catana había sido echada al olvido.

–¿Bien? –interrogó Cortés al observar su expresión.

–Ya no temo nada, excelencia. No, después que Catana Pérez se haya convertido en mi mujer.

–No hablará seriamente sobre eso –dijo el general, sonriendo.

El tono de su voz recordó a Pedro una pared de piedra lisa. Expresaba claramente la monstruosidad de semejante matrimonio.

–Pero hablo en serio, excelencia.

–¡Oh, vamos! ¿Le ha dado algún bebedizo? ¿Hay brujos en el país de los zapotecas?

–Usted no me comprende, señor. –De Vargas maldecíase al sentirse tan débil ante la burla reflejada en los ojos del otro–. La amo. Nuestra hija murió. Y se me representó como la voluntad de Dios que yo me casara con ella.

¡Cuán débil sonaba! ¡Qué inadecuada su manera de expresar la pasión, el sentimiento de dolor y la camaradería que él había compartido con Catana! Cortés arqueó una ceja irónicamente.

–¡Dios me valga! ¿Es así la cosa? Ya se le pasará. Todos hemos tenido nuestros momentos.

–Hablo muy seriamente, excelencia –dijo Pedro al recordar a Catana inclinada sobre la fosa.

–Todo es música celestial. –Cortés no había respondido por un tiempo, habiendo desaparecido la sonrisa de sus ojos. Luego prosiguió–: Escuche, hombre; el hijo de Francisco de Vargas no se puede casar con una campesina.

–Ha sido fiel como el acero.

–¿Y qué hay con ello? –Cortés volvió a sonreír–. Hijo Pedro, me maravilla que pierda tiempo en discutir una cosa tan tonta; pero quiero librarlo del escollo si es posible. En los mares del amor soy viejo navegante. Nadie puede enseñarme mucho sobre las mujeres. He tenido varias, de toda calaña. Pero fíjese bien: ninguna de ellas

valía la carrera de un hombre. Quede esa clase de ñoñerías para los cuentos de hadas.

Se detuvo un instante como para escoger sus palabras.

–Y fíjese también que no digo nada en contra de la señora Catana, muchacha valiente, con mucha personalidad y sin duda leal. ¿Y qué hay con eso? Vea esa muchacha india... Marina. ¿No es valiente? ¿No es fiel? ¿Me casaría yo con ella por ese motivo aunque no tuviese una esposa legal en Cuba? De ninguna manera. Haría exactamente lo que pienso hacer cuando el momento llegue: endosarla con una buena dote a uno de los compañeros. ¿Por qué? Porque un hombre de condiciones tiene que hacer en el mundo algo más interesante y de más valor que satisfacer sus sentimientos; y el matrimonio es una alianza para promover ese trabajo, no para ponerle obstáculos. –Clavó en Pedro sus ojos relampagueantes–. Consideremos su caso. Es de familia ilustre, tiene talento, grandes oportunidades. Le ofrezco una oportunidad que puede llevarlo muy lejos en la Corte y en el ejército dentro del marco en que se ha educado, una oportunidad de servir a esta empresa y a Nueva España. ¿La dejará pasar, desilusionando a sus padres, echándolo todo a rodar, con objeto de convertirse en esposo de una mujer del arroyo?

Pedro enrojeció, a la vez que se le achicaban los ojos; pero Cortés no cejó en su empeño.

–¿Qué otra cosa es? –interrogó–. ¿No es mejor para mí, que lo aprecio tanto, llamar al pan pan, aunque sea lastimándole los oídos, que dejarlo que se convierta en un hazmerreír? ¿He dicho algo que su padre no habría dicho?

Procediendo con toda honestidad, Pedro habría de reconocerlo. Estaba seguro que don Francisco habríase valido de un lenguaje bastante más violento.

–Una cosa más antes de que termine –añadió Cortés–. Luego haga como le parezca. Me consta que mis puntos de vista sobre el matrimonio y las mujeres son correctos porque una vez los he desdeñado, habiéndome pesado toda la vida. Esa vez fue lo suficiente.

Hizo una mueca ante la mesa, frunciendo sus labios en un gesto amargo.

–¿De veras? –preguntó Pedro al cabo de un silencio.

–Verdaderamente –rezongó Cortés–. Mi propia mujer, Pedro de Vargas, que me espera en Cuba y que es un obstáculo permanente; por ser lo que era... una muchacha como Catana Pérez. –Se en-

cogió de hombros–. Ahí lo tiene. Es la encarnación de mi error, que habrá que corregir de alguna manera y en cualquier momento.

Se sumió en sus pensamientos, para exclamar poco después:

–Un último punto. De Silva se encuentra en España. Estoy seguro de que irá detrás de Fonseca, el obispo de Burgos, hasta la Corte. Allí tendrá una oportunidad de saldar cuentas. Pero apenas podríamos valernos del marido de Catana Pérez para que nos represente ante la Corte... Bien, ¿qué dice de eso?

–Pienso cumplir mi promesa, excelencia –dijo Pedro, apretando sus mandíbulas.

70

No llevó mucho tiempo recobrar el ritmo del ejército. El Herrero resultó un hermoso y buen animal; una armadura, compuesta con piezas de distintas procedencia, completó el equipo necesario para Pedro, y varios días de lucha a través de la calzada lo pusieron de nuevo en condiciones. Sus deberes de ayudante de campo del general lleváronlo también a reuniones con los camaradas a las órdenes de Alvarado, en Tacuba, y de Sandoval, en Tepeyac. Al cabo de una semana sentíase nuevamente cómodo.

Y, sin embargo, no del todo. En un año habían tenido lugar grandes cambios. Inclusive la gente de Narváez resultaban viejos compañeros en comparación con los otros recién llegados de las islas. La compañía original habíase reducido a un círculo estrecho, consciente de sí mismo y exclusivo, admirado pero envidiado. Era agradable, sin duda, ser uno de los *viejos capitanes*; pero la anterior democracia había desaparecido.

Lo mismo que la novedad de la conquista. Lejano parecía el tiempo en que el mundo de los aztecas, con sus ciudades, sus palacios y sus templos, era como un cuento de hadas llevado a la realidad. La guerra había ido reduciéndose simplemente al trabajo. La gente se levantaba regularmente al amanecer, cruzaba la calzada para penetrar cada vez más en la ciudad, protegiendo a los indios aliados mientras éstos procedían con la demolición de nuevas secciones de la ciudad y con el relleno de otros canales; luego llevaban a término alguna acción de retaguardia en tanto el ejército se retiraba al campamento fortificado. En esta época llovía la mayor parte del tiempo. Empapado hasta los huesos y cansado como un leñador, comíase la monótona ración de la tarde, se conversaba sobre la lu-

cha del día para ir a tenderse, finalmente sobre una estera, volviendo a hacer lo mismo a la mañana siguiente.

Día a día ceñíase sobre la ciudad sentenciada la muerte decretada por los españoles, sin que existiese la emoción de la incertidumbre como en los días de antaño. Puesto que los aztecas habían elegido morir más bien que rendirse, todo quedaba reducido a saber en cuánto tiempo serían exterminados por el hambre, la peste y el ataque dentro de sus paredes cada vez más reducidas.

Pero para Pedro, la principal diferencia entre el presente y el pasado radicaba en su separación de Catana y de García. Sus servicios junto al general requerían que viviese en aposentos del fuerte de Xoloc. García hallábase alojado con otros oficiales de menor graduación en una de las chozas de la compañía a lo largo de la calzada; en tanto que Catana compartía una casa medio ruinosa en tierra firme con su antigua camarada, María de Estrada, ya casada con Pedro Farfán. Agregada a otros cambios, semejante separación daba un sentido de extrañeza y de disolución.

Como de costumbre, Cortés demostraba gran actividad. Pedro hubo de pasar tres días con Sandoval en Tepeyac, siendo enviado a visitar a Alvarado apenas estuvo de regreso. Una semana había transcurrido desde la noche en que llegaron y aun no había tenido tiempo de ver a Catana.

Lo mismo que otros conductores eminentes, Cortés creía en la importancia de los pequeños detalles. Podría pensar atrevidamente en grandes proyectos, pero a la vez era maestro en los detalles. El jaque mate al rey dependía a veces del movimiento de un pequeño peón. Habiendo llegado a la conclusión de que el porvenir de Nueva España radicaba en su debida representación en España; convencido de que Pedro de Vargas era el individuo adecuado para ejercerla, no estaba dispuesto a dejar que asunto de tanta monta quedase sujeto a un capricho sentimental de Pedro. Catana Pérez podría no ser sino un átomo en la corriente de fuerzas que hicieran o deshicieran el futuro de la conquista; pero en ese instante era un átomo de mucha importancia.

En consecuencia, una tarde, mientras Pedro se hallaba ausente, envió a Juan Díaz, de su séquito, para que la buscase. Una vez introducida en el gran aposento superior del fuerte y cuando los ayudantes se hubieron retirado, Cortés la estudió con la atención de un artista, en tanto la colmaba de frases lisonjeras.

La muchacha le agradaba físicamente; sus manos eran delgadas pero bien formadas, estando muy de acuerdo con su rostro ovalado. También le gustaba la disposición de sus cabellos, recogidos sobre las orejas en dos trenzas negras. Si la boca era demasiado grande, prestábale carácter y energía, lo mismo que sus ojos negros, dotados de gruesos párpados.

Pero estaba interesado en la mujer psicológicamente, aunque sentíase un poco inseguro en ese terreno. Sabía cuán difícil resulta apartar a una mujer resuelta a un matrimonio brillante, sobre todo si, como en este caso, ella se hallaba enamorada del futuro marido. ¿Cómo afrontar el asunto? La reputación de Catana como mujer de coraje no sugería la intimidación como la mejor técnica, pareciendo igualmente dudoso el soborno, en su imposibilidad de ofrecerle nada mejor que lo que intentaba quitarle. No eran de su agrado otras medidas siniestras, que evitaba siempre que podía. De tal modo, fue tanteando el camino, a la espera de una oportunidad.

Al principio, abrumada por su cortedad y confusa al mismo tiempo en cuanto a las causas de su llamada, mostrose indecisa, hasta que finalmente inquirió:

–Su excelencia, ¿está aquí mi señor De Vargas?

–No, señora. En este momento se encuentra en Tacuba, con el capitán De Alvarado.

–Temía que hubiese ocurrido algún accidente –murmuró ella–; que quizá ésa fuese la razón...

–No, se encuentra en buen estado, y prestando un gran servicio a la compañía. Es un hombre que promete mucho... el capitán De Vargas.

Observó cómo sus mejillas se inflamaban de orgullo y aumentaba el brillo de su mirada. ¡Por Dios! Había descuidado el lado romántico del asunto, olvidando el sacrificio y el desinterés de que la necia juventud es capaz a veces. Era digno de efectuar un sondeo.

–Dígame una cosa, señora –prosiguió, sonriendo de una manera confidencial–: ¿Cuál es su verdadero sentimiento hacia Pedro de Vargas?

–¿Mi verdadero sentimiento, excelencia?

–Sí, vuestra actitud, llámela como quiera.

–Pues lo amo.

–¿Lo ama?

Ella asintió, sin apartar sus ojos de las manos.

–¡Vamos, señora! –rió Cortés–. ¡Cualquier cosa menos eso!

Catana lo miró asombrada; y él aprovechó para exponer su punto de vista.

–Quererlo, sí, lo comprendo... ¿pero amarlo? –La voz del general se hizo elocuente–. El amor, señora, es generoso, se esfuerza por dar y no quita, busca el éxito y la fortuna del ser amado. –Suspiró–. ¡Es raro, ya lo creo que lo es! Pero tal como yo lo advierto, no es lo que usted siente hacia el capitán De Vargas.

–No comprendo a vuestra excelencia –dijo Catana, vacilante.

–Veamos. ¿No es cierto que va a casarse con él?

–Es cierto que él me ha pedido que me case –contestó apenas.

–¡Bah! No vayamos con argucias. Él me ha dicho que va a casarse con usted. Él, un hombre de ilustre ascendencia, de grandes perspectivas, un hombre al que he elegido para que nos represente ante su cesárea majestad, ¿casarse con usted? ¡Arruinar su carrera! ¡Y usted dice que lo ama!

El semblante autoritario de Cortés, pálido por encima de la barba, la intimidó; pero mantuvo su mirada sin vacilar.

–Vuecencia está equivocado al creer que no sé lo que es él y el lugar que me corresponde. ¿Cree que pensaba casarme con él? Moriría antes de lastimarlo. Su excelencia no necesita decirme nada sobre el amor y lo que debo hacer. –Luego, sobrecogida por esa manera de hablar al comandante en jefe, agregó–: Ruego perdón a su excelencia.

Cortés prosiguió mirándola fijamente, aunque su mirada ya no era la misma. Era como un hombre que al levantar el pie para subir un escalón se encuentra con que no existe. Había puesto en juego su estrategia sin necesidad.

–¡H-u-m! –Se repuso–. ¡Hola! De manera que quiere decirme que no piensa casarse con él aunque le insista?

–Ya me he decidido sobre ello hace algún tiempo, su excelencia.

–¿De veras? Bien, está muy bien. Le presento mis excusas, señora. No había esperado encontrar en usted una naturaleza tan... –cambió la palabra fácil por noble–, sí, tan noble y tan sensible. Es cosa que no se encuentra a diario. Supongo que continuará siendo la cara amiga del capitán De Vargas. En ese caso no puedo menos de envidiarlo.

–Excelencia –dijo ella, meneando la cabeza–, mi señor Pedro no lo desea. Considera que no es esa la voluntad de Dios.

–¡Qué cosa! –Cortés levantó las cejas–. Por supuesto, hay que seguir los dictados de nuestra conciencia. Pero lo que él pierda, otro lo ganará. –Llevado de un repentino deseo, se adelantó para tomarle una mano–. Hasta yo, señora, tendría mucho placer en servirla, si tal fuese de su agrado.

–No, yo sería vuestra servidora, excelencia –contestó ella, evadiendo la indirecta del mismo modo que había sido hecha.

Cuando se levantó para retirarse, y mientras se hallaba frente a frente, Cortés sintiose impulsivo por una vez y dijo:

–Por mi conciencia, señora, que es una digna componente de la vieja compañía. Es en usted y en nuestros camaradas en quienes confío. Y usted puede tener confianza en mí. Yo mismo me ocuparé, con la ayuda de Dios, de que ustedes sean dueños de estas tierras, sin que en modo alguno quede excluida. Elegirá su propia encomienda y sus pueblos. Será la fundadora de una ilustre familia de la Nueva España. Se está formando una nueva nobleza aquí. –Habíase detenido, puestos los ojos en el futuro, antes de pronunciar esa frase–: No piense mucho en Pedro de Vargas. Por su sangre y su fortuna, sus lazos se encuentran en el Viejo Mundo; mientras que usted pertenece al Nuevo.

Ella le hizo una reverencia. Ni siquiera Cortés dejó de advertir el vacío que reflejaban sus ojos.

–La honro más, querida, que a la mayor parte de las damas que he conocido –dijo él, llevándose a los labios una de sus manos–. Mucho más –concluyó, con un extraño sentimiento en su voz–. ¡Acompañen a la señora Pérez! –ordenó al sirviente que esperaba abajo, luego de haberle abierto la puerta.

Camino de su casa, Catana advirtió que la puerta que se había estado cerrando, estaba ya asegurada y sellada de un modo oficial e irrevocable.

71

Cuando Pedro hubo regresado de Tacuba, no perdió tiempo en ir a ver a Catana, encontrándose con que se había dirigido hacia los pinares situados más arriba de la casa. Bajo la dirección de María de Estrada, pudo descubrirla apoyada sobre un árbol, fija la mirada en el lejano lago.

Al escuchar la aproximación de unos pasos, la joven se volvió y lanzó una exclamación al verlo, arrojándole los brazos instintivamente al observar en el semblante de él la sonrisa tan familiar.

–¡Querida! ¡Cuánto te he echado de menos! Estos días no he sido más que un volante para el general. ¡Pero por Dios! Ahora me cobraré. Ya está todo arreglado. El padre Olmedo nos casará esta noche.

Ante su sorpresa observó cómo ella dejaba caer los brazos y se volvía sin responder, contemplando al parecer las ruinas de Tenochtitlán, del otro lado del lago.

–No, señor, no quiero casarme con usted.

El asombro eclipsó en Pedro cualquier otro sentimiento. Él no había tomado en serio la demora impuesta por Catana, asumiendo que una vez de vuelta al campamento, el matrimonio sería una conclusión prevista.

–¡Por Dios! ¿Qué sucede para que te niegues?

Mientras luchaba con su debilidad, érale imposible a Catana contestar nada por el momento.

–¿Qué sucede? –repitió él.

De nada serviría referirle la verdad, que no conduciría más que a una discusión. Compenetrada de sus propias limitaciones deseaba abreviar todo lo posible.

–Bien, señor –dijo esforzándose por parecer indiferente–; como dijera Juan García, el amor es una cosa y otra el matrimonio. Más bien guardaría aquí –se llevó la mano al pecho– lo que ha habido entre nosotros que ver cómo se marchita. ¿No le parece?

–Maldito si lo entiendo. No hemos sido únicamente amantes románticos; hemos sido camaradas. Eso es el matrimonio.

–Pero hay otra cosa –prosiguió ella apresuradamente–: No siempre estaremos en el campo. Para marido deseo uno de mi igual; no que sea más ni menos. Lo mismo que por lo tocante a los hijos. Cuando uno va a casarse hay que pensar en esas cosas.

–Pero nunca lo pensaste antes.

–No importa mientras éramos amantes.

–Pero Catana. –El asombro de Pedro había cedido paso, sintiéndose ahora lastimado–. Ya te dije la causa de que no pudiésemos seguir como estábamos. Se lo he referido al padre Olmedo, quien está de acuerdo conmigo. ¿Vamos a negar a Dios?

–No, señor. No podíamos seguir así. –Era un tormento mantener los ojos secos, la garganta clara; resultaba convincente cuando la voz de su conciencia y de su corazón la impulsaban hacia él–. Además, hay también –prosiguió, citando las palabras de Cortés– que quiero permanecer aquí. Me siento como en mi país. Usted tie-

ne que volver allá. No me diga que no, señor. Aquello es lo que le corresponde.

–Me gustaría saber el fondo de todo eso –rezongó, sintiéndose celoso y apretando los puños–. Me dan ganas de darte una zurra y hacerte confesar. Dime una cosa: ¿ha estado algún otro galanteador durante mi ausencia...?

–No.

–Tengo mis dudas. ¿Quién es el otro marido con quien piensas casarte?

–Quizá Juan; o cualquier otro. No lo sé. –No había pensado en ninguno, por lo que tuvo que improvisar.

–¡Juan García! ¿Acaso él...?

–No –interrumpió la otra–, no ha dicho una palabra. Pero me querría por esposa si yo se lo propusiese.

–¡Juan! –repitió Pedro, debatiéndose en la duda.

¿No terminaría de una vez?, preguntóse Catana, incapaz de resistir por más tiempo. Deseaba apoyar su frente sobre el hombro de Pedro y ceder.

El orgullo de Pedro pudo más que nada. Después de todo, él le había tenido fe, estando dispuesto a sacrificarlo todo por ella. Y lo rechazaba. ¿Debería Pedro arrodillarse ante Catana y suplicarle? De ninguna manera.

–¿Es ésa tu respuesta definitiva? –interrogó finalmente–. ¿No cambiarás de opinión?

–No, señor... Ya le he dicho la causa.

–Muy bien. Hágase tu voluntad –dijo, irguiéndose.

Se contemplaron mutuamente a través del pasado que existía entre ambos: era mucho lo que había que decirse y que no podía ser dicho.

–Adiós, Catana.

–Adiós.

Se volvió, descendiendo la colina sin mirar para atrás. Cuando hubo desaparecido, Catana se hundió al pie del árbol, oyendo el ruido de los cascos del caballo, lento al principio, más rápido después y luego más débil cada vez. Le vino a la memoria aquel amanecer en la cabaña de pino dos años atrás, cuando la marcha desde la costa. Los cascos del caballo habían marcado entonces el comienzo, justamente como ahora señalaban el fin. Todo lo que importaba en su vida hallábase unido por un sonido.

Esa noche informó Pedro al general que se hallaba en libertad de representar a la compañía en España, cuando se presentase el momento oportuno.

–¡Magnífico! –aprobó Cortés.

Los rumores sobre la ruptura entre Pedro y Catana produjeron gran agitación en el campamento. Juan García se negó a creerlos cuando llegaron a sus oídos al cabo de una dura jornada de lucha. Abandonando su aposento por la noche, se llegó hasta el fuerte que bloqueaba la calzada, donde Cortés y su estado mayor se hallaban instalados.

–El capitán Pedro de Vargas –dijo al centinela.

Una vez admitido, acompañáronlo hasta el aposento de Pedro, donde hubo de esperar hasta que terminase la cena de oficiales. Aguardó algún tiempo. Cuando Pedro llegó, finalmente, le fue dado advertir una extraña seriedad, mucho más singular cuando habían estado una semana sin verse.

–Vaya compañero, eres un oficial tan importante en estos días, que tengo que atravesar centinelas y paredes para poder verte. Te he echado mucho de menos. ¿Qué tal te va, muchacho?

–Perfectamente. ¿Y a ti?

–Ya lo ves, compañero. Cansado de tanto luchar a diario en esta maldita ciudad. Pero no les queda mucho que resistir a esos bastardos. No les doy más de un mes. Después de eso, por mi honor, que dormiré un mes seguido a pierna suelta.

–Sí, ya va tocando a su fin –asintió Pedro–. Supongo que después te establecerás aquí, tomando algunas tierras, ¿no? –Sus ojos se estrecharon–. ¿Quizás te casarás también?

García advirtió el tono helado de su voz, que siempre había sonado cálida en sus oídos. Pero tragó saliva, mirándolo fijamente.

–Es posible. Creo que sí. Lo mismo que tú, que también te vas a casar. Siempre me figuré que permaneceríamos los tres juntos. Eso me recuerda algunos rumores idiotas sobre ti y Catana que circulan por el campamento. Dicen que habéis roto. Ya sé que será mentira, pero quise decírtelo.

Los ojos de Toro se posaron sobre Pedro, en suspenso. García no pudo evitar que la voz le temblase.

–¿Roto? No –contestó De Vargas–. Seguimos siendo amigos.

–¿*Amigos*, compañero?

Era el momento temido por Pedro, pero lo arrostró más tranquilamente en vista de la referencia de Catana sobre García como probable marido. Una vez más lo venció su orgullo.

–Le pedí que se casara conmigo, pero no accedió –dijo de una manera indiferente.

–¿Quieres decir –el asombro de García se hizo de pronto truculento– que la cosa quedó así no más?

–Ciertamente. ¿Qué más podía hacer?

–Podrías haberla agarrado del cogote y casarte con ella. Ya sabes que eso es lo que desea. ¿Qué razones te dio?

–Excusas –contestó Pedro, con fría indiferencia–. Habló de casarse contigo.

–¿Conmigo? –García se plantó los puños sobre las caderas–. ¡Conmigo! Vamos, mira, muchacho; hablemos claramente; nos conocemos bastante para hacerlo. ¡Excusas! Ese es el término adecuado; porque te quiere tanto, que no desea interponerse en tu camino. Bien que te quiere; tú lo sabes..., ¡y, sin embargo, aceptas las excusas!

–Si quieres que hablemos claro –dijo Pedro, irritado–, te diré que ese asunto no te interesa.

–¿Qué mosca te ha picado?

En la pausa que siguió, el principal esfuerzo de Pedro encaminóse a mantener a raya su conciencia.

–Ninguna, desde luego. Pero hablas como si yo no hubiese cumplido mi palabra para con Catana. Y eso no es cierto. Pregúntale a ella.

–Supongo que tampoco será de mi incumbencia preguntarte qué piensas hacer cuando esto haya terminado. –García consideraba que no merecía la pena discutir la negativa del otro.

–No tengo inconveniente en decírtelo. Iré a España para representar ante la Corte los intereses de la compañía.

–¡Ajá! Algo de eso me había figurado. ¡La señorita Luisa de Carvajal, un gran matrimonio y todas esas viejas zarandajas! Al final han podido más que tú. Durante algún tiempo creí que Catana y el Nuevo Mundo te habían cambiado.

Pedro estimó que era inútil debatir sobre los atractivos de una brillante carrera con gente de tan pocos alcances como García, nacido en el llano y destinado a seguir en el mismo.

–Piénsalo un poco mejor, compañero –prosiguió el hombrón–. No cambies tu vida por el brillo. Aquí en estas tierras tienes cuanto

vale: gente que te aprecia, grandes oportunidades, una empresa maravillosa. Porque, hombre, no estamos sino en los comienzos. Hazte grande en Nueva España, con más leguas de tierra que acres tendrás allá. Convierte a Catana en tu mujer. Ve a buscarla esta noche con el padre Olmedo y cásate con ella. Eso es lo que te aconsejo.

Por un instante Pedro estuvo tentado de estrechar la mano de su amigo, expresándole su conformidad. Quería ver la alegría familiar en los ojos de García, pensando en Catana a la grupa de su caballo, olvidado el enojoso episodio, restaurada otra vez la antigua camaradería y comenzada una nueva página. Pero después de pensarlo nuevamente y enojado por la negativa de Catana, meneó la cabeza.

–No..., escucha, Juan. Si crees que es una empresa insignificante hablar ante su majestad frente a nuestros enemigos, te hallas muy equivocado. En eso no vamos de acuerdo. Yo soy un servidor de Cortés aquí y allá. Y lo que haga allí repercutirá en estas tierras. Quizá volveré algún día... ¡Quién sabe!

–Estábamos hablando sobre Catana.

Pedro sintiose acometido de una cólera repentina. ¿Por qué habría de convertirse en defensor de la muchacha ante él? ¿Qué derecho tenía nadie?...

–Juan, piensas demasiado en ella. Bien, ya es libre.

–Pienso demasiado en ustedes dos –dijo García al cabo de un tiempo, después de haberse encasquetado el casco de acero–. Lo malo es que siempre os llevaré en la imaginación. No tengo la habilidad de desprenderme de mis amistades como si se tratase de una prenda gastada. Quizá tengas razón con tus reyes y tus cortes. Yo no entiendo tales cosas... ¡Buena suerte!

–Muchas gracias por todo, Juan. Puedes maldecirme si alguna vez me olvido de ello... o de ti.

Juan asintió antes de salir.

72

Algunas semanas más tarde, la otrora magnífica Tenochtitlán cayó en manos de Cortés. Era un montón de ruinas, un osario con millares de cadáveres sin enterrar. Su derrumbamiento fue una obra maestra de genio, de coraje y de tesón. Todo el mundo supo que figuraría entre las hazañas guerreras, sintiéndose orgullosos de haber tomado parte en ella. Mala suerte que el valle, antaño reluciente con

sus palacios, sus jardines, sus ciudades y sus templos hubiese sido destrozado, pero así era la guerra.

Los capitanes felicitaron a Cortés, uno a uno, Pedro entre ellos, saludando el término de la conquista. El general no sonreía, retribuyendo los saludos con un movimiento de cabeza, mientras su semblante denotaba seriedad. En el pináculo del éxito, parecía, empero, cansado y macilento a la luz del sol de ese día de agosto. Quizá recordase los esplendores de la ciudad, lo mismo que hacían otros; o es posible que el hedor de los cadáveres insepultos empañase la alegría del triunfo. Tan fétido era el olor, que los españoles hubieron de retirarse de su premio, tan costoso, para dirigirse a Coyoacán, en tierra firme.

–Bueno, amigo mío –comentó Pedro a Sandoval, mientras se retiraban a caballo por la calzada ya tan familiar–, por fin podemos dejar nuestros arneses. El trabajo ya está hecho. Poco pensábamos que la expedición llegase a este resultado cuando avistamos San Juan de Ulúa, ¿verdad? Ha sido un gran éxito, viejo.

–Todo lo que quieras –dijo Sandoval, haciendo un gesto y bromeando con su pronunciado tartamudeo–; pero no me negarás que ese éxito ha olido bastante mal.

Casi en seguida comenzó a diseminarse el ejército, enviándose destacamentos para la exploración de las tierras situadas más allá de México –Michoacán, Oaxaca y en otras direcciones–. La parte épica de la conquista había tocado a su fin, dando comienzo al proceso de limpieza y de colonización. Discutiose sobre Honduras y Guatemala como futuras zonas de invasión, y los capitanes más destacados, como Olid y Alvarado, comenzaron a ocuparse de conseguir éste o aquel comando. Psicológicamente, el ejército se desintegró igualmente, demandando pagas, tierras y el cumplimiento de las pródigas promesas hechas por Cortés.

Desde que esos acontecimientos no le interesaban inmediatamente, Pedro deseaba ardientemente ponerse en camino. La rutina ejecutiva no reemplazaba la antigua aventura; la camaradería más superficial no era suficiente para cubrir el vacío dejado por Catana y García. Los veía de tanto en tanto, por supuesto; pero el interés común había desaparecido y esos encuentros eran caracterizados por una violenta tirantez, imposible de echar a un lado, por lo que, debido a un tácito consentimiento, se hicieron cada vez menos comunes.

Entretanto, los planes para su partida se hallaban en suspenso. Las ruinas de la ciudad no produjeron sino una cantidad insignificante de oro, sin que la tortura de prisioneros como Guatemocín y el jefe de Tacuba agregase mucho más. Por muchos que fuesen los esfuerzos de Cortés y el tesorero de su majestad, Julián de Alderete, llevaría meses reunir fondos dignos del rey, sin tener en cuenta la necesidad de aplacar a los soldados.

Finalmente, Pedro hubo de tocar a su manera el tópico del presente de Coatl.

–¿Cómo no lo declaró antes? –inquirió Cortés ominosamente.

–Esperé el momento oportuno, señor general.

–¿Cuánto es?

Pedro no pudo ser explícito, pues no tuvo ocasión de ver sino apresuradamente y con una luz bastante incierta. Serían algunos millares de pesos.

–Me siento bastante inclinado a confiscarlo todo en beneficio de la corona y de esta compañía, por no haberlo declarado.

Pedro sugirió que el presente le había sido hecho de una manera personal por un cacique independiente de la jurisdicción española, por lo que Cortés habría de hallarse en dificultades legales. Por otra parte, nadie más que Pedro estaba enterado del lugar del tesoro.

–Un toque con la bota o los torniquetes podría procurarnos la información necesaria –dijo Cortés.

–Lo cual no dejaría de ser un error, excelencia. Entonces sabrían otros que el oro se halla disponible. Ahora sólo lo sabemos los dos.

–¡H-u-m! –el general meditaba–. Bien, ¿cuál es su idea?

Comenzaron a regatear de una manera astuta, en forma aguda y realista. Sentados uno a cada lado de la mesa, con los ojos velados, endurecidos los labios y despiertos los sentidos, llegaron a un acuerdo. La compañía no percibiría nada, porque, como Cortés dijo, ojos que no ven, corazón que no siente. En lugar del quinto acostumbrado, su majestad recibiría el doble, a más de la mitad del quinto de Cortés, recibiendo Pedro los dos quintos restantes, en mérito a los gastos y servicios. Puesto que sin él el oro era una cosa remota de todas maneras, su demanda no pareció exagerada. Cortés hubo de ceder, finalmente, sacándose dos ejemplares del convenio, que fueron firmados, asegurándose de tal modo el secreto; porque en nada beneficiaríanse las partes si la compañía llegaba a enterarse de que había sido despojada de su participación.

En conjunto resultó un buen negocio desde el punto de vista de Pedro. Si una cantidad importante de oro hubiera de ser transportada desde Cacahuamilpa hasta la costa, para seguir con ella hasta España, era forzoso hacerlo en cooperación con el general. Mejor trescientos mil pesos (tal la cantidad que se imaginaba Pedro), los cuales lo convertirían en hombre excesivamente rico, que setecientos mil enterrados en una cueva.

Pero más tarde, el general se puso furioso cuando con la ayuda de los cien guerreros zapotecas prestados por Coatl, a los que Pedro convenció para que permaneciesen en el campamento con él, el tesoro fue llevado a Coyoacán.

–Me ha resultado un pillo, hijo Pedro –dijo, no exento de admiración–. Si hubiese conocido la importancia del tesoro, maldito si lo habría dejado llevarse semejante suma. Y ahora que lo he pensado, maldito si lo dejaré. Deme el papel que firmé. Yo seré quien cobre el quinto completo y usted quien dará otro quinto a su majestad.

Pedro declinó respetuosamente. Casualmente, no llevaba consigo el documento, que había sido dejado en custodia. Y resueltamente insistió en que se cumpliesen los términos del compromiso.

–¿Usted *insiste*?

–El trato es trato, señor general.

–¡Dios me asista! –contestó Cortés, apesadumbrado–. ¡Que yo, tan necesitado de dinero, me encuentre rodeado de gente que solamente piensa en él, aun en mi misma compañía! ¡Y que sean aquellos en quienes más confío! ¿Es que no tienen ningún afecto hacia el rey ni hacia mí? ¿Es que incluso un hidalgo ha de aferrarse al oro antes que demostrar lealtad y gratitud?

Pero cuando De Vargas dejó de responder a este llamado sentimental, a no ser por la expresión de su devoción, los ojos de Cortés se iluminaron.

–Bien, hijo mío, que el diablo se lo lleve. Si en el manejo de nuestros asuntos en la Corte emplea la misma habilidad que ha demostrado aquí, nuestros asuntos marcharán perfectamente. Podrá ser un pillo, pero no tiene un pelo de tonto. Y entre ambos prefiero estar representado por uno de los primeros. Promete bastante, hijo mío. Yo mismo no lo habría hecho mejor.

Otras demoras siguieron. Hubo que alistar un barco y elegir el piloto más conveniente, así como la tripulación. El oro, derretido en barras, fue conducido furtivamente a Villa Rica, bajo escolta.

Transcurrió el mes de enero antes de que Pedro se despidiese, finalmente, de Cortés.

Luego de una comida de despedida con los capitanes que aún quedaban en Coyoacán, el general llevó a Pedro a su propia habitación, cerrando la puerta. Había desaparecido el aire jovial de la comida.

–Una última palabra, Pedrito –dijo–. ¿O lo llamaré Daniel?

Va a partir para la cueva del león. No es tarea fácil conducir setecientos mil pesos en oro desde aquí a España. Viaja con la muerte; pero tengo fe en que llegará bien. Ha madurado en los últimos cuatro años, habiendo reunido en ese período músculo y cerebro. A esta altura confío en que sabrá que no hay que tener confianza en ningún hombre. Vigilará ese oro día y noche. Todo depende de él..., quizá mucho más de lo que piensa.

Se detuvo un momento, reflejada en sus ojos la tristeza. Luego prosiguió:

–Este es su problema. Concediendo que haga la travesía con buen tiempo y sin obstáculos por parte de Dios y de los enemigos del rey, llegará, finalmente, a España. ¿Pero será bien recibido, como quien retorna de la conquista de un imperio, con buenas muestras de ello, mediante el oro en barras que lleva para su majestad? De ninguna manera. Dará con sus huesos en la cárcel, a menos que use más ingenio que nuestros primeros embajadores, Montejo y Portocarrero. He oído que perdieron casi hasta la camisa. Como ya sabe, todo barco que zarpe de aquí, se halla sujeto al Consejo de Indias, cuyos empleados se encuentran en todos los puertos. El presidente de dicho Consejo es Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos. Y su eminencia aborrece hasta las entrañas de todo verdadero súbdito de la corona y de España. ¡Que Dios se lo demande!

–Dicen que su hermana va a casarse con el gobernador Velázquez, de Cuba –interrumpió Pedro.

–Ciertamente. Y de ahí que no vea sino por los ojos del gobernador. Para él, usted, yo y todos los de nuestra compañía no son sino endiablados rebeldes. El oro enviado a España ha sido desviado de las manos de su cuñado, y, por tanto, de las de él mismo, ya que su parte habría tenido en el metal. Únase a esto que su pariente, Diego de Silva, estará, sin duda, llenándole los oídos de mentiras contra nosotros, y entonces le pregunto: ¿qué sucedería a su persona y al tesoro si llegasen a caer en sus manos? En cuanto al oro, concedo que su majestad recibiría la mayor parte al final, aunque

ello no nos beneficiaría en nada. En lo que se refiere a usted y a su participación, le invito a que arribe a sus propias conclusiones.

–En ese caso –dijo Pedro, gesticulando–, no volvería a mostrar interés en tesoros terrenales, señor general.

–Exactamente –asintió Cortés–, no por mucho tiempo. Desde el momento que ponga pie en España, hijo mío, tendrá que andar lejos de cualquier prisión cuyas llaves se hallen en manos de Diego de Silva. Empero tendrá que desembarcar, y con algo entre tres y cuatro toneladas de oro. ¿Dónde? ¿Cómo? Veamos lo que he pensado sobre ello.

Sacó su puñal, dibujando con él sobre la mesa un tosco mapa de la costa española.

–Palos –dijo, marcando un golpe–, Sanlúcar, Cádiz. Ahora, observe; el monasterio de La Rábida se encuentra aquí sobre el río Tinto a media legua de Palos. Y, fíjese bien, ésas son las dunas de Arenas Gordas, que se extienden hacia el este, desde aquí hasta Sanlúcar.

–Las conozco bien, señor.

–Muy bien. Entonces ya sabe que no hay una zona más desolada que ésa en España. Mi idea es que considere la oportunidad de llegar allá por la noche. Entonces desembarca el oro más debajo de La Rábida. Ya ha sido colocado en pequeños cofres bastantes fáciles de manejar, con ese fin... A propósito, he oído decir que lleva consigo algunos indios.

–Sí, excelencia, quince de los zapotecas. Tienen curiosidad por cruzar el Agua Grande, como ellos la llaman, y confían en mí. ¿Su excelencia tiene alguna objeción que hacer sobre ello?

–Por el contrario. Serán todo un espectáculo en la Corte. Y tratándose del oro, me resultan de más confianza que los españoles. Desembarcarán juntos, conduciendo el oro hasta La Rábida, donde dejará el perteneciente a su majestad a cargo del superior del monasterio, exigiéndole un recibo firmado y dándole instrucciones de no entregar nada sin orden personal del emperador. Observe que he dicho *personal*. Aquí tiene una carta mía para él, en la que le indico el número. En cuanto a sus propiedades, hijo Pedro, es cosa en la que no debiera entrometerme; pero en vuestro lugar haría que los indios la enterrasen en un lugar bien señalado por usted, pues para conducir a través de España tal cantidad de oro en barras necesítase una escolta que no podrá obtener al principio. Y si deja su oro con el del emperador, le resultará difícil reclamarlo más tarde.

Como de costumbre, Pedro admiró la forma en que su comandante había tenido en cuenta todos los detalles. La imaginación de Cortés adentrábase en el futuro, previendo toda contingencia.

–¿La nave? –preguntó Pedro.

–Recalará al día siguiente en Palos, desembarcando su cargamento, sin que el oro figure en el manifiesto.

–¿Su excelencia ha dado las órdenes necesarias al piloto, Álvarez de Huelva?

–He hecho algo mejor: le he dicho que se atenga a vuestras órdenes, como capitán del barco. He creído conveniente no trabar su libertad de acción en ningún momento. Pero tenga cuidado y no pierda de vista al hombre, ni le diga una palabra sobre el oro que dejará en La Rábida. Es mejor que crea que lo enterrará en las dunas. Se trata del mejor piloto que he podido conseguir, pero los marinos son una clase especial y con frecuencia no hay sino un paso de marino a pirata.

–¿Y después de La Rábida, su excelencia?

–Eso corre de su cuenta. No tengo que darle sino un consejo. No pierda tiempo en el monasterio, sino interponga todas las leguas posibles entre su persona y los puertos bajo el dominio del Consejo de Indias. Vuestro pariente, el duque de Medina Sidonia, será vuestro mejor recurso. Esté seguro de enviar un mensajero a su majestad, previniéndole de vuestro proceder, no sea que malas lenguas se afanen en perjudicarlo. Luego proceda de acuerdo a lo que exijan las circunstancias. Llevará mis cartas no solamente al emperador sino a mis amigos. No le faltará el debido apoyo; pero cuenta con algo mucho mejor: el oro, que habla con la lengua de los ángeles y que engrasa todas las cerraduras. Haga lo que quiera, pero tenga éxito ante su majestad.

Cortés se detuvo, dio una vuelta en ambos sentidos del aposento y luego permaneció parado frente a Pedro. Sus modales eran otros.

–Capitán De Vargas. Usted y todos los demás componentes de la compañía hemos hecho grandes hazañas juntos. Hemos compartido la derrota y el triunfo. El mundo hablará mucho de nuestras guerras, maravillándose de lo mucho que hubieron de conseguir tan sólo unos pocos. No somos santos. Hemos luchado por obtener gloria, poder y provecho; pero no solamente por eso. –El general se detuvo para besar una medalla de la Virgen, pendiente de la cadena de oro alrededor de su cuello–. Me atrevo a decir que también

hemos luchado por Dios y con Dios, puesto que Él nos ha ayudado de manera tan maravillosa, para que la luz del Evangelio pudiese brillar donde antes no había sino tinieblas. Y al mismo tiempo hemos combatido por España. Usted y yo hemos sido compañeros en la lid. Ahora lleva el futuro de la empresa en sus manos.

Pedro creyó advertir que finalmente contemplaba a Cortés en su carácter definitivo. La figura alta y delgada se elevaba majestuosamente.

–De usted depende que nuestra obra se consolide o que sea destrozada por otras manos, resultando inútiles nuestros desvelos. El emperador debe reconocer esta colonia, nombrándome a mí su representante en estas tierras conquistadas por nosotros y no a Velázquez o a cualquier otro. Y no hay vanagloria en mí cuando digo que os he conducido bien y que nadie más que yo puedo llevar a feliz término lo que hemos comenzado, de suerte que nuestros afanes y la muerte de nuestros compañeros no hayan sido en vano. Opino que usted también lo cree así.

–De todo corazón –asintió Pedro.

–En consecuencia, repito que el futuro está en sus manos, capitán De Vargas; un futuro como apenas podemos soñar. ¿Puedo contar con usted?

–Hasta la muerte, mi general. ¡Lo juro! –Profundamente conmovido, habíase llevado a los labios la empuñadura de su espada.

La tarde no era muy avanzada cuando salió vibrante de su entrevista con Cortés. Aún le quedaba despedirse de Catana y de García, lo que no haría sin bastante esfuerzo. Decidido a ello, atravesó las sinuosas calles de Coyoacán en dirección a los aposentos ocupados por Catana con los recién casados, María y Farfán. María respondió a su llamada.

–Pero yo creí que ya sabría, señor capitán.

–¿Qué cosa?

–Que Catana y Juan García partieron hoy con el destacamento que iba hacia el sudeste.

Pedro se quedó helado, transcurriendo un minuto antes de que contestase que no había sabido nada. Su voz era apagada.

–Lo decidieron ayer –explicó María–. Yo creí los habría visto.

Desalentado, regresó a su habitación, después de haber atravesado la guardia de guerreros zapotecas del exterior, tomando asiento silenciosamente en el banco delante de la mesa.

¡Haberse ausentado sin decirle una palabra! Al menos hubieran podido decirle adiós, aunque no hubiese sido una fórmula. Los amigos más indiferentes acostumbraban hacerlo. Pero eso era lo malo: ellos no podrían ser simplemente amigos. De pronto advirtió que ese adiós no habría tenido objeto. Deseábanle suerte y él lo sabía bien.

Molesto por lo que abultaba, extrajo de debajo de su capa las cartas entregadas por Cortés para ser llevadas a España, entreteniéndose en leer los sobres a la humeante luz de la lamparilla: "A su cesárea majestad, Carlos, por la gracia de Dios"... "Al duque de Béjar"... "Al conde de Aguilar"... "Al capitán Martín Cortes de Monroy".

Allí estaba su futuro, la realización de sus esperanzas. ¿Para qué cavilar sobre el pasado? Iba a regresar a España, rico como un grande y a contraer matrimonio con la hija de uno de ellos. Era enviado ante el emperador. Pero en ese instante se sintió singularmente indiferente.

Un trozo de papel doblado sobre la mesa atrajo su atención, estirando el brazo para tomarlo. Al principio no le fue posible interpretar lo escrito en su interior, pues las letras hallábanse a menudo al revés y mal escritas las palabras. Finalmente consiguió leer:

"Adiós, señor. No podía sufrir la despedida y por ello me voy con Juan. ¡Que sea feliz por siempre!"

Observó una mancha redonda sobre el papel, como si fuese una gota de sebo; pero entonces recordó que no había velas en el país. Adivinó de qué se trataba, al pasar el dedo sobre ella.

De repente se le oprimió la garganta. Inclinándose hacia delante, dejó apoyar el rostro sobre los brazos extendidos.

CONCLUSIÓN

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA

73

En agosto de mil quinientos veintidós quizá no hubiese en Europa lugar de más actividad que la plaza de San Pablo, en Valladolid. Iban y venían mensajeros; los lacayos lucían sus libreas; los vistosos trajes de los caballeros flamencos y alemanes se mezclaban con el más sobrio atavío de los grandes y los hidalgos españoles, que no sudaban tanto como aquéllos bajo el fuerte sol del verano en Castilla. Como punto de convergencia de ese torbellino de colores, hallábase el patio concurrido de una espaciosa casa, a la que por cortesía denominábase palacio, en la confluencia de dos calles. Un destacamento de mercenarios alemanes, los famosos *Landsknechte*, con los colores de los Habsburgo, montaban guardia en la puerta. Porque Carlos de Austria, el emperador, había puesto pie nuevamente en España al cabo de una ausencia de tres años, durante la cual la guerra civil había conmovido a las dos Castillas. Eran muchos los asuntos de Estado acumulados a los que había que prestar atención.

La confusión de la plaza y del patio, las voces de las cámaras y antecámaras, iban disminuyendo a medida que se aproximaba uno al salón imperial, en cuya entrada prestaban guardia dos centinelas gigantes que, armados de alabardas, parecían estatuas silenciosas ante la puerta del santuario anterior. Prohibida la entrada para todo el mundo a esa hora, con excepción del Gran Canciller, el aposento destinábase exclusivamente a la consideración de los asuntos de Estado.

Más que nada un buen administrador, a pesar de sus veintidós años, el rubio emperador era activo, diligente y bastante competente. El sobrio esplendor del aposento reflejaba su personalidad, dominante y ansiosa. No era necesario que su canciller italiano, Gattinara, le recordase los asuntos de negocios, pues figuraban los primeros en su diaria lista. Sentado en el severo sillón forrado de tercio-

pelo carmesí, volvíase un ejecutivo de ojos azules clavados en el caballero italiano que se hallaba ante él, reclamando la lista de asuntos a tratar durante la mañana.

Hablaba francés, su lengua nativa, en la cual le respondía el caballero italiano de semblante despierto que lo acompañaba.

–Asuntos de las Comunidades, señor. La voluntad de vuestra majestad con relación a ciertos rebeldes capturados en los últimos desórdenes. Esta es la lista.

–Clemencia –ordenó el emperador, devolviéndosela luego de haberla recorrido rápidamente–. Obtendremos más con las multas que con las ejecuciones. Es dinero lo que necesitamos, no derramamiento de sangre, monseigneur di Gattinara.

Éste asintió, introduciendo en el tintero una pluma y entregándosela al monarca, quien escribió una breve instrucción que firmó después: "Yo soy el rey".

–Sí, dinero –repitió el joven–. Con Solimán y sus turcos en el Este, el corsario Barbarroja al Sur y mi primo el de Francia en el Norte, no podremos armarnos ni demasiado bien ni muy pronto... ¿Las entradas del tesoro?

–Relativamente bien. Pero si vuestra cesárea majestad ha de defender a la cristiandad de los infieles por una parte, y por otra al Milanesado contra Francia, se necesitará mucho más. Como implica vuestra majestad, no debe desdeñarse ninguna fuente de ingresos.

–¿Qué más? –inquirió el emperador, devolviendo el papel a Gattinara.

–Un asunto relativo a vuestras posesiones de ultramar, que hace mucho tiempo que aguarda su decisión. El obispo de Burgos, presidente del Consejo de Indias, ruega que sea resuelto pronto.

–Se refiere a la reclamación del gobernador de Cuba –dijo Carlos rascándose la barbilla mientras rebuscaba en su memoria–; ese nombre siempre se me escapa... Ah, sí, Velázquez... acerca de su jurisdicción sobre las tierras conquistadas en Terra Firme por una expedición enviada por él a las órdenes de... de ¿Hernán Cortés? Una reclamación razonable, según mi entender, Gattinara. Aunque ese hombre Cortés escribe bien y nos ha enviado un apreciable tesoro dos años atrás. Empero, debemos sentir respeto por las leyes y por los representantes reales. –Se detuvo unos instantes–. Pero, *ma foi*, no conozco nada acerca de esas escaramuzas coloniales.

–Precisamente para informar a vuestra majestad sobre el asunto solicita audiencia el obispo de Burgos, junto con su pariente, Diego de Silva, que acaba de regresar de aquellos territorios.

–¿Se refiere –dijo el emperador, cuyos ojos se habían iluminado– a ese hombre capturado por los corsarios antes de su llegada a Cádiz y que se escapó por milagro? Sí, he hablado con él. Nos ha proporcionado informes valiosos sobre Barbarroja y sus moros.

–El mismo, vuestra majestad.

–¿No hay otros asuntos más importantes en qué ocuparse que esa disputa sobre las colonias? –interrogó Carlos, vacilante.

–Estábamos observando, señor, que no habría que desdeñarse ninguna fuente de ingresos; pero si vuestra majestad prefiere...

–¡Oh!, no. Hágalos pasar. De todos modos, habré de recibirlos alguna vez.

Un introductor vestido de negro deslizose por entre los alabarderos alemanes, apagándose el murmullo de voces de la antecámara. Luego los alabarderos presentaron armas y el introductor anunció:

–El señor obispo de Burgos y el señor Diego de Silva.

Luego las puertas se cerraron y los recién llegados avanzaron ceremoniosamente.

Carlos extendió la mano, ante la cual el obispo se inclinó profundamente, mientras De Silva se arrodillaba antes de besarla. El emperador era minucioso en cuestiones de etiqueta, la que, apoyada por la eficiencia, resultaba un buen arma en manos de un buen ejecutivo. Pero no perdió el tiempo en ir al grano.

–Hemos estado considerando con sentimiento –dijo, luchando con su deficiente español y eligiendo las palabras lentamente–, con pesar, la disputa entre vuestros servidores, Diego Velázquez, adelantado de Cuba, y Hernán Cortés, comandante de nuestras fuerzas en la parte de Tierra Firme conocida como Nueva España. El señor obispo, que se halla al frente de los asuntos coloniales, estará informado de los derechos e injusticias de esa cuestión, de modo que podrá informarnos. Puede hablar, pues.

Su mirada fría se posó sobre el clérigo, de pómulos salientes y aspecto obstinado; más tarde volvió a observarlo, después de haber estudiado el semblante suavemente oscuro de De Silva.

–Vuestra cesárea majestad –comenzó el obispo– se refiere a ese Cortés como si se tratase de un leal servidor de la corona. En verdad, me duele ver a vuestra majestad tan mal informado, lo que es exclu-

sivamente culpa mía. *¡Mea culpa¡ ¡Mea culpa!*–Un golpe de pecho bien sonoro acompañó a cada una de esas exclamaciones–. Señor, desgraciadamente, resulta que la verdad es todo lo contrario. Hernán Cortés es un perverso traidor y un villano, un hombre dado a la violencia y sin principios, que, lejos de merecer el título de servidor de vuestra majestad, no hace sino conspirar para establecerse como monarca en las tierras de que tan ilegalmente se ha adueñado.

El obispo se aproximaba, con voz sonora y enojada, lleno de convicción dogmática, moviendo de tanto en tanto la cabeza para uno u otro lado, a manera de énfasis. En el mundo de Fonseca no había tonos grises, sino simplemente el blanco y el negro, principalmente el último. El emperador, con su reserva teutona, y el astuto canciller italiano, palpaban la presencia de un individuo parcial, por lo cual cambiaron una mirada.

–Por supuesto que tendréis pruebas, señor obispo.

–A millares, vuestra majestad.

Fonseca comenzó a enumerarlas. No tuvo que inventar mucho. Era conocido de todos, según dijo, que Velázquez, gobernador de Cuba y celoso del servicio de su majestad, había equipado, gastando una fuerte suma de su peculio particular, una expedición destinada a comerciar y explotar las nuevas tierras recién descubiertas al oeste; que había nombrado a Hernán Cortés capitán general de la expedición; pero sin autorización para colonizar, y que dicho Hernán Cortés había aceptado esas condiciones. Y era de público conocimiento que apenas puesto pie a tierra, el tal Hernán Cortes...

–Ya sé –dijo el emperador, ahogando un bostezo–: formó una colonia. He olvidado su nombre... Villa... tal o cual Vera Cruz. Admito que no cumplió su palabra para con el gobernador. Muy irregular, por cierto.

–Sí, señor. Y luego se jactó abiertamente de que sobornaría a vuestra cesárea majestad –me sonrojo ante semejante blasfemia–, para que pasase por alto, para que se pusiese de acuerdo en esa traición.

–¡Hum! –exclamó Carlos–. ¿Eso dijo? Bien: prosigamos.

–Era sabido por todos –prosiguió Fonseca– que el referido Cortés había hecho hundir las naves, que no eran de su propiedad, para impedir que los leales partidarios de Velázquez retornasen a Cuba. Algunos de ellos habían sido ahorcados o mutilados, y todos los demás obligados por el terror a marchar tierra adentro. Allá, él y sus capitanes distinguiéronse por orgías increíbles de masacre y

de rapiña; una desgracia para España, por no decir también para el nombre cristiano. Pero cuando Diego Velázquez, leal y temeroso de Dios, enviara a Pánfilo de Narváez con mil doscientos hombres para que asegurase los derechos del rey y volviese a la razón a los rebeldes, el mentado Hernán Cortés había caído traicioneramente sobre él durante la noche, haciendo que le sacaran cruelmente un ojo, asesinando a varios de sus hombres y obligando a los demás a que se unieran con él.

–Ese individuo debe ser un monstruo –gruñó Carlos–. ¿Qué más?

El obispo continuó recorriendo arriba y abajo la escala completa de los siete pecados capitales; pero cuando describió el tesoro real, varios centenares de miles de pesos en oro, desaparecido durante la *noche triste*, y que muchos creyeron que había sido distraido por el general para sus propios fines, los ojos imperiales endureciéronse, al punto de parecer de acero azul.

–¿Ha dicho setecientos mil pesos oro?

–Nada menos, señor.

–Ajá... Bueno, ¿qué más?

Fonseca fue llegando gradualmente a la conclusión.

–Y ahora, vuestra majestad, después de haber perdido esa tierra y un tesoro, prosigue una lucha desesperada, conduciendo a sus hombres a una muerte segura, porque teme en justicia cumplir la pena que corresponde a sus crímenes. Señor, solicito un desagravio para Diego de Velázquez y que le otorguen plenos poderes en Nueva España.

–Lo tendrá –asintió Carlos–. De ser cierto, jamás he oído una historia tan terrible.

–Es cierto, vuestra majestad.

–¿No se rumorea –terció Arbori di Gattinara– mi señor obispo, que vuestra hermana va a contraer matrimonio con Diego de Velázquez?

–Si quiere decir –el obispo le había echado una mirada furibunda– que yo, que he gobernado durante treinta años los asuntos de las Indias; que los he promovido y apoyado; que he construído un imperio donde ninguno existía...; que yo, obispo de la Iglesia, estoy mintiendo a causa de mi hermana... Vuestra majestad, ahora soy yo quien solicita ser desagraviado.

–Mi buen señor obispo –sonrió Carlos–, tenga un poco de paciencia. No hay ninguna implicación. Mi señor canciller hizo una

pregunta así, nada más. ¿Bien, señor? –sus ojos se posaron en Diego de Silva, que se había hincado graciosamente sobre una rodilla.

–Una palabra, vuestra majestad –replicó De Silva, con voz melosa–. El obispo de Burgos ha hablado basándose en informes escritos y en el testimonio de testigos dignos de crédito. Habla con justa indignación. Pero concédame vuestra majestad la gracia de escucharme a mí, que he visto con mis propios ojos los crímenes de Hernán Cortés y de sus capitanes. No estoy poseído de ningún prejuicio, señor, y puede creerme un simple caballero que trató de servir a España en el Nuevo Mundo y cuyo corazón solamente alienta para servir a vuestra majestad. ¡Ay de mí! ¿Cómo habría yo abandonado a Hernán Cortés si hubiese sido posible servir más tiempo a vuestra cesárea majestad bajo sus órdenes?

–¿Y cómo es –inquirió Carlos, bastante razonablemente– que le ha permitido abandonarlo? Un villano tan despiadado como lo pintan, habríase inclinado a impedirlo... Puede levantarse, señor.

–Nada escapa a la penetración de vuestra majestad –prosiguió luego de haberse levantado, con tanta gracia como se había arrodillado–. En verdad, señor, Cortés lo habría impedido de haberse presentado la oportunidad; pero es un matasiete con pies de arcilla. Yo me había ganado el favor de la compañía, es decir, de la gente de Pánfilo de Narváez, con la que llegara desde Cuba. Prometiles hacer llegar hasta vuestra majestad todas las quejas y las intolerables injusticias, de manera que, si era demasiado tarde para repararlas, ¡pobres pecadores!, creo que la mayor parte ya se hallará sin vida, cuando menos pudiesen ser vengados. Si Cortés se hubiese negado a dejarme partir, es seguro que se hubiesen originado más dificultades de las que él podía resolver.

Al observar la temeridad reflejada en los ojos negros del otro, Carlos comprendió que De Silva hubiese adquirido ascendiente entre los soldados. El emperador, que también era soldado, observó con aprobación su cuerpo, hermosamente proporcionado, que sugería esfuerzo incansable.

–Ya veo –asintió–. Y entiendo, señor De Silva, que corrobora las manifestaciones del reverendo obispo de Burgos.

–En todas sus partes, vuestra majestad, con esta excepción general. Como cristiano, se ha mantenido muy lejos de la verdad. Ha vacilado en ofender la nobleza de vuestros sentimientos imperiales con detalles demasiado groseros para ser referidos. ¿Qué si hubiese manifestado que el propio Cortés estimula a sus aliados indios para

que devoren carne humana? ¿Y si hubiese descrito la horrenda matanza de centenares de príncipes aztecas cometida por sus favoritos, Pedro de Alvarado y Pedro de Vargas? Una masacre incitada simplemente por el grosero apetito del oro, que fue arrancado de los cuerpos agonizantes de las víctimas. ¿Y la tortura infligida al gran Moctezuma? ¿O si hubiese detallado los sufrimientos de los prisioneros de guerra, hombres, mujeres y niños, marcados con hierros candentes, divididos entre los libertos oficiales y esclavizados, contrariamente a los edictos de vuestra majestad? Señor, estoy horrorizado, y no se apartan de mi imaginación las cosas que allí he visto.

Se detuvo para contemplar fijamente el suelo, dejando que su boca expresase horror y disgusto.

El emperador hizo un leve gesto de repulsión; pero el canciller Gattinara preguntó:

–Sin embargo, señor, los enviados de Cortés, Montejo y Portocarrero, actualmente en Valladolid, son hombres bien nacidos y de elevada reputación. Y jamás hicieron la más leve insinuación sobre tales atrocidades.

–Por supuesto que no –convino De Silva–. En primer lugar, abandonaron Nueva España antes de que aconteciesen esas cosas. Por otra parte, es un don de Hernán Cortés ocultar esas cosas so pretexto de conveniencia. Es astuto como Satanás, mi señor canciller... Satanás, a quien se parece en muchos modos... Tomemos, por ejemplo, su hostilidad contra la Iglesia, no del todo oculta. Hallábase en nuestra compañía un santo dominico, inquisidor del Santo Oficio, el padre Ignacio de Lora. Cortés intentó su asesinato a manos de un rufián, un tal Juan García, que, obsérvese bien, quedó sin castigo, aunque estuvo a punto de quitar la vida al reverendo sacerdote. Después, al haber fracasado, permitió que el padre De Lora cayese en manos de los indios aztecas la noche de la retirada. Hemos sabido de su muerte en el altar del sacrificio, mártir de la fe. Y Cortés sonrió al enterarse.

–¡Puf! –exclamó el emperador–. Pero espere, me parece recordar ese nombre. Sí, ¡en verdad! ¿No era el inquisidor que condenó al muy noble capitán don Francisco de Vargas en aquel asunto sobre el cual Su Santidad, el finado Papa, se interesó en persona? Recuerdo igualmente que el duque de Medina Sidonia... Sí, Ignacio de Lora..., ése es el nombre. Me place que la Suprema estimase adecuado declarar inocente a don Francisco y restituirle todas sus propiedades.

De Silva se mordió los labios. Eso era como haberle arrojado agua fría sobre la cabeza, y lamentó haber tocado ese asunto. Esperaba que la memoria del emperador no llegase al extremo de abarcar su persona; pero no fue así.

–¡Por la misa! –exclamó Carlos, prosiguiendo–. No hacía sino pensar dónde había visto vuestro nombre antes. Estaba envuelto en el mismo asunto. ¿No fuisteis uno de los que denunció al muy noble capitán?

–Sí. Y ahora recuerdo que fue una de las razones invocadas para la disolución de vuestro matrimonio con doña Luisa de Carvajal –dijo Gattinara, con voz amable–. ¿No es cierto?

–¡H-u-m! –agregó el emperador–. Ha nombrado a un Pedro de Vargas como favorito de Cortés. ¿Es por casualidad pariente de don Francisco?

En ese momento crítico, De Silva estuvo a la altura de sus merecimientos. Un artista de peores dotes que las suyas se habría sentido conmovido; pero él no. El obispo de Burgos hubo de admitir más tarde que nunca había visto mayor desenvoltura.

–Es su hijo, vuestra majestad –contestó. Luego se encogió de hombros antes de proseguir–. Sí, fue la gran desgracia de mi vida que denunciara a Francisco Vargas ante el Santo Oficio. Es cierto que lo oí pronunciar las más atroces blasfemias, considerando que era mi obligación dar parte, en mi condición de miembro de la *Miliz Christi*.

Pero puesto que Su Santidad el finado Papa y la Suprema lo han declarado inocente, está bien evidente mi equivocación, señor. No soy grande de España, como el marqués de Carvajal, y no pude defenderme en Roma para oponerme a la disolución del matrimonio. Como hijo leal y obediente de la Iglesia, no puedo menos que besar el crucifijo, como hago con los pies de vuestra majestad, solicitando humildemente que me sean perdonados mis pecados. Esos revelan la franca falta de discreción del soldado; pero no, créame, señor, falta de honor o de religión.

El tiempo llegaría cuando Carlos de Austria no aceptara semejantes declaraciones por el valor de sus palabras. Pero aún era lo suficientemente joven y generoso para sentirse impresionado por el tono de la voz De Silva. En tanto Gattinara aspiraba cínicamente su poma, el emperador tendió la mano.

–Lo creo, señor. Vuestra arrojada conducta en el asunto de los corsarios sería suficiente para convencerme, aparte de vuestra apa-

riencia personal. No se piense más en ello... ¿No hay otros detalles que desee agregar al testimonio en contra de ese Cortés?

–Desearia que el obispo de Burgos hablase de un asunto sobre el cual pudiera creerse que siento prejuicios, ya que se refiere a Pedro de Vargas –dijo, después de haber vacilado.

–Lo cual haré con mucho placer –manifestó Fonseca, sacudiendo la cabeza–. Ese joven, no importa lo que su padre sea, resulta un consumado pillastre, digno alumno de su maestro.

–Me duele oírlo –murmuró Carlos, influído una vez más, inconscientemente, por la truculencia del otro–. ¿Qué ha hecho?

–Vuestra majestad. He de citar esto como ejemplo definitivo y concluyente de la villanía de Cortés, puesto que este joven lamentable ha obrado de acuerdo con las órdenes de su superior. Por otra parte, se trata de algo que concierne a vuestra majestad.

–Bien. Vayamos al asunto.

Pero a medida que Fonseca avanzaba en su relato, la impaciencia del emperador se cambiaba en sombría atención.

–Señor, la llamada colonia de Villa Rica envió a ese titulado capitán de Vargas a España con otro soborno para vuestra majestad. Entiendo que se trata de varios centenares de miles de pesos de oro. Además de la tripulación traía a sus órdenes un pelotón de salvajes paganos. Llegado a Santa María de la Rábida, más abajo de Palos, dicho Pedro de Vargas bajó a tierra con el tesoro, escondiéndolo no lejos del monasterio, con ánimo de defraudar, no solamente a vuestra majestad, sino a la titulada colonia representada por él. Y eso lo ha llevado a término visiblemente, en interés de su persona y de Cortés, que era, sin duda, cómplice en la acción. Afortunadamente, el piloto Álvarez y otros miembros de la tripulación lo han denunciado a los funcionarios, con la esperanza de obtener una recompensa. De lo contrario, no hubiéramos tenido la menor noticia.

–¡Espere! –dijo el emperador, muy interesado–. Un poco más despacio, señor obispo. No sigo el español tan fácilmente. Dijo que ese oro montaba a...

–Centenares de miles, señor.

–¿Cómo lo sabe?

–Si vuestra majestad me permite explicarle...

–Muy bien; pero despacio. –Luego el emperador agregó, aunque sin intención de relacionarlo con los cargos anteriores contra Cortés–: ¡Esto es importante!

Una vez más Fonseca relató la llegada y la salida del buque con especial referencia al tesoro, volviéndose de tanto en tanto hacia Silva en demanda de confirmación, puesto que parecía que el último acababa de regresar de Palos, después de haber investigado el asunto.

El emperador se ponía cada vez más sombrío.

–*¡Mille tonnerres!* –estalló, finalmente–. He oído de acciones descaradas, pero nunca como ésta. Vuelvo a preguntarle cómo ha sabido a cuánto monta el tesoro. Ese piloto Álvarez, señor De Silva, y la tripulación del buque, de quienes ha recibido testimonio, no podrían conocerlo.

–Pero sí, señor, lo sabían por haber visto a bordo muchos cofres de un quintal conteniendo oro. El mismo Cortés convino con el piloto Álvarez en que ayudase a De Vargas en el despojo, prestándole ayuda para descargarlo cerca de La Rábida. Álvarez tendría que anclar después en Palos para descargar el resto de las mercancías, sin mencionar para nada el oro.

–Sin embargo, tiene que haber alguna explicación –refutó el emperador–. Si el oro venía destinado a mi persona, De Vargas tiene que haber enviado un mensajero. Hasta es posible que él venga personalmente. ¿Cuándo desembarcó?

–Hace dos semanas, vuestra majestad. ¿Ha llegado algún mensajero? Por otra parte, existe otro acontecimiento más serio que evidencia su culpabilidad sin lugar a dudas.

–¿Más serio?

–Vuestra majestad apenas lo creería –De Silva había bajado la vista al suelo–. No mucho después, De Vargas volvió sin ocultarse para nada a La Rábida, escoltado por cien hombres de armas pertenecientes al duque de Medina Sidonia, desplegado el estandarte de los Guzmán y a las órdenes del propio abanderado del duque. Los funcionarios del puerto no pudieron hacer nada, como tampoco los del Consejo de Indias. Allí, bien a la vista de varios de ellos, De Vargas hizo desenterrar de los bosques cercanos a La Rábida diez o más de esos cofres, partiendo con ellos cargados sobre mulas. Cuando uno de los funcionarios, arriesgando su vida, les ordenó detenerse, dijo que eran de su propiedad particular, que vuestra majestad no tenía parte en ellos y que lo dejase en paz.

–¿Es ese duque rebelde, mi señor canciller? –Carlos se había vuelto hacia Gattinara–. ¿No permaneció leal durante las últimas

revueltas y le hemos recompensado devolviéndole los castillos de Niebla, Huelva y Sanlúcar?

Gattinara sacudió la cabeza de manera que no comprometiera su juicio.

–¿Dónde se encuentra el pirata De Vargas entretanto? –preguntó el emperador irritado–. ¿Nadie ha sido capaz de ponerle la mano encima?

–Es difícil detener a un hombre que goza de la protección de su excelencia don Juan Alonso –dijo De Silva, meneando la cabeza–. ¿Quién cumplimentaría la orden? ¿Quién tiene autoridad? No, señor. Él se jacta abiertamente. Se dice que va hacia Jaén, donde su padre es alcalde. Viaja como un conquistador, con su escolta de veinticinco hombres y los indios con sus plumas de guerra, en tanto los pueblos contemplan su paso con la boca abierta.

–¿Lleva el oro, consigo?

–Probablemente, señor.

–¿Y me pregunta quién tiene autoridad en este país? –Eran raras las ocasiones en que Carlos de Austria perdía los estribos, pero en esta oportunidad hubo de saltar–. Monseigneur di Gattinara, extienda una orden imperial de arresto contra ese hombre, en virtud de alta traición. Envíe al capitán Claros de Paz con fuerzas suficientes a Jaén. ¡Y que muera el duque, alcalde o pirata que se resista! Que sea conducido el detenido inmediatamente a mi presencia, pues seré yo quien lo interrogue. Estoy ansioso por conocer al rufián. ¿Apostarán a que recuperaremos lo que ha robado antes que pierda la cabeza?

Cegado por el furor, el emperador no pudo observar la expresión del semblante de De Silva; pero Gattinara sí lo vio.

–Señor, solicito de nuevo, en nombre de Diego de Velázquez... –terció el obispo de Burgos.

–No tiene nada que pedir. ¿No es ya adelantado? ¿No estáis al frente de los asuntos de las Indias? Haga, por todos los medios, que Nueva España pase a manos de Velázquez, que, sin duda, lo merece, en comparación con ese bandido de Cortés. Dé las órdenes inmediatamente.

–¿Firmará vuestra majestad el edicto?

–Cuando le plazca.

–Si se me permite aconsejar –terció Gattinara–. Creo que sería mejor esperar hasta que se haya interrogado a Pedro de Vargas. Es cuestión de unos días solamente.

–¿Por qué? –preguntó Carlos, acremente.

–Por precaución, vuestra majestad.

–Bien... –el emperador vaciló–. Cúmplase vuestro deseo. No puede haber duda en cuanto al resultado.

Gattinara llevóse la poma a la nariz, aspirando pensativamente. El obispo lo miraba, encolerizado, sin dejar de menear la cabeza.

74

Esa noche de agosto, el palacio de Carvajal relucía con más velas y antorchas de las que habían alumbrado a través de sus macizos enrejados durante mucho tiempo. El viejo mayordomo, Julio Brica, con su nueva insignia de mando y su flamante y estirado traje de terciopelo negro, dirigía una cantidad de sirvientes que había sido reforzada para la ocasión, ataviados con primorosas libreas. Calculaba que el gasto en ropas y en cera no bajaría de los quinientos pesos. ¡Pero qué era esa suma ahora!

Después de haber dejado instalado un lacayo junto al postigo enrejado del portón principal, le dio instrucciones de que no dejase de observar atentamente.

–Tan pronto veas las antorchas de nuestros nobles huéspedes, pasarás la voz. En seguida vosotros, Juan y Nicolás, os cogeréis fuertemente de las argollas del portón. Los demás –prosiguió Brica–, se alinearán a lo largo de las escaleras que conducen al corredor principal, diez de cada lado, y en el orden que les he enseñado. ¿Está claro? ¡Bien! No hay que cometer errores, fíjense bien. Hay que obrar con gracia en los movimientos. Entretanto, tú, el del postigo, no dejes de vigilar. Tan pronto como el excelentísimo señor alcalde, doña María y el capitán de Vargas desciendan del carruaje y se hallen a punto de llegar a la puerta, te echarás hacia atrás. En el mismo instante, vosotros, Juan y Nicolás, abriréis. ¡Pero despacio! Repito que despacio, sin dar tirones. Debe ser como si nuestras puertas rindiesen homenaje a sus excelencias, de modo que no hallen obstáculos cuando lleguen al umbral. Entonces, ¡por Dios!, inclínense. –Brica echó una mirada fulminante a sus discípulos–. Metan bien adentro la barriga. Recuerden la honra de nuestro amo. Que la espalda de cada uno forme ángulo recto con las piernas. Mantengan esa posición en tanto sus excelencias suben la escalinata para ser saludados por su magnificencia. Tenemos tiempo para practicar una vez más. Perfeccionémonos.

Mientras proseguía el ansioso ensayo de Brica, el marqués de Carvajal dejaba transcurrir el tiempo en su gabinete del piso inferior, esperando la llegada de sus huéspedes con agradable expectación. Como todos los demás, hallábase vestido para la ocasión, pero con un esplendor adecuado para su rango. Las enormes mangas de raso de su reducida capa crujían de tan tiesas como estaban. Sus adornos eran de oro y la capa misma se hallaba orillada de costosas pieles. En sus dedos lucía un pesado anillo de ónix, en tanto que la cruz de Santiago pendía al extremo de una fuerte cadena de oro sobre el pecho. Sus zapatos de terciopelo, excesivamente anchos en la puntera, tenían igualmente una presilla de oro y una hebilla de diamantes. Su barba, otrora abandonada por las desgracias de los tres últimos años, aunque más agrisada ahora, había recuperado su apresto, confiriendo, finalmente, un aspecto patricio a su rostro.

Sintiose satisfecho al contemplarse en el gran espejo veneciano, considerando que vivía de acuerdo con su rango. Después de haber dado al sombrero de plumas, de anchas alas, una inclinación algo más arrogante, recorrió la habitación de un lado para otro, acariciando los diversos objetos de arte, aunque realmente perdido en alegre meditación.

Diversos pensamientos, todos de color de rosa, atravesaron su imaginación. Luisa se comprometía esa noche con Pedro de Vargas, uno de los hombres más ricos de España. Su fortuna era de trescientos mil pesos, había dicho don Francisco, y la palabra del alcalde merecía confianza.

¡Trescientos mil pesos en oro! ¡Cáspita! ¿Qué grande de España era capaz de tener un cuarto de tan grande suma? Y el matrimonio, cuando Pedro regresase triunfante y lleno de honores de la Corte. El mismo marqués al lado derecho del altar, el obispo consagrando la ceremonia, la nobleza de la provincia llenando la nave. Su imaginación se remontaba.

Tan impresionado se hallaba el marqués por la riqueza y las perspectivas de Pedro, que ofreciOse en seguida a utilizar toda su influencia con la Corte en beneficio del pleito de Cortés ante el emperador. Inclusive habíase propuesto acompañarlo en su viaje al norte, hasta Valladolid, concediéndole el peso de su apoyo personal. En su agradable sueño, el marqués representábase el triunfo de Pedro, que habría de compartir. Y no sería demasiado esperar que el rey recompensase sus méritos con otro feudo.

Un sereno cantó la hora a lo lejos, advirtiendo entonces que sus huéspedes no tardarían en llegar. Pedro había hecho su entrada en la ciudad el día anterior, siendo recibido a alguna distancia, en el camino de Sevilla, por su padre, el marqués y una veintena de caballeros más; pero aún no había visto a Luisa, debido a lo cual ningún extraño hubo de ser invitado a presenciar el compromiso. Era una buena política, reflexionaba el marqués, asegurar a Pedro antes de que un partido tan bueno se ausentase para la Corte.

A propósito de Luisa, preguntábase dónde diablos se hallaba, pues ya era hora de que estuviera en la planta baja preparada.

–Si esa majadera –pensaba enojado– obra con coquetería haciendo esperar a sus excelencias, le aplicaré unos buenos latigazos en la espalda, aunque ello constituya el último acto de mi vida.

Dio un soberbio tirón de la campanilla, acudiendo un sirviente, que fue enviado a decir a doña Antonia que las esperaba inmediatamente. Luego, por supuesto, prosiguió esperando y murmurando.

Pero esa vez por lo menos pudo haberse ahorrado sus inquietudes. Porque si en el postigo del portón había sido colocado una especie de vigía, una mujer cansada llenaba el mismo oficio en el mirador. Luisa no tenía intención de bajar demasiado pronto, aunque de ninguna manera habría de desperdiciar el momento de hallarse junto a su padre en lo alto de las escaleras cuando Pedro entrase.

Entretanto, daba los últimos toques a sus encantos.

–¿Era agua de rosas o agua de azahar lo que usó entonces? –inquirió la señora Hernández.

–Creo que azahar, prima. ¿Pero qué diferencia hay?

–Una y bien grande. Me sorprende que no lo sepa. Ya ve, hay gente que asocia ciertos perfumes con determinadas horas y personas. ¿Al penetrar en una iglesia no sería capaz de advertir que no oliese a incienso? Suponga que Alonso de Ponce se olvidase del jacinto. ¿No parecería diferente? Pues así es todo. Si vuestro perfume era de rosa o de azahar la noche que dio a besar su mano al joven De Vargas, y si el pañuelo que le entregó olía lo mismo, ése es vuestro perfume para él. Es el que esperará ahora. No quiero decir que piense en él, querida. Pero si usa otro perfume, echará alguna cosa de menos.

–¡Dios nos asista! –exclamó Luisa, frunciendo el entrecejo–. No puedo recordarlo. –Recurrió a su sirvienta–. ¿Te acuerdas, Sanchita?

–Creo que era de rosa, su señoría.

–¿Por qué?

–Porque su señoría me regaló el frasco, medio lleno, aquel mismo día.

–Creo que tienes razón. Por ese tiempo usé mucho el agua de rosas. Estaba por decidirme por el agua de azahar. Pero si llegaras a estar equivocada, mozuela –los ojos de Luisa se endurecieron–. Bueno, tráeme un frasco de agua de rosas.

Se aplicó unos toques por el cuerpo.

–Un poco más en el cuello y en el pecho –aconsejó Antonia–. Por supuesto que los dejaré solos. Ya verá que no es tan tímido como la otra vez.

Luisa sonrió, mientras efectuaba las adiciones necesarias. Al contemplarse en el espejo su semblante se volvió más pálido.

–Ojalá no estuviese tan gruesa. Hablará todo lo que quiera acerca de perfumes, prima, pero él advertirá la diferencia –dijo, mientras tocaba con el dedo una invisible arruga en su garganta–. Me he puesto tan vieja...

–Querida, está perfectamente –repuso la dueña–. Si deja que Sanchita le de otro tirón de los lazos del corsé, será tan esbelta como cuando tenía dieciséis años. ¡Por Dios! ¡Miren que llamarse vieja a los veinte! Pero puede aguantar otro tironcito más.

Obediente, Luisa se aferró a una de las columnas de la cama, mientras la doncella desataba los cordones para volver a tirar de ellos con toda su fuerza, apoyando firmemente la rodilla en la parte posterior de su ama. Un ligero abultamiento, nada que mereciera la pena mencionar, asomaba por arriba y debajo de las varillas de madera del corsé. Luisa abrió la boca en demanda de aliento, pero una pulgada había sido ganada.

–¡Magnífico! –exclamó doña Antonia–. ¡Ahora diga que ha engordado! No, primita, está perfectamente bien, créame. Los soldados como el capitán De Vargas no son partidarios de tener en el lecho un montón de huesos. Y qué piel, ¡válgame Dios! Si parece seda. Ya está, amor mío –dijo, después de haberle sacado de una de las cejas un cabello que conspiraba contra lo delicado de su arco, valiéndose de una pinza.

Una voluminosa enagua, llena de volantes, que alcanzaba hasta el suelo, fue pasada por sobre la cabeza de Luisa, seguida de un vestido igualmente largo y amplio, de brocado de oro y carmesí, cuyo corpiño se ajustaba alrededor del corsé, abrochándose al frente con botones de oro. El cabello, negro y rizado, quedaba sujeto por una redecilla de granates y topacios. Fue engalanada con otros zarcillos

y adornos de piedras preciosas mientras una gota de belladona ensanchaba sus ojos hasta convertirlos en dos negras lagunas.

–Querida, está encantadora –exclamó la señora Hernández, entusiasmada–. La besaría si no fuese por los polvos. Y ahora que venga el valeroso caballero. Si no cae a sus pies con este vestido, será porque está ciego. ¡Hermosa!

–Sí, este vestido está muy bien –convino Luisa, después de haberse mirado otra vez al espejo–. Quiero que me ame. Me impacienta esperar... Dolores –llamó a la chica, que se hallaba en la ventana–, ¿no se ve ninguna luz aún? Dígame otra vez cómo estaba él. ¿Elegante, dijo?

Doña Antonia había estado esa mañana presenciando la entrada de Pedro en la ciudad, viniendo luego a comunicar sus impresiones. Desde la ventana del comerciante en paños había podido verlo todo perfectamente.

–Sí –asintió–, es decir, desde el punto de vista varonil. Por supuesto, no se parece en nada a Alonso de Ponce. Aparenta más edad de la que en realidad tiene. Está un poco endurecido. Tiene verdadero aspecto de noble y de capitán. Ya no es más aquel muchacho.

–Era un lindo mancebo –reflexionó Luisa–. Más bien me asusta un poco su relato.

–No, nada de eso; pero, francamente, primita, no creo que sea hombre con quien se pueda jugar. Hay una cosa que he observado. Tiene la boca grande, ya recordará, y una amplia sonrisa. Venía a caballo lentamente, a consecuencia del gentío; todo el mundo vitoreaba; y él, de tanto en tanto, lanzaba al aire un puñado de dinero, sonriendo. Pero no sonreían sus ojos. Miró hacia donde yo me encontraba y pude verlos... algo así como distantes, indiferentes. Quizá estuviese cansado.

–Espero que Alonso de Ponce se conduzca como es debido –dijo Luisa–. ¿Qué importa que haya sido mi galán? Un caballero debe saber cuándo ha de retirarse.

–Yo no me preocuparía. –A Antonia le bailaban los ojos–. No querrá perder su preciosa vida. El capitán De Vargas sabrá cómo proteger a su novia para que nadie la moleste.

–Sí –murmuró Luisa–; pero quizá... –Se detuvo al ver a la sirvienta.

–¡Bah! –rió la dueña–. No en balde ha crecido. Aunque llegase a oídos de él, no pensaría sino en ciertos galanteos, con tal que todo haya terminado. Y será capaz de atravesar con su espada a quien

se atreva a insinuar que no es tan casta como Diana. Pero, pregunto –agregó, cambiando de tema–: ¿qué anillo de compromiso le dará? ¿Será de los corrientes?

–Lo mismo pienso yo. –Luisa olvidó a Ponce–. Debe ser muy rico. Supongo que dará parte del oro a su padre. –Luisa era muy parecida al marqués para no lamentarlo–. A pesar de todo, aun creo que es muy rico, pues si no papá...

–¡Luces! ¡Antorchas! –gritó la muchacha apostada en la ventana del mirador–. Ya vienen, su señoría.

Se produjo un gran alboroto. Luisa y Antonia abandonaron la habitación, descendiendo la escalera, donde tropezaron con un segundo mensajero del frenético marqués.

Empero, no había tiempo para sermones. Con la sonrisa largamente ensayada en sus labios y Luisa apoyada en su brazo, el marqués de Carvajal ocupó su lugar en lo alto de la escalera principal. El vigía del postigo se echó hacia atrás; Nicolás y Juan asieron fuertemente las argollas; los lacayos alinéaronse a ambos lados de la escalera, listos para hacer una profunda reverencia; abriéronse las puertas poco a poco, luciendo detrás de ellas numerosas antorchas. Penetraron después las esperadas figuras: doña María, gruesa y magnífica, apoyada contra la caballerosa delgadez del alcalde; detrás de ambos un curtido caballero, magníficamente ataviado, junto a un sacerdote, que sería testigo del compromiso; por último, varios sirvientes, entre los cuales se contaban un par de indios de elevada estatura y horriblemente adornados con plumas.

–¡Vamos! ¡Ahora! –indicó Julio Brica.

A no ser por una torpe espalda, sobre la cual el mayordomo experimentó grandes deseos de descargar su vara de mando, el personal hizo honor al palacio de los Carvajal.

75

Pero en Pedro de Vargas las filas de sirvientes inclinados no hicieron sino vaga impresión. Movíase en una curiosa irrealidad que unía al pasado y al presente. Era él el mozo que cuatro años antes buscaba en la casa un refugio que le había sido negado, el fugitivo que otrora soñara con tal recibimiento como el colmo del deseo. Era el hombre, rico y festejado, vuelto en triunfo y que dejaba pequeño cuanto hubiese ansiado. Por un momento se mezclaron las diversas fases. El sueño, aunque realizado por completo, seguía pareciéndolo.

En tanto subía las amplias escaleras no apartaba sus ojos de Luisa. Había esperado alguna desilusión, temeroso de que su memoria la hubiese idealizado. Pero no. De pie, vestida de oro y carmesí, parecía más hermosa de lo que su imaginación la recordaba, reina quizá más bien que princesa, pero más atrayente en su madurez. Una vez más la realidad dejaba muy atrás a la imaginación.

Desde el rellano, una vez que fue recibida doña María, correspondió a la reverencia de Luisa con una inclinación tan profunda como si se tratase de una emperatriz, inclinación realzada por el traje comprado recientemente en Sevilla. Más tarde arrodillose, llevando a sus labios la mano de la joven.

–Ya ve cómo he cumplido mi promesa, señora.

Una vez de pie, se inclinó ante doña Antonia, cayendo después en los brazos afectuosos del marqués.

Fue una escena impecable, que Julio Brica consideraba muy adecuada para la ocasión, desde el fondo del lugar.

–A fe mía, mi señora, que se halla tan encantadora que yo mismo me habría arrodillado –exclamó don Francisco, que había estado haciendo lo posible por no reventar de orgullo–; pero sería, sin duda, un asunto bastante complicado, por lo que debo dejarlo para coyunturas más flexibles. Señora Hernández, a vuestras órdenes. –Y al marqués–: Bien mi viejo amigo; hemos esperado mucho tiempo, pero bien merece que hayamos esperado tanto.

El marqués convino satisfecho, y dando el brazo a doña María condujo a los visitantes al gran salón situado frente a la entrada. Era enorme, colgado de tapices y lleno de velas. El cura de la parroquia los seguía con humildad.

Pedro hallábase embebido en Luisa. ¿Cómo había sido posible olvidarla un momento? Seguramente había sido por la gracia de Dios que había vuelto para cumplir su voto, a través de los altibajos de la fortuna. ¡Gracias a Dios!

Por supuesto, hubo la inevitable charla sobre cincuenta mil detalles. ¿Qué tal el viaje? Que contara algo de Nueva España. Sobre ese tópico se halló presto a referir con gran lujo de detalles; pero aunque don Francisco y doña María bebíanse cada una de sus palabras y el marqués se acariciaba la barba mientras prestaba atención, los ojos de Luisa iban de un lado a otro sin cesar.

–¡Qué nombres tan bonitos! –sonrió. Y en otra oportunidad–: General Cortés: ¡qué dulce suena!

Fue una observación que en cierto modo le obligó a cambiar de tema.

Un lacayo sirvió vino.

Siguió luego una pausa, y el marqués cambió una mirada con don Francisco. Había llegado el momento solemne, y mientras doña María henchíase de orgullo y los viejos caballeros parecían sentimentales, Pedro tomó la mano de Luisa. ¡Qué suave y pequeña era!

–Yo, Pedro, te tomaré por esposa, Luisa.

–Y yo, Luisa, te aceptaré por esposo, Pedro.

De Vargas hizo una señal a uno de los indios adornados de plumas, que se adelantó con una cajita. Una vez abierta, extrajo un grueso anillo de oro, en el que se hallaba engastada una gran esmeralda. Era parte de su botín en la toma de Tenochtitlán.

Fue imposible que Luisa ocultara el asombro que reflejaban sus ojos, por muchos esfuerzos que hiciese. Sostuvo el anillo a la luz del candelabro.

–¡Pero señor! ¡Qué hermoso! ¡Es magnífico!

–Si le agrada, es, en verdad, magnífico. Perteneció a un príncipe azteca, un tal Guatemozín. – Se detuvo al observar que ella no escuchaba.

El marqués rogó que se lo dejasen contemplar de cerca. Experto en joyas, calculaba su valor entre cuatro mil y cinco mil pesos. En contraste, el diamante rosa entregado por Luisa a Pedro para completar el obligado cambio de anillos, era una insignificancia. Pero Carvajal, en un íntimo aparte con doña María, refiriose a la joya como una herencia de familia, y Pedro, al colocarlo en su dedo, lo besó galantemente.

Fue traída la copa del compromiso, bebiendo primero Luisa, con los ojos fijos en Pedro. Luego Bebieron los Vargas, posando sus labios en el mismo lugar en que lo había hecho ella.

Después de haberse besado y de haber recibido la bendición del sacerdote, en representación de la Iglesia, diose por finalizado el compromiso.

A Pedro le pareció de repente que ese acto había cambiado su vida por completo. Experimentando la seriedad del momento, guiñó los ojos al ver que Luisa estaba nuevamente absorta en la contemplación de anillo, volviéndolo de un lado para otro.

Las puertas del extremo de la sala se abrieron de par en par sobre un comedor que, a su vez, daba a la terraza. Con disculpas de los Carvajal a causa de la sencillez de la ceremonia y los previos

cumplidos de los otros, el grupo sentóse ante una mesa llena de vinos y de frutas, alumbrada por las velas contenidas en candelabros macizos.

Sentado a la izquierda de Luisa, Pedro observaba el juego de las velas sobre su semblante. Era casi demasiado hermosa. Deseaba haberle encontrado al menos una imperfección.

El marqués de hallaba de pie, con la copa de plata en la mano y pronunciado una especie de discurso de congratulación, que fue largo y pulido. Sorbía las palabras de un modo que traía a la memoria de Pedro su última visita al palacio de Carvajal, cuando el marqués predicara otro texto diferente. Pedro de Vargas se había vuelto más cauto desde entonces. Veía claramente a través de aquél hombre, cetrino y pretencioso, preguntándose por debajo de su sonrisa cómo semejante padre podía tener tal hija.

–Yo sé distinguir a los hombres –dijo el marqués–. Es la única habilidad de que me precio. Al principio de mi conocimiento con el capitán Vargas, tuve la honra de recibirlo en mi aposento. Muy acertadamente acudió a mí, antiguo y devoto amigo de vuestra noble casa, señores, para que se remediase una injusticia que inclusive ahora me llena de indignación. –Carvajal se detuvo para dominar sus sentimientos–. ¡Cómo hubo de emocionarme su confidencia! ¡Con qué voluntad me puse a su servicio! Pero eso no tiene nada que ver con lo que estaba diciendo. Lo que quería significar es que en ese mismo instante discerní claramente su futura grandeza. "He aquí, me dije, un caballero nacido para alcanzar grande fama."

"¡Cómo! ¡Dios me bendiga!", pensó Pedro. "¡Valiente cucaracha es el hombre!" No pudo dejar de observar a Luisa, cuyos ojos no se apartaban de la esmeralda. En vista de su futuro matrimonio tendría que aceptar la hipocresía de Carvajal. ¿A qué disputar con un hombre para quien la sinceridad y lo contrario resultaban la misma cosa? "¡Mi grandeza!", reflexionaba. "Porque Coatl me ha dado un puñado de oro. Tal es mi grandeza"

–Y así, mis ilustres amigos –concluyó el marqués, bebo por este feliz acontecimiento y por la unión de nuestras casas.

Al recibir el impacto del pie de doña María por debajo de la mesa, don Francisco estremeciose, exclamando, apresuradamente, *Amén*. Evidentemente, bajo la impresión de hallarse en la iglesia. Con el pasar de los años, sentíase con frecuencia soñoliento durante las veladas. Luego, para cubrir su desliz, bebió a la salud de los presentes, haciendo un soberbio ademán con el brazo y observando:

–Por mi honor, don Luis, que tiene el don de la elocuencia. No puedo pronunciar frases tan escogidas, no siendo sino un tosco soldado. Pero le doy las gracias en el lenguaje más sencillo. Que Dios bendiga a nuestros hijos y –añadió, guiñando un ojo– que nos mande un nieto bien rollizo antes de que pase el año.

Las damas se sonrojaron, y el marqués sonrió, indulgentemente, ante las limitaciones de su noble amigo.

La conversación prosiguió, tratando don Francisco de que su hijo se extendiese sobre el tema de América, lo que no resultó difícil. El semblante de Pedro adquiría un nuevo brillo cuando hablaba del Nuevo Mundo, el ejército, de sus queridos capitanes... Pero, finalmente, al ver cierta vaguedad en la mirada de Luisa, se detuvo.

–Señoras. Ruego humildemente vuestro perdón. Ya veo que se cansan.

–De ninguna manera, señor.

–Bueno, entonces, soy yo quien se cansa. –Miró la noche estrellada bajo la cual brillaba la terraza más allá del umbral. Luego agregó–: ¡Hablar de guerras pasadas, con semejante noche! ¡Hermosa, señoras! Si me invitasen a recorrer el jardín... Recuerden que no lo he visto desde hace mucho tiempo.

La gente vieja cambió miradas significativas.

–De ninguna manera. Marte no puede competir con Cupido en noche semejante ni la gente provecta con la juventud –dijo el marqués–. Sus excelencias y yo discutiremos el pasado, en tanto dejamos a ustedes, los jóvenes, hagan lo mismo con el futuro en el jardín. –Luego agregó, con un guiño que la señora Hernández interpretó debidamente–: Doña Antonia, recuerde sus deberes.

–Por supuesto, mi señor.

Y, por supuesto, al cabo de algunas vueltas por la terraza, se excusó para retirarse un momento. Los jóvenes anduvieron de uno en otro lugar, terminando por internarse en el jardín.

Era exactamente como él había recordado: las oscuras masas de follaje; los espacios intermedios bañados por la luna, el fuerte aroma de las flores. Un ruiseñor, oculto en algún matorral espeso, entonó su canto.

Sí, el destino había sido fiel a Pedro de Vargas. Desde los primeros instantes del rayo de luz en la iglesia, por todos los caminos y a través de los días, lo había conducido hasta esta hora, cumpliendo todas las cláusulas del contrato, hasta alcanzar la meta definida y perfecta. Ahora era el momento de retomar el hilo, roto cuatro

años atrás, continuar en el mismo tono romántico y caballeresco, arrodillarse a los pies de su dama y expresarse con palabras grandilocuentes.

Pero de repente, con un estremecimiento singular, como si hubiese golpeado violentamente contra una pared inesperada, advirtió que le era imposible hacerlo. Había visto mucho y vivido demasiado. Allí estaba su dama, al final de la demanda, y él sin poder pronunciar las palabras adecuadas para ella. El destino lo había hecho todo, menos devolverle su ingenuo punto de vista.

Ciertamente, Luisa esperaba las antiguas vulgaridades románticas y murmuró, poniendo tanta ternura en sus palabras, que nadie podría haber adivinado cuántas veces las había ensayado.

–Bien, señor caballero. Vuestro voto está cumplido. Habéis sido fiel en las armas tanto como en el amor. Mis oraciones os han hecho volver a mí.

–Así es, noble señora –dijo, con gran esfuerzo–. Y ahora he vuelto por mi galardón.

–¡Ah, señor! ¿Qué galardón será el que basta a tan alto y poderoso caballero?

–Un galardón que no merece ningún hombre sobre la tierra –dijo, mecánicamente–: vuestro amor, reina mía, vuestra persona.

Era apropiado que a ese momento siguiese un silencio romántico. Él se sentía incómodo y fuera de lugar.

–Soy vuestra –dijo ella en el preciso instante.

–Y yo el más feliz de los mortales –fue lo único que acertó a expresar; en cierto modo, tendría que haberse arrodillado, tomarle la mano y estallar en una especie de rapsodia.

Luisa esperó que dijese algo más, achacando su silencio a la emoción, y luego preguntó:

–Mi presente, señor, el pañuelo que os entregué..., ¿lo habéis llevado en la batalla? ¿Se halla aún en vuestro poder?

La pregunta era natural, pero inoportuna. Le recordó aquella noche de junio en Tenochtitlán, las grandes orejas de De Silva y sus dobladas pestañas; la pasión de aquella noche; lo que Pedro habría querido olvidar: que su dama de honor había reposado otrora en los brazos de De Silva. Lo peor de todo es que le trajo a la memoria el recuerdo de Catana y cómo le había hecho entrega del pañuelo de Luisa. El jardín esfumose, no viendo por el momento sino el mal alumbrado dormitorio de sus cuarteles, el semblante curtido de Catana, más oscuro a la media luz, sintiendo su cuerpo junto al de ella

y oyendo sus propias palabras: *Ahora di que no te quiero*. Recuerdos que encendían su sangre mucho más que esa realidad.

La escena se desvaneció; pero Catana había penetrado en el jardín.

–¿No responde nada, mi señor?

–Me declaro culpable, señora. –Por supuesto, hubo de mentir–. No pudimos salvar sino nuestro pellejo durante la "noche triste".

Naturalmente, a Luisa no le interesaba, pues lo único que quería era llenar esas incómodas pausas durante la conversación. Pensando en lo que hubiese podido acontecer, adivinó, instintivamente. Él no sabía cómo explicarse ante ella. ¡Cosa de risa! Luisa le ayudaría a salir del apuro; ya era un poco más crecida y estaba cansada de lindas palabras.

Pero una persona que durante largo tiempo ha estado identificada con un papel, debe ser cuidadosa cuando trata de pasar a desempeñar otro. Es mejor seguir siendo ideal y elevada que volverse trivial.

En el banco de piedra escondido entre los laureles habló largamente acerca de las murmuraciones de Jaén. Esquivamente le rogó que le ahorrase el relato sobre las batallas de Nueva España, aunque quería saber si había sido muy solicitado por las damas de las Indias, preguntando, además, la forma en que se había hecho tan rico. Lo que más le interesó fue la descripción de la cueva de Cacahuamilpa.

Poco a poco ella se le acercó. La sangre de Pedro circulaba cada vez más de prisa. Ella se alegró de haber seguido los consejos de Antonia sobre la mayor aplicación del perfume.

–¡Oh, mi señor! –protestó débilmente–. ¡Qué vergüenza, mi querido señor! –Pero le devolvió sus besos.

Como reina de honor, Luisa había sido única; pero como mujer amorosa, invitaba a efectuar comparaciones. Pedro se hallaba acostumbrado a vinos más fuertes que estas limonadas que eran las intimidades.

Imperceptiblemente, desapareció lo que de ensoñación tuviese la noche. Ya no consideraba a Luisa como abstracción poética, sino como una hermosa coqueta con bastante experiencia. Pronto sería su marido. Y en seguida advirtió que entre ambos se interponían, sin duda para siempre, aquellos cuatro años de su vida, el centro candente de la misma, en el que ella no había tenido parte.

Pensó en las palabras de Olmedo, allá sobre la colina de Trinidad: "Después del oro y de la dama, Pedro de Vargas, ¿qué?" Igual-

mente, le vino a la memoria el pensamiento de Cortés el día de la victoria en las ruinas de Tenochtitlán.

Pensó en Catana.

Las varillas de madera del corsé de Luisa le cortaban los brazos.

–¡Oh, señora! –dijo, finalmente, sin mucho sentimiento–. Creo que ahí llega doña Antonia. Ha tenido el suficiente tacto para hacer ruido.

76

Elegido alcalde, don Francisco había tomado una espaciosa morada en la plaza Santa María, más en consonancia con su cargo oficial, cerrando por el momento la casa de los Vargas; pero llevó consigo todos los muebles de su gabinete. De manera que en su nuevo aposento se veía el reclinatorio, el crucifijo frente al mismo, sobre la pared; la mesa estrecha y negra, los elevados candelabros, las sillas duras y de alto respaldo, la media docena de libros y los soportes para la armadura. No había cambiado sino la disposición del estudio.

Fue a esta habitación, más familiar, donde los tres miembros de la familia acudieron de vuelta del palacio de Carvajal. Era el momento para hablar del gran acontecimiento de la noche, antes de retirarse a descansar. Pero en lugar de la intensa alegría que hubiese sido dado esperar, existía cierta restricción, que emanaba de Pedro. Don Francisco lo observaba de manera curiosa, en tanto que doña María jugaba con su falda.

–Bien –dijo ella, finalmente–; tendré que preguntar si ha sido un compromiso o un funeral. Cuando Pedrito tendría que hallarse en el séptimo cielo, se conduce como si estuviese en un entierro. No ha hablado ni una sola palabra en el camino de regreso, salvo sobre Campeador, el caballo que le has vuelto a comprar, esposo mío.

–¡Vamos, vamos, madrecita! ¿Qué puedo decir? ¿Hay palabras para describirla?

–Pero sí semblantes. Y el tuyo podría reflejar más felicidad. ¡Vaya si podría!

–Pero si me siento feliz. ¡Por mi fe que sí! ¿O quieren ustedes que me ponga a hacer volatines como un maestro de baile?

–¡Y yo, que he estado tanto tiempo pensando en ello! –dijo doña María con voz temblorosa–. He hecho tantos proyectos porque creí que... ¿Qué ha sucedido, querido?

–Nada. –Pedro abrió las manos con amplio ademán–. ¿Qué habría de suceder? La señorita Luisa es un dechado de perfección. Soy indigno de la más leve de sus sonrisas. Pero mi señora madre, el matrimonio es cosa seria, y no debe tomarse a la ligera.

–¡Niñerías!

–No, esposa mía. Hay algo de verdad en lo que dice nuestro hijo. No sería de tu agrado que lo tomase con muy poco seso.

–¡Palabras, nada más que palabras! Un hombre es feliz al pensar en su matrimonio, o no lo es... Pedrito mío, querido, tu padre y yo no tenemos a quien querer en este mundo. ¡No sabes cuánto hemos hablado y pensado en ti durante estos años, rogando para que volvieses sano y salvo a nuestro lado! Ábrenos tu corazón, como en aquellos tiempos... ¿Acaso has cambiado en el Nuevo Mundo?

–Sí, habla, hijo mío –asintió don Francisco–. Dinos lo que te ocurre, sea lo que sea. No queremos otra cosa que ayudarte. A veces es bueno que el hombre desahogue su corazón. Pero haz lo que te agrade. Tus pensamientos te pertenecen a ti, nada más. No soy de los que les gusta importunar machacando sobre lo que no les importa.

Pedro vaciló. Una repentina corriente de calor latió a través del hielo que durante los meses últimos se había ido acumulando en su espíritu. Ante el fuego del cariño de sus padres, advirtió lo mucho que le había hecho falta, desde su rompimiento con Catana y con García, la compañía de gentes que lo apreciaran y con quienes no fuese necesario estar en guardia. Pero lo malo es que apenas conocía lo que le aquejaba.

–¿Cómo podría decirlo? –dijo, inseguro–. En España se sienten las cosas de distinta manera que en el Nuevo Mundo. Todavía no me he acostumbrado. Es como ponerse una coraza cuando se ha dejado de usarla por un tiempo. La vida es allí más libre, más amplia. No sé.

–Yo te lo diré –ofreció su padre–. Te sientes como yo cuando regresaba de una campaña. Echaba de menos a mis compañeros, a la vida del campamento. La vida me parecía vacía.

–Algo por el estilo –convino Pedro, animándose un poco más–. La gente parece más joven allá. No es sólo un nuevo país, sino una nueva era. No hay tanto afán por aparentar. Y luego, como usted dice, padre mío, los buenos compañeros... Pero ya me acostumbraré. Si ganamos nuestro pleito ante el emperador, espero que se me conceda algún mando en Italia. Nuestro pariente, don Juan Alonso...

–¡Vamos! –exclamó doña María–. Llegas de tu compromiso y ya estás hablando de partir para la guerra. Estábamos discutiendo tu matrimonio, hijo. Fuiste contento al palacio de Carvajal y has vuelto con una cara bastante larga. ¿Por qué? Si el matrimonio no es de tu agrado...

–No es nada de eso, madrecita. Me agrada. Sería un necio de lo contrario.

–No escribiste así a tu regreso. Tus cartas desde Sevilla...

–Sí, ya sé. –En un instante advirtió lo que pesaba sobre su ánimo–. Ya lo sé; pero esta noche...–Se quebró el hielo y no pudo dejar de hablar–. Me acordé de alguien a quien he amado en Nueva España. Siempre la amaré, no puedo remediarlo.

–¿Quién era?

Los ojos grises de doña María se agrandaron de curiosidad.

Pedro habíase arrepentido ya de que se le fuera la lengua. ¿Cómo don Francisco y doña María, aristócratas tan rígidos como las sillas en que se sentaban, podrían comprender lo ocurrido con Catana?

–Mi señora madre, no os causaría sino dolor al hablar de ello. ¿A qué seguir entonces?

–Seguro que alguna de esas mozas que siguen a las tropas... –dijo, pues no iba a quedarse así sin más.

–Sí.

–Un hermoso cumplido para la señorita Luisa, que la consideren por debajo de una ramera ambulante. Ya las conozco. Al menos podría haber sido alguna princesa india, como la que me dijiste que tenía Cortés. O quizá lo era. –La señora De Vargas bajó la voz–. Quizá quisiste decir eso.

–No, es una muchacha castellana.

–¿Y de esas que siguen a la tropa? Hablando claramente: una ramera, hijo mío.

–¡Calma madre! –Pedro se había tomado de los brazos de la silla–. No permitiré que nadie, ni aun usted, la califique de ese modo. ¡Por Dios, madre!...

–¿Cómo es eso? –interrumpió don Francisco, duramente–. Espero que recuerdes con quién estás hablando, hijo... En cuanto a ti, mujer, guárdate esas gruesas palabras para ti. ¿Qué significaría su nombre para nosotros? No la conoceríamos.

El desdén de la voz de don Francisco lo hirió tanto como la franqueza de doña María.

–¡Ay, señor! Sucede que la conocen bastante bien. Ya que quieren saberlo, se trata de Catana Pérez, la de la taberna del Rosario... Fue con su hermano a las Indias, siguió al ejército a Nueva España... ¿O acaso se han olvidado de ella?

Doña María suspiró profundamente y el mayor de los Vargas se enderezó en su asiento.

–¡Catana Pérez! –exclamó–. Bien, ¡por Dios! ¿Cómo no lo dijiste al principio? ¿Acaso crees que soy un perro? ¿Soy de los que olvidarían que nos ha salvado la vida? Ella y el señor García. ¡Vaya una mocita valiente! A no ser por ella, ninguno de nosotros se hallaría aquí esta noche.

–Perdóname, hijo. –Doña María se había ablandado–. No lo sabía. La quiero por su bondad. Cuéntanos sobre ella.

Los ojos de Pedro se nublaron. Había juzgado mal a sus padres. Aristócratas, pero no escatimaban su gratitud.

–Muchas gracias, mi señora madre y mi señor padre... No hay mucho que contar.

Pero poco a poco, a medida que hablaba, vio que sí que había mucho que referir. Los recuerdos almacenados iban saliendo a la luz. El helado silencio del año transcurrido encontró una salida. Habló de las marchas y de los vivacs, de los peligros compartidos, de las penas y de las alegrías. De cuando en cuando resultábale bastante difícil hablar.

–Tuvimos una hija allá..., en el país de Coatl. Era una criatura muy dulce. ¡Si la hubieses conocido, madrecita! Tenía los ojos como los tuyos. Murió de viruelas, y fue un golpe bien duro.

Una lágrima rodó por la mejilla de doña María. Don Francisco tragó saliva.

–Con frecuencia la veo junto a la fosa. No quiso en manera alguna casarse conmigo. No pensaba jamás en su persona..., siempre en mí. Decía que no era la esposa que me convenía... ¡Que no me convenía! ¡Por Dios! Él sólo sabrá dónde se encuentra ahora. Se fue con Juan García. Ése sí que es un hombre, un corazón de oro. Creo que se habrán casado. ¿Amarla? –prosiguió, luego de una breve pausa–. Esa es una palabra insignificante. Para ella y para mí el amor no tiene nada que ver con la charla y la poesía. Yo más bien diría que no la he amado. Solamente que una parte de mí... No sé cómo expresarlo. –Se detuvo. Luego concluyó–: Eso es todo.

Permaneció sentado, contemplando la luz de la vela.

–Lo mismo nos ha sucedido a nosotros, María –dijo, al cabo, don Francisco–. Hemos sido una sola carne y una sola alma. Y considero que eso ha sido lo mejor que la vida me ha concedido.

La señora De Vargas le contestó con la mirada. Después se llegó hasta Pedro para besarlo.

–No deseamos sino tu felicidad. Si este matrimonio no te place...

–No –Pedro meneó la cabeza–; en la acepción vulgar de la palabra, amo a Luisa de Carvajal. Seremos tan felices como el que más. Estamos comprometidos. Quiero casarme con ella. –Al ver el dolor en los ojos de su madre, agregó–: Seremos muy felices.

Encendió una vela más chica en otra de las que se hallaban sobre la mesa y dio a sus padres las buenas noches, después de haber besado a doña María y de inclinarse ante don Francisco.

Los otros permanecieron sentados un rato, sin ocultar su turbación. Finalmente, dijo don Francisco:

–El tiempo cura las heridas, querida; pero no puede borrar las cicatrices. Y él llevará ésta hasta el día de su muerte. Pero, quiéralo o no, todo hombre tiene que llevar alguna.

77

Al sacar a Campeador para ejercitarlo al día siguiente, quizá no fue puro accidente que Pedro eligiese las montañas más bien que la campiña, y que, finalmente, tirase de las riendas al caballo delante de la taberna del Rosario. Como el Océano, la mente tiene sus corrientes ocultas. No fue su idea visitar El Rosario, pero allí estaba. Y una vez en el lugar, penetró en el patio por aquello de recordar los viejos tiempos.

En seguida se produjo una conmoción. Lobo, el venerable mastín, cuya poderosa memoria y su sentido del olfato eran los mismos, dio una calurosa bienvenida, ejercitando bastante su lengua y tratando de renovar los corcoveos de su juventud, cosa imposible por el reuma. Otros perros, siguiendo el ejemplo del principal, ladraron en interminable cortesía. Una pareja de mozos de cuadra se adelantaron, haciendo grandes muecas, en tanto que algunos recién llegados, incapacitados para proclamar su conocimiento del gran señor, se aproximaban, mirando fijamente, en espera de alguna largueza. Casi todo el mundo supo de quién se trataba, pues la entrada de Pe-

dro en Jaén, con su cabalgata de caballeros y sus maravillosos acompañantes indios, hubo de constituir un acontecimiento público.

–¡Hola, Tobal! ¡Me alegro de verte, Chepito! –Saludó a los mozos de mulas–. ¿Qué tal andáis, hombres? Hace mucho que no nos vemos, ¿eh?

Arrojó un puñado de monedas entre los curiosos espectadores y bajó de la silla, poniendo la mano sobre el hombro de los mozos. En el mismo instante hizo su aparición en la puerta de la taberna Sancho López, cuya cabeza habíase agrisado un poco durante los cuatro años transcurridos, así como redondeado su panza. Por lo demás, parecía tan astuto y tan activo como en el pasado. Avanzó sonriente.

–¡Capitán de Vargas! Bienvenida sea su señoría al Rosario.

–¡Mi viejo amigo! –exclamó Pedro, tendiéndole la mano– ¿Cómo estás? ¿Qué tal va, Sancho? Por la misa, que este encuentro me trae a la memoria los tiempos pasados!

En verdad que así fue, lo mismo que la maloliente y oscura taberna donde Sancho lo introdujo. Por un instante esperó ver la vívida figura de Catana, con los jarros en la mano y la rosa en el cabello, materializándose en la oscuridad, u oír el ceceo de su voz cálida. Allí estaba la mesa en que se había sentado con Juan García por vez primera y la otra, donde lo tuvieran atado los soldados del Santo Oficio. La sucesión de recuerdos le hizo serenarse el ánimo mientras seguía al posadero a un rincón más íntimo, pasados los bancos ocupados por los ruidosos parroquianos, absortos en la contemplación de sus anchos hombros y de sus finas ropas una vez que hubieron pasado. Corrió la voz de que se trataba del capitán De Vargas y volvieron a mirarlo con atención.

Estiró las piernas por debajo de la mesa, buscando su comodidad e instando al tabernero para que se sentase frente a él.

–Nada de excusas, Sancho. Hace tanto tiempo que somos amigos... Veo que el negocio marcha. Bien, bebamos un frasco de lo mejor que tengas, mientras me cuentas algo de por acá.

–¡Vamos! Es vuestra señoría quien tendrá mucho que decir. El Rosario no ha cambiado, como vuestra señoría ve. Yo estoy algo más viejo. Los montes se encuentran llenos de bergantes. Esas son todas las noticias, su señoría.

Una rolliza campesina trajo el vino, haciendo ciertos guiños a Pedro, que correspondió en cierto modo, aunque con la imaginación ausente. Recordaba el pasado.

–Ante todo, si vuestra señoría me lo permite –prosiguió Sancho–, beberé por vuestro compromiso con la señorita Luisa de Carvajal, deseando que Dios conceda una existencia prolongada y feliz a vuestras excelencias.

–Muchas gracias, Sancho. De Vargas recostose contra el tabique que formaba la esquina del aposento–. Muchas gracias. ¿De manera que tú también lo sabes?

–¡Cómo no! En toda la ciudad no se habla de otra cosa.

–Sí, supongo que no hay otro tema. –Pedro bebió, antes de añadir–: A propósito, Catana Pérez te habría enviado muchos cariños si hubiese sabido que iba a verte. Te alegrarás de tener noticias de ella.

–Nunca la olvidaremos en El Rosario –asintió López–. La gente del país canta un romance acerca de ella y de Hernán Soler y de cómo se fue al otro lado del mar en busca de su señoría.

–Ahora es una gran dama en Nueva España, Sancho, muy estimada por la compañía. Aunque, en verdad, es una gran señora en todas partes. –De Vargas prosiguió, después de una breve pausa–. La más grande que he conocido. Ya ves, mi amigo, una de las grandes bromas que nos gasta la vida es que nos enteramos de la mayoría de las cosas demasiado tarde –concluyó, con voz amarga.

Pero aunque el posadero le observó inquisitivamente, Pedro no se extendió sobre el asunto. En vez, diose a un entusiasta relato sobre Nueva España: montaña, bosques y llanuras, recursos, perspectivas.

–Es un gran país, viejo –fueron sus palabras finales.

–Señor, bien recuerdo que García hablaba del mismo modo.

–Y tenía razón. García estaba en lo cierto en la mayor parte de las cosas. Sí, es un gran país.

–¿Piensa volver allá, señor capitán?

Pedro contempló el fondo del vaso, llenándolo después y bebiendo.

–No. Las cosas me retendrán por aquí, al menos en Europa. Hay lazos de familia. ¡Pero maldito si me resultará fácil, Sancho! Aquello se nos cuela en la sangre. Se siente la necesidad de llenar los pulmones con el aire de México. Uno cierra los ojos y oye el sonido del mar en las costas del oeste.

–¿Entonces se quedará su señoría en Jaén?

–¡Por Dios que muy poco! Partiré esta semana para Valladolid, con el fin de cumplir cierta misión del general Cortés ante el empe-

rador... Su majestad acaba de regresar de Flandes... Después el matrimonio, Sancho. Y luego espero ser enviado contra los moros o a Italia. ¡Cualquiera me va a ver por Jaén!

–¿Pero si se casa, señor capitán?

–No es el matrimonio lo que me detendrá... A propósito, Sancho, ¿se acuerda de nuestro amigo De Silva?

–¿Que si lo recuerdo?

–Bien. Se encuentra en la Corte. Dicen que goza de gran predicamento otra vez. Pues tengo una larga cuenta que ajustar con él, hombre.

López se pellizcaba la barbilla mientras exclamaba:

–Deseo mucha suerte a su señoría. El hombre es un cerdo.

–¿Qué me dice? –De Vargas había demostrado cómica sorpresa–. Me parece recordar que una vez, quizá después de aquel ataque contra Catana, en el prado de allá arriba, ¿recuerdas?, dijiste que sabías algo acerca de ese caballerete que haría que se quedase callado. Si no tuvieses inconveniente en decirme de qué se trata, me sería de gran ayuda. Te lo agradeceré muchísimo.

–No, vuestra señoría –repuso el posadero, después de unos instantes. Su semblante barbudo había permanecido inescrutable–. ¿Dije algo de eso?

–Sí; dijiste que lo habías conocido cuando era más joven y que a él le constaba. En consecuencia, estabas seguro. Seguramente lo recuerdas.

–Es raro – el otro forzó una risa–. No sé nada referente a Diego de Silva. Vuestra señoría debe haber soñado.

–Quizá –dijo Pedro, encogiéndose de hombros; pero no importa. Esta vez arreglaremos cuentas. En Sevilla me contaron que a su regreso a España fue tomado por los corsarios, que lo condujeron a Argel. Allí se apoderó de una pequeña embarcación, regresando sano y salvo a Málaga, después de haber dado muerte a varios piratas. Todo el mundo hablaba de su hazaña. Nunca le hubiese creído capaz de ello.

–Es posible. No lo sé. Pero, de todos modos, tenga cuidado, señor.

–No temas –dijo De Vargas, haciendo una mueca–. Está escrito que no serán los burros quienes enseñen a los arrieros.

Terminado el vino, hallábase a punto de ponerse, en pie cuando un pensamiento se le vino a la imaginación.

–Dime, Sancho: ¿no tienes por ahí nada de Catana? ¿Algo que puedas darme como recuerdo? Si lo tuvieses, me harías un gran servicio, amigo.

–No, su señoría; temo que no –dijo el posadero, luego de haber meditado–. Se llevó consigo lo poco que tenía.

–Piénsalo bien, Sancho: un cuchillo que ella haya utilizado; un plato; cualquier cosa.

–¡Por Dios! ¡Sí! –contestó Sancho, cuyos ojos se iluminaron–. Su vaso, vuestra señoría, si es que lo encuentro.

–¡Su vaso! Ve a buscarlo en seguida. ¡Y que Dios te ampare si no lo encuentras!

–Lo buscaré, señor.

Pedro esperó en suspenso hasta el regreso de Sancho, quien llevaba un objeto en sus manos. Era un recipiente de peltre, y el posadero señaló algunas letras mal trazadas sobre su superficie.

–Vea... su nombre; me han dicho que es, pues no sé leer.

Pedro contempló entusiasmado las letras irregulares, algunas de las cuales se hallaban al revés: "Catana Pérez". Acarició el recipiente entre sus manos; sus labios tocaron el borde. ¿No se imaginaría cuando estuviese bebiendo en él?...

–Pero fíjate, Sancho, entonces ella no sabía hacer las letras. –Por su imaginación cruzó el recuerdo de Catana muy ocupada en escribir sobre aquella corteza, en el país de los zapotecas, millares de leguas más allá.

–No, señor; pero hizo que se lo grabara Paco, el mulero, que es hombre entendido. Le gustaba beber siempre en su propio vaso.

–¡Juro que por la noche no dejaré de beber en él mientras me quede un hálito de vida! –exclamó, llevándoselo a los labios–. Muchas gracias, Sancho, muchas gracias!

Metió la mano en el bolso, pero el posadero alargó el brazo ofendido.

–De ninguna manera, señor. Es una bagatela. Si me permite, no recibiré nada.

–Tomarás diez piezas de oro que llevo conmigo. Sancho. Ojalá pudiese llenarlo hasta el borde. Por otro lado, amigo, es un homenaje que estoy rindiendo a ese vaso. ¡Cómo podría retribuirte! Aquí tienes.

Y mientras Sancho contemplaba boquiabierto los diez relucientes castellanos, los ojos de Pedro no se apartaban de la vasija de peltre, que seguía contemplando al salir de la taberna, colocándola

cuidadosamente en su bolsa antes de despedirse de la gente del patio y montar a Campeador.

Pero no había recorrido mucho camino en dirección a la ciudad, cuando lo sacó de nuevo.

"Catana Pérez", malamente escrito. El mulero no era un hombre muy capaz, después de todo. Pero, ¿qué importaba? El recipiente representaba a Catana, no teniendo nada de reluciente, de elegante, gastado por el trajín diario de la vida, útil, duradero y sin pretensiones. Nada más que un vaso sencillo y honesto. Empero, imaginábase que el vino bebido en él resultaría más agradable que ningún otro. Imaginábase que...

El ruido de unos cascos al galope le hizo estremecerse, y al mirar hallóse en el centro de un cordón de soldados a caballo. Estaba en la curva del camino, debajo del castillo. Aunque no hubiese estado tan abstraído en la contemplación del vaso, probablemente no los habría visto.

En seguida se acordó de los pillos de las montañas a quienes se había referido el posadero, pero en el acto vio que esos hombres no eran bandidos. El equipo parecía oficial y bien pertrechado. Los tahalís eran de color rojo y blanco, con adornos de oro, o sea, los colores imperiales.

La resistencia habría estado fuera de lugar, inclusive en el caso de hallarse preparado para ella. Vuelto otra vez el vaso a su bolsa, hallose frente a un joven de hombros increíblemente anchos, de labios duros y de nariz quebrada, que avanzaba hacia él.

–¿Es usted Pedro de Vargas, el intitulado capitán De Vargas?

–El mismo; pero nada de intitulado.

–¡Ah! Muy bien. Soy Claros de Paz, capitán de lanzas de la guardia de su majestad. –El oficial extrajo un documento sellado de su cintura, señalándolo con su dedo enguantado–. Aquí tengo una orden de arresto contra usted.

–¡De arresto!

–Acusado de alta traición contra su cesárea majestad... ¿Desea verlo? ¿Sabe leer?

Asombrado, Pedro alargó la mano. Sí, estaba escrito, firmado y sellado. No había equivocación. Devolvió el documento.

–¡Pero en nombre de Dios! ¿Por qué?

–¿Cómo he de saberlo? Puede preguntar en Valladolid. No hago sino cumplir órdenes... Vuestra espada, señor De Vargas.

78

Desarmado y con las riendas conducidas por dos de los soldados de caballería, Pedro seguía mirando asombrado al joven capitán de semblante endurecido. No creía que eludir a los funcionarios del Consejo de Indias con la ayuda y protección del duque de Medina Sidonia constituyese alta traición, por muy irregular que el asunto resultase legalmente. Pero de nada iba servir formular preguntas a Claros de Paz, que no se mostraba inclinado o en condiciones de contestarlas.

–Lamento esta comisión, señor –dijo el último más tarde–. El arresto de un hijo de don Francisco de Vargas sería lo último que elegiría. Pero no está en manos de un soldado poder elegir, como, indudablemente, sabe.

Pedro trataba de reunir sus recuerdos, favorablemente impresionado por el joven oficial de aspecto rudo, que le traía a la memoria el recuerdo de Sandoval.

–¿Es por casualidad pariente del ilustre capitán y renombrado caballero Pedro de Paz, compañero de armas de mi padre en Italia?

–Sobrino suyo, señor –contestó el otro, satisfecho.

–Durante mi infancia me fueron relatadas muchas historias de Pedro de Paz. Mi padre hacía oficiar una misa todos los años el día de su muerte... Oiga, capitán, no importa lo que usted y estos caballeros –Pedro hizo una reverencia a los jinetes– piensen de mí, no privarán a don Francisco de Vargas del honor de recibirlos en su casa. No serán capaces de semejantes descortesía hacia él.

De Paz reflexionó, mientras cambiaba algunas miradas con los otros caballeros, hasta que finalmente echó la cabeza hacia atrás.

–¡Por Dios! Vaya si me agradaría rendir homenaje a don Francisco, lo mismo que mis acompañantes. Además hemos cabalgado rudamente desde Sierra Morena y nos hace falta un descanso... En cuanto a usted, capitán De Vargas –Pedro observó que le había sido devuelto su grado militar–, se me ha advertido por un caballero que goza de gran predicamento ante su majestad, un tal Diego de Silva, que es un temible pirata y filibustero. Pero maldito si no parece un hombre, señor, con el que me agradaría celebrar una justa, aparte de entablar algunas relaciones amistosas. Se me ha ordenado arrestarlo y conducirlo a Valladolid, dejando a mi elección la manera de hacerlo. ¿Me da su palabra de honor de que, vengan o no a

vuestro rescate, se considerará mi prisionero hasta que yo haya dado cima a esta misión?

–Vaya si lo haré –contestó Pedro–. De todos modos pensaba dirigirme hacia Valladolid, y creo que no podría hacerlo en una compañía más grata que la vuestra, caballeros.

–Entonces no hay más que hablar –dijo De Paz–. Entreguen al capitán su espada y las riendas e iremos a visitar a su ilustre padre. ¡Cuánto me alegra esta oportunidad! Hallábame bien deseoso de conversar con alguno de los capitanes de Cortés. Créame, señor, que envidio sinceramente lo que ha visto en Nueva España. Y, ¡por mi vida, que no comprendo lo más mínimo ese alboroto acerca de ese cubano Velázquez!

Pedro apoderose otra vez de las riendas, haciendo saltar a Campeador.

–Le referiré la verdad sobre ello... Pero, mi buen señor De Paz, dígame lo que sepa sobre mi arresto. Por mi honor, que estoy como bajo una pesadilla.

–Y por mi honor –respondió el otro, meneando la cabeza– que nada sé sino que su majestad está furiosísimo contra usted. A propósito, le diré que no quisiera estar en su pellejo, señor, pues el emperador no es de los que se irritan fácilmente.

–¿No sabe si había llegado un mensajero del duque de Medina Sidonia con una carta para su majestad?

–Por mi fe que no estoy enterado, señor... Pero, ¡diablo!, ¿qué es eso?

"Eso" era una cabalgata que atravesaba la puerta de la ciudad hacia la cual avanzaba el reducido pelotón. Al frente de aquélla iba don Francisco, provisto de lanza y con toda su armadura, y detrás de él unos treinta lanceros, a la cabeza de los cuales se veía la bandera de Jaén y el pendón de los Vargas.

Tan pronto como don Francisco recibiera el mensaje despachado desde la puerta de la ciudad, de que un grupo de soldados andaba en busca de Pedro y que se había alejado por el camino de las montañas, se había puesto en movimiento. Fuesen amigos o enemigos, preparó lo necesario para hacerles un recibimiento apropiado.

–¡Hola! –dijo De Paz, bajando su visera–. ¡Caballeros, preparen las lanzas! Señor De Vargas, espero que cumpla su palabra.

–Un momento –dijo Pedro–. Me adelantaré para explicar cómo están las cosas. Cuente con mi palabra.

Al reconocer a su hijo, el alcalde se levantó la visera, haciendo lo mismo con una mano, a tiempo que ordenaba hacer alto.

–Muchas gracias, mi señor padre –dijo Pedro, llegándose hasta él–; pero estos señores son caballeros de su majestad, a las órdenes del capitán Claros de Paz, sobrino de don Pedro, que desean presentaros sus respetos. Estoy acusado de alta traición y soy un prisionero bajo palabra de honor, vengan o no a rescatarme –concluyó diciendo, de la manera más indiferente posible.

–¿Pero qué motivo...? –El semblante del viejo caballero se había vuelto pálido a su vez.

–No sé nada sobre ello, señor. Sospecho que se trata de algún golpe de Diego de Silva. Posiblemente no haya llegado a Valladolid el mensajero que envió don Juan Alonso desde Sevilla dando cuenta de que tenía a mi cargo un tesoro para su majestad y que pronto me dirigiría a dicha ciudad.

–¡Traición! –repitió el alcalde–. Esa palabra jamás estuvo asociada a nuestro nombre. Pero –hizo un esfuerzo– tenemos que recibir a nuestros huéspedes. Bienvenido sea ese pariente de mi viejo camarada. –Se dirigió en unión de Pedro hacia los soldados imperiales.

Profusas y elaboradas fueron las cortesías de cada lado. Los recién llegados contemplaron con admiración al antiguo caballero, que, a su vez, desplegó la altisonante magnificencia de la España caballeresca. Despojados de sus cascos, cambiáronse ceremoniosos cumplidos. Don Francisco conocía a las familias de los caballeros de armas, rindiendo homenaje a cada uno de ellos. Su persona y su casa fueron puestas a su disposición. Halló un gran parecido entre Claros de Paz y su ilustre tío, no cabiéndole duda de que igualmente se le parecería en espíritu. Por su parte, el capitán De Paz sostuvo que no sabía si lamentar el dolor que le causaba la naturaleza de la misión encomendada por el emperador o sentirse encantado por la oportunidad que se le presentaba de ponerse a los pies de don Francisco de Vargas, cuyo nombre era una estrella que serviría de norte a los caballeros.

Ambos grupos reunidos encamináronse después a la morada de don Francisco, en la plaza de Santa María, donde se renovaron las frases de bienvenida y los cumplidos, produciéndose a la vez el alboroto natural que requería una colación improvisada para los huéspedes.

Don Francisco y doña María no permitieron que su consternación interrumpiese los deberes de la hospitalidad; pero la señora De Vargas, pálida y con los ojos empañados, retorcíase las manos de cuando en cuando.

–¿Qué irán a hacerle, esposo mío? ¿Qué significa esa acusación?

–Es una acusación bastante grave, esposa, y no se hace así sin más.

Dios sabe qué habrá detrás de eso. Pero no tengo duda que todo se aclarará. Animo, querida. Lo único que no debemos permitir es que la hierba crezca debajo de nuestros pies. Ocúpate de que arreglen mis alforjas, pues acompañaré a nuestro hijo.

–Mi señor, eso no es posible; considera cómo tienes tu rodilla. Hay cien leguas hasta Valladolid.

–Aunque fuesen mil lo mismo iría. Si estaba bastante sano para escaparme hasta Italia, ¿crees que me quedaré remoloneando aquí cuando nuestro nombre está infamado y nuestro hijo necesita ayuda? Vamos, esposa, muévete. Ocúpate de mis cosas. Excúsame un momento ante nuestros huéspedes. Tengo cartas que escribir. Nuestro buen amigo Carvajal querrá acompañarnos. Tengo que enviar mensajes al duque y a otros amigos. El juicio contra Pedro no demorará mucho. Hay que ayudarlo en seguida, si la ayuda de algo le sirve.

Y así el antiguo caballero escribió apresuradamente, enviando llamadas en todas direcciones.

Pero en el caso del marqués de Carvajal, cuya respuesta fue inmediata, halló una grave desilusión. Aunque el marqués había estado perfectamente la noche anterior, excusábase ahora so pretexto de la gota. No le sería posible poner el pie en el estribo, ni siquiera viajar en carruaje, por unos ocho o diez días. Lamentaba la desgracia acontecida a Pedro, aunque no dudaba de que todo se arreglaría al fin y a la postre. Entretanto, no era mucho lo que podría hacer, hallándose por completo a disposición de sus nobles amigos. Si no fuese porque necesitaba a Luisa junto a él, habría ido su hija a despedir al capitán De Vargas, a quien tendría presente en sus oraciones noche y día.

–¡Ah! –lamentó don Francisco–. ¡Cuánto lo siento! Había contado con él.

Mostró la carta a Pedro, quien se apartó un momento de sus captores. Luego de haber leído el mensaje, sonrió.

–Yo me pregunto si tiene la gota en el pie, mi señor, o en otra parte.

–Vamos, hijo mío, no debes juzgarlo mal.

Una vez más Pedro reflexionó que no sería bueno expresar su bien fundamentada opinión sobre Carvajal.

–No, señor, sería imposible juzgarlo mal.

Puesto que la velocidad era una de las instrucciones que el capitán De Paz había de cumplir, muy a pesar suyo declinó la hospitalidad de los Vargas para pasar con ellos la noche, insistiendo en que debían partir a media tarde. La salida fue presenciada por un gentío numeroso en la plaza, pues los rumores de acontecimientos graves se habían esparcido por la ciudad con gran rapidez. Pero cuando Pedro apareció armado como de costumbre con la espada y la daga, y en agradable conversación con los jinetes, el rumor adquirió un nuevo matiz. Su majestad había enviado una guardia de honor para que acompañase al capitán De Vargas a Valladolid. Y en verdad que el escuadrón de veinte lanceros, los indios de Pedro, que De Paz aceptara como escolta de don Francisco, el alcalde sobre un tranquilo palafrén, algunos otros sirvientes a caballo y los pendones de Vargas y de Paz, junto con el estandarte imperial, constituían un espectáculo hermoso y triunfante.

–No te preocupes, madrecita –dijo Pedro, abrazando nuevamente a doña María en el umbral–. Volveré cubierto de gloria. ¡Ya verás!... Pero, ¿por qué lloras, madrecita querida?

La muchedumbre estalló en ¡hurras! y ¡vivas! y los jinetes partieron seguidos de un fuerte grupo de curiosos que se llegaron por las calles de la ciudad, estrechas y sinuosas, hasta las puertas de salida.

De Paz, a quien la cabeza le bullía bastante a causa del buen vino de la comida, hizo un saludo a una linda chica que se hallaba contemplando el desfile desde una ventana. Luego comentó, riendo:

–¡Por los santos! Yo mismo me pregunto si esto es un espectáculo o un arresto. Apostaría que la justicia del rey jamás ha sido ejecutada de un modo más placentero.

–De un modo más galante –corrigió don Francisco.

–Ni con mayor admiración –dijo De Paz, encendido.

Y así transcurrió la primera etapa hasta Linares, y los diez días de camino sobre sierras y mesetas atravesando La Mancha, Madrid, Castilla la Nueva y Castilla la Vieja. El camino se vio acortado por la narración de más de una alegre historia, por los recuerdos de don

Francisco acerca de Italia, los relatos de Pedro sobre México, la discusión de asuntos militares y una vez hasta por una justa entre Pedro y De Paz, terminada a mutua satisfacción, desde que ambos rompieron sus lanzas sin que ninguno de los contendientes pudiese ser desmontado.

Todos los componentes de la fuerza convinieron en que había sido un viaje memorable y divertido. Cuando finalmente aparecieron a la vista las torres de la ciudad, al otro lado de la llanura, fue dado advertir bien claramente el sentimiento expresado en las palabras de los caballeros.

–Pedrito –dijo De Paz, pues ya se habían hecho muy amigos–. Si tiene que decirle algo a solas a don Francisco, ha llegado el momento. En adelante tendremos necesidad de cerrar filas.

En un aparte con su padre, le hizo entrega de la carta de Cortés para el emperador y el recibo igualmente precioso del tesoro, que había obtenido con la firma del padre superior de La Rábida.

–No quiero que esto vaya a parar a otras manos que las de su majestad –concluyó–. Pueden suceder muchas cosas en la prisión de Valladolid. De Silva trabaja mejor en la oscuridad.

–Pedro, hijo mío –contestó don Francisco, dejando caer el labio inferior–, me parece que suenan los cascos de los perseguidores demasiado cerca de ese lobo para que le reste mucho tiempo que dedicarse a hacer mal. Pero sea como quiera, prometo visitarte en la prisión para asegurarme de que nada te ha acontecido. Tú tienes oro y yo crédito suficiente para hacerlo.

Gradualmente se aproximó la tropa a la ciudad, nada atractiva, cuyos muros parecían cada vez más altos. Don Francisco se situó con mucho tacto a retaguardia y Pedro en el centro del escuadrón, a fin de no crear dificultades al capitán De Paz, pasando de esa manera las puertas de la ciudad y deteniéndose junto a las de la prisión, bastante reducidas, que se abrieron después de un corto parlamento. Luego De Paz, que había penetrado con Pedro, entregó al prisionero al señor De Heredia, gobernador del establecimiento.

Seco, agrio y del color de la ceniza, parecía como si la desesperanza de la prisión se hubiese transferido a su persona.

–Señor, ¿qué hace este hombre con su espada y su daga?

–Señor –replicó acremente De Paz–, ¿qué hace un caballero con ellas?

Vuelto hacia Pedro, Heredia le arrancó las armas, arrojándolas sobre una mesa.

–Capitán De Paz, ya volverán a hablarle del asunto.

–Señor, no quiero saber nada sino aquello que usted no tenga los arrestos suficientes para no decir... Adiós, Pedrito, siento en el alma tener que dejarlo en tales manos.

Y señalando con su quebrada nariz hacia Heredia, don Claros se detuvo un momento antes de salir con aires de fanfarrón.

El gobernador volvió hacia Pedro su mirada biliosa.

–Vamos –gritó a un carcelero–. Lleva a ese individuo a la torre; aunque no comprendo por qué un traidor tiene que estar mejor alojado que un ladrón.

79

Aunque no era nada lujosa, la celda de la torre tenía sus pretensiones de confort. Contaba con luz natural y suficiente espacio. El lecho, a pesar de ser muy viejo y lleno de insectos, lucía un dosel con sus cortinas laterales. El carcelero, que había olido el oro, trajo las alforjas de Pedro, mostrándose sumamente servicial con el detenido. En resumen, comparada con las celdas situadas más abajo, la de la torre podría ser considerada como aposento de lujo.

Pero, a despecho del poeta, las paredes de piedra forman una prisión y los barrotes de hierro una jaula. El recuerdo de otros detenidos, paredes escritas y señales de pisadas en el suelo, pesaba sobre el lugar. El olor era el de la cárcel a todas luces, lo mismo que la terrible cualidad del silencio y de la luz. Después de la alegría del camino, Pedro sintió francamente su opresión, temiendo la proximidad de la noche.

–Sí –dijo el carcelero, embolsando alegremente una moneda de oro–, no hay en toda España muchas cárceles como ésta. Es tan buena como cualquier taberna de Valladolid, y más íntima, además. Y no es eso todo. Que me muestren qué taberna ha tenido huéspedes tan ilustres. Desde muchacho, hace treinta años que estoy en este servicio, y su excelencia quedaría asombrado si supiese los nombres de las principales familias a quienes he atendido, trayéndoles la última comida y ocupándome de que no les faltase el aguardiente necesario para que llegasen animosos al cadalso. ¿Conoce su excelencia...? –Pronunció varios nombres familiares para Pedro, quien asintió.

–Los he acomodado cuando no les ha ido muy bien en el potro, atendiéndolos como una madre. Vea, el joven don Fadrique de Men-

doza, en tiempos del otro rey, se ahorcó del travesaño de ese lecho. A la mañana siguiente lo bajé. Y no fue el único. Jaime Enríquez, pariente del actual almirante, ha sido otro. Se ahorcó de los barrotes de la ventana. Como don Iago de Velasco. Los caballeros también pierden el ánimo a veces. –El carcelero se golpeó el muslo–. ¡Ja, ja! ¡Cómo nos reíamos de eso en la sala de guardia! ¡Como que esta torre se conoce con el nombre de "la torre suicida"! Se diría que es una broma.

–¿Le va bien en el servicio? –preguntó Pedro por cambiar de tema.

–Nada más que regular, su señoría.

–Bien, haga lo que pueda en mi favor, señor carcelero, y no se arrepentirá.

–Beso vuestros pies. Su excelencia no tiene más que pedir.

–Entonces ahí va lo primero. Si mi padre u otros caballeros vienen a verme, y la visita puede ser arreglada, tendrás cinco pesos por cada una.

–Haré lo posible. –El carcelero humedeció los labios con la punta de la lengua.

A un costo exorbitante, Pedro obtuvo una comida bastante mala, en una taberna inmediata. Después de ella, la tarde se arrastraba lentamente.

Hallábase atormentado por el enigma de su arresto. ¿Por qué sería? ¿Qué habría detrás de esa acusación de alta traición? Si el mensajero enviado por su pariente, el duque de Medina Sidonia, no había llegado, sin duda lo culparían del robo del oro; pero era difícil creer que no hubiese llegado dicho mensajero. Lamentó amargamente haber seguido el consejo del duque y no haber cumplido su misión en persona. Y, sin embargo, las razones aducidas en aquel entonces eran excelentes. El emperador no había hecho sino poner pie en España, no había llegado a Valladolid, estaba muy atareado con el problema de las Comunidades. Medina Sidonia creyó que la llegada de Pedro a la Corte sería efectuada con más brillo si fuese demorada un poco para preparar entretanto el terreno con el primer mensaje y hasta que se hubiese reunido un importante grupo de personas influyentes y amigas. Evidentemente hubo de ser un error. Tanto él como el duque habían desestimado el poder del obispo de Burgos.

Pero no era su situación personal lo que más afligía a De Vargas, sino la amenaza pendiente sobre su misión. ¡Haber sido elegido

por Cortés de entre todos sus capitanes y haber errado nada menos que en el comienzo! Era otro caso de orgullo ante un tropiezo. Había sido demasiado confiado en vista del éxito al desembarcar el oro, asumiendo que lo peor había pasado ya, cuando la verdadera crisis ni siquiera había comenzado.

Iba desvaneciéndose la claridad cuando fue despertado por ruido de pasos y de voces en la escalera de la torre. Rechinó la llave en la cerradura, fueron descorridos los cerrojos y la alta figura de su padre se hizo presente en el umbral.

Pero cuando ambos se abrazaron y el carcelero, que recibiera doble propina, se hubo retirado murmurando que eso podría costarle caro, Pedro observó la ominosa mirada de don Francisco, cuyo labio inferior se hallaba bien caído.

–¿Qué noticias hay? –preguntó prestamente.

–Bien, Pedrito, he andado de la ceca a la meca. Es algo infernal la manera cómo las amistades se enfrían rápidamente cuando se solicita algo de ellas. Hubiese jurado que el condestable de Castilla era amigo mío, lo mismo que don Juan Hurtado. Quizá los haya agraviado. De todos modos de nada me han servido. Hicieron mucho más los caballeros enviados por Cortés anteriormente, Montejo y Portocarrero, que ninguno de los otros. He sabido el motivo de que su majestad se halle tan enojado.

–¿De veras? ¡Por Dios! Ya es algo. ¿De qué se trata?

–En primer lugar –dijo don Francisco bajando la voz–, no ha llegado ningún mensajero. El obispo de Burgos y De Silva puede ser que tengan que ver algo con eso, pues tus andanzas en Sevilla eran conocidas de los oficiales del Consejo de Indias. En consecuencia, eres culpable de haberte apoderado del tesoro de su majestad.

–Ya me parecía. –Pedro rió, aliviado–. ¿Es eso todo? Muy bien, señor. Entonces no tengo sino que mostrar el recibo firmado por el superior de La Rábida y la carta del general. Con eso taparemos la boca del león.

–Ojalá que así fuera, hijo mío. –Don Francisco meneó la cabeza–. Pero hay otros cargos.

–¡Otros cargos! ¿Cómo?

–Se te acusa, como a Cortés y a todos los otros capitanes, de haberse rebelado contra las órdenes del rey, en la persona de Diego de Velázquez, adelantado de Cuba. –Don Francisco hizo un gesto de desesperanza–. Ciertamente, hijo, cuanto más vivo, más loco me parece que está el mundo.

–¡Rebelarse contra el rey –estalló Pedro–, cuando todo lo que hicimos fue para servirlo! ¡Rebelarse contra el rey, porque no quisimos que ese cubano gordo y baboso nos despojase de nuestras ganancias!

–Como he dicho –el viejo caballero sonrió irónicamente–. Pero no hables tan alto, muchacho. Si éste, tu carcelero, no es un Judas, es que no entiendo nada de pillos. Sí, como he dicho, y paso por alto esos cargos. Se os acusa especialmente de denigrar y vilipendiar el buen nombre de España, con la masacre de los pobres e indefensos indios en esa ciudad de que tanto hablas y cuyo nombre no puedo pronunciar; de haber conspirado para dar muerte al padre Ignacio de Lora; de vilipendiar a su majestad y conspirar con otros para instalar a Cortés como rey de Nueva España. También de inhumana crueldad con los marineros del barco, ahora entregados en cuerpo y alma a De Silva, quienes juran que trataron de impedir que huyeras con el tesoro real. En resumen, hijo mío –concluyó don Francisco con frío sarcasmo– eres uno de los monstruos más perversos que nuestra nación haya producido.

Pedro permanecía sentado, con las mejillas encendidas, boquiabierto, cerrados los puños.

–Pero Montejo y Portocarrero, que eran hombres de Cortés, ¿cómo no se hallan presos y acusados?

–Su defensa es que partieron de Nueva España antes de que diesen comienzo la mayor parte de esas atrocidades. Pero están llenos de temor y piensan abandonar Valladolid. Recuerda –prosiguió don Francisco– que el obispo de Burgos y Diego de Silva han llenado los oídos de su majestad con cuanta mentira han podido inventar. Y lo mismo han hecho con la Corte, esparciendo toda clase de embustes. También me han dicho que De Silva se ha ganado el favor del emperador a punto de que todo el mundo lo adula. Vive en gran estilo; tiene una Corte propia... No, hijo mío, tu crimen es no haberlo matado en la primera oportunidad que se te presentó. Y ahora es muy probable que pagues en el tajo, a menos que podamos hacerlo callar. Sí, a menos que podamos hacerlo callar –repitió el anciano caballero, meneando la cabeza lleno de cólera.

–No de tal modo –dijo Pedro, en voz baja, inclinándose hacia delante y poniendo la mano sobre el brazo de su padre–. Todavía no. Eso daría fuerza a cuanta mentira ha contado.

–Sí –asintió el otro– ¿Pero cómo, entonces? Si llega a vivir...

–Señor. He escrito a don Juan Alonso y al duque de Béjar. Ellos nos apoyarán.

–Sí, con tal que lleguen a tiempo. ¡Ruego a Dios que así sea! ¡Pidámosle que el juicio se aplace hasta que lleguen!

–A propósito, hijo –dijo después de una pausa, al cabo de la cual don Francisco se encogió de hombros–, casi se me había olvidado. Al abandonar la posada, un vendedor ambulante o algo así me entregó esto para ti. –El anciano caballero sacó una carta bastante ajada y provista de un sello muy ordinario–. Le pregunté quién era, contestándome que un humilde amigo de Jaén que te enviaba sus mejores augurios, al enterarse de tu desgracia. Entonces le di una moneda por su molestia. Aquí tienes.

Rechinaron los cerrojos de la puerta y Pedro introdujo apresuradamente el papel en su bolsa, a punto que asomaba la cabeza del carcelero, quien lamentaba tener que molestar a sus excelencias, pero el tiempo había transcurrido. Don Francisco apretó los hombros de Pedro con sus manos, mantuvo la voz serena al decirle adiós y se retiró cojeando, dejando la celda de techo abovedado sumida en silencio.

Asombrado aún por las malas nuevas, De Vargas recorría el lugar de un lado para otro. A su manera de ver todo se reducía a reunir evidencia suficiente que pudiese servir de paragolpes en su juicio contra la fuerza y el veneno de la acusación. Esto dependía a su vez del tiempo, de que el juicio no tuviese lugar hasta la llegada de sus poderosas influencias. Pero aun así las perspectivas no eran sino muy malas. Mediante la intervención de Medina Sidonia y de Béjar, saldría en libertad abonando una fuerte multa; pero su misión a favor de Cortés se hallaba sentenciada.

¡España! ¡Un porvenir en la Corte! Recordó sus primitivos sueños; también su conversación con García en Coyoacán. Sí, en Nueva España había poseído todo cuanto el dinero se hallaba imposibilitado de comprar: amigos, el respeto a que se hiciera acreedor, perspectivas ilimitadas. Aquí, estas paredes eran su horizonte y su vida dependía de las maquinaciones de un enemigo. Era De Silva quien disfrutaba de una carrera en la Corte, de un futuro brillante.

Iba de un lado para otro, siguiendo inconscientemente el sendero trillado en el pavimento por otros pies. Finalmente, al acordarse de la carta de aquella alma caritativa de Jaén, traída por don Francisco, la extrajo del lugar en que la había guardado, encendiendo una vela, medio sin advertirlo y rompiendo el sello. Evidentemente

era de alguna persona pobre y poco preparada, según indicaba tanto el papel como la escritura. Eso le recordó que siempre había encontrado más lealtad entre los pobres que entre los ricos.

Al principio no pudo sacar nada en claro de los garabatos trazados bastante desordenadamente sobre el papel. Luego empezó a recordar las palabras, excitando su interés cada vez más. Desesperadamente atento, estudió la imposible ortografía y la escritura, que era mucho más.

"Sancho López no contestó vuestra pregunta acerca de cierto perro negro, debido a que teme por su vida. De haber respondido, habría sido así: Hace años conoció al perro negro en Málaga. Sabe que ese perro negro, de pobre que era se hizo rico actuando en secreto a favor de los enemigos de Dios y de España, que atacan nuestros barcos. Perro negro visitó una vez al perro Rojo, en su guarida del otro lado del agua. Mejor no preguntar cómo Sancho supo, pues desde hace mucho ha vivido honestamente. Que esto pueda serle de beneficio es el deseo de vuestros amigos. Escrito por Paco el mulero."

De Vargas contemplaba fijamente el papel, en tanto una docena de chispas le cruzaban la imaginación. Paco, el que había grabado el nombre de Catana en el vaso. De manera que Sancho López se había valido de ese medio para contestarle. "¡Bravo, hombre!" Los ojos de Pedro echaban fuego. De Silva, agente de los corsarios en su juventud, uno de esos renegados que pasan informes sobre los movimientos de los barcos. Perro rojo no podía significar sino Barbarroja, alias Arouj, o su hermano Khair-ed-Din.

Eran noticias importantes. Empero, al pensarlo de nuevo, el entusiasmo de Pedro se apagó. No contaba sino con el escrito de un desconocido. De Silva gozaba de gran favor en la Corte y era pariente del obispo de Burgos. ¿Cómo podría un acusado acudir en defensa de su vida con una acusación tan absurda, que más bien le perjudicaría? Sin embargo..., esa heroica fuga de De Silva de manos de los corsarios. Sería posible...

Un ligero ruido en la puerta llamó la atención de Pedro, que observó a su alrededor a tiempo de ver cómo el postigo se cerraba. Evidentemente, alguno, sin duda el carcelero, lo había estado espiando.

Guardó la misiva en el bolsillo interior del jubón, aunque sin dejar de dar vueltas a su contenido en su imaginación.

No mucho después, el carcelero trajo la cena, consistente en un par de pichones asados, media hogaza de pan fresco, un poco de fruta y una botella de vino. Parecía mucho más apetitosa que la comida del mediodía; tanto más, que a Pedro no le pareció exagerado el precio, elevadísimo, por cierto, pedido por ella.

–Excelencia, le recomiendo de todo corazón el vino –dijo el carcelero–. Es un Alicante especial, digno de los labios del mismo rey.

–Bien, entonces –dijo Pedro, compenetrado de la importancia de tener al individuo de su parte–, haz el favor de llenar una copa y beberla a mi salud.

Pero con gran sorpresa suya, el otro declinó hacerlo.

–¡Ah, vuestra excelencia! ¡Ojalá pudiese hacerlo! Es por vuestra salud por lo que con más gusto bebería, y Dios sabe que semejante vino es un regalo que no puedo procurarme ni una vez al año. Pero sufro de cálculos, mi señor. El maldito médico me ha prohibido que pruebe vinos generosos durante todo un mes. Muchas gracias lo mismo, vuestra excelencia.

–Es una lástima –contestó Pedro.

Llenó el vaso de Catana, que había sacado de sus alforjas. Pero luego de haber decidido que primero comería, atacó el asado. El carcelero se retiró, después de haber esperado unos momentos.

No fue sino una feliz coincidencia que Pedro, al mirar hacia la puerta un instante más tarde, observase que el postigo había sido abierto una vez más. ¿Pero por qué tendría ese hombre que estarlo espiando en tanto comía, cuando hubiese podido permanecer dentro con toda libertad?

Entonces una sospecha cruzó por la imaginación de Pedro. Era extraño el poco interés del hombre por el Alicante; los hombres de la calaña del carcelero no desprecian así un buen trago, y él había hecho hincapié en las bondades de ese vino. Y aún más extraño era su proceder en el postigo. Recordó igualmente la opinión de su padre sobre el individuo. ¿Por qué no ponerlo a prueba?

Levantando descuidadamente su vaso frente a la puerta, Pedro simuló beber; luego lo alzó, dejándolo, por último, sobe la mesa, a tiempo que hacía chasquear los labios y volviendo a los pichones. Al mirar un poco después, el postigo ya se había cerrado.

Sin perder un instante, llevó el vino al otro lado de la celda, derramándolo sobre el aguamanil, después de haber vaciado el agua. No había necesidad de desperdiciar un buen vino en caso de que sus sospechas fuesen infundadas.

Vuelto después a la mesa, dio fin a la cena, teniendo cuidado de inclinarse a un lado y de bostezar repetidamente. Tenía que elegir bien los síntomas; pero si la bebida había sido preparada en su contra, un narcótico parecía, sin duda, más probable que un veneno violento. Finalmente, se echó sobre la mesa, con la cabeza apoyada sobre los brazos, aunque de modo que le fuese posible observar a través de las pestañas.

Transcurrió media hora, oyendo, finalmente, el ruido del postigo, en seguida de lo cual hizo su entrada el carcelero, que esta vez no lucía el semblante untuoso de antes. Por el contrario, parecía alerta y decidido.

Después de haber arrastrado los pies y tosido, el carcelero asintió satisfecho, moviendo la cabeza. Entonces sacó de detrás un objeto que había estado sosteniendo con la mano izquierda. Tratábase de una correa delgada, sujeta a una manija, a la vista de lo cual a Pedro se le erizaron los cabellos.

Era un garrote, instrumento utilizado para estrangular a los condenados.

80

Luego de haberse asegurado del estado inconsciente de De Vargas, observando el frasco vacío y pasando su mano regordeta por los cabellos del preso, el carcelero diose a trabajar con verdadera eficiencia. Inclusive bisbiseaba una canción. En primer lugar, apoderose de una de las sábanas del lecho, retorciéndola a modo de soga y haciendo un nudo corredizo al extremo. Luego la afirmó del testero de la cama que sostenía el dosel, para probar su resistencia, atando el otro extremo de la soga al poste de la cama.

"Con que así era la cosa", pensaba Pedro. Primero el garrote, luego el nudo corredizo. Por la mañana se daría parte de un suicidio más en la torre de la prisión. Incapaz de hacer frente a las acusaciones vertidas en contra suya, el preso se habría suicidado, confirmando con ello el alegato del fiscal, evitándose así molestias y dando por cerrado el juicio. Quizá eso explicaba también el relato del carcelero de otros caballeros que habían terminado por quitarse la vida, ahorcándose allí.

Sin abandonar su cancioncilla, el carcelero diose tiempo en seguida para revisar las alforjas, apropiándose de tal modo de todo su oro, que ya no sería de utilidad para su dueño. Una vez concluída

su tarea, se arremangó primero, pasando más tarde diestramente la delgada correa por detrás del cuello de De Vargas, introduciendo el asa de un extremo por la presilla del otro. Una vez ajustado, el collar del asa sería suficiente para quebrar la espina dorsal y aplastar la tráquea con una o dos retorsiones.

Pero éstas jamás se produjeron. Los brazos de Pedro, extendidos sobre la mesa, cerráronse de pronto sobre la cabeza del carcelero, inclinada por encima de él. Hizo un leve giro en su afán de evitar la mesa, valiéndose del antiguo movimiento hacia arriba utilizado por los luchadores, arrojando al individuo por encima de su cabeza y lanzándose contra él, medio asfixiándolo con su brazo. En seguida le aplicó un puñetazo en la mejilla, dejándolo tendido en el suelo y sin sentido.

Cuando el carcelero hubo vuelto en sí algunos minutos más tarde, fue para encontrarse atado sobre la silla, amordazado y con el garrote debidamente puesto alrededor de su garganta.

–De manera –dijo de Vargas– que ahora podremos hablar. Primero deja que te diga que un individuo como tú no viviría mucho tiempo en Nueva España. Eres bien poca cosa para mis compañeros... Bueno, ¿te sientes bien?

Un murmullo apagado se filtró a través de la mordaza.

Pedro retorció el garrote levemente detrás del hombre, lo que hizo que el otro mirase con los ojos bien abultados.

–Ya ves, amigo, cuál es la situación.

Entonces aflojó el garrote, colocando luego una silla frente al individuo y sentándose en ella.

–Confío –dijo– que no cometerás el error de considerarme un cobarde. He matado a unos cuantos hombres en mi vida, y todos valían mucho más que tú. Si te saco todo lo que necesito saber, quizá te perdone la vida. De lo contrario, será bueno que pienses que no soy de corazón blando.

Un gemido a través de la mordaza y el terror reflejado en los ojos del hombre, fueron la única respuesta.

–Bien –prosiguió Pedro–; el ser inteligente tiene su recompensa. Puedo habérmelas contigo de varias maneras. Por ejemplo, podría estrangularte y llevar tu cadáver hasta abajo. ¿Quién habría de saber que yo fuese el culpable? O hacerte beber ese Alicante, que he guardado, y dejar que te encontrasen dormido conmigo aquí por la mañana. No creo que le gustara mucho a tu jefe, o al gobernador de la prisión. Serías ahorcado previo juicio, y la publicidad de los

hechos redundaría grandemente en mi favor. Ya ves, rata amiga, que te encuentras en una situación bastante difícil y que nada tengo que perder tratándote de una u otra manera. ¿Lo has entendido, verdad?

El carcelero gimió, cerrando los ojos para no ver el sombrío semblante que se hallaba delante de su vista.

–Ahora –dijo Pedro, volviendo a tomar la manija del garrote por detrás del cuello del hombre–, voy a quitarte la mordaza. Pero cuidado con tu voz. No es necesario que hables muy alto y mucho menos que grites pidiendo auxilio. Después contestarás algunas preguntas. Pero recuerda, sabré si me engañas, y eso te costará un disgusto.

Al mismo tiempo que desataba la mordaza, apretó la correa del garrote.

–Bueno, ya está. Veamos la primera pregunta: ¿quién te pagó para que hicieras esto?

El señor De Silva. –Pedro pudo advertir el movimiento de la nuez del hombre en tanto pronunciaba esas palabras.

–¿Cuánto?

–Cien pesos.

–Supongo que tendrías que facilitar la entrada de cualquiera que viniese a visitarme y escuchar la conversación, ¿verdad?

–Sí.

–¿Qué otras instrucciones recibiste?

–Tenía que buscar papeles.

Pedro se alegró de su previsión al dejar los suyos en manos de don Francisco. Entonces se acordó de la carta de Jaén, cuyo contenido habría ayudado a De Silva en su tarea.

–¿Has oído algo sobre la fecha de mi juicio?

–Mañana. –El carcelero dio un respingo ante el repentino apretón de la correa–. Es cierto –chilló–. No puedo remediarlo; tengo que decir la verdad, ¿no?

¡Mañana! No habría tiempo para reunir auxilio. Si la maquinación de esta noche hubiese fracasado, al menos no escaparía de la audiencia. De Silva se hallaba, pues, bien seguro de su víctima.

–Ahora óyeme, so bergante. Esto es lo más importante de todo. Si me ayudas en ello, vivirás; de lo contrario, te mandaré a los infiernos. Di cuanto sepas acerca de De Silva. Él trabaja subterráneamente y vosotros, las ratas del bajo mundo, tenéis que haber oído algo. Quiero alguna prueba contra él, ¿comprendes? Vamos, habla pronto.

–No, no sé nada... –dijo el hombre, vacilante–. ¡Ay de mí! –clamó, con voz ronca, a medida que la correa se apretaba–. ¿Cómo puedo decir lo que ignoro?

–Piénsalo bien. Te daré medio minuto.

Por las mejillas del carcelero comenzaron a rodar chorros de sudor.

–¡Diez segundos! –previno Pedro.

–¡Espere, su excelencia, espere! Sé quién mató al mensajero de Sevilla. Arrojaron su cuerpo al río. Fue Tito el Fiero y su cuadrilla. De Silva le pagó para que lo hicieran.

–Y ese hombre, Tito, ¿dónde vive?

–En la calle del Salvador, cerca del mercado, mi señor. Pero que no se sepa que yo...

–Nadie lo sabrá. Si tú lo sabes, no lo ignorarán otros de tu especie. ¿A qué otros bribones visita o paga, además de Tito?

–No conozco a ninguno, vuestra excelencia.

–Piénsalo bien.

–En su esfuerzo por decir algo, era posible que el individuo estuviese inventando; pero contestó, vacilante:

–Una noche le vi salir de la casa de un tal Pablo Stúñiga.

–¿Quién es ése?

–Un rico comerciante del sur; de Málaga. Es prestamista. Dicen que es un judío converso o un morisco. Pero los caballeros no van a visitarlo sino cuando se encuentran en apuros.

Eso podría significar algo o nada. Don Francisco había hablado del lujo en que vivía De Silva, y los prestamistas no encajaban del todo mal en la escena. Pero hay que tener algo para que presten dinero. Pedro supo en Jaén que la fortuna de De Silva había desaparecido con la aventura americana. En verdad, fue el argumento de más peso esgrimido en contra suya por Carvajal. Empero, su influencia en la Corte podría ser un activo en su favor.

Como sintiera que ya había conseguido del carcelero todo lo posible y que parte de ello, notablemente lo relativo al asesinato del mensajero, podría serle de utilidad, Pedro consideró el siguiente paso: Evidentemente, el carcelero hallábase en venta al mejor postor. Si fuera posible volverlo testigo en contra de De Silva, más útil sería vivo que muerto.

–Ya sabes –dijo– que soy pariente de don Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, y que es hombre de muchísima influencia. No dejará que quede sin castigo la muerte de su mensaje-

ro, quienquiera sea el culpable. También el duque de Béjar apoya al general Cortés, de quien soy el representante. Esos personajes son mucho más influyentes que Diego de Silva. Discutamos el asunto.

Pedro arrimó nuevamente la silla frente al carcelero, después de haber abandonado su lugar detrás del otro.

–Entiendo que eres un pobre hombre, trabajador, que no sientes ningún afecto especial por De Silva más allá del dinero que te paga.

–Sí, vuestra excelencia. Tengo una familia numerosa.

–Sí, todos los pillos la tienen. Bueno, da la coincidencia que soy mucho más rico que De Silva, y tratándose de mi pellejo, quizá me sean útiles tus servicios. Supongamos que mañana le refieres la verdad: que no bebí el vino, de manera que permanecí despierto toda la noche y no pudiste, a pesar de toda tu buena voluntad, quitarme de en medio. No perderías nada con ello, salvo los cien pesos que él te iba a dar, con la ventaja de que yo te pagaré el doble.

Por primera vez el semblante del hombre reflejó cierto alivio; sus ojos se iluminaron, y hasta hubo un amago de sonrisa.

–¡Ah! Vuestra excelencia ha hecho de mí otro hombre. Beso vuestros nobles pies. Me haría cortar a pedacitos por servir a su señoría.

–Gracias. Además, si te asegurasen el perdón y la protección, valdría lo que pesa tu cabeza en oro prestar declaración acerca de tu tentativa de esta noche.

–¿Qué seguridad puedo tener?... –preguntó el carcelero, luego de haber meditado.

–Mi palabra de honor, hombre. Piensa que si fuese necesario podría denunciarte y hacer que te interroguen.

–Capitán De Vargas, estoy a vuestro servicio –contestó el otro.

–¿Y declararás contra ese Tito el Fiero?

–Eso no, su señoría. Tanto dará morir ahora como más tarde; porque la muerte estaría bien segura. Pero puedo indicar otros que se verán obligados a confesar.

–Es un noble pensamiento –dijo Pedro, esforzándose por ocultar sus náuseas ante semejante individuo–. ¿Y en cuanto al testimonio contra ese hombre Stúñiga?

–Todo lo que vuestra señoría desee –convino el carcelero–. Tengo una imaginación bastante viva.

–Pues contenla, señor carcelero. Átate a la verdad si te hago llamar.

–Sí, vuestra señoría –gesticuló el otro–. Pero no me quedaré corto. –Después que Pedro lo hubo puesto en libertad, se arrodilló, besando la mano a su nuevo patrón, en tanto exclamaba–: Vuestra excelencia puede contar conmigo en todo momento.

En respuesta, De Vargas levantó el bolso que había recuperado de manos del carcelero, contando cincuenta pesos.

–Ciento cincuenta más tendrás si sabes dónde te aprieta el zapato. En caso contrario, no te arriendo la ganancia.

–Ya me he dado cuenta de ello, su señoría.

Pedro lo vio retirarse con alivio. Después de haber amontonado unos cuantos efectos contra la puerta, de forma que el ruido lo despertase si alguien intentaba penetrar en la celda, se tendió en el lecho.

Pero se mantuvo despierto durante un buen rato, mezclándose el disgusto hacia el asesino con quien hubo de entendérselas, con el temor al mañana. Hallábase proyectando su defensa, cuando otro pensamiento se le vino a su cerebro: nada de defensa; no tenía nada que defender. Todo giraba sobre De Silva, no siendo cuestión de principio, sino de personalidad. Si lo expusiese a la luz pública, ganaría. Pero la exposición habría de ser completa, inmediatamente, convincente y definitiva. ¿Tenía suficientes pruebas para ello? No, evidentemente, no, por lo menos no eran aplastantes ni definitivas. Pero tal vez con un poco de suerte... Quizá si hacía la elección de un jugador...

–De pronto despertó, encontrándose con que el sol iluminaba la habitación. La ordalía se hallaba próxima. Había llegado la mañana.

81

Carlos seguía la costumbre de su época de comer en público en el aposento utilizado a la vez como comedor y salón de audiencias del palacio. Hallábase sentado ante una amplia mesa, sobre la cual se veían varios platos cubiertos. En la mesa destinada al personal, colocada detrás de él, estaban dos médicos, una especie de bufón de la Corte y una serie de pajes, bajo la dirección de un mayordomo. Frente a él, y a la distancia, lo mismo que alrededor, junto a las paredes, sentábase la corte, mezcla de españoles, flamencos y alemanes, cuyos ojos deferentes posábanse en la pluma del sombrero del emperador y en cada uno de los movimientos de sus mejillas.

Hombre grave en todas sus cosas, no prestaba atención a los circunstantes en modo alguno. La comida era cosa seria, de modo que había que hacerla eficientemente y sin interrumpirla con minucias. El bufón se encontraba a su espalda, como si fuese un mueble más de la Corte; un bufón entristecido cuyos servicios eran requeridos raras veces.

Ocupado su asiento, el emperador cortó una rebanada de pan en cuadraditos, suficiente cada uno para un bocado. Los pajes fueron destapando uno tras otro los diversos platos, que contenían aves, carne o pescado, haciendo su majestad un además adecuado con la cabeza, según los dictados de su apetito. En caso de asentimiento, los pajes se retiraban, mientras el emperador arrastraba el plato hacia él, introducía su cuchillo según lo requiriese el trinchado, utilizando después los dedos para comer una vez vuelto a retirar el plato del que se sirviera.

"¡Por Dios, con cuánta limpieza disponía su majestad de los alimentos!", comentaba la Corte.

Cuando tenía necesidad de beber, un ademán de la mano era la señal para que se acercase uno de los doctores, provisto de un frasco y una copa de cristal. Carlos vaciaba el contenido de un solo trago, limitándose a tres dosis por comida.

Los hermosos tapices colgados de las paredes y los más finos aún integrados por los rasos, las alhajas y los brocados de los cortesanos, formaban un marco verdaderamente hermoso. Reinaba silencio, interrumpido nada más que por los movimientos de los pajes y alguno que otro crujido de un hueso o de un alón de ave.

Algunas veces, pero muy pocas, la mirada absorta de Carlos apartábase de su comida para posarse un instante en alguna persona; pero sus ojos azules nada revelaban. Ese día advirtió por primera vez la presencia de un anciano caballero, vestido de negro, erecto y delgado como un espadón, dotado de un labio inferior despectivo y una nariz aguileña. Evidentemente, se trataba de algún personaje de distinción, pues se hallaba junto a don Iñigo de Velasco, condestable de Castilla. Por esa época Carlos no conocía a la nobleza española tan bien como a sus flamencos o germanos. Después de haber mirado una o dos veces al caballero, hizo señas a un paje, preguntándole quién era, luego que el otro se hubo acercado.

–Vuestra cesárea majestad: creo que se trata del famoso caballero don Francisco de Vargas, de quien tanto se cuenta relativo a las guerras en Italia. Dicen que era íntimo amigo del Gran Capitán.

–¡Ajá! –dijo Carlos, volviendo a su comida, mientras el paje retornaba a su lugar.

Después de la comida entregáronse mondadientes de pluma al emperador, quien hizo uso cuidadoso de los mismos. Luego se levantó, siendo retirada la mesa, con lo cual el aposento quedó convertido en salón de audiencias.

Se observó que al acercarse el señor condestable en compañía de don Francisco, el emperador se volvió a un costado; también que hizo caso omiso cuando los señores Montejo y Portocarrero se inclinaron ante su persona. Por el contrario, no pasó inadvertida su animada charla con el obispo de Burgos y con Diego de Silva tan pronto como tomó asiento en uno de los huecos de las ventanas.

–Pronto nos reuniremos, caballeros –dijo Carlos–. Me parece que tendremos el placer de examinar a ese joven pirata De Vargas, ¿eh? *¡Au revoir!*

Los astutos cortesanos afluyeron del lado de los dichosos recibidores de la sonrisa imperial. Aunque aparentemente superficiales, los acontecimientos tenían su importancia. De ellos podía depender la lucha de años, el futuro de Nueva España.

Ese día Carlos redujo la hora acostumbrada de audiencias y de solicitudes. Al ser informado por el gran canciller Gattinara que afuera esperaba cierto prisionero en cuya busca hubo enviado su majestad, el emperador abandonó su sitio junto a la ventana para dirigirse, con paso decidido, por entre las filas de cortesanos respetuosos.

–Haga pasar al señor obispo de Burgos y al señor De Silva al gabinete –ordenó a Gattinara–. Que traigan al prisionero.

–Una palabra, señor –previno.

–Sí.

–Mantenga su ánimo despierto. Mucho puede depender de ello.

–¿En verdad, monseigneur? –repuso Carlos, secamente–. ¿Qué depende de ello?

–La justicia, vuestra majestad..., y, posiblemente, un imperio.

Como indicación de que era un prisionero, más que con otra finalidad, Pedro llevaba ligeras ligaduras cuando fue introducido en el gabinete imperial. Los dos alabarderos que se encontraban frente a él hiciéronse a un lado, permitiéndole con ello ver por primera vez al rey, a cuyo servicio estuviera durante los últimos cuatro años. La impresión no pudo ser más favorable, puesto que Carlos era de as-

pecto majestuoso. En ese instante los ojos del emperador eran fríos como el granito azul.

Pedro advirtió entonces la figura esbelta y proporcionada de De Silva a la izquierda del emperador, tardando un momento en dominar la tensión convulsiva que lo invadió. El rechoncho clérigo, de aspecto truculento, a quien acertadamente tomó como el obispo de Burgos, le interesó bastante menos, lo mismo que aquel otro caballero situado a la derecha del emperador.

Los alabarderos se retiraron hasta la puerta, y Pedro se hincó sobre una rodilla.

–Puede adelantarse, Pedro de Vargas –dijo el emperador prosiguiendo una vez que el prisionero estuvo frente a él–: No es nuestra costumbre examinar a los rebeldes antes de que sean juzgados..., eso queda para los jueves..., pero en este caso no puede menos de ceder a la tentación de ver al hombre envuelto en tantos crímenes.

Aunque Pedro mantuvo su mirada cuidadosamente desviada, no por ello dejó de advertir la sonrisa triunfante de De Silva. Empero, contestó, serenamente:

– Si mis crímenes me han proporcionado la atención de vuestra generosa majestad, no puedo lamentarlo, mucho menos cuando han sido perpetrados al servicio de vuestra majestad.

–¡Dios me valga! –exclamó Carlos–. No nos engañaréis. Os habéis apropiado de una suma de oro que se supone venía dirigida a nosotros y aún tenéis el atrevimiento de declarar que el robo ha sido en nuestro servicio.

–Vuestra majestad prejuzga el caso –intervino Gattinara.

–No existen tal prejuzgamiento. ¿Acaso los funcionarios del puerto no vieron cómo este hombre desenterraba una gran cantidad de oro en su presencia y se lo llevaba a despecho de ellos, alegando que era de su propiedad? ¿Qué mas quiere?

–Una simple formalidad, señor. Que se permita al capitán De Vargas que hable en su defensa.

–Bien, que hable, entonces el señor capitán.

–Vuestra majestad, he dicho la verdad entonces. Ese oro me pertenece.

–*¡Eh, bien voilá!* –rezongó Carlos–. Ya lo habéis oído de sus propios labios.

–En cuanto al oro de vuestra majestad, por un valor de cuatrocientos mil pesos –prosiguió De Vargas–, está en el lugar en que fue desembarcado, esperando las órdenes de vuestra majestad.

–¡Cuatrocientos mil pesos! –El tono de la voz del emperador era muy distinto–. ¿Dónde?

–En el monasterio de La Rábida. A cargo del padre superior, fray Tomás.

Pedro esperaba que la noticia surtiese algún efecto, y no en vano. La sonrisa de De Silva había desaparecido.

–¿Oro por cuatrocientos mil pesos? –repitió Carlos.

–Vuestra majestad. –Una risa brusca hubo de cortar la respuesta de Pedro. De Silva observó–: ¿Puedo aventurar una palabra de precaución? Confío en que el oro exista; pero aun así no existe sino bajo la palabra de un hombre cuyo atrevimiento ha señalado vuestra majestad misma. ¿Cuánto tiempo llevará saber que De Vargas no ha dejado ningún oro en La Rábida? Dos semanas, cuando menos. Y en tanto tiempo, a juzgar por mi experiencia con este hombre, pueden acontecer muchas cosas.

–Es muy cierto, señor –sonrió Pedro–. Sólo que no hará falta que transcurran dos semanas para saberlo. Bastará con un par de minutos, cuando mucho.

–¿De qué modo? –inquirió Carlos

–Cero que mi padre, don Francisco, se halla hoy en la Corte. Lleva consigo un documento de La Rábida que prueba lo que afirmo, así como una carta de Cortés, referente a lo mismo, dirigida a vuestra majestad. Debido a mi experiencia relativa al señor De Silva, no quise aventurarme a llevar esos documentos sobre mi persona, para evitar que se perdiesen.

En otra oportunidad el emperador no habría aprobado semejante ataque contra un hombre a quien tanto favor dispensaba; pero en ese instante hallábase demasiado interesado en ese documento de La Rábida.

–Que llamen a don Francisco –ordenó.

El anciano caballero penetró en el aposento con el mismo porte arrogante de costumbre, sin mostrarse indebidamente impresionado; en verdad podría haber caminado por la nave de la iglesia, camino del altar mayor, con mayor humildad de la que demostraba al aproximarse a Carlos de Austria. Pero al mismo tiempo su aspecto denotaba reverencia.

El joven emperador, molesto por haberlo desairado en el salón de audiencias, se levantó impulsivamente.

–Bienvenido seáis a la Corte, don Francisco. Hace mucho que deseaba conocer al buen caballero y servidor de mi abuelo, al amigo

de Gonzalo de Córdoba. Es para mí una gran pesadumbre que hayáis llegado en ocasión tan grave, pero me gustaría haceros saber que, cualquiera sea la gravedad de los cargos contra vuestro hijo, nada de ello refleja en contra vuestra.

–Si no me arrodillo –dijo el otro inclinándose ante la mano extendida– señor, es por culpa de Ravena. En cuanto a mi hijo, ojalá que sobre mi alma no pese un crimen más grave que el suyo. Pero, sea lo que quiera, estaremos siempre juntos, aunque incurramos en el desagrado de vuestra majestad.

Luego, extrayendo los papeles que le fueron confiados, hizo entrega de los mismos.

–Con vuestra venia, ¿puedo retirarme?

–De ninguna manera. Podremos necesitaros.

Calos había abierto ya el recibo del monasterio, extendido por fray Tomás, recorriéndolo con avidez.

–Observe, Gattinara, aquí está el sello del monasterio. Treinta y cinco cofres, que se dice contienen oro por valor de cuatrocientos mil pesos. Veamos lo que dice Cortés, además.

Rompió el sobre, leyendo la carta escrita desde Coyoacán, un pliego cuyos renglones se hallaban bien apretados.

–He aquí las noticias. La ciudad del nombre lago, caída... Todo el país en manos de los españoles... Un continente... El individuo escribe bien, mi señor canciller. Ya me impresionó la otra carta. Tiene el toque del César... Sí, treinta y cinco cofres de un quintal cada uno, llenos de oro en barras que serán dejados en La Rábida... totalizando el quinto real de cierto tesoro descubierto por el capitán Pedro de Vargas, más otros décimos devotamente donados por la colonia de Villa Rica. En consecuencia, la mitad... Dicho capitán De Vargas, retiene otros dos quintos... *Ma roi*, sois un hombre rico, señor... Bien, la carta está de acuerdo con el recibo de fray Tomás. ¿Pero por qué, ¡en nombre de Dios!, no nos habéis comunicado todo eso, De Vargas? ¿Por qué ha sido necesario poneros bajo arresto para obtener información de tanta importancia? ¿No es una negligencia desleal?

–No, señor. Tan pronto como hube llegado a Sevilla, fue enviado un mensajero por su excelencia Medina Sidonia. El mensaje especificaba que yo era portador de noticias importantes a más de una contribución de México; que seguiría hasta Valladolid, vía Jaén, para visitar a vuestra majestad, que no había hecho sino desembarcar en Santander. El duque dará testimonio de ello.

–¿Qué mensajero? No ha llegado ninguno.

Por primera vez Pedro miró fijamente a De Silva, quien se hallaba pellizcándose la barbilla, su semblante más pálido que de costumbre y los ojos desviados aunque vigilantes.

–Creo que le ha sido tendido una celada. Pero siendo un criminal a los ojos de vuestra majestad, ninguna acusación que yo haga tendrá suficiente valor.

Eso era una pregunta al mismo tiempo que una manifestación. Carlos miró indeciso a Gattinara, que no ofreció ningún consejo. Acaso el canciller disfrutase viendo cómo su joven señor trataba de salir por sí solo de la situación que hubiese podido prevenir con un poco de tacto.

–En cuanto a eso –vaciló el emperador– está bien claro que no pueden ser mantenidos ciertos cargos en contra vuestra. Ello fue debido a un error. Habéis traído buenas noticias y una bienvenida contribución de Nueva España. Es posible que hayamos procedido con cierto apresuramiento. ¿Qué tenéis que decir, señor De Silva?

Pedro vio un par de hombros cubiertos de espléndido brocado, dócilmente inclinados y una reluciente cabeza bastante baja, mientras De Silva se arrodillaba frente al emperador.

–Señor, recabo humildemente el castigo para mí. Fue mía la culpa.

–No, señor. Habéis informado de acuerdo con la evidencia de los oficiales del puerto de Palos y el testimonio de los marineros del barco de De Vargas. Es lo menos que podíais haber hecho. La culpa no es vuestra.

–Pero señor, el obispo de Burgos y yo hemos hecho algo más. Hemos acusado a este hombre de rebelión contra vuestra majestad en Nueva España, de traición blasfema, de indecibles crueldades, de denigrar el nombre de España y de conspirar para asesinar a un sacerdote de Dios. Como vuestra majestad ha mencionado, hemos actuado apresuradamente. En consecuencia, es nuestro deseo retirar esos cargos.

82

Se produjo un silencio, durante el cual los circunstantes quedaron asombrados, no pudiendo pensar Pedro sino en una serpiente grande, negra y tortuosa. El obispo Fonseca parecía tan asombrado como el emperador y Gattinara.

–¿En verdad –profirió Carlos al cabo de una pausa– retiráis vuestros cargos? ¿Por qué razón?

–No desearíamos causar preocupaciones a vuestra majestad –dijo De Silva, levantando la cabeza. Aún seguía arrodillado–. Habríamos deseado atraer sobre nuestras cabezas la cólera de vuestra majestad y que la voz de la justicia hubiese sido silenciada, antes de que vuestra majestad fuese tentado a hacer buena la jactancia de De Vargas y otros como él, de que cualquier crimen que quisiesen perpetrar quedaría impune mediante una buena suma de oro. En consecuencia, retiramos nuestras acusaciones. Este hombre y sus compañeros no son rebeldes; son fieles al gobernador de Cuba; se han distinguido por su rectitud, su lealtad y su piedad; no han cometido ninguna extorsión, ningún asesinato; no han llevado a término ningún complot. Son nobles caballeros que deben ser estimados y recompensados.

El emperador se acariciaba la barbilla y apretó los labios más de lo que era costumbre en él.

–Me gustan las palabras claras, señor De Silva.

–Eso es lo malo, vuestra majestad. El obispo de Burgos y yo somos hombres que hablamos sin rodeos. No hemos visto sino un hatajo de hombres villanos, transgresores de la ley, culpables de todo crimen. No vimos, como parece que debiéramos, que la maldad tiene su contraparte en el triunfo.

Eran las palabras adecuadas. Entonces, como siempre, Carlos de Austria se enorgullecía de su justicia y de su imparcialidad. Y no mejoró la cosa cuando a esa altura Gattinara observó pensativamente:

–Señor De Silva, ésa es una de las observaciones más sinceras que habéis hecho.

–¡Cómo! –profirió vivamente el emperador–. Mi señor canciller, es indigno de vuestra persona...

–Es el veredicto de la historia, señor.

–Entonces escribamos una nueva página de ella. No se dirá de un sacro emperador romano que acepta un soborno...

–¡Hala! ¿Vuestra majestad quiere decir que rechaza el oro?

–No. –Carlos guiñó ligeramente–. No, ¿pero estoy equivocado al creer que ese oro me pertenece, sean o no rebeldes esos hombres?

–Naturalmente que os pertenece –indicó el obispo de Burgos–. Si un ladrón restituye parte, una ínfima parte, de su mal habido botín, ¿quiere decir que se ha absuelto a sí mismo del robo?

–Esa es la verdadera respuesta, monseigneur di Gattinara –dijo el emperador, asintiendo.

–Señor –repuso el canciller– estábamos hablando de ladrones, no de rebeldes. ¿Si Cortés fuese leal, qué querría vuestra majestad que hiciese, que no haya llevaba a buen término? Regala a vuestra majestad un gran país, conquistado por un puñado de hombres en lucha contra millones; envía un regio rescate como tributo. Ésa no es la manera de proceder de un rebelde.

–Precisamente –terció De Silva, ya levantado y junto al obispo. Sonreía fríamente, fijos en Gattinara sus ojos fríos y arrogantes–. Precisamente. Como ya he dicho, Cortés no es un rebelde, sino un hombre triunfante. Que se llame virrey o rey de Nueva España, poco importa. Allí gobierna y desprecia toda autoridad. Y si no ahí tenemos a Narváez y a sus leales caballeros, a quienes ha tullido o asesinado. Presenta a su majestad un hermoso país, pero al mismo tiempo lo retiene para sí. Cuando podría haber enviado cuarenta millones, no remite sino cuatrocientos mil como regalo para evitarse molestias. Así se conducen los que triunfan.

–¡Cuarenta millones! –Carlos se acariciaba la barbilla. Era todavía lo bastante joven como para creer en cualquier cifra, tratándose del Nuevo Mundo.

–Ciertamente –prosiguió De Silva–. Cortés ha saqueado cientos de ciudades. La noche de la retirada vi cómo arrojaba al aire centenares de miles en oro para que la tropa se apoderase de él. No recuerdo que haya podido salvar una blanca para el tesoro de vuestra majestad.

"¡Ah, Nuestro Señor!" rogaba De Vargas por lo bajo. "¿No hay fuego en el infierno para semejante perro?"

Pero si había algún fuego iba dirigido contra el mismo Pedro. Los ojos azules del emperador se hallaban clavados en él.

–Bien, caballeros –dijo Carlos–, ya hemos oído bastante al respecto. No nombramos gobernadores reales para que su autoridad se vea menoscabada. No nombramos ministros en nuestras tierras de ultramar –miró a Fonseca– para que sean ignorados por Cortés o Pedro De Vargas. Mi señor obispo, vos y el señor De Silva han hecho acusaciones contra este hombre. Tiene que enfrentarlas. Hemos ordenado a don Fadrique Enríquez, Almirante de Castilla, que designe los jueces, los cuales esperan para dar comienzo a la vista.

De modo, reflexionaba Pedro, que era como su padre temía. Las grandes nuevas de México, el presente de oro, no era suficiente

para librarlo de la acusación. El poder del obispo de Burgos, atrincherado en el cargo durante treinta años, no podía ser vencido tan fácilmente. Pedro era un recién llegado, un joven que no podía luchar contra él. ¿Y qué suerte de juicio iba a esperar con influencias tan poderosas en contra suya? Era imposible refutar que él y sus compañeros habíanse alzado contra el gobernador de Cuba; que era segundo comandante de Tenochtitlán cuando se produjo la matanza (y de nada le serviría alegar que había protestado contra ella), compartiendo la responsabilidad con Alvarado. En cuanto a otros cargos, quedaba su palabra contra la de De Silva, con esta diferencia: que él se hallaba desacreditado mientras que el otro gozaba del favor imperial. No, no tenía ninguna esperanza en la defensa; su única posibilidad radicaba en el ataque. Y ése era el momento.

–Vuestra majestad –dijo, tratando de mantener serena su voz, pero advertido de la crisis–, ¿puedo formular una pregunta?

–Ya hemos oído bastante –comenzó a contestar Carlos–. No tenemos tiempo. No, mi señor di Gattinara; hay otros asuntos...

–Señor –don Francisco había dado un paso hacia adelante–, si alguna vez he prestado algún servicio a España, si hay memoria de ello, escuchad a mi hijo.

–Bien, así sea –contestó Carlos frunciendo impaciente el entrecejo–; pero que sea breve. ¿Cuál es la pregunta?

–Vuestra majestad –prosiguió Pedro–, ¿influye de algún modo el carácter del acusador en la creencia que se presta a los cargos que hace?

–Sí, y si se refiere a vuestros acusadores, diré que confirma los cargos hechos por ellos. De nuestra señoría, el obispo de Burgos, no hay ni que hablar. En cuanto al señor De Silva, diré que no sólo está garantizado por el obispo, sino que me ha prestado diversos servicios. ¿Le basta con ello?

El corazón de Pedro latía con inusitada violencia; todo dependía del siguiente paso.

–Sí, vuestra majestad; pero séame permitido hablar sobre ese punto. Paso por alto el hecho de que ese hombre me haya denunciado una vez y que sus acusaciones fueran no solamente anuladas por su Santidad el Papa y por la Suprema, sino que hasta vuestra majestad intervino oportunamente.

–Fue una cuestión teológica –dijo Carlos–, que concernía tanto a vuestro venerable padre como a vos.

–Y, sin embargo, señor, una falsa acusación, no importa sobre lo que sea, no es cosa que favorezca otra por el mismo individuo... Paso por alto también la circunstancia de que esa persona –a Pedro le resultó difícil pronunciar el nombre de De Silva– pasó a formar parte de nuestras filas en calidad de hombre de Narváez, lo cual constituye de por sí un prejuicio evidente. Y tampoco hago hincapié en el hecho de que abandonara Cuba a hurtadillas, después de nuestra derrota y cuando creía que la empresa estaba sentenciada, aunque apuesto mil pesos a que ahora daría su alma por haber permanecido allí hasta la victoria. Nada diré de su traición para conmigo y otros dos camaradas la noche de la retirada, lo que es una acción de lo más cobarde, puesto que no tengo sino mi palabra para probarla.

–Vamos –dijo el emperador–, no queremos oír ningún discurso.

–No será ningún discurso, vuestra majestad –prosiguió Pedro–. En consecuencia, en esta ocasión no mencionaré sino la desaparición del mensajero de Sevilla, aunque tengo pruebas de que un matachín de esta ciudad, uno llamado Tito el Fiero, lo asesinó pagado por este hombre.

–¡Señor! –exclamó De Silva, cuya voz furiosa parecía temblar–. ¿Deberé permanecer aquí...?

–Paciencia –sonrió Carlos–, ya os llegará el turno después... Bien, De Vargas: ¿habéis terminado ya con vuestros "no mencionaré" y "pasaré por alto"?

–Ciertamente, vuestra majestad. – Pedro se sintió terriblemente solo, mientras se preparaba para dar el golpe decisivo. Nada de echarse atrás después de eso; todo o nada, el triunfo o el fracaso–. Ciertamente vuestra majestad; pero aún queda un asunto de mayor importancia. Acuso a este hombre de estar a sueldo de los corsarios, de ser espía de Barbarroja y renegado traidor a vuestra majestad y a España.

–¡Por Dios!…

De Silva había sacado su espadón, arrojándose al instante contra Pedro, pero no tan de prisa que se viese libre del bloqueo de Gattinara.

El emperador se había puesto de pie.

–¡Señor! ¿Os habéis olvidado del lugar? ¿Cómo osáis desenvainar la espada en nuestra presencia? De no admitir que la provoca-

ción ha sido demasiado grande, los guardias se harían cargo de vuestra persona en el acto.

De Silva volvió a envainar su espada, después de haberse dominado. Su rostro estaba pálido como la cera y le temblaban las manos.

–Hay cosas que son imposibles de aguantar.

–¡Que Dios lo proteja en caso de que no pueda comprobar esa acusación! –dijo Carlos, señalando a Pedro con la mano.

–No permita vuestra majestad que manche sus oídos... –terció De Silva.

–La comprobaré –dijo Pedro, frenando su alegría con una oración muda–. En primer lugar, permítaseme preguntar a este hombre si no actuó hace años en Málaga como informante de los corsarios, recibiendo grandes sumas por sus servicios. Yo agregaría que tengo un testigo en Jaén para comprobarlo.

–Señor, el dueño de una taberna de mala fama –dijo De Silva, cuyo aspecto era el de una persona que se ahogaba.

–Por lo menos parece que conoce al testigo –observó Gattinara.

–Después haría que fuese interrogado por algún experto marino acerca de los pormenores de su fuga de Túnez. Él alega ser soldado, no marinero. ¿Cómo pudo entonces, después de haber degollado a la tripulación, conducir él solo una falúa hasta Málaga? No conoce nada del mar. Que explique cómo estableció la derrota y manejó las velas. He oído decir que ha manifestado que la embarcación se hundió cerca de Málaga. ¿Y los restos del naufragio? ¿Es que no hubo testigos? ¿Se le ha interrogado minuciosamente acerca de esa escapada milagrosa?

–En cuanto a eso –dijo De Silva, dudando–, no se tema. Ya lo explicaré.

–Por último –concluyó Pedro, disparando el último cartucho– es cosa de preguntarse de dónde saca el dinero este villano fundido para sostener tanto lujo en Valladolid.

–¿No resulta pueril esa pregunta? –dijo De Silva, riendo ásperamente.

–A este respecto –prosiguió Pedro–, llamaría como testigo al carcelero de la prisión a quien De Silva pagó anoche para que me asesinase. Prestará declaración sobre algo más. Demostrará que este hombre frecuenta la casa de uno que se titula comerciante, uno de Málaga, morisco, un tal Pablo de Stúñiga, a quien se puede interrogar.

Cualesquiera que fuesen los defectos de De Silva, el hombre no carecía, ciertamente, de decisión. Antes de que los alabarderos hubiesen tenido tiempo de cruzar sus armas, había pasado ante ellos. Su voz resonó en la antesala, como si estuviese persiguiendo a alguien. El tumulto y una gran confusión se oyó en la antesala y en las escaleras exteriores, seguido más tarde del ruido de cascos que se alejaban al galope.

Después de haber disminuido la excitación y de ser impartidas las órdenes para la captura, el emperador volvió a ocupar su asiento, volviéndose luego hacia el obispo Fonseca.

–Señor, habéis salido fiador de ese hombre. ¿Qué tenéis que decir ahora?

–Nada, vuestra majestad. –Por una vez el obispo de Burgos no supo qué decir–. Le retiro mi protección agregó, trabajosamente.

–¿En qué quedan los cargos contra el capitán De Vargas –preguntó Gattinara, que se había acercado, sonriendo para sus adentros– cuando el principal testigo se ha... ¿cómo diríamos?... retirado?

–*¡Cré Dieu!* –Carlos dio un puñetazo en el brazo de su asiento–. Deberíais haberme aconsejado en esto, señor canciller.

–Señor, ¿puedo manifestar humildemente que el manejo de los casos complicados se aprende no con consejos, sino mediante la experiencia? Vuestra majestad confió en De Silva, mientras que el precepto que gobierna a los príncipes expresa que no deben confiar en nadie.

–Creo que esa lección me servirá de mucho –convino el emperador–. Que libren de sus ligaduras al capitán De Vargas. Puede ser que se trate de un caso de olla y sartén; pero desaparecida la primera, ya no habrá quien diga negra a la segunda. Bien, señor, Carlos de Austria os presenta sus excusas.

Libre de sus ligaduras, Pedro se arrodilló ante el emperador, luego de haber avanzado un paso.

–¿Puedo solicitar un gran favor de vuestra majestad?

–Aunque sean dos, si tal es vuestro deseo.

–Que continúe el proceso. No el mío, sino el del general Cortés y de toda la compañía. –De repente se halló citando las palabras de su jefe–: Como el general dice, no somos santos, vuestra majestad. Ni tampoco demonios. Somos hombres desesperados, peleando una batalla encarnizada, y en el calor de la misma hemos cometido errores. Suplico a vuestra majestad que juzgue por los hechos. Hemos dado a España un imperio que sólo aguarda las órdenes de

vuestra majestad. El favor que solicito es el nombramiento de un consejo imparcial, no elegido por el obispo de Burgos..., hombres que no tengan otro interés que la justicia. Que ellos establezcan los méritos de Velázquez y de nuestro general. Comprometo mi honor, señor, que acataremos lealmente sus decisiones.

–No es mucho pedir –contestó Carlos–. Después de lo sucedido hoy, no habría otro camino posible. Se celebrará ese juicio, capitán De Vargas, y será designado ese consejo imparcial... Podéis levantaros. –Y cuando Pedro estuvo de pie, agregó–: Decidme una cosa: ¿son todos los capitanes de Cortés como vos?

–Señor, soy de los más jóvenes –tartamudeó Pedro–. No debiera juzgarse a los otros por mí. Están Alvarado, Sandoval, Marín, Dávila, Tapia y una docena más. No soy digno de ser mencionado entre ellos.

–¿De veras? –sonrió el emperador, a la vez que se volvía hacia Gattinara y don Francisco–. Caballeros, ¿creéis eso? Bien, vamos a ponerlo a prueba. Capitán De Vargas, os concederé un favor que no habéis solicitado: podéis ocuparos de traer ante la justicia a Diego de Silva... vivo o muerto.

83

Si Carlos de Austria hubiese hecho a Pedro dignatario del Estado, no habría sido nada en comparación con la orden de arresto recibida en el plazo de una hora, autorizándolo para apoderarse de la persona de Diego de Silva, vivo o muerto, ordenando a todos sus súbditos que lo ayudasen en la empresa. Celebró una conferencia con su padre, tan pronto se vieron libres de los amigos que los felicitaban, en la posada que sirviera de albergue a don Francisco.

–¡Por la misa! ¡Ojalá que yo fuese más joven! –exclamó el viejo caballero dando un puñetazo sobre la mesa, luego de haber vaciado una medida de vino–. ¡Por Dios! Ojalá pudiera seguir contigo la pista de esa carroña. ¡Vivo o muerto, eh! Mi querido hijo, tendrás que olvidarte de las dos primeras palabras cuando lo hayas alcanzado. A decir verdad, tendrás que cuidarte mucho de él, pues es anguila y zorro al mismo tiempo.

–Veamos lo que pienso –dijo Pedro–. Huirá hacia el norte. Mi temor es que ya se halle en camino hacia la frontera francesa. Los pasos de las montañas son como otros tantos agujeros en un colador. No es posible taparlos.

–No estoy de acuerdo –contestó don Francisco–. Nos hallamos al borde una guerra y los castellanos hallarían un frío recibimiento en Francia. Te digo que vigiles los puertos. Irá hacia el África. ¿Dónde se encontrará mejor un renegado que entre los infieles? Más bien aparecerá por la costa del este o quizá por la del sudeste de Gibraltar.

–Ya se ha pasado aviso a los funcionarios de los puertos. El señor Di Gattinara se ha encargado de ello, así como de notificar a las posadas y pregonar la recompensa. Entretanto, sus perseguidores le han perdido la pista esta tarde dentro de la misma ciudad. Los guardias de las puertas no han visto pasar a nadie que se le parezca. Es posible que se haya ocultado por ahora aquí.

–¿Hablaste de un Tito el Fiero y del moro Stúñiga?

–Los andan persiguiendo, señor. Espero noticias de ellos de un momento a otro. He citado a ese bribón de mi carcelero, que debe saber algo.

Pero las noticias no fueron nada buenas. El Fiero y su cuadrilla habían desaparecido. El carcelero no vino. Una recorrida por la ciudad hizo que fuese hallado su cuerpo, no lejos de la prisión, con una cuchillada en la garganta.

–¡Pobre belitre! –exclamó Pedro–. No merecía mucho más. ¡Y pensar que yo le había prometido protección!

España es un país ideal para jugar al escondite; es decir, ideal para la parte que busca de ocultarse. Las semanas se convirtieron en un mes. De cuando en cuando, basándose en algún informe, Pedro dirigía la persecución en un sentido o en otro, sin más resultado que regresar confundido al término de la misma. Parecíales que sería más fácil hallar una aguja en un almiar, ya que al menos sabríase dónde se encuentra la aguja, en tanto que De Silva fácilmente habría salido de España. En verdad, durante un tiempo De Vargas fue el perseguido, más bien que el cazador. Dos veces su cota de malla detuvo el puñal de un asesino asalariado. Pero inclusive cesaron esas tentativas, que lo alentaron a creer que De Silva se hallaba al alcance; y no tuvo más remedio que admitir que estaban empatados.

Entretanto don Francisco hubo de regresar a Jaén para tranquilizar a doña María y para esparcir por la ciudad las buenas nuevas de la Corte. Tenía mucho que referir. Anulada la influencia de Fonseca, no tardó mucho tiempo el consejo en tomar una resolución sobre las demandas de Cortés y del gobernador de Cuba. La conquista, peso abrumador de por sí, tuvo la virtud de silenciar inclusi-

ve al legalismo español. ¿Qué había hecho Velázquez, ni cualquier otro colonizador del Nuevo Mundo en comparación con aquélla? La Corte, y muy pronto toda la envidiosa Europa, vibraba con el relato de las hazañas de Cortés y de sus hombres, que añadieron nuevas glorias a las armas españolas. Que los verdaderos conquistadores fuesen privados del reconocimiento y de la recompensa, a favor de un hombre como Velázquez, que no había puesto más que su nombre y una pequeña suma en la empresa, era una cosa demasiado absurda para que fuese aceptada, incluso por los más pedantes.

Citado de tanto en tanto, para declarar ante el consejo, Pedro hizo su parte en esta exoneración, cosechando lo suyo en los laureles. Y dado que la influencia del obispo de Burgos se desvaneció en la nada, brillando a la vez la estrella de Cortés, los hombres de éste ya no fueron desdeñados en las reuniones de la Corte. Hallábanse en pleno apogeo, diríase en la luna llena del favor imperial.

Don Francisco describía la escena de cómo habían armado caballero a Pedro ante un grupo de amigos invitados al efecto; naturalmente, no había faltado el marqués de Carvajal.

–Caballeros, ustedes perdonarán mi parcialidad, pero considero que ello es lo mejor de mi vida. Hubieran visto a mi hijo, señores. Os digo que se condujo perfecta y galantemente. Como que muchos así lo manifestaron. Además su generosa majestad le confirió la cruz de Santiago, habiéndole prometido el mando de cincuenta lanzas en Italia. Pero, señores, a mi modo de pensar no es eso lo mejor. –Don Francisco se detuvo para hacer mayor impresión–. El mismo canciller me dijo que el general de mi hijo, Hernán Cortés, había procedido acertadamente en todos sus actos, y que será nombrado capitán general, gobernador y justicia mayor de Nueva España, y que sus oficiales y soldados serán debidamente honrados y recompensados. Mi señor Di Gattinara jura que ello es obra de la excelente manera como mi Pedrito ha conducido los asuntos ante la Corte. ¿Qué significa la cruz de Santiago, comparado con eso... haber prestado servicio a nuestro general devota y lealmente?

Pero a la vista de tanta gloria, don Francisco y sus amigos habríanse encontrado turbados si hubiesen podido observare el semblante tactiturno de Pedro al abandonar esa misma tarde el palacio de Valladolid. Había alquilado temporalmente una residencia en dicha ciudad y regresaba a caballo a la misma aquel nublado día de septiembre, sin pronunciar apenas una palabra delante de su flamante

caballerizo, Cipriano Dávila, y ninguna a sus pajes de hacha. Desmontando pesadamente de su silla, saludó con un movimiento de cabeza a sus guerreros zapotecas que montaban guardia, ascendiendo lentamente la escalera, y penetrando en su dormitorio.

Experimentaba como si su última sonrisa, su última inclinación, todas sus reservas, sus cumplimientos y sus observaciones políticas le hubiesen sido sacadas a la fuerza. ¡Buen Dios! ¡Qué tedio y qué aburrimiento! No podía deshacerse de la triste filosofía de que allí, en España, todo era factible de ser comprado. No había hombre en toda la Corte, ni siquiera el mismo emperador, que no se hallase en venta, en términos de pesos. ¿Dónde estarían ahora los honores de Cortés y de su gente si no hubiese llegado el oro de México? ¿Habría sido armado caballero un De Vargas, pese a sus grandes merecimientos, si hubiese sido pobre? Su disgusto abarcaba también a su persona, que se había vendido, lo mismo que los otros.

Un paje lo alivió de la molestia de su capa de anchas mangas de raso y luego del ajustado jubón de brocado.

"¡A-a-h!", exclamó, estirando los brazos.

Recordó la manera como Catana lo atendía de regreso de alguna de sus salidas, cómo se venía a sus rodillas para inclinar su mejilla contra la de él. Años parecían haber transcurrido de eso. El pobre paje ignoraba la causa de que su amo lo mirase de una manera tan fría. Para incurrir en su favor, le trajo una carta de Luisa de Carvajal, llegada unos minutos antes, no recibiendo sino un gruñido. Pedro dejó caer la carta a un lado de la mesa, sin abrirla. No era necesario, sabiendo de memoria las frases que contendría, el reducido y almibarado repertorio. Al principio no había ninguna correspondencia. Ahora que se llamaba su excelencia don Pedro, llegaba diariamente. De Vargas se sintió cínicamente indiferente; esas cartas eran como todo lo demás.

–Tráeme mi bebida de la noche –ordenó al muchacho–, y luego puedes retirarte.

El muchacho fue a buscar el frasco de plata, probando debidamente su contenido, una precaución que no estaba muy fuera de lugar. Luego abrió un estuche de cuero especial, extrayendo un vaso de peltre, que su amo insistía en utilizar todas las noches. Lo manejó cuidadosamente, seguro de la existencia de algún embrujo en los extraños caracteres grabados a un costado del recipiente.

–Que vuestra excelencia pase buenas noches, con la ayuda de Dios.

–Él es el único que puede proporcionármela –contestó Pedro secamente, observando por vez primera un cierto parecido con Ochoa, el paje de Cortés. Alargando la mano, le tiró de la oreja, diciéndole entretanto–: Buenas noches, bribonzuelo –ante cuya fineza el muchacho se retiró muy contento.

Lo malo del caso es que Pedro no era capaz de ver la manera de poner término al fastidio y al aburrimiento. Después de la Corte, su matrimonio; más tarde, las convenciones militares de un ejército regular; Italia luego, nuevamente la Corte... bostezó. Bien, eso es lo que había querido.

Pero una vieja frase latina se aferraba esta noche a su imaginación: *Et in Arcadia ego*. Era una Arcadia salvaje y turbulenta la que él conociera; ¡pero qué tranquila y suave parecía ahora al recordarla!

El emperador le había insinuado que sería el hombre ideal para llevar las buenas nuevas a México, pero De Vargas no se había mostrado muy complacido. Sus grandes ansias mostráronse acalladas al pensar que no le iba a ser posible retomar su antigua vida por el simple hecho de volver a los lugares que hubieran sido escenario de la misma. Mucho mejor lanzarse a algo enteramente nuevo, donde nada le recordase jamás el pasado, que pertenecía a Catana y a Juan.

Se llegó hasta la ventana, contemplando desde allí la oscuridad que cubría el jardín situado a espaldas de la casa. Un montón de hojas secas azotó los vidrios al pasar, haciendo que se estremeciera con el fresco del otoño.

En México estarían ahora a fines de la estación lluviosa, el tiempo apropiado para emprender las marchas. Las expediciones habrían comenzado a salir; hablaríase mucho acerca de minas fabulosas y nuevos imperios. Sentía curiosidad al pensar en lo que Sandoval estaría haciendo entonces. Y, aunque siguiendo los bien trillados senderos, encontróse de nuevo con la compañía.

Los rostros harto conocidos parecían singularmente animados esa noche, hombres a los que hacía mucho que no recordaba. La mayor parte, muertos. Ortiz, Escalante, Manuel Pérez, Maese Botello, Juan Velázquez, Francisco de Morla... muchos otros. Una vieja balada, de Ortiz, despertó en sus oídos.

> Allá en el lejano oeste
> Las blancas sierras brillan
> Como si fuesen oro y fuego…

Había olvidado algunas de las palabras, pero el son llenaba los espacios:

Allá en el lejano oeste
Las poderosas aguas
Nuestras velas intrépidas…

¡Dios! Aquello era vida. Mientras que aquí... Aflojó los puños.

Sus compañeros no habían vivido para ver la victoria, para conseguir el oro y la fama. No como él, con su título, su condecoración y su tesoro. Pero, ¿quién más feliz que ellos, desaparecidos en el calor de la vida? ¿Qué tenía él más que los otros, es decir, más que pudiese servirle de felicidad? Por primera vez comprendió lo que el padre Olmedo había querido significar al hablar con él años atrás; el sueño, no la realización; el esfuerzo, no los frutos; la batalla, no la victoria...

Eso era la vida.

Vuelto a la mesa, llenó el vaso de peltre, volando sus pensamientos hacia Catana. Parecía extraño que todo lo que de ella tuviese fuera ese modesto recipiente y las pocas líneas que le escribiera en Coyoacán..., eso y sus recuerdos.

Después de haber bebido, tomó asiento con el vaso entre las manos, acariciando con el pulgar las letras mal trazadas, ausente el pensamiento.

De pronto observó atentamente el objeto, como si jamás lo hubiese visto: "Catana Pérez". Los bordes de las letras eran agudos. Tendrían que haber sido trazadas recientemente, pues, de lo contrario, estarían gastados después de varios años de uso en la taberna. Pero Sancho López había dicho que era el vaso de Catana, quien lo hiciera marcar con su nombre por Paco, el mulero. ¿Había mentido el posadero para conformarlo? ¿Sería de Catana, después de todo?

Al ocurrírsele otra idea, abrió una bolsita, a manera de amuleto, que llevaba pendiente alrededor de su cuello, extrayendo la nota que ella le escribiera en Coyoacán, aproximándola a la luz para establecer una comparación entre las letras. De pronto le latieron las sienes con violencia. En la carta y en el vaso estaban invertidas las mismas letras. Nunca pudo conseguir que aprendiese a trazar debidamente la "n" ni la "p". Pero, entonces...; sí, si ella misma hubiese trazado las letras en el vaso..., ¿cómo, entonces?...

Dio un salto para revolver algunos papeles contenidos en una carpeta de cuero, de entre los cuales extrajo la carta que recibiera desde Jaén, firmada por Paco, el mulero. También en ella se hallaban al revés las mismas letras.

–¡Pero, Dios del cielo!...

¿Podría creer, de acuerdo con esa evidencia, que Catana se encontraba en España y que se hallaba en el Rosario, habiéndole escrito aquella carta tan importante acerca de De Silva? El sentido común rechazaba la idea; pero la imaginación la abrazaba. Una nueva corriente de vida le pasó a través de la sangre, mientras se quedó pensativo un momento, contemplando el papel. Luego, sin apenas advertir lo que hacía, hallóse abriendo la puerta y llamando a voces a su escudero.

Cipriano Dávila apareció con los ojos bien abiertos y la espada en la mano, creyendo que su amo había sido atacado. La expresión de Pedro lo dejó asombrado.

–Veamos, amigo –dijo De Vargas–; que los caballos estén preparados para salir al amanecer; que haya sirvientes con caballos de repuesto...; por lo menos dos montas para cada uno. Será un viaje bien apresurado.

–¿A dónde, mi señor?

–A Jaén. ¡Malditas sean las puertas de la ciudad! De no ser por ellas partiríamos ahora mismo. Sin embargo, tengo que escribir para despedirme de su majestad.

–Espero que no sean malas noticias, señor.

–Quizá sean las mejores. Ya lo averiguaremos en Jaén.

84

Durante los cuatro días siguientes, Cipriano Dávila se mantuvo duro sobre la silla, pensando con frecuencia cuáles habrían sido las noticias que los llevaban a galopar, y a cosechar en su persona una buena cantidad de ampollas, como si de ello dependiese el destino de España. Pedro no soltaba prenda, salvo en una oportunidad, en que dijo que iba a aprovechar una posibilidad de entre mil y no arriesgaría su suerte hablando sobre ello. La mayor parte del tiempo cabalgaban en silencio, sin apartar los ojos de la lejanía, inquiriendo alguna vez sobre atajos u otros detalles del camino. Empero, su conducta no era la del necio que gasta todos sus recursos al primer impulso, demostrando, en cambio, la pericia del buen soldado al conducir sus caballos por terreno duro, dejándolos galopar cuando éste lo permitía e inspeccionando los cascos en cada parada y cuidando personalmente de que fuesen bien alimentados y atendidos durante la noche, con las patas vendadas. El joven Dávila, aprendiz de la

carrera de las armas, lamentábase y felicitábase a la par de hallarse al servicio de tan experto capitán. He aquí un caballero bien experimentado, de quien era posible aprender mucho. Y su respeto hacia Pedro crecía con cada vejiga.

En vista de lo numeroso de la partida, ocho hombres en total, con seis caballos de repuesto y de la aspereza del camino, fue imposible hacer más de veinte leguas por día, lo que significaba andar a caballo desde la aurora hasta bastante después de puesto el sol. Pero por la noche, después de haberse tendido sobre el lecho en la posada, advertía Cipriano que don Pedro aún se hallaba de pie, recorriendo el aposento de un lado para otro, como si la fatiga no significase nada para él y como si una noche de sueño para el hombre y el caballo fuese simplemente una debilidad que hubiese de ser complacida.

Hacia el fin del tercer día habíanse adentrado bastante en La Mancha, hallándose a la distancia de los picos de Sierra Morena, al otro lado de la llanura.

–Nos detendremos en Alcázar de San Juan –decidió Pedro–. Ya hemos doblado el esquinazo del camino, dejando sesenta leguas detrás de nosotros. Será cosa del diablo que no podamos alcanzar Jaén en dos jornadas más. –Su espíritu se levantó al pensar en ello, exclamando–: Entonces, hombres, podréis perder la cabeza durmiendo..., o bebiendo si queréis.

Cubiertas las dos millas que los separaban de la ciudad, penetraron en la fonda Mariana. Pero apenas hubo hecho su entrada De Vargas, cuando una voz exclamó en la semioscuridad:

–¡Por los santos del cielo! ¡Mi querido muchacho! ¡Qué milagro! ¿A qué se debe? ¡Qué buena fortuna el encontrarlo aquí! –Y De Vargas vio una barba blanca y cuadrada que se le aproximaba a través del crepúsculo.

Por un instante, inclusive después de haber acostumbrado sus ojos a la penumbra del lugar, le fue imposible reconocer al que hablaba. Era el marqués de Carvajal, desordenados la barba y los cabellos, así como sus ropas. Estrechó a Pedro entre sus brazos temblorosos.

–¡Ave María! –contestó Pedro, aunque no con mucha cordialidad–. ¡Mire que encontrarlo aquí, señor! ¿Cómo se encuentra vuestra excelencia? ¿Qué ha sucedido, en nombre de Dios? Su excelencia parece excitado.

–¡Ah, hijo mío! –contestó el otro–. ¿Quién no lo estaría después de haberse hallado durante dos horas pendiente de la muerte, temiendo que llegase a cada instante? Afortunadamente, lo vi antes, y me las compuse para ganar la escalera y ocultarme. –El polvo de las ropas del marqués sugería su permanencia debajo de un lecho, lo que fue confirmado por sus primeras palabras–. No había sino una tabla entre mí y el diablo. Durante dos horas largas tuve que oírlo. Mis lacayos huyeron, lo cual no ha dejado de ser una suerte, pues mi librea habría sido reconocida. No había hecho más que cobrar ánimos para bajar, cuando oí el ruido de vuestros caballos, creyendo que habría regresado.

–Pero, ¿quién, por piedad? ¿Dígame quién era?

–Ya no estoy para estos disgustos –dijo el marqués meneando la cabeza.

–Vamos, don Luis, dígame de quién está hablando.

–Pero de mi ex yerno, De Silva. Ojalá que Dios...

–¡De Silva! –exclamó Pedro–. ¿De Silva?

–Sí, y Dios quiera...

–¿Qué camino tomó, si es que usted lo sabe? No nos lo hemos encontrado. ¿Qué camino, repito? –Y Pedro hizo sacudir a Carvajal al poner sobre su hombro una mano nada amable, por cierto.

–El de Jaén.

–¿Jaén?

–Sí, con quince bribones, cada uno de peor catadura que el otro. Al principio creí que su objetivo sería asesinarme, o quizá a vuestro buen padre, pero no parece ser así. Oí cómo De Silva hablaba con uno de la partida a quien llamaba Tito. No entrarán en Jaén, por temor a vuestro padre, el alcalde, sino que piensan detenerse en El Rosario. Por algún motivo están furiosos contra el posadero Sancho López, a quien han prometido quemar a fuego lento antes de destruir la posada. Luego se dirigirán al mar, por Granada.

–¡Cipriano! –llamó Pedro, que se había dirigido hasta la puerta. El otro se hallaba observando cómo eran atendidos los caballos–. Que ensillen en seguida, pues tenemos que partir.

–Vuestra excelencia, los caballos están muy cansados.

–Cansados o no, partiremos. Baja mi armadura y ayúdame a ponérmela. Ponte después la tuya y cuídate de que los hombres examinen sus armas. Por la gracia de Dios, Diego de Silva va delante de nosotros. ¿Cuándo partió de aquí? –preguntó al marqués.

–Hace una hora. Me sentía tan débil para moverme...

–Una hora de delantera –transmitió De Vargas al escudero–. No somos hombres si no los alcanzamos. Hay la posibilidad de que se detenga en Herencia, a tres leguas de aquí, y si nos cuidamos podremos agarrarlo desprevenido. Recuerden que hay ofrecidos mil pesos por su cabeza, a los cuales yo añadiré otro tanto.

Dávila y los sirvientes se pusieron en seguida en movimiento. Todos habían tomado parte en las anteriores persecuciones contra De Silva, teniendo casi tanto interés como su amo. Ése habría sido el motivo de la partida apresurada desde Valladolid, reflexionaba Dávila; pero a la vez preguntábase por qué habría permanecido tan misterioso sobre ello.

Pedro sintió una mano sobre el hombro. No se acordaba ya del marqués.

–Pero, muchacho –dijo Carvajal, con voz temblorosa–, no va a seguir a ese demonio con sólo siete hombres. Ya dije que llevaba quince. Quédese hasta por la mañana y solicite ayuda de los Caballeros de San Juan, que tienen una comandancia aquí.

–¡Sí, dejando entretanto que el individuo aumente la distancia entre nosotros! ¡De ninguna manera! Se detendrá en Herencia, donde comienzan las montañas. Si se nos escapa de Herencia podremos perderle la pista. No tema, su señoría, la sorpresa añade números al ataque, como solía decir el general Cortés.

–¿Y qué hay de mí? –preguntó–. ¿Es cortesía dejar a un anciano abandonado por sus criados en una endemoniada hostería, cuando la razón de que me halle aquí es por servirlo?

Dávila se llegó, arrastrando la coraza de Pedro, y éste levantó los brazos para facilitarle su colocación.

–¿Por servirme?

–Por supuesto. Tan pronto como pude arrastrarme de la cama, me puse en marcha para ayudarlo en la Corte. Siempre cumplo mi palabra. Y es para asegurar la continuación de vuestra buena fortuna por lo que hube emprendido este penoso viaje. Con mi constante presencia, mi protección y mis consejos, obtendrá mayores honores de los que su majestad le ha conferido hasta hoy. En lugar de caballero, quizá le dará un condado o un marquesado. Es rico. Manejándose con un poco de tacto, cierta cantidad a determinada persona...

–Aprieta la gola, Cipriano –ordenó De Vargas–. No debe arriesgarse jamás esa parte. Un golpe afortunado en la garganta y todo ha terminado.

–¡No me escucha! –dijo, vivamente, el marqués.

–Por el contrario, su excelencia. Soy todo oídos. ¿Estaba diciendo que un soborno aquí, una propina allá, y que con vuestra guía puedo obtener un condado o un marquesado?

–Sí, no hay que conformarse con ser caballero. Debe manejar sus cartas en la Corte de la mejor manera posible. Necesita un consejero experimentado como yo. Yo tendría que haber estado allí antes, y así vuestros asuntos marcharían bastante mejor.

–Sin duda. Las hombreras, Cipriano.

–En consecuencia, seguramente que me acompañará esta noche. Podremos considerar entonces si proseguiré hasta Valladolid para esperar su regreso y si volveré a Jaén con vuestra escolta.

–Los brazaletes, Cipriano.

–No estoy acostumbrado a que no se me preste atención. –Carvajal se había erguido–. Cuando tenga tiempo, espero que me escuche.

El marqués volvió a sentarse con gran dignidad en el banco. Y la armadura siguió cubriendo paso a paso el cuerpo de Pedro, hasta que no faltaba sino colocar el casco.

–Ahora ocúpate de que uno de los hombres te ayude, Dávila amigo –dijo Pedro–, y cuida bien de las junturas. Es posible que con la ayuda de Dios tengamos bastante que hacer.

Dicho lo cual se volvió hacia el marqués, casco en mano. A esa altura, y en lo que a Carvajal se refería, había llegado al punto culminante. ¿Acaso el viejo aquel, siempre del lado que más calentaba el sol, lo tomaba por idiota? Cualquier necio era capaz de advertir su maniobra.

Quizá si Pedro hubiese estado menos embebido en el pensamiento de De Silva, habría sido menos directo. Pero la necesidad de apresurarse lo puso como sobre ascuas. No quedaba tiempo para cumplimientos.

–¿Bien? –dijo.

–Muchacho, como persona que pronto habrá de ocupar el lugar de un segundo padre, tengo el derecho de solicitar un poco de deferencia y de atención. Ya he explicado el motivo por el cual debe permanecer conmigo esta noche. –El marqués agregó una insinuación sobre las más terrible amenaza que pudiera imaginarse–. Vuestra unión con mi hija aún no ha sido consumada. Lamentaría sinceramente que se suscitase cualquier diferencia que reflejase so-

bre ella. Como ve, ya he hecho considerables esfuerzos en beneficio suyo.

–Entonces, señor, seré franco –contestó Pedro–. Estimo vuestros sacrificios en todo su valor: Valen lo que pesa una blanca falsificada o las oraciones de vuestra hija, que es la única ayuda que he recibido de vuestra casa. Vaya a Valladolid o regrese a Jaén, según le plazca, pues otros asuntos más urgentes reclaman mi consideración. Pero, por Dios, no me juzgue otra vez como idiota, que recibe falsa moneda a cambio de legítima y encima queda agradecido. En resumen, señor, no merece mi respeto, ni mi atención ni nada de mi parte.

El asombro y la impresión dejaron mudo a Carvajal, que no pudo hacer sino mirar a Pedro fijamente. Y no fue sino hasta que el otro se hubo colocado el casco y estaba a punto de partir, cuando el marqués pudo decir:

–¿En verdad, señor? ¿Y el compromiso? ¿Cree que los juramentos hechos pueden abandonarse así sin más, por capricho? ¿Que mi hija puede ser insultada y deshonrada a vuestra voluntad, eh? Ya se ocupará la ley de decir algo sobre el caso.

–Todo listo, su excelencia –dijo Dávila, entrando.

Un brillo singular se reflejó en los ojos de De Vargas, conocedor de que el marqués se hallaba dispuesto a un arreglo financiero; pero maldito si iba a hacer ninguno. En vez, parecía estar a punto de cumplirse el deseo que lo acometiera hacia tiempo.

–El compromiso queda en pie –repuso– si le agrada. Eso queda a su voluntad.

85

Poca suerte acompañó a los perseguidores desde el comienzo. No habían cubierto las nueve millas hasta Herencia cuando Campeador perdió una herradura y otro de los caballos empezó a cojear. Una llovizna de otoño comenzó a caer, empeorando las cosas; de tal manera, la tropa estaba en estado lamentable al penetrar en los arrabales de la localidad, donde Pedro ordenó hacer alto mientras uno de sus hombres partía para explorar la posada. Una partida de caballeros habíase detenido para beber algo una hora o cosa así antes, internándose después en las montañas.

Frente a lo imposible, De Vargas hubo de ceder. La fatiga, la noche, el tiempo y los caminos desconocidos hallábanse en su con-

tra. Razonó que De Silva, oculto durante algún tiempo en las sierras enclavadas al sur de Valladolid –y, probablemente, en los más cercanos montes de Toledo–, disponía de caballos frescos en comparación con los suyos, y que Tito el Fiero estaría en contacto con otros jefes de bandoleros para asegurar el paso de la gente por las sierras. Probablemente, no tocarían el camino real hasta hallarse a la vista de Jaén, después de haber cruzado Sierra Morena, significando eso que mientras Pedro era obligado a seguir a lo largo de la carretera, De Silva utilizaba ciertos atajos, que aumentaban la separación entre ambos grupos. La única posibilidad era que, no sabiéndose perseguido, anduviese a un paso más moderado. Pero nadie podía contar con ello como cosa cierta, y el no alcanzar Jaén antes que él era demasiado para pensar en el asunto tranquilamente.

–¿Cómo es que De Silva está huyendo de su escondite ahora? –preguntaba Dávila, con curiosidad, mientras discutían el viaje esa noche en la miserable taberna–. Ha tenido un mes para hacerlo.

–Hombre –dijo Pedro, meneando la cabeza–, aborrezco al individuo tanto como al infierno; pero hay que hacerle justicia: tiene la astucia del lobo, del zorro y la serpiente, todo en uno. Se ha ocultado bajo tierra hasta que ha desaparecido el alboroto, lanzándose más tarde en busca de su salvación. De ese modo tiene más probabilidades que cuando la persecución se hallaba en su apogeo.

Siguieron dos días, largos y ansiosos. Con vistas a la velocidad, efectuose una selección de las mejores montas; pero aun así, a Pedro le parecía que el grupo se arrastraba. A pesar de inquirir en todos los cruces de caminos, no pudo obtener el menor informe de la banda de De Silva.

No fue sino en Linares, a quince millas de Jaén, donde una vez más encontraron nuevamente la pista. Sí: una partida de quince hombres armados y a caballo, procedentes de las montañas, había pasado por allí unas dos horas antes, tomando el camino de Jaén.

Dos horas de delantera, quince millas de camino y la oscuridad que se les venía encima. Pedro y su escudero celebraron consejo bajo los aleros del patio de la taberna. Imposible procurarse caballos de refresco sino a un costo prohibitivo de tiempo. Los sirvientes, no tan bien montados como Pedro y Dávila, habrían de quedar atrás.

–Bien, amigo –concluyó Pedro–. Voy a continuar la marcha. Puedes acompañarme, si deseas, pero te aconsejo lo contrario. Dos contra quince se consideraba muy desventajoso aún en la compañía.

Y no pensaré mal de ti...; en realidad no demostrarás sino tener sentido... Aparte de que esta lucha no es cosa tuya.

–Pensé que su excelencia sabría que me llamo Dávila. –La respuesta del escudero antes de pronunciar estas palabras había sido reírse.

–Disculpa –dijo Pedro, palmeándolo en el hombro–. Debía saber que los varones de tu casa jamás se quedan atrás. Entonces, Cipriano, adelante –agregó, luego de haberse despedido de los sirvientes, saltando sobre la silla.

La lluvia había cesado, luciendo la luna por entre las nubes que surcaban el cielo. Pero el camino estaba oscuro, de manera que los jinetes debieron mantenerse alertas para evitar cualquier tropezón sobre la superficie desigual, bien inclinados sobre el pescuezo de los caballos para aliviarlos en lo posible el peso de la armadura.

Eran las diez de la noche cuando Pedro avistó las murallas y las torres de Jaén, que asomaban vagamente a la derecha. Por un momento vaciló. ¿Aumentaría la distancia hasta El Rosario, media milla más, llegándose a las puertas de la ciudad, para despertar a los guardianes y solicitar refuerzos? Ello significaría no sólo más distancia, cuando cada detención era una carga para los cansados animales, sino una pérdida de tiempo precioso. De tal modo, decidiéndose en contra de ello, siguieron derechos por el camino de la montaña.

En tal punto, los caballos mostraron señales de agotamiento. Habían cubierto las trescientas millas desde Valladolid en cinco días, con mal tiempo y no mejores caminos. Durante la última jornada hallábanse ensillados desde antes del amanecer. Abocados a una pendiente escarpada, pusiéronse primero a un trote moderado y más tarde al paso duro.

–Nos detendremos un momento –dijo Pedro, desesperado–. Más tarde tendrán que hacer el recorrido, aunque sea menester reventarlos.

Descolgó del borrén una vasija que contenía aguardiente.

–Mira Dávila, hazles que beban esto. Es posible que así puedan correr. –Mientras Dávila, abriendo a la fuerza las quijadas de los caballos, vaciaba el recipiente, Pedro esperaba, lleno de impaciencia–. Amigo Cipriano –prosiguió–, lo que nos aguarda, si es que llegamos a tiempo, requerirá el uso de nuestro ingenio, tanto como el de nuestros aceros. A menos que sean idiotas, una tropa como ésa, dedicada a esta clase de tarea, no habrá dejado de apostar avanzada para

impedir toda sorpresa. Creo que daremos con un par de individuos antes de alcanzar la posada.

Inflamados por el aguardiente, los caballos acometieron nuevamente al galope, llegando a una media milla de El Rosario, resoplando como fuelles. De repente, tres hombres montados salieron del lado más oscuro del camino, pareciendo indecisos entre detenerles el paso o dejar que prosiguiesen hacia la posada.

–Hola, hombres –saludó Pedro–. ¿El señor De Silva y el señor Tito se hallan en el lugar convenido?

–¿Quiénes son ustedes? –preguntó a su vez uno de los hombres.

–Amigos de Valladolid. –Pedro y Dávila se aproximaron–. Vaya si nos ha costado trabajo llegar hasta aquí. Traemos buenas noticias para los caballeros. Ese perro de De Vargas ya ha recibido lo suyo. Nuestro amigo se encargó de ello.

–¿Se refiere a Fernando?

–Ciertamente.

Ya se hallaban juntos, rodilla con rodilla. Pedro había soltado la maza del arzón.

–Serán bien recibidos. Debe estar muy lindo en la posada –dijo el otro–. Me extraña que ya no esté ardiendo. Lástima que me pierda el espectáculo.

–¡A ellos! –gritó Pedro, blandiendo su maza de un lado para otro, precisamente debajo del casco de acero del hombre, al mismo tiempo que espoleaba a Campeador, levantándolo sobre sus patas traseras y arrojándolo sobre otro de los jinetes, que se hundió con su animal, quedando ambos pisoteados bajo los cascos del corcel de guerra. Dávila había hundido su daga en el cuerpo del tercero.

–¡Bravo! –exclamó De Vargas. Después avanzaron, dejando atrás el destrozo que acababan de llevar a término–. Ya veremos cómo nos resulta la cosa en el patio de la taberna. Sin duda, habrá alguna guardia allí.

Pedro iba con el corazón en la boca a medida que se acercaban a El Rosario, que le parecía curiosamente tranquilo y siniestro bajo las nubes desgarradas. Pero al acercase pareció que se escuchaba una conmoción en su interior; indudablemente, se trataba de un error, ya que un momento más tarde el lugar parecía envuelto en el misterio. Luego, con un murmullo, medio imprecación, medio plegaria, se introdujo en el patio, atravesando la arcada.

En aquél se hallaba un montón de caballos, atados bajo los aleros de los cobertizos de alrededor, sin que le fuese dado advertir

persona alguna a cargo de los animales, hasta que dirigió la mirada hacia una ventana iluminada, a través de la cual miraba un hombre hacia el interior. Tan distraido se hallaba el individuo, que ni siquiera se volvió cuando Pedro y Dávila desmontaron, suponiendo, evidentemente, que serían una pareja de la avanzada. Al volverse, era demasiado tarde. La pesada tizona de Dávila, casi hubo de segarle la cabeza.

Un grito apagado, seguido de un estallido de imprecaciones y de carcajadas, quebró la tranquilidad del interior de la taberna. Sin prestar atención al cadáver del individuo despachado por Dávila, ambos hombres se dieron a mirar a su vez hacia adentro.

Más allá de una confusión de bancos y mesas, volcados o rotos, que juntamente con dos figuras tendidas en el suelo atestiguaban la lucha desesperada que había tenido lugar, los ojos de De Vargas se posaron en el centro de la luz, donde un fuego bastante grande rugía en el hogar de la gran chimenea. Frente al mismo, formando semicírculo, Pedro observaba las espaldas de unos diez hombres, sentados o de pie; pero en el acto su atención dirigiose hacia dos figuras colgadas, que, evidentemente, atraían la atención de los espectadores.

Pendientes de una viga que sobresalía justamente del manto de la chimenea y atados a aquélla por las muñecas, dos hombres se hallaban casi al alcance mismo de las llamas. Dado que sus pies no llegaban precisamente hasta el suelo, el encogimiento involuntario de sus piernas chamuscadas daba la impresión de una danza grotesca, que excitaba la alegría de sus atormentadores.

–¡Vamos, Sancho! –rugió una voz del círculo–. ¡Levanta los talones! ¡Por Dios, que para un gordo como tú me parece que estás bastante ágil.

Evidentemente, De Silva estaba llevando a efecto la amenaza que el marqués había escuchado de quemar al tabernero. Las ropas de la víctima no echaban llamas todavía, pero sí humo. Mientras Pedro miraba, uno de los cuerpos giró, reconociendo las facciones de Sancho López. La enorme figura de anchos hombros colgada junto a él no dejaba lugar a la menor duda. En seguida, un profundo grito de furor desesperado hizo que el corazón de Pedro se le viniese a la garganta. ¡Juan García!

De Vargas advirtió entonces otra figura tirada sobre una mesa, que, aparentemente, sirviera de barricada. El rostro se hallaba oculto, pero veía el cabello negro y las manos inertes.

¡Catana!

Su apresuramiento había sido acertado, aunque tardaron demasiado en llegar.

Una fría locura se apoderó de él, aguzando todas sus facultades y concentrándolas. Se apartó de la ventana.

–Fíjate bien, Dávila –dijo, casi sin tono–. El lugar tiene dos puertas. Guardarás aquella, mientras yo entro por aquí. No te olvides, grita como si fuesen diez los hombres al ataque, cuando abras la puerta. Haz que tiemblen los bastardos. Y suceda lo que quiera, no descuides a De Silva. No debe escapar. ¡Ahora, pues, vamos a la carga!

Fascinados por el pasatiempo y por un poco de bebida, los matasietes situados frente al fuego fueron tomados desprevenidos cuando las dos puertas se abrieron, estruendosamente, al mismo tiempo.

–¡Santiago y a ellos!

Instintivamente, Pedro había lanzado el grito de la compañía. Un segundo más tarde había cruzado la habitación, convergiendo con Dávila sobre el asombrado grupo antes de que éste hubiese tenido tiempo de mirar a su alrededor.

"¡Santiago!"

De Vargas era considerado como un gran espadachín aun entre los mejores de Cortés, pero esa noche la furia lo convirtió en algo más. Su amplia hoja de batalla, espada y hacha a un tiempo, se levantaba, giraba y se hundía, como si no hubiese sido más que un espadón. Dos hombres rodaron en el primer momento, abatiendo a un tercero con un mazazo de su mano libre con el guantelete sobre la cabeza del más cercano. Su espada atravesó la hombrera del cuarto, ensartándolo después por el hombro. Una cuchillada rápida libró del suplicio a Sancho y a García; luego se detuvo un instante para contemplar el cuerpo inmóvil de Catana, volviendo en seguida a la carga contra los asustados rufianes, que huían hacia las puertas.

Pero, ¿dónde se hallaba De Silva? ¿Habríase escurrido afuera de la habitación? ¿Qué era de Dávila?

Una pareja había salido de detrás del mostrador, luchando cuerpo a cuerpo; retrocedió hasta el centro del lugar, y Pedro pudo advertir que era su escudero, trabado con una figura esbelta y provista de armadura liviana. Un brazo de acero rodeaba la cintura del otro, pero De Silva tenía inmovilizada la mano de Dávila, que empuñaba la espada, sujetándolo por la muñeca, mientras que el puñal

del primero estaba incapacitado de atravesar la coraza del escudero. Luego, valiéndose de un empujón y de una retorsión, De Silva hizo que el otro perdiese pie, cayendo en seguida sobre él, con la daga en alto, por encima de la hendidura de la visera.

Pedro dio un salto hacia delante, gritando al mismo tiempo. Pero el golpe nunca tuvo lugar. Un banco arrojado por alguien dio contra un costado de la cabeza de De Silva, dejándolo vacilante por un segundo, y en ese intervalo, Dávila saltó a su vez, cerrando sus guanteletes alrededor de la garganta de De Silva.

Pedro advirtió confusamente la presencia de García y del ventero, que pasaron veloces ante él en persecución de los otros bandidos. La visera de su casco, que había levantado durante la lucha, le molestaba para ver y se detuvo para despojarse el casco de un tirón, a la vez que gritaba desesperadamente:

–¡Basta, Cipriano, ya te has ganado la recompensa! Ahora déjame ese perro a mí. –Y haciendo que el escudero lo soltase, arrastró a De Silva a sus pies.

Durante un segundo, ambos adversarios estuvieron frente a frente, pasando por su imaginación los años de odio y de traición, así como el pensamiento del cuerpo inerte de Catana tendido sobre la mesa cercana.

–¿Recuerdas –dijo apenas Pedro– cuando te hice renegar de Dios para salvar tu miserable vida? Di, ¿recuerdas? Creí que entonces me había vengado por la muerte de mi hermana. Pero viviste para aumentar la cuenta. Entonces mi deseo era que te tostaras en los mismísimos infiernos. Supongo que si te colgase para que te tostaras delante de ese fuego, volverías a renegar de Dios. Te salva que haya hecho un juramento tonto. De manera que reza por tu alma, si es que tienes alguna. Te digo que reces.

El semblante de De Silva parecía impasible, de tan pálido como estaba. De repente un gesto lo agitó.

–¡Tú eres quien tiene que rezar, so indecente! –gruñó, a tiempo que daba un salto para hundir la punta del puñal en la cabeza descubierta del otro.

El acero mordió, pero un tirón hacia atrás hizo que el golpe no resultase más que una cuchillada en la frente. Aunque medio cegado por la sangre, De Vargas veía aún lo suficiente para blandir su espada con cada onza de vigor que le restaba contra el ángulo formado por el cuello y el hombro de su adversario.

Éste vaciló, cayendo de rodillas y tendiéndose en el suelo. Llevó un instante en librar la hoja de su cuerpo, inerte.

–¡Justicia de Dios! –dijo De Vargas–. Amigo Dávila, has sido testigo de una ejecución.

86

Pedro envainó su espada sin dejar de mirar a De Silva, aunque por el momento no pensaba en él, sino en Catana. La venganza y, en verdad, todo lo demás, parecía carecer de importancia.

–¡Señor!

Se volvió asombrado. Sin apenas creer a sus ojos, vio a Catana apoyándose con una mano sobre el borde de la mesa, los labios separados y blancas las mejillas. La observaba como si se tratase de una visión.

–¡Catana! –suspiró.

–Me pregunto si estoy muerta y en el cielo –dijo, vacilante. La sonrisa en que tantas veces había pensado desde que se separara de ella lucía en su semblante–. Recibí un fuerte golpe cuando la lucha dio comienzo. ¡Ay, María! –exclamó, al contemplar su rostro–. ¿Está herido?

–No es nada. ¿Y tú?

–Siéntese, señor, le vendaré la cabeza. –Antes de que él hubiese terminado la pregunta, Catana había sacado un pañuelo de su bolsa.

–¡Bah!, no tiene importancia. Eres tú quien necesita cuidado. Quiero saber si...

–Siéntese, querido. ¿Cómo podremos hablar si esa herida no lo deja pestañear?

Pedro obedeció, sentándose a horcajadas sobre un banco, experimentando como si nunca se hubiesen separado. Era tan suave y tan familiar el toque de su mano... Le tomó una de ellas besándosela. Luego que hubo terminado el vendaje la tomó en sus brazos.

–¡Querida!

–Hace mucho que no nos vemos, señor –dijo Catana, hundiendo la cabeza en sus hombros.

–¿Mucho? Una eternidad. Pero tenemos varias cuentas que arreglar, muchacha. ¿Por qué volviste a España después de haberte separado de mi?

–Por usted.

–Bien y entonces ¿Por qué te escondiste?

–¡Diablo! Que me maten si lo entiendo.

–Si, señor, ¿pero quién es ese caballero? –Catana miraba por encima del hombro de Pedro.

De Vargas se había olvidado de Dávila a quien llamó, presentándolo. Las palabras "señora de Pérez, integrante de la compañía", no explicaban la excitación de su amo ni que esta joven alta y curtida estuviese ataviada con ropas masculinas.

–¿Qué ha sucedido a Juan y a Sancho? –inquirió Catana ansiosamente.

Pedro contestó señalando con la cabeza hacia el patio.

El tumulto iba apagándose. Un último ruido de cascos al galope resonó a través de la arcada, seguido de una sarta de sonoras maldiciones y gritos de burla. Poco más tarde resonaba una voz potente en el umbral.

–¡Valientes cucarachas! No han quedado sino tres vivos. ¡Por Dios, Sancho, esos bribones recibieron lo suyo en El Rosario! ¡Pero hombre, vaya si nos hemos librado por un pelo! Si no hubiese sido por estos caballeros...

Y en el vano de la puerta apareció la voluminosa figura de Juan García, rojo como una remolacha el ancho semblante. Su cabello enmarañado le quedaba en lo alto de la cabeza. En una mano se veía un hacha manchada de sangre y una espada en la otra; pero ambas armas fueron arrojadas al suelo al ver a Pedro. Se detuvo un momento sin poder pronunciar una palabra, rugiendo más tarde, a tiempo que tendía los brazos:

–¡Por los santos! ¿Quién otro podía ser? –Se lanzó hacia él como un alud, dándole tal abrazo que hizo doblar la armadura. Luego le dio un beso en cada mejilla, terminando por frotarle los cabellos de un lado para otro con la palma de la mano.

–¡Eh! –protestó Pedro–. Ten misericordia.

–Ya sabía que eras tú –exclamó Juan–. Es decir, lo habría sabido, si me hubiese quedado tiempo para pensar... aun con la visera agachada. ¡Dios!, nunca olvidaré ese grito cuando caíste sobre ellos. ¿Cómo dio la casualidad que hayas caído por aquí esta noche? ¡Ah, compañero!

–¡Quieto, por amor de Dios! –rió De Vargas–. Es una suerte que tenga puesta la armadura. ¿Pero cómo andáis tú y Sancho? Quiero decir, después de lo del fuego.

–Todavía vivos, muchacho, ya lo ves. Creo que casi no lo contamos.

–Creí que te habías ido al otro mundo –dijo volviéndose sobre Catana–, cuando vi que aquel perro te derribaba con la empuñadura de su daga. –Después de explorar con un dedo, agregó–: Tienes un hermoso chichón; parece un huevo por el tamaño. –Su mirada se posó sobre el cuerpo de De Silva, del otro lado del aposento–. Bueno, ya veo que la cuenta está arreglada... Compañero –prosiguió a manera de disculpa–, fuimos tomados desprevenidos. No pudimos presentar una lucha digna de nuestra compañía.

–Me parece que lo hicieron bastante bien –dijo Pedro, observando los destrozos–. ¿Qué ha sucedido, exactamente?

La historia fue relatada entre García, Catana y López; un repentino estruendo producido por los cascos y la invasión de los hombres armados. Tomados de sorpresa y sin más armas que sus cuchillos, las víctimas elegidas fueron dominadas después de una resistencia breve, pero aguda.

–La muchacha y yo quitamos de en medio a dos de las ratas, de todas maneras –agregó García, como atenuando la derrota.

Esa noche había muy pocos viajeros en la posada, los cuales habían sido aterrorizados y encerrados en el sótano, junto con los sirvientes.

–Luego pasó como vio vuestra excelencia –agregó Sancho–. ¡Ay de mí! ¡Soy un hombre arruinado! ¡Mis muebles! ¡Mis cacharros! ¿Quién se atreverá a parar en El Rosario después de esto? ¡Con la mala fama que tendrá!

–Ánimo, Sancho –dijo De Vargas, poniéndole una mano sobre el hombro–. Yo te pagaré las pérdidas, y te daré quinientos pesos más. Es lo menos que puedo hacer, después del servicio que me has prestado. En cuanto a la fama, amigo, tenía tan poca que perder que no será gran trabajo recuperarla. Vete a buscar a los viajeros encerrados; llénales bien la panza, que sea de balde, además, y ya se encargarán de extender tus alabanzas a través de Andalucía.

–Bueno –demandó García–, pero ahora quiero saber cómo viniste aquí esta noche. Otra pregunta más. Quiero saber cómo te sientes ahora que eres don, excelencia y caballero de Santiago, ¡por Dios!

–Pues yo quiero saber algo más que eso –respondió De Vargas–. Necesito saber si Catana es tu mujer.

–¿Qué te has creído? –Había desaparecido una mueca de los labios de Juan, quien a la vez frunció el entrecejo.

Catana sonrió, no necesitando Pedro recibir otra seguridad.

–Juan, me parece que has sido un tonto al no aprovechar una oportunidad que no se te volverá a presentar.

–¡Una gran oportunidad! –rugió el otro.

–Pero quiero saber aún más –prosiguió Pedro, sin desviar su mirada de Catana–. Y le va a costar una buena zurra a alguna si no me satisface... Sancho, enciende las velas del aposento de atrás. Tengo unas palabras que decir a esta mocita. Y que nadie venga a interrumpirme si se llegan a oír gritos.

–Así se habla –aprobó García.

Una vez cerrada la puerta, Pedro permaneció contemplando a Catana, asegurándose de que no era un sueño. Luego estalló de pronto:

–Bien, señora, ¿no tiene nada que decir? –Pero desmintiendo la aspereza de su voz, la atrajo hacia sí, estrechándola durante un largo rato, hasta que sus cabellos se alborotaron y se volvió rojo su semblante.

–Ojalá tuviese puesto el lindo vestido que compré en Sevilla y no estas ropas –dijo ella al observar el fuego que despedían sus ojos. Él ahogó de nuevo sus palabras–. ¡Amado mío!

–¿No puedes explicarme?

–Si no me da la oportunidad.

–Vamos –dijo él después de haber tomado asiento y sentarla en sus rodillas.

–Bien, señor. Debe de saber que me era imposible continuar en Nueva España. Tenía que verlo alguna que otra vez. De lo contrario no podría vivir. Y creí que verlo solamente no sería ningún perjuicio, no sabiendo usted que yo andaba por aquí... Juan y yo supimos de un buque mercante que se hallaba en el sudeste del país. Y llegamos a Jaén antes que usted.

–¡Cómo, Catana! Una vez dijiste que deseabas permanecer en el Nuevo Mundo. Y te negaste a casarte conmigo. ¿Te acuerdas?

–¿No comprende, querido? –inquirió ella, medio sonriendo.

–Sí, fui un necio al no hacer que te casases conmigo en Coyoacán.

–No, señor. Eso no hubiera estado bien y por eso me negué. Pero escuche. El otro día oí su conversación con Sancho López. Hasta ese momento había decidido que nunca supiese que me en-

contraba en España. Pero el tono de su voz... ¡oh, señor!, me dijo aun más que las palabras. Oí que no era feliz. Y entonces resolví que después de vuestro matrimonio, cuando hubieseis partido para Italia, yo iría en el mismo barco. Haríamos la campaña juntos. ¿Quién le dijo que yo estaba aquí? ¿Cómo lo averiguó– preguntó después de una pequeña pausa.

–Tú misma. –Se detuvo para besarle la boca, que denotaba sorpresa–. Probablemente seré el peor maestro de escuela y tú la más torpe de las pupilas. Por lo menos no hay quien escriba peor. Todo lo que tuve que hacer fue comparar tus cartas. Fui lo bastante inepto para no haberlo advertido antes.

–Y yo que estaba tan orgullosa, suponiéndolo bien escrito.

–Lo bastante bien para salvarme la vida. A no ser por ti, Catana mía, es bien seguro que hubiese dado que hacer al verdugo de Valladolid.

–¿Entonces qué importa que no escriba bien? –Le rodeó el cuello con los brazos–. Señor, sería mejor que me diera los azotes prometidos. Antes de medio minuto estaría llorando de felicidad.

Tan absortos se hallaban que no repararon en que el pestillo se deslizaba con gran precaución, y que unos ojos curiosos atisbaban. Entonces García abrió ruidosamente la puerta.

–Vamos, así es como debe ser –proclamó–. Y no tendría que haber sido nunca de otra manera.

–Me rindo –dijo Pedro que aún tenía un brazo alrededor de Catana y abrazó a García con el otro–. Pero sé magnánimo, Juan, no te aproveches de mí. Tenías razón y yo no. De manera que al diablo con lo pasado.

–Eso es muy fácil de decir –rezongó el otro–. Aquí estamos como peces fuera del agua, cuando debiéramos estar posesionándonos de tierras en Nueva España. Y tendrás que casarte con doña Luisa, pues has ido demasiado lejos en ese asunto. Por otra parte, tienes que pensar en otra casa con Catana. Nada de eso habría sucedido a no ser por tu empecinamiento. Ella sería tu esposa legal en México, en vez de una mantenida, y todos seríamos grandes allá.

–Eso no me preocupa –dijo Catana, llevándose el puño a la cadera.

–No, claro que no –repuso García–. Tú tienes bastante sentido. ¿Pero y yo? El oro que ahorramos en el país de Coatl no durará por siempre. ¿Qué haré después?

–Mucho –dijo Pedro. Las palabras de García lo despertaron del feliz presente llevándolo al futuro, aún más dichoso–. Todos tenemos mucho que hacer, y pronto. Acaso no sepan que su majestad me ha designado para llevar el edicto imperial a Cortés.

–¿Qué?

–Sí, señor. Partiremos para Sevilla tan pronto se nos reúnan los hombres que he dejado en Linares. Después regresaré a Valladolid para recibir las cartas de su majestad y traerme a mis indios. Jamás podría presentarme sin ellos delante de Coatl.

–Pero eso quiere decir... –Las nuevas increíbles filtránronse lentamente a través de la mente asombrada de García–. ¿Eso quiere decir que te embarcarás con nosotros para Nueva España, compañero?

–No había pensado que el general estuviese en ningún otro lugar.

–Pero entonces... vamos... –García inhaló profundamente, expeliendo después una especie de rugido, levantando ambos puños por encima de su cabeza y dejándolos caer luego pesadamente sobre la mesa–. ¡Entonces Nueva España! ¡Santo cielo! ¡Los tres juntos! ¡Llevando las grandes nuevas! ¡Los compañeros! ¡El general! ¡No puedo, no puedo creerlo! Que me aspen si yo... –De pronto se detuvo–. ¿Pero la señorita Luisa? Estás comprometido. Es tanto como si te hubieses casado. ¿Qué harás?

–Eso me recuerda –dijo Pedro, vuelto hacia Catana–. ¿Dónde está el vestido que compraste en Sevilla?

–Allí –dijo señalando un baúl en un rincón.

–Bueno, entonces, quítate esa ropa y póntelo.

–¿Pero por qué, querido? Es tarde.

–Porque así lo quiero, señora. ¿No es suficiente razón?

–Sí, naturalmente.

Los dos hombres se volvieron de espaldas. Hubo un ruido apresurado como alguien que se despoja de sus ropas y de zapatos que se quitan.

–Pero te daré otra razón. Y es que ningún sacerdote te casará si llevas calzones.

–¡Sacerdote!

–Sí, sacerdote. Hay uno en aquel pueblo del camino bajo. Lo sacaremos a rastras de la cama si es preciso.

–¡Sacerdote! –murmuró apenas Catana–. ¿Para qué?

–Porque sabes bien que juré no volver a dormir contigo hasta que estuviésemos casados; y si no duermo contigo esta noche renunciaré a mi salvación.

–Señor, no puede romper su compromiso con la señorita Luisa. Quedaría deshonrado. No fue mi intención entrometerme. ¡No señor, Dios no lo permita! No puedo dejar...

–¡Chitón! –Perdida la paciencia, Pedro volvióse hacia ella. Desgraciadamente no había avanzado sino muy poco en el cambio de ropas para que ello le procurase protección.

–¡Por favor! –exclamó Catana, revolviendo el baúl en demanda de sus enaguas.

–¡Por favor! –dijo él, enojado, desprendiéndose el cinturón–. Ya te daré algo hasta que vuelvas a decir ¡por favor!, damisela. Ahora te ha dado por decirme qué es lo que debo hacer y lo que no. Vamos a arreglar esto de una vez por todas. Y si tengo que ponerte debajo de mi brazo para ello, mejor que mejor. – Y uniendo la acción a la palabra, tomó a Catana, colocándola en la posición indicada.

–Señor, no fue mi intención... ¡Oh!... ¡Cáspita!... eso no está bien... ¡ay! Y delante de Juan, ¡ay de mí! Bien, haré cualquier cosa... que me ordene... si me suelta... ¡Santa María!... para ponerme las enaguas.

–Bueno, entonces no te olvides. –La dejó, volviéndole la espalda otra vez–. Juan, ocúpate de que apronten los caballos.

–Todo lo que quise decir –aventuró Catana luego que Juan hubo salido– es que lo quiero mucho y que un gran matrimonio... No, no quise decir eso.

Se había vuelto otra vez, encontrándola ahora ataviada con el vestido de damasco amarillo que hacía resaltar la negrura de sus cabellos y de sus ojos. Se detuvo embelesado unos instantes.

–¡Reina mía, estás hermosa! –Se adelantó hacia ella, cayendo después de rodillas, llevándose una de sus manos hasta los labios y reposando luego su mejilla sobre ella. Luego prosiguió–: ¡Cuánto te adoro, Dios mío! Ojalá encontrase palabras para expresarlo.

–Señor, no debe arrodillarse –dijo Catana, echándole hacia atrás los cabellos que se le habían volcado sobre la frente–, por favor... En cambio, podría ayudarme a abrocharme este vestido por la espalda... ¿Le gusta, realmente?

Se mostró bastante torpe con los botones. Luego le preguntó si la había lastimado mucho, al observar un movimiento de sus manos.

–No, no fue nada –dijo ella volviendo la cabeza para darle un beso–. ¡Pensar que voy a casarme, que seré la señora De Vargas!... ¿Dormiremos aquí, esta noche?

–Yo diría que no. No podríamos hacerlo con tanto insecto. No, querida mía, dormiremos en casa de mi padre, el alcalde.

–Nada de eso, mi querido señor –dijo Catana, volviéndose con el semblante pálido–. No me atrevería a semejante cosa. Moriría de vergüenza. ¡Por favor, no me obligue...!

–Seguro que sí. Volverás conmigo a la grupa de Campeador. Y que no vuelvas a pronunciar esa palabra "vergüenza". Dormiremos en la casa de mi padre, que es el lugar que corresponde a mi mujer.

87

Un alborotado sacerdote de aldea, sacado a la fuerza del lecho y lleno de temor al obispo, cuyo lugar estaba usurpando por un lado, y a los enormes puños de García por otro, casó a Pedro y a Catana en la parroquia del lugar, actuando Juan como padrino. Sancho López entregó a la novia y Cipriano Dávila sirvió como testigo adicional.

Llegado el momento del anillo, Pedro se desprendió de su pesada sortija de sello, colocándolo sobre el dedo de Catana, a quien le quedaba bastante amplio.

–No te preocupes –le dijo–; ya haré que lo dejen a tu medida.

–Pero es vuestro escudo de armas.

–Y también el tuyo, doña Catana mía.

Pedro advirtió cómo los labios de ella repetían la palabra *doña*. Luego sonrió, moviendo la cabeza.

–¿Recibe a esta mujer en matrimonio?

Pedro no tuvo la menor intención de ser irreverente, pero el sacerdote se estremeció ante lo enérgico de la respuesta.

Después de la bendición final, cuando se hubieron besado, fue como si jamás lo hubiesen hecho.

–¡Mi querido señor! –murmuraba ella–; ¡mi querido señor!

–Vamos, vamos –rugió García, finalmente–. ¿Es que piensan quedarse ahí para siempre? ¡Por la misa! ¿No nos van a dar una oportunidad a los demás?

Comenzaron las felicitaciones y los besos a la novia. Todos aprovecharon la ocasión, besándola hasta que le ardió la cara.

–¡Jesús María! –exclamó–. ¡Pobre de mí! Estoy tan arañada por vuestras barbas, hombres, que tengo la boca como si se me hubiese estirado de oreja a oreja. ¡Sangre de Dios...! –Se detuvo al encontrarse con la mirada enojada de Pedro. Este le tiró de la oreja.

–¿Es que nunca dejarás de jurar, querida? Parece que fuese la marca de la compañía.

El sacerdote trajo vino y se bebió a la salud de los presentes.

–Si doña Catana me permite –dijo Sancho López, presentándole un vaso y haciendo una profunda reverencia.

–¡Doña Catana! ¿Acaso no me criaste, Sancho? ¿Qué se ha hecho de papaíto?

–Hace mucho tiempo de eso, su señoría –dijo el posadero, aunque antes irguió la cabeza, haciendo una mueca.

Su cordialidad tenía una nueva nota de respeto. Salvo tomándolo como un tributo hacia Pedro, no estaba segura de que le gustase.

–Bueno para mí –terció García– sigues siendo Catana Pérez, la de la compañía, la muchacha que me lavaba la ropa, me preparaba la comida y tenía mi cabeza entre sus piernas cuando estuve en el calabozo. Con todo el respeto debido a su excelencia, aquí presente –dio un golpe a Pedro en el pecho–, que a mi juicio es más título que cualquier condenada doña... Pero ¿dónde estará el nido ahora, compañeros? –prosiguió en tono serio–. Después de esto, me parece que Jaén será demasiado frío o demasiado caliente para cobijarlos. ¿Cuándo partiremos para Sevilla?

–Parece estar escrito en las estrellas –dijo Pedro, haciendo una mueca– que cada vez que abandonamos Jaén ha ser en plena huída. Tú y Cipriano os reuniréis con Catana y conmigo a una legua de la ciudad, en el camino de Córdoba, pasado mañana, al amanecer.

–¡Eh! ¿Contigo y con Catana? –repuso García–. ¿Pero es que no os quedaréis en la posada?

–No. –De Vargas trató de parecer indiferente–. ¿Crees que me marcharé sin la bendición de mis padres, sin haber presentado a mi mujer? ¡Cáspita!

–Supongo que no. Pero si es que yo conozco a vuestro honorable padre, el alcalde, no nos veremos en el camino de Córdoba pasado mañana.

–¡Bah!

–¡Qué bah, ni qué ocho cuartos! ¿Supongamos que no aprueba –García tosió–... ese cambio de planes? Podrías dar con tus huesos en el calabozo, muchacho. Cuenta con fuerza para ello. –Después

agregó significativamente–: ¿Por qué no dejas a Catana conmigo? Al menos hasta...

–¡No! De ahora en adelante, Juan, no la dejaré contigo. Sufriremos juntos lo que venga. ¿Qué te parece, querida?

Ella reclinó la mejilla sobre su hombro.

En el pináculo de su felicidad, pareciole a Pedro que la cabalgata durante la cálida noche había sido demasiado corta, a pesar de que la hicieron al paso. Los brazos de Catana se ceñían a su alrededor, con los dedos introducidos en el cinturón; los cabellos le rozaban su cuello. Inclusive la incertidumbre acerca del recibimiento que le esperaba en su casa era insuficiente para ensombrecer tan alegre realidad. Advertía que la presentación de Catana como su esposa, visto su compromiso con Luisa de Carvajal, requería de sus padres una consideración mayor que sus declaraciones de seis semanas antes. Proponíase dejar a sus progenitores en un mar de dificultades, aunque zafándose él. Pero su presente era demasiado dichoso como para preocuparse ni siquiera por el inmediato futuro.

–Por favor, no vaya al trote –dijo Catana, una vez que se hubieron alejado cien metros de la parroquia.

–¿Por qué no? No te caerás. Al contrario, eso hará que te sujetes mejor.

–De todos modos, así lo haré. Pero, por favor, no trote. ¡Ay de mí!

–¿Qué sucede? –inquirió él, aminorando la marcha.

–Ya debería haberlo advertido –dijo ella, vacilando.

Pedro se rió. Retirando la mano del cinturón, se inclinó para besarla, reteniéndola después, y entrelazando sus dedos mientras proseguían su camino.

–Y doy gracias a Dios por ello. De lo contrario, aún seguirías molestándote y preocupándote de mí con el gran matrimonio y toda la demás monserga. ¡Como si un solo dedo o un cabello de los tuyos no valiera para mí mucho más que todos los blasones del mundo! Por lo menos, he aprendido eso. ¿No sabes lo que llevo debajo de la camisa?

–No, mi señor.

–La última carta que me escribiste desde Coyoacán. ¡Por la misa, que la he leído bastantes veces desde entonces! Pero ahora... ¡vive Dios! ¡Mira que tenerte otra vez a mi lado....! ¡Y como esposa nada menos! ¡Ante Dios y ante los hombres ¡ Mi propia mujer. Bueno, señora, poco te voy a dejar dormir esta noche... ¿Pensaste alguna

vez en mí? –agregó provocativamente–. Apuesto a que no, mocita engañadora.

–No una, no una sola vez. Maldita sea si pensé –dijo ella, apretando la cara contra su espalda.

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir? Menos mal que te hallas detrás de mí.

–Lo que ha oído, querido. ¿Cómo iba a pensar una vez, cuando lo estaba haciendo continuamente?

–No puedo dejar que pase otro momento sin besarte –dijo, volviéndose sobre la silla.

Campeador se detuvo filosóficamente en esta altura, dedicándose a comer al borde del camino. Varios minutos transcurrieron antes de que fuese reanudado el lento progreso.

–Señor –dijo ella, apretando aún más los brazos a su alrededor–. ¿Cree posible que Dios nos devolviese a Niñita, si se lo pidiésemos con gran fervor? Por supuesto, tendría que volver a traerla al mundo. ¿Pero le parece que Dios querría?

–Vaya si lo creo. ¿No te ha traído otra vez a ti? Recémosle esta noche.

Pero la mayor parte del camino transcurrió en un silencio mucho más elocuente que las palabras. Pedro de Vargas no habría podido expresar lo infinito del horizonte que parecía abrirse ante él, como no es posible que pongamos música a nuestro discurso. Cuando volvió a hablar, fue el tono de su voz lo que expresó sus sentimientos.

–¡Por Dios! Nos estableceremos en tierras al sudeste de Cuernavaca, e importaremos ganado. Yo digo que hay más porvenir en la ganadería que en el oro. Además, tenemos oro suficiente. Juan García vivirá cerca de nosotros... Sí, él y los demás compañeros. De esa manera podremos hacer frente a cualquier levantamiento de los indios. Te haré edificar una gran casa, muchacha, y me darás hijos suficientes para llenarla. –Sus brazos la rodearon, pero ella no contestó nada–. ¿En qué piensas? –agregó.

–Un poco en usted y otro en sus padres. Ya estamos casi a las puertas de la ciudad, señor, y tengo miedo.

–¿Tú miedo? ¿De qué? Tú, que te burlarías del diablo.

–De vuestra señora madre; creo que le temo más que a don Francisco. Son tan grandes personajes, mientras que yo tan sólo una...

–Eres mi mujer, recuerda, querida. No te preocupes. Yo lo arreglaré.

Y, sin embargo, ahora que la ordalía se aproximaba, él mismo comenzó a experimentar cierta aprensión. Si su padre no aprobase ese matrimonio, la cosa podría convertirse en algo más que un cambio de palabras. De Vargas no temía sino a dos personas en el mundo: a Cortés y a don Francisco.

Tardaron algún tiempo en abrirse las puertas de la ciudad. Los serenos cantaban la una cuando Pedro dejó a Campeador en los establos situados a espaldas de la casa de Vargas. Luego condujo a Catana a través del jardín del fondo y de una puerta cuya llave tenía. A esa altura advirtió que un chorro de sudor le corría por las axilas.

La casa se hallaba sumida en la mayor tranquilidad cuando comenzaron a ascender las escaleras en dirección hacia el segundo piso, no viéndose sino la luz de las velas que quedaban encendidas durante la noche.

–Te llevaré a mi cuarto –murmuró él–. Luego veremos qué hay que hacer.

Pero en el corredor de arriba, un paje que dormía atravesado delante de la puerta de don Francisco se levantó asustado y miró boquiabierto a Catana, saludando aturrullado.

–Trae algunas luces –dijo Pedro, animándose y penetrando en su aposento.

Cuando el asombrado paje hubo traído las velas, Catana observó las paredes, que le eran extrañas, y el lecho, con su dosel, sintiendo que las rodillas le temblaban.

–Creo que me sentaré.

–Estás fría como el hielo, y sudando –dijo él, tomándole una mano–. Vamos, no temas; si yo hubiese sabido...

–¿Con que estás de vuelta en Jaén, hijo mío? –exclamó una voz familiar desde el umbral–. ¡De vuelta y sin una palabra de aviso! Por mi buena suerte, me encontraba despierto. ¿Cómo, estás herido? Esa venda...

La voz se detuvo, cambiando de entonación, que ahora parecía de acero:

–¡Por Nuestra Señora! Parece que me he entrometido. ¿Qué mujer es ésta?

88

No menoscababa la dignidad de don Francisco que se hallase ataviado con el gorro de terciopelo que usaba para dormir, ni la oscura bata. Parecía un halcón viejo que se hubiese puesto las ropas de un juez. Sus ojos negros lucían desafiantes a ambos lados de la nariz ganchuda; su labio inferior colgaba.

–¿Bien? –inquirió, repitiendo otra vez esa pregunta mientras Pedro trataba de encontrar palabras y Catana oprimía los brazos de la silla.

Al mirar a Catana, Pedro cobró ánimos.

–Señor padre, tengo el honor de presentarle a mi mujer, doña Catana de Vargas y Pérez.

–¡Cómo! –A pesar de su dominio de sí mismo, don Francisco no pudo menos de estremecerse, tardando algo en contestar.

Pedro comenzó a dar explicaciones, mientras el viejo caballero continuaba contemplando fijamente a la pobre Catana, que habría sido feliz si el techo se hubiese hundido, ocultándola de aquellos ojos que la atravesaban. Cuando Pedro se detuvo, don Francisco dio un paso hacia ella.

–¡Catana Pérez! –dijo con una voz que podría significar de todo.

–¡Perdón, vuestra excelencia! ¡Perdón! No fue culpa mía. Yo no habría vuelto. No pude remediarlo. No quería sino ver a mi señor otra vez; pero no que sucediese esto. No lo censure, vuestra excelencia, perdónelo...

El terror la hizo sentirse muda cuando dos manos de acero la tomaron por debajo de los brazos para levantarla. Ese mismo terror hubo de cambiarse en franco asombro cuando don Francisco la atrajo contra su pecho, abrazándola y dándole un sonoro beso en cada mejilla, luego de haberla sostenido un momento cuan largo eran sus brazos, sujetándola de los hombros.

–¡Por mi honor! –dijo–. ¿Perdonar, hija mía? ¿Perdonar qué, en nombre de Dios? ¿Que salvaste mi vida y mi honor? ¿Que salvaste la vida de mi esposa y de mi hijo? ¿Que amaste a ese bribonzuelo y le diste un hijo? ¿Que has vuelto para darle felicidad y empuje otra vez? ¡Gracias doy a Dios por esta oportunidad que me ha procurado de poder agradecerte todo eso!

Si Catana iba reviviendo gradualmente para hallarse en un estado de turbada felicidad, le tocó sorprenderse a su vez a Pedro, que había esperado, a lo sumo, un perdón benévolo y resignado, pero

nunca entusiasmo. Por un momento consideró si su padre se habría percatado bien de las circunstancias.

–Señor, temíamos –vaciló antes de proseguir–, temíamos que se enojase a causa de mi compromiso con doña Luisa.

–¡Hola! ¿Y por qué? Estabas comprometido con Catana Pérez primero. Si ella te quería y no te hubieses casado con ella, habrías sido un pelafustán. Y también un necio. Cualquiera es capaz de comprender que vale por dos de las otras. Tiene cuerpo y alma, algo en lo que el hombre puede confiar. ¿Qué otra cosa necesita el soldado?

Dicho lo cual, don Francisco dio media vuelta, dirigiéndose hacia la puerta, cojeando, echando a un lado al paje que se interpuso en su camino y gritando a doña María que abandonase el lecho.

Catana se apoyó contra Pedro, respirando hondamente.

–Señor, creo que lo quiero tanto como a usted.

Más tarde, cuando doña María insistió en el privilegio de desnudar a la novia y acompañarla hasta el lecho, con gran asombro de Catana, Pedro refirió a don Francisco los sucesos de la jornada, discutiendo con él acerca de los planes para el futuro. La noticia de la muerte de De Silva fue recibida con sombría exultación, animándose con ella don Francisco un poco más. En cuanto al matrimonio con la hija de Carvajal, Pedro refirió a su padre la verdad sobre su entrevista con el marqués cuatro años antes, cuando hubo de solicitar su ayuda, y también describió su reciente entrevista en Alcázar de San Juan.

–¡Hombre! –exclamó el más viejo de los Vargas al terminar–. Ojalá lo hubiese sabido antes. Ese viejo zorro no me habría tomado por tonto. ¿Dices que le tiraste de las barbas? ¡Muy bien! Por lo demás, déjamelo a mí. Ya verás cómo se queda bien calladito. –Luego, el aprobar su regreso a Nueva España, agregó–: Has hecho de él tu país. Tus amigos se encuentran allá, y el servicio del emperador se extiende por todas partes, Pedrito. Y tu esposa no sería feliz en España... Por más que resultará difícil deciros adiós.

–¿Pero y usted, mi señor? ¿No podría venirse con nosotros, junto con mi madre?

Ante la sorpresa de Pedro, los ojos del viejo caballero se iluminaron.

–¡A fe mía! ¡Quién sabe! Tal vez cuando termine aquí mi función como alcalde. Vosotros sois lo único que tenemos. También me gustaría estar presente cuando fuesen llegando mis nietos. Nue-

va España es bastante diferente de las islas escorbúticas. ¿No fue acaso mi señor Bayard quien mostró deseos de lucir su pendón por aquellas tierras? En resumen, ya lo consideraremos, hijo; es digno de ser pensado.

Entretanto, la alcoba había sido ventilada y alumbrada; en el lecho fueron colocadas las sábanas más finas de doña María; y ahora, retirada la adormilada sirvienta, Catana apoyó su cabeza sobre el pecho de doña María, llorando de felicidad.

–Mi señora madre: nunca tuve tanto miedo. Creí que me aborrecerían a causa de mi señor Pedro, y que lo censuraría por culpa mía. Yo sé perfectamente quién es él y lo que yo soy. Pero usted y su excelencia son dos santos del cielo.

–Nada de santos, querida –dijo doña María–. Somos viejos, es nuestro único hijo y nos partía el corazón verlo penar por ti. Nunca habría vuelto a ser como antes. ¿No representa su felicicdad para nosotros más que cualquier otra cosa? –Y añadió, acariciando los cabellos de Catana–: Además, es muy fácil quererte.

Catana rodeó con sus brazos el cuello de la señora.

–Nunca tuve madre. Venga con nosotros a Nueva España, de manera que pueda servirla y tenerla a mi lado cuando nazcan sus nietos. Señora, debemos tener muchos hijos... todos los que Dios quiera enviarnos. Venga a Nueva España, madre querida.

–Quizá, si mi marido lo resuelve. –Sus ojos se habían llenado de lágrimas. Luego dijo más resueltamente–: Bueno, de eso me encargo yo... Y ahora, querida, es hora de que te vayas a la cama. Pedrito no demorará mucho. Vamos.

Desabrochó el vestido de Catana, cayendo al suelo, seguido de las enaguas y demás.

–¡No usas corsé, hija mía! ¡Quién diría, con esos senos tan altos! Nadie diría que has tenido un hijo. ¡Qué figura, hija mía; la piel parece de mármol. Pensaba que fueras morena.

–Así es la piel de la cara y de los brazos, señora; lo mismo que mi boca grande, que parece de gitana. Me admira que a mi señor don Pedro le haya gustado así.

–No me extraña que esté loco por ti –dijo doña María, besándola–. Ahora vete a la cama, hija mía.

Después de haber apagado todas las velas, menos la situada al lado de la cama, se inclinó sobre Catana, atrayéndola hacia sí.

–¿No me da su bendición, señora?

–Mi bendición, ahora y siempre –dijo doña María, haciendo la señal de la cruz.

–¿No están listas todavía? –Una voz y un golpe sonaron en la puerta.

Catana se deslizó bajo el embozo. Doña María abrió la puerta, sonriente.

* * *

Desde lo alto de la curva sobre el camino de Córdoba, don Francisco de Vargas, jinete sobre una mula de paseo, contemplaba el pequeño grupo de viajeros que se perdía hacia el oeste. Los rayos del sol mañanero, que acababa de asomar un hombro carmesí por encima de la cumbre de sierra Magina, los colocó en un brillante foco de luz. Todavía le resultaba posible distinguir el pendón de su hijo en la lanza de Cipriano Dávila y algún que otro destello de los cascos de los sirvientes, llegados de Linares el día anterior. Pero su mirada se hallaba fija en los tres jinetes que marchaban al frente: García, de hombros fornidos e imponentes en lo alto de su mula; Pedro, como un centauro, parte de su caballo; y entre ellos, Catana, sobre una mula, equipada esta vez con unas jamugas. El anciano caballero no divisaba ya la blanca pluma que revoloteaba en el sombrero, regalado por doña María, aunque aún se la representaba en su imaginación. Vívido también era el rostro curtido por el sol, la boca tan expresiva y el beso de despedida que le había dado. "Es la dama apropiada para un caballero", pensó para sus adentros.

Se inclinó hacia delante, siguiéndolos con una mirada llena de ternura. La juventud, pensó. La nueva era, una era vuelta hacia el poniente, del otro lado del Océano. ¡Qué distinta de la suya! ¡Qué difícil de comprenderla! Y, sin embargo, desde la retaguardia del pasado, le deseó toda clase de ventura. El escenario podría cambiar, llevando los actores otros trajes; pero quedaba la esencia de la vida. El coraje, el honor y el amor florecerían en el Nuevo Mundo lo mismo que en el Viejo. Eso era lo principal, después de todo.

En lo alto de la cuesta, más allá de la cual el camino desaparecía, el reducido grupo se volvió, después de haberse detenido; vio cómo agitaban los brazos a modo de despedida. Y alzándose en la silla, don Francisco levantó su guantelete a manera de saludo, de bendición y de despedida.

FIN

LA CRÍTICA

LA CRÍTICA